DIPUTACION PROVINCIAL DE MALAGA
MICROFILMADO
FECHA
21.5.97
CENTRO DE MICROFILMACION
1.145

MICROFILMADO
FECHA
21-2-93

REVISTA

PINTORESCA

DEL

Avisador Malagueño.

IV

MATERIAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1849.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

El caballo.
Aguas minerales.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Hist.ª de la guerra naval.
Espulsion de los moriscos de España.
Toma de Ronda.
Descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristobal Colon.
Recuerdos de la campaña de Egipto.
Del origen de Napoleon.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

D. Alvaro de Luna.
Safo.
D Raymundo Bonifáz.
Laplace.
Biografia de Mehemet-Alí.
El Duque de Sussex.
El Marques de la Romana.
La Sra. D.ª Isabel II de Borbon, Reyna de las Españas.
Carlota Corday.

VIAJES.

Surinam.
Constantina.
Tetuan.
Granada.
Las islas Marquesas.
Asia. Parte desierta.
Descripciones y escenas de la naturaleza.
Algeria. El Aghouat.
Algeria. Ain-Madhi.

COSTUMBRES.

Un candidato de conciencia.
Trajes egipcios.
Marineros egipcios.
Mercaderes judios.
Casamientos egipcios.
Carniceros en Egipto.
Encantadores de culebras.
Café turco.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

Bertila.
Un robo de Cárlo-Magno.
Cuadro de ternura conyugal.
El capitan Makater.
El sombrero de Francisco II.
Episodio del sitio de Lisboa.
Salvatoriello.
Una conspiracion de negros en las colonias.

NOVELAS, CUENTOS Y ANÉCDOTAS.

El fastidio.
El dominó encarnado.
El Adelantado de las Siete ciudades.
Lorenzo.
Los vicios necesarios.
Aventuras de un militar en guarnicion.
La fugitiva del Mans.
Vivir muriendo.
El lord Montagu.
Un matrimonio por fuerza.
Coqueteria.
La casa de huèspedes.
Novia y viuda.
Los cuatro Enriques.
Magdalena.
La prima donna.
La noche sobre el Nilo.
La Molinerilla.
Un sueño.
El anatema del mendigo
Angela
La gitana.
Mirzador.
Morir sin haber vivido.
El juramento del Bajá.
Leila. Novela africana.
El hombre atroz.
El cerrajero de Filadelfia.
Clemencia.
El Turbion de nieve.
Andres y Luisa.

POESIAS.

Te conozco!.....
A Málaga.
Eleccion de Caupolican
Celiar. Invocacion.
A.....
Erótica.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

Casa del Cardenal Jimenez de Cisneros.
Murallas de la China.
La Catedral de Orleans.
Ayuntamiento y Audiencia de la ciudad de las Palmas.
Capilla de N. Sra. de las llamas en Bellevue.
La Estátua de Juana de Arc.
El templo de Hércules Gaditano.
Sepulcro del Obispo de Torrella en la Catedral de Palma
Teatro de la ciudad de las Palmas en la Gran Canaria.
El Palenque.

MISCELANEA.

Antiguedades españolas
Curso de frenologia y magnetismo por D. Mariano Cubí y Soler.
Estandarte real de España.
Antiguedades [illegible]
Industria española. Trabajo del Mro. arcabucero de S. M. Don Lúcas Zuloaga.
De la franc-masoneria.
La caridad romana por Benito Crespi.

LAMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1849.

Suplicio de D. Alvaro de Luna.
Rapto de Bertila.
Casa del Cardenal Jimenez de Cisneros.
Beppo Mammone.
Elena en el lecho.
Trajes de los habitantes de la isla de las Siete ciudades.
Armada de Don Raimundo Bonifaz en el sitio de Sevilla.
Tienda de un sastre en el Senegal.
Imágen bordada en los jaeces del caballo del Rey S. Fernando.
Lorenzo de Médicis.
Espulsion de los moriscos.
El caballo.
Laplace.
Toma de Ronda.
Maria y el Sr. de Marans
Vista de Constantina.
La Catedral de Orleans
Ayuntamiento y Audiencia de la ciudad de las Palmas.
Mr. Hicks.
Mr. Catton.
Mr. Simpson,
Estandarte Real de España.
Vista de Tetuan.
Eleccion de Caupolican
Capilla de Ntra. Sra. de las llamas en Bellevue
Estátua de Juana de Arc
Cabeza de Minerva encontrada en las ruinas de Itálica.
Cristobal Colon y los españoles, tomando posesion de la isla de San Salvador.
Facsímile de la firma de Cristobal Colon
Vaina de cuchillo de monte, hecha por D. Lúcas Zuloaga.
Frasco para pólvora, hecho por el mismo Sr. Zuloaga.
Sepulcro del Obispo Torrella.
Vista de la isla de Taiti
Trajes egipcios.
Marineros egipcios.
Mercaderes judios
Ceremonia de un casamiento en Egipto.
Asia. Parte desierta.
Casa de los ascendientes de Napoleon, en la ciudad de Palma.
Armas de la familia Bonaparte.
Vista de Alejandria.
Castigo de la bastonada
Teatro de la ciudad de las Palmas.
Arabes conduciendo esclavos.
El duque de Sussex.
Carniceros egipcios.
El Aghouat en la Algeria.
Sepulcro del Marques de la Romana.
Retrato de la Sra. D.ª Isabel II, Reyna de las Españas.
Ruinas del Palenque.
Encantadores de culebras.
Cafe turco.
La caridad romana por Benito Crespi.
Ain-Madhi, en la Algeria.

4166-1

REVISTA SEMANAL
PINTORESCA
DEL
AVISADOR MALAGUEÑO.

Coleccion de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, novelas y anécdotas.

AÑO 1850.



MÁLAGA.

Imprenta de Martinez de Aguilar, Editor.

Calle del Marques.

1850.

REVISTA SEMANAL

PINTORESCA

DE LAS

[illegible] MALAGUEÑO.

Colección de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, noticias

y novedades.

AÑO 1850.

MALAGA.

Imprenta de Martinez de Aguilar, Editor.

Calle del Cisne.

1850.


REVISTA
PINTORESCA
AÑO DE
1850





EL ORBE.

¡Qué grandes, que variadas, que magníficas y sublimes son las obras del Señor! Fórmanse á una sola palabra suya esa multitud de mundos que pueblan el espacio, mundos inmensos que nuestra vista de miope solo alcanza á percibir como puntos luminosos, como millones de lucecillas que iluminan el eterno palacio del Rey de los Reyes, del Hacedor supremo. Y esa multitud de mundos, obedeciendo á las leyes que el Eterno les impuso, se mueven constantemente en su círculo, y pasan siglos y siglos, y ninguno se adelanta ni retrocede, ni embaraza la accion del otro, ni llegan á chocar y á desquilibrarse! ¿Que habrá en esos globos? ¿Puede la mente, por elevada que sea su comprension alcanzarlo? Los ha medido, ha fijado su estension, su límite, la distancia á que respectivamente se hallan del globo, centro del gran sistema, y entre sí; ¿pero los tesoros de vida, que acaso encierra, quién puede presumirlos? Dios nos ha negado su conocimiento, y, como en

todo, Dios ha hecho bien. ¿ Que seria del hombre de lo contrario ? Ignorante y todo, acaso llegue un dia en que su propio orgullo lo aniquile, por no poder contener la débil armazon de su cuerpo las sorberbias y altivas aspiraciones de su alma. Ignorante y todo, hace que la tierra, que los siglos rindan tributos á su memoria, llevando aquellas sobre su superficie los monumentos de su vanidad, que respetan los segundos en su pesada y destructora marcha. ¡ Y eso que no solamente no sabe nada de los mundos que ruedan sobre su cabeza, sino que ni aun conoce bien lo que encierra el que lo sostiene, el que habita, por el que anda en peregrinacion !

No lo conoce, no : murallas de yelo, arenas abrasadoras, frios intensos, calores sofocantes, aniquiladores, son vallas que detienen su insaciable curiosidad, su atrevida marcha. Un paso mas alla de la linde que forman, se halla la muerte, que pone coto al deseo de gloria, al ansia de saber del arrojado navegante, del intrépido viajero: allí una naturaleza agreste, salvage, indómita, mata al hijo de otra naturaleza, mas dócil, mas benigna ; y el hombre llega y sucumbe, mas no desiste ; otro hombre le reemplaza, y continúa la lucha, siempre desigual y contraria al hombre, á menos que el Altísimo, allá en sus inescrutables designios, dé otro giro al globo en que vivimos, varie las estaciones, ó produzca un cataclismo que cambie en todo ó en parte la faz de la tierra.

¡ Cuán grande ! cuán magnífico y sublime se ostenta Dios en sus obras ! Bendiciones sin fin, cánticos de gratitud y de alabanzas al Señor ! que dió al género humano aun en su destierro una mansion tan magnífica y encantadora. Oh ! por muchos que sean los millones de criaturas que le alaben y muchos los millones de las que fueron, y muchos los millones de las que serán, nunca alcanzarán entre todas á hallar ni una sola frase digna de la Omnipotencia divina. Mirad este globo que habitamos, consideradlo en su conjunto, y decid luego si hay cosa por pequeña que paresca que no sea digna de admirarse. Aquí llanuras inmensas, con una vegetacion fértil y lozana ; allí páramos desiertos, y una tierra ingrata, que recompensa mal los afanes del labrador ; mas allá montañas que esconden sus cimas entre las nubes, como gigantescos señores de la tierra que dominan; luego arenales sin fin que absorben los rayos solares, y los conservan para castigar al temerario que ose turbar su soledad; y en medio de ellos, y á su despecho *oasis*, salvadores, fértiles, frescos y risueños, puestos allí por la Providencia, que de tantos, y tan variados modos sabe justificar este título : en un punto bosques impenetrables, verdaderos laberintos de la naturaleza, en otros *pampas*, en que apenas se divisa un vegetal leñoso en medio de un prado uniforme, que no tiene mas límites que el horizonte ; aquí una catarata, cuya ancha faja de agua cristalina cae rota en millones de partes, convertidas en blanca espuma, de peña en peña hasta perderse en un abismo, donde vuelve á tomar su primitiva forma, para correr furiosa y desbocada ó bien mansa y juguetona por las entrañas de la tierra, ó sobre prados de perpétua verdura, que baña y fertiliza, y luego el océano sin límites, y los rios y las grutas subterráneas, mágicos palacios, que ningun artista humano ha podido imitar, y otras montañas, soberanas despóticas de génio irascible, cuyo eco atronador difunde el espanto, como nuncio de castigos horribles ; cuyas bocas despiden torrentes de fuego y lava abrasadora, que corre por sus faldas é invade la llanura, y todo lo quema, lo destruye y lo cubre con sus tétricas capas ! Y nada hay que se parezca ! todo es variado y distinto en esta inmensidad que llamamos mundo ! Todas sus partes son desiguales, sus climas son diferentes, sus producciones variadas ! Lo mismo sucede con los seres que las pueblan : bajo un cielo azul y trasparente, sobre una tierra benigna y productiva, en una atmósfera pura, en un clima templado, habita el hombre mas civilizado, de constitucion mas delicada ; aquí tambien se anidan los animales mas útiles y mas inteligentes : las fieras habitan bajo un cielo inflamado ó sombrío, en una atmósfera de fuego ó de yelo, allí donde el hombre no ha podido posar su planta ; y si lo ha hecho, ha sido conservando tambien sus instintos de fiereza, su barbárie y su estupidez.

Oh ! quién pudiera, como el águila altiva señora de los aires, cortarlos con rápido y poderoso vuelo, para posarse sobre las mas altas cumbres, allá en la region de las nubes, y luego, con su ojo que el sol no lastima abarcar de una mirada cada una de las partes del mundo ! Europa, Asia, Africa, América, Oceanía ! ¿ quién

pudiera así, visitaros, contemplando tales como el Creador os hizo, y tales tambien como la necesidad, la industria, la vanidad del hombre os ha trocado?

Europa! ¡Quién pudiera visitar todos y cada uno de tus reynos, todas y cada una de tus capitales! La antigua corte asiento de los Césares y de los tribunos, la capital del orbe cristiano, la ciudad de las siete colinas, la altiva y soberbia Roma, en fin, qué de encantos no ofrece á los ojos del viajero que pisa su recinto? Allí están esas soberbias basílicas, orgullo del pueblo cristiano; esos museos llenos de riquezas artísticas; y en cada antiguo monumento, en cada losa, en cada columna, en cada arco, el recuerdo de un hecho, la memoria de una accion que resonó en todo el mundo, que influyó en sus destinos. Y tú, voluptuosa Venecia, que duermes al arrullo de las olas que te ciñen con amoroso abrazo; tú, la ciudad de los palacios de mármol, compañera en esto de Génova, de esa otra ciudad italiana, tambien de altivas pretensiones, ¿dónde están tus Dux? El leon de S. Márcos duerme sobre su columna, para no despertar jamas. París, la Atenas de los tiempos modernos, condenada, acaso, como la antigua á ver un dia profanado su recinto, y ser destruida para no levantarse mas; Lóndres, la mercantil Lóndres, la ciudad de las brumas y de las nieblas, la soberana de los mares, la nueva Babilonia, opulenta cortesana que con espléndidas vestiduras encubre sus ocultas miserias; Constantinopla, la antigua Bizancio, la soberbia Stambul, cabeza del imperio de Oriente, la renegada, cuya molicie y lascivia la puso en el triste caso de abatir el estandarte de la cruz ante las medias lunas de los sectarios de Mahoma, y hoy vive intranquila, y duerme con sueño inquieto, constantemente amenazada por su rival la adusta S. Petersburgo, que codicia mas que su serrallo, los dos gigantes centinelas que tiene á sus puertas, los Dardanelos; Viena, Berlin, y tantas otras soberbias capitales como se asientan sobre la superficie de la Europa, ¡quién, repito, pudiera inspeccionar los grandiosos monumentos que os adornan y hacen vuestro orgullo!

Europa! Europa! da gracias al Altísimo que tan grande papel te designó en la historia del mundo. ¿Qué eras tú en mas remotos tiempos? La porcion mas miserable del mundo, la mas inculta, la mas agreste: no otra cosa que miserables cabañas se alzaban sobre tu superficie; hordas indómitas y salvages te poblaban; y fue preciso que hombres venidos del Oriente empezaran á embellecerte, y á civilizar á tus moradores. No sembraron en tierra ingrata; la semilla produjo abundante fruto; y hoy dia marchas al frente de la civilizacion del mundo. Tú has producido los mas grandes ingenios, y á ellos se deben las maravillas que recrean la vista, que absorven el alma en contemplacion, y esos inventos gigantescos con que han pretendido enseñorearse de los elementos, consiguiéndolo en gran parte.

¡Oh! ¿quién puede preveer los designios del Omnipotente en vista de las grandes mudanzas que en el transcurso de los siglos han sufrido las naciones, los imperios, el mundo? Nace la civilizacion en el Oriente, y no cabiendo ya en él invade el Occidente y lo conquista; mas pasan los siglos y se adhiere á su conquista, y deja en olvido los bellos paises en que naciera, que privados de su luz caen en la barbarie, corriendo á ocultarse en sus desiertos sus pueblos incultos, donde olvidan con el tiempo su pasada grandeza, su poderío, para vejetar en la abyeccion y la miseria. ¡Ay de tí, Oriente! que ni aun en tu retiro te verás libre por largo tiempo. Llegará el dia en que el Occidente vaya en tu busca á enseñarte lo que has olvidado, á despojarte de tus hábitos de ignorancia y de barbarie, y á obligarte en suma á contribuir á la grande obra de la civilizacion universal. Caerá, sí, el Occidente sobre el Oriente, no como bandadas de buitres hambrientos sobre el cadáver que divisan, y cuyas pútridas emanaciones llegan hasta ellos, sino como lluvia benéfica que fertiliza los secos campos y ablanda la endurecida corteza de la tierra, para que mas fácilmente pueda brotar la débil planta, el menudo grano que se oculta debajo de ella.

Oh Oriente, cuna del género humano, y cuna tambien de las ciencias que lo ilustran, y de la religion que lo perfecciona: ¡como has degenerado tanto!.....

Sin embargo, á pesar de todo, serás siempre el manantial de los grandes recuerdos, de las tradiciones sublimes; la fuente de las inspiraciones, de la poesía; el lugar elegido por el Altísimo para la grande, cual ninguna otra, obra de la Redencion.

Tus ruinas atestiguan tu pasada grandeza; y los grandes acontecimientos que has presenciado harán que jamas disminuya tu

nombradia. ¿Qué te importa haber perdido á Tebas, cuyos magníficos y colosales monumentos eran la admiracion de los antiguos, y cuyas ruinas indican su grandeza? á Memphis, que todavia atrae á los viageros deseosos de contemplar su derruida magnificencia? á Arsinoe, célebre por hallarse en sus alrededores el famoso laberinto? á Persépolis, cuyos preciosos monumentos fueron víctimas de un momento de embriaguez de Alejandro? á Seleucia, ciudad tan floreciente? á la soberbia Babilonia con sus jardines suspendidos, con su fausto y magnificencia? á Ninive, tan nombrada, y cuya decantada grandeza nos hace dudar de la realidad de lo que fue? á la rica Ispahan? á Heraclea que acabó á la furia de Lúculo? á Gnido, célebre por su Vénus de Práxiteles? á Rodas, famosa por su coloso? á Gordium, tan nombrada por el nudo que cortó Alejandro? á Phocea, tan célebre por su marina? á Epheso, con su templo de Diana? á Tiro, la señora de los mares, ciudad maldecida de Dios? á Sidon, su segunda en comercio y riqueza? á Antioquia, cuya poblacion era tan grande que rivalizaba con Roma? á Heliópolis, con su templo del Sol? á Palmira, corte de la Reyna Zenovia, y cuyas ruinas dan todavia una idea de su pasada magnificencia? á Sion, á Jericó, á Gaza, á Jeth, á Ascalon, y á tantas otras ciudades famosas, y cuyo solo nombre despierta en el hombre ilustrado recuerdos ora tristes ora agradables, solemnes y grandiosos, y hacen pasear la mente por la estension de los siglos que fueron, y en cuyo fondo ve destacarse, grandes y esplendentes, esas mismas poblaciones, consumarse los sucesos de que fueron teatro, y últimamente presencia su caida, su ruina y su esterminio? ¿Qué te importa todo esto? Algunos monumentos, infinitas ruinas revelan tu antiguo poderio; y á falta de ellas ahi está la historia, ahi está tu suelo, ahi están tus montes y tus rios.

Asia! Asia! contigo sueña el poeta, á tí dirige su vista el cristiano. Tú eres, y serás siempre el objeto preferente de su entusiasmo, de su admiracion. Y quién sabe si algun dia animada otra vez la Europa de espíritu caballeresco y cristiano, no levanta nuevas cruzadas para rescatar las preciosas joyas que encierras de las manos de los infieles? No, no te humilles ante las otras partes del mundo. Si la civilizacion y las artes han desaparecido casi completamente de tu suelo; si tus moradores, retirados los unos al interior llevan una vida salvage, mientras que otros viven en una estúpida molicie, y otros tambien sufren el penoso yugo de los estrangeros, á quienes sirven y para los que trabajan; si tu presente es pobre, tu pasado es rico como ninguno, y el sombrio velo de los siglos no será bastante á eclipsar todo tu esplendor. Tú has sido la cuna del género humano, y de tu tierra formó Dios el primer hombre, y en tu tierra abrió sus ojos á la primera luz. Nino ó Nembrod, forma en tu seno el grande imperio de Asiria; á su ocaso le reemplaza el de Nínive, que establece Arbaces; síguele el de los persas, que Ciro, su gefe, estiende hasta orillas del Indo; viene luego el inmenso de Alejandro, el de los partos, otra vez el de los persas!..... ¿Y los fenicios, inventores de la navegacion y del comercio, y los judios, cuyo pueblo hizo en la antigüedad un papel tan importante, no florecieron en tu suelo? ¿No fuistes tambien la cuna de las leyes, de las ciencias, de la religion? Los primeros legisladores, los primeros astrólogos, los primeros mitólogos, no salieron de tu seno? Por último, de una parte de tu grandioso todo, de la Palestina, no brotó el cristianismo, que creciendo cual torrente que recibe las aguas derrumbadas de las alturas, llegó á inundarlo todo, fecundando, fertilizando, dando nueva vida al género humano?

No, Asia; nada importa á tu gloria que la gloria de tantos pueblos ilustres se pierda en la oscuridad de los tiempos; nada que una igual y tétrica soledad reyne en las márgenes del Jordan y en las del Eufrates; nada que la celestial arpa del divino Isaias, ni la del Profeta Rey no pueble tu espacio de sones melodiosos, que ningun cantor, ningun poeta llegará á imitar! tu gloria está en tu suelo, en tus valles, en tus montes, en tus rios. ¿No tienes á Nazareth? Pues si lo tienes envanécete, que Nazareth es un nombre grande por escelencia; grande como Bethelem. Allí tuvo lugar uno de los mayores misterios: el de la Encarnacion! En Bethelen nació el Salvador de los hombres. He aquí el punto que divide los dos mundos: el antiguo, y el nuevo! he aquí la valla en que se detiene, titubea y espira una civilizacion vieja, gastada; y el punto de partida de otra civilizacion nueva, grande sublime, divina!

Nace el género humano en tu seno, es regenerado por el diluvio, y presencias tambien su redencion, y las sublimes escenas

de la vida del Dios hombre desde su nacimiento hasta su muerte. Sus divinas huellas se han estampado en tu suelo; tus valles y montañas han escuchado sus divinas palabras, cuyos ecos han recogido tus vientos respetuosamente, para llevarlas á todas las regiones, y llenar de pasmo y de admiracion á todos los pueblos; las aguas de tus rios, y de tus mares han sido testigos de sus milagros; y tus valles y montañas, y tus mares y tus rios se han visto regados con sus lágrimas; lágrimas de amargura y de dolor, no por sus dolores vertidas, sino por los dolores del género humano!

Pero aun cuando no fueses tan grande por tu antigüedad, tan gloriosa por los altos hechos que has visto cumplirse; aun cuando Dios y los hombres no te hubiesen elegido por centro de los acontecimientos mas portentosos y gigantescos, la misma naturaleza te ha ensalzado bastante á hacerte superior á las demas partes del globo,

En tu vasto recinto plugo amontonar cuanto hay de mas precioso y variado: todos los climas te son comunes; el ardiente de los trópicos, el helado de los polos, el benigno, suave y templado de la Europa meridional: tu cielo es el mas sereno y luminoso; tus aires los mas puros; tu suelo el mas fecundo, y suministra á los frutos un delicioso sabor, propiedad que no tienen en las demas partes; tus plantas son balsámicas; posees mil drogas de especial virtud; especies que te son propias, piedras preciosas, oro, y cuanto puede pedirse á la tierra, todo lo que hace que seas el bazar del comercio del mundo.

Tus rios son caudalosos, tus montañas gigantescas, y como si Dios hubiese querido aproximarte mas que á ninguna otra parte del globo á la region de las nubes, al cielo, á su morada, te da el pico del Himalaya, ese coloso que con nadie comparte su soberania, y que parece ocultar su nevada cabeza en el firmamento. Y asi como no reconoces rival en el reyno vegetal ni en el mineral, tampoco lo encuentras en el animal: te pueblan las tres razas humanas, la blanca, la amarilla y la negra: el leon, rey de las selvas, la carnívora pantera, el astuto tigre, el fuerte rinoceronte, el elefante corpulento, el dócil camello, el humilde dromedario, el traidor chacal, el travieso mono, la ligera gacela, el noble caballo, las martas, los armiños, las cebellinas, y cien otros animales feroces ó dóciles pueblan tus bosques, tus montes, tus llanos y tus desiertos.

Si hay alguna otra parte del mundo que pueda pretender rivalizar contigo, es la América, pais cuyo orígen es tan misterioso para el hombre, y cuyo destino solo la Providencia conoce: pero por lo que á la limitada comprension humana es dado calcular, cuando se apodera del dominio de lo imaginario y de las suposiciones, ese destino debe de ser brillante; y la América un dia subyugada, luego independiente, puede que vea lucir para ella uno de poderío y gloria que la convierta en dominadora universal, y ciña la diadema del imperio del mundo; puede que andando los siglos sea la Europa su esclava..... ¡Cuán bella te hizo Dios, América! Y cómo te han poetizado los hombres al querer describir tus inmensas soledades, tus risueñas llanuras, tus magestuosos rios! ¡Cuánto debe la América, á tí, inmortal cantor de los Mártires, ilustre Chateaubriand!

Si otra cosa no tuvieses que el pueblo volador que se anida en las copas de tus árboles, y corta tus aires, seria esto bastante á que la atencion del mundo se fijase sobre tí ¿No es un prodigio, en efecto, que solo tú poseas esa tan asombrosa variedad de aves, de colores tan brillantes, de formas tan peregrinas, que no es dado á la pluma describir, ni al pincel imitar? ¿Se ha hallado el secreto de esta preeminencia que gozas sobre lo restante del mundo?

El secreto!! El dia que se descubriese el secreto de tantas y tantas maravillas como ha puesto el Señor en este mundo, ese dia dejaria el mundo de existir: porque entonces pasarian los hombres á la categoria de dioses, y formarian otro mundo en que nada les molestase. El secreto! ¡Cuántas cosas están y seguirán envueltas en el mas profundo é impenetrable hasta la consumacion de los siglos!

Ese interior del Africa, cuándo descorrerá su tupido velo ante las ávidas miradas de los hombres? ¿Cuándo trepará á la cumbre de montañas que no conoce, y franqueará desiertos ardientes, que ni aun con la vista puede medir? ¿Cuando cortará los polos? ¿Cuando conocerá en qué consiste la virtud atractiva del polo? ¿Cuando, por último, podrá asegurar la causa de la notable diferencia de razas y de castas? ¿No es tambien la raza negra un misterio? ¿Y esa asombrosa gradacion que hay de los animales no inteligentes á los inteligentes, al hombre, no

es otro misterio de un órden superior? ¡Ay! sí, la mayor parte de lo que nos rodea es misterioso, y mas misterioso aun que nada el destino que el Eterno tenga decretado dar al orbe. ¿Cuanto durará? cuando variará? cuando llegará su fin? ¿Qué multitud de revoluciones tendrán lugar entre los séres que lo habitan? ¿Hasta donde rayará el saber del hombre? Desaparecerá de entre ellos la asombrosa desigualdad de condicion? La doctrina evangélica imperará pura y límpida, tal como manó de los labios del Hijo del Altísimo?....

Preguntas son estas locas, cuestiones osadas, que solo tú, soberano Señor de los cielos y de la tierra, penetras, y tienes resueltas desde el principio de la Creacion. ¿Qué le queda que hacer al hombre, ser raquítico, enfermizo y mortal á la vista de tus Obras, y al considerar lo porvenir, sino doblar su rodilla, y ocultar su engreida frente en el polvo de la tierra de que fue formado? Eso hago yo, Criador excelso, al pediros perdon por haber intentado siquiera bosquejar tan torpemente las grandezas del mundo. Lo grande, lo sublime, lo magnífico, se deslustra en vez de adquirir brillo, cuando se pretende describir lo que ni aun siquiera se comprende.

S. Casilari.

A D. Manuel Rodriguez de Berlanga y Rosado,

EN LA SENTIDA MUERTE DE SU VIRTUOSA MADRE,

la Señora Doña Rafaela Rosado, de Rodriguez de Berlanga.

ELEGIA.

Si lágrimas agenas
Juntar es permitido
Con las que arranca su dolor al triste:
Si al ánimo afligido
Llorar le es dado en estrangeras penas
La propia pena que en su seno ecsiste,
Y en duelo semejante
Al duelo que en sí siente,
De los sollozos agotar la fuente,
Desmayada y sin ecos las voz pura;
Préstale treguas á tu acerbo llanto,
Y escucha, dulce amigo, el que á tí elevo,
Desde el fondo del alma, triste canto.
Templada está natura á mi tristeza.
Ausente el claro sol, no me importuna
Su enojoso esplendor: mústio reflejo
Vierte en los prados la callada luna:
El aura silvadora,
Los pinos azotando,
A cada rama un eco va arrancando,
Y el caminante rio,
Que á inciertos mares su corriente lleva,
Murmurando atraviesa el bosque umbrío.
Oh, campos del dolor, yo os reconozco!
Mil veces ha buscado
Mi corazon llagado,
En vuestra oculta soledad asilo,
Y á los suspiros de mi pecho ardientes,
Con melodiosa voz han respondido,
El Euro en vuestros olmos escondido,
Y el lento gotear de vuestras fuentes.
Cítara, que colgada
En los sauces dejé de esta ribera,
Cuando al alma apenada
Sonrió placentera,
La fugaz dicha por la vez primera;
Pues que á mi flaca voz hoy presta aliento
El falleciente espíritu abatido,

A deplorar desdichas siempre atento,
Vuelva á sonar tu canto interrumpido;
Y las antiguas notas recordando,
El bosque á ensordecer con su gemido.
Mas, ay! ¿podrá tu acento,
Ni un instante acallar la pena grave
De mi infeliz amigo? Hay voz humana
Que llegue á los oidos del que llora
La muerte de una madre? Puede acaso
Su corazon abrirse á las palabras
De un estéril consuelo? Oh! nunca, nunca!
Yo mezclaré á las tuyas mis querellas,
Y juntos lloraremos, Manuel mio,
Tu pérdida fatal: á tus sollozos
Mis sollozos tambien irán unidos;
Plegarias á la par elevarémos
Por su eterno reposo; mas no temas,
Que insensible ó de torpe celo armado,
Pretenda á tu dolor verte arrancado.
Una madre!... Tesoro de virtudes,
Vaso de bendicion, en el que encierra
Sus gracias el Señor, arcángel puro,
Que cumple una mision sobre la tierra
De amor y paz! Los angeles sonrien
Cada vez que aplicando un nuevo infante
A su seno la ven: ellos comprenden
Que la vida le roban, que el instante
De su fin apresuran; y cumplida
La mision que le impuso soberana,
A su lado el Señor le hará cabida,
Gozando solo verdadera vida
Rotos los lazos de su vida humana.
Una madre!... No tiene la natura
Un símbolo, una voz, un flébil eco,
Que de espresar su pérdida sean dignos
En cuanto triste encierra! Solo el pecho
Del huérfano esa voz guarda doliente;
Desgarradora voz que en sí reune
Los ayes de la víctima espirante,
El lúgubre gemido de las olas
Entrechocadas en la mar bramante,
El plañidero son del aura fria,
Y la cancion del cisne en su agonía.
Dios en el pecho de los hombres puso,
Al darles una madre, un sentimiento
A ninguno otro igual, un amor casto
Que los enlaza al ser que les dió vida;
Llama celeste que su dicha forma,
Porque á su tierna infancia da alegria;
Luz á sus ojos cuando ya navegan
Por el terrible mar de las pasiones,
Y asilo al corazon dilacerado,
Que ha la primera decepcion probado.
¿Porqué, clemente Dios, porque permites
Que este lazo se rompa? que la muerte
Se interponga cruel entre las almas
De seres tan amantes? Porqué dejas
Que brillen un momento ante los ojos,
Del infeliz humano los fulgores
De un goce celestial, para que luego
Le amargue mas la hiel de la ecsistencia?
Porqué no van unidas
A tu escelsa presencia
Las almas de los dos como sus vidas?
Necio de mí, que en mi delirio loco
Llevé mis pensamientos al origen
De las obras de Dios, y su escelencia
Pude un punto olvidar! Harto comprendo
Los fines de su augusta Providencia,
Que en cada instante de dolor el gérmen
Siembra de un siglo de celeste gloria,
Y si al huérfano en duelo precipita,
Las páginas recorre de su historia,
Y con su llanto sus borrones quita.
Cuando el tiempo, Manuel, haya esparcido
El polvo del olvido
Sobre la tumba que á tu madre encierra,
Y el letárgico sueño sacudido,
Recobres la razon, deja que corran
De tus ojos las lágrimas; que el cielo
Piadoso las recoge, y convertidas
En perlas de alto brillo, á la corona,
Que lleva entre las almas elegidas
Tu madre angelical, las eslabona.

ANTONIO ARIAS Y CALVENTE.



IGLESIA DE LA VERA-CRUZ,

FUNDADA POR LOS TEMPLARIOS EN SEGOVIA.





a órden de los Templarios se fundó en 1118, por dos caballeros ilustres, de origen francés llamados Hugo y Gaufredo, los cuales llevados del celo religioso de la época hicieron voto de defender los peregrinos que iban á la Tierra santa, y añadieron á este, los de castidad, pobreza y obediencia. Como estos caballeros no tuviesen domicilio alguno á su llegada á Jerusalen, les dió el Rey una habitacion de su palacio, contigua al templo del Santo Sepulcro, de donde se deriva el nombre de caballeros del Temple.

Durante los nueve primeros años no tuvieron los Templarios otro vestido que el que recibian de limosna, pero en el de 1128 ya poseian algunos beneficios que les habian dado, tanto el Rey como el Patriarca de Jerusalen, y en este año adoptaron el manto blanco y la cruz roja.

Con el tiempo llegaron á ser tan poderosos estos caballeros, que sostenian batallas muy considerables con los turcos, y que se estendieron y establecieron en Europa, fundando muchos templos y conventos, siendo

uno de aquellos en Segovia la iglesia de la Vera-Cruz, llamada así á causa de una preciosa reliquia de la verdadera Cruz en que murió Jesucristo, que colocaron en dicha iglesia. Su fábrica es el modelo mismo del templo del Santo Sepulcro. La consagracion se verificó en 13 de abril de 1242, segun se vé por la siguiente inscripcion, que aun permanece sobre la puerta del medio dia de las cuatro en que está fundada la fábrica interior del sepulcro.

Hæc sacra fundantes cœlesti sede locentur,
Atque suberrantes in eadem consocientur.
Dedicatio Ecclesiæ Beati servi Christi:
Idus Aprílis, era M.CC.XL.II.

En las paredes interiores de este templo, se conservan todavia muchas cruces rojas con dos traviesas, insignia de los Templarios, á pesar de que la referida iglesia fue dada al priorato de san Juan en 1912, á la estincion de aquella órden.

La iglesia de la Vera-Cruz, está edificada á la derecha del camino que conduce desde Segovia al pueblecito de Zamarramala, y como á doscientos pasos del arrabal de san Marcos de dicha ciudad.

Su posicion es pintoresca y sus alrededores amenos, pues está situada en una de las pendientes que forman el ameno valle del Parral, por cuyo centro corre el rio Edesma. Su arquitectura no tiene nada de notable; es sin embargo sensible que se arruine, como está próximo á suceder, un edificio que aunque de aspecto pobre, produce en el ánimo del observador una sensacion profunda por los recuerdos que despierta acerca de una órden que tantos servicios hizo á la cristiandad, que tantos héroes produjo, y que fue tan cruelmente abolida.

S. P.

CRIC.

M. Nicard era un buen hombre, de trato fino y agradable y de mediano talento, á quien conocí en Paris. Este tal tenia un perro llamado Cric que nunca se separaba de él, ó por mejor decir, de quien jamás se separaba. Cualquiera que los viese una vez no podia pensar separadamente en ellos; tan parecido era el amo al perro, ó el perro al amo.

M. Nicard tenia cinco pies de altura, y Cric dos de largo desde la estremidad de la cola al hocico. Por lo que hace á su altura, dependia de la estacion y de la tijera del esquilador, porque su lana componia á lo menos la mitad del conjunto total de su individuo. Tenia los ojos vivos y ardientes, las orejas móviles, y el ladrido chillon; era atrevido y aun algo camorrista, aunque no perteneciese á la especie brutal de los *bull-dogs* que saltan incontinenti sobre el primero que mira de reojo á su amo. No, señores; era simplemente un perro de aguas; lleno de inteligencia y de lodo como los demas de su especie.

No es mi ánimo dar aqui su biografía completa, aunque tampoco seria tan disparatado esto como puede parecer á primera vista, en un tiempo en que se granjea una celebridad á vuelta de cada esquina. Unicamente me reduciré á contar algunos rasgos suyos que me parece deben interesar á los lectores, y que escitarán su sorpresa, y tal vez su incredulidad. Sin embargo, salgo responsable de la verdad de los hechos, aun en sus mas insignificantes pormenores.

Durante el tiempo de la restauracion en que M. Nicard fue á París á reclamar una modesta pension que el gobierno de la legi-

timidad le habia quitado, tuve ocasion de visitarle con intento de serle útil en su pretension, y entonces fue cuando trabé conocimientos con Cric. No tardé mucho tiempo en ganarme su afecto, no tanto á causa de las golosinas con que de cuando en cuando le regalaba, cuanto por agradecimiento al cariño que manifestaba á su amo. Desde entonces empezó á hacerme visitas ordinariamente una vez al dia, ora en calidad de amigo, ora como portador de algunas esquelas de su señor. Cuándo iba como encargado ó mensagero emprendiendo su camino á pasos acelerados con el billete sujeto entre ambas mandíbulas, sin hacer caso de los transeuntes ni de las mil distracciones que á su paso se ofrecian, llegaba á mi puerta, se detenia un momento ante el cuarto del portero, para informarse de si estaba en casa, y subiendo en seguida los escalones de dos en dos, dejaba el papel en tierra y arañaba la puerta hasta que salian á abrirle. No cabe duda en que hubiese tirado de la campanilla si su talla se lo hubiera permitido.

Y no se piense que M. Nicard le habia adiestrado á este ejercicio. Nada de eso; habiéndole recogido por humanidad, un azar le reveló su inteligencia, y desde aquel momento le abandonó á sí mismo. Contaré la primera prueba de su talento, cuya relacion debo á los mismos autores de la escena, con toda la sencillez de historiador que me sea posible.

Uno de los mas calurosos dias del estio, á la hora de la siesta, hallábanse reunidos M y Mad. Nicard en una sala bien cerrada y guarecida del rigor del sol, entonces en su mayor fuerza. El primero tendido muellemente sobre un sofá sostenia un libro abierto delante de sí, durmiéndose á medias, mientras Mad. Nicard se entretenia en poner unas flores, en un sombrero de seda bastante usado, que de esta suerte pensaba rejuvenecer. Distraida completamente con su obra, de que parecia poco satisfecha, se dedicaba á darle la última mano, cuando la dijo su marido, señalándole un pañuelo colocado sobre una silla inmediata á ella:

—Quieres hacerme el favor de alargarme mi pañuelo? Mad. Nicard no oyó, ó aparentó que no oia. Su esposo repitió la misma demanda en los mismos términos con la voz mas dulce que le fue posible.

Igual silencio por parte de ella.

Abria ya la boca el complaciente marido, é iba á repetir con alguna impaciencia su frase: quereis hacerme el favor..... cuando volviéndose su esposa hácia él le respondió, sosteniendo su sombrero con ambas manos, y poniéndole á alguna distancia de sus ojos para ver su efecto.

—Ya he oido, M. Nicard, ya he oido.

—El calor y esta novela, me hacen sudar copiosamente.

—Ya lo veo; pero no creo que te cueste tanto trabajo el tomar el pañuelo con tu mano.

—Ni á tí tampoco.

—Bueno.

—¿Sabes, Mad. Nicard, que si estuviese de humor podria enfadarme con justicia de ese espíritu de contradiccion?

—De veras? respondió Mad. Nicard, examinando su sombrero, que entonces parecia satisfacerle.

Y se puso á cantar á media voz esta seguidilla:

Mándeme V., D. Cosme,
que en el instante.....
haré yo lo contrario
que V. me mande.

Levantóse M. Nicard algo enojado, y enjugándose la frente con el dorso de la mano á falta de pañuelo, dijo:

—He ahí una cancion muy acomodada á tu voz, y sobre todo á tu carácter. Basta que yo quiera una cosa, para que tú te empeñes en lo contrario.

—No siempre.

—Siempre.

—Sin embargo, he dicho que sí una vez en mi vida.

—Y aquella estaba de sobra.

—De sobra! ¿Sabeis que puedo tomar eso por una insolencia?

—Y creerias ser por ello mas amable conmigo? Cuando te he suplicado que me alargues el pañuelo.....

—Y cuando ves que estoy ocupada...

—No tienes miramiento ninguno conmigo.

—Exijes de mí cosas insoportables.

Ibase acalorando la disputa conyugal, y quien sabe en lo que hubiera parado, cuando Cric que hasta entonces habia permanecido impasible espectador de ella, contemplando con gravedad á las dos partes beligerantes, tendido el hocico horizontalmente para respirar con mas libertad el aire, se levantó de repente, agarró el pañuelo entre los dientes y le puso á los pies de M. Nicard.

Al ver esto los dos esposos, suspendien-

do para otra ocasion su disputa, se reunieron para acariciar al conciliador animal que acababa de darles una leccion de amabilidad. Desde aquel momento Mad. Nicard, á lo que asegura su marido, reformó su carácter, al paso que Cric daba cada dia una nueva muestra de su habilidad. Comprendia todo lo que se le preguntaba, y cuando se hallaban á la mesa, ponia en manos de cada convidado su servilleta segun se los iba nombrando su amo. Si habia alguno á quien viese por primera vez, no por eso se cortaba; pues oyendo su nombre y no reconociéndole entre los habituales, deducia en su lógica que debia ser aquel el estraño.

Los amigos de la casa le habian enseñado gran número de habilidades con que le molestaban á cada paso, de manera que ya apercibido, se escondia siempre que oliscaba la entrada de alguna visita. Recibia los elogios con una indiferencia filosófica, causada tal vez por el escesivo trabajo conque se los hacian ganar. Pero al paso que la admiracion de los estraños recaia sobre él sin conmoverle, no perdonaba medio alguno de agradar á su amo, multiplicándose para servirle, ora llevando las cartas á su destino, ora tambien haciendo algunas compras de que era el encargado ordinario. Sucedióle con esta ocasion una aventura bastante singular, cuya relacion creo ha de agradar á mis lectores.

Uno de los cargos que pesaban sobre él era la provision de tabaco de M. Nicard, que con el objeto de tenerlo mas fresco se surtia diariamente en casa de un comerciante muy acreditado en aquella época. A este fin colocaba una caja apropósito, con seis cuartos dentro, en la boca de Cric, el cual la llevaba fielmente á casa del mercader, á quien ya conocia, y este no tenia inconveniente en hacer la sustitucion del tabaco á cambio de dinero.

Una mañana volvió Cric de su diurna espedicion con las orejas gachas y la cola entrepiernas. En lugar de poner la caja en poder de su amo como tenia de costumbre, la dejó encima de una silla y se retiró con aire confuso hácia un rincon del aposento. M. Nicard tomó la caja, y grande fue su admiracion cuando no encontró en ella ni tabaco ni dinero. ¿Qué queria decir esto? Habrian robado por ventura á Cric, ó acaso el comerciante le jugó la partida de apoderarse del dinero sin la retribucion acostumbrada? En vano interrogó M. Nicard al perro; éste comprendia á no dudarlo las preguntas de su amo, pero el amo no tenia suficiente penetracion para entender las repuestas del perro, ó mas bien, si hemos de decir la verdad, Cric no respondia de modo alguno. Todos los indicios revelaban en él un culpable sin posibilidad de defenderse. Sin embargo, á la mañana siguiente volvió Cric á su mensaje y lo cumplió fielmente, continuando así por muchos dias con lo que se olvidó completamente la anterior ocurrencia.

Pero llegó un dia en que se repitió la escena. Entonces habiendo llegado á colmo la inquietud y el dolor de los esposos, se resolvió celebrar un consejo donde se procurase inquirir la verdad, compuesto de los vecinos y amigos de la casa. Hizóse así, y con gran sentimiento, oyó M. Nicard suscitarse dudas acerca de la fidelidad del perro Cric; éste recibia en varias ocasiones de mano de Mad. Nicard algunas monedas de cobre con que compraba vizcochos, teniendo siempre gran cuidado de no marcharse de la tienda hasta recibir su cuenta corriente. Algunas veces que la pastelera se divertia en engañarle, se sentaba en el suelo, y esperaba paciente por espacio de algunos minutos; pero si veia que la chanza se prolongaba algo mas de lo regular, saltaba sobre el mostrador, y se servia por sí mismo cobrándose exactamente ni mas ni menos que lo que en derecho le pertenecia. Esta circunstancia unida á la desaparicion del dinero de la caja, hizo pensar no sin razon que Cric habia convertido en pasteles el dinero destinado al tabaco de M. Nicard. Decidióse por lo tanto vigilar con atencion sus pasos y, probado el delito, castigarle con todo el rigor que recomiendan las palabras del Eclesiastes.—«*Qui bene amat, bene castigat.*»

Pero tranquilícese el suspicaz lector; Cric no era culpable, y la Providencia le proporcionó ocasion de justificarse aquella misma tarde, con desdoro de sus detractores.

Estábamos paseando los dos dignos cónyugues, Cric y yo, por un *boulevard* inmediato al despacho del mercader de que ya he hablado, en que unos cuantos muchachos se hallaban reunidos jugando al chito. Uno de ellos, inclinado el cuerpo adelante y con una pieza de dos cuartos en la mano derecha, apuntaba al pedazo de caña cargado de moneda menuda, cuando de repente Cric que acababa de reparar en ellos se separa corriendo del lado de su amo, se apodera de

los cuartos y los lleva á M. Nicard. Grande fué nuestra sorpresa, y grande tambien el tumulto que movieron los muchachos en derredor del pobre perro, á quien defendia con el baston á duras penas su amo, cuando un mozo de la esquina que lo habia presenciado todo se abrió paso por medio de la turba, y agarrando á uno de ellos por la oreja:

—Te ha dado tu merecido, tunante, pilluelo, le dijo; asi aprenderás á no robarle otra vez sus cuartos, que no ha hecho mas que recobrar ahora.

Y en efecto, segun nos dijo, Cric, que algunas veces se paraba á jugar con ellos, cuando iba á su cotidiano encargo, se habia dejado escamotar el dinero dos veces, no advirtiendo su falta hasta el momento de abrir el mercader la caja para llenarla.

Los rasgos que hasta ahora he citado dependen solo de la inteligencia; pero he aqui uno que tiene mas trascendencias, y que nunca podré olvidar.

Habian anunciado una carrera de caballos. M. Nicard, que como todos los pretendientes tenia mucho tiempo de sobra, se armó de su paraguas, y acompañado del fiel Cric que jamás le abandonaba, se encaminó hácia el lugar de la funcion. Habia tenido la fortuna de encontrar un billete de preferencia: pero grande fue su sorpresa cuando le observaron que no podian penetrar los perros en el recinto sagrado. ¿Qué debia hacer? Se veia en la triste necesidad de volverse á casa ó permanecer en medio de la turba, cosa poco apetecible atendidos la pequeñez de su estatura y el peligro que Cric corria de ser estrujado entre el gentio. Pensativo le tenia esta alternativa, cuando un muchacho que advirtió su indecision se ofreció generosamente á guardar el perro hasta que se acabase la corrida, en lo que consintió despues de vacilar un minuto, llevado de la curiosidad y de la novedad del espectáculo. Entregando, pues, al muchacho la cadena de Cric, y encargándole la vigilancia, ofreciéndole una brillante recompensa, dirigióse con paso resuelto á su sitio, no sin lanzar una mirada á Cric, que daba lastimeros ahullidos al verle separarse de su lado.

Terminada la funcion encamínase M. Nicard al parage convenido, pero no encontró en él ni perro ni muchacho. Miró con inquietud en su derredor, llamó á Cric, no respondia, y ninguno de los circunstantes le habia visto. Pasaron asi muchas horas sin que se resolviese el buen hombre á separarse de aquel sitio ni á volver á su casa, no pudiendo acostumbrarse á la idea de haberle perdido. Por último, dieron las diez, y M. Nicard tuvo que volver á casa donde le esperaba con impaciencia su esposa.

No pintaré la escena de dolor, disputas y cóleras que siguió al anuncio de la pérdida de Cric. Jamas se vió techo conyugal conmovido por huracan tan violento. Pero tarde ó temprano fue necesario calmarse, y entonces de mancomun pensaron en el modo de recobrar al desertor, decidiendo ante todas cosas reclamarle por todos los periódicos de la capital, prometiendo una buena recompensa á quien le presentase. Este anuncio, sin embargo, asi como todos los otros pasos que M. Nicard y sus amigos dieron, fueron inútiles, nadie parecia, y el techo conyugal estaba privado de su mejor adorno.

Pasaron asi tres dias y se habia perdido ya toda esperanza, cuando hallándome yo una mañana en el balcon de M. Nicard, hablando como de costumbre, de la pérdida del pobre Cric, le ví de rep ente echar medio cuerpo fuera de la barandilla, y esclamar con alegria:

—Cielos! Que veo! Es posible! Sí, él es!

—Quien?

—Cric. Viene hácia aqui.... Ya nos ha visto. Pobre perro!

En efecto ví á lo lejos á un perro que se dirigia hácia nosotros, lleno de barro hasta el pescuezo y arrastrando un pedazo de cuerda. Solo los ojos de su amo hubieran podido reconocerle en aquel estado. Entanto que le examinaba, dudando todavia que fuese él, se habia precipitado M. Nicard á la escalera, acompañado de su muger que habia acudido á sus esclamaciones. Ya estaban abajo uno y otro cuando llegó Cric. Sin hacer caso de aquel á quien tuviera en otro tiempo tanto cariño, pasó el perro por delante de M. Nicard y corrió á refugiarse en las faldas de su esposa, deshaciéndose en caricias. Su abandonado amo quiso acercarse á él, pero cada vez que lo intentaba prorumpia el animal en un sordo gruñido que nada bueno anunciaba. Por último, viéndose instado mas de cerca que las otras veces lanzó un ladrido lleno de cólera, y escapándose de los brazos de su ama subió las escaleras de la habitacion y fue á revolcarse en su nicho acostumbrado.

M. Nicard estaba desesperado, pues era

evidente que el enojo de Cric provenia de haberse visto abandonado por él á manos mercenarias, de las cuales es natural inferir hubiese tenido gran trabajo en escapar, aunque jamas se ha sabido la relacion de sus aventuras. El estado en que volvia hacía presumir que hubiese padecido mucho, y á ello se debia sin duda la indiferencia del perro. M. Nicard habia soportado varonilmente las reprensiones de su muger, que á la verdad no las habia escaseado, pero verse rechazado por su perro era un dolor que no podia llevar con paciencia. No perdonó esfuerzo ninguno para reconciliarse con él; al principio todo fue inútil, pero Mad. Nicard intervino, y gracias á ella el cariño del perro volvió á renacer con mas fuerza si se quiere que antiguamente. Ay! demasiado corto fue el tiempo que pudieron disfrutar de su reconciliacion.

Una cruel enfermedad atacó á Cric; tenia el pescuezo lacerado por una úlcera. Nada se economizó para detener sus progresos, pero todos los socorros del arte fueron inútiles. Cric estaba condenado á mirir sufriendo acerbos dolores. Despues de una violenta consulta se decidió que era inevitable una separacion pronta y cruel del animal. Se aprovechó para ello un viaje que hizo Mad. Nicard á un campo... ¿Cómo decir lo restante? Decretóse el fatal sacrificio de que se encargó el portero. Seguímosle nosotros desde lejos como una turba de amigos que acompañan el entierro de otro amigo, y le vimos á la orilla del rio, con una piedra atada al pescuezo ser lanzado al fondo.

Todos á una arrojamos un grito; sin embargo, aquella agonia no fue la última. Un momento despues apareció Cric en la superficie, libre el pescuezo de la piedra que estaba mal colocada y se habia desprendido de la cuerda. Ganó la orilla nadando penosamente, y se acercó al portero lamiendo con cariño sus manos, sin duda para implorar su compasion. Yo lo ví!..... yo lo ví con los ojos llenos de lágrimas, M. Nicard sin poder reprimirse mas, se acercaba rápidamente levantando la mano en señal de indulto cuando resonó un golpe en el agua, y el portero se volvió á nosotros terminada ya su comision. Aquella vez estaba bien atada la piedra; á los pocos minutos Cric dejó de existir.

Mad. Nicard, ignoró toda su vida el triste fin del desgraciado perro. Fue una felicidad para ambos, pues sabedora de él, no hubiera perdonado á su marido el cruel valor que él mismo se echó en cara mas de una vez, y entonces no hubiera estado alli Cric para volver la paz al enojado matrimonio.

M. Q.

JALISCO.



Jalisco, tal como se presenta en la lámina, es un pueblo muy reducido, edificado sobre una colina, distante dos leguas de la moderna y coqueta ciudad de Tepic, en el departamento de Jalisco, que es el mas occidental de todos los estados mejicanos, y limítrofe al de Sinalva y Colima. Posee la costa occidental del mar pacífico; su suelo no es tan feraz como el de los paises convecinos, por las montañas y barrancas que atraviesan, y por la plaga de insectos de que abundan, si bien contiene muchos llanos y valles abundantes de agua, en que se hallan otras muchas pequeñas poblaciones. Antes de la independencia era llamado por los españoles este Departamento la nueva Galicia, por ser parecido su territorio á las costas de Galicia. La tradicion refiere que la famosa Doña Marina (alias) *Lamalinche*, que fue la querida de Hernan-Cortes, vió la luz primera en este suelo.

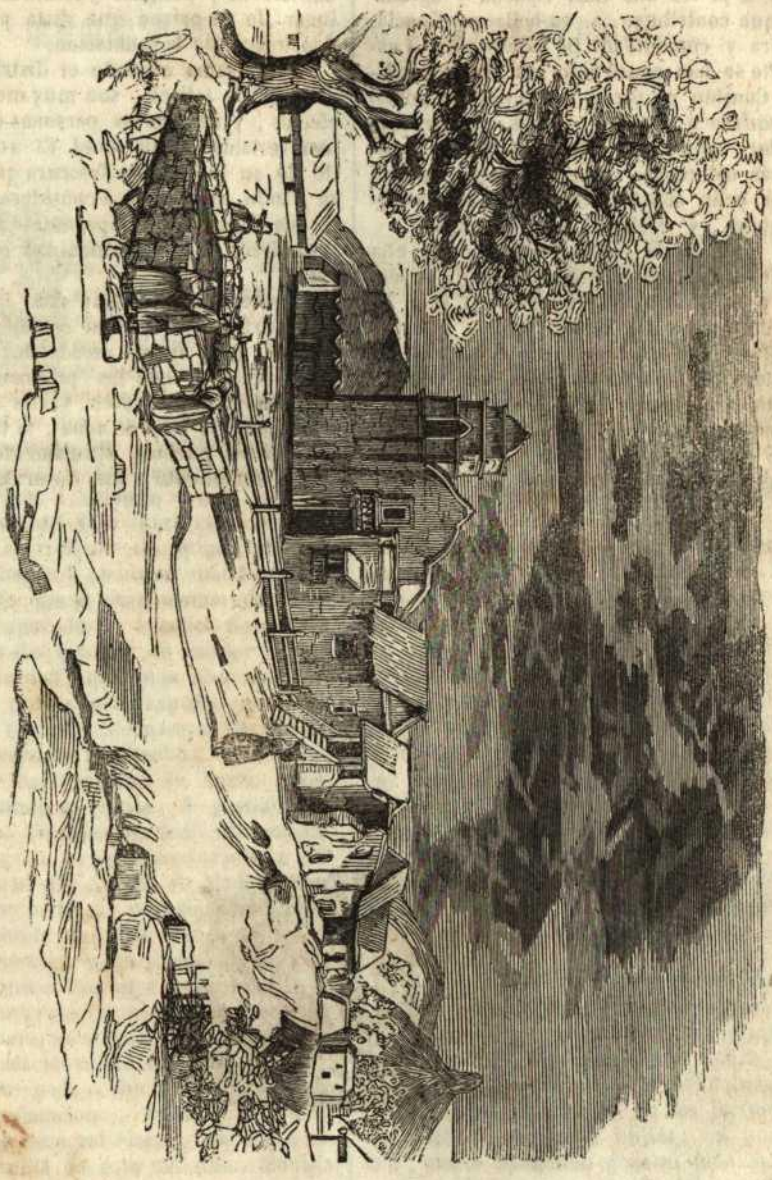
Francisco Cortés y Nuño de Guzman, fueron los que conquistaron este Departamento, y á ellos se les debe la gloria de haber introducido la civilizacion y las artes ignoradas en estos paises internos, y por medio de los misioneros hicieron, sin armas, la conquista de las voluntades, con sus doctrinas, con su ejemplo, y con las obras de la mas heroica caridad.

El caracter suave, dulce y dócil de los indígenas, alentó tanto á los misioneros, que no tuvieron el menor embarazo para colonizar estos paises despues de las guerras, y formar los pueblos á su arbitrio. Los indios de Jalisco, luego que vieron que los Padres mudaban su convento á Compostela, abandonaron voluntariamente su pueblo, y lo trasladaron al mismo punto donde se fundó el convento. Todo el pais de Jalisco, con poca diferencia, es de un mismo temperamento; sus costas al mar pacífico son sanas, aunque muy calientes, y sus producciones esquisitas. El lago de Zapotillo, que dista seis leguas del puerto de San Blas, es un manantial de riquezas, por la buena sal que produce; la costa de Santispac ofrece una inmensa cosecha de camaron, rórvalo, mero, ostion y otros mariscos, con cuya pesca conducida á las mas remotas distancias se han formado no pocos caudales en las poblaciones inmediatas.

El aspecto físico de las inmediaciones de este pueblo, es sumamente risueño: bellísimos campos y caseríos se observan en todo su contorno; árboles frondosos y medicinales, como el mesquite, la margarita, el guamuchil, etc. Tambien hay maderas esquisitas, como el ébano, el cedro, el arrellano, y la caoba. Se produce buena caña de azucar y otros frutos tropicales.

El terreno en que está *ubicada* esta poblacion es monotóno y un tanto quebrado, por cuyo motivo hay desórden en la colocacion de las casas, que la mayor parte se componen de muchas pobres chozas de indios, sin un rio que bañe sus inmediaciones, sin nada que tenga apariencia de un pueblo culto. El area de la poblacion es tan reducida, á causa de los cerros, que las casas están separadas, formando en el centro lo principal, y á manera de *suburbios* el resto de la poblacion.

Lo principal, sin embargo, presenta buen



Iglesia y pueblo de Jalisco.

aspecto, porque aunque las calles sean irregulares, las casas de los vecinos de Tepic (los principales de tan industriosa ciudad) están adornadas con mucho esmero, y presentan á la vez una vista risueña y agradable, que contribuye á su bella apariencia, frescura y comodidad. De pocos años á esta parte se han construido sus mejores edificios. Constan estos por lo regular de portal ó *colgadizo* á la calle, que es un hermoso corredor, adornados estos con varias y simétricas columnas, espaciosas salas, cuatro, seis ú ocho cuartos, dos patios con árboles frutales, y cochera correspondiente.

La plaza es de regular estension. En ella está situada la iglesia. Su arquitectura es sencilla, y se advierte á primera vista que ha padecido mucho del tiempo y de la interperie, ofreciendo un aspecto de ruina.

Nótase tambien en la plaza una fuente, pésimamente hecha de piedra ordinaria, por donde se provee el vecindario de agua, que se derrama en el tazon por medio de caños á manera de surtidores, y cada uno de estos son otros tantos troncos de robustos árboles, puestos horizontalmente, descansando en estacas muy enterradas, que en forma de arquerías, siguen la inclinacion del terreno, desigual y escabroso, hasta el lugar de su origen que dista poco mas de dos leguas de la poblacion.

Tiene fama en todo el distrito de Tepec el agua de Jalisco, son muy medicinales sus efectos, y muchas las personas que con ella han restablecido su salud. El suave murmullo de su fuente, la frescura que allí se goza, todo contribuye á considerarle como uno de los lugares mas aparentes para que se restablezca la flaca humanidad en sus dolencias.

Con un terreno muy sano, una atmósfera purísima, y en tan cercano punto de la ciudad, pues apenas escede dos leguas, parece increible que los progresos de Jalisco no hayan sido mayores. Varias causas lo han impedido: la falta de agua, la tendencia positivista del pueblo, últimamente, la pobreza del Ayuntamiento y sus Autoridades.

E. I.



EFECTOS DE UNA MENTIRA.



Voto á san! decia Federico de Mendoza oficial de artilleria, saliendo de casa de su coronel; mucho me lisonjea esta prueba de confianza, pero en la actualidad hubiera preferido que se la diese á otro. Elegirme á mí, precisamente para tal comision! A mí, á un reciencasado, enviarle á Valencia y separarle de su adorada mitad! Sino fuera por el miedo de ponerme en ridículo, estoy por dar mi dimision... Caspita! ahora es cuando conozco de veras lo que es estar enamorado. Pero quién seria capaz de no estarlo de Lucia, de ese tesoro de gracia y de candor! Y en verdad, en verdad, que bien necesario era ese angel de pureza para santificarme, despues de una vida tan borrascosa. Oh! no sabe qué conversion ha hecho, qué nueva existencia me ha revelado! Si, Lucia, te debo todo un mundo de poesia, de sentimiento, de delicadeza. Tú mereces todo mi respeto, todo mi amor!... y voy á abandonarte, á afligirte, á dejarte sola... sola en Madrid; no, no es esto muy prudente por vida mia... tan jóven, tan bonita, tan aturdida!... Pero me ama ingénuamente, y no puede tener para mí secreto alguno. Por otra parte mi ausencia no será larga, y la escribiré todos los dias. Lucia hará lo mismo, y me dará cuenta de sus operaciones sin necesidad de que yo la pregunte nada .. Oh! la desconfianza seria una profanacion... Vamos, ahora es menester anunciarla mi viage: bien agena estará la pobrecilla de este mal rato... Maldita comision!

Despues de varios rodeos y preparaciones acabó Federico por participar á su muger que se veia en la triste necesidad de ausentarse por un poco de tiempo. Escusado es decir que hubo sus lágrimas y consuelos correspondientes, y que no se separaron sin haberse estrujado á abrazos y caricias. Pero apenas habia andado la mitad del camino, cuando una contraórden que recibió le hizo volver pies atras y bendecir su suerte y la bondad de su coronel.

Cuando llegó á su casa, no se habia levantado todavia su idolatrada esposa. Entró pasito á paso en su alcoba, y un abrazo la despertó. Lanzó un grito y abriendo los ojos:

—Eres tú, Federico! dijo incorporándose para cerciorarse de la realidad de su vision. Cómo ya de vuelta! no te esperaba todavia.

—Ni yo tampoco creia volverte á abrazar tan pronto, querida mia. Pero he recibido una contraórden, y me he venido sin detenerme un instante, gozando de antemano con la dulce sorpresa que iba á proporcionarte. Qué has hecho en estos dias, prenda del alma?

—He estado fastidiada, contestó Lucia haciendo un gesto graciosísimo.

—Ya me lo figuraba yo, repuso Federico dándola otro abrazo. Cómo has de divertirte sin mí, querida Lucia, ni yo sin tí, hermosa!

Y nuevas caricias y nuevos abrazos. Luego que se hubieron serenado un poco, empezó Federico á entrar en mas pormenores. Su última carta estaba abierta sobre un velador, las flores inclinaban sus cabezas marchitas sobre los bordes de los jarrones; los candelabros no tenian bujias; en una palabra, cierto abandono general manifestaba el poco cuidado que se tenia del templo cuyo dios estaba ausente. Acercóse Federico hácia una cómoda cargada de mil chucherias, y descubrió los gemelos de Lucia en un estremo.

—Has ido ayer al teatro? preguntó.

—No, amigo mio, contestó precipitadamente Lucia.

Y sin embargo, habia ido!

Federico no insistió, pero Lucia se quedó confusa. Apenas habia dejado escapar el *no* fatal, cuando ya se arrepintió, pero una falsa vergüenza la impidió desdecirse. Pareciala que su falta era irreparable, y por cuanto hay en el mundo no se hubiera atrevido á confesársela á su marido. Por otra parte ¿cómo habia de confiar en ella en adelante, si sabía que le habia engañado una vez, sea cual fuere la intencion con que lo hizo?

Una antigua amiga de colegio, la marquesa del Alamo, cuya amistad no agradaba mucho á Federico, se habia empeñado en llevársela al teatro: ciertamente que esto no merecia la pena de andar con tales misterios, y asi lo hubiera pensado ella si hubiese tenido tiempo de reflexionar. Verdad es que aquella representacion, que era un hermoso drama, la habia interesado, y que habia sido en estremo obsequiada por D. Cárlos Colmenar, un amigo y acompañante asiduo de la marquesa. Acostumbrado á las frases presumidas, á las sorpresas exageradas, á la sensibilidad ficticia de las mugeres del gran tono, D. Cárlos habia observado con placer y casi con amor, las sensaciones naturales y silenciosas que se pintaban en el apasionado semblante de Lucia; pero si el santo candor de aquella angelical criatura no habia bastado para alejar todo pensamiento culpable, al menos la presencia de la marquesa impidió cualquier espresion atrevida; y Lucia conmovida con las penas que agoviaban á la heroina del drama, no habia advertido el efecto que ella producia, y al concluir la funcion no existía en el corazon de la jóven ningun sentimiento, ningun instinto de coqueteria que debiese ser un secreto para su marido. Rayaba apenas en los diez y siete abriles; su imaginacion viva y sencilla no conocia el artificio, y si en aquella ocasion habia faltado á su habitual sinceridad, era por el miedo de aguar el placer de Federico con la confesion de una diversion á que habia concurrido sin él y en compañia de una persona que le desagradaba

—No sabiendo cómo disimular la turbacion que no podia dominar, tiró de la campanilla para que entrase á vestirla su doncella.

—Dame el peinador azul, la dijo asi que entró.

—Envió ayer por él la modista, mientras V. salió, para ponerle guarnicion nueva.

—Bien, interrumpió Lucia con impaciencia, pues dame otro.

—Ah! saliste ayer? preguntó Federico.

—Si, contestó Lucia vacilando, fuí á casa de la baronesa.

Esta segunda mentira era resultado preciso de la primera.

Empezó la doncella á vestir á su señora, y Federico salió. Vistióse Lucia con negligente coqueteria, y corrió al gabinete en busca de su esposo, que se estaba calentando delante de una escelente chimenea. Apenas se habia sentado á su lado, entró un criado con una esquelita para ella. Recorrerla rápidamente, estrujarla entre los dedos y arrojarla á las llamas, todo fue obra de un momento.

—De quien es esa carta que tanto te ha enojado? preguntó Federico sonriéndose.

—No, no es que me haya enojado... pero, sabes que eres un poquito curioso?

—Como entre nosotros no hay secretos...

—Puede haberlos tan inocentes!... sin embargo esta carta nada tiene de particular, repuso Lucia mas serena; es de Amelia, que me convida á comer creyendo que estoy sola; pero estando tú conmigo, no quiero ir. Estás satisfecho?

—Y por que no hemos de ir juntos? contéstale á tu prima que nos espere á las dos.

Por supuesto, escusado es decir que la carta no era de Amelia; y van tres!

Parecia que todo estaba conjurado contra la pobrecilla. La baronesa del Cisne en cuya casa supuso Lucia haber estado la noche anterior y que era la que en realidad la habia convidado á comer para aquel dia, la participaba en la esquelita consabida que un viage repentino la habia obligado á partir el dia precedente, y la privaba del gusto de recibirla. Fácilmente comprenderá el lector el susto que causaria á Lucia aquel testimonio terrible y el movimiento casi maquinal que la habia hecho arrojar al fuego la acusadora carta.

Despues del desayuno, se retiró Federico á descansar, y Lucia inquieta y esperando á cada instante ver descubierta su ficcion aprovechó aquel tiempo para ir á advertir á su prima y á la marquesa del Alamo. Que vergüenza contarlas que ha mentido, é implorar su complicidad! Y sin embargo era indispensable. La pobre Lucia jamás se habia visto en semejante perplejidad. Corre á

casa de la marquesa y habia salido.—Qué fatalidad! Lucía la deja escritas estas palabras:

« Señora, mi esposo ha vuelto, y me ha parecido conveniente ocultarle mi ida de ayer al teatro. Hágame V. el obsequio de no darse por entendida de que me ha visto. Disimule la franqueza y no me juzgue sin haberme oido. »

Faltaba ver á Amelia. Si estará tambien ausente? Si irá á comer fuera? Los minutos parecian siglos á la impaciente Lucia, cuya imaginacion habia abultado su falta, hasta tal punto que su conciencia estaba tan alarmada como si hubiera cometido un crímen. Afortunadamente halló á su prima, y todo se arregló á las mil maravillas, con lo cual pudo volver á su casa mas tranquila pero siempre abatida.

Federico estaba satisfecho y parecia cobrar alguna mas confianza; asistió con su esposa á casa de su prima, y como todos los comensales eran de la familia, la conversacion fue amena y divertida. Lucia, inocente y descuidada como un niño, habia olvidado ya sus inquietudes, cuando un criado anunció á D. Cárlos Colmenar. Este nombre renovó en su alma todas las pasadas angustias. El recienllegado cumplimentó á Federico acerca de su inesperado regreso. Lucía no le perdia de vista, espiaba sus palabras y buscaba un medio de precaver cualquier alusion fatal. Agitada, zozobrosa, no vaciló en tomar un recurso desesperado, y acercándose con disimulo á D. Cárlos le dijo á media voz:

—No diga V. que me ha visto ayer en el teatro.

La sorpresa que estas palabras causaron á su interlocutor, aumentó la confusion de la jóven, y alejándose inmediatamente, fue á ocultar su rubor detras de algunas señoras apiñadas en un estremo de la sala.

Colmenar tenia unos treinta y cinco años, mucho mundo y una imperturbable confianza en sí mismo; por consecuencia, aquel incidente lo esplicó en su interior muy favorablemente. No era él hombre que desperdiciase una ventaja como aquella, y mucho menos con Lucía: asi pues, desde aquel momento la consagró toda su fausta galantería. Nuevo apuro para la pobre Lucía, y nuevo contratiempo que aumentaba lo equívoco de su situacion.

Otro suplicio la esperaba para el dia siguiente. Federico, queriendo causarla una agradable sorpresa, habia mandado tomar un palco para el teatro, y la dijo al tiempo del desayuno, que aquella noche irian juntos á ver el drama nuevo. Lucia escuchó turbada aquella noticia, que la preparaba nuevos tormentos para algunas horas.

—Creí que no te disgustarias, dijo Federico, pero veo que me he equivocado. Qué tienes? Estás desazonada?

—Si, tengo un dolor de cabeza terrible; pero de todos modos te agradezco en el alma tu atencion.

Enternecida y arrepentida, quiere confesar Lucia la causa de su turbacion, y clava en su esposo sus ojos arrasados de lágrimas.

—Qué es eso? dijo él. A qué vienen esas lágrimas? yo quiero una cara risueña. Esa es la recompensa que te pido. No sabes que pensando en tu diversion pienso en la mia? Si estás alegre y satisfecha, siempre me verás contento.

Esta interrupcion cortó la palabra á Lucia. Qué consigo, dijo para sí, con contarle mi niñeria? Sufra yo los tormentos que mi indiscrecion me ha originado. Ademas, mañana ya nadie se acordará de este lance y no tendré que temer.

—Vamos á ver, continuó Federico, ¿no tienes algun capricho que yo pueda satisfacer en celebridad de mi llegada? Me parece que un adorno como el que llevaba ayer tu prima te habia de sentar perfectamente. No te parece?

—Si, si quieres, repuso Lucia acariciando á su esposo; bien pronto puedo tener otro igual. Mis deseos tenia yo; pero siempre los adivinas.

—Siempre! repitió Federico sonriéndose y mirándola fijamente. Me alegraré que me suceda otro tanto toda la vida.

Aquellas palabras y el tono conque fueron pronunciadas, originaron nuevas angustias. Si habria penetrado su turbacion!

Pasó el dia disponiendo el plan de defensa para la noche. Aquel placer que Federico pensaba proporcionarla era una pesadilla.

En este intermedio, llegó la marquesa del Alamo: la carta de Lucia habia escitado su curiosidad, y tuvo la fortuna de encontrarla sola.

—Qué hay? la dijo al entrar.

—Ah señora! esclamó Lucia sin contestar: cuanto agradezco esta visita! qué habrá V. pensado de mí.

—Nada que no sea muy natural, querida. Su esposo de V.. como esposo al fin, será

demasiado exijente ; V. habrá temido que la reprehenda , y... pero no tenga V. cuidado que sé guardar un secreto.

—No señora , no es que yo esté quejosa de Federico , sino que ha sido un temor inconsiderado...

—Ya , ya estoy ; es menester disculpar al marido , no lo estraño. Pero acuérdese V. de que el amor se pasa y el despotismo queda siempre. No se deje V. enterrar en vida.

—Repito , señora , que Federico no es déspota , ni me quiere enterrar en vida. Por el contrario , siempre anda imaginando medios de distraerme y hacerme feliz.

—Vamos que yo bien sé lo que me digo; dia llegará en que á él le guste divertirse sin su muger , y entonces ésta no tendrá mas remedio que estarse en casa ; entonces me dirá V. lo que es bueno.

—Oh ! estoy segura de que ni Federico ni yo mudaremos nunca.

—Me alegraré infinito. Sin embargo, no eche V. en olvido mis consejos , y no se deje dominar enteramente. Mire V. que la hablo por esperiencia...

Camino llevaba la marquesa de no acabar sus insidiosas amonestaciones en mucho tiempo. Lucia estaba confundida sin acabar de comprender los sofismas con que queria embaucarla su amiga : sin embargo, penetraba lo bastante para conocer que aquellas alusiones ofendian al objeto de su cariño. Su noble corazon se resentia de aquellas sospechas , y sin embargo por timidéz no se atrevia á romper el silencio. La marquesa mudó de conversacion y se retiró á poco rato. Llegó por fin la temida hora del teatro y Lucia, mas pensativa y mas pálida que de ordinario, no estaba menos bonita por eso.

—Me parece que hoy tengo mal semblante, dijo á Federico. No es verdad ?

Federico , que acababa de llegar admiró su esbelto talle y pasó revista á su tocador con minuciosa complacencia , sin echar en olvido ni siquiera el abanico.

—¿ Qué antigualla es esa que llevas? ¿ Por qué no sacas el último que te regalé.

—Este es muy bonito.

—Si , pero es mejor el otro , y me gusta mucho mas. ¿ Quieres que llame á la doncella ?

—No , dijo Lucia con impaciencia.—Es inútil. El otro abanico está roto y le he dado á componer.

El abanico no estaba roto; se le habia dejado olvidado en el coche de la marquesa. Parecia que hasta las mas pequeñas circunstancias se reunian para atormentarla. Aquel *no* inconsiderado que ella creyera indiferente la originó una série de suplicios , y cuantas mas mentiras acumulaba sobre la primera , menos posible la parecia una confesion ingénua.

Inquieta y avergonzada de su situacion, Lucia no hacia caso de la escena , pero todavía fue peor cuando al terminar el primer acto , descubrió en un palco frontero á la baronesa del Cisne , cuyo regreso ignoraba, y que con una palabra podia destruir todos sus inocentes artificios. Su primer pensamiento fue el de retirarse: la palidéz repentina que cubrió su rostro , la permitia pretestar una indisposicion ; pero luego se convenció de que era mucho mas conveniente verla y prevenirla, ya que la casualidad se la ponia delante. Insistió , pues , en quedarse, cuando Federico , viéndola tan pálida , la propuso volverse á casa.

Despues del drama , pasó Lucia al palco de la baronesa , y la halló sola. Interin su esposo se quedaba en los pasillos . pudo ella esplicarla su ambigüa situacion , y rogarla que no la descubriese.

—Querida mia , la respondió la baronesa con amabilidad , siento mucho verla á usted caminar por este tortuoso laberinto ; sin embargo , añadió sonriéndose , no es esta ocasion de sermones , cuando me viene usted á pedir un favor.

Animada por el peligro , Lucia habia sido clara y breve en su esplicacion ; conseguido lo que deseaba, se sentia muy tranquila despues de tantas angustias, cuando Federico entró seguido de dos primos de la baronesa que la habian acompañado al teatro. Empezó la discusion sobre la ejecucion del drama , y con ella empezó tambien una nueva série de tormentos para Lucia , que á cada instante estaba temiendo una pregunta indiscreta que revelase lo que tanto trabajo le costaba ocultar : su asistencia la noche anterior al teatro.

—Pues señores , digan ustedes lo que quieran , salió uno de los primos , yo estoy encantado de este drama , y si ayer no hubiera tenido que ir al pueblo con mi prima...

—¿ Qué estás diciendo , interrumpió la baronesa riéndose , tú deliras , vamos , da la mano á Lucia; no ves que se queda sola?

Lucia en efecto se habia quedado como estupefacta , y salió del palco mas inquiet-

de lo que habia entrado, á pesar de que Federico no habia parado la atencion en aquellas palabras.

Al dia siguiente por la mañana se presentó Don Carlos en casa de Lucia. Federico habia salido llamado por los deberes del servicio, con lo cual ya contaba de antemano la visita. Lucia, sorprendida, estuvo dudando un momento si le recibiria; pero acordándose luego de que tenia algo que callarla, y que por consecuencia no debia disgustarle, dió orden de que le introdujesen.

Saludole D. Carlos con fingida timidez; pero inmediatamente se repuso, entregándola el abanico que habia encontrado en el coche de la marquesa.

—Traigo, señora, dijo con cierto airecillo misterioso, el testigo *mudo* (y recalcó esta palabra) de una conferencia cuyo recuerdo jamás se apartará de mi memoria. Otros testigos habria menos discretos.

Lucia sin levantar la vista, ni pronunciar una palabra, hizo un movimiento de cabeza que indicaba su agradecimiento.

Don Carlos continuó:

—Y no me es permitido esperar de la casualidad la repeticion de semejante felicidad?

—En efecto que fue una casualidad; porque rara vez estoy sola, y cuando está aqui mi esposo, no voy sin él al teatro.

—Sus ocupaciones no le permitirán acompañarla á V. siempre. Y qué inconveniente hay en concurrir á las diversiones con una amiga respetable?

—Ninguno; pero todos mis deseos están satisfechos, y si he ocultado á mi esposo mi ida al teatro, ha sido por delicadeza.

Es V. un ángel. Qué indulgencia tan amable! Qué modo de prestar los colores mas agradables á un abuso de autoridad! Afortunado el mortal que reyna en ese corazon que tantos ambicionarian conquistar!

Espinosa se iba haciendo la situacion de Lucia, cuando entró Federico. Por una delicadeza fácil de comprender no se habia apresurado á guardar aquel abanico restituido con tanto misterio, y que parecia servir de pretesto á la galanteria de Colmenar; pero al presentarse Federico, quiso cogerle y no habiendo podido hacerlo con bastante lijereza, tuvo que dejar sobre la mesa al importuno confidente. Torció el gesto el esposo al hallar en su casa á aquellas horas á D. Cárlos, y este le esplicó el motivo de su visita que era convidar á la pareja para un baile. Federico rehusó el convite, y descubriendo en aquel instante el abanico:

—Calle! dijo con aspereza, ya ha vuelto?

—Sí, me le acaban de traer.

Y diciendo estas palabras se puso Lucia encarnada como la escarlata, y dirigió á D. Carlos una mirada que éste comprendió, y que no se le escapó á Federico.

—Vaya, dijo para sí, Colmenar se lo ha traido.

Hervíale la sangre en las arterias, y temiendo propasarse se salió del salon; despidióse la visita, y Lucia se quedó helada y transida de terror.

Federico, furioso y desesperado, en vano procuraba poner sus ideas en órden. De repente recordó diversos incidentes que acabaron de trastornarle el juicio. La carta quemada, la turbacion de Lucia desde su regreso, los obsequios del D. Carlitos en casa de su prima, aquella indisposicion en el teatro, precisamente despues que él habia insistido en que llevase el otro abanico; por último, este mismo abanico roto, segun ella dijera, y encontrado bueno y sano justamente en la visita de aquel individuo, y mas que todo, la emocion de Lucia y las miradas de inteligencia que habia sorprendido.

Pero, qué medio habia de cerciorarse de su desgracia? Mil recursos, mas ó menos descabellados se le ocurrieron sucesivamente; confiar, pedir consejo, entablar la demanda de divorcio, sonsacar á la marquesa, interrogar á sus propios criados, desafiar á su rival, confundir á Lucia, pero ninguno de estos planes acabó de satisfacerle. Por fin la exaltacion de su cerebro cedió á la elevacion de su alma. Desechó como indigno de su carácter cuanto no estaba conforme con el respeto que profesaba á la muger que escogiera, y á quien amaba todavia á pesar de su presunta infidelidad. Como hombre honrado, escogió el partido mas prudente, el de contenerse, observar, y precaver sin escándalo, si era tiempo aun, la desgracia cuya sola suposicion le hacia estremecer. Entró pues en el cuarto de su esposa, con un continente que él creia tranquilo, pero cuya mal disfrazada agitacion helaba de espanto á Lucia. Despues de algunos minutos de silencio, se atrevió ella á romperlo, alentada por la pureza de su conciencia.

—Qué tienes, Federico? le dijo con un acento entre enojado y cariñoso. Desde que has venido siempre estás de mal humor. Nunca te habia conocido ese genio.

—Es que, contestó él con aspecto sombrío, se necesita tiempo para conocerse mútuamente. Ahora me convenzo de esta verdad.

—Esplícate. Qué quieres dar á entender?

—Ni yo mismo lo sé.

—Federico, eres injusto, dijo Lucia asiéndole la mano, yo soy siempre la misma, tú solo...

—Basta, interrumpió Federico secamente. No te pido esplicaciones. Pero supongo que estarias mas contenta conmigo, si yo recibiese amistosamente á los que tú honras con tu particular atencion.

Y pronunciando estas palabras con avinagrado y cáustico acento, salió de la estancia.

En esta corta conferencia, habia concebido de nuevo Lucia el pensamiento de declarárselo todo á su marido, y esplicarle los diversos incidentes que habian originado sus inquietudes: pero el tono de Federico la habia quitado el valor. Altamente ofendida de las sospechas de su esposo, se asombraba de que se hubiera atrevido á manifestárselas, y aquella falta de lesa confianza y de leso cariño, la parecia mas irreparable que la suya propia. Cómo! á la menor apariencia, no titubeaba en acusarla, en condenarla sin oirla! Y la humillaba, la avergonzaba sin que una duda, una sombra de pesar cruzase por su alma! De estas reflexiones resultó que entrambos padecieron, y que hubo ceño de una y otra parte; la noche fue ajitada, pero unas cuantas horas de sueño que pudieron conciliar al amanecer serenaron los ánimos algun tanto.

A la mañana siguiente, todavia duraba el enfado, pero mucho mas modificado. Federico salió temprano y pasó fuera la mayor parte del dia. De esta suerte pudo reflexionar y dejó tiempo á Lucia para hacer otro tanto. Entonces cada uno se hizo los mas graves cargos á sí mismo. Si las faltas de Federico son mayores, decia Lucia para sus adentros, tambien es porque yo he dado márgen á ellas. Y no soy yo la causa de cuanto está sucediendo? No soy yo la primera que ha infrinjido la confianza y la sinceridad? La intencion me justifica, pero Federico qué sabe? Es injusto porque padece, y yo tengo la culpa. Y ahora, me creerá si le digo la verdad? Oh! no, cuando sospecha de mí, sin dignarse ni aun oirme. Es una horrible injusticia.

De esta suerte acusando á Federico y disculpándole, deseaba Lucia y temia al mismo tiempo, la vuelta de su esposo. Por su parte, este afeaba su viveza en adelantar demasiado su celosa desconfianza y sobre todo su torpeza en no saber disimular. Cuanto mas recordaba la ternura de Lucia, su inocencia, la rectitud de su corazon, tanto mas imposible le parecia una traicion. Lucia, una criatura tan noble, tan pura, cómo habia de haber pasado tan repentinamente del candor á la impudencia y á la hipocresía? Si era injusto el ultraje, cuanto padeceria la infeliz! Pero luego que combinaba todos los incidentes que habian despertado sus sospechas, aquel abanico perdido y recobrado, las miradas y turbacion de Lucia en su presencia, volvia la terrible conviccion á apoderarse de su alma con nueva fuerza, y todas sus esperanzas se desvanecian.

Acosado de esta angustiosa ansiedad, volvió el esposo á la presencia de la esposa. Lucia no estaba sola, porque era dia en que acostumbraban á tener convidados. No estaban muy dispuestos Lucia y Federico á divertirse; sin embargo, la concurrencia les servia no poco para salir de aquella embarazosa situacion que á nadie se le escapó, pues todos echaron de ver los esfuerzos que hacia la señora de la casa para aparecer contenta, y la actitud silenciosa y melancólica de su esposo.

Aquella noche concurrió poca gente á la tertulia, y apenas habia quien sostuviera la conversacion. Se suplicó á Lucia, cuya voz era hermosisima, que cantase alguna cosa; iba á sentarse al piano cuando entraron la marquesa y D. Carlos. Lucia trémula y conmovida empezó á cantar lo primero que se le ocurrió. Aplaudiéronla con entusiasmo, pero Federico, cuya tristeza se habia convertido en mal humor al ver á Colmenar, y que aun habia creido encontrar cierta correspondencia en la cancion, dijo que no le gustaba, y dirigiéndose á Lucia:

—Ese piano está hecho un cencerro, dijo en voz baja: mejor seria que no te olvidases de estas cosas, y por hoy te aconsejo que te dejes de música. No lo has notado! Yo no sé en qué piensas; ni ves, ni oyes, ni entiendes.

Lucia se quedó hecha una estatua, y aquel incidente acabó de desterrar la alegria de la reunion. Federico mandó poner una mesa de ecarté, y pronto el juego animó á la concurrencia y produjo algo mas de ruido y movimiento. La noche avanzaba, cuando un jugador confuso ó fatigado por una suerte obstinada en hacerle ganar rogó á la señora de

la casa que se sentase á ver si podia mudar aquella suerte. Se sentó y ganó; el afortunado jugador fue vencido. Inmediatamente ocupó su asiento Colmenar, y Lucia palideció: empero toda su sangre refluyó hácia su corazon cuando vió á Federico sentarse á su lado y fijar en ella una mirada amenazadora, desde aquel momento no supo lo que se hacia, y empezó á echar cartas á la ventura. Ya iban los puntos á quejarse, cuando Federico se anticipó con una agria interpelacion que no fue dueño de dominar.

—Qué diablos estas haciendo? dijo á su esposa encolerizado; has perdido el juicio? con que te descartas de triunfos! no ves que tienes el rey? vamos, trae acá esas cartas, porque yo no sé en qué estas pensando.

—Disimúlenme Vds., señores; me siento bastante desazonada.

Los jugadores se apresuraron á disculpar aquella distraccion, y D. Carlos propuso que se suspendiese por un momento la partida mientras ella se serenaba.

—No, no hay necesidad, dijo Federico algo mas apaciguado; Lucia no sabe jugar, yo jugaré por ella.

Levantóse Lucia con los ojos arrasados de lágrimas, y las señoras que habian escuchado el coloquio, la rodearon y procuraron consolarla cada una conforme á su carácter.

—Yo que estaba creida de que tenias el modelo de los maridos! ya! ya! pues es amable como él solo! no, yo le aseguro....

—Como ha de ser! interrumpió la baronesa: nadie es perfecto en este mundo. El matrimonio es una escuela de indulgencia mútua, y como los maridos suelen ser unos niños muy mimados, es preciso que nosotras seamos madres muy sufridas.

—Bien se lo habia yo presagiado, que pronto se acabaria el pan de la boda, añadió á su vez la marquesa del Alamo: hasta aqui no habia sido mas que amante, pero el irá sacando las uñas de marido. Pobrecilla!

Federico cortó esta conversacion acercándose: iba siendo tarde, y gradualmente fue quedando desierta la sala. Temblaba Lucia de hallarse sola con Federico, porque temia una espantosa borrasca, y no fue poca su sorpresa cuando vió que guardaba silencio. Dejose caer sobre un sofá, como si estuviera rendido de cansancio, y con una mano se apoyó en el almohadon, y con la otra se cubrió el rostro que tenia inclinado sobre el pecho.

—Tanto finjir! dijo para sí, hasta cuando me veré precisado á representar este papel miserable! Oh! Lucia, Lucia, si supieras los tormentos que me causas! Y no he de vengarme! .... pero.... y si estuviese equivocado!..... Oh! no; no he visto su turbacion? pero, quién sabe... ah! pobre loco!

Entanto que Federico deliraba de esta suerte, Lucia contemplaba la palidez y la alteracion de su semblante medio encubierto. Los movimientos convulsivos de la mano en que apoyaba su frente indicaban la violencia de sus sensaciones, mientras que algunas lágrimas ardientes se deslizaban por entre sus dedos. Lucia lanzó un grito, y arrojándose á sus pies:

—Federico, le dijo con resolucion, he mentido: perdóname y permite que te cuente la verdad.

Una descarga eléctrica no hubiera hecho mas efecto que aquellas palabras pronunciadas con el acento de la sinceridad: levantóse el jóven y mirándola fijamente:

—Habla, esclamó, habla; qué te detienes?

Lucia, sin levantarse, elevó hacia él sus torneadas manos y sus cándidas miradas.

—Te he engañado, dijo, pero espero que me lo perdones, porque harto he pagado mi culpa. Mi intencion es acreedora á tu indulgencia: por irreflexion, te encubrí la verdad para dejarte gozar una satisfaccion que yo temia turbar. He mentido, Federico, pero es la primera y la última vez, te lo prometo. Cometida la falta, cada dia he encontrado nuevos obstáculos para confesártela, temiendo siempre alarmar tu confianza. Loca de mi! ahora bien lo veo, tú piensas cosas que no te atreves á declarar, lloras y nada me preguntas; oh! yo quiero contártelo todo, y despues, estoy segura de que no desconfiarás de tu Lucia.

Aquella voz firme y franca, aquella mirada pura y tranquila persuadian á Federico: asió entre sus manos la cabeza de su esposa y la inundó de besos; la levantó en seguida y la estrechó en sus brazos: entonces un larguísimo suspiro se escapó de su pecho, y cual si se viera libre de una carga insoportable la dijo:

—Ah! Lucia, me has hecho mucho daño! pero te lo perdono y lo olvido.

—Oh! yo no lo olvidaré jamás, dijo Lucia desprendiéndose de sus brazos, pero es preciso que me oigas y me creerás. Verdad es que he merecido que dudes de mi pala-

bra, pero no faltarán pruebas....

—Pruebas! palabras! interrumpió Federico; y para qué! Te creo, y si vieras cuán feliz soy en creerte!

Y abrazando de nuevo estrechamente á su cara mitad añadió:

—Sé que me amas, y no necesito saber mas.

—Es que yo quiero que lo sepas todo, y no estaré tranquila hasta que vea desvanecida la mas ligera sombra de duda.

—Pues bien, para mi satisfaccion no me dirás hoy nada mas, y para la tuya te escucharé mañana.

F. L.

EL CONDE DE TORENO.



Nació este ilustre patricio en Oviedo el 26 de Noviembre de 1786, recibiendo en las fuentes bautismales el nombre de José Maria, y heredando de sus padres el de Queipo de Llano Ruiz de Saravia En Cuenca recibió los primeros rudimentos de su educacion, que continuó en Madrid, y perfeccionó durante la azarosa y notable carrera de su vida en las cortes extrangeras, á donde le llevaron los puestos eminentes que ocupó y las tempestades políticas.

Amamantado en las escuelas de las doctrinas liberales que por entonces empezaban á cundir en España á resultas de la memorable revolucion francesa, imbuido de sus ideas con la lectura de las obras de Rousseau, que gozaban gran crédito y prestigio entre la juventud, y afirmado algun tanto en ellas por la amistad que habia contraido con el abad de monges benedictinos del monasterio de Monserrate de Madrid, sugeto de opiniones muy exaltadas, dióse en breve á conocer como sustentador de las nuevas doctrinas, que andando los tiempos habian de poner en combustion al mundo, por las que habia de ser perseguido, y de las que mas tarde debia, sino abjurar, no darle tan franca entrada, y mirarlas con mas prevencion, una vez perdido el prestigio que les prestaba la novedad, y las acaloradas imaginaciones de los jóvenes.

Con el memorable alzamiento de España en contra de los franceses puede decirse que empezó la vida pública del conde de Toreno. El 2 de Mayo tuvo ya lugar de distinguirse en Madrid, salvando con grave exposicion de su vida, la de su amigo D. Antonio Oviedo, y partiendo poco despues de la corte, contribuyó con sus discursos y el prestigio que gozaba su familia en su pais natal, á acelerar el movimiento de Asturias. Cuando éste se hizo estensivo á todo el principado, el primer cuidado de la junta formada fue enviar á Toreno y á D. Angel de la Vega á Inglaterra en busca de auxilios y medios con que continuar la gigantesca empresa ya comenzada.

De regreso de su comision que fue ventajosa á los intereses nacionales, renunció el nombramiento de miembro de la junta del principado de Asturias que en él habia hecho el marques de la Romana, y aun sostuvo con este caudillo agrias contestaciones, por la conducta que habia observado disolviendo la junta anterior. Despues, cuando las tropas francesas invadieron el principado, tuvo que vagar por algun tiempo por las montañas, pasando en seguida á Sevilla y luego á Cadiz, en donde recibió poderes de Leon y de Asturias para representar á

estas provincias en la Junta central. En ella fue uno de los que mas ardientemente abogaron por la convocacion de las Córtes, y nombrado diputado de las mismas, tomó asiento en ellas, á pesar de no tener 25 años; nulidad que se le perdonó en gracia á sus talentos y servicios.

Aquí fue donde ya empezó á dar muestras mas relevantes de su talento oratorio, que tan alto puesto alcanzó despues entre los mas notables de Europa. Fuerza de lógica y de raciocinio, vehemencia, persuasion, buen decir, en suma todas las dotes oratorias, las poseyó en grado eminente, tanto que algunos admiradores suyos le han apellidado el primer orador de su tiempo. Y en efecto, si no lo ha sido, tampoco puede negarse que no ha tenido muchos competidores.

Asuntos particulares le llamaron á Asturias, en ocasion que el Rey Fernando VII, queriendo mandar como Monarca absoluto, disolvía las Cortes y daba principio á la era de las persecuciones contra los miembros del partido liberal. El Conde de Toreno, que era á la sazon uno de los mas notables, noticioso de que se trataba de prenderle encomendó su salvacion á la fuga, y en efecto partió secretamente para Lisboa, y poco despues se trasladó á Paris. La vuelta de Napoleon de la isla de Elba, y su momentaneo triunfo hizo que el Conde de Toreno aban-



El Conde de Toreno.

donase la capital de Francia y se trasladase á Inglaterra, donde supo que sus bienes habian sido confiscados, y él condenado á muerte á causa de sus opiniones.

En Agosto de 1815, poco despues que la batalla de Waterloo acabó con el poderio y y fortuna del nuevo César, regresó Toreno á Paris, para verse atropellado y preso por la policia francesa, por creerse que no era estraño al movimiento liberal verificado en la Coruña por Porlier, cuñado del Conde. Reconocida á poco la inocencia de éste fue puesto en libertad; y vivió sin ser molestado en el vecino reyno, hasta que verificado el alzamiento del año 20, volvió á España, á entrar en posesion de sus bienes, y el cargo de diputado á Córtes para que fue elegido por su provincia, y por cuya razon ha-

bia renunciado por tres veces el destino de enviado estraordinario y ministro plenipotenciario en Berlin. Su fama creció en estas Córtes, manifestando en sus discursos la modificacion que iban sufriendo su ideas, y rechazando en todas ocasiones con la mayor energia la tirania de las turbas: todo esto le valió, que fuese tenido tambien por *pastelero* (como entonces se decia) lo que en mas de una ocasion tuvo en peligro su vida; pero nada le arredraba, y confesaba valientemente sus opiniones, obligando, por último, con su elocuencia á que le aplaudiesen los mismos que poco antes pretendian asesinarle.

En el tiempo que duró en España este nuevo ensayo constitucional Toreno tomó parte en todos los trabajos de las Córtes, representando en ellas un papel tan brillante, que el Rey le invitó á que formase un ministerio y se pusiese á su frente, honor que rehusó Toreno, sin duda porque su grande experiencia de los negocios le hacia conocer cuan efímero habia de ser por entonces, el triunfo de las ideas liberales. Sin embargo, admitió el simple cargo de designar las personas que debian componer el nuevo ministerio, y no bien entregó al Rey la lista en la que se designaba á Martinez de la Rosa, como presidente del Consejo de ministros, cuando salió en posta para Paris.

En esta capital estaba cuando ocurrió la segunda invasion francesa en la península, y empezó una nueva proscripcion que duró diez años. Durante ellos viajó Toreno por Francia, Inglaterra, Alemania y Suiza, contrayendo relaciones con los hombres mas notables en política y en ciencias de estos paises. El decreto de amnistia dado el año 1832 por la Reyna Gobernadora, puso fin á este segundo destierro, que soportó Toreno con gran fortaleza de espíritu, y despues del cual regresó á su patria para volver á desempeñar los altos destinos debidos á sus talentos y compromisos por la causa liberal.

Está aun tan inmediata esta tercera época de la vida política del Conde de Toreno, que nos creemos dispensados de decir nada de ella. ¿Quién no conoce, en efecto, el papel siempre importante que ha representado este personage entre nosotros desde la muerte del Rey Fernando, hasta el año 40 en que emigró de nuevo? ¿Quién no conoce su administracion? ¿Quién no ha oido ó no ha contribuido á ensalzarle ó á vituperarle, siguiendo en esto el impulso de sus pasiones políticas? ¿Y quién, por último, si como ministro de la corona ha condenado sus actos, como orador no lo ha aplaudido, y como historiador no lo ha apreciado?

En efecto, si otras muchas circunstancias no hiciesen del Conde de Toreno un personage notable, su historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, bastaria por sí sola á hacer célebre su nombre.

Sin embargo, Toreno murió en Paris, donde se habia espatriado voluntariamente á causa del pronunciamiento de Setiembre del año 40; y murió justamente cuando los nuevos acontecimientos del año 44 volvian á abrirle un porvenir no menos brillante y alhagüeño que el que se le habia presentado en otras diferentes épocas de su vida. Hoy descansan sus restos en uno de los cementerios de Madrid, á donde fueron trasladados desde la capital del vecino reyno.

S. C.

LA HIJA DE UN BRACMA.



erca de una pequeña aldea que hay en la orilla del Gánges, existia un bracma llamado Casiota, venerado generalmente como un modelo de virtudes; se habia impuesto la ley de guardar un silencio perpetuo, y lo observaba estrictamente; sujetábase á la mayor pobreza al parecer, pero su cueva estaba provista de todo lo necesario y aun de lo supérfluo. Aquellos fanáticos idólatras no consentian que careciese de nada este respetable anacoreta, que vió reunirse en derredor de su ermita gran número de discípulos, ansiosos de aprovechar las lecciones que él les daba por escrito. Aun que los tigres, que en abundancia recorrian las inmediaciones de la ermita, habian devorado ya algunos de los sencillos discípulos, no por esto se entibiaba en ellos el deseo de tomar las lecciones del ermitaño; antes por el contrario acudian cada vez en mayor número.

Salió un dia Casiota á recoger sus limosnas al pueblo de Sigandy, y llamó en la casa de un rico comerciante llamado Seyapun, padre de la linda Inmalina, cuyos atractivos eran celebrados por todo Bengala. Todos cuantos la veian se quedaban absortos al contemplar aquella celestial belleza. Sus ojos negros eran mayores que su boca, y el color de sus lábios podia competir con el del carmin; sus pies eran mas pequeños aun que los de una princesa china, y sus diminutas manos parecian formadas de alabastro.

Asi que Inmalina, curiosa en estremo, oyó llamar á la puerta de su casa fue á ver quien era, y luego que conoció al santo ermitaño, quiso ella misma entregarle su ofrenda, creyendo que esto le acarrearía alguna felicidad. Deciase que el anacoreta habia adquirido por su vida austera y egemplar la reputacion de santo: apaciguaba las tempestades, resucitaba los muertos, y daba vista á los ciegos; estas eran al menos las preocupaciones de que estaban poseidos cuantos tenian noticias de él.

El bracma echó una mirada á Inmalina, empezó á golpearse el pecho, y arrojándose por tierra rompió el silencio que habia guardado por tantos años esclamando: ¡Ah! ¡Qué fatalidad! qué fatalidad! Toda la casa se puso en movimiento; por fin consiguieron levantarle, y le colocaron sobre una cama. Seyapun se presentó al momento, redoblándose entonces las esclamaciones del ermitaño. El mercader alarmado sériamente, le suplicó esplicase el motivo de aquellos lamentos.

—Al ver á tu hija, dijo Casiota, no he podido contener un grito de dolor; ella dará á luz un hijo que será tu asesino.

—¡Mi asesino!

—Te cortará uno despues de otro todos los dedos de pies y manos; esta operacion durará veinte dias; en seguida te cortará tambien la lengua, las orejas, los brazos, la nariz y las piernas, te sacará los ojos y por último á los treinta y un dia de estos tormentos te aplastará la cabeza acabando con tu existencia.

—¡Dios mio! y no hay medio de preser-

varme de tan horrible sacrificio?

—No hay mas que uno, y tú no le aceptarás: Brahma ha fijado tu suerte, y es necesario que se cumpla. ¡Ah! dejadme repetir una y mil veces, fatalidad! fatalidad!

—¿Dices que hay un medio de salvarme?

—Si, pero no me obligues á decírtelo, pues te causará mas mal que bien.

—No importa, quiero saberlo.

—Tú lo exiges: sabe, pues, que no hay sino un modo de desenojar á Brahma, para lo cual es necesario que encierres á tu hija en una caja, sobre la cual pondrás una linterna y de este modo la dejarás abandonada en la corriente del Gánges. Gracias á este sacrificio llegarás á ser el comerciante mas rico de toda la India, y á tu muerte, que será en una edad muy avanzada, se quemarán sobre la hoguera, veinte y nueve mugeres de las mas hermosas que haya en nuestro pais.

Seyapun queria mucho á su hija; pero la idea de ser descuartizado le atormentaba atrozmente: despues de un vivo combate interior, triunfó el egoismo, y enjugándose los ojos dijo con voz conmovida:

—Esta tarde será Inmalina arrojada al Gánges; así lo quiere Brahma, él la proteja.

—Asi lo espero; rogaré por ella, aguarda que haya entrado la noche para consumar el sacrificio, nada omitas de cuanto te he dicho, cuida de que no falte luz á la linterna, pues de lo contrario no te librarias del tormento.

Dicho esto se separaron, tomando Casiota el camino de su ermita.

El cielo se cubre de lucientes estrellas; la luna platea los hermosos campos; sus pálidos rayos reaniman la flor de la noche, que levantando sus erguidos tallos, embalsama con su fragancia la suave brisa. El antílope se lanza en medio de los mas espesos bosques y busca alli su cama de musgo; el pavo real se coloca sobre la palmera y recoge sus resplandecientes alas: el jacka en fin sale de su cueva, y va en busca de alguna presa ahullando siniestramente.

El anacoreta se felicitaba ya del buen éxito de su estratagema. Asi que hubo entrado en su habitacion y vuelto á su silencio de costumbre se puso á escribir una leccion, que reasumia exactamente los conocimientos cosmogónicos admitidos en el Indostan; en seguida la enseñó á sus discípulos, que la empezaron á copiar con ánsia y á meditar con detencion; concluida la tarea el anacoreta les enseñó el siguiente aviso: «Esta noche vereis «una luz que bajará por el Gánges; arrojaos «á nado y dirigios hácia ella, apoderaos de «una caja que la luz os indicará y traerla «aquí, pero cuidado con abrirla, porque «saldria un dragon de fuego con cinco ca«bezas, nueve patas y tres colas que os de«voraria á todos.»

El sábio se retiró en seguida.

El comerciante ejecutó las órdenes de Casiota; la linda Inmalina á pesar de sus llantos, súplicas y gritos de desesperacion fue encerrada en una caja conducida en una lancha al medio del Gánges y arrojada en la corriente. Lejos de compadecer á la desgraciada Inmalina, cada uno la felicitaba por haberla juzgado Brahma digna de morir en las aguas del rio sagrado, formado como nadie ignora del sudor de la diosa Parvadí. La caja tenia unos agugeritos en la tapa por donde la prisionera podia respirar libremente, mas á pesar de todo, su posicion no era envidiable. Esta duró poco afortunadamente: un jóven rajpouta, distinguió aquel ataud flotante iluminado por un especie de fanal: la singularidad del objeto le hizo acercarse á él y mandó á cuatro esclavos que lo recogiesen. Obedecieron estos y su jóven amo hizo desclavar la caja. Inmalina habia perdido el conocimiento, y mientras la prodigaban los mayores cuidados para que volviese en sí, el jóven que no se apartaba de su lado, mandó que encerrasen en la caja un grande y terrible mono á quien siempre tenian encadenado por su fiereza, y que le echasen al rio con la linterna segun la habian hallado.

Siguió la caja la corriente, llegando bien pronto al sitio donde esperaban los discípulos de Casiota el momento del abordage. Dueños ya de la caja se apresuraron á llevarla á la habitacion de su maestro, y se pusieron en salvo, porque les habian aterrorizado algunos gruñidos que sintieron dentro de la caja, que en su concepto no les presagiaba cosa buena.

El solitario rompe con precipitacion la caja y ¡oh sorpresa inaudita! en vez de los encantos conque pensaba recrear su vista, solo distinguió un cuerpo velludo, un mónstruo, que arrojándosele al cuello le clavó las garras é hirió la cara. Lleno de espanto Casiota apenas tuvo valor para pedir socorro; sus discípulos al oir los gritos acudieron lenta-

mente, pues no las tenian todas consigo, pero al fin abrieron la puerta; asi que el mono la vió abierta se lanzó á ella derribando á dos ó tres de los que se habian determinado á aproximarse; y en seguida se perdió de vista entre la espesura del bosque. Todos creyeron que aquella ocurrencia fué un ataque infernal contra la santidad del anacoreta. Inmalina se casó con el rajpouta, y tuvo numerosos hijos que jamas oyeron hablar de su abuelo.

M. de F.

PRISION DE MOTEZUMA.

La lámina que acompaña á este artículo es copia de una alegoría, en la que se ha querido pintar la prision de Motezuma con todos los colores y aparato á propósito á realzar un hecho que en sí solo lleva toda su colosal importancia, y que es de tal magnitud que no podrá perderse en las edades venideras, como no se ha perdido hasta la presente. Al contrario, al paso qne los siglos vayan desapareciendo, y las generaciones con ellos, ese suceso irá tomando mayores proporciones, y llegará á ser tenido por fabuloso, con mas motivo, acaso, que el que nosotros tenemos para reputar como tales otros que se nos cuentan como acaecidos en remontas edades. Y sucederá esto tanto mas, si la civilizacion marcha al compas de los tiempos, desarrollando, sí, las inteligencias, mas enervando las fuerzas físicas; pues no se podrá comprender que existieron hombres de constitucion de hierro, y de un temple de alma tan superior á hacerles arrostrar toda clase de fatigas, de penalidades, de riesgos y de peligros, y que el solo amor de la gloria les hiciese intentarlo todo, superarlo todo, y ganarlo todo.

Los altos hechos consumados por un puñado de españoles en el Nuevo Mundo no tienen igual en la historia. Son grandes, portentosos, casi increibles; en parangon suyo, los hechos heróicos de esfuerzo de valor y de constancia que se leen de los antiguos parecen pequeños. Un puñado de lacedemonios detiene la marcha del inmenso ejército de Jerges; pero á su esfuerzo se unia la posicion que ocupaban, y al fin perecieron todos. En el Nuevo Mundo, otro puñado de españoles luchando siempre contra masas de hombres, que con solo su aliento podian haberlos sofocado, y en posiciones desventajosas, no solo resisten, sino vencen, y se apoderan de todo, y todo lo subyugan. Y eso que á la vez que peleaban contra los estraños, volvian tambien muy á menudo sus armas contra ellos mismos, divididos en bandos y parcialidades, que les costaba mas sangre que toda la que vertian combatiendo á los feroces indios!

Bien podrá todo esto no apartarse del órden natural de las cosas; pero figúrasenos que hay mucho de Providencial en cuanto atañe á la conquista de los vastos dominios del Nueve Mundo. Sus naturales son bárbaros, incultos, juzgan á los españoles hombres de un órden superior, es verdad;



sus cañones son rayos para ellos; sus caballos, brutos de tal especie que les infunden espanto; pero pronto conocen que son seres mortales, y que lo que muere puede combatirse con esperanzas de éxito; y sin embargo, millares de hombres fuertes, animados del odio á los estrangeros, que los vencen y oprimen, y les arrebatan su religion y su nacionalidad, nada pueden, nada alcanzan contra ese mismo enemigo, contra esos estrangeros, que debian haberse perdido en el inmenso recinto del Nuevo Mundo, como el grano de arena en la vasta soledad del desierto.

Mucho, sí, hay de Providencial en todo esto; y el descubrimiento de la América, y la conquista de sus dominios, deben ser á los ojos del filósofo sucesos de un órden superior, en los que el hombre interviene solo como instrumento para consumar designios mas altos que los que abarca su capacidad física é intelectual. Con los mismos sucesos, y la relacion que han guardado con los demas acaecidos en todo el mundo, pudiera probarse el principio, que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, reconoce por origen algo mas que la sola voluntad del hombre.

Digamos ahora algo acerca del proyecto de Hernan Cortes, que dió por resultado la conquista del vasto imperio de Mégico, despues de haber perecido el último de sus soberanos.

Hernan Cortes, ese varon ilustre, de ánimo no menos fuerte que excelso, y cuyo nombre por largo tiempo contrarestará el poder de los siglos, se embarcó en una armada de once navíos, mandando una fuerza de quinientos ocho hombres, diez y seis caballos y ciento y nueve marineros. A poco pisó la tierra firme; y para quitar á los suyos toda evasiva, y ponerles en el duro trance de vencer ó de morir, uno de sus primeros actos fue el barrenar y echar á pique los buques que los habian conducido, y que podian servirles de refugio en caso estremado. Acaso Cortés obró asi no por temeridad sino por reflexion. Es cierto que se quitaba un recurso, pero tambien lo es que aumentaba en mucho las probabilidades de triunfo, toda vez que sus soldados no podian caer en la tentacion de cejar si la fortuna no les era al principio propicia: ademas, que una vez internados era imposible que volviesen sino victoriosos, y en este caso no era la falta de buques lo que se habia de sentir; y por último, cualesquiera que fuesen los resultados, lo principal de todo y lo que mas le interesaba era que sus soldados formasen de él una opinion aventajadísima, para poder hacer de ellos cuanto requiriese el buen éxito de la empresa gigantesca que habia emprendido.

A fuerza de armas y de política, combatió y venció á unos y otros pueblos bárbaros, y cuando Motezuma, poderoso Emperador de Mégico, quiso que aquellos estrangeros saliesen de su pais, que iba invadiendo ya Hernan Cortés, contaba con la amistad de los tlascaltecas, y con la cooperacion ó sumision de otras naciones indias.

En vano, pues intentó el poderoso Emperador de Méjico detener con albagos y regalos la marcha de aquel puñado de aventureros. Firme su gefe en su propósito sigue adelante, y en tal conflicto, abraza Motezuma el partido de recibir obsequiosamente á sus huéspedes en la capital de su imperio, interin se piensa en los medios de ahuyentarlos sin correr mayores riesgos. En efecto, sale Motezuma á recibirlos con magnífico acompañamiento de la ciudad imperial, y Cortés y los suyos entran en ella como triunfadores.

Pero la traicion seguia de cerca los pasos de los atrevidos guerreros que tan audazmente habian sentado su planta en regiones desconocidas, donde todo lo que les rodeaba, debia por necesidad serles contrario. Ya Cortés habia sabido burlar mas de una acechanza; y solo su política le obligaba á no adoptar un partido estremo. Noticioso de que un general megicano al frente de algunos miles de indios habia atacado, faltando á las promesas de paz, a las cortas fuerzas que mandaba Juan Escalante, y que en la refriega habia perecido este, y el valeroso Juan de Argüelles, cuya cabeza mandó el gefe indio de presente á Motezuma, conoció era llegado el caso de dar un paso no menos prudente que atrevido, cual era el de prender á Motezuma en su misma corte, en medio de los numerosos vasallos que ponian á sus reyes en el rango de las divinidades.

Decidido á llevar á cabo esta empresa que parece increible, eligió Cortés la hora en que acostumbraba pasar con algunos de los suyos á visitar al monarca mejicano, y acompañado de cuatro ó cinco de sus capitanes y unos pocos soldados se dirigió al palacio imperial.

Salió como de costumbre Metezuma á recibir á Cortés, mostrando una amistad fingida; pero en breve perdió la color, cuando Hernan Cortés con rostro airado, le pintó el suceso con negros colores, pidió el castigo del cacique, y le exigió que mientras sus ministros le hacian justicia, se entregase él, Motezuma, el poderoso monarca, en manos de sus soldados.

Por muy disfrazada que estuviese la demanda no podia á Motezuma ocultarse lo que encerraba; asi es que dándose por ofendido, y con marcadas muestras de impaciencia respondió: «que los príncipes como él no se daban á prision, ni que sus vasallos lo consentirian aun cuando él se olvidase de su propia dignidad.» Sin embargo, érale imposible á Cortés retroceder ya del temerario paso; y firme en su propósito no salió del palacio de Motezuma, hasta que llevó en su compañia al desgraciado monarca y otros personages principales de su corte.

Convienen todos los historiadores en que Motezuma fue tratado en su prision con todas las consideraciones imaginables; pero por grandes que fuesen estas, nunca podrian hacerle olvidar que estaba cautivo de los españoles, aun despues del terrible castigo que hizo sufrir Cortés al gefe indio que atacó á Escalante, y al cual hizo quemar vivo en la plaza de Méjico. Asi es, que Motezuma volvió á reiterar á Cortés que saliese de sus estados; y para forzarle mas, como quiera que el héroe español alegaba la falta de buques, le notició haber arribado una escuadra. En ella venia Pánfilo de Narvaez con intenciones hostiles contra Cortés.

Era este un acontecimiento de tal gravedad, que Cortés no se ocultó los resultados fatales para él que podian originarse, si con un golpe de mano, no menos atrevido que pronto, no se apoderaba de la persona de Pánfilo de Narvaez. En su consecuencia, y apreciando el valor del tiempo, circunstancia que distingue á los grandes capitanes, dejó encomendada la custodia de Motezuma á Pedro de Alvarado con una fuerza de ciento cuarenta soldados, y partió con los demas á arriesgar en un solo golpe toda su fortuna. No le fue esta infiel, puesto que atacando á Pánfilo de improviso, lo hizo prisionero, y aumentó su corto ejército con las tropas que aquel traia, que eran 1000 infantes y 100 caballos, que se pasaron á Cortés, y con los cuales regresó á Mégico.

Aquí lo halló todo en la mayor confusion: los indios se habian sublevado, y fue preciso toda la serenidad y valor de Cortés para que no pereciesen los españoles. En las luchas que se siguieron murió Motezuma, y habiéndole sucedido primero Cueltaváca, y luego Guatimozin, y continuado los indios en la mas tenaz resistencia, creyó Cortés prudente retirarse de la capital, como lo verificó no sin correr los mayores riesgos, hasta que en el valle de Otumba derrotó en una memorable batalla (*) todas las fuerzas del imperio megicano, que se habian reunido allí para cortarle la retirada.

Sabida es la habilidad con que se valió de los celos de aquellas naciones bárbaras para volver á poner cerco á Mégico, seguido de multitud de tropas de las naciones enemigas del imperio megicano, y finalmente como sometida aquella capital y los dilatados paises que la obedecian, tuvo que venir á España aquel gran hombre, ofreciendo un nuevo ejemplo de la ingratitud de los soberanos y de la instabilidad de la fortuna.

S. CASILARI.

(*) *Véase el tomo de la* REVISTA PINTORESCA perteneciente al año 1845.

LAS OBLEAS.



elante de Mr. B, antiguo gefe de seccion del ministerio del Interior, y uno de esos habladores amables, cuyo tipo va desapareciendo como otras tantas buenas cosas, estaba yo cerrando una carta.

—¿Está V. de humor de oir una historia? me dijo de repente.

—Con mucho gusto, le contesté al momento.

—Pues oiga V.; la oblea que acaba de tomar me ha recordado lo que voy á contarle.—¿Tendremos necesidad de advertir que el relato que sigue no se funda en un cuento de imaginacion? A fé que no valdria la pena echarse á discurrir para dar una produccion tan sencilla.—Pero dejemos hablar á Mr. B.

«Estábamos á principios de Enero de 1813. Las nieves y la Rusia acababan de tragarse las tres cuartas partes de nuestro ejército; pero lejos de manifestarse abatida la Francia parecia renacer y aumentar con sus desastres la sávia reproductiva. Por todas partes, de su fecundo seno surgian como por encanto millares de soldados, que se dirigieron en parte á las orillas del Niemen, del Vístula y del Oder, donde un puñado de valientes contenian á las legiones rusas, impacientes por derramarse por la Europa. Por todas partes el entusiasmo se hallaba á la altura del peligro; por todas partes se armaban para defender el honor y la independencia del pais. Iba á empezar la primera campaña de Alemania. En medio de aquel movimiento general, la administracion no se quedaba atras: el Emperador estaba en su centro y cuanto le rodeaba debia participar de su admirable actividad.

«Entre los empleados que tenia bajo mis órdenes en el departamento del Interior, uno cuyo nombre sustituiré con el de Roberto, se distinguia por su celo y perseverancia en el desempeño de su modesto trabajo. Era un jóven como de veinte años, que hacia poco habia entrado en la oficina en clase de meritorio.

«Sombrío, reservado, hablando muy poco, desempeñaba él solo el trabajo de tres personas; no soltaba un instante la pluma. A la hora del desayuno, hora sagrada destinada al descanso, no interrumpia su tarea. Es verdad que no almorzaba en la oficina, y no se conservaba memoria de que hubiese llevado dia alguno, el pedazo de queso ó la fruta que desde tiempo inmemorial sirve de frugal desayuno á un empleado.

«En las oficinas, donde cada cual procura hacer lo menos posible, no se mira con buenos ojos á los que tienen conciencia, por que temen que echen á perder el oficio; asi fue que la conducta de Roberto le creó muchos émulos y aun enemigos, á pesar de que no podian encontrar medio alguno de ponerle en ridículo.

«Apesar del encono que le profesaban, los mas encarnizados iban ya á desistir de una empresa que no ofrecia resultados lisonjeros, cuando hicieron una observacion, que á falta de otra mejor, podia presentar algun partido, y fue que Roberto consumia una cantidad considerable de obleas, y era

esto tanto mas estraordinario, cuanto que no tenia en su dependencia pliego alguno que cerrar: su trabajo estaba limitado á copiar cuentas y memorias. Todas las mañanas el mozo de oficio le llenaba la caja, y por la noche se encontraba completamente vacia. ¿En qué empleaba Roberto una cantidad tan estraordinaria de obleas? Inmediatamente empezaron todos á discurrir, y todas las lenguas se pusieron en movimiento..... En una palabra, se manejaron con tal destreza, que llegaron á dar cierto carácter de gravedad á un hecho que en sí mismo no tenia ninguno. Poco tardaron aquellas almas caritativas en informarme de lo que pasaba: en vano fue hacerme el sordo; el rumor crecia y traté de cortarlo. Ademas, que empezaba á concebir sobre ello algunas sospechas, que mi conciencia me obligaba á satisfacer. Híceme dar informes del género de vida y de los antecedentes de Roberto, y lo que me contaron me confirmó mas y mas en mis sospechas, y con el pretesto de un trabajo urgente que solo podia efectuarse á mi vista hice colocar al jóven en un gabinete, con el deseo de observarlo, y temblando no salieran ciertas mis conjeturas.

«Desde el primer dia se me oprimió el corazon; habia adquirido una triste certidumbre; habia adivinado en parte lo que me contó despues con todos sus pormenores el mismo Roberto, á quien hoy me honro de contar en el número de mis amigos.

«Privado desde niño de su padre, sin apoyo ni fortuna, Roberto en la época á que me refiero, no habia hallado mas que los disgustos y amarguras de la vida. Al salir del colegio, tuvo que renunciar á los estudios, y al proyecto alimentado por mucho tiempo de hacerse abogado, carrera en su concepto noble, y en la que cifraba toda su ambicion: pero antes de vestir la toga tenia que ganar un pleito, y el camino era largo, los gastos enormes..... y Roberto tenia que pensar en algo mas que en sí propio: no estaba solo en el mundo; su madre vivia aun, y anciana y enferma no contaba con otro apoyo que el suyo.

«No habia remedio: depositando en el fondo de su corazon sus esperanzas y deseos empezó á buscar colocacion. Para un jóven tímido, desconocido, privado de la proteccion que ofrece el trato de gentes, el éxito no era muy probable; asi fue que maldijo los años que habia pasado en el colegio, sintiendo no saber un oficio: entonces le hubiera sido fácil ganar el pan cotidiano.

«Por último, á fuerza de pasos, se creyó feliz pisando el vestíbulo de la carrera administrativa entrando de meritorio de mis dependencias. Poco tiempo despues logró sacar partido de las noches que su destino le dejaba libre, copiando papeles para un teatro de segundo órden, y de este modo dejaba pasar con resignacion, sino con paciencia, el plazo de su noviciado.

«Tanto valor y perseverancia debian haber cansado á la suerte, pero Roberto estaba destinado á pasar por mas terribles pruebas. El reducido capital cuyos réditos proporcionaban algun alivio á su madre y á él, impuesto en casa de un comerciante, desapareció con la quiebra de este, y la miseria que hasta entonces no habia hecho otra cosa que mostrarse á medias, se presentó del todo acompañada de su séquito de agonias y dolores. La situacion de Roberto era atroz, tanto mas cuanto que su madre, no pudiendo resistir aquella inesperada calamidad, cayó peligrosamente enferma.

«Y sin embargo no se desanimó: como tantos otros, el pobre vivia con la esperanza, tónico eficaz de los desgraciados. Ignorando la inmensa distancia que separa al meritorio del empleado efectivo: ¿quién sabe? se repetia diariamente; mañana puede que me señalen sueldo. Era una de aquellas naturalezas de primer órden, que en lucha abierta con la miseria, la miran sin pestañear y la arrojan el guante: justadores animosos que prefieren perder la vida á pedir gracia ó tender la mano!

«Dotado de un temperamento de hierro, pasaba la mayor parte de las noches copiando papeles. Considerad á aquel hijo escribiendo equívocos, coplas y retruecanos á la cabecera de su moribunda madre... Los cortos beneficios que le producia este trabajo, se consumian en breve. Para que su madre no careciera de lo puramente necesario, tenia que imponerse Roberto privaciones inauditas: en una palabra, por su madre hacia algunos dias que soportaba con una constancia heróica el mas terrible de los males, aquel ante el cual se desatan todos los lazos que unen á los hombres... ¿tengo necesidad de nombrar el hambre?

«Por la mañana cuando entraba en la oficina apenas podia sostenerse; le zumbaban los oidos, y todos los objetos se presentaban

dobles á su vista. Entonces, para ahogar el grito de la necesidad se concentraba en el trabajo, haciendo correr la pluma sobre el papel por un movimiento febril; pero un poder invisible conducia su mano hácia el obleero, y no tardaban en desaparecer las obleas, pasto miserable arrojado al hambre que le devoraba.

«Un dia mas, y del granero en que Roberto se habia refugiado con su madre iban á salir sin estrépito dos atahudes pobres, sólos en medio del mundo, como habian vivido aquellos cuyos despojos encerraban.

«El mal era inmenso, y reclamaba un pronto remedio: dar por mí mismo socorros á Roberto hubiera sido herir su susceptibilidad. hubiera sido capaz de rehusarlos. Sacarlo al cabo de dos meses cuando mas de trabajo, del árido campo de meritorio para elevarlo á la categoría de empleado efectivo, no dependia esclusivamente de mí; todos los fondos tenian una aplicacion fija, y se necesitaba la sancion del ministro, que lo era entonces Mr. de Montalivet.

«Sin titubear me presenté en su gabinete, y le espuse en pocas palabras lo que acabo de referir: no fue infructuoso este paso. Dos horas despues de mi conversacion con el ministro, mi protegido recibió una gratificacion de dos mil reales, á título de recompensa por su aplicacion. Gracias á este inesperado auxilio, pudo rodear á su madre de todos los cuidados que su estado reclamaba, y sustraerla á la muerte. Quince dias despues, recibió su nombramiento efectivo, con la dotacion de seis mil reales anuales.

«Roberto no se detuvo aqui; en la carrera que abrazó al principio con sentimiento hizo rápidos y brillantes adelantos, lo que le puso en posicion de casarse con una jóven inglesa á quien amaba hacia mucho tiempo, y que ademas del lindo palmito le ha llevado en dote una gran fortuna. La esperanza de unirse algun dia con la muger que amaba, le dió tal vez fuerzas para combatir contra la suerte cuando solo era meritorio.

«Hoy es rico, se ve querido y considerado en la sociedad; pero no ha olvidado la época crítica en que se alimentaba con obleas.

C. F.





EL CARNAVAL.

Grande bulla y algazara
En los infiernos se observa,
Que es llegado Carnaval,
Y andan los diablos de gresca.
¡Carnaval! gritan frenéticos:
Ya llegó nuestra cosecha:
Vamos, manos á la obra
Salgamos á la palestra.
—Yo me avendré con casadas.
—Dejadme á mi las solteras.
—Yo de viudas me encargo.
—Yo fajaré con las viejas.
—De enamorados y tontos
Sabré yo dar linda cuenta.
—No será la mia floja,
Que hoy dia sobran poetas.
—Yo de maridos confiados.
—Yo de maridos troneras.
—Yo de mozos presumidos.
—Yo de viejos calaveras.
—Yo de abogados sin pleitos.
—Yo de doctor sin clientela.
—Yo de los hombres de estado.
—Yo de todos ellos y ellas.
Y por salir del infierno
Giran, andan, corren, vuelan,
Se arrojan y precipitan,
Se empujan y se atropellan.
Mas Luzbel, rey soberano,
Absoluto por mas señas,
Que es el modo de ser rey,
Siendo lo demas pamema;
Al ver tanta zalagarda,
Tal confusion y tal gresca:
Orden, grita, al órden diablos,
Que sin él no hay cosa buena.
Y sino dígalo el mundo,
Do todos son calaveras,
Unas de mugeres machos
Otras de varones hembras.
Mas no ignoro, por fortuna,
Donde el zapato me aprieta;
Y en mis reynos no han entrado
Los liberales sistemas.
Orden, pues, al órden, diablos;
Reglamentemos la pesca;
Ademas, nadie nos corre,
Pardiez, no estamos de priesa.
Que si en otros tiempos bárbaros,
Vivir debimos alerta,
En el siglo de los fósforos
Podemos dormir sin rienda.
Ya las almas sin buscarlas
A nuestras manos se llegan,

Pues el lujo, nuestro enjendro,
Cumple muy bien su tarea.
Ademas, que todo el año
Es Carnaval, por mas señas,
Y no Carnaval de bromas,
Sino Carnaval de veras;
Do para hacer mil diabluras
No necesitan caretas,
Sabiendo todos su rostro
Variarlo de mil maneras.
Si en parte nos está bien,
Por otra no tiene cuenta,
Que es posible que otros diablos
Nos aventajen en tretas.
Redoblemos nuestra astucia,
Procedamos con cautela,
Alhaguemos las pasiones,
Y es segura nuestra presa.—
Dijo Luzbel, y en seguida
Tuvieron sesion secreta:
Lo que en ella se trató
Díganlo las consecuencias.
A poco marchose un diablo,
Del infierno por las puertas,
Regordete y jorobado,
Alegre cual castañuelas.
Era su estampa á propósito
A que riyesen las piedras,
Con nariz ministerial,
Y cara de luna llena.
Ensayando un cotillon,
Danza que es todo inocencia,
El diablo del movimiento
Llegó á dar vista á la tierra;
Armado de unas parrillas,
(Alegoria siniestra)
Por violin, y un espeton
Con que la tal se completa.
A los primeros compases
De un wals diabólico, empiezan
Ellos á moverse mas,
Ellas á estarse mas quietas;
Ellos á doblar su vida,
Ellas á hacerse las muertas,
Ellos á volverse locos,
Ellas cada vez mas cuerdas;
Ellos á hacer disparates,
El fruto á sacarlo ellas,
Ellos á gozar rabiando,
Ellas á pescar serenas;
Ellos á arriesgar el todo
Con estúpida franqueza;
Ellas se van de la sota
Mas con los ases se quedan;
Ellos se estiman en menos,
Ellas en doble se aprecian,
Ellos de ligero marchan,
Ellas se van con cautela.
Ellos presentan batalla
Sin planes y sin reserva,
Ellas la admiten usando
La mas profunda estrategia;
Ellos pierden, y ellas ganan,
Rabian ellos, y rien ellas,
La bolsa aquellos aflojan,
Las manos estas aprietan;
Aquellos sus rostros miran,
Estas sus manos contemplan,
Ellos se quedan burlados,
Ellas se quedan contentas,
Ellos, al fin, son esclavos,
Ellas por postre son reynas;
Que nunca despiertos ellos
Saben lo que en sueños ellas.
.....
Suena el vïolin del Diablo:
Ya las Máscaras se aprestan;
Y otro demonio, el de amor,
Pero de amor con muletas,



Que bajo espléndido trage
Sabe ocultar su miseria,
Con su risita sardónica
Aparece en la palestra.
—Sus! y á ellos, que son tontos;
Dice á la jóven coqueta.
Sus! y á ellas que son frágiles,
Del galan sopla á la oreja.
No haya miedo, pues que todo
Sabe ocultar la careta;
Y la ocasion pintan calva,
Asidla por las güedejas.
Al punto á campaña sale
La relamida coqueta;
Arsenal de presuncion,

Depósito de flaquezas.
Por los dedos va contando
Los amantes que la esperan,
Que en esto de cita es ducha,
Y en lo chupar sanguijuela.
El espejo la asegura
Que es jóven aun y bella,
Nada importa que coser
No sepa, ni hacer calceta.
Disfrazada con su trage,
Aparentando inocencia,
Sale al encuentro de galgos,
Cual si el acaso lo hiciera.

En busca de liebres va,
Quien dice las olfatea,
A mas de quinientos pasos
Y si hace calma á una legua.
Es mozo de pretensiones
Tan altivas, que no hay hembra
Que á su labia se resista,
Y á su facha picaresca.
Los guardas y metedores
Como se buscan se encuentran;
La jóven suspira y rie,
Tierno el bribon la requiebra.
Alabando su fortuna



MARTI

Que le depara tal presa,
Clavel cuyo grato aroma
Entre sus manos lo deja.
Pero luego viene el baile,
Y tras el baile la queda.....
Y se encuentra Mesalina
La que pensaba Lucrecia
—¡Mil veces benditas Máscaras!
Asi se esplica una vieja,

Os bendigo porque sois
De mis otoños tercera.
Las arrugas de mi rostro,
Las oculta la careta;
El corsé hace milagros,
Y el tuerto talle endereza.
Un poco de colorete,
Paso firme, planta esbelta,
Algodon en ciertos huecos,

Y un poco para las piernas:
Un cinturon que me oprima,
De enaguas media docena,
Que abulten en derredor;
Mucho relumbron y seda,
Completarán mi equigaje,
La ilusion harán completa:
Y adivina quien te dió,
Disfrazada con tal ciencia.
Mal han de venir las cosas,
Mal han de caer las pesas,
Para que no tope alguno,
Solteron ya de sesenta;
Que siendo de vista corto
Y de lujuria... cual reza
El refran, que palo seco
Mas pronto el fuego lo quema;



No me mire, no me hable,
No me enamore, y me ofrezca
El brazo, y por ultimatum
No cargue con mis cincuenta.
Pues mirad estotro facha,
Marido de doña Tecla,
Cuyo nombre tan le cuadra
Que todo en ella son teclas.
Taciturno y pensativo
El pobre en casa se queda...
Pues siente un enorme peso
Sobre su rancia cabeza.



Mientras su amable consorte
Solo procura en la ausencia
Hacer que el mal de don Marcos
En crónico se convierta.....

—

En baile! en baile! señores
Que el tiempo no corre, vuela,
Y en el siglo de las luces
No hay que andarse con pereza.
Ademas, el baile es
Al cuerpo, lo que á la cera
El calor con que se ablanda,
Y se derrite y moldea.



Aquel mas corto de genio

Declara su amor en regla,
En el primer rigodon
Que le conceda una bella.
Al llegar la contradanza
Mas atrevido se encuentra,
Y la jóven mas propicia,
Mas cariñosa y risueña
La mazurka nuevos brios
Al mozalvete le presta,
Y á la vestal predispone
A que reniegue de Vesta.
A los primeros compases
De la redowa, no queda
Cosa que el galan no pida
Sin que la dama se ofenda.
Y el wals con sus giros rápidos
Y sus diabólicas vueltas,
Hace hervir toda la sangre
De la cándida pareja.
Y se le anubla la vista,
Y sus sentidos se afectan.....
Y luego se tercia el diablo.....
Que el diablo manda en la tierra...
Al baile! al baile, señores!
Que el tiempo no corre, vuela;
Y es el baile para el cuerpo,
Lo que el fuego es á la cera.
Doncellitas, doncellitas,
Las que pecais de inocencia,
Si es que esta exótica planta
Se aclimata en vuestras tierras,
Cuidado que el magnetismo
Animal por do quier vuela,
Y la corriente del fluido
Produce fuertes jaquecas.
Pero yo no soy doctor
Ni jota sé de recetas;
Menos soy tutor de nadie:
Cada cual se las avenga.
Mirad la tropa de zánganos
Que en torno revoletea,
De las abejas preciosas,
Y les zumban á la oreja.
Todos van tras de la miel,
Que la miel es cosa buena,
Y al efecto las alhagan
Con cuentos que muy bien cuentan.
Otros, astutos raposos,
Jóvenes de gran conciencia,
Muy graves al parecer,
Segun indica la muestra,
Una propicia ocasion
Con calma y saber acechan,
Para robar del corral
La descuidada polluela.
Y mientras que la mamá,
Que de entendida la echa,



Discute de educacion
Con su vetusta pareja,
El raposo corre, salta
Con la gallina su presa,
Que si recuerda la fábula
Olvida la moraleja.
¡Qué pluma tan infernal!
Qué tinta!... si al fin es negra!...
Al baile, y vaya el censor
A ser maestro de escuela.
Maestro! que tal dijistes?
De chicos!..... y es un problema
Quién hoy dia enseña á quién.
Los niños son unos Sénecas!...
Al baile! al baile, señores,
Echad á la espalda penas:
Luego que estemos cansados
El ambigú nos espera.....
Venga el rico de Champaña,
El Jerez y Valdepeñas:
Mozo, mozo, pronto ponche:
Y el rom inflamado venga.
Su llama tornasolada,
Mi ardiente mirada hiera,
Y su espíritu, un asilo
Halle en mi febril cabeza.
Mozo, ponche!... mas qué facha!

¿Estás de carnestolendas?.....
No señor, soy un cesante
Que allí donde mascan llega.....



Pasen revista las Máscaras
Que el baile por ahora cesa...
Allí viene todo un juez:
Es Carnaval, vara recta!
Hola! eres el gran turco!
Pues, amiguito, paciencia.
Otros hoy con ser cristianos
Te dan á tí vuelta y media.
¿Quién eres tú? Un socialista!
Ja! ja! ja! pobre cabeza!
Socialista, te conozco:
Eres agente de Hacienda.
Señor baron, buenas noches:
¿Qué tal lo pasa vuesencia?
Calle, que eres tú, Juanillo;
Un pastel das á cualquiera.
Otra máscara! E insignias
De grandes órdenes lleva...
Me conoces?... Un demócrata!
Viva la igualdad!... ¿te acuerdas?
Allí viene una beata;
Fuego desde ahora en ella...
Un doctor... Mire, amiguito,
Que se le asoma la oreja.
Esa careta tan linda,
Qué cara oculta tan fea!...
Pase adelante el guerrero:
Hasta su muger le pega!....
Calle! calle! si serán
Estos los niños de Ecija?
Pero no, que es gente toda
De pesos, medida y pesas.....
Mas de nuevo el discordante
Violin del Diablo empieza,
A taladrar mis oidos
Con sus hórridas cadencias.
Ya se despide del Mundo,
A los infiernos regresa;
Mas contento que unas pascuas,
Mas alegre que viniera.
Puesto que al venir dudaba
Y se va con la certeza,
De haber sembrado pecados
Para toda la Cuaresma.
Sin contar las travesuras,
Que por las lunas se cuentan;
Las riñas y desazones
Que hay á cerradas puertas.
Este es un mal: lo sabemos:
Mas quién este mal remedia?
Por qué pecó padre Adan?
Por qué pecó madre Eva?
Por qué somos de tan frágil
Y tan terrestre materia?
Cargue con toda la culpa
La muda naturaleza.

.....

Yo por mi parte diré:
Carnaval, bendito seas!
Pues permites que á las damas
Mis respetos les ofrezca.



S. CASILARI.

EL SOLDADO DE IRLANDA.



Al oscurecer de un bello dia, la campana de una iglesia católica, daba lentamente el toque de oraciones, y los lagos trasparentes de Hazle-wood reflejaban las primeras estrellas. La ruinosa abadía de Siligo se divisaba, erguida como pálida fantasma, sobre la plataforma de la montaña con sus murallas grises y sus largos festones de yedra. Era el primer dia de Mayo; luminarias de alegria brillaban como en tiempo de los druidas sobre la cima orgullosa de Rnock-Na-Rec y sobre las azuladas eminencias de Douega. Un jóven viagero con el uniforme encarnado de los dragones ingleses, despues de haber subido ligeramente la cuesta de la montaña, se detuvo enfrente del antiguo monasterio. No era un protestante, porque se habia descubierto humildemente delante de una imágen casi borrada de la Virgen Maria, y mucho menos era un inglés, por el ramito de yerbas que llevaba en el sombrero (*) y por el aire favorito de *Erin go Bragh* (**) que iba cantando. Al verle, una muger vestida de luto, se desprendió del sepulcro de un gefe irlandés sobre el que se hallaba reclinada, y apoderándose convulsivamente de la mano del jóven soldado, le condujo bajo las sonoras bóvedas del templo gótico.—Estamos mejor aquí, dijo la irlandesa, pasando la mano por su frente; la vista de esos fuegos me hace mal, y los acentos de la alegria humana me importunan. Mi pobre Jorge, mi única y última esperanza, ¡hijo mio!... tú vas á separarte de mí.

—¡Madre mia, dijo el jóven con voz conmovida, vos aquí! Venis á bendecirme antes de mi partida, no es así?

—Si, Jorge Fitgerald, he querido volverte á ver... tenia necesidad de bendecirte en medio de estas columnas mutiladas por el hierro y el fuego, en estos claustros desiertos, edificados por tus antepasados, cuya espada supo defenderlos. Delante de este altar en que tus padres han hecho oracion, sobre estas losas bajo las cuales descansan los gefes del pais, bajo estos arcos arruinados como la fortuna de tu casa ¡hijo mio! vengo á exigir un juramento solemne, júrame que nunca renegarás de tu religion y de tu patria; júrame que morirás católico romano!

Jorge estaba de rodillas al pie del altar desmoronado en que se reflejaban los pálidos rayos de la Luna; una claridad verdosa y fantástica bajaba por las esculpidas claraboyas. Diez generaciones dormian bajo el pavimento del templo, y las estátuas de los santos reyes se alzaban blancas y gigantescas entre las columnas truncadas. El jóven soldado pronunció el juramento que su madre le dictaba, con la cabeza inclinada y las manos juntas.

De repente el redoble lejano de un tambor vino á mezclarse á los ruidos confusos de la noche.

—¿Ois, dijo Jorge, quedándose pálido?

—Oigo, respondió la pobre madre, traspasada de dolor.

El jóven Fitgerald enlazó su mano trémula con la mano fria y arrugada de su ma-

(*) *Trifoliun repens*, planta emblemática de la Irlanda.

(**) *Erin go Bragh*, Viva la Irlanda.

dre, la sacó moribunda hácia el pórtico, y señalando con el dedo las azuladas olas de la babía, dijo: —El navio que me ha de conducir se agita allá abajo como una ave marítima... dentro de unos instantes huiremos con la brisa. Adios, mi buena, mi noble madre, rogad por vuestro hijo cuando combata lejos de vos en las llanuras de América.

—Sí; yo pediré por tí, Jorge mio, dijo la pobre madre devorando sus lágrimas; iré mas lejos en peregrinacion á los sepulcros venerados de los santos. A fuerza de ayunos y de limosnas haré bajar sobre tu cabeza las bendiciones del Señor; fatigaré al cielo con plegarias por tu vuelta, desgastaré con mis rodillas los escalones de esos altares... abandonados como yo!!

—Adios, dijo el jóven irlandés con voz sofocada.—Oh! Dios mio! ¡tan pronto! .... decia la madre; tengo presentimientos funestos... Fitgerald! ¡oh! por piedad un momento mas, es tan corto... todavia no te he dado mi bendicion!!

El tambor tocaba llamada en las alturas.

—Adios, adios, esclamó Jorge desprendiéndose de los brazos debilitados de su madre; y bajó corriendo la cuesta que llegaba hasta la playa. La pobre viuda permaneció de pie derecho sobre una piedra rústica, en tanto que á la luz de la Luna pudo distinguir el uniforme encarnado de su hijo; despues se sentó en una tumba cubierta de musgo y lloró.

Al romper el dia, una ligera fragata se apartaba de las costas de Irlanda, un jóven de fisonomia graciosa y melancólica, con la cabeza apoyada pensativamente contra el mastil mayor, saludaba con un gesto de despedida aquella verde isla que los bardos llamaron Esmeralda de Occidente; sus miradas estuvieron largo tiempo fijas en la torre del monasterio que habia visitado la víspera; largo tiempo contempló con inexplicable quebranto de su corazon las cimas fugitivas de sus montañas azules, y cuando las ásperas estremidades de Knoch-Na-Ree se perdieron en las nubes, una lágrima solitaria y de nadie vista, corrió por las mejillas del soldado.

Un mes despues la fragata inglesa hechaba el áncora en una bahia de la América Septentrional. Jorge fue á incorporarse con la division que mandaba en la Carolina lord Rawdon, su compatriota, y no tardó en distinguirse por su bravura y sangre fria. Una accion brillante le valió el grado de cabo, lo que hizo murmurar bastante á los protestantes del ejército.

—Es un abuso del poder, milord, dijo un antiguo teniente escocés, vuestra señoria no tiene derecho para conceder ascenso á un papista.

—¡Hé aquí una prueba de vuestra tolerancia, Donald! respondió lord Rawdon, encogiéndose de hombros. ¿Por qué te obstinas tú asi en ser católico romano? añadió su señoria, dirigiéndose á Jorge.

—Milord, respondió este bajando la voz, no os atreveriais á hacerme una pregunta semejante en la abadia en que reposan vuestros nobles antepasados! Yo soy lo que ellos eran hace 500 años, y lo que vos mismo seriais sin el mas odioso tirano que la Inglaterra ha producido.—Lord Rawdon se estremeció.—Es posible, dijo; mas escúchame Jorge, reflexiona en tu posicion; eres jóven, bien nacido y aunque pobre puedes hacer una carrera brillante y rápida cambiando de religion.—Seré soldado raso toda mi vida, contestó Jorge sencillamente.

Lord Rawdon sacudió bruscamente la mano del soldado, y mirándole con el mas vivo interés: Yo no puedo adelantarte, dijo lentamente, me harian de ello un crimen; pero puedo proporcionarte ocasion en que te distingas é impongas silencio á los fanáticos del ejército. Esta noche envio un propio con pliegos importantes. Todo seria perdido, si cayesen en poder de los americanos; esta partida es un secreto hasta para mis tropas, todo el pais está lleno de insurgentes que se introducen hasta en el campamento y hormiguean por todas partes. Es preciso que el portador de los despachos lleve una escolta perfectamente segura, una escolta que de nada se intimide, á tí es á quien elijo, Jorge.. á tí solo, ¿has entendido? Es un honor singularmente peligroso, añadió el general despues de un corto silencio.

—Yo le acepto con alegria, milord.

Cuando los soldados fatigados de las escursiones del dia se entregaron al sueño bajo sus tiendas, Fitgerald y su compañero salieron del campamento inglés. Era una noche dulce y templada; una noche del nuevo mundo; la Luna derramaba su azulada claridad sobre la cima de las magnolias, el cielo estaba tan puro que en vano se buscaria una nube en todo él. Mientras que el guia consultaba á la estrella del Norte y á los robles

cubiertos de musgo para hallar una senda al través de la floresta, Jorge pensaba en su patria, en las risueñas orillas de Gitley, en el sendero bordado de flores que guiaba á su casa y en los lagos tranquilos de Connaught. Un pájaro burlon despertado con el ruido de las ramas rozadas, se puso á imitar el cántico de una ave de Irlanda, y nuestro jóven fascinado con el cántico tan en armonía con sus recuerdos, cayó en una profunda enagenacion. Todos los risueños acaecimientos de su infancia se le presentaban á la vista como cuadros mágicos: él sonreia á las estrellas del cielo, á la brisa perfumada, á las oscuras sombras de la selva vírgen que recorria, pero su alma no estaba alli; habia saltado al otro lado del Occéano sobre la verde Irlanda. Se introdujo bajo el rústico techo de una pobre habitacion alumbrada por los pálidos reflejos de una hoguera de turba. Allí vió á una muger que preparaba, llorando, su cena.—¡Madre mia! esclamó Fitgerald en un inefable movimiento de alegria... ¡¡madre mia!!

—¡Quién vive! gritó á lo lejos una patrulla americana. Los dos soldados se dirigieron mútuamente una mirada de inquietud y se lanzaron por un sendero oculto en lo mas espeso del bosque. ¡Quién vive! repiten muchas centinelas enemigas que se corresponden por todas partes.—Estamos cercados, dijo Fitgerald, deteniéndose sin saber que camino seguir.

Bien pronto se oyen tiros de fusileria y las balas silban por entre las hojas.—Muerto soy, dice el portador de los pliegos, cayendo en medio del camino: salvad los pliegos: —Jorge toma los papeles y huye á la aventura por montes y valles, pero las balas le alcanzan en su carrera. El sigue sin hacer caso de ellas hasta llegar á un terreno desierto, donde ya no se oye el ruido de sus perseguidores, pero la vida del jóven se escapaba por tres anchas heridas, y al fin cae sin aliento al pié de un cedro cubierto de musgo.—Y mis pliegos, dijo levantando sus tristes ojos hácia el cielo brillante de estrellas, este depósito del honor que he jurado conservar intacto. ¡Dios mio, inspiradme! De repente el pálido rostro del jóven herido, manifiesta una admirable espresion de heroismo y de entusiasmo; se incorpora con mucho trabajo; rasga con sus manos la mas ancha de sus heridas, introduce penosamente la carta de milord Rawdon, y oculta el precioso papel con sus carnes ensangrentadas. —¡O patria mia! dijo dejándose caer sobre la yerba enrojecida, un pobre soldado moribundo te deja su último suspiro."

Al despuntar el dia una patrulla inglesa le encuentra bañado en su sangre; estrechaba contra su corazon una crucecita negra que su madre le habia dado, y sus lábios repetian aun su nombre querido. Ya no le quedaba mas que un soplo de vida que le sirvió para indicar el sitio en que se ocultaba su fatal secreto. Lord Rawdon acudió en persona adonde estaba el pobre soldado; levantó su cabeza inanimada y estrechó sus manos heladas con las suyas guerreras, diciendo:—Mas quisiera haber perdido una batalla.

Asi pereció oscuramente en los desiertos del Nuevo Mundo, un jóven héroe digno de los tiempos antiguos, y al que la tolerante Inglaterra nunca hubiera concedido las charreteras de teniente.

D. M. F.

LA UNIVERSIDAD de Santiago.

Este bello edificio, tal como aparece copiado en la lámina que acompaña á este artículo, fué construido á fines del siglo pasado, por el arquitecto gallego D. José Machado. Su planta exactamente cuadrada, tiene 5,240 pies, la fábrica es de escelente piedra de silleria ennegrecida por las contínuas lluvias del pais, y su fachada de órden jónico perfectamente ejecutado, está coronada por un alzado donde se hallan esculpidas las armas reales, y que es coronado por una bella estátua de Minerva y grupos de genios que representan la astronomía, la teología, y las mátematicas, obra de D. José Ferreiro, tan conocido por las buenas obras de escultura que hizo para la antigua capital del Reyno de Galicia. Tiene un espacioso claustro de 180 pies de lado, sostenido por 20 arcos. Su arquitectura es caprichosa, y en el centro se levanta una fuente, que á no ser tan elevada, se pareceria á una urna cineraria del gusto romano. En este claustro se encuentran muchas cátedras; las de Jurisprudencia, filosofía, teología, lengua griega, matemáticas, y *la sala de actos*, pieza circular que presenta un golpe de vista de mucho gusto, y á la que adorna una ligera y vistosa balconada de hierro. El claustro superior nada tiene de particular, y en él están la biblioteca, el archivo, la secretaria, la sala de claustro, la ex-cárcel, y las cátedras de física esperimental é historia natural, ambas desempeñadas por profesores de conocido mérito.

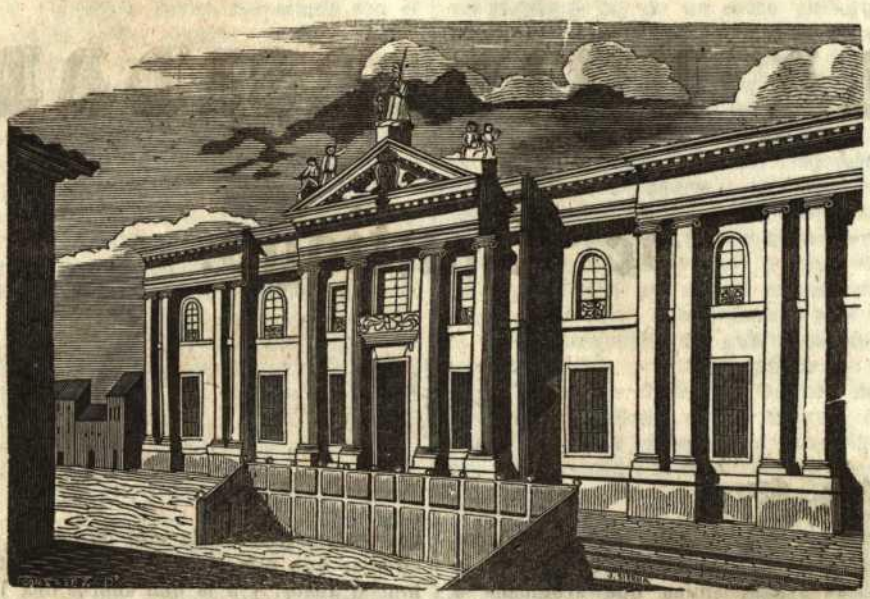
La Biblioteca pública es una pieza que ocupa un lienzo del claustro, y que contiene un número considerable de buenas obras, antiguas y modernas, contando con las escojidas que se tomaron del convento de Benedictinos de esta ciudad. Una mampara pintada al óleo, oculta su entrada. En ella está Minerva recostada con el Sol sobre su seno, en un paisage cuyo término es el Parnaso, coronado por el templo de la inmortalidad, y señalando varios genios ocupados con libros é instrumentos con este epígrafe: *Tendimus ad alta*. En el batiente de encima de la mampara hay otro que dice: *Pergite: jani sacra colite hœc veneranda quiete.*

La sala de claustro es otra pieza pintada al claro oscuro y decorosamente alhajada. En ella celebran los doctores las sesiones, y se confieren los grados mayores. El gabinete de física, y el de historia natural y minera-

lógia, y mucho mas el primero, están provistos de escelentes instrumentos, resguardados por una vidreria de buen gusto.

La Universidad de Santiago, sino es de las primeras que se fundaron en España, tampoco ocupa el último lugar, adelantándose a las de Barcelona, Oñate, Oviedo, Pamplona y otras. En el año de 1501 se creó el primer estudio de que se conserva noticia, siendo sus fundadores y dotadores D. Diego de Muros, Obispo de Canarias, D. Diego de Muros, dean de la Iglesia de Santiago, y Lope Gomez de Marzoa. Y una bula del Pontífice Julio II, en 1504, autorizó la instalacion de cátedras públicas, de cánones y otras facultades, colocando este colegio al nivel de las Universidades de la Península. Mas tarde D. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Toledo y natural de este pueblo, hizo cesion de los bienes que poseia, y en virtud de sus escitaciones Clemente VII en 1525 las aplicó con las rentas del viejo colegio, donde se sostenian algunos estudiantes pobres, al paso que se aumentaron las rentas con que se podian sostener las aulas de la Universidad.

E. del S. P.



UN MAL PENSAMIENTO.

CUENTO FANTASTICO.

I.

ALBERICO.



Era Alberico un escelente jóven, de mediano talento, poseia un corazon naturalmente bondadoso, y una figura agradable. Si su padre, honrado negociante de provincia, hubiese vivido mas tiempo, Alberico, negociante como aquel, rico, dichoso, y unido á una muger que le hubiese adorado, y hecho padre de unos cuantos chicos rollizos y traviesos, hubiera pasado tranquilamente su vida como el pez en el agua. Séame permitido usar de este proverbio; conozco que es algo trivial, pero no he podido hallar otro mas del caso: por otra parte, nada mas raro en nuestros tiempos que el hallar individuos que se avengan á vivir en su propio elemento como los peces en el suyo.

Desgraciadamente para Alberico su padre murió antes de haber podido trazar la senda que debia recorrer. Huérfano á los diez años de su edad fue puesto en un colegio de Paris, del cual salió á los diez y seis con la suficiente instruccion para no ser absolutamente inútil para todo en este mundo.

Emancipóse, pues, de un tutor que solo pensaba en desembarazarse de toda responsabilidad, y he aquí á nuestro héroe solo, libre, entregado á su alvedrio y con 20,000 francos de renta en un Paris, ó lo que es lo mismo, rodeado de cien mil peligros.

20,000 francos de renta, constituyen una muy decente fortuna, pero Alberico, algo escaso de juicio se contentó con ella durante seis meses, al cabo de los cuales cayó en su tonteria, y vió que efectivamente era mas rico de lo que creia, puesto que auxiliado en sus cálculos por uno de sus mejores amigos, descubrió que sus 20,000 francos anuales representaban en cuatro años una renta de 80,000, y que transcurrido aquel tiempo habia lugar de pensar en el porvenir.

Ya tenemos á nuestro Alberico provisto de guantes amarillos para disimular la forma algo rústica de sus manos, de bigotes negros para dar severidad á su semblante, de un lente y de cierta fraseologia de taller para dar una tinta de artista á su talento bastante despejado, pero no obstante, algo vulgar. Sigámosle al boulevart de los italianos y lo veremos viviendo con sus caballos, sus queridas, sus amigos, sus acreedores y aduladores. El pobre jóven se halla transformado en uno de aquellos personages maravillosos á quienes diariamente nos vemos espuestos á dar de codazos en el estrecho pasadizo de la ópera, compuesto monstruoso

del paisano ignorante y crédulo de la edad media, del refinado petimetre del siglo XVI, del marqués del XVII, del caballero Volteriano del XVIII, y en fin, del especulador y corredor del XIX, mezcla ridícula de todas las vejeces morales desacreditadas por la revolucion, y de todas las enfermedades de la misma especie acreditadas por ella. Alberico en fin se ha hecho *dandy*.

La habitacion de Alberico es una imágen fiel de su cabeza. Objetos del gusto egipcio, etrusco, gótico y romano; esferas, grotescos, mosaicos, maderas de color y otras mil baratijas se mezclan, se confunden y chocan entre sí siendo una espresiva onomatopeya en este caso. Pistolas por docenas, aquarelas, armas de salvages, billetes indiscretamente perfumados, conchas y caracoles, tarjeta, libros, yesos, y un arsenal en fin de utensilios propios de un hombre condenado por toda su vida á los cuidados del tocador, se miran esparcidos sobre todos los muebles, en el suelo, en las rinconeras, en las paredes y hasta en el techo. Pero aquellos objetos indican que su dueño no los aprecia, que vive en medio de ellos, iba á decir como el árabe en el desierto, pero la comparacion no es exacta, porque entre el árabe y sus arenales hay armonia, al paso que entre Alberico y el arte no existe la menor vislumbre de ella.

El arte para él era un asunto de moda, y en su libro de memoria se hallaban los nombres de Lamartine, de Pradier y Descamps, mezclados con los de su sastre y zapatero.

No obstante, Alberico con sus 80,000 francos de renta, su cerebro vacio y sus dos yeguas de sangre, habia entrado en el cuarto año de su fortuna, y ya era cosa de pensar en el porvenir del cual solo se hallaba á los seis meses de distancia. Encontrábase en un callejon sin salida, era ya tarde para retroceder, y le era indispensable hallar paso al llegar al estremo, pero mientras mas se acercaba mayores dimensiones adquiria á sus ojos el escarpado obstáculo que debia detener sus pasos: por último, llegó á ver tan solo un punto del cielo sobre su cabeza como si se hallase en el fondo de un pozo.

Alberico no tenia valor para pisar el áspero sendero que se ofrecia al estremo de aquella calle de asfalto, por la que con tanta facilidad se habia deslizado su vida en aquellos cuatro años, y ni aun se atrevia á intentarlo. Hizo pues lo que los perezosos; lo árduo de la empresa le pareció suficiente disculpa para no acometerla. Contentóse con discurrir en vez de obrar, y como sus pensamientos se fijasen penosamente en lo real y efectivo, se engolfaron en la region de lo fantástico é imposible. La debilidad moral quedaba en ello complacida: ya veremos que tal le fue con el nuevo giro que dió á su imaginacion.

II.

Aquella tarde volvió Alberico á su casa de maldito humor: dió con la capa en los hocicos del criado que le esperaba durmiendo, é hizole entender por señas que deseaba permanecer solo. Rasgó de cólera sus guantes amarillos demasiado estrechos para detenerse á quitárselos; séntose al lado de la chimenea, puso los pies sobre los morillos, inclinó la cabeza, y oprimióse la frente con entrambas manos, como si quisiese calmar la tempestad que agitaba su cerebro.

En aquella posicion permaneció por algunos minutos, inmóvil, y sin descubrir su agitacion mas que por un ligero temblor nervioso, y por la fuerza que hacia con las manos sobre la frente. Entretanto no advertia que las puntas de sus botas barnizadas puestas en contacto con el fuego, se retorcian dolorosamente haciendo oir sus lamentos en un prolongado chisporroteo.

Levantose de repente, dió un fuerte golpe con el pié en el suelo, dirigió sus miradas al techo, y con acento colérico y amenazador esclamó:

—Oh! por que no nos hallamos como en la edad media en relacion directa con el diablo? ahora mismo le vendia mi alma!!!

No bien habia acabado de pronunciar aquellas palabras cuando saltó una de las cuerdas de su piano despidiendo un lúgubre sonido, que tuvo eco prolongado en los oidos de Alberico. Turbose éste, ofuscose su vista, y le pareció que en el rincon mas sombrio del aposento sonaba un ruido metálico parecido á la risa de un viejo avariento.

Alberico tuvo miedo: miró detras de sí y volvió á sentarse. Quiso fijar sus pensamientos sobre la causa que habia producido su triste preocupacion mas no le fue posible.

Hizo un esfuerzo para reponerse, se levantó y se puso á reir.

—Si, repitió en alta voz, si el diablo se me apareciese le venderia mi alma.

Esperó con alguna inquietud el resultado de su atrevido reto, pero nada oyó. Ya se contemplaba triunfante y empezó á respirar con mas libertad.

—Ya lo sabia yo, dijo, fue tan solo una ilusion. Estaba yo loco? poco me ha faltado para creer en el diablo!

Dirigió al mismo tiempo sus miradas sobre los tomos de una biblioteca digna de los mejores tiempos de Boule. Oh sorpresa! uno de ellos resplandecia, con una luz pálida y fosfórica. Atónito Alberico estiende maquinalmente la mano para apoderarse de el; lánzase el libro del sitio en que se halla colocado, y se presenta abierto á los ojos de Alberico que lleno de terror lee en su primera página estas graves palabras escritas en rutilantes caracteres: *Revelaciones del mundo inferior y oculto, ó libro de las evocaciones.*

Era aquel libro uno de los primeros impresos en Francia; una traduccion del célebre tratado de magia de Hans Sachsaner impreso por Guttemberg en 1475.

Habíalo comprado Alberico el dia anterior, y lo creia una curiosidad preciosa porque se lo habia disputado acaloradamente un viejo aficionado que hubo de marcharse desesperado por no poder arrebatar la presa á aquel calavera profano.

Los caracteres continuaban brillando, y aunque á pesar suyo Alberico se engolfaba en su lectura instigado por un impulso irresistible, volvia rápidamente las hojas del mágico volúmen, y cada una de ellas le parecia una puerta de bronce que se abria para él en el mundo de los misterios. En tanto que leia creia notar cierta corriente eléctrica que desprendiéndose de los brillantes caracteres iba á ponerse en contacto con su cerebro: oia al mismo tiempo en el cañon de la chimenea confundirse con los bramidos de la tempestad aquella risa que le amedrentara en un principio, y cuyas carcajadas caian una á una como monedas de oro en un gran bolson.

III.

UN MAL SUEÑO.

De repente quedó la habitacion en tinieblas. Alberico no distinguia los objetos, pero creyó sentir una mano vigorosa que levantándolo de un asiento le colocaba en la silla de un fogoso caballo. Su invisible guia montó en otro del cual solo se distinguian en la oscuridad los ardientes ojos y el inflamado aliento. Resonó un grito destemplado, y lanzáronse los bridones al galope con tal celeridad que Alberico hubo de asirse de las negras crines del suyo, y bajar la cabeza á fin de no morir asfixiado por el aire que hendia con una rapidez inesplicable. Esperaba con horrible ansiedad el resultado de aquella carrera infernal, procurando contener su imaginacion temeroso de prever lo que iba á sucederle.

Pasado un cuarto de hora el ruido sonoro de las pisadas de los caballos le hizo conocer que atravesaban un puente; su guia tocó una bocina y á su áspero y prolongado sonido respondieron rechinando los goznes de una pesada puerta. Abrió los ojos Alberico, y se encontró en el patio de honor de un noble castillo del tiempo de Luis XIV. Salieron varios lacayos á recibir á los viageros, presentóse el alcaide y se adelantó para recibir á Alberico con cierta aristocrática urbanidad, pero al ver los caballos negros que habian conducido al huesped y á su guia se volvió á éste y le dijo brutalmente:

—Juan, te despido! vuélvete á tu pais! eres un imbécil y obstinado; que significan esos ridículos caballos? Tú has querido tratar á este caballero cual pudieras á un simple estudiante embriagado con cerveza y con la lectura de Hoffmann. Yo te encargué que tomases los dos mejores, Redgauntlet y miss White, despues de bien limpios y enjaezados. Estoy persuadido de que este caballero te habrá creido algun escudero de Francony.

Acercose al mismo tiempo á Alberico para quien todo aquello era un objeto de asombro, y le pidió mil perdones por la groseria de su criado; y dándole familiarmente el brazo lo introdujo en el castillo.

Atravesaron sin detenerse varias habitaciones y galerias adornadas con sumo gusto, y en las que el lujo suntuoso pero pesado del tiempo de Luis XIV se veia templado por la elegancia moderna, y llegaron en fin al gabinete del castellano. El dandy mas consumado se hubiera vanagloriado de un santuario semejante. Admirólo Alberico en calidad de inteligente, y su admiracion le hizo considerar con mayor atencion al propietario de tantas riquezas.

Era aquel un jóven de pequeña estatura, de frágil complexion pero de formas finas y graciosas: su trage era tan elegante y lo lle-

vaba con tal donaire que parecia sencillamente vestido, y sin el menor cuidado. Sus cabellos y vigote rubios y la blancura de su tez le daban á primera vista el aspecto de una florida juventud, pero contemplado de cerca notó Alberico algunas arrugas en su frente, y otras ligeras señales que manifestaban ser ya un hombre entrado en años.

Alegróse Alberico de encontrarse en compañia de un igual suyo; desvanecióse en su pecho el peso que lo oprimia desde su vuelo fantástico, y respiró con libertad. Por último, la conversacion de su huesped sobre asuntos que le eran familiares, acabó de reponerle y tranquilizarle.

—Sabeis le dijo, que ayer tarde habeis puesto en conmocion nuestra lógia? De M... os vió cerca de su pantera, y á no ser por mí se hubiera conducido con vos con la misma falta de tacto que un oficial de caballeria...

A propósito, yo tambien tengo motivos para estar enojado con vos... porque me habeis arrebatado la pequeña leona..... aquella que...

No obstante hallarse solos, concluyó la frase al oido de Alberico que no pudo contener una ligera sonrisa.

El conocimiento estaba ya hecho y á nuestro héroe le era agradable la amistad del diablo. Habia desaparecido todo temor: el desayuno que fue anunciado por un lacayo ricamente vestido, concluyó la obra á que habia dado principio la confianza, y si en el alma de Alberico hubiese quedado algun resto de temor bien pronto lo hubiera disipado el Champaña.

El diablo no carece de talento: hizo cuanto pudo por agradar y divertir á nuestro jóven: le habló de sus leonas, de sus caballos y de sus curiosidades, por manera que al dejar la mesa para trasladarse al gabinete en donde debia tratarse la gran cuestion del pacto, Alberico estaba ya entregado á él.....

—Voto á tal, querido mio! prorrumpió el diablo reclinándose en un divan de terciopelo, y encendiendo un rico habano, sois un brillante mozo, tengo una verdadera satisfaccion al veros en mi compañia, y de buena gana haré todo lo posible á fin de perfeccionaros. Solo os faltan algunas de las costumbres de las gentes del gran tono, algunos toques definitivos, algunas pequeñas bagatelas apenas perceptibles. Dejadme pues retocaros y quedareis hecho un perfecto modelo Vos me habeis llamado esta mañana... bravo! os reconozco por hombre de talento! cuando salgais de nuestro... club, nada os faltará en adelante..... no me interrumpais, conozco vuestros deseos..... doscientos mil francos de renta..... no es eso?

—Cabalmente, respondió Alberico con viveza, pero qué debo hacer para obtenerlos?

—Oh! casi nada en sustancia! Ya sabeis que vuestro primo Magnus las posee y que sois su único heredero; pues bien, en semejante caso solo os falta disfrutar la herencia.

—Pero Magnus no ha muerto! dijo Alberico asombrado.

—Bah! se necesita tan poco para que deje de existir! respondió el jóven interlocutor recalcando sus palabras. Al mismo tiempo presentó á Alberico un retrato de su primo, trazó con un lápiz un círculo sobre el lado del corazon, y dando una pistola á Alberico le dijo:

—Tirad á boca de jarro en medio de ese círculo!

Alberico titubeó.

—No quereis?... Doscientos mil francos de renta..... Sí ó no! y ya se preparaba á ocultar el retrato.

—Dádmela! esclamó Alberico apoderándose del arma fatal, y sin detenerse y poseido de aquella decision rápida de un hombre que se niega á reflexionar, apoyó la boca del cañon sobre el sitio señalado, cerró los ojos y disparó la pistola. Oyóse entonces un ruido sordo como el de un tiro disparado en el agua, al cual se siguió el de la caida de un cuerpo. Todo quedó en el mayor silencio y en la mas completa oscuridad.

IV.

Al despertarse Alberico á la mañana siguiente, quedó admirado de encontrarse en su cama y vestido con un cómodo trage de noche; pero que á nadie se le hubiera ocurrido ponerse para celebrar un pacto con el diablo. Miró espantado en derredor de sí, y viéndose solo sin la menor señal de su asesinato en efigie, estaba pronto á resignarse tal vez con cierto sentimiento, y á considerar cuanto le habia pasado como un sueño penoso, cuando uno de sus criados le presentó el correo y los papeles públicos. Una de las cartas estaba sellada con lacre negro: un estraordinario presentimiento hizo estremecer á Alberico. Dábala mil vueltas en sus manos, y sus miradas parecian indicar querer

leerla sin romper el sobre: tiembla su mano, mas al fin vence la misteriosa fascinacion que emana de aquel papel, rompe el sello y lee... le anuncian la muerte de Magnues acaecida en la noche anterior á consecuencia de una dilatacion estraordinaria del corazon. Desde aquel momento dió Alberico entera fé á su pacto con el diablo. Su fortuna le hizo olvidar sus remordimientos, y ademas, la certeza de que en adelante se hallaba asegurada su suerte y de que ni el mismo poder supremo podria romper la cadena que lo ligaba al infierno, le dieron cierto aplomo y audacia, capaz de hacer frente á los mayores obstáculos. Tenia incesantemente ante sus ojos la imágen de Satanas Dandy, y la imitacion de aquel acabado modelo hizo de él el leon mas irresistible del club de los yockeis.

La misteriosa noche del pacto habia impreso en su frente un sello fatal y satánico que le sentaba á maravilla, y hácia el cual eran atraidas en tropel todas las notabilidades femeninas. Tomaba por las noches su talisman, el libro de las evocaciones, y pasaba algunas horas en conversacion con los habitantes del mundo de los espíritus: el diablo, siempre bajo la forma de un jóven, habia visitado varias veces á su protegido, quien le daba el nombre de Arturo en sus conversaciones amistosas. En cada una de aquellas conferencias adquiria Alberico una nueva idea; una inspiracion acerca del gusto, un tesoro, nuevas armas de triunfo en el nudo de una corbata, en el modo de llevar la barba, en un boton del chaleco que por acaso se quedó sin abrochar. Alberico, gracias á Arturo, era el héroe de la moda, todos le imitaban, todos le seguian, era en fin admirado de todos. El dandy mas acreditado recibia como una honra singular un consejo de Alberico: éste habia enriquecido á los artesanos que le servian haciendo reflejar su nombre sobre ellos. En fin, las mugeres de gran tono que generalmente son las encargadas de dar la última mano á la reputacion de los hombres, comprendieron que Alberico era indispensable para su gloria, en tanto que las mas interesantes aventuras no añadian el menor brillo á las glorias de Alberico.

Vivia nuestro héroe orgulloso con su dicha que renovándose diariamente no le dejaba tiempo para fastidiarse, mas una noche al entrar en su casa encontró á su jóven amigo sentado á la inmediacion de la chimenea, y con señales evidentes de la mayor desesperacion; ni aun volvió la cabeza para mirar á Alberico, pero este asiéndole una de sus manos le preguntó afablemente por la causa de su dolor.

—La causa de mi dolor? respondió estremeciéndose, la causa es que envidio tu dicha, Alberico, yo quisiera hallarme en tu lugar.

—Tú! pobre Arturo mio! y qué puedes desear?

—Ah! contestó, Arturo te hace olvidar á Satanás, y Satanás sufre... aqui... y apoyaba la mano sobre el corazon en una actitud apasionada igual á la de los héroes de novela. Dichoso Alberico! tú puedes amar! tú, cercado de mugeres que aspiran á agradarte, puedes escoger; tal vez alguna de ellas ha fijado ya tu corazon! amas por ventura á la encantadora Lydia! Feliz Alberico! tú puedes amar, en tanto que yo..... me veo solo comprehendiendo lo que es amor! Dios lo ha querido! ese es mi infierno...

Al pronunciar aquellas palabras desapareció por el cañon de la chimenea, camino poco elegante en verdad, y que solo su dolor pudo haberle hecho preferir. Alberico oyó por algun tiempo resonar su último suspiro, parecido algun tanto al eco de una burla irónica y maligna.

—Acaba de sugerirme una idea feliz, dijo para sí Alberico, y se acostó en seguida.

V.

POBRE MUGER.

Lydia tenia diez y seis años, era hermosa sin presuncion, y temia no ser bondadosa en el grado que deseaba. La virtud implica la idea de combate, y Lydia era recatada y pura como el mantial oculto que jamás viera su superficie rizada por las alas del céfiro.

Lydia no se conocia aun á sí misma, cuando el amor de Alberico vino á arrancarla de su tranquila oscuridad, para colocarla palpitante y deslumbrada sobre el pedestal á que tantas otras mujeres aspiraban.

La inocente jóven recibió llena de rubor el homenaje que se la presentaba; mas no obstante, era muger, y el incienso que se le prodigaba consiguió al fin reducirla á un estado de embriaguez deliciosa. Empezó, pues, por mostrarse reconocida al hombre que la habia preferido; y poco despues le concedió su cariño por las prendas que en él suponia.

Alberico era un hombre de fortuna; sus

maneras y toda su persona finas y elegantes; así pues no era difícil amarle, y con efecto le amó.

Todo se arregló; Lydia estaba próxima á ser esposa de Alberico, y en adelante solo de él penderá ser el mas feliz de los mortales.

El dia en que Alberico anunció su enlace en el club de los yockeis legando á sus antiguos administradores sus conquistas, sus caballos y sus cigarros, hubo un duelo general, y todos los miembros, á fin de imitarle, quisieron casarse en el acto, mas como no les fue posible hallar esposas en aquella misma tarde, al dia siguiente habian ya olvidado al pobre confinado Alberico.

VI.

UNA VIDA TRISTE.

La desgraciada Lydia echó de ver bien pronto que habia creido de oro un ídolo, el cual si bien de un esterior brillante no por eso dejaba de ser de madera apolillada: mas como quiera que la muger conserva siempre en el fondo de su alma un tesoro de generosidad, de compasion y de amor, se apasionó de aquella alma vacia, de aquella existencia vana por cuyo medio habia brillado Alberico. Este apenas hubo abdicado voluntariamente su soberania artificial empezó á echarla de menos. Hubiera á lo menos, deseado hallar en Lydia una de aquellas mugeres frívolas y profundas, lijeras y reflexivas que aspiran al nombre tan lleno de prestigio de muger de moda. Insensato! Como si fuese posible ser á la vez Rey y esposo de una de esas Reynas, demasiado celosas de su trono para dividirlo con nadie y sobre todo con un marido: realidad prosaica que cuidan mañosamente de sepultar en el mas oscuro rincon de sus existencias!

Pero Lydia hermosa de alma y cuerpo, bondadosa, amante y generosa, era un verdadero ángel, y no obstante Alberico creyó que esto no era suficiente. A fuerza de no ver en el amor otra cosa que el medio de producir un efecto cualquiera, llegó á no comprenderlo. El amor de Lydia en particular, casto, puro, y poético por su sencillez, grande por su naturalidad, era tan inconcebible para él como la belleza separada de las convenciones generales.

Alberico con la cabeza y el corazon vacios, tenia no obstante una necesidad positiva de llenar su vida por medio de sensaciones mas análogas á su manera particular de ser que las nobles emociones que podia ofrecerle Lydia, encontró al fin lo que deseaba en el juego y en la crápula.

En una de esas casas que se reparten entre sí los despojos del juego público, encontró cierto dia Alberico al conde Arturo de B..... Era este uno de aquellos hombres sin pudor, caballeros de industria improvisados que se figuran que la sociedad no mira muy de cerca, y que basta deslumbrarla con un nombre tomado de cualquiera parte, y con una fortuna realizada Dios sabe cómo. Por una casualidad fatal, se parecia el conde al otro Arturo, y confundiéndolos Alberico en su imaginacion se hizo el amigo inseparable de aquel. No podia comprender el nuevo Arturo cómo era posible que le reconociese un hombre á quien jamás habia visto, pero no necesitó mucho tiempo para convencerse de que Alberico era una presa que el diablo le arrojaba, y se apoderó de ella. Muy en breve estuvo al corriente de las apariciones de su predecesor y del contrato con él celebrado, y con semejante auxiliar en el alma del crédulo Alberico, la ruina de este infeliz fue para él cosa tan fácil que casi llegó á resentirse su delicadeza truanesca.

Qué podré deciros, amables lectores mios? Apenas habia pasado un año del matrimonio de Alberico, cuando embrutecido este por los desórdenes, lleno de trampas, y arruinado por un juego que jamás le presentó azares favorables, vió sepultada en una misma cima su fortuna y la de Lydia.

Sin embargo, aun no habia perdido todas sus esperanzas; le quedaba.. ... . Arturo!

VII.

UN FIN LASTIMOSO.

Hacia algun tiempo que Lydia se hallaba resignada con la ruina que preveia. El amor que profesaba al hombre despreciable que la atormentaba, era igual al de aquellas piadosas mugeres que consagran su existencia al alivio de todas las enfermedades, por repugnantes y vergonzosas que sean. Poseida de un valor sobrenatural habia visto con alegria la llegada de una crisis, de la cual esperaba la curacion de Alberico. Aprovechó los primeros momentos de dolor y abatimiento para apoderarse del alma de su esposo, y no obstante los esfuerzos de aquel, consiguió arran-

carlo de manos de sus amigos, y en particular de las del conde de B..... á quien ella detestaba con toda la energía de una aversion instintiva.

Oculto el matrimonio en un retirado asilo, lejos del teatro de sus pasadas glorias, Lydia desplegó ante su marido tal grado de firmeza y generosidad, prodigóle tan angelicales consuelos, le hizo ver tan palpablemente que con los restos de su antigua opulencia, y el ausilio del trabajo podian gozar de la dicha que les habia abandonado, y por último, mostróse para con Alberico, poseida de sentimientos tan tiernos y sublimes, que aquel no pudo menos de conocer por la vez primera todo el valor del tesoro que poseia. Si Lydia hubiese podido retener bajo su dominio aquella alma gangrenada el tiempo suficiente para cicatrizar sus llagas, Alberico se hubiera salvado, mas no debia suceder asi. Pocos dias despues encontró á su amigo Arturo, y se abrieron de nuevo sus heridas.

La primera vez que Arturo vió á Lydia se enamoró de ella, pero habiendo notado que aquella lo despreciaba juró vengarse. A este fin habia apresurado la ruina de Alberico, y justamente en el mismo momento en que aquel aturdido del golpe que le habia descargado estaba próximo á ser el instrumento de sus infames proyectos, se lo vió arrebatar por las manos de Lydia. Arturo se encendió en cólera al verse vencido por una muger. Desde entonces el deseo de posesionarse de Alberico fue su único objeto, su solo deseo y su pasion esclusiva: para conseguirlo prodigaba el oro, temiendo no obstante no lograr su deseo.

Asi que, cuando volvió á ver á Alberico dió un grito de alegria, corrió á encontrarlo y puso una de sus manos en el hombro de su amigo, con el mismo ademan de autoridad que pudiera un amo al encontrar á su esclavo fugitivo.

Alegrose Alberico al hallarse en presencia de su pérfido amigo, quien lo condujo á su casa. Llegados á ella no sé que especie de pacto hubo de proponerle que Alberico todo ruborizado esclamó:

—Oh Satanas! Déjame, tú me horrorizas! y al mismo tiempo salió corriendo de la casa, en tanto que Arturo asomado á uno de sus balcones le gritaba:

—Si, huye, huye, tu volverás, porque llevas en tu corazon el envenenado dardo de la tentacion.

Alberico no habló á Lydia de su funesto encuentro.

A la mañana siguiente salió de casa, y maquinalmente se dirigió á la de Arturo, mas apenas la hubo divisado se estremeció, detúvose un instante, y volviendo la espalda dió á correr con la velocidad de un cobarde que huye el peligro.

Al otro dia no se atrevió á salir, mas lo verificó en los que se siguieron, y no volvió en todo el dia á su casa.....

El dia tocaba á su fin, Lydia, apoyada en el marco de una ventana habia dejado caer su labor sobre sus rodillas y se entregaba á los mas dolorosos pensamientos.

La noche cubria el cielo con su estrellado velo; el aire fresco y embalsamado agitaba blandamente las hojas de los pámpanos que rodeaban la ventana, y oíase de la calle el ruido de una fiesta. Brilló una sonrisa de esperanza sobre los pálidos labios de la atormentada Lydia: veia á su Alberico enteramente curado, y viviendo solo para ella y para el reposo. Presentábala su fantasia los tranquilos goces de una modesta fortuna, la felicidad de un amor nuevo y los placeres de la maternidad. Ningun triste presentimiento se presentaba á turbar las agradables ilusiones de aquella alma cándida, que se desprendia de la tierra por medio de sus pensamientos.

De repente oyó los pasos de un hombre que se detenia á la puerta: llamó en seguida.

—El es! prorumpió llena de alegria, y corrió á abrirle. Era Arturo!

A la vista de aquel hombre la pobre Lydia comprendió que iba á sucederle alguna desgracia.

—Salid, caballero, salid inmediatamente! dijo mostrándole la puerta.

—Yo salir? respondió con cierta indiferencia Arturo, estoy en mi casa, y no saldré de ella.

Esto diciendo, cerró la puerta con llave y puso esta en su bolsillo.

—Miserable! esclamó Lydia, que no prestó fe alguna á aquella amenaza, miserable! teme á mi marido, pronto vendrá y sabrá vengarme

—Vuestro marido? dijo irónicamente Arturo, vuestro marido! él es quien me ha conducido hasta la puerta; os ha vendido á mí, y en la actualidad me perteneceis porque he pagado vuestro precio.

Entretanto se aproximaba para apoderarse de ella.

Lydia adivinó la horrible verdad, conoció que aquel hombre no mentia, y que se hallaba perdida. Resolvióse en un momento, y cayó de rodillas esclamando:

Oh Dios mio! perdonadme y perdonad á Alberico! levantóse en seguida y se arrojó por la ventana.

Alberico entraba en su casa al mismo tiempo que cayendo un cuerpo de lo alto agitó en derredor suyo el aire que con violencia hendia. Inclinose para reconocerlo, y sus ojos se fijaron en el cadaver de Lydia... viose acometido de un vértigo espantoso, y cayó exánime al lado de su inanimada víctima: brillaron á su vista mil relámpagos, hirió sus oidos el sonido de mil campanas; cerró los ojos, y de repente prorumpió en una carcajada prolongada y convulsiva..... Pareció recobrar por un instante el uso de la razon..... Se levanta, apodérase de un guijarro, y con toda la tranquilidad de un insensato se oculta detras de la puerta. Baja Arturo; Alberico le deshace la cabeza con la piedra, y vuelve á sentarse al lado del cádaver de Lydia continuando en su risa espantosa.

Hace tres años que Alberico se halla en Bicetre, siempre riendo y convertido en objeto de terror, aun para los mismos dementes sus compañeros.

J. I. S.

LA NOCHE.

ROMANCE.

(IMITACION DE ESPRONCEDA.)

Todo calla: ningun ruido
Estraño el silencio rompe,
Del mundo que en paz se aduerme
En los brazos de la noche.
Opacas sombras se tienden
De los elevados montes,
Que los fulgores postreros
Del astro del dia absorven.
De las nubes sonrosadas
Los fúlgidos arreboles,
Perdidos se desvanecen
En el inmenso horizonte.
Se van del dia apagando
Lentamente los rumores,
Y en su lecho de reposo
Los vivientes se recogen.
Los objetos á la vista
Se representan informes,
Vagamente contornados,
Desnudos de sus colores.
Misterioso y triste aspecto
La natura ofrece inmovil,
Como en un cendal envuelta
De fantásticos vapores.
Mas de repente la luna
En las celestes regiones.
Pálida asomando, vierte
Sus trémulos resplandores;
Brillan con ellos las ondas
Del mar que con fiero choque,
Embravecido levanta
De espuma rizados montes.
Del cristalino arroyuelo
Lucen las ondas que corren

El ambiente refrescando
Perfumado por las flores.
Brillan en las altas copas
Sus reflejos de los robles,
Perdiéndose en la espesura
De los solitarios bosques.
Y despiertan los dormidos
Ecos lejanos que esconden,
De la sombra en el misterio
Sus apagados rumores.
Y reproducen mil vagos
Y melancólicos sones,
De deliciosa armonia
Que allá á lo lejos se oyen,
Y de la noche en la calma
Las mansas auras recogen,
Que de las flores se aduermen
En los purpurinos broches.
Del ruiseñor solitario
Suenan las dulces canciones,
En el apacible nido
Con que arrulla á su consorte.
Murmura el torrente undoso
Que despeñado se rompe,
De las elevadas sierras
Sobre los riscosos bordes.
Ya vagos se desvanecen
Estos misteriosos sones,
Ya los repiten los ecos
Que á lo lejos se responden.
Y la calma y el silencio
De la fantástica noche,
Guarda la luna que vela,
Astro de sueño y amores.
Cual encantadora mágica
Con su influjo aduerme al orbe,
Cuyo espacio allá en las horas
Cruza de las ilusiones.
Horas en que el pensamiento
Fugaz se lanza del hombre,
De un mundo desconocido
A las hermosas regiones.
Lloras tal vez de agonia
Para el que padece insomne,
Y de angustias acosado
En un lecho de dolores
Con impaciencia las cuenta,
Que harto tardas para él corren:
Horas que van destruyendo
Del corazon los resortes.
Mas en su velo de sombras
Bajo un aspecto uniforme,
La noche pálida encubre
Los tormentos y los goces.
Y su grata calma buscan
Los heridos corazones,
De sus tutelares alas
Que á la proteccion se acogen.
Con tu dulce influjo calma,
¡Oh melancólica noche!
De un corazon que padece
Las angustias y dolores.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid. Octubre 6 de 1849.

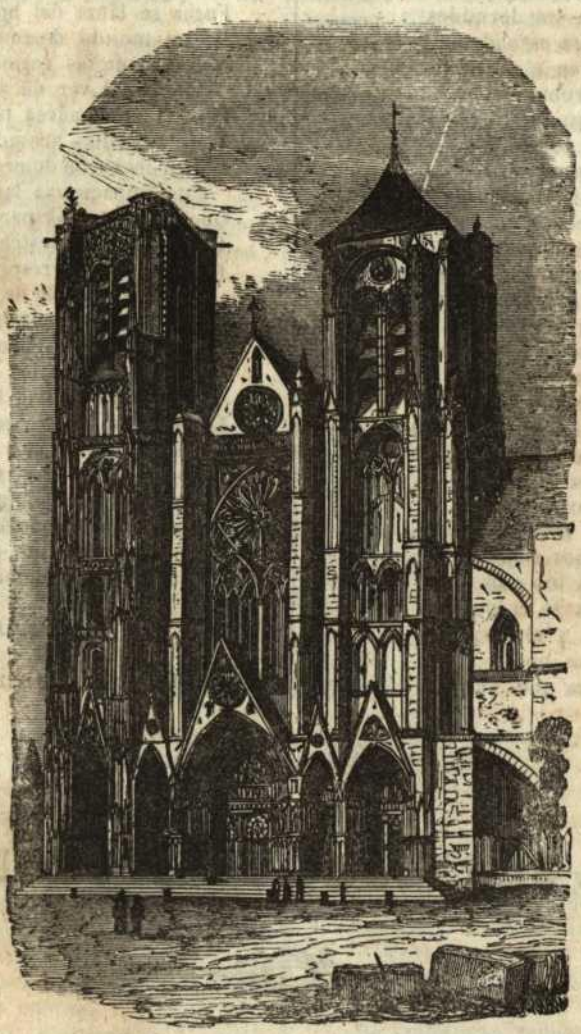
LA CATEDRAL DE BOURGES.



La Catedral de Bourges, es sin duda una de las mejores que posee la Francia, no obstante de contarse en este reyno sorprendentes edificios, monumentos magníficos y grandiosos como grande es el objeto á que están destinados.

En la puerta de la iglesia hay una linterna, y debajo se abre paso á los viageros para la puerta de la iglesia subterránea. Las cincuenta y nueve claraboyas ó ventanas que la adornan, reparten sobre los cincuenta y nueve pilares que la sostienen, la luz azul, verde y rosa de sus magníficos vidrios, y cuando el sol muriente lanza su trémulo y

último rayo sobre la gran rosa, inunda todo el templo de colores vivos y reflejantes, como los que se observan al través de un cristal ochavado por distintas partes. Hay en esta iglesia comunmente un *cicerone*, que poseyendo á fondo la biografia de todos los santos colocados sobre los vidrios, y de todos los augustos personages repartidos por el edificio, presta al curioso viagero mas detalles quizás de los que él quisiera.



La capilla de la *cripta* está colocada debajo del altar mayor de la nave superior; una reja de hierro la rodea, y dos pequeñas lámparas arden en ella noche y dia; sobre la pared hay esculpidas en relieve dos figuras sagradas que representan á Jesus traspasado de dolor, y adorado.

Lo demas del edificio interior está en armonia con lo que hemos dicho; lo mas sorprendente sin duda es su fachada esterior, cuya exacta copia encabeza este artículo. En las dos torres laterales hay, como se vé al presente, desigualdad, y en los calados de ellas demasiada proligidad para una obra que se mira de lejos y como por un efecto de óptica; su elevacion es considerable.

S. P. E.

UNA SORPRESA Á TIEMPO.



Un sábado del mes del Mayo de 185.. estaba un comerciante llamado D. Pascual Ginebra, sentado en su despacho, con los codos apoyados en el pupitre y las manos en la cara: habiase encerrado y dado órden de no recibir á nadie, para entregarse con anchura á sus dolorosos pensamientos y dar desahogo al implacable tirano que despedaza el corazon en las situaciones desesperadas: provócase en estos casos á la desgracia para que dé un paso mas, se atormenta uno mismo mas cruelmente que lo haria el mas feroz enemigo, y cuando por fin se ha alcanzado el último término de las miserias humanas, yo no sé qué misterioso fulgor aparece en el horizonte, crece, se acerca, y muy pronto la esperanza viene á acariciarnos de nuevo con sus doradas alas: tal es el hombre, goza y desea, ó sufre y espera: este es el círculo eterno en que se agita, y ni puede dársе una ventura tan alta como sus deseos, ni agobiarle con un infortunio sin esperanza. El suicidio es una escepcion, y eso porque á veces, ó por mejor decir casi siempre, es una enfermedad; y aun el hombre que se ha arrojado al canal tiende una mano desfallecida á la orilla!

D. Pascual Ginebra, hombre entrado ya en años, permaneció con los ojos fijos en el balance de sus cuentas que le daba por resultado una cantidad negativa: pero obedeciendo al cabo á su instinto natural, su fatigado pensamiento se apartó de lo presente, levantó poco á poco el velo del porvenir, y entró en aquellos aéreos campos que tan fácilmente nos imaginamos. La misma razon que nos hace temer la desgracia en los momentos venturosos, le proporcionó imágenes consoladoras, y una vez arrastrado por el espacio de las ilusiones, desapareció lo presente, ó por mejor decir, cambió: figurábase que su firma circulaba con facilidad, que sus buques cubrian de nuevo los mares, y llegaban al puerto sin pérdidas ni averias: todas las especulaciones le salian á pedir de boca, y su crédito y fortuna iban en aumento cada dia, pero de repente una voz altanera desvaneció este dorado sueño, pasagero alivio del desgraciado comerciante.

—Repito que estoy seguro de que no ha salido, y es indispensable que yo le vea. Anuncienme W. ó me anunciaré yo mismo.

Un criado abrió con cuidado la puerta del despacho, y leyendo en una tarjeta el nombre del que con tanto fuero se espresaba, dijo:

—Señor, D. Cárlos Antunez, del comercio de esta corte, desea hablar con V.

Estaba don Pascual con la espalda vuelta á la puerta y no vió al pronto al que con tan poca ceremonia se introducia en su habitacion: levantóse sin embargo, cubierto su cuerpo de un sudor frio, pero no tuvo va-

lor para volver la cabeza, y D. Cárlos Antunez se vió precisado á dar vuelta á la mesa para plantarse enfrente de su deudor.

Aquel hombre tan formidable á que no osaba mirar Don Pascual, no tenia traza de acreedor ni de hombre de negocios; rayaba apenas en los veinte y cinco años, era alto, gallardo, y su rostro, que ahora reflejaba no mas que cólera y odio, debia ser bello cuando no le animase una pasion violenta, pero en la actualidad los ojos de Antunez brotaban chispas, sus contraidos labios espresaban tan amargo desden, y en su arrugada frente estaba tan marcado el implacable deseo de venganza, que cualquier otro que Don Pascual hubiera temido encontrarse cara á cara con un sugeto de tan terrible catadura. Estaba vestido de luto rigoroso, pero con tan esquisita elegancia, que hubiérase podido sospechar en un principio que venia á hacer al anciano una visita de etiqueta ó á pedirle un favor. Cuando el acongojado Ginebra se encontró con ánimo suficiente para dirigir al jóven una mirada furtiva, conoció que no le quedaba esperanza alguna, y que tendria que habérselas con un acreedor implacable y un enemigo encarnizado. Con mano trémula acercó una silla y el jóven se sentó.

—Con que segun parece, dijo Antunez despues de un largo silencio, no ha hecho V. honor á mi firma?

—¡Ah! crea V. caballero, que cuando he obrado asi, habrá sido..... por mi honor le juro á V.....

—¡Juramentos! ¿de qué me sirven vuestros juramentos? interrumpió D. Cárlos con amargura. Ah! bien sabia yo que no tardaria en llegar el momento de las represalias, pero no creia que estuviese tan próximo.

—¡Represalias! ¿qué quiere V. decir con esa palabra? repuso temblando D. Pascual: ¿tan jóven, tan rico, tan feliz como es V. trata de vengarse de un anciano que por casualidad ha resultado su deudor?

—Pues á esa casualidad debo este apetecido momento, dijo Cárlos rechinando los dientes.

—Ocho dias há, continuó el arruinado comerciante, era yo rico aun! No habian naufragado mis buques, no habia sido burlada mi buena fe, mi confianza; verdad es que yo ignoraba que mi obligacion estuviese en poder de V., pero aun cuando entonces lo hubiera sabido, no me habria importado.

—Sí, continuó el jóven cada vez mas irritado: sí, esa obligacion está en mi poder, y no es la única esta letra de cambio que hoy se ha negado V. á pagar; tengo otras que vencerán á fin de mes. ¿No sabe V. que soy su principal acreedor, señor quebrado?

Esta afrentosa palabra restituyó por un momento al aburrido D. Pascual su aniquilada energía, animáronse sus ojos, pero en seguida volvieron á apagarse sus miradas y el infeliz dejó escapar algunos sollozos.

—No todos compadecerán mi infortunio, dijo, pero nadie pondrá en duda mi honor ni mi probidad.

—Sí, la probidad y el honor de un quebrado! repuso Cárlos con desden.

—Tengo la satisfaccion, añadió con mas dignidad el comerciante, de que mi probidad es públicamente reconocida: todas mis operaciones están hechas á la luz del dia, el tren de mi casa ha sido siempre inferior á mi fortuna, mis libros están en regla, mis pérdidas atestiguadas, y.....

—Mentís, esclamó el jóven no pudiendo ya contener su cólera; sí, algunas operaciones hechas en público para ocultar negocios misteriosos: ¡tren de casa modesto! ¡cálculo hipócrita para captarse la confianza! ¡pérdidas atestiguadas! ¡libros en regla! estratagema para disimular misteriosas ganancias, precaucion de un hábil estafador.

—¡Caballero! ¡caballero! murmuraba el anciano escupiendo espuma, y sin fuerzas para levantarse de su poltrona.

—¿Se abrasa V. no es verdad? continuó Cárlos levantándose: pues no hago mas que repetir las mismas palabras que V. pronunció hace diez y seis años: yo era entonces muy niño, y mi padre, mi pobre padre se encontró, don Pascual, en el mismo caso en que V. se ve hoy dia; V. fué á su casa..... como yo ahora, y el infeliz le espuso á V. sus negocios, le enseñó sus libros, se humilló, imploró misericordia, recordó su probidad, y pidió tiempo.... tiempo no mas, y V. entonces, no humilde y abatido como ahora, sino altanero y arrogante, colmó á mi padre de injurias, y uniendo el sarcasmo al ultraje, tuvo V. la desvergüenza de hacer una comparacion entre el presidiario y el quebrado, y dar la preferencia al primero: ¿lo olvidó V. ya, no es cierto? no quiero repetir las viles reflexiones que V. hizo, porque temo no poder contener la ira que me abrasa, pero lo cierto es que

V. se negó á toda transaccion, azuzó á los demas acreedores de mi pobre padre, y nos hizo apurar á todos el amargo cáliz. Un dia, jamás lo olvidaré, cojióme mi madre de la mano y me trajo á esta casa, á este mismo gabinete; pero en vano lloró la desventurada, en vano imploró misericordia: —Si odia V. á mi marido, dijo, si por alguna injuria desconocida pretende V. su perdicion, compadézcase al menos de mi hijo, de mi pobre Cárlos: no nos prive V. de todo recurso, y permita que esta criatura pueda continuar su educacion.

No recordais tampoco, Don Pascual, continuó el jóven cada vez mas exaltado, que yo alargué la mano á un estante y cogí un libro? y cuando le abrí y estendi hácia V. mis manecitas como para implorar los beneficios de la educacion, no se acuerda V. de que me dijo arrancándome el libro de las manos:

—¡Miserable vanidad! Los hijos del que quiebra quedan deshonrados para siempre, y la nacion debe desecharlos de su seno.

Con groseras palabras y ademanes nos echó V. de su casa; y mi educacion en efecto no pudo consumarse. Pero avergonzado de pertenecer á una patria que alimentaba víboras como V., salí de España y corrí á paises estrangeros á aprender á ganar dinero. Aguijado por la sed de venganza, trabajé sin descanso, y el cielo ha querido que no fuesen infructuosos mis esfuerzos. Pero no me bastaban las riquezas que he acumulado, no me bastaba la rehabilitacion del buen nombre de mi padre, necesitaba una escena como esta, y no he perdonado medio de proporcionarme tan sabroso placer. No espere V. de mí compasion ni gracia: el hijo ha jurado solemnemente vengar á su padre.

—¡Y mi pobre esposa! esclamaba el anciano sollozando: ¡y mi pobre hija, mi Cecilia!

—¿Y se apiadó V. de mi angustiada madre, de mí, desvalida criatura?

—Moriré, moriré de vergüenza, decia el anciano, porque no podré soportar tamaña humillacion.

—Lo mismo dijo mi padre, y V. le contestó que los bribones y los cobardes no sabian morir.

Mientras el comerciante sufria las angustias de aquella agonía moral que Antunez se complacia en prolongar, abrióse suavemente la puerta del gabinete, y apareció una jóven, que ignoraba sin duda la crítica situacion de su padre; habia abierto la puerta con precaucion, é iba á acercarse de puntillas y con cara de risa para tapar los ojos á su padre y hacerle adivinar quien le sorprendia. Pero avergonzada de encontrar un desconocido, miró á Cárlos, y figurándose que el jóven habria adivinado su intencion, se sonrió al pronto, y en seguida el mas vivo carmin cubrió sus tersas y delicadas facciones. Natural era que se retirase tan discretamente como habia entrado; pero bien sea sorpresa, bien temor de que su padre la reprendiese si la veia, se detuvo un instante inmóvil y confusa, y poniéndose un dedo en la boca para encomendar el silencio, desapareció con furtivo paso.

Fue una aparicion celeste, un ángel de ojos azules y rubias trenzas, que apaciguó la borrasca que rugia en el pecho del jóven, que refrescó su sangre y despertó en su corazon deseos nuevos y nuevos pensamientos en su cabeza; apagóse el odio, desapareció la sed de venganza, y cuando quiso continuar sus amargas invectivas, no encontró palabras ofensivas, frases injuriosas; con los ojos fijos en la puerta esperaba que se reprodujese la vision que tan dulces sensaciones le habia hecho esperimentar. Pasóse Antunez la mano por la frente como para borrar sus arrugas; y se sentó otra vez. Sus desencajadas facciones habian recobrado su estado normal, ya no se pintaba el desden en su boca, y sus miradas mas pacíficas se fijaron por fin en el acongojado Don Pascual.

—Créame V. jóven, se atrevió á decir el anciano sin sospechar en el poderoso ausiliar que la casualidad le habia deparado, el odio y la venganza son malas pasiones; pasiones que pegan mal en un alma de veinte años. No he esperado en verdad á ser desgraciado para arrepentirme de la conducta que tan amargamente se me acaba de echar en cara: ¿cree V. que su padre no me ha perdonado? ¿cree V. que se ha presentado al juicio de Dios escoltado de las bajas pasiones humanas? No; si posible fuese oir su voz, le aconsejaria á V. que no imitase mis procederes. Fui injusto, inhumano, pero entonces no era yo padre; entonces no sabia qué inefable ternura nos liga á nuestros hijos. Hoy lo sé, amigo, y veo en sus manos de V. el honor de mi Cecilia. ¡Ah! por piedad...

—Señor Don Pascual, dijo Cárlos levan-

tándose y saludando; no le faltarán á V. amigos que...

Y avergonzado de sí mismo, poseido de una conmocion repentina y nueva, no sabiendo ni lo que queria decir ni lo que queria ocultar, se dirigió á la puerta, y asiendo el picaporte que la hija del comerciante levantára pocos minutos antes, desapareció.

Don Pascual, anonadado por una escena tan violenta y dolorosa, pasó á la estancia de su esposa y se dejó caer en una butaca.

—¡Estamos perdidos! esclamó, estamos perdidos. Con usura me castiga Dios por mi pasada dureza. No solo estamos arruinados, no solo debemos mas de lo que tenemos, sino que el que ha de decidir nuestra suerte es el hijo de aquel Antunez que diez y seis años hace..... te acuerdas? Acaba de salir de aqui y me ha amenazado, me ha injuriado atrozmente. ¡Cuánto he padecido! Y sin embargo, no sé por qué prodigio ese jóven se ha apaciguado de repente, su cólera ha desaparecido no sé cómo. Le he visto confuso, aturdido, y despues de haberme llenado de injurias se ha despedido con respetuosa cortesia.

Miró la esposa de D. Pascual á Cecilia, quien sin duda la habia referido su inadvertida visita, y arrojándose en los brazos de su marido dijo:

—No hay que desesperar todavia; todo se arreglará, porque, mucho me engaño ó Cecilia ha encontrado esposo.

Y en efecto asi fue, porque D. Pascual satisfizo los vencimientos, sus negocios se han mejorado notablemente, y el D. Carlos Antunez está ocupadísimo en comprar las vistas de novia.

D. C.

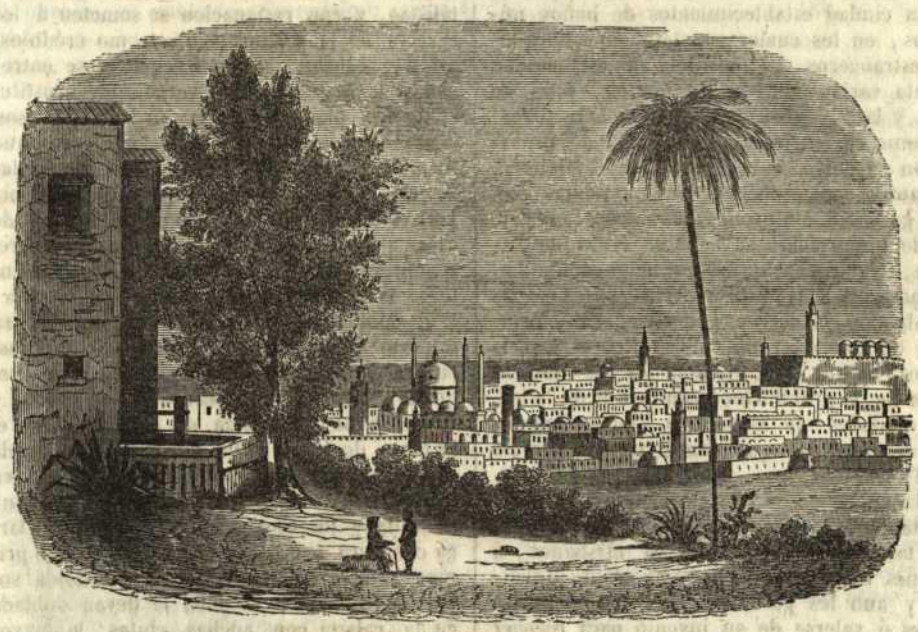
TUNEZ.



Esta ciudad situada en la costa septentrional de Berberia, es la capital del reyno de su nombre, y de no pequeña importancia por su comercio y poblacion, y por ser la residencia del Bey, que habita el hermoso palacio de Bardo, situado en una dilatada llanura inmediata á la ciudad. Segun Estrabon y otros historiadores romanos era esta ciudad coetanea de Cartago, á 4 leguas S. O. del sitio que ocupa; y los únicos vestigios que de ella existen, son algunas cisternas y cloacas bien conservadas. En 1270, S. Luis Rey de Francia la sitió, pero fue tan desgraciado en esta espedicion, que murió de la peste, y su sepulcro segun tradicion del pais fue colocado sobre el cabo de Cartago. Conquistola Barbarroja en 1534, sometiéndola al imperio otomano; pero tres años despues el Emperador Cárlos V equipó una flota formidable, y desembarcando en Puerto-Farina se dirigió en seguida á sitiar el fuerte de la Goleta, donde Barbarroja se habia encerrado,

lo tomó por asalto, y se apoderó de Túnez: posteriormente volvió á pasar á poder de los turcos.

Tiene esta ciudad la figura de un paralelógramo, y está circuida de un muro muy sólido, defendiéndola ademas el gran fuerte de la Goleta citado que está edificado sobre una altura. Ciérranse las puertas de la ciudad y no se abren hasta salido el sol; á excepcion de los viernes que se cierran á las diez de la mañana; en uno de estos dias y á la indicada hora deben apoderarse los cristianos de ella, las calles son estrechas, tortuosas y sucias; y por falta de empedrado, se cubren de lodo en el invierno. Hay varias plazas, pero todas de figura irregular.



Túnez.

Las casas estan blanqueadas esteriormente, y por su colocacion, en escalones, sobre la pendiente del terreno, presentan desde muy lejos un glope de vista muy pintoresco. Los materiales que se emplean comunmente en su construccion son la piedra y ladrillos: por lo general no tienen mas que un piso, cuyo techo está dispuesto en forma de terrado, y están tan inmediatos, que se puede pasar sin peligro de un terrado á otro. Aunque en lo esterior presentan una deformidad monotona, en lo interior reunen la comodidad y el gusto en su construccion, no menos que en sus adornos y muebles, especialmente las casas de los ricos. Todas se levantan sobre un plano cuadrado, en cuyo centro hay un patio, bajo la misma forma, rodeado de un pórtico sostenido por pilares ó columnas; al rededor de este claustro estan distribuidas las habitaciones, y sobre el mismo corre una galeria completa, á la cual salen otras habitaciones al plomo de las primeras. Las mugeres tienen habitaciones separadas de las de los hombres, en donde permanecen retiradas cuando visita la casa algun forastero. En la mayor parte de las casas hay grandes cisternas, en las que se reunen las aguas llovedizas que caen en los terrados y en los patios, y sirven generalmente para el uso doméstico, porque las de los pozos son salobres, y las potables son raras, y aun sus manantiales pasan muy lejos de la ciudad. Contiene ésta muchos y buenos edificios, contándose entre los principales las mezquitas, con minaretes muy vistosos por su soltura y elegancia. El inte-

rior de esta clase de edificios consiste en un gran salon cuadrado y obscuro, sin ninguna especie de adornos; sin embargo, hay algunas decoradas con hermosas colunas de mármol, estraidas de las antiguas ruinas. La entrada á estos templos está prohibida á los judios y á los cristianos, pero en cuanto á estos pueden entrar alguna vez mediante dar cierta gratificacion al que está encargado de su custodia. Hay en varios puntos de la ciudad establecimientos de baños públicos, en los cuales son tambien admitidos los estrangeros. La industria de esta ciudad cuenta varias fábricas de lienzos, telas de seda y lana, cinturones y gorros á la turca. El comercio es muy activo, y el de esportacion especula en aceite, trigo, dátiles, guisantes, sen, cueros, lana, esponjas, cera, gorros y cinturones para los orientales. El de importacion se hace en lanas de España, paños, palo campeche, cochinilla, kermes, especias, azúcar, café, papel, telas de algodon, sederias, gomas, agallas, planchas de hierro, y de cobre, licores espirituosos, á que son apasionados los moros á pesar de la prohibicion terminante de la ley. Las ciudades de Marsella y Liorna son los grandes depósitos que alimentan el comercio de Túnez.

La poblacion de Túnez asciende á 150 000 habitantes, de los cuales 50.000 son judios, hay tambien algunos esclavos cristianos, á quienes tratan sus amos con bastante dulzura, y aun les permiten egercer sus profesiones ó valerse de su ingenio para recoger algun dinero, con que comprar su libertad. Las lenguas que estan mas en uso en esta ciudad, son el turco, el árabe y el franco; las órdenes y tratados del gobierno se escriben en lengua turca, sin embargo de que está menos generalizada, y para el comun trato se habla ordinariamente el árabe. Reyna en cuanto á las religiones la tolerancia mas absoluta, con tal de que no se altere el órden público, y de que no se comprometa el nombre de Mahoma. Los clérigos católicos son respetados, y visten publicamente el hábito que les distingue.

El territorio de Túnez produce en abundancia trigo, aceituna, legumbres y escelentes frutas; cubren la campiña numerosos ganados; el lago y el golfo son muy abundantes en pesca, y la ciudad está bien abastecida de todos los artículos necesarios á la vida. El aire viciado por las emanaciones que se desprenden de las orillas del lago y de las cloacas, no es muy sano; pero la multitud de plantas aromáticas que crecen espontáneas en sus contornos atemperan la atmósfera.

Los habitantes de Túnez son muy ignorantes, como los demas berberiscos: los mas instruidos saben tan solo leer, contar y escribir, y no desean avanzar mas en conocimientos: el calor del clima naturalmente les condena á la inaccion é indolencia, son fatalistas, y con resignacion se someten á los reveses de la fortuna; en estremo crédulos, avaros, celosos, y con frecuencia se entregan á la mas infame y vergonzosa prostitucion: los placeres de la sociedad les son desconocidos, puesto que las mugeres, que forman el mas dulce lazo, son separadas de ella, condenándolas á perpetua y denigrativa servidumbre; salen con dificultad de casa, y llevan tapado el rostro cuando se presentan en público; reducidas esclusivamente á la administracion interior de la casa, y al cuidado de los hijos, el círculo de su imperio queda limitado á estos dos puntos: en los asuntos públicos no tienen la mas pequeña influencia: educadas en el retiro y sumision por la fuerza de la opinion y el imperio de la ley, no imaginan que pueda existir un estado preferible al suyo; son en general muy hermosas, tienen la tez muy delicada y los ojos muy espresivos; su larga cabellera negra, trenzada con mucho primor, ó bien cae naturalmente estendida sobre sus hombros, ó bien la llevan doblada en la cabeza con anchas cintas: la mayor parte tiñen la estremidad de las manos y pies con hojas de henne pulverizadas; y todas se pintan las cejas y párpados con mina de plomo, llevan brazaletes y pendientes de oro, plata ó cobre: son muy limpias; báñanse con mucha frecuencia, perfumándose despues con esencias, y queman en sus habitaciones madera de aloe. El calor del clima desarrolla precozmente las falcultades físicas del bello secso; de suerte que con frecuencia se ven madres á la edad de 11 años, criando sus hijos, que son tan blancos como los europeos, pero á medida que se esponen mas ó menos a la accion del sol adquieren el color atezado.

La raza mora es muy variada, por efecto de la continua union de las moras con turcos y cristianos renegados de todos los paises; los hombres son flacos; vese representado en su rostro la fiereza de su caracter; su estatura ordinaria es de 5 pies 3 ó

4 pulgadas, encontrándose muy pocos débiles ni contrahechos: cuando llevan una vida arreglada, viven tanto tiempo como los habitantes de climas templados: dejan crecer su barba, y se afeitan el pelo de la cabeza, bien que algunos solo llevan vigotes: las personas de alguna distincion llevan la barba larga, y se les corta cuando quiere degradárseles por alguna accion fea. Hasta la pubertad no se corta el pelo á los niños. El pueblo, en estremo supersticioso, tiene mucho respeto á los santones, que son una especie de locos y vagamundos que viven á espensas de la caridad pública, y los consideran como santos é inspirados, porque cometen toda suerte de estravagancias: hay algunos de ellos que se meten clavos en la cabeza y se pegan golpes violentos sin manifestar dolor alguno; otros corren desnudos por medio de las calles, manifestando públicamente sus necios estravios.

D. G. U.

EL PRINCIPE POR UN DIA.



Felipe llamado el Bueno, Duque de Borgoña, Conde de Flandes, soberano de la mayor parte de los Paises Bajos meridionales, habiendo ademas llegado á ser, por abdicacion de la Jacquelina de Baviera, Conde de Holanda, de Zelanda y Frisia, pasó á sus nuevos estados á recibir el juramento de fidelidad de sus súbditos. Acompañóle en este viaje su jóven esposa Isabel de Portugal, en cuyo honor hizo celebrar festejos en el palacio de la corte de Holanda, en el Haya.

Durante estas fiestas, que tanto regocijaron el barrio hoy llamado en el Haya el Binnenhof, ocurrió una aventura que algunos cronistas dicen sucedió en Brugas, y otros en Dijon; pero ni unos ni otros tienen razon en tal aserto, pues que el héroe de la aventura fue un borracho cuya conducta escandalizaba á los habitantes, lo que va de conformidad con las costumbres arregladas de los de el Haya en aquella época; pero no asi con las de los moradores de Dijon y Brugas, en cuyas dos ciudades era tan frecuente la embriaguez, que nadie hacia alto en ello.

I.

En la calle llamada Korte-Poote, esquina á la denominada Lange-Poote, ó de los pies grandes, habia una modesta tienda ocupada por un jóven, zapatero de viejo. Este artesano, de nombre Willem, trabajaba con esmero y prontitud, tanto que ganaba agradablemente su vida, y la de su madre, de quien era único apoyo. A pesar de tener ya treinta años, aun no estaba casado, pues las jóvenes que le conocian de ningun modo deseaban por marido á un hombre que habia contraido un vicio detestable. Willem no dejaba pasar fiesta alguna sin celebrarla con el jarro en la mano. Su madre despues de inútiles aunque infinitas reprimendas, tuvo que desentenderse y tolerar por fuerza lo que sus reiteradas amonestaciones no podian remediar; bien es verdad que su hijo

trataba de indemnizarla de este disgusto, redoblando sus cuidados, trabajo y ternura filial.

Todo el tiempo que duraron las fiestas de Felipe el Bueno, Willem, á quien todos los príncipes del orbe eran caros, se imaginó deber tomar parte en la alegria de la córte allá á su manera, y provisto de algunos florines que habia ocultado á su madre, se marchó á gastarlos á la taberna.

Felipe el Bueno, dotado de un carácter quizás algo demasiadamente absoluto, pero siendo hombre de buena imaginacion, tenia la costumbre de salir algunas noches á la calle sin numeroso acompañamiento, disfrazado de particular, con objeto de juzgar por sí mismo del estado y policia de sus pueblos, y de gozar al propio tiempo del placer de verse por un momento fuera del dominio de la etiqueta, y libre como un hombre, despues de haber pasado el dia esclavo como un príncipe; del mismo modo que han obrado el famoso Califa Haroun-el-Reschid, Pedro el Cruel, Cárlos el Sábio en Francia, y el Emperador Cárlos V.

La misma noche en que dejamos á Willem camino de la taberna, despues que el klaperman ó sereno hubo anunciado la hora de las doce, aprovechando Felipe el Bueno un delicioso claro de luna, salió de Binnenhof por una pequeña puerta abastionada, hoy llamada la puerta Maurice, y atravesando el parque del palacio, volvió sobre la izquierda, subió al Tournooiveld ó campo de los torneos, y entró en el paseo arbolado del Voorhout.

Iban acompañándole solo tres oficiales, á saber: Jacot de Roussay, Hue de Lannoy, y Juan de Berghe.

El fresco de la noche ya empezaba á hacerles doblar el paso, cuando al pie de un árbol vieron un hombre tendido y sin movimiento.

—No es posible, dijo el Duque, que un hombre esté durmiendo ahí con el frio que hace. Quién sabe; quizás esté asesinado.

—En el Haya no se cometen asesinatos, respondió Juan Berghe.

Habiéndose acercado Felipe, removió al hombre con el pie, sin que diese señal de vida; le llamó, y tampoco obtuvo respuesta.

—Vean W. si está muerto, dijo el príncipe.

Inclinándose Hue de Lannoy, reconoció estaba vivo, y no descubrió herida ni contusion alguna.

—Es un borracho, dijo entonces Jacot de Roussay.

La luna en todo su lleno lanzaba sus rayos sobre la cara del yacido durmiente.

Juan de Berghe le miró un instante, y esclamó: —Vive el leon de Holanda! Monseñor, que este pecador que aqui yace no es otro sino el alegre Willem, y preciso es sin duda que hoy haya bebido copiosamente á la salud de V. A.

El Duque satisfecho de no haber encontrado un crímen que castigar, y no menos contento de oir lo que le decian acerca del carácter alegre de Willem, concibió de repente una idea loca.

—Nos da lástima despertar á este hombre, dijo, y pues que es hombre á quien le gusta solazarse, queremos que mañana disfrute de una fiesta que no podia esperarse. Al mismo tiempo nos divertirá, y contribuirá de un modo nuevo á la celebracion de los festejos en honor de nuestra real consorte. Señores, llevemos este hombre á palacio, y mañana tendremos un dia de regocijo completo.

Juan de Berghe y Hue de Lannoy cargaron á Willem sobre la vigorosa espalda de Jacot de Roussay, quien le llevó al palacio de los Condes de Holanda, sin que en todo el camino se dispertase. Al llegar allí le quitaron su viejo trage, le lavaron con agua de olor, le pusieron una camisa fina de Harlem, y en la cabeza un elegante gorro de seda. En seguida le acostaron en el lecho mismo del Duque, y este y sus oficiales se retiraron á descansar, bien seguros de que Willem, á juzgar por sus ronquidos, no se despertaria antes de la siguiente mañana.

Isabel de Portugal, rodeada de las damas de su servidumbre, estaba esperando al Duque cuando este llegó á su aposento. Aunque naturalmente séria y de porte grave, no pudo menos de sonreirse de antemano con la esperanza del curioso espectáculo que el despertar del alegre zapatero debia ofrecerles.

II.

Al amanecer del dia siguiente, el príncipe y su esposa vestidos muy simplemente se confundieron á propósito entre la brillante y numerosa córte, que se trasladó al vasto salon colgado de seda y oro donde Willem estaba acostado.

El Mariscal de Borgoña, en trage de ce-

remonia se acercó al suntuoso lecho, y tocando á Willem en el hombro:

—Monseñor, le dijo, ya es hora de que V. A. se levante.

Como no respondiese, un paje le tomó una mano, y le tocó ligeramente en ella para despertarle.

Willem entreabrió los ojos, despues se los restregó como para disipar una vision repentina, en seguida los abrió del todo, miró al derredor suyo con un aire espantado; y persuadido sin duda de estar poseido de sueños agradables, se volvió del otro lado para dormirse de nuevo con la sonrisa en los lábios.

Sacudiéndole de nuevo, se volvió á despertar, y de nuevo el Mariscal de Borgoña acercándose le dijo:

—Monseñor...

—¿Eh? respondió Willem agitado; V. ha dicho Monseñor. ¿Con quien habla V.? ¿Hay aquí algun príncipe?

Aun volvió á frotarse los ojos y á dirigir una mirada de confusion en torno suyo; y sorprendido de cuanto veia se dijo á sí mismo:

—Si esto es un sueño, á fe mia que es un sueño delicioso.

Y como se incorporase en la cama: —Monseñor, dijo muy gravemente el Mariscal, esta es la hora en que V A. acostumbra levantarse.

—¡Monseñor! repitió Willem hablándose á sí mismo. ¡Monseñor! ¿dónde estoy?

Y sin esperar repuesta, se puso á tentar las ricas colgaduras de su cama, la magnífica colcha que la cubria, las delicadas sábanas en que estaba acostado, y la finísima camisa que tenia puesta. Quitóse el gorro de seda cuya elegancia le consternó, y admirado se olió las manos que le habian sido lavadas con aguas y jabones de un perfume delicioso.

—¿Dónde estoy? esclamó, ¿qué quiere decir todo esto?

El Mariscal de Borgoña, volviendo á la carga, esclamó:

—Sin duda debe estar agitado el ánimo de V. A. por algun sueño desagradable cuando no nos reconoce. Yo soy el Mariscal de Borgoña.

—Y yo, Monseñor, vuestro Canciller, dijo avanzándose otro.

—Y yo, Monseñor, soy vuestro Copero mayor.

—Y yo, soy vuestro Mayordomo, Monseñor.

—Y yo, vuestro Repostero mayor.

—Nosotros somos los pajes de V. A. prosiguieron varias voces atipladas.

—Yo, Monseñor, vuestro Gefe del guarda-ropa.

—Y yo el Intendente de vuestro palacio del Haya.

Todos estos sujetos iban desfilando ante el lecho de Willem á medida que respetuosamente le manifestaban sus respectivos empleos.

—Una bella camarista de la princesa se presentó entonces, y acercándose le dijo:—¿Y á mí no me reconoceis, Monseñor? ¿no reconoceis en mi á la augusta esposa de V. A.?

—¡Ah! ¿V. es mi esposa? esclamó vivamente el zapatero, saliendo por un súbito esfuerzo de su estado de estupefaccion y asombro, y continuó:—Yo no sabia que estaba casado, mas ahora que veo á V. no me arrepiento.

Todos los circunstantes se miraron mostrándose complacidos de la galanteria de Willem, pero este perdia la cabeza en medio de tan rápidas emociones, y no podia persuadirse de ser en realidad lo que los otros querian hacerle creer que era.

Por mas que les afirmaba que su nombre y oficio eran Willem el zapatero, no cesaban de responderle no dijese tal cosa porque con ellos afligia á sus leales servidores; y le protestaron tan unánime y sériamente que él era Conde de Holanda, Duque de Borgoña, que el pobre jóven perdiendo sus ideas, pensó al fin que tal vez su antiguo oficio pudiera muy bien ser solo una quimera.

—En suma, esclamó, tanto monta ser príncipe como zapatero. ¿Con qué VV. están seguros de que yo no me llamo Willem?

—¡Vaya, Monseñor trata de afligirnos! dijo la camarista.

—¿Así VV. son de opinion de que yo no soy otro sino el muy glorioso y muy noble Felipe, Duque de Lothier y de Borgoña, Conde de Holanda y de Zelanda, de Flandes y de Hainault, Señor de Frisia? Bueno, dijo, bueno si en esto no hay sus puntas de brujeria.

—Monseñor sabe muy bien quién es, sino que hoy quiere chancearse, dijo con una alegria respetuosa el Mariscal de Borgoña.

—Razon tiene V. en cuanto dice, replicó Willem con aire abatido. Yo pecador de mí sí que soy un bestia; pero el espíritu hu-

mano es muy débil, continuó diciendo: ciertamente deberé yo ser el Duque de Borgoña puesto que VV. lo dicen, pero ¿es posible que este palacio sea mio?

—Monseñor duda de ello?

—¿Y esta cama tambien? A fé mia que es escelente. Jamás he dormido mejor que en ella. Y esta dama tan jóven como bella, VV. afirman ser mi esposa? Mucho me place tan halagüeña seguridad.

Los circunstantes contuvieron la risa, y la camarista que representaba el papel de Duquesa, dijo entonces: — Retirémonos para que S. A. se vista. Las damas se salieron del aposento.

—¿Qué gregüescos quiere ponerse hoy Monseñor? preguntó con reverente tono y acercándose el Gefe del guarda-ropa.

—¡Qué gregüescos! parece que hay donde escoger. No lo hubiera yo creido. Dadme unos cualquiera, con tal que no tengan agujeros.

—Monseñor está hoy de broma. Ninguno de los gregüescos de V. A. está en estado de deterioro. ¿Quiere permitirme Monseñor le traiga los de terciopelo verde bordados de oro?

—Vengan enhorabuena, dijo el zapatero.

—¿Traeré tambien las botas de marroquí amarillo?

—Como V. guste.

—¿Y tambien la faja color morado y plata?

—Escelente.

—¿La toca negra con levadizos de púrpura?

—Como V. quiera.

—¿Y para ir á misa el manto de armiño?

—Me parece bien.

Cuatro pages fueron trayendo las piezas enumeradas, de las que se disponian á revestir á Willem, cuando este les dijo:—Calla! está bueno! ¿qué creen VV. no tengo fuerzas para vestirme yo mismo?

—Bien, Monseñor; pero no es la costumbre de V. A., respondió el Gefe del guarda-ropa.

Por mas que el improvisado Conde de Holanda se opuso á ello, tuvo que dejarse vestir por los pajes. Ya vestido, se acercó con sorpresa de todos á un espejo, donde se miró y ajustó el traje de un modo que anunciaba cierto buen gusto natural. Por fin pareció haber formado un ánimo resuelto, y empezó á pedir los objetos que necesitaba, si bien lo hacia con un tono de humilde benevolencia.

La comitiva le acompañó al comedor donde estaba servido un almuerzo delicado. Tanto se dejó seducir de los platos apetitosos y de los vasos de escogidos vinos que le presentaron, que se decidió á no retroceder ante las consecuencias que pudiera traer consigo el título de Conde de Holanda.

Despues del desayuno, Willem manifestó deseos de salir en público; ignórase cual seria el objeto; pero le representaron no poder realizarse su intencion por ser hora de ir á misa, á la que asistió con mucho recogimiento y devocion; pues á pesar de sus faltas siempre habia conservado sentimientos de religion y piedad.

Concluida la misa, le condujeron con ceremonia al salon del trono, donde debia presidir el Tribunal de justicia y dar sus fallos.

III.

Imposible seria hallar lances cómicos mas divertidos que los detalles fielmente relatados de todo lo ocurrido durante aquel dia; pero no habiendo sido espectadores de ellos, tenemos que contentarnos con decir únicamente aquello que nos ha sido trasmitido por documentos contemporáneos.

Luego que Willem se hubo sentado en el trono, empezó la lectura de las causas, y se presentaron los litigantes. Las circunstancias de estos burlescos procesos son de suyo tan triviales, y los documentos que tenemos á la vista están tan alterados por el tiempo, que no nos atrevemos á citarlos aquí.

El zapatero príncipe falló muchos procesos con tanto acierto, que asombró á Felipe el Bueno y á sus cortesanos. Hízose entrar entonces á un tabernero de la calle de Scheveningue, el cual reclamaba una suma de 11 florines que alegó deberle un zapatero gran borracho llamado Willem.

—Hablad con mas decoro ante la justicia, y no useis epitetos injuriosos contra nadie, le dijo Willem; y prosiguió: Yo conozco á ese mozo, y si no paga será porque no puede; pero le estimo particularmente, y quiero probárselo. ¡Hola! ¿no está ahí mi tesorero?

—Monseñor, aqui estoy, respondió adelantándose un anciano bien vestido.

—Bien, prosiguió el improvisado príncipe; tenga V. la bondad de pagar á este hombre los 11 florines que reclama, y no olvide

recoger el recibo. A propósito; de paso envie V. á mi amigo Willem, calle de Korte Poote, 200 florines de los nuevos.

—V. A. se chancea llamando su amigo á un zapatero, dijo el Canciller.

—Yo sé lo que me digo, replicó Willem, y es ademas mi voluntad se le envien al mismo tiempo 25 botellas de aquel delicioso vino blanco que me sirvieron al almuerzo, y no se olviden de hacer que su madre firme los recibos del vino y del dinero; y vámonos de aqui, que ya es hora de comer, dijo poniéndose en pie.

Le hicieron saber entonces que hasta las doce no se servia nunca la comida, y le trajeron á firmar varios decretos. El pobre Willem, con la mejor voluntad de hacerlo, no pudo firmarlos porque no sabia.

—¿Qué quiere V.? le preguntó al Canciller.

—Que V. A. firme.

—Ya, ¿con que yo firme? Ah, es justo... pero ahora no puedo, porque me ha dado justamente un calambre en la mano.. En suma, si urje firme V. por mí, ó dejémoslo para otro dia; de todos modos quisiera se me leyesen antes esos documentos: un príncipe, si no me engaño, no debe estar mas esento que otro cualquiera de saber lo que firma.

Empezóse la lectura por una porcion de decretos concediendo varias pensiones á gente pobre.

—Añadid á esa lista una renta de 1000 florines en favor del amigo Willem.

—Vamos, no pide mucho, dijo para sí Felipe el Bueno; se la concedo.

Antes de pasar al comedor preguntó Willem si se habian pagado los 11 florines, y no se sentó á la mesa hasta que le presentaron el recibo.

—¿Y los 200 florines y las 25 botellas para el bueno de Willem, se entregaron ya? ¿Donde está el recibo?

—Aqui está, dijo el Canciller, aqui está firmado de su madre, pues parece que él no sabe firmar.

Willem se puso colorado al tomar el recibo: mas no tardó en volver sobre sí, y en atacar resueltamente los sabrosos manjares que mas agradaron á su vista y olfato. No poco contribuia á animar su apetito el contento de hallar á su lado á Godeliva, la jóven camarista que hacia de princesa, con la que usó de mil galanterias, si bien, sea efecto de la confusion de sus ideas, ó del respeto que le infundian el traje y adornos de la supuesta princesa, no se atrevió ni aun á tomarla la mano.

Despues de la comida hubo un brillante baile, donde Willem quedó estasiado del lujo y grandeza que allí se desplegó, de la música y perfumes que deleitaban los sentidos; pero sobre todo manifestó un particular placer en obsequiar á Godeliva, mostrando en esto tanto celo y empeño, que ella dió señales de quedar sorprendida.

A las siete sirvieron una cena escogida, y mejores vinos que en las dos anteriores comidas, en las que no le dejaron beber tanto. Felipe el Bueno dió instrucciones secretas al Maestre-sala para que de todo intento se reservasen para la cena los vinos mas esquisitos, y se le ofreciese de beber copiosamente. El resultado fue que poco á poco fue emborrachándose Willem hasta quedarse completamente dormido. El Duque, que no deseaba otra cosa, mandó se le vistiese con su pobre trage diario, y se le llevase al sitio donde fue encontrado la noche anterior. Isabel de Portugal, movida de compasion, consiguió que en vez de esto fuese llevado á casa de su madre, y dejado en cama. Despues de revestido con su propio trage, Jacot de Roussay y Juan de Berghe, disfrazados de artesanos, cargaron con él, y llevándolo á su casa hicieron se levantase su anciana madre.

—Aqui traemos á V. su hijo, le dijeron; le hemos encontrado tendido al pie de un árbol en el Voorhout. Y despues de dejarle sobre un ruin y miserable catre se retiraron.

—Gracias, señores, dijo la anciana, gracias por su bondad: el pobre muchacho se habrá sin duda solazado mas de lo regular: desde anteayer que está ausente, y ya me tenia con mucho cuidado. Gracias, señores.

IV.

¡Cuán consternado quedó Willem al despertarse la mañana siguiente! Se frotó una y mil veces los ojos; buscó sus trages de seda y oro; llamó al copero mayor, al gefe del guarda-ropa, á sus pajes; todo en vano: miró al techo, las paredes, el suelo, y en vez de las costosas tapicerías del palacio, solo descubrió botas y zapatos viejos, colgados profusa y confusamente entre los útiles de su oficio: por fin, despues de largo

tiempo calmó la inquietud de su madre, que creia estaba loco, diciéndola habia tenido un sueño muy placentero é ilusorio.

Mucho trabajo le costó el persuadirse de la triste realidad de su estado, y gimió interiormente al pensar en las dulzuras de que tan corto goce habia tenido, faltándole poco para llorar al recuerdo de lo que habia visto. Por último se animó á saltar de la cama. Apenas lo sintieron los vecinos empezaron á traerle obra.

—Ea, dijo él entonces, ¡que tonteria la de mi imaginacion! no hay duda, yo soy Willem. Y al abrazar á su madre la dijo: —Perdone usted, madre, si ha un rato me está V. oyendo desatinar; porque la culpa no es mia, sino de un sueño que he tenido, y que me ha hecho una impresion muy fuerte.

—No obstante, hijo mio, ¿dónde has pasado el dia de ayer?

—No lo sé, á decir verdad; pero... Y ya iba á contar á su madre aquello que él se imaginaba ser sueño, cuando percibió en un ricon las 25 botellas, que le trajeron á la memoria su vida de príncipe.

—¿De dónde han venido estas botellas? preguntó agitado.

—¡Y es verdad! mira, estaba tan trastornada con este disparate, que me olvidé de contarte una inesperada aventura. Figúrate que esas 25 botellas de escelente vino de palacio nos han sido enviadas de S. A. el Conde de Holanda, que Dios guarde, con un recibo del tabernero de la calle de Scheveningue.. pero asómbrate; con las botellas ha enviado S. A. 200 florines nuevecitos. Dí, ¿has trabajado quizás para Monseñor?

Villem estaba pálido, sin saber lo que le pasaba.

—Pues señor, no lo comprendo, esclamó; yo soy, y no soy Willem; soy el príncipe, y soy igualmente un zapatero. Yo me confundo... me pierdo. A ver, probemos este vino, dijo, y sin reparar en que sus palabras y agitacion alarmaban de nuevo á su madre, se bebió un largo trago.

—¡El mismo de ayer! prosiguió. No tema V., madre, que aun no he perdido la cabeza: V. me preguntaba ha poco qué fue de mí ayer: yo creo estuve encantado, y que algun hechicero se apoderó de mí; porque yo soy quien ha enviado aqui ese vino. En fin, no importa; ni se ha perdido nada, pues ahi nos quedan los 200 florines nuevos y las botellas.

Al cabo de un mes de este suceso se maravilló de no oir hablar de su pension de 1000 florines. Por entonces se supo estar próxima á regresar al Haya la Corte, de vuelta de una escursion á las ciudades de Frisia y del Norte-Holanda. Willem acudió á ver la entrada, y descubriendo entre los personages de la comitiva muchos que le pareció conocer, volvió á caer en su confusion anterior. El Domingo siguiente, á la hora de salir de misa, se colocó á la puerta de la capilla de palacio, y alli se encontró cara á cara con Godeliva, y se turbó al verla, pareciéndole que ella se habia puesto colorada. El no se atrevió á hablarla, y se contentó con seguir á su presunta esposa hasta la escalera de la morada ducal, donde entró ella despues de volverse á mirarle.

Mil ideas inconexas le asaltaron en aquel momento.

—No, lo que me ha pasado, dijo, no ha sido una quimera fraguada en mi imaginacion; pero lo que no admite duda es que algun encantador poderoso me tiene cogido entre sus uñas.

V.

Bien fuese que Godeliva habló de este encuentro á su ama, ó bien que alguno de los oficiales del príncipe hubiera notado el aturdimiento embarazoso en que Willem vivia, é hiciera mencion de ello al Duque, es el caso que este señor, que tanto logró divertirse á espensas de aquel, acordándose de haber consentido en concederle una pequeña pension, le hizo llamar á su presencia. No costó mucho trabajo el encontrarle, pues estaba apoyado contra un pilar de la escalera, en el mismo sitio en que media hora antes habia perdido de vista á la señora de sus pensamientos.

El contento parecia brillar en la frente y miradas del Duque al considerar iba á ver de nuevo al que tanto acertó á solazarle, mientras con tan rara perfeccion desempeñó su propio papel. Primeramente mandó le hiciesen atravesar todos los salones en donde habia hecho de príncipe. Willem los iba reconociendo á medida que pasaba por ellos, y mostraba tal espanto, que regocijó á Felipe el Bueno casi tanto como la vez anterior.

Durante esto, habian hecho que Godeliva se vistiese nuevamente de princesa. Asi que la vió Willem, esclamó:

—¡Ah, si aun quereis separarme otra vez de ella, por qué traérmela ahora!

Esta declaracion tan cándida como delicada pareció causar impresion en el pecho de la bella Godeliva. Es verdad que Willem era jóven, de buena presencia y de facciones agradables.

Entre tanto que pensativo ya empezaba á darse razon á sí propio de lo que hasta entonces tuvo por un encanto, y que ya creia que todo pudiera muy bien haber sido una broma de su soberano, Felipe, que le estaba observando, le dijo riéndose:

—¿No te gustaria mas estar en nuestro palacio que bajo el *árbol de Voorhout?*

—¡Ah, Monseñor! replicó balbuciente Willem, quien ya comprendió todo lo ocurrido al oir este recuerdo.

—Ea, bien, añadió el príncipe; suponiendo que quieres quedarte aquí, el gefe del guarda-ropa, aqui presente, te instalará al momento en el empleo de Conserge de nuestro palacio del Haya. Respecto á esta jóven, prosiguió S. A. designando á Godeliva, de ella sola depende el casarse contigo.

—Y como yo sé que ella consiente en este casamiento, interpuso Isabel de Portugal, le señalo 2,000 florines de dote, y espero que V. A. duplicará la pension que ha prometido á Willem.

—Nada puedo rehusaros, señora, respondió el Duque.

Godeliva presentó su mano á Willem, que la tomó temblando de gozo. Quince dias despues se celebró esta boda en la capilla del palacio. Desde entonces Willem se corrigió de su vida desarreglada, y se hizo un hombre de buenas costumbres, sin perder por eso su alegria y buen humor habituales.

Cuando en desempeño de sus funciones tenia que enseñar el palacio del Haya á personas de su rango, nunca dejaba de decir:

—En estos nobles salones fui príncipe un dia entero.

S. P. E.

Estudios de Historia natural.

EL CASTOR.

El instinto estraordinario del castor en su estado de libertad, ha sido en todo tiempo uno de los asuntos mas interesantes en la Historia Natural. Este pacífico é industrioso animal es el único cuadrúpedo que vive en sociedad. Inocente en la tierra, vive solo con vegetales; refugiado al agua no ofende á pez alguno, y unidos á un mismo fin viven en la mayor armonia. Sin razon para discurrir, y sin lenguage para comunicarse, se junta voluntariamente una colonia de doscientos á trescientos individuos, escojen el sitio de su futura poblacion junto á un lago ó rio; si este es profundo levantan malecones para defenderse de las inundaciones, y si tiene poca agua hacen represas para aumentar su fondo si la corriente es mansa, hacen la muralla derecha; y si rápida, en semicírculo con la parte convexa hacia la corriente, tomando las dimensiones mas exactas y proporcionadas á la fuerza que debe resistir. Cada individuo está impelido por el mismo instinto, y trabaja todo cuanto puede, porque entre ellos ningun interés particular prevalece, sino el bien de la comunidad.

No imaginen nuestros lectores que en la descripcion dada aquí, intentamos exagerar, ni producir ideas absurdas sobre la sagacidad del castor, pues todas sus acciones y obras son un mero efecto de instinto mecánico en su libertad. El castor domesticado es un animal muy estúpido, incapaz de aprender cosa alguna, y sin mas inteligencia que el conocimiento de la persona que le alimenta; porque la fuerza de su instinto está amortecida en el individuo, está destinada á la preservacion de la especie, y no pudiendo esta multiplicarse en su esclavitud, su facultad queda sin ejercicio; la actividad del castor consiste y depende solo de la union.

Escogido por comun consentimiento el parage, cuyo fin principal es la seguridad contra el hombre y los brutos, comienzan á preparar los materiales para la construccion de sus obras: el acopio consiste en troncos y ramas de varios tamaños, de fresno, olmo, sauce, moral, &c. Al principio del verano comienza á cortar la madera necesaria para las represas y habitaciones; y preparados los materiales principian á edificar á fines de Agosto, concluyendo á fines de Noviembre. Es increible la perseverancia con que estos inocentes animales trabajan por seis meses para descansar el otro medio año; y tal es la fuerza de sus dientes, que cortan troncos de una cuarta en diámetro. Los árboles que prefieren son los que están junto al agua, mas arriba del lugar marcado para la represa, y los cortan con tanto arte que caen siempre sobre el agua, remolcándolos luego hasta el lugar mas apropiado para hacer uso de ellos. Es

verdaderamente asombroso ver la cantidad de árboles que han sido cortados á ciento ó docientas varas distantes de sus habitaciones, aserrados con mas regularidad que pudieran hacer criaturas humanas, porque estas obran por capricho, pero el castor asi como la abeja y la hormiga siguen las reglas invariables de un impulso instintivo.

Los castores de una comunidad no trabajan todos en una habitacion general, porque seria necesario edificar un cuartel muy grande y superior á sus ideas de arquitectura; y por otra parte, podrian ocasionarse desórdenes entre tantos individuos durante los seis meses de huelga. Cinco ó seis familias se unen para formar su casa, en cuya construccion ningun otro se mezcla; pero en las obras de la república todos toman el mismo interés, asi es, que en la corta del maderaje y fundacion de la represa, cada individuo trabaja con el mayor ahinco. Esta obra tiene la preferencia, sin acordarse ninguno de sus conveniencias privadas, hasta haber atendido á todas las necesidades del bien público. Hacen la represa poniendo los troncos al fondo con las ramas hacia la corriente, y llenados los vacios con piedras, tierra y fango del mismo rio, van poniendo mas hasta la elevacion que ha de tener, reparando constantemente las roturas ocasionadas por las aguas. Una represa bien reparada, particularmente cuando los troncos han arraigado, como sucede algunas veces, tiene bastante solidez.

Concluida esta obra pública principian las habitaciones privadas, trabajando en cada habitacion ocho ó diez individuos solamente. Los troncos de las ramas, cortados en pedazos, sirven para estos edificios, los cuales constan de tres pisos, hechos todos con la solidez y capacidad necesaria para sus fines respectivos; el mas bajo, que se puede llamar la cisterna comun, tiene la puerta debajo del agua y es la única entrada para la habitacion, y los dos superiores sirven de aposentos para los domiciliarios. En el tope de cada castoriana hay una lumbrera abierta que sirve para ventilar y dar luz á toda la fábrica, construida de tal modo que no puede entrar la lluvia, ni quedar obstruida con la nieve ni el yelo, tan abundante y fuerte en el Norte de América. Los palos para edificar las casas están colocados horizontalmente en círculos, y las puntas ó ramas que exceden el diámetro de la pared son aserradas con los dientes, instrumentos fuertes é incorrodibles del castor. Todos los intersticios de estos palos están rellenos de una argamasa hecha de guijos, limo, y otras materias recojidas de las orillas ó madre de los rios. El esterior de las casas no se concluye hasta que principia el tiempo frio; entonces hacen una mezcla para cubrirla, quedando tan endurecida con los yelos, que es necesario un buen pico de hierro para deshacerla, teniendo la pared y bóveda de estas habitaciones el espesor enorme de dos á tres varas.

Las obras del castor no se reducen á la represa comun y casas privadas; pues tambien fabrican parajes de seguridad que les sirven de ciudadelas: estas son unas escavaciones grandes á las orillas de los rios, debajo del nivel de las aguas, á donde se retiran nadando por el fondo cuando la villa es atacada por los hombres. Concluidas todas las obras, cortan en pedazos proporcionados las ramas mas jugosas de los árboles para su mantenimiento durante el invierno, y toda la provision es depositada en el almacen comun de cada rancho, tomando cada individuo su alimento ordinario, sin fraude, avaricia ni desperdicio. Todos estos trabajos y faenas son hechas de noche, y con una actividad increible, y si por algun accidente escacea la provision, recurren á las raices del *nuphar luteum* que crece en el fondo de los lagos, y pueden hallarse en todo tiempo. Si en el curso de la obra sucede que algun castor degenerado se hace nocivo á la comunidad por pereza ó disposicion irritable, no solo es desterrado de la pacífica é industriosa república, mas tambien queda bajo excomunion, resolviéndose cada individuo á no tener mas comunicacion con el anatematizado; y como el miserable proscripto no puede por sí solo procurarse las comodidades de la sociedad, ni hay hembra que se degrade á cohabitar con él, vive vagabundo por el campo, refugiado en un agujero, ó solitario en algun pantano. El lector no tendrá por exageracion este modo de espresarnos, cuando esté informado de que los cazadores encuentran frecuentemente á algunos de estos animales en tales circunstancias. ¿Qué otro motivo podrá hallarse para que uno ú otro individuo de la especie mas sociable viva en un estado tan abatido y repugnante á su instinto natural? Nosotros no podemos concebirlo ni espresarlo de otra manera. El número de pequeñuelos en cada parto es de

dos hasta cinco, y son tan juguetones como los gatillos. El capitan Franklin en su último viaje por tierra á las orillas del mar Artico refiere, que un inglés establecido en la colonia de Hudson Bay, espió un dia cinco castorcillos retozando en el agua, saltando sobre el tronco de un árbol, empujándose uno á otro, y haciendo otras mil morisquetas interesantes. Teniendo la escopeta en la mano, se acercó calladamente por entre las ramas, y al mismo tiempo de hacer la punteria, observó en sus juegos tanta semejanza á los cariños é inocentes diversiones de sus mismos hijos, que volvió la espalda sin querer dispararles.

El castor nada una distancia muy considerable debajo del agua, pero no puede continuar muchos minutos sin salir á respirar, y esta necesidad es la causa de su peligro. La caza de los castores se hace solo en invierno, cuando su piel es mas apreciable, y su carne de buen alimento; descubierto el parage donde habitan, cosa fácil a veces, por la corta de árboles que han hecho, caminan por el yelo á la orilla del rio dando golpes hasta que el sonido hueco les indica que hay allí alguna escavacion de refugio, y entonces abren un agujero en el yelo tan grande como el cuerpo de un animal bien crecido. Hallados de este modo los subterráneos, se emplean unos en demoler las casas, y luego que los castores sienten la invasion, parten aceleradamente al último lugar de su refugio, donde los otros cazadores están esperándolos en el agujero, por donde los van sacando, con la mano si están cerca, ó con un gancho agudo, si retirados, y luego los matan. Sobre sesenta mil pieles de castor se exportan anualmente de la factoria de Hudson; y es lástima que un animal tan apreciable y prolífico se vaya destruyendo tan aprisa hasta llegar quizas á su total esterminio; si los interesados en la compañia de peleteros tuvieran menos deseo de ganancia actual, los intereses de los que componen aquella junta serian mayores despues de algun tiempo. Ya han sido esterminados en los Estados-Unidos hasta lo mas alto del rio Misouri; y lo mismo sucederá en la bahia de Hudson.

E. I R.



EL VIVAC.



Una noche se encontraban reunidos varios oficiales al rededor de una hoguera, despues de un dia cruel, en que el choque con el enemigo habia sido sangriento y encarnizado.

Versó la conversacion sobre varios objetos, unos sobre aventuras galantes, otros sobre lances de juego, cuando el teniente Mauricio, que estaba saboreando el tabaco de su pipa, despues de arrojar una bocanada de humo y de mirar á su alrededor, les dijo á sus compañeros: Muchachos, si ahora se encontrase entre nosotros un zurcidor de novelas, buena ocasion se le presentaba para forjarnos una en que hiciese aparecer á sus héroes en medio de ese campo, que cual espectros se alzasen de entre tanto cadáver como nos rodea.—Bah, bah, replicó otro, no haya miedo que esos pobres diablos nos vengan á importunar con sus recuerdos.—Lo creeis asi?—Si coronel, y estraño que vos, siendo tan valiente, os dejeis dominar de semejantes patrañas.—Teneis razon, dijo el coronel, es verdad que me dominan, pero si yo os contase una

historia, de la cual creyéseis ó no lo que gustaseis, puede tambien que á mi vez os nombrase los actores de ella.—Seriais vos? le replicó otro oficial.—¿Y por qué no, caballerito?... Pero escuchad mi historia; son las nueve, y antes de las diez habré ya concluido.—Que me place, dijo el teniente Mauricio; asi como asi soy aficionadillo á esos cuentos de duendes, que me distraen en estremo; contadle pues, que todos os escucharemos con el mayor placer.—Ea, muchachos, sentarse el que pueda, y chiton.

Sentáronse en efecto en torno de la hoguera, cuando el coronel comenzó su cuento en los siguientes términos. No es cosa de ayer lo que os voy á referir, es ya del año de 178... poco antes de la revolucion; en inteligencia que voy á contarlo tal cual sucedió, sin variar mas que los nombres de los personages.

El conde de Rarus, en estremo aficionado á la caza, supo que querian vender el castillo de San Julian, que hervia en liebres y gazapos: envió á su agente de negocios á tratar con los propietarios, y en pocos dias fueron suyos el castillo y sus dependencias. Pero, qué castillo! El mayordomo le aseguró que hacia mas de cien años que estaba inhabitado, y que él mismo habia tenido que reducirse á la casetilla del portero; sin contar, añadió, que en el pais circulan noticias estraordinarias acerca de este detestable promontorio, cuyas viviendas nadie se atreve á visitar.

El conde se reia á carcajadas de tan singular relato, é hizo llamar para que le acompañase á un jóven de quince años que habia adoptado, y al que miraba como á hijo.

Vos? interrumpió otro oficial en tono medio afirmativo y medio interrogativo?

El coronel miró al jóven, y sin contestarle continuó:

Julio, le dijo, hé aquí, amigo mio, una hermosa ocasion de manifestar tu valor; mañana me acompañarás á un antiguo castillo lleno de fantasmas.

Me alegro, contestó el jóven sonriéndose; ya hace tiempo que deseaba entablar relaciones con los habitantes del otro mundo.

El conde entonces le manifestó, que habia comprado el castillo de San Julian, y que irian á reconocerle para ponerle en estado de alojar durante el invierno á una multitud de cazadores amigos suyos. Pusiéronse en camino el Miércoles siguiente, y el Viernes por la mañana llegaron á su hacienda, donde los recibió el portero sorprendido, pues no los esperaba, y les ofreció su caseta y provisiones, porque no hay que pensar, les dijo, en habitar el castillo. Este casulario, continuó, es antiquísimo; su fábrica no conoce órden ninguno de arquitectura, y una de las alas está enteramente derribada.—Pero, dijo el conde, ¿no hay siquiera una sala habitable en esta maldita casa?—Maldita, y bien maldita, señor, contestó el portero, porque no creo que ningun cristiano se haya atrevido á pasar en él la noche de un siglo acá.—¿Y por qué?—Pues qué, señor, ¿no os ha hablado el mayordomo de los sucesos espantosos que pasan en él todas las noches? —Basta, basta, amigo, condúcenos, y vamos á ver si encontramos una habitacion donde pasar la noche.

El portero lanzó dos ó tres suspiros dolorosos, y se dispuso, á pesar suyo, á acompañar á sus huéspedes. Entraron en un vestíbulo cuyas paredes adornaban varios cuadros de malísimo gusto, y borrados ya sus colores por la accion del tiempo y la inaccion del descuido. Bernabé empujó una puerta medio carcomida y falta de uno de los goznes, y entraron en un inmenso corredor, cuyas vidrieras hechas pedazos habian dado entrada á la intemperie, y los ladrillos estaban verdecinos y escurridizos. He aqui la escalera principal, dijo el portero en voz baja, que sin embargo fue diez veces repetida por el eco de aquellas bóvedas, que por mucho tiempo habia estado enmudecido. Entraron despues en una série de salones inmensos y casi desmantelados; los pocos muebles que en ellos quedaban, vetustos y apolillados, yacian por el suelo; las tapicerias pendian en girones por las derruidas paredes, en las que se veia por intérvalos tal cual retrato de los antiguos señores de S. Julian, incrustados en sendos cuadros ahumados y cubiertos de telarañas. En una de aquellas salas un poco mejor conservada que las otras, veíanse pinturas medianas, en las que podia aun acertarse su significado: los muebles eran tambien de una forma mas elegante, y todo parecia anunciar que aquella habia sido la vivienda del dueño del castillo.

Julio miraba con atencion todas aquellas curiosidades, y embebido en consideraciones morales, marchaba distraido, cuando el portero le retiró hácia atrás con presteza.—Cui-

dado, señorito, le dijo, vais á pisar la sangre.—Qué es eso? preguntó el Conde, y dirigiendo ambos al suelo su vista advierten en él manchas de sangre bien marcadas.—Veis esa sangre, dijo el portero?—Si, la mandaré limpiar.—Oh eso de mandar, replicó aquel, es bien fácil.—El conde presintiendo un cuento interminable, empujó la puerta del fondo que daba á la última habitacion de aquel lado, la mejor resguardada, y donde menos mal pudieran alojarse. El mueblage era tambien bastante regular: al rededor de las paredes se veian anchos y profundos sitiales; el centro le ocupaba una estensa mesa redonda, y en ella hermosos candelabros: sobre la chimenea ostentaban los emblemas heráldicos de los antiguos señores, separados por un relieve que figuraba varias escenas de caza; y en la alcoba se divisaba un enorme lecho cubierto con una colcha de damasco carmesí. —Aqui dormiremos, dijo el conde, haced que traigan sábanas y leña.

El resto del dia se pasó en examinar el esterior del edificio, y llegada la noche, que no tardan en venir en el otoño, Barrús propuso á su amiguito que dormiria en el cuarto manchado de sangre, y que hariau al portero referir la historia del castillo. Esta proposicion fne recibida con entusiasmo. Llamaron pues á Bernabé, del cual conviene decir que era un anciano de estatura regular, pero tan singularmente vestido, que costaba trabajo el creer fuese cristiano. Cubriale de pies á cabeza una gran hopalanda parda sujeta con un cinturon; su cabeza le resguardaba una como papalina de terciopelo que habia sido morado, y encima de ella un enorme gorro construido de la piel de un cabrito, y elevándose en forma piramidal hasta la altura de un codo: sus facciones revelaban mas sutileza, que sencillez, pero su voz era siempre baja como quien teme ser oido. Se presentó al conde, y quedó estupefacto al ver colocadas las camas en las dos salas.—Mal hecho, señores, dijo meneando la cabeza, es necesario no desafiar al diablo.

—Vamos pues, maese Bernabé, dijo el conde, basta de moral por esta noche, y trata de divertinos un rato refiriéndonos las aventuras que ocurrieron en este castillo. —Por cierto, mi amo, que es buena diversion: y lo peor es que las tales aventuras son demasiado ciertas.

Hicieron sentar al buen portero entre los dos amigos, delante de la lumbre que elevaba sus llamas hasta el borde de la chimenea, mientras que una porcion de bugias colocadas en los candelabros sobre la mesa, iluminaban sobradamente la estancia.

—Hace mas de cien años, empezó Bernabe, pertenecia este castillo á un caballero tan joven y rico, como malvado y desenvuelto. Las mozas de la aldea huian de él atemorizadas; pero las mas bellas rara vez dejaban de caer en los infernales lazos que las preparaba. Habia una, sin embargo, la mas hermosa y discreta, que siempre habia podido salvarse de las persecuciones de aquel libertino; su virtud habia resistido á las seducciones, al oro y á las amenazas. Irritado el jóven de tan heróica resistencia, llamó una noche á su ayuda de cámara, confidente de sus maldades, y le pidió parecer. —Por cierto, señor, que yo en vuestro lugar no titubearia. — ¿Pues qué harias? —Qué? Si no habia otro remedio, casarme con ella. — Estás borracho?—No señor; llamaria á mi ayuda de cámara, le haria vestir las ropas del difunto capellan; á media noche se celebraria el casamiento en la capilla, y yo seria el feliz esposo de la hermosa Magdalena, á quien haria guardar secreto.-Qué astuto eres, zorro viejo; lo agradezco, y acepto los servicios de mi nuevo capellan.—Pues entonces llamemos á la joven y decidámosla.

Magdalena, que era huérfana de padre y madre, se ocupaba en guardar los ganados del labrador que la tenia recogida, cuando vió acercarse al señor de la aldea.

La jóven zagala quiso huir, pero fueron tantas las instancias y ruegos del caballero, que al fin se decidió á acercarse: tomóla él las manos con afabilidad y ternura; era jóven y bien formado, porque es muy frecuente encerrarse un alma pérfida bajo un cuerpo hermoso y apacible: la dijo mil lisonjas, de aquellas que las jóvenes oyen con placer, y por fin viniendo al principal objeto de su entrevista, —Magdalena, continuó, si supieseis cuanto os amo!—Pues no debeis amarme, señor.—Sin duda que no debo, pero, ¿quién es dueño de su corazon? — Eso mismo dijisteis á Adela, á Julia y Lucia, é hicieron mal en creeros, porque las engañábais. — A ellas sí, pero á vos, Magdalena, conozco vuestra virtud, y si quisierais.... — ¿Qué señor?—Qué? Vos sereis ante Dios mi compañera en el tálamo nupcial.—Me engañais?—*Juro á la*

faz del cielo, que te amo, y que serás mi esposa, y si te engaño, quiero que tu sombra me persiga eternamente.—Os creo. —Pues bien, á media noche un sacerdote nos unirá en la capilla del castillo, porque quiero que por algun tiempo nuestro matrimonio permanezca en secreto.

La infeliz cayó en el detestable lazo. A las doce de aquella misma noche el disfrazado sacerdote pronunció con boca sacrílega las palabras sacramentales, y el pérfido Eduardo condujo á Magdalena á la cámara, donde vais á dormir, dijo el portero, dirigiéndose á Julio que atento le escuchaba. La pobre muchacha venia todas las noches á acompañar al que creia su esposo, que tardó muy poco en fastidiarse de ella, y como por entonces un rico hacendado le ofreció la mano de su hija, el perverso resolvió la muerte de la desventurada Magdalena.

Una noche, señores, esto es espantoso, una noche en que la pobre aldeana dormia al lado de Eduardo, se levantó este silenciosamente, y llamó al ayuda de cámara que ya estaba esperando. Entró este armado de dos puñales, y entregó uno á su amo: el miserable se acercó á Magdalena que despertó al ruido de las pisadas.—¿Qué quieres? esclamó despavorida.—Qué mueras.—Y al mismo tiempo hizo brillar á sus ojos la hoja del puñal, sobre la cual se fijaba el resplandor de una lámpara: la jóven amedrentada le contesta.—Qué, no soy delante de Dios tu esposa?—No señora: y si no jurais no descubrir jamas lo que ha pasado entre nosotros, vais á morir: escoged.—Pero, Eduardo, dijo bajándose del lecho, no es posible; ¿por qué quieres matarme?..... Dios mio, Dios mio, quieren matarme? ¡qué desgraciada soy!—Vamos, señora, dijo el ayuda de cámara, asiéndola por la muñeca fuertemente, pronto, decidios.—Qué, de veras me vá á asesinar este hombre? ¡Eduardo, vais á asesinarme, vos que no me hablábais mas que de amor!—Decidios pronto, Magdalena, que tenemos prisa.—Pues bien, contestó la infeliz medio sofocada, matadme si os atreveis, señor. ... olvidad vuestros juramentos, vuestros deberes, la humanidad!.... matadme, porque nunca renunciaré al título que me habeis dado ante el altar, y siempre seré vuestra esposa.—Entonces, Magdalena, es preciso morir.—¡Oh Dios mio! quieren matarme los cobardes, y vienen dos, armados de puñales, por la noche, para asesinar á una muger dormida!..... Pero..... yo morir... morir ya..... tan jóven..... oh, cuan culpable he sido ante vuestros ojos, cuando vuestra piedad me abandona!..... Señores, compasion..... gracia para mí! Soy débil, estoy desnuda, sin armas! nada tengo, nada mas que mi llanto! ¡oh, piedad..... piedad!.....

La infeliz se arrastraba á sus pies sollozando, y besaba sus plantas, mientras ellos la contemplaban con aspecto feroz.—Señora, estais decidida?—Eduardo, amado mio, no es posible que tú lo exijas; ay! ese sacrificio es demasiado duro para mí..... apiadate. —Eduardo asiéndola del brazo la derriba, y poniendo la punta del acero sobre la desventurada—quereis morir? la dice.—Sí, sí, le contesta..... la muerte antes que la verguenza!.... la muerte primero que la desgracia!.... la muerte mas bien que la abyeccion y los remordimientos..... herid.»—El malvado hizo seña á su compañero, y los puñales abrieron á un mismo tiempo dos anchas heridas en el pecho de Magdalena.

—Esto es mejor, dijo con atroz serenidad el ayuda de cámara. Llevaron el cadáver á los subterráneos del castillo, pero la sangre que se derramó en el suelo no pudieron limpiarla, ni nadie será capaz de hacerla desaparecer.—Es verdad, señores, que es una historia horrorosa?—Horrible es en efecto, pero continuad, porque hasta aqui no ha habido duendes, dijo el conde.

—Pocos dias despues, continuó el portero, hubo brillantes funciones en el castillo para celebrar la union de Eduardo con la noble heredera de que os tengo hablado. El dia de la boda se retiraron bastante tarde ambos desposados á la cámara nupcial, que era esta misma: dejáronlos solos, habian ya apagado todas las luces, escepto una lamparilla, y al tiempo que ya iban á entrar en la cama, se levantan las cortinas de la puerta y se oye una voz grave decir:—*Juro á la faz del cielo que te amo, y que serás mi esposa, y si te engaño, quiero que tu sombra me persiga eternamente.*

«Déjase ver un espectro, cuyo rostro y manos eran tan blancas como el sudario que le cubria, se acerca á Eduardo, que yerto de pavor le miraba *Magdalena*, le dice, *vos sereis ante Dios mi compañera en el tálamo nupcial.* He aquí lo que me dijiste, señor Eduardo de san Julian, y vengo á emplazarte ante Dios para que cumplas tu palabra.»

Al mismo tiempo la fantasma se acercó al lecho nupcial y sentóse en él. La jóven desposada llena de horror no osaba moverse. Eduardo quiso llamar y no pudo lanzar la voz. Vamos, continuó el espectro, mi noble esposo, vé aquí mi seno, y levantando el sudario descubre su pecho bañado en sangre; en seguida tomando la mano de su asesino y llevándola á su corazon, que latia con fuerza.—Aquí, le dijo, hay vida para tres meses, al cabo de ellos tú y tu cómplice vendreis á acompañarme. En cuanto á tí, pobre criatura, continuó dirijiéndose á la novia, que la escuchaba azorada, tú eres inocente del crímen de estos hombres.

Al dia siguiente la novia del señor de san Julian tomó el velo en un convento de estas cercanias, y al cumplir los tres meses los dos asesinos aparecieron tendidos y sin vida en este mismo suelo.»—

Julio se habia acercado como maquinalmente hácia el portero, y el señor de Barus estaba conmovido; sin embargo, como era incapaz de tener miedo, dió las gracias al portero y le mandó retirar.—Cuidado, mi querido amo, le dijo el anciano; el espectro de Magdalena no deja de venir ni una sola noche, y predice terribles acontecimientos á los que se atreven á esperarle.»

Es muy posible, dijo el conde á Julio, que la malevolencia tenga mucha parte en las anecdotas que refieren de este castillo; mas sin embargo no están de mas las precauciones: cargaron las pistolas, cerraron las puertas, y resolvieron pasar la noche conversando al lado de la chimenea, cuidando antes de reconocer los rincones, alzar los cortinajes, mirar debajo de las camas, y ver si las fallevas de las ventanas estaban bien cerradas.

Eran las once cuando Julio dijo estremeciéndose, ¿no habeis oido?—El conde escuchó, pero no oyó nada. Poco despues les pareció que hablaban en la estancia inmediata.—Es el aire dijo Julio afectando serenidad; pero las voces se oian cada vez mas claras; despues se oian sollozos, llantos, pasos, amenazas, ruido de armas; el conde abandonó su silla y el jóven siguió su ejemplo.—Julio, dijo el primero, en esa estancia hay gente, vamos á verlo.—Mejor es esperar, acaso sean mas numerosos y mejor armados.

El conde impaciente abre la puerta y pregunta con voz de trueno.—¿Quién vá allá?—Yo—responde una voz lúgubre de muger, y al mismo tiempo aparece un espectro próximo á la puerta: otros dos se distinguian en el fondo de la sala —No me llamabas? dice la fantasma dirijiéndose al centro de la habitacion, arrastrando su prolongado sudario: «Aqui estoy pues, amado mio, vamos, ven, dá el beso de amor á tu desposada.»—Una de las dos fantasmas del centro se levantó y dió algunos pasos, entonces la aparecida rasgó las vendas que la cubrian el pecho, y lanzando una espantosa carcajada enseñó su seno traspasado por dos puñaladas. En seguida se dirigió al conde y á su compañero; estos recobraron su energía y mostraron sus armas al espectro, pero su rostro pálido contrajo una horrible sonrisa que los confundió, y poniendo su descarnada mano sobre el hombro del conde, pronunció con voz tenebrosa este decreto:

Correrá la sangre, y mas de una cabeza se inclinará bajo la cuchilla..... habrá llantos y gemidos.....

El coronel se detuvo y miró á su auditorio que aun le escuchaba atento.—«Y qué resultó de las predicciones de la muerta? preguntó el curioso D. Luis?—Resultó, dijo con gravedad el coronel que algunos años despues vino la revolucion, y el conde de Barus fue uno de los infinitos que murieron en la guillotina.

S. P.

TRAJES ÁRABES.





En Argel es donde, sin disputa, se reune mas gente de las diversas naciones africanas, y por cierto que es un espectáculo sumamente curioso el que ofrece la vista de cualquier sitio público particularmente en dias feriados. Tantos diversos trages, los unos sumamente sencillos y hasta miserables, los otros riquísimos y deslumbradores por la viveza de sus colores y bordados, tantas distintas fisonomías y costumbres tan varias, llaman poderosamente la atencion del viagero, que contempla como embebido escenas tan nuevas para él. Allí se ve al moro con su grave continente, actitud perezosa, grandes y rasgados ojos, nariz aguileña, color moreno, y negra barba, imitando al parecer al musulman de Constantinopla, pues ademas del turbante lleva los calzones anchos, la chaqueta corta y dos especies de chalecos bordados. Algo mas allá se presenta un árabe, fácil de distinguir entre los demas por su alta estatura, musculosa delgadez, nariz encorbada, y belicosa energía. Aquel otro es un hijo de los primeros dominadores de la Argelia, un *Kabila;* su color es negrusco, sus formas delgadas aunque vigorosas, su mirada feroz, y en su fisonomia se ve pintado el contraste de un valor indomable, con la perfidia y la crueldad. Su sencillo trage consiste en una camisa de lana sugeta al cuerpo con un cinto grosero, en un *haik* ó ropage puesto al rededor de la cabeza en forma de turbante, y en un casquete de fieltro blanco. En el invierno suele usar albornoz con capuchon que cubre la cabeza. Este hombre de cútis blanco y trage enteramente moro que llega á ellos es un *kaluglí*, es decir, un bástago de la raza turca, que participa de la sangre mora; aquel que está á la espalda es el judio de oriente, fácil es ser reconocido por su tipo físico, por sus costumbres de chalan ó cambalachero, y por su bajeza y avaricia.

E. G.

Estudios Históricos.

ULTIMA NOCHE DE UNA REYNA.



Era el rigor del invierno, y la ciudad de Paris que en aquella época no se extendia mas allá de la pequeña isla que forma hoy la Cité, no habia sido jamas abrumada por una lluvia tan violenta ni un viento tan impetuoso. Se sentia temblar hasta en los cimientos las casas mas fuertes y de construccion mas sólida. El Sena rugia, y parecia querer salir de su lecho para inundar la ciudad, lo que le sucedia en aquella época muy amenudo. Asi es que cada uno lleno de temor se encerraba en su casa, y escuchaba aquellos siniestros ruidos con el mayor terror, rogando á Dios con todo el fervor de su alma que libertase á Paris de la inundacion que estaba amenazando.

Hacia una semana que Gregorio Florentius, Obispo de Tours, habia llegado de la ciudad de Roma, en la que el Papa le cargó de reliquias: se acordaba con pesar del cielo puro y del clima dulce de Italia, tan diferente de la horrible tempestad que mugia en aquel momento. Mas de una vez, alarmado por el aumento del ruido, dejaba el libro de pergamino en que estaba escribiendo, para volverse á mirar á dos eclesiásticos, sus vicarios, de los cuales el uno dormia profundamente, mientras que el otro pasaba entre sus dedos las cuentas de un rosario; pero avergonzado de su agitacion, al ver la calma de esos dos hombres, volvia á tomar su trabajo, que consistia en sacar de las oraciones del Papa algunos pasajes de *Historiæ eclesiasticæ Francorum, libri decem.* Habia llegado á uno de esos pasajes que muestran cuanto en aquella época el cristianismo aun naciente era ya presa de miserables cuestiones de palabras, y de subterfugios teológicos, hoy no solamente sin valor, pero aun enteramente ininteligibles y menoscaban la religion de Jesucristo, la cual aun cuando no fuese la ley divina, seria siempre una sublime filosofía.

Hallábase ocupado de este modo, cuando de improviso un gran ruido de caballos y de hombres de armas se dejó oir, y se dirigia del lado del cuarto que ocupaba Gregorio de Tours.

Al estruendo, el Obispo tembló; el vicario que rezaba juntó las manos exclamando: *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*, y el otro vicario que dormia se despertó en un desórden de ideas en el que dominaba el miedo.

La tropa se paró delante de la puerta y

al momento se sintieron violentos golpes y una voz que gritaba:

—Abrid de parte de la Reyna Fredegonda!

Algunos criados se apresuraron á obedecer; la puerta giró sobre sus goznes, y un paje todo mojado por la lluvia entró sin ninguna formalidad en el cuarto en donde trabajaba Gregorio de Tours.

El aspecto de ese mensajero no era apropósito para tranquilizarle, pues su semblante pálido y medio cubierto por una negra y espesa cabellera, le daba un continente siniestro.

—De parte de la Reyna Fredegonda, dijo, os invito, padre mio, á que me sigais á palacio en este momento, y sin dilacion.

—Hijo mio, respondió el Obispo, con una sonrisa forzada, aunque quisiera sustraerme á vuestra invitacion, no veo ciertamente el modo de hacerlo, pues vuestra escolta parece formidable. No os pido pues mas que el tiempo necesario para hacer una cortísima oracion.

—Ya tendreis tiempo de rezar en palacio, pues cabalmente se necesitan en él vuestras oraciones. No perdamos tiempo; vamos

Y cogiendo él mismo una capa de pieles de oso que se encontraba tirada encima de la cama del Obispo, envolvió en ella al atónito anciano y le arrastró hácia un caballo ya ensillado que tenia por la brida uno de los hombres de la escolta, y todos partieron á gran galope.

Despues de una travesía de diez minutos, poco mas ó menos, llegaron delante del palacio situado en aquella época en el cuartel llamado de *Julien*. Los estaban esperando, pues á la primera señal que hizo desde lejos el paje, con el cuerno que llevaba pendiente del cuello, las puertas se abrieron y la escolta entró sin disminuir la rapidez de su marcha hasta hacer alto en los patios del interior del edificio.

Muchos pensamientos habian pasado sucesivamente por la imaginacion del Obispo de Tours durante la travesia de su casa al palacio de la Reyna; y, es preciso decirlo, estos pensamientos eran de naturaleza muy poco satisfactoria para tranquilizar el ánimo de nuestro buen prelado. Conocia á la Reyna, y aunque él no la habia ofendido en nada, no podia sin embargo augurar mas que siniestros resultados de su conferencia con ella; pues con buenas intenciones, no le hubiera mandado buscar de esa manera y á hora tan avanzada de la noche. Encomendando su alma á Dios bajó del caballo y le introdujeron en una gran sala, en la que encontró á la Reyna recostada sobre un lecho fórmado con pieles de animales feroces y cubierto de ricos tisus. Gregorio no habia visto á esta princesa desde el dia terrible en que el santo Obispo habia osado luchar contra su voluntad real tomando la defensa de Pretextat.

Le costó mucho trabajo conocerla en el lívido fantasma que se veia en el lecho real, y á la claridad de las hachas, que tenian dos mugeres inmóviles como dos estátuas.

Gregorio de Tours se acercó á la Reyna, inclinándose segun el uso oriental, introducido por los romanos hasta en esta corte salvage, y esperó silenciosamente que Fredegonda le dirigiera la palabra.

En lugar de amenazas, en lugar de venganza, el Obispo, no sin admiracion, recibió de la Reyna la órden de levantarse y de acercarse á la cama.

—Padre mio, le dijo con una voz débil, tengo necesidad de vuestras oraciones, y de vuestras exhortaciones, pues sois, padre mio, un santo, querido de Dios, y el pueblo habla con entusiasmo de los milagros obtenidos por vuestra intercesion.

—Reyna, replicó el Obispo con humildad, yo no soy mas que un pobre pecador, y de los mas indignos siervos de Dios.

—A vuestra voz, dicen, las enfermedades se curan, los males cesan. Padre mio, es preciso que alejeis la muerte que está cerca de mí.

—Solo Dios puede hacer tales milagros; os lo repito, señora; es á Dios solo al que se deben pedir, pues yo no soy mas que un pobre pecador.

—Yo llenaré de dones tu iglesia de Tours. Mandaré hacer una caja de oro macizo para conservar en ella las reliquias que has traido de Roma. Te daré una gracia de diez cautivos; te daré por fin todo el oro que me pidas. Cúrame.

—No puedo hacer mas que rogar á Dios por vos.

—Ruégale, ruégale, pues que yo no debo morir ahora, mira; mi hijo Clotario no está aun en edad de reinar sin disturbios, y si yo muero, ¿qué será de él? ¿qué de la tranquilidad del pais? Ah! su tranquilidad me ha costado cara! Me ha hecho verter mucha sangre..... Cúrame, cúrame.

—Os lo repito, poderosa Reyna, los mi-

lagros no pertenecen mas que á Dios, y no los hace mas que por su voluntad.

—Me desobedeces? ¿No sabes que soy la Reyna, ¿no sabes que con una sola señal de mi cabeza puede la tuya caer rodando? Tengo suplicios que prolongarian tus torturas por una semana sin interrupcion, yo me sirvo de estos medios para castigar la desobediencia. Cúrame pues, ó prepárate á sufrir y á morir.

—Hágase la voluntad de Dios, esclamó Gregorio arrodillándose.

Fredegonda rugió desde su cama como una leona, y tomando un silvato de plata, dió un silbido que llamó á todas las personas que se habian alejado antes á una señal de su mano.

—Que cojan á ese hombre, y que le maten á puñaladas.

Sus guardias vacilaron en llevar una mano sacrílega sobre el eclesiástico, cuando un jóven se lanzó rápido como un rayo, atropelló á Gregorio, y levantó sobre él su puñal dispuesto á dar el golpe; era el paje que habia traido al Obispo á palacio.

—Un momento todavia, dijo la Reyna, espera una nueva órden para acabar; Karl, mi valiente, mi fiel Karl, y volviéndose al Obispo le dijo: ¿obedecerás, Gregorio?

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!* murmuró el anciano.

Fredegonda se aplacó á la vista de tan noble resignacion.

—Despacio Karl. Que me dejen sola con ese Obispo, que nadie entre hasta que yo toque mi silbato. Marchad.

Todo el mundo obedeció: una de las dos hachas que tenian las esclavas fue colocada en un brazo de hierro que estaba clavado en la pared con este objeto, y Gregorio todavia aturdido por la escena que acababa de pasar, se encontró á solas con la Reyna.

—¿No puedes pues curarme, no tienes pues el poder de los milagros? Me lo juras por tu salvacion.

—Lo juro ante esta imágen de nuestro Salvador.

—Entónces, si no puedes ayudarme á vivir, Gregorio, es preciso que me prepares para morir que no es una obra menos dificil. Oyes? morir! Qué! mañana, ahora mismo puede ser, no quedará nada de mi voluntad. No estaré aqui para protejer lo que con tanta dificultad he edificado; lo que he comprado á precio de mi tranquilidad en este mundo, y tal vez de mi salvacion en el otro! pues Dios no me perdonará jamas toda la sangre que he vertido, jamas, ¿no es verdad, Obispo?

—La misericordia de Dios es infinita, Reyna; aprovechad pues el tiempo que os queda todavia para merecer esta misericordia, y para obtener á fuerza de arrepentimiento el perdon de vuestras faltas. Salvad vuestra alma, renunciad á la tierra, para no pensar mas que en el cielo.

—No puede haber perdon para mí ante Dios.

—Una voz de arrepentimiento, un solo grito de arrepentimiento puede encontrar gracia ante Dios. ¿No está escrito; *Llamad y os abrirán.* Arrepentíos, Reyna.

Fredegonda se levantó lentamente sobre su lecho y miró fijamente á Gregorio. Aun era hermosa; asi reclinada, medio desnuda; el pelo esparcido; se la hubiera creido una estátua de mármol, toda tan blanca excepto los ojos y la cabellera, tal como las hacian entónces los artistas bárbaros de aquella época con el auxilio de los monumentos romanos que desfiguraban.

—¿Y podria haber perdon para mí? preguntó ella otra vez.

—Arrepentios; el tiempo urge. Puede que la muerte tenga ya levantados los brazos sobre vos.

—Sé pues mi confesor, Obispo, y recibe mi aserto. Vais á oir palabras muy terribles, pero piénsalo bien; los Reyes no pueden someterse á las reglas de conducta que deben observar los demas hombres. Lo que es un crímen en una persona vulgar, es un deber, una necesidad, en un Rey.

—Ya no sois la Reyna en este momento, sois solo una penitente que debe confesar sus faltas, someterlas á su confesor y arrepentirse de ellas, dijo Gregorio con tono solemne.

La Reyna se agitó con esta osada interrupcion, pues delante de ella nadie se atrevia á levantar la voz sin su permiso. Pero bien pronto se serenó, y volviendo á pensamientos mas tranquilos dijo:

—Que Dios me dé la fuerza necesaria para decirlo todo, y á tí para oirlo.

—En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, dijo el Obispo, os bendigo y escucho vuestra confesion, porque veo que estais poseida de verdadera contricion. Hablad, hija mia, ya no es un miserable pecador el que os escucha, es el Espíritu Santo en persona.

Fredegonda se inclinó para recibir la bendicion del padre, y se recogió algunos instantes como para recordar sus muchos delitos.

--No soy de sangre real, dijo ella por fin.

Y esta confesion le costó mucho, pues un vivísimo encarnado cubrió sus mejillas extendiéndose hasta su pecho.

—A la hora de la muerte todos los mortales son iguales delante de Dios.

—Pero aunque era una pobre muchacha, sentia en el fondo de mi corazon una voz secreta que me decia que llegaria á ser poderosa; asi es que no descansé hasta verme colocada entre las doncellas de la Reyna Audora, esposa del Rey Chilperico. Este príncipe me vió y me amó. «Si fuera viudo, me dijo un dia, tú serias la Reyna.» La misma noche habia ya enviudado.

Gregorio se estremeció.

—Tranquilízate, padre, aun no hay sangre vertida. Audora acababa de dar vida á un niño. Cuando solo tenia nueve dias, ella y yo lo llevamos á la capilla, en la que tuve mucho cuidado que no se encontrase la madre de la Reyna que debia tenerle en la pila. Sed vos misma madrina de vuestro hijo, le dije yo. El sacerdote á quien yo habia ganado á peso de oro, no advirtió á la Reyna que cediendo á mi consejo hacia sacrílego su matrimonio con Chilperico y debia ser anulado. La ceremonia se celebró, y yo corrí á buscar al Rey. Ya no teneis esposa, le dije, y le conté mi estratagema.

—Muy bien hecho, me dijo; la Reyna va á entrar ahora mismo en un convento; me será permitido el divorcio. Voy pues á poderme casar con la hermosa Galwinta, hermana de Bruneonte. En efecto, prefirió á esta hija de Atanagildo, Rey de España; esa linda hermana de Sigisberto, Rey de Austrasia. Era hermosa, muy jóven, una rival muy temible para mí..... Un año despues era yo Reyna de Francia..... Se habia encontrado á Galwinta muerta en su cama.

—Dios mio sed misericordioso, ella se arrepiente, murmuró Gregorio.

—Sigisberto queriendo vengar la muerte de su hermana declaró la guerra á Chilperico, y nos sitió en Tournay: faltó muy poco para que cayese yo en sus manos. Tenia á mi disposicion dos pajes, fieles y valientes con quien podia contar para todo. Les remití puñales envenenados. Tres dias despues el ejército de Sigisberto se alejó de Tournay, llevando consigo el cadáver de su Rey, atravesado de dos puñaladas: Bruneonte cayó despues entre mis manos, Bruneonte que habia querido perderme, ella y sus hijas. Las hice encerrar en un claustro en Rouen, en donde todos los dias, por órden mia, las despedazaban á disciplinazos, repitiéndoles: En nombre de la Reyna Fredegonda.

Gregorio ocultó su rostro entre sus vacilantes manos.

—Habian quedado á Chilperico tres hijos de su primera muger, que debian reynar despues de la muerte de su padre con perjuicio de mis propios hijos; todos tres murieron. En fin el mismo Chilperico sucumbió bajo los golpes de Landry, y yo fui nombrada regente del reyno. Ya ves que Dios no puede perdonarme!

—Continuad vuestra confesion, penitencia.

—¿Será preciso decirte lo que sabes ya? el asesinato del Obispo Pretextat que se atrevió á desobedecerme, la tentativa inútil que hice hacer á dos clérigos contra los dias del Rey de Austrasia, y contra el mismo Gontran Rey de Borgoña, Gontran mi bienhechor, mi amigo, que me habia protegido contra Childeberto cuando yo no tenia mas asilo ni mas reyno que la nave de una iglesia..... Ya está dicho todo.

Cuando hubo concluido echó sobre el padre una mirada llena de duda, pero desesperada y atrevida. Entónces Gregorio se levantó con una magestuosa dignidad y se acercó al lecho de la moribunda.

—Fredegonda, la preguntó con una voz solemne, ¿os arrepentis sinceramente de todos vuestros crímenes?

—Me arrepiento.

—¿Estais dispuesta á cumplir la penitencia que el Espíritu Santo va á imponeros por mi boca?

—Estoy dispuesta.

—Comprendeis toda la enormidad de vuestros crímenes, y reconoceis que mereceis el infierno y la condenacion eterna.

—Lo comprendo, lo conozco.

—En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, escuchad pues y obedeced su mandato.

—Despojaos de todas vuestras insignias regias, mandareis que os pongan sobre ceniza en prueba de humildad, y hareis venir á vuestro rededor á toda la corte para que todos, y particularmente los testigos y cómplices de vuestros horribles crímenes, y

de vuestro poder, vean vuestra humillacion y oigan las palabras de arrepentimiento que vais á pronunciar. Les pedireis perdon de los males que les habeis hecho, confesareis todos vuestros delitos, y os humillareis delante de ellos: el perdon de Dios no se alcanza sino á este precio.

—Te obedeceré, padre mio.

—Ademas, júrame, jura sobre este libro de los Santos Evangelios que si Dios no te llamase á él ahora, que si curases...

—Curar! curar! toda esperanza de curar, no está pues perdida para mí? Oh! ya sabes lo que te he prometido si hacias ese milagro...

—Júrame de encerrarte en un convento, y pasar en él el resto de tus dias en la penitencia y llorando tus crímenes.

—Un convento á mí! Te han ganado mis enemigos! Ay, padre, no sabes que puedo aun vengarme, que puedo cortarte la cabeza, malvado.....

—En nombre de Dios, por la salvacion de vuestra alma, arrepentíos, no os queda ya mas que una hora para salvaros del infierno. Reyna, arrepentíos.

—Me arrepiento, pero nada de claustro; lo oyes bien? Yo quiero morir como he vivido, Reyna, Reyna de Soissons y de Lutecia.

Cogió entonces su silvato, y sacó de él algunos sonidos, á los que acudió un page.

—Que me pongan encima de un monton de ceniza, y que todo el mundo entre á oir las últimas palabras de la Reyna Fredegonda que se está muriendo.

Era un grande y extraño espectáculo el que presentaba esa Reyna, que siempre habia sido tan temible, extendida sobre la ceniza á los pies de un Obispo, y rodeada de su servidumbre y de sus guardias.

Algunas hachas solamente alumbraban el grupo formado en derredor de Fredegonda, y echaban sobre ella rayos de luz vacilante.

—Escuchadme, dijo con apagada voz, pido perdon á Dios y á los hombres de todas las ofensas que les he hecho. Que me perdonen, y que la misericordia divina sea predecesora á la humana. Abrid las cárceles y decid á los presos:—Ya sois libres, rogad á Dios por la Reyna Fredegonda. Gracias, Gracias!... ¿Estás contento, Obispo Gregorio?

El padre se puso de rodillas, bendijo á la Reyna, y empezó la ceremonia de la Extrema Uncion: cuando hubo acabado, se volvió hácia los espectadores, que imitando su ejemplo se habian puesto de rodillas.

—De profundis, hermanos mios, dijo. El alma de la Reyna Fredegonda está delante del tribunal de Dios.

Enterraron á Fredegonda en San German. Hay en el coro de esta iglesia, dice el padre Daniel, un sepulcro sobre el que se ve la figura de una Reyna: es de mosaico, y dicen es la de la Reyna Fredegonda, pues la inscripcion lo manifiesta asi. Hay muchos motivos para creer que esta figura es original y no obra hecha algunos siglos despues de la muerte de la princesa que representa, como lo son las de Childeberto y de Chilperico que se ven en la misma iglesia.

Mr. Lenoir cree que este mosaico esmaltado es del año 600, pero que la inscripcion: *Fredegonda regina, uxor Chilperici regis*, es de una época mas reciente. Este monumento se encuentra en el museo de monumentos franceses.

L. C.



TÁNGER.



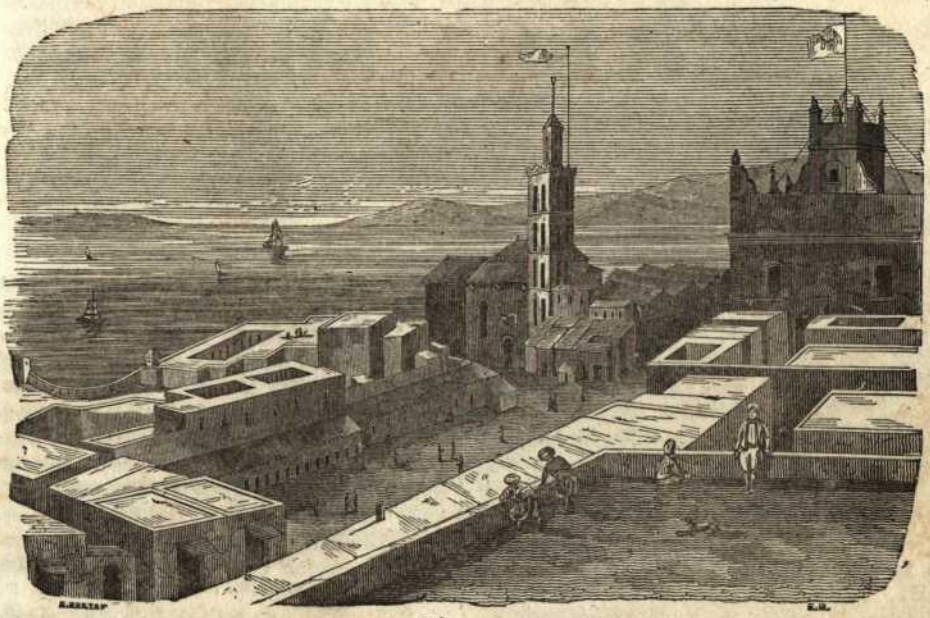
Esta ciudad que forma parte del imperio de Marruecos, no ocupa el mismo solar que la antigua *Tangis*, pues esta está edificada en un terreno mas bajo, á la derecha. Cerca de una fuente de la ciudad hay dos columnas de piedra blanca con la siguiente inscripcion fenicia. «Somos los espulsados de «nuestro pais por Josué, «el ladron, hijo de Navé.» Segun Procopo tal es el orígen que debe darse á los moros.

Sertorio que hizo durante mucho tiempo la guerra á los romanos, en España, pasó á Africa con el resto de sus tropas, y se hizo dueño de la Mauritania por la toma de Tingis. Segun Plutarco, Sertorio encontró en ella el cuerpo de Anteo que tenia seis codos de alto, y despues de un sacrificio que hizo en su honor, lo mandó cubrir, y cerró el sepulcro.

Segun la opinion general, esta ciudad fue construida por los cartagineses; pasó sucesivamente al poder de los romanos, de los godos y de los árabes, á quienes la entregó el conde Julian en rehenes de su fe. Los portugueses se apoderaron de ella en 1471, y la cedieron á los ingleses en 1662, para que sirviese de dote á la princesa Catalina; pero los ingleses, que encontraban ruinosa é inutil la conservacion de esta plaza, la abandonaron al cabo de veinte y dos años que la poseian, despues de haber volado el muelle que habian construido, y dada seguridad á los buques de mayor porte; de modo que en el dia las ruinas de esta importante obra hacen dificil y aun peligrosa la aprocsimacion al puerto. Desde que esta ciudad cayó en poder de los moros, perdió toda la consideracion que pudieron haberle dado sus antiguos poseedores, y su territorio poco fértil ninguna produccion ofrece al comercio.

Por la parte del mar presenta esta ciudad un aspecto bastante singular, y ofrece un hermoso conjunto por su situacion á manera de anfiteatro, la blancura de las casas, la regularidad de las de los cónsules, los muros que la circuyen, la *Alcassaba* ó castillo, levantado sobre una altura, y por la bahia, que es bastante grande y está rodeada de colinas; pero desde que se penetra en lo interior de la ciudad cesa el prestigio, pues se ven en ella todas las señales que caracterizan la mas asquerosa miseria. Escepto la calle principal, que es un poco ancha y que cruza irregularmente la ciudad del E. al O., todas las demas son tan estrechas y tortuosas, que apenas caben en ellas tres personas de frente, y las casas son tan bajas, que el techo de la mayor parte de ellas puede alcanzarse con la mano. Los muros que circuyen la ciudad se encuentran en estado enteramente ruinoso; están flanqueados de torres redondas y cuadradas, y por la parte de tierra reyna al rededor un foso igualmento ruinoso, que está plantado de árboles y orillado de huertas. A la derecha de la puerta hay dos baterias, la una baja,

montada con quince piezas de artilleria, y la otra, mas alla, con once. Por la parte de tierra esta ciudad no presenta otra defensa mas que el muro y foso arruinado, pero sin baterias, y por la parte del N., el circuito de la ciudad se junta con el muro del antiguo castillo ó *Alcassaba*, situada sobre una altura, donde se encuentra un ar-



Tánger.

rabal y una mezquita. A pesar de la escelente situacion del puerto de esta ciudad, su comercio se encuentra reducido á una corta esportacion de víveres, á un poco de contrabando, y á algunas relaciones decadentes con Tetuan y Fez, en donde se hacen algunos pequeños envios de objetos europeos. La poblacion de Tánger se cálcula en 10,000 individuos, la mayor parte soldados, y el resto tenderos, artesanos muy groseros, y pocos judios ni personas acomodadas.

D. G. U.



NAPOLES Y SICILIA.

LA EJECUCION.



Hace algunos años que en uno de los calorosos dias del mes de Junio, en el ardiente clima de Sicilia, y á la hora de medio dia, cuando el sud-oeste se desliza rápido sobre las ondas del mar y hace reverberar en ellas los rayos del sol, un batallon suizo al servicio del Rey de Nápoles, enviado por el general Del Caretto, ministro de policía de S. M. napolitana en Sicilia, acababa de hacer alto en lo interior de un bosque que se estiende á lo largo de la bahía de Catana hasta las hermosas y fértiles campiñas del *Valle di Noto*, y los soldados abatidos por el calor del dia se preparaban á disfrutar un momento de reposo.

El gefe de esta tropa, que tendria unos 50 años, se sentó al pie de un árbol en medio de sus oficiales: su mérito tanto como su desmedida ambicion, y su noble título de conde de Max*** le elevaron rápidamente al grado de coronel. Era una de aquellas cabezas italianas con la espresion poderosa de inteligencia y audacia: cuando dirigia la vista al suelo durante sus largas y frecuentes meditaciones, tenia una espresion que no se halla ordinariamente sino en un anciano; pero si elevaba su frente para mandar á sus soldados, ó si tomaba una resolucion pronta y decisiva, sus ojos brillaban con todo el esplendor de la juventud.

Se contaban de él cosas contradictorias: habia muerto en desafio por un motivo insignificante á su mejor amigo, jóven apreciable, en el momento que le pedia el favor de la vida. En los últimos acontecimientos que acababan de sumergir la Sicilia en luto y miseria, los desgraciados habitantes de Catana debian á sus generosos cuidados el librarse del azote que los devoraba. ¡Carácter inesplicable! hoy sin piedad, y mañana entregado con efusion al dulce entusiasmo de un alma poseida de tiernos afectos! Estraña mezcla de pasiones contrarias que brotan en los dramas sangrientos de las revoluciones, como en los no menos terribles de la vida humana!

Tal era el hombre enviado por el general Del Caretto en persecucion de algunos desgraciados sicilianos.

Al dar esta comision al conde de Max*** se le habia investido de la autoridad mas estensa para ejecutar sin dilacion ni misericordia las órdenes rigorosas de que estaba encargado. Su activa vigilancia, su prudencia consumada habian producido los frutos mas pingües para su ambicion: gran número de proscriptos pagaron con su cabeza la desgracia de ser perseguidos por él.

Despues de consultar detenidamente con sus oficiales que formaban una especie de consejo de guerra, hizo seña al sargento de un peloton encargado de la custodia de una hermosa jóven, el cual se dirigió en el momento á la presencia de su gefe. Marchaba con paso firme la hermosa Siciliana entre los soldados, desnuda de hombros y con la cabeza inclinada. Cuando estuvo cerca de los oficiales, separó los largos rizos negros que cubrian su semblante.

Al contemplar su noble y activo continente, el lujo de su trage mal ceñido, y la tranquila resignacion que animaban sus fac-

ciones, todos se inclinaron guardando profundo silencio; los oficiales no pudieron reprimir un murmullo de admiracion á vista de la hermosura de esta jóven de diez y seis años.

Solo el coronel Max estaba frio é impasible; sus facciones austeras revelaban un sentimiento de odio interior y de venganza satisfecha.

Esta escena muda duró muy pocos instantes, porque Max hizo un gesto rápido como para desembarazarse de una idea que le importunaba, y con el tono áspero de la indiferencia se dirige á la jóven.

—Os llamais Estefana Garibaldi?

—Si.

—Sabeis como se castiga á los que dan asilo ó socorro á los revoltosos de Catana?

—Si.

—Habeis recibido en la quinta de vuestro padre á Giacomo Greppi, le habeis ocultado contraviniendo á las órdenes de vuestro Soberano: estos hechos llevan consigo una sentencia de muerte que nos vemos obligados á pronunciar.

Una sonrisa desdeñosa fue la única respuesta de Estefana, que volvió á ocupar su puesto en medio de los soldados que la custodiaban.

Entonces Max se aproxima á ella con interés y le dice en voz baja:

—Hablad, hablad, yo os lo suplico: sabeis que mis órdenes son irrevocables, pero podeis salvaros ahora: en nombre del cielo, hablad!

—Yo recibí á Giacomo en la quinta de mi padre, es verdad; pero es mi esposo, le amo, y nada tengo que alegar: vengad en mí el odio que le teneis, pues no pido merced.

Todos los circunstantes se estremecieron de dolor viendo que esta desgraciada jóven se obstinaba en morir.

Entonces Max hizo una seña al sargento que la habia conducido, y luego dió á su batallon la voz de marcha.

Desfilaron los soldados tristes y silenciosos á lo largo de la ribera, dejando al sargento con la jóven Siciliana.

Cuando estuvieron lejos se oyó una esplosion. Estefana cayó cruzando piadosamente sus hermosas manos sobre el pecho.

La bala habia atravesado su corazon!.....

.....

Algunos meses despues el conde Max volvió á Nápoles y recibió por recompensa de sus nobles servicios el grado de general de brigada. Entonces fue cuando tuve ocasion de conocerle en los mejores dias del *corso* en la calle de Toledo, y asistir como testigo á la horrosa catástrofe con que terminó el pequeño drama que acabo de referir.

EL DUELO.

La *media noche* es una de las fiestas nocturnas italianas que recuerdan las cenas de otros tiempos. Una noche recibí de Julio de B***, amigo mio, agregado á la embajada francesa en Nápoles que por sus buenas relaciones me habia presentado en las mejores sociedades de aquella capital, un billete concebido en estos términos: «La señora «Marinelli, se empeña por mi conducto para «que tengas la bondad de acompañarla esta «noche á cenar; no faltes, porque ademas «tengo que reclamar de tu amistad un ser«vicio.»

La señora Marinelli no era menos que la prima-donna del Teatro de San Cárlos y tenia predileccion particular por mi amigo, por lo que podrá inferirse muy bien que seria yo puntual á la cita; ademas de ser para mí una de las casas que mas me agradaban. La Diva habitaba una de las alas del palacio de Manfredonia: era una noble y austera mansion que la caprichosa y seductora napolitana habia embellecido con todo el lujo y elegancia propios de la morada de una muger hermosa.

Cuando llegué estaba la fiesta en todo su esplendor: y el salon atestado de gente. Todas las notabilidades artísticas y elegantes de Nápoles se saludaban allí: en todas partes reynaba la alegria mas franca. Al verme trasportado en medio de esta bella concurrencia creí que soñaba!

Por todos lados pululaban hermosas mugeres, elegantemente adornadas; las unas voluptuosamente desenvueltas permitian que los ojos ardientes vagasen sobre su cuello de alabastro, otras dejaban entrever al traves de finos tejidos de gasa sus hermosos hombros, otras cuyos vestidos eran escotados descubrian un hermoso seno que arrobaba los sentidos y escitaba al amor.

Allá se veia una jóven de ojos azules, voz dulce y semblante pálido, artista alemana que habia sido aplaudida en los principales teatros de Viena y Berlin; acullá una marquesa napolitana de largos cabellos negros, talle esbelto y cutis suave y trigueño;

mas allá la señora de la casa, cuya gracia y afabilidad con todos prevenia en su favor, lanzaba de cuando en cuando miradas ardientes á su amante preferido.

Todos se divertian, todo era placer, todo bondad y franqueza en esta fiesta italiana, mientras que en nuestros salones solo reyna la monotonia y fria etiqueta.

Los lacayos trajeron helados y sorbetes de todas clases, y el buen *sabajo* de que las hermosas napolitanas gustan tanto. Todos los jóvenes salen á su encuentro queriendo ser cada uno el primero en obsequiar á las hermosas: las copas circulan de mano en mano y llegan á su colmo la embriaguez y la alegria.

Al rumor causado por las vivas conversaciones de las hermosas convidadas de la cantatriz, sucede repentinamente profundo silencio.

Un jóven pálido y triste, de alto talle, delicado y nervioso, vista serena y apacible, acaba de entrar en el salon.

A su vista el conde Max*** se estremece, y desde aquel momento cesa de tomar parte en la animada conversacion de que parecia ser el alma. Acaba de reconocer en el estrangero á Giacomo Greppi, á quien una amnistia levantara el destierro al desgraciado y noble jóven cuya esposa habia asesinado! Giacomo Greppi que viene á pedirle cuenta de la inocente sangre derramada por aquel monstruo, y á satisfacer una justa venganza.

Estos dos hombres se saludaron políticamente y se mezclaron en los grupos. Giacomo encontró á Julio de B.***, quien, preocupado como yo por el atractivo y los placeres de la funcion, olvidára la grave y solemne mision de que se hallaba encargado por el jóven italiano. Despues de haber pronunciado algunas palabras en voz baja salieron del salon rogándome los acompañase.

Cuando los tres estuvimos reunidos en un gabinete perfectamente adornado, cuyos misterios conocia mi amigo, supe que Giacomo habia enviado aquella misma noche un billete al conde Max*** y que Julio de B.*** habia sido comisionado para exigirle respuesta para este punto donde sabia debiamos estar reunidos.

El impaciente italiano no habia podido esperar mas tiempo y venia á exigir de Max con la amenaza en los lábios una respuesta categórica y formal; á Max cuya atrocidad habia colmado su corazon de ódio implacable y de una pasion frenética de venganza que no esperaba saciar ni aun con la misma sangre.

Julio se separó de nosotros algunos instantes y volvió con la contestacion de Max. El conde, seguro de su superioridad en las armas, habia consentido en la cita para el dia siguiente á las doce.

Nadie en el salon pudo traslucir este desagradable asunto, porque la risa y alegria estaban en su mayor fuerza.

La cita se fijó al pie del monte Polisipo entre Castellamare y la ribera, sitio agreste y solitario erizado de rocas y circundado de precipicios. A la hora convenida, Julio de B *** vino á buscarme y marchamos á casa de Giacomo que me hizo el honor de nombrarme uno de sus padrinos.

Por el camino Julio me esplicó las causas de este lance tan encarnizado: supe que Max y Giacomo pertenecian á una misma familia, y que motivos de mezquino interés habian inspirado al primero el odio implacable que profesaba á su primo. Max, desde muy jóven, por prodigalidades de toda especie y por satisfacer su devorante ambicion, habia disipado el rico patrimonio de sus padres. Pero esto no era bastante: bajo la máscara de una odiosa hipocresía habia procurado por todos los medios posibles perder á Giacomo, que desde su infancia era poseedor de una inmensa fortuna, con el fin de ser su heredero. Habia procurado arrastrarle á los escesos de una disipacion innoble y afrentosa, haciéndole comprometerse en lances con miserables espadachines; pero el noble carácter y valor de Giacomo triunfaban de todas las tentativas infernales de su enemigo. Por último viendo Max que sus infames maquinaciones no producian el efecto que apetecia, le habia impelido para que se volviese á Sicilia y tomase parte en el movimiento insurreccional que estalló en esta isla en 1857, y el mismo le denunció á la policia napolitana, solicitando al propio tiempo el honor de pasar á Sicilia, para contribuir, segun decia, á sofocar la revolucion. A pesar de toda su actividad no pudo conseguir el objeto, y entonces fue cuando para vengarse de un hombre que la costumbre le hacia mirar como enemigo, hizo fusilar á su esposa la noble y hermosa Estefana.

Son tales en Italia las pasiones de sus habitantes, que tanto el amor como la venganza no aparecen sino como frenesí; y si Max habia convenido en el sitio de la cita

no era por un sentimiento de valor, sino con la esperanza de conseguir su objeto.

Asi que llegamos á casa de Giacomo nos dirigimos en su compañia al lugar designado.

La mañana habia estado bellísima, pero cerca de mediodia las nubes se amontonaron encima de la bahia de Nápoles, los rayos del sol se disipaban lentamente y se preparaba una tempestad: nosotros atravesamos con trabajo aquel suelo desnudo y árido. Llovia en abundancia; el viento impetuoso nos hacia saltar de sinuosidad en sinuosidad y de barranco en barranco. El cielo se oscureció de tal suerte que apenas se distinguia á cincuenta pasos; los relámpagos que de tiempo en tiempo daban alguna claridad, nos hacian temer algun fracaso. De repente un vivo resplandor iluminó la cima de las rocas donde era la cita; Giacono se estremeció involuntariamente al reconocer á Max que se paseaba con tranquilidad en la plataforma.

El agua caia á torrentes, la oscuridad en que yaciamos fue disipándose por momentos, reemplazando á las demas nubes otras de color de sangre, y el horizonte se enrojeció despidiendo exalaciones que presentaban una perspectiva imponente.

En pocos minutos salvamos la roca y nos encontramos con Max que estaba sin padrinos.

Despues de habernos saludado se dirigió á Giacomo y le dijo:

—Doy gracias al cielo porque te ha conservado para mi odio, ahí tienes dos pistolas y dos espadas, puedes elegir.

—La espada, con la que es fuerte y seguro el golpe y la herida mas peligrosa, debiendo advertir que entre los dos será este un duelo á muerte.

—Acepto.

Toma Max las pistolas que arroja al precipicio.

—Esta es la señal del combate, gritó Max. Vamos!

Antes del combate nos propusimos intervenir para arreglar las condiciones del duelo, advirtiendo á Max que no tenia padrinos.

—En un duelo á muerte no se necesita mas padrino que Dios. He previsto vuestra objecion, y hé aqui mi respuesta. Nos entregó una carta en que declaraba haberse dado muerte voluntariamente.

—Creo, dijo Max, que estas condiciones satisfarán.

Arranca este una hoja de su libro de memorias, y escribió algunas líneas que presenta á Max.

—Ahora al combate, esclama Giacomo; no haya entre los dos mas tregua que la muerte, otra sepultura que el abismo que está á nuestros pies, ni otro adios que una maldicion!

Dicho esto se dirigió á nosotros suplicando nos alejásemos, que era inútil el compromiso. Todos nuestros esfuerzos fueron infructuosos, y nos retiramos.

Max se sonrie con ironía.

Giacomo está impasible.

—En guardia! gritó Max con voz atronadora.

—En guardia! repite friamente Giacomo.

Y empieza un combate terrible. Dos hombres estan uno frente á otro con el pecho descubierto: el de mas edad, ajitado por la esperanza de un horroroso triunfo, y el jóven animado por el odio que exhala en imprecaciones: el primero procura sepultar su espada en el seno de su adversario, mientras que el segnndo opone el acero á todos sus golpes.

Max se baja repentinamente hasta el suelo y arrójase despues sobre Giacomo; este para con la mayor sangre fria este golpe mortal, y le sepulta en seguida la espada en un costado al tiempo que recibe una estocada en el brazo. En el acto se empeña otra lucha entre los dos; lucha nueva y mas encarnizada que la primera. No era ya combate de hombres, sino de fieras cubiertas de sangre que se precipitan una sobre otra con la boca espumante y la vista inflamada, enmedio de las chispas que arrojan sus espadas y la lluvia que los inunda.

No pudimos por mas tiempo resistir este horroroso espectáculo: corrimos á separarlos, pero ya era tarde.

Debilitado Max por la pérdida de sangre que brotaba de su primera herida, acababa de recibir otra mas profunda; dió un agudo grito y cayó á los pies de Giacomo: sus ojos se cerraron, y el frio de la muerte heló sus venas.

—Triunfó la justicia! esclamó Giacomo, y lo arrastró sin piedad por los guijarros hasta el borde del abismo.

Algunos instantes despues se oyó el ruido de una masa que saltaba y se deshacia sobre las rocas. El ruido fue apagándose poco á poco y todo quedó en silencio.

Debilitado Giacomo por la pérdida de su sangre y por los terribles esfuerzos que habia hecho, se desmayó al lado del abismo que sirvió de sepulcro á los restos de Max.

Al momento lo trasladamos á la cabaña de un pastor, donde murió algunos dias despues de resultas de sus heridas.

B. S.

EL ARCO DEL VIOLINISTA FIORILLO.



Sobresalia entre las personas de calidad mas notables en Lóndres por su aficion á la música, á fines del último siglo el Baron de Bayge. Aquel escelente sugeto encontraba música en todo: si una puerta rechinaba sobre sus goznes, ó una silla formaba contra el suelo un estallido sonoro, al momento el baron melomano sacaba su libro de memoria y anotaba las inflexiones músicas correspondientes; en fin no habia en Lóndres vendedor ambulante, cuyo grito peculiar no se hallase reproducido en la estraña coleccion del Baron de Bayge. El estudio que habia hecho del arte no fue con todo esto sino muy superficial, y por lo mismo tenia que acudir amenudo á otro mas inteligente para que le anotara debidamente todos los sonidos bien ó mal espresados en su libro de memoria.

Despues de haber tenido á varios en calidad de sus secretarios de música, desempeñaba para con él estas funciones el célebre Fiorillo, violinista italiano de gran habilidad, y tan sencillo y cándido, como finos y astutos suelen ser por lo comun los mas de sus compatriotas.

A pesar de las tres horas diarias que dedicaba el Baron al estudio del violin, no pudo conseguir el tocar con afinacion, y su mano armonicida estaba reñida para siempre con el lúgubre bemol.

Fiorillo se desesperaba, y no sabia que hacerse ya con su discípulo, hasta que tirando este un dia su violin exclamó colérico: «Sí; demasiado tiempo he aguantado; pero, como ha de ser? Nada perderán los bemoles en haber aguantado."

—Qué quereis decir, Milord? dijo Fiorillo asombrado.

—Quiero decir que desde este momento me propongo hacer una mocion en la cámara alta, á fin de que mande á todos los compositores que supriman en adelante los bemoles en su música, bajo la pena de una fuerte multa.

—¡Graciosa será semejante proposicion! repuso Fiorillo riéndose á carcajadas.

—A lo menos será moral, señor mio, le respondió con dignidad el Baron. ¿No tenemos una ley contra los juramentos?

—Sin duda.

—Pues bien: si no hubiese habido bemoles, yo no la hubiera violado mas de mil veces desde que estoy estudiando el violin.

Cuando al cabo de tres años de un estudio tenaz llegó á poseer algun tanto el instrumento, y á ejecutar medianamente un solo de Jarnovich, menos los bemoles, declaró á Fiorillo que estaba decidido á dar á sus amigos las primeras muestras de su habilidad, y que asi le encargaba diese las disposiciones convenientes para celebrar un concierto en el Sábado inmediato.

Consiguiente á su designio, pasó el Baron esquelas de convite á los príncipes de la familia real, á los grandes dignatarios del

reyno unido, á los presidentes de ambas cámaras y al Lord Corregidor de la ciudad de Lóndres; y como era muy conocida su originalidad en la alta sociedad, todos aceptaron con un maligno placer el convite.

Llegó el dia señalado para el concierto. Fiorillo estaba muy pensativo, y apenas comia, á pesar de las reiteradas insinuaciones de la amable sobrina del baron que estaba desayunando con él.

—¿Qué teneis, caro maestro? le decia miss Betty.

—¡Ay señorita!, respondia el pobre profesor, tiemblo que Su Gracia comprometa esta noche mis veinte años de honrosa profesion.

—Y no es mas que ese el motivo de vuestra pesadumbre? M. Fiorillo ¿no teneis ya una reputacion bien acreditada? Creedme: si se rien, poneos tambien á reiros vos mismo, y el que mas se ria esta noche será el que venza y salga mejor.

No obstante cuanto le decia miss Betty, Fiorillo fue al ensayo del concierto lleno de miedo. Cuando llegó su vez al baron subió con todo desembarazo al sitio destinado para los que tocaban los solos, y sin aguardar á que empezara el *tutti*, hirió sin compasion la áspera prima de su violin.

Aquella fue una trapisonda espantosa; pero los músicos estaban pagados para adular al baron, y los aplausos que se le prodigaron, aunque dados con un entusiasmo algo irónico, le hicieron por aquel momento el mas feliz de los mortales. Hasta entonces todo iba bien; mas cuando llegada la noche reparó el baron entre sus convidados al hermano del Rey, primoroso violinista, y á su prima la duquesa de Cambridge, que pasaba por la primera profesora de su tiempo, se apoderó de él un terror pánico, y fue á verse con Fiorillo, mas este habia salido desde medio dia, y su criado no supo decir donde habia ido.

—«Vamos, dijo el baron, ya no tiene remedio: la suerte está echada, y tendré que tocar, salga lo que saliere!..... pero á lo menos me valdré del arco de mi maestro, puesto que sin miramiento alguno me abandona en tan crítico momento.»

Empezó pues el concierto con un magnífico coro de Handel que se desempeñó con mucho acierto: despues cantó la Mengotti divinamente una composicion de Paisiello, y fue conducida en triunfo á su asiento. El órden del programa señalaba en seguida el solo del baron, se adelantó temblando, saludó á la augusta reunion, y la orquesta principió el *tutti* que precede por lo comun á toda pieza destinada á que luzca un aficionado. El baron ejecutó con una espresion y un aplomo admirables la introduccion de su concierto. La asamblea toda que habia ido con intencion de mofarse, quedó sorprendida de asombro, y este se aumentó hasta lo sumo en toda la série de la pieza, que no desmintió el final. Todos se levantaron, ondearon los pañuelos, y se victoreó y palmoteó repetidas veces al dichoso baron, que apenas sabia lo que le pasaba, temblándole las rodillas y sudando á mares.

Al dia inmediato, cuando el ayuda de cámara del baron ponia en orden los instrumentos que habian servido en el concierto, reparó que las cerdas del arco de violin estaban llenas de sebo. Asombrado de aquella particularidad, se lo presentó á su amo, que tan confuso como él llamó á Fiorillo y le dijo enseñándole el arco: «Mi querido maestro: ahi teneis vuestro arco que tan bien me ha servido anoche, pues á no ser por él no se me hubiera nombrado esta tarde presidente de la cámara alta. Dejádmele como un recuerdo vuestro, y admitid de mi parte este corto agasajo» Al decir esto puso en sus manos el documento de un vitalicio de cien libras esterlinas.

—Pero decidme, añadió ¿por qué se halla este arco de este modo?

Fiorillo baja la cabeza sin atreverse á responder.

Tio mio, dijo entonces miss Betty, M. Fiorillo se ha escondido detras de un biombo, y era el que tocaba mientras vos esgrimiais con tanta soltura su arco sin resina!....

«¡Efecto extraordinario del amor propio! exclamó el baron que no dejaba por otra parte de tener talento. Estaba anoche tan fuera de mí, que creia que era yo quien ejecutaba tantos primores.»

S. P.

A CRISTOBAL COLON. (*)

Por tí en el alma entusiasmada siento
el estro hervir. Que lleve de la fama
la voz mezclada con mi voz el viento,
cuando en el mundo sin igual te llama.
Con tu fe presta al corazon aliento,
y con tu genio mi palabra inflama;
dame que arranque al libro de la historia,
Colon, un canto digno de tu gloria.

¡Mas, qué miro! ¡Oh dolor! Lágrimas vierte
de profunda afliccion bella matrona;
genio y poder le concedió la suerte,
rico manto real, áurea corona:
ora en su rostro el sello de la muerte
grabado está: sus manos aprisiona
cadena vil, y su fecundo seno
cubren heridas que enconó el veneno.

¡Es Italia! Del mundo fue señora,
y ya postrada por el suelo gime;
¿y quién ingrato su beldad desdora,
y su materno corazon oprime?
¿Quién el pasado beneficio ignora?
Como el sol, ella, alzándose sublime,
enseñó á las naciones y á los reyes,
ciencia, virtud y venerandas leyes.

Desde el romano capitolio fiera
el mundo dominó con sus legiones;
alta maestra de las gentes era,
de profano saber dando lecciones;
y presidió triunfante su bandera
el consorcio feliz de las naciones,
del águila cambiando el signo vano
por el signo de Cristo soberano.

Si ya humillada en secular combate,
la antigua gloria del poder latino,
el trono de los Césares abate
la fiera gente que del norte vino;
bajo la sacra enseña del rescate,
venciste, Italia, con valor divino
á la barbarie, y en su horror profundo
los restos del saber guardaste al mundo.

¡Ah! ¿Por qué glorias ínclitas evoco
que el revolver del tiempo ha disipado?
Modernas razas con orgullo loco
la madre insultan que les diera el hado.
No muerta Italia aun, mas sí con poco
aliento, el cetro y su blason preciado,
á nuevos pueblos entregar debia,
á quienes ya su luz sirvió de guía.

Las naciones adultas el tesoro
quieren verter de la alma inteligencia,
y con sus naves por el mar sonoro,
llevar al Indo, cuna de la ciencia,
de los doctos bramines con desdoro,
nuevas artes y mística creencia,
que aclara los misterios del Eterno,
y el monstruo humilla del profundo Averno.

Italia entonces se levanta y mira
al mejor de sus hijos; en su frente
sagrada llama de entusiasmo espira,
y de ciencia y virtud noble torrente.
¡Era Colon! Ya en torno suyo gira
el genio creador, ya en su valiente
corazon lleva el estupendo anhelo,
con que la creacion desgarró el velo.

(*) Creemos leerán con gusto nuestros suscritores la presente produccion del jóven literato Sr de Valera, escrita por el autor despues de haber leido la del Sr. Garcia de Quevedo, cuando ya habia espirado el plazo designado para la presentacion del certámen.

Tú no quieres, Italia, que en mezquino
círculo ruede la virtud eterna
que á los pueblos legaste, y que el destino
con alto fin de perfeccion gobierna.
A su impulso abres ya largo camino,
y haces que el genio de Colon discierna,
un nuevo mundo, que sustenta ufano
en sus hombros el gran padre Oceano.

Mas ¿qué nacion habrá de esfuerzo tanto
que la fe tenga que Colon desea,
que preste auxilio al pensamiento santo,
y la nueva verdad alcance y crea?
Hundida Italia en mísero quebranto,
¿cómo pudiera dar cima á su idea?
¿Dónde encontrar los ínclitos varones,
á tanta empresa dignos campeones?

¡Cuántos años de afan y de constancia
gastó en su busca el genovés glorioso!
Mas ¡ay! que hallar no supo la ignorancia
ojos con que mirar tanto coloso.
Lo despreció la vanidosa Francia,
no lo creyó el britano codicioso,
y para fecundar su pensamiento,
quien careció de fe no tuvo aliento.

Y allá en el fondo de su grande alma,
el piloto inmortal sintió la fria
mano del desengaño, que la palma
iba á robarle que soñado habia.
Mas la santa virtud sus penas calma,
su corazon reviste de energía,
y la esperanza baja desde el cielo
á darle con su bálsamo consuelo.

Y de trompas entonces y timbales
magnífico rumor el mundo llena,
rasgan el aire cánticos marciales,
y el rudo choque de las armas suena.
En las tierras de Europa occidentales,
sobre la orilla del Genil amena,
tremendo lucha con la gente mora,
pueblo que el nombre de Jesus adora.

El pueblo de Sagunto y de Numancia,
que del amor de Cristo poseido,
por siete siglos con sin par constancia.
su patria y religion ha defendido:
Libia mandó con bárbara arrogancia
sus fieros hijos en raudal crecido,
veces mil en su daño, mas valiente
fue valladar su fe del gran torrente.

Sin la española fe y el heroismo,
los hijos de la ardiente Mauritania
penetraran de Francia al centro mismo,
no hallando otro Martel en Septimania;
y hasta hubiera abrasado el islamismo
el corazon helado de Germania;
mas Dios le opone el español coraje
para salvar su ley de tanto ultraje.

Cuando de Iberia la indomable raza
va á poner fin á la feroz pelea,
y el vigor con que al árabe rechaza
ya en nuevos triunfos consumir desea;
Colon la causa de Castilla abraza,
y por ella combate, pues su idea
realizar debe el gran valor de España,
solo capaz de tan egregia hazaña.

Al Señor demos alabanza y gloria,
pues dotó á España de la fe profunda
que hizo tan grande su sangrienta historia,
y en beneficio de Colon redunda.
Y demos alabanza á la memoria,
que nunca el tiempo en sus abismos hunda,
de la muger divina, cuya mente
leyó del genio en la inspirada frente.

¡Era un genio tambien! Joyas, aliento,
vida da al genovés. Ya Colon vuela
á preparar las naves que su intento
han de llevar al término que anhela;
ya se mira en el mar, ya empuja el viento
el lino de su rauda carabela;
por incógnitos piélagos avanza,
radiante de entusiasmo y esperanza.

Señala el rumbo, vence á la tormenta,
domina el viento, y de la mar sañuda,
doma el seno irritado que sustenta
por la primera vez la carga ruda
de osadas naves; elocuente alienta
á quien temblando de su genio duda,
y á Dios levanta el corazon sublime,
para que de su espíritu lo anime.

¡En sus esfuerzos últimos lo guia
un serafin de la estrellada esfera!
Pero ya nace el venturoso dia,
y el mundo alumbra que Colon espera;
ya saludan con voces de alegría
los marinos la mágica ribera,
y de los montes el perfil colora
y en el sereno azul pinta la Aurora.

Colon entonces en el pecho siente
dicha mayor que cabe en pecho humano,
piensa tocar al cielo con la frente,
ve temblar á sus pies el Oceano,

y hasta imagina en la orgullosa mente,
ser creacion de su genio soberano
y de su voluntad, la tierra ignota
que del frio centro de los mares brota.

Mas rápido cual cruza por el viento
brillante aborto de encendida nube,
se disipó su vano pensamiento
que del Averno le inspiró el querube.
A Dios eleva con humilde acento
accion de gracias que al empíreo sube,
y de hinojos sus glorias y su ciencia
humilla ante la sabia omnipotencia.

Nunca, desde que al dar forma la mente
del Eterno á su idea, la hermosura
admiró de sus obras refulgente,
tanto el Señor se complació en su hechura,
vertió á raudales en la augusta frente
del que asi lo ensalzaba su luz pura:
dirigió una mirada de amor lleno
al hombre aquel, *y vió Dios que era bueno.*

JUAN VALERA.

EMIGRACION DE LAS AVES.



En la estacion de la primavera, cuando vemos toda la naturaleza vivificada por los rayos benéficos del sol, recobrando los bosques los honores frondosos que habian perdido con el frio del invierno, cubriéndose los valles con el manto de verdor con que el Criador les ha dotado, las plantas despertando del letargo hiemal, vistiéndose de hojas y desembotonando sus flores para matizar los jardines, adornar las arboledas y formar el cuadro mas pintoresco y agradable á la vista, llama principalmente nuestra atencion la variedad de pájaros que aparecen en aquellos apacibles dias, á los que vemos saltando de rama en rama ó revoleteando sobre sus alas, saludándose unos á otros con el mayor contento. ¿Dónde han estado estos habitantes del aire durante el invierno? En otros paises sin duda, á donde han sido llevados por la inclinacion ó forzados por la necesidad; mas ¿por qué vuelven á un pais que abandonaron espontáneamente ó del que fueron espelidos por la necesidad?

Es lástima que entre las muchas personas aficionadas á la caza de aves no haya algunas que tomen interés en el estudio de la emigracion de las aves, pues las frecuentes observaciones que tienen oportunidad de hacer les habilitaria á averiguar las causas y carácter de estas aves llamadas de paso. Si por los efectos podemos juzgar de las causas, debemos suponer que las dos razones mas principales para pasarse las aves de un pais á otro, son, procurar alimento para vivir, y hallar conveniencia para multiplicar. Que la escasez mueva á los vivientes de un pais estéril á otro abundante, es fácil de comprender; pero que esta mudanza se haga periódicamente á un mismo tiempo, de comun acuerdo entre todos los individuos de cada especie, y otras circunstancias singulares es lo que nos maravilla. Aun cuando supongamos memoria en las aves que han venido de otro pais, ¿cómo conocen los pájaros que han sido criados en nuestros campos ó en nuestras casas, como las golondrinas, por ejemplo, cuatro ó cinco meses despues de haberse emancipado y aun perdido el conocimiento de sus padres, que han de hallar mas alimento y mejor clima en paises distantes donde nunca han estado?

¿y porqué han de partir á un mismo tiempo cada año de Rusia, Alemania, Inglaterra ó España, aunque la temperatura continue, y abunde el mantenimiento? ¿Quién les notifica el bando de la emigracion, y les señala el tiempo en que se han de juntar en la costa del mar para hacer la travesia de un continente á otro? Muchas veces se han visto ejércitos numerosos de pájaros en la costa septentrional del Mediterráneo por un dia, y al dia siguiente todos han desaparecido sin quedar ni uno solo por tímido, perezoso ó inválido: otras veces se ha observado que guardan un rigoroso ayuno por uno ó dos dias antes de partir, pues cojidas algunas docenas antes de tomar el vuelo para emprender su viaje, no se les ha hallado en los buches grano ni yerba alguna, aunque esta última abunde en el campo que ocupan. Y si todas desaparecen á una misma hora, ¿quién les hace señal para tocar la marcha, levantar el campo, y ponerse todo el ejército en vuelo al principio de la noche? ¿Quién les dirije el rumbo en las tinieblas? ¿Quién las guia en la mañana siguiente tan en derechura, sin ver la tierra á donde se dirigen? La respuesta comun es:—« El instinto, que suple por la razon."

Hasta las circunstancias mas minuciosas de estas emigraciones son dignas de contemplarse: las aves menores que pasan de Europa al Africa como la codorniz, el chorlito, la golondrina y otras, siendo en número tan crecido, hacen su viaje en peloton, porque el vuelo unido de todas alivia al de cada una, y asi transitan gran número de leguas como nubes que se van perdiendo en el horizonte; pero las aves menores de paso que bajan del Norte al Mediodia como las grullas, cigüeñas, gansos y otras especies semejantes, siendo su número comparativamente corto observan disciplina en la marcha. Junta la carabana para el tránsito se divide en escuadras, y formándose cada division en esta figura > con un capitan al frente, siguen los demas en las dos líneas, rompiendo el gefe el aire, y facilitando el vuelo á los que siguen. Cuando el que hace cabeza está fatigado se pone á retaguardia, y el que era segundo toma inmediatamente el puesto: asi van en la mas exacta disciplina, hasta que concluido el turno quedan formados en línea hasta la hora de reposar ó principiar otra nueva evolucion, si no hay tierra firme donde hacer alto. En estas marchas no hay fingimiento, ni compulsion ni flojedad: todos conocen su deber, y cada uno desempeña su tarea.

Vueltas estas aves al pais donde han nacido, todo es regocijo en los campos; los bosques y aun las poblaciones de los hombres resuenan con sus gorgeos, y preparándose para cumplir con el único precepto de que es capaz su naturaleza, parecen dar nueva existencia á la creacion. Las unas obsequian á las otras; cada pareja contrae la union conyugal mas fiel y sincera: celebran los desposorios con la mas dulce melodía, y dan principio á los deberes de su nuevo estado edificando con la mayor solicitud la casa para criar su nueva prole. Cada especie forma el nido con un diseño particular, y siempre con los mismos materiales. Nunca sale el edificio demasiado grande por ambicion, ni muy chico por flojedad: jamás está sobrecargado por abundancia de material, ni endeble ó ruinoso por ignorancia: no ocupa mas espacio que el necesario, ni le falta cosa alguna conducente al abrigo y seguridad de sus hijuelos. El número de la familia que ha de contener, la temperatura del clima, y el calor natural del cuerpo de la madre, son las reglas en que se funda la arquitectura nidal, y la delicadeza de los hijos sirve de guia para el adorno interior. ¿Quién dice á estas criaturas que han de poner huevos? ¿quién las revela el número de hijos que han de tener? De dónde saben que si el nido es muy grande se disipará el calor necesario para la empollacion, y si pequeño no podrá contener los polluelos cuando crezcan?

El águila, el buitre y el cuervo, en la construccion de sus nidos solo buscan firmeza, y esta la hallan en los palos entretegidos, sin mas adornos que algunas pajas, lecho apropiado para endurecer los jóvenes destinados á hacer una guerra perpétua; pero el ruiseñor, el canario y el gilguero solo procuran blandura, y apenas los satisface los hilos de algodon y seda, pues se arrancan las plumitas mas finas del pecho para alfombrar la cuna de unos hijos que aun en la esclavitud son servidos por manos delicadas. El sitio donde anidan es tambien análogo al carácter de cada especie: el águila no temiendo á ningun viviente, forma su fuerte enrejado en una robusta rama al descubierto: la cigüeña, como centinela esperta, fabrica su garita en el ángulo

de una torre, donde en caso de peligro pueda sonar el alarma, y llamar a su compañero con el repique de su matraca; y la golondrina, fiada en la predileccion del labrador, se entra en su casa y aun en su dormitorio; escoje un rincon, y construye su tribuna, donde chirrea en libertad y cria sus hijuelos entre la bulla y gritos de los muchachos. Algunos pájaros requieren un nido firme, y hechos carpinteros taladran el tronco de un árbol hasta formar el hueco que necesitan: muchos prefieren el suelo, bajo el escondite de una planta, mientras que otros no creyéndose seguros en el suelo ni entre las ramas de los arboles, cuelgan su nido de un tierno y flexible pimpollo, á donde no pueda llegar el mochuelo salteador, la astucia de la culebra, ni la malignidad del mono. En las costas del rio Paraná y otros parajes de la América se encuentran amenudo nidos en figura de bolsa, suspensos de las ramas de un tejido delicado, y una abertura la mas regular.

S. P. E.

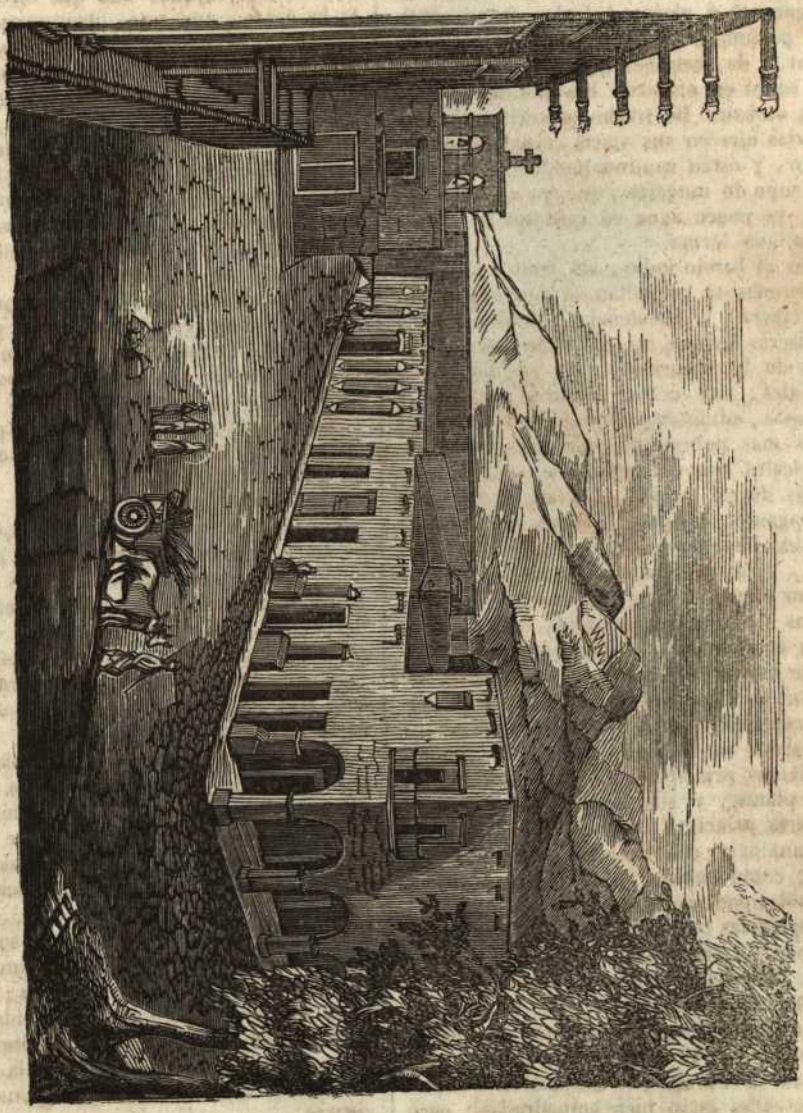
TEPIC.



Todos los viajeros que han visitado el territorio de la república Megicana, se han detenido con particular complacencia en Tepic, y han hecho de esta ciudad y sus cercanias, descripciones mas ó menos exactas y pintorescas; pero entre todos, ninguno la ha hecho mas circunstanciada, ni que contenga pormenores mas curiosos é interesantes, que el ilustrado escritor D. Vicente Calvo, en un artículo que publicó en el *Semanario Pintoresco* de 1845, y del cual nos permitimos tomar los siguientes párrafos.

Tepic, ciudad principal del departamento de Jalisco, á mas de 500 leguas de Méjico, es una de las mas bellas de aquella república, y que en nuestros dias va adquiriendo la importancia comercial á que está destinada por su situacion geográfica, á pocas leguas del mar del Sur y del puerto de San Blas. Hállase situada en las fértiles llanuras de un estendido valle, rodeado de un cinturon de cerros en que descuellan las montañas tan renombradas de Sangüey y de San Juan, cuyas empinadas crestas se pierden en los vapores de una atmósfera polvorosa. Al pie de la ciudad se desliza serpenteando, como un cordon de plata, el rio de Tololotlán ó Santiago; que atraviesa de Norte á Sur toda la república mejicana, vivificando primero sus cristalinas aguas los contornos de tan risueña poblacion, haciendo de ellos á la par una huerta continuada y natural de naranjos, limones, aguacates, chirimoyas, guamuchiles, frutas todas de esquisito gusto.

Ciertamente de los muchos pueblos de la república que he recorrido durante mi vida nómada, no he visto poblacion tan hermosa y tan pintoresca como esta moderna y coqueta ciudad, que vista desde lejos presenta un aspecto oriental. Al acercarse á ella, cuando se la mira por el lado del



Vista general de Tepic.

camino de Guadalajara y por la loma de la Cruz, el golpe de vista es magnífico. Sus inmediaciones están rodeadas de deliciosos jardines, que parecen salir como por ensalmo de enmedio de los senderos para coronar y sombrear sus arrabales. Todo es allí encanto y placer; el aire es un continuo perfume, el suelo está cubierto de azahar y de jazmines que el viento esparce, como en nuestros bosques se lleva las hojas otoñales. De trecho en trecho, arroyos y norias ofrecen sus aguas cristalinas al pasagero, y están continuamente cercados de un grupo de mugeres, que ya se lavan los pies, ya cogen agua en cántaros de barro de antigua forma.

En el barrio indio, sin embargo, tristes escenas se presentan al ojo observador del viagero; la indolencia, el abandono y la miseria forman un contraste con las bellezas de la naturaleza que circundan los arrabales; sus calles sombrias, sucias y tortuosas, adimiten solo comparacion con las aldeas mas pobres de nuestras provincias. Los jacales son de lodo, con ventanas enrejadas de un tamaño reducido y de figura estravagante. Algunos postigos suelen estar pintados de encarnado. Son estas casuchas bajas, y las puertas abocinadas y formadas con un cuero de vaca, se dan un aire á las puertas de nuestros establos, las cuales se hallan generalmente obstruidas por un monton de inmundicias. Otro es el aspecto del interior de la ciudad; sorprende desde luego á cualquiera la riqueza y elegancia que se observa en las habitaciones de algunos negociantes principales, las que con sus tejados planos, y sus jardines inmediatos á la puerta principal, no dejan de tener alguna analogia con los edificios turcos. Las casas, como sucede en la mayor parte de las poblaciones de la América española, están repartidas por manzanas, y generalmente tienen un solo piso, cubierto con una azotea. Todas las manzanas tienen igual estension, y forman calles rectas de muchas varas de ancho, cortándose unas á otras en ángulos rectos. El espacio perpendicular de las casas en Europa, es horizontal en Tepic.

Las calles están bien empedradas, pero mal alumbradas por la noche, durante la cual patrullan serenos.

Los edificios públicos nada tienen de grandioso é imponente. El Ayuntamiento, la cárcel y el cuartel son de una estructura sencilla y pequeñas proporciones. La plaza es un cuadrado perfecto, rodeado de bellos y simétricos portales, ocupados por el comercio de todo género. En su centro se eleva un surtidor, cuyas aguas se derraman en una fuente de mezquina construccion. Durante el dia, apenas uno que otro viandante la cruza, uno que otro carruage, cuyas ruedas retumban como un trueno lejano. Pero en cambio nada hay comparable al golpe de vista que ofrece en las suaves y deliciosas noches tropicales. Una linda concurrencia, que entre el susurro de la brisa en los árboles y el murmullo de la fuente, discurre dulce y apaciblemente por sus anchas banquetas, ya ensaya tiernos amores, ya se ocupa de empresas mercantiles.

En uno de sus frentes, en la parte que mira al Este, se halla la Iglesia parroquial, y cuyo ornato esterior es triste y descarnado, cual ninguno, asi como su interior, se compone de una sola nave con tres altares desnudos de adornos: una torrecilla cuadrada, que fue construida á principios de este siglo en el ángulo derecho, termina el pobre cuadro del templo.

Las demas iglesias, con raras escepciones, no han sido ni son otra cosa (como en todos aquellos paises internos,) que edificios mas ó menos capaces, mas ó menos firmes y decentes, donde vá el cristiano á dar culto á Dios, y el devoto á colgar su ofrenda, pero donde el mero artista nada tiene que admirar. La arquitectura y la pintura han sido ignoradas en todo el distrito hasta la presente época.

Asi pues, seria en vano hablar de las pobres capillas de nuestra Señora de Guadalupe, del santuario, y de la de nuestra Señora de los Dolores; creo baste indicar, que se componen como la iglesia mayor de una sola nave, con un altar sencillo en cada una de ellas.

A poca distancia de la plaza se halla el mercado, que está superabundantemente surtido de pescado, fruta, vegetales, &c. Los puestos están generalmente bajo toldo de forma circular, algunos tienen casillas, y las escenas que este sitio ofrece por la mañana, son de las mas animadas que puede imaginarse.

Nada hay mas pintoresco y risueño que los alrededores de Tepic; el valle está cubierto de una alfombra verde, sembrada de diferentes flores silvestres; irregularmente variado por suaves colinas, que elevándose del nivel de las aguas, quedan en una este-

rilidad absoluta; porque en aquella parte del mundo son sinónimo *riego* y fertilidad, *secano* y falta de vegetacion. Pocos puntos de vista pueden presentarse de mayor efecto que los que se gozan desde sus eminencias. De un lado se divisa el antiguo convento de la Cruz, venerable, silencioso y desamparado en medio de sus ruinas. De el



Capilla del campo-santo de Tepic.

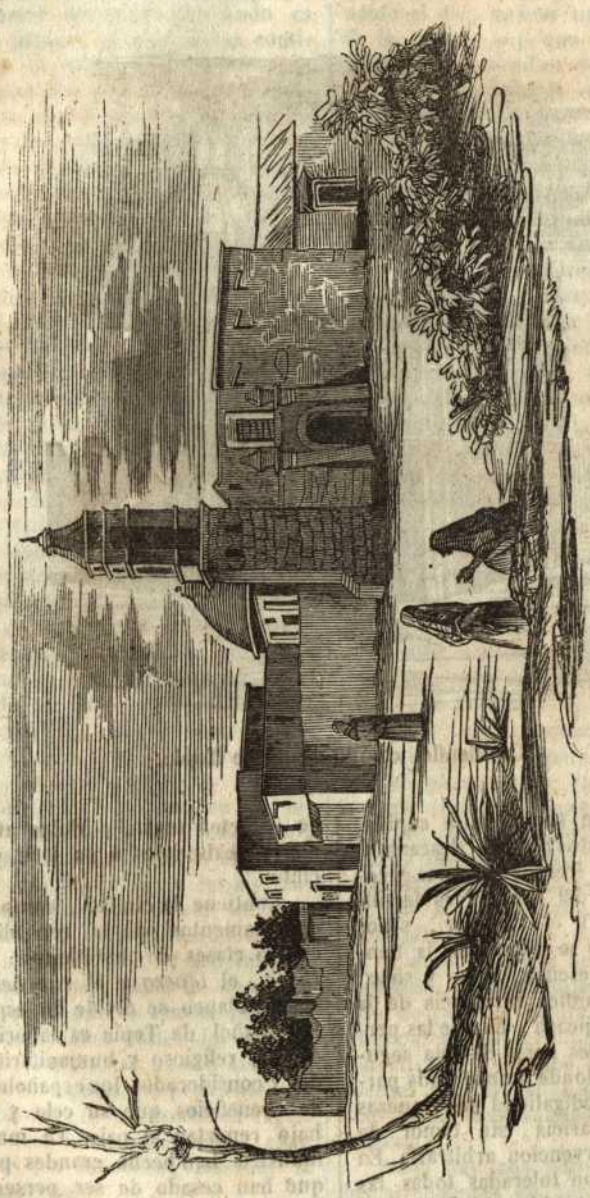
otro el cementerio con su hermosa capilla, imponente por los restos que allí descansan. En las tierras bajas, fresnos, álamos y robles señalan el curso del rio que las fertiliza. A lo lejos Jalisco y el Platanar, sitios deliciosísimos, en que se respira en la temporada de calores, frescura, amor y solaz.

Tepic es quizá la única residencia de la moderna república mejicana, en que las personas y las propiedades gozan de una seguridad completa, en donde puede cada particular disipar con prodigalidad sus riquezas ó acumularlas con avaricia, sin temor de ser vejado por la intervencion arbitraria. En Tepic no solamente son toleradas todas las religiones, sino que tambien son ejercidas con igual libertad. El europeo, el asiático y el africano, si no infringen las leyes establecidas en el pais, disfrutan de iguales privilegios que sus pacíficos moradores, cuyo carácter suave y dulce atraen cada dia nuevos habitantes á su feliz y delicioso recinto.

Contiene la ciudad, como casi todos los departamentos de la república mejicana, cuatro clases de habitantes; el *blanco*, el *indio*, el *lépero* y el *ranchero*.

El blanco se divide en español y criollo. El español de Tepic es laborioso, emprendedor, religioso y humanitario. Son respetados y considerados los españoles por los grandes beneficios que su celo y aficion al trabajo reportan al pais. La manufactura y la industria han hecho grandes progresos desde que han cesado de ser perseguidos por el supremo gobierno de Méjico.

El americano es un poco indolente, vicioso y amante del juego, y por lo comun generoso, hospitalario, benéfico, desinteresado, y de un caracter dulce é independien-



Convento de la Cruz en Tepic.

te; nótaseles por lo regular el ser de entendimientos claros y comprensivos, hábiles, despiertos é ingeniosos.

La sociedad de aquella ciudad es sumamente agradable; los forasteros y naturales se unen y contraen mas relaciones en ella que en ninguna otra ciudad de importancia de la república mejicana; circunstancia que proporciona una vida alegre y llena de delicias.

Tal vez el número proporcional de mugeres hermosísimas es inferior en Tepic que en el Pitic y algunos otros pueblos de América; pero las maneras encantadoras de las Tepiqueñas seducen de tal modo al hombre, que no tienen competidoras en ningun pais.

Las Tepiqueñas tienen ojos negros é irresistibles, gracioso personal, maneras elegantes, y unen á la viveza interesante la dulzura mas encantadora. Son de estatura mas bien alta que baja; desde muy temprana edad se hacen púberes, y se casan muchas á los catorce ó quince años. Son sumamente fecundas; suelen tener bastantes hijos; su embarazo es feliz, y de pronto restablecimiento.

Todas visten con gracia, y nada hermosea tanto sus airosos cuerpos como el rico Tapalo matizado de flores de colores, ó el rebozo fino de seda, que rodean al cuello, á la manera que nuestras lindas madrileñas se colocan la moderna é ilusionadora nube.

Los hombres y las mugeres son tan hábiles como los de Méjico. Las señoras siguen con escrupulosidad las modas de Paris y Lóndres, escepto el andar con la cabeza destapada por la calle, é ir siempre de negro y con mantilla á la iglesia, con toda la severidad del trage español.

Por lo regular pasan una vida sedentaria y laboriosa, muy distinta de las mejicanas, á quienes la intriga ó el placer atrae constantemente fuera de sus casas. Las señoras de Tepic hacen sus vestidos por sí mismas y con una perfeccion que sorprenderia á las modistas de Europa. Bailan con gracia y decencia, son afectas á la música, y la cultivan con éxito.

En los bailes caseros, la música que se emplea es generalmente de arpa, guitarra y jaranita, instrumentos propios para los cantos de los criollos, que sin ser tocados con mucha inteligencia, tienen para las gentes un encanto arrebatador; regularmente estos bailes degeneran á media funcion en fandangos, boleras y jarabito, (baile de menudos y compasados movimientos) que guarda perfecta consonancia con el gracioso punteado de la bandurria, que le sirve de estímulo y de guia. Un baile de tono es en Tepic un asunto de alta importancia.

El teatro es un edificio bien arreglado y agradable, en el cual se representa dos veces á la semana por cómicos mejicanos. Hay la notable costumbre de que en los entreactos se permite el fumar, porque es tan general el uso del cigarro, que se ve con frecuencia en boca de las mugeres ó puesto detras de la oreja, como se colocan la pluma los escribientes y mozos de las tiendas. Las mugeres se particularizan en el método de aspirar el humo que arrojan por la nariz. Una de las finezas particulares que practican con las personas á quienes profesan familiaridad y estima, es el encender por sí los cigarritos, y repartirlos entre las que están de visita, aunque sean de respeto; y de rehusar de admitirlo, se avergüenzan teniéndolo á desaire, por cuya razon no se aventuran á ofrecerlos si no es á las que saben lo usan. Sin embargo, se ocultan de los que no tratan con franqueza, lo que prueba que la costumbre va decayendo, aun entre las antiguas elegantas.

Tienen tambien luchas de gallos, durante las cuales se atraviesan gruesas sumas. Hay una especie de teatro en Tepic para la riña de estos animales. No ofrecen grande distracion tales entretenimientos, porque antes de ponerlos á pelear, les atan unas cuchillas muy afiladas en los espolones, de forma que al primer choque mueren el uno ó el otro gallo. Pero es notable que estas contiendas no son sino un verdadero juego para arrebatarse unos á otros el dinero; asi es que antes de empezar la riña, se colocan en dos grandes filas los espectadores, apostando unos gran cantidad y otros en pequeñas sumas por el gallo contrario. Suéltanse los dos adalides; muere el uno antes de dos minutos y la diversion se convierte en un juego de monte: ó de cara y cruz. Los léperos, los indios por naturaleza holgazanes y codiciosos, acuden como moscas á estos sitios *perniciosos*, á *consumir* lo que tienen y lo que pueden adquir prestado ó robado, abandonando sus mas sagradas y perentorias obligaciones. Ademas, pasan muchas horas, tanto en su casa como en la gallera, enseñando á un gallo á reñir y á no tener miedo de las gentes, ó examinando á los demas gallos, para conocer por

ciertas reglas y señales cuál ha de triunfar ó sucumbir. Es muy comun ver en las calles de Tepic á un hombre en cuclillas, con uno de estos animales, á fin de acostumbrarle al bullicio, para que no se distraiga ó asuste luego en la palestra. Hay hombre que no hace ni piensa mas que en los gallos.

La aficion á las corridas de toros, introducidas por los primeros españoles, se conserva en toda su fuerza; el anuncio de la proximidad de una de ellas, produce en Tepic un movimiento y alegria en todos sus habitantes, de cualquiera clase ó condicion que sean. El dia que se verifica, las calles están llenas de gente, que apresuradamente se dirigen á la plaza, poseidos de la mayor alegria, y los habitantes de las inmediaciones, vestidos del modo mas vistoso, aumentan la concurrencia y contribuyen á darla interés.

La funcion se ejecuta como en España, con sus correspondientes compañías de picadores, banderilleros y matadores, á escepcion de capear el toro á caballo, que es únicamente usado en la América; y ciertamente solo allí podria hacerse, porque en ninguna otra parte del mundo, ni la agilidad de los caballos ni la destreza de los ginetes lo permitiria.



Interior de una casa en Tepic.

LAS DOS MUGERES DEL MARINERO.

En aquella parte de Marsella conocida con el nombre de la Ciudad Vieja, y que está construida en la pendiente de una colina, cuyas calles descienden en escala hasta la *Torrecilla* y el puerto, contigua á la habitacion que aun hoy dia se llama la *casa de Milon*, y en donde la tradicion pretende que este malhadado cliente de Marco Tulio pasó el tiempo de su destierro, existe una casita casi idéntica á la de Milon, y tan estrecha, tan miserable como este resto de la antigüedad. Allí vivia pobremente en 1824 la esposa jóven de un marinero con dos criaturas de corta edad. Hallábase Maria en aquella penosa situacion, harto comun por desgracia para las mugeres de marinos, y que quince años ha era menos rara aun de lo que lo es en el dia porque Argel no era una colonia francesa, y la piratería de los argelinos, contenida un momento por la espedicion de lord Exmouth, habia vuelto á empezar con nuevo vigor. Miguel, marido de la solitaria jóven, habia partido en un ligero jabeque que se dirigia á Liorna sin que volviese á saberse ni de él, ni del jabeque, ni de la tripulacion. Lloraba Maria á su esposo sin saber precisamente si tributaba sus lágrimas á un difunto ó solo á un ausente; quizá Miguel yacia sepultado bajo las turbulentas olas del Mediterráneo; quizá vivia oprimido bajo el peso de la tirania africana y regaba con agua y sangre la hortaliza de un dey ó de un agá.

Interrogado el cónsul francés por las autoridades de Marsella, no pudo dar una respuesta satisfactoria, porque los argelinos, de vuelta de sus espediciones, tienen siempre buen cuidado de desembarcar en alguna bahía desierta, repartirse el botin en la misma playa, y luego cada uno se encarga de introducir su parte en el interior de las posesiones. Como una desgracia incierta nos encuentra siempre dispuestos á pensamientos nuevos, Maria empezó por estrechar á sus hijos en sus brazos, lloró con sus huerfanitos, y despues lloró sola viéndose privada de su primer amor antes de que el tiempo hubiese mitigado sus ardores: pensaba sin cesar en su Miguel, arrogante y osado marinero, en su gallardo continente, en sus rasgados ojos negros, en sus perfectos dientes y en la envidia de sus compañeras cuando la prefirió á todas ellas, y la condujo triunfante desde la casa paterna á la iglesia de San Lorenzo. Despues de las lágrimas tributadas al marido, recordaba tambien los consejos de su madre.

—No te cases con un marinero, le decia la prudente matrona; equivale á no tener marido tener uno que duerme en el mar en vez de recojerse en el lecho de su esposa; un marido que para ganar la vida ha de estar ausente, que viaja á paises estrangeros, y que no pocas veces mantiene una segunda familia, ademas de volver luego con cara de Neron porque su misma culpa le hace desconfiado.

Finalmente reflexionaba Maria de cuando en cuando si se acabaria para ella aquella viudez prematura; porque á la verdad que siendo jóven y bonita no es muy grato encontrar todas las noches solitario el tálamo nupcial

despues de un dia entero de trabajo y privaciones. Juan, un amigo de su marido, casi tan buen mozo como él, aseguraba que Miguel habia muerto, y ofrecia su mano y se prestaba á ser el segundo padre de las dos criaturas. Otro hombre habia de edad provecta y administrador de la parroquia, que hacia á Maria ofertas mas seductoras tal vez, pero menos honrosas: queria sacarla de la casuca que habitaba, comprar en su nombre una bonita quinta en las inmediaciones de la ciudad, y en cambio de esta y otras varias condiciones muy ventajosas que la propuso, no exigia mas prerogativa que la de pasar con ella una parte del sábado y el domingo entero.

Maria, acongojada y sin consuelo, rehusaba las ofertas de Juan que era marinero como Miguel, y empezaba á prestar mas atencion á las proposiciones del administrador, hombre rico, viudo, y á quien por consecuencia podria atrapar para el sagrado vínculo y reparar de esta suerte con el porvenir sus padecimientos presentes. Verdad es que no habia que pensar en amor, pero en cambio satisfaria su vanidad, su orgullo, aseguraria la suerte de sus hijos, podria convertir en basquiñas de seda el sayal de pescadora, y divertirse, comer y regalarse sin trabajar.

Tambien es menester que la hagamos la justicia de decir, que en la adopcion de este partido se llevaba la máxima de una fidelidad viciosa, pero real á la memoria de su marido: casarse con Juan era desterrar para siempre su primer amor; escuchar al viejo, por el contrario, era casi casi guardar á Miguel la fe jurada, era inmolarse; porque, cómo era posible que ella amase á un hombre con peluca? Entre aquellos dos pretendientes, si la misma sombra de Miguel hubiera podido ser consultada, indudablemente hubiera dado la preferencia al viejo rico sobre el jóven pobre.

Con estas reflexiones, la todavia virtuosa y pura consorte, iba disponiendo su caida mientras daba vueltas al huso, cuyo zumbido arrullaba á sus dos hijuelos. Sin embargo, luchaban violentamente en su alma el pudor y el vicio, y se pintaban en su semblante los esfuerzos del combate; pero la pobreza, esa pérfida consejera, estaba siempre delante de ella señalándola con el dedo su cáñamo agotado, la lámpara sin aceite, las paredes desnudas, vacia la alhacena y sus niños cubiertos de andrajos, y entonces gemia, lloraba, se le venia á la memoria el amor de Miguel, y se proponia ofrecer un cirio á la Virgen para que ardiese por el pronto regreso de su esposo, ó por el descanso de su alma. De repente rechinaron los goznes de su puerta, percibió algunas palabras en un idioma estrangero, y por último, oyó pronunciar su nombre distintamente.

—Maria! Maria!

Era la voz de Miguel!

Corre, se precipita, abre, en efecto era Miguel; entró seguido de un personaje envuelto en un albornoz que ocultaba enteramente su talle y facciones, y tan encorvado, tan abatido por la fatiga que la primera diligencia del marinero fue levantar el cobertor del lecho de Maria, tenderle en el suelo á guisa de tapiz oriental y colocar en él á su exánime compañero; en seguida se arrojó en los brazos de su esposa. Mirábale y remirábale ésta sorprendida; era en efecto la voz de Miguel, era su estatura, pero el marinero, el provenzal se habia convertido en el opulento argelino; estaba su tez tostada por el sol de Africa; un birrete rojo apenas alcanzaba á cubrir su cabeza afeitada; llevaba grandes vigotes, las piernas desnudas, ancho pantalon blanco y un jubon de raso encarnado magníficamente bordado de perlas y oro; entre los pliegues de su faja de riquísima cachemira asomaba el mango de un escelente puñal, todo incrustado de diamantes y esmeraldas, y brillaban en sus musculosos dedos soberbios anillos; se le hubiera creido á primera vista el mameluco preferido de algun dey, ó el genízaro favorito de un sultan.

—¿Eres tú, Miguel? esclamó Maria deslumbrada con aquel lujoso traje que chispeaba al rojizo fulgor de la lámpara, ¿eres tú? Santa Madre de Dios, ¿y eres cristiano?

—Jamas dejé de serlo, contestó el marinero arrojándose con delirio á sus dos hijos, y levantándolos en alto y besándolos á pesar de sus gritos y terror.

Luego que los pudo hacer callar y que Maria estuvo algo mas tranquila, se anticipó Miguel á todas las preguntas y refirió lo siguiente:

Escúchame con atencion Maria, la dijo, y no me interrumpas: luego que concluya de hablar, podrás tomar el partido que mejor te convenga, es decir, ó pasar toda tu vida conmigo, ó verme ausentar para siempre lejos de tí, para irme á vivir á Tolon ó

Nápoles, porque mis ojos necesitan tener siempre delante el potente piélago.

—Abandonarte! esclamó Maria, á quien parecia Miguel mas gallardo que nunca, con aquel trage de oro y pedreria, abandonarte! jamás... Ah! si supieses cuanto han trabajado algunos para hacerme ....

—Pues escúchame, dijo Miguel: Partimos como ya sabes, un año ha, en el ligero jabeque el *San Pedro* con direccion á Liorna, y apenas hubimos perdido de vista las costas de Marsella, se levantó una ventisca que nos obligó á pesar nuestro á internarnos en alta mar; al mismo tiempo sobrevino la noche, y Dios solo sabe cuanto caminamos á la ventura y sobrecogidos de terror!

Al amanecer no encontramos mas que cielo y agua, y enfrente dos buques argelinos que nos dieron caza, nos hicieron prisioneros, y desembarazaron el *San Pedro* de su cargamento y le echaron á pique; todo esto sucedió en un abrir y cerrar de ojos; ocho dias despues desembarcamos en Argel, y el foragido á quien yo habia cabido en suerte me vendió no sé por cuanto á un rico agá que poseia una quinta en las inmediaciones de la ciudad.

Te aseguro, querida Maria, que es una calumnia cuanto se dice de los argelinos, de que maltratan á sus esclavos; ó los cortan la cabeza ó los tratan con dulzura; pero jamás hacen uso de improperios ni amenazas, no emplean los dicterios de perezoso, ni perro cristiano; los llaman por su nombre, fijan desde el primer dia el trabajo que se ha de desempeñar y el rescate que exigen del esclavo; si aquel llega pronto, inmediatamente le restituyen la libertad; pero si no se trabaja, ó el amo concibe algun recelo, considerando á su esclavo como un hombre de mal agüero en su casa, le revende, ó llama al verdugo, que armado de una larga cimitarra hace volar la cabeza del esclavo á veinte pasos del cuerpo. ¡Oh! á pesar de todo, aquella situacion es terrible; no solamente no se tiene libertad, cuyo inmenso valor no se calcula hasta que se pierde, sino que á cada instante está amenazada la vida por un amo impasible, que ostenta la dulzura del gato y que os mira con la sonrisa en los labios en el mismo instante en que da orden para asesinaros.

—Oh infames! esclamó Maria.

—No, contestó Miguel, ellos no tienen la culpa, porque usan de su derecho; son dueños de la vida de sus esclavos, pues la compraron á peso de oro El mal está en vender á los hombres, mejor fuera matarlos. Mi amo Sedí-Coggia era un anciano rico y severo que no amaba mas que dos cosas en el mundo, su hija y sus flores. Yo era el encargado de velar por sus flores, durante la noche, de guarecerlas de un viento repentino, ó de las fieras que rondan con frecuencia aquellas habitaciones. Por la tarde cuando cedia el calor del sol, me entretenia en regarlas, y nunca faltaba la hija de Coggia, bien sea sola, bien con su padre. Al principio, no puso este dificultad en ello, porque no hablabamos el mismo idioma y en seguida lo toleró no sé porqué. Coggia llamaba á su hija Fátima, nombre sagrado entre ellos por haberle tenido una de las esposas de Mahoma.

—¿Y esa Fátima era bonita? preguntó Maria.

—A decir verdad, contestó Miguel con indiferencia, no me hacen mucha gracia todas las africanas; tienen hermosos ojos, no se les puede negar, aunque son demasiado morenas para mi gusto; pero ellas aman á cuantos hombres no son de su pais, y vejetan tristemente en Argel porque no anhelan otra cosa que venir á Europa. Fátima me amó; sí, Maria, me amó, y no me fue dificil advertirlo. Entonces pensé que Dios en castigo de mis culpas me enviaba aquella nueva tribulacion, porque si el viejo Coggia llegaba á descubrir el amor de su hija era yo hombre perdido. Por fortuna Sidi-Coggia murió y quedó Fátima por mi única señora; entonces se esplicó sin rodeos, pero yo no podia acceder á sus deseos sin casarme con ella, porque la ley musulmana me hubiera castigado con la muerte, ni casarme con ella, sin mudar de religion; y esto era lo que exigia de mí Fátima. Yo hubiera sido rico, hubiera heredado todos los bienes de Coggia, y te confieso, Maria, que la tentacion fue demasiado fuerte para un pobre marinero; pero me acordaba de ti y de mis hijos. Un dia me dijo Fátima:

—Llévame á tu pais, y allí nos casaremos.

La contesté que estaba ya casado; que en mi patria no se permitia tener dos mugeres; pero es imposible hacer comprender esto á una musulmana; me dijo que yo desdeñaba su amor, que olvidaba que era su esclavo; y en efecto con una sola palabra, con una señal suya hubiera rodado mi

cabeza á sus pies; temí morir por tí y por mis hijos..... y prometí mas de lo que puedo cumplir: hice un juramento, del cual es preciso que tú confirmes la mitad; y ya juzgarás si rescaté la vida á muy subido precio. En seguida vendimos tierras, esclavos y caballos, recogimos el oro y alhajas ocultas por el padre, compramos un buque buen velero, sedujimos á algunos marineros, y aqui nos tienes.

Luego que acabó, pronunció algunas palabras en árabe, y la persona que le acompañaba, y que al parecer dormia, se levantó de repente: era Fátima, mas bella que las huris del profeta mas resplandeciente de perlas y diamantes que las princesas de las Mil y una Noches. La hija de Coggia llevaba encima, como Bias, todas sus riquezas, y en sus manos sostenia un cofrecillo incrustado de nácar y márfil, y que abrió para enseñar á Maria los cequies de Venecia mezclados con las piezas de oro del Sultan.

La esposa del marinero, deslumbrada con aquellas riquezas, nuevas para sus ojos, permaneció algunos momentos indecisa; pero notando la singular belleza de la jóven africana:

—No, esclamó, no; es demasiado bella.

Mas rápido que el relámpago, precipítase Miguel sobre Maria, tapa su boca con un pañuelo, y se apodera de sus hijos.

—Maria, la dijo, conozco que rehusas el partido que te propongo, ya lo habia yo previsto; pero he jurado no abandonar á esta muger que por mí se ha ausentado de su patria, que me ha confiado su vida y su fortuna, y cuyo amor consiente en prohijar á mis hijos. Ya no me es posible desdecirme, porque Fátima no puede regresar con los suyos. A Dios, pues, Maria, siento tu obstinacion, aunque veo que tienen mas fuerza en tu alma los celos, y acaso la vanidad, que la vida de tu esposo y la fortuna de tus hijos.

Tomó en brazos á sus dos niños, hizo una señal á Fátima, y se dirigió hácia la puerta. Cuando Maria vió desvanecerse su dorada vision, cuando vió á su amado alejarse con sus hijos que lloraban y la tendian las manos, hizo un esfuerzo vigoroso, rompió las ataduras que ligaban sus brazos, y sofocada por los sollozos se apoderó del mas pequeño de sus hijos, y se arrojó á los pies de Fatima —Habia aceptado.—La pobre casuca contigua á la del desterrado romano, fue abandonada, y el nuevo harem, deseoso de una paz y un reposo de que no le hubieran dejado gozar las fisgonas de Marsella, se embarcó pocos dias despues en un buque argelino con direccion á una de las lozanas islas del Archipiélago; alli cambiaron los diamantes y oro del difunto Sidi Coggia, en tierras que producen el olivo de Minerva; Miguel envia todos los años su aceite á vender á Marsella, y vive como un rico negociante, dividido su cariño entre su esposa y su libertadora. Por una felicidad harto rara, ambas mugeres se estiman y no tienen celos. De parte de Maria es tal vez una espiacion de los malos pensamientos que concibiera con respecto al administrador de la parroquia, en el momento de la llegada de Miguel; en cuanto á Fátima, es una consecuencia de sus preocupaciones religiosas, obedece á su rival porque es favorecida del profeta, puesto que tiene dos hijos al paso que ella es estéril.

J. I. S.

UN CAPITULO INEDITO.

Mi querido Alfredo, decia Besnard á su nieto que era un jóven de 27 años; mi querido Alfredo, tu perteneces demasiado á tu siglo, abandonas á tus abuelos, y crees que no sirven en este mundo mas que para leer un periódico sin pagar su contingente á los acontecimientos que hacen danzar nuestra sociedad. Ese es un enorme error, hijo mio: has de saber que los hombres se sostienen los unos á los otros, y forman una cadena en la cual cada eslabon tiene su valor: los que están mas cercanos á nosotros, esos son los mas útiles. Tú tienes pesares, te vas quedando descolorido y en los huesos... si fueras clásico te diria:

Tu carro, tus venablos y tu aljaba
Todo te es importuno,
Y olvidas las lecciones de Neptuno.

Pero como *Racine* es una antigualla insoportable para esos modernistas entre quienes vives, te diré sencillamente que mi hijo, es decir tu padre, ha observado que ya no vas á cazar, y que ya no montas á caballo; aunque por otra parte no le disgusta que hayan desaparecido de encima de su bufete las interminables cuentas del guarnicionero y del maestro de coches, que asi suman francos con francos como si se tratase de granos de arena. Tú vas á descargar tus pesadumbres en el seno de amigos jóvenes é indiscretos, sin advertir que estos comprometerán no solo tus esperanzas en el porvenir, sino, lo que es mucho peor, tus pasiones mismas. ¡Alfredo! ¡Alfredo! mira por tí; vuelve la vista á tus parientes; en ellos hallarás bálsamo para todas las heridas, dinero para todas tus locuras, y consejos en todas tus irresoluciones. Vamos, confíate á mí; si se trata de una de aquellas cosas que un hombre de mi edad no puede oir, te daré dinero sin pedirte cuentas; pero cuidado, que me he comprometido con tu madre á volverte tu natural alegria, carnes y color. Ya lo ves... media hora hace que estamos en la mesa, y ni comes, ni bebes, despreciando mi cocina y mi bodega. Tu madre cree que estás enamorado: se trata de saber de quien, y á menos que sea de la muger del.....

—Ah! señor, esclamó Alfredo echando los brazos al cuello de su abuelo, no es casada.

—Lloras, Alfredo? Vaya: valor, firmeza.

—Señor, la amo mucho, mucho; pero no lloro de amor, sino de rabia y de vergüenza.

—Te desprecia por algun rival?

—Soy su único amor.

—Te la niega su madre? ó quiere su padre que se case con otro?

—El padre y la madre me estiman y me admiten; pero hay otra persona que exige un novio rico y noble: su abuela, la señora condesa de Albois tiene destinada su nieta á un par de Francia.

—La condesa de Albois? Una muger de mi edad? eh? Con que amas á la señorita de Romans?

—Precisamente.

—Y la condesa de Albois te niega su nieta para dársela al hijo de un Par? Por qué

no hablabas? Te casarás con la que amas: mucho mejor es entrar en competencia con el hijo de un par que con el de un banquero... Pero ya hemos almorzado: vamos á mi gabinete.

Cuando M. Besnard estuvo bien arrellanado en su butaca, señaló con el dedo una papelera de caoba.

—Ahí encontrarás, dijo á su nieto, un cuaderno con cubiertas de color de rosa... Tómalo y lee.

Admirado el jóven de ver que en lugar de hablarle de su querida, le haciau leer un manuscrito bastante voluminoso, iba á replicar; pero se contuvo, obedeció y empezó la lectura en el parage que su abuelo le señalaba. El manuscrito decia así:

CAPITULO III.

Mis primeros amores.

Llegué á París provisto de buenas recomendaciones, y, lo que vale mucho mas, de una letra abierta, ilimitada, á cargo del banquero de mi madre. Esta queria que yo entrase en los guardias de corps; pero se iba oscureciendo de tal modo el horizonte político, que apenas pisé la capital ya recibí de mi casa la órden de no presentarme á las personas que podian facilitar el logro de mi pretension, y ademas el encargo especial de estarme quieto, si no preferia volver á cobijarme bajo el techo paterno. Duro hubiera sido abandonar la capital y desandar el camino de la provincia tan insoportable para los jóvenes ricos, que ven en Paris un *Eldorado* mil veces mas brillante que el que plugo á Voltaire forjar allá en tiempo de entonces. Quedéme, pues; aunque no sin costarme trabajo el obedecer á mi madre en un momento en que el trono necesitaba al parecer mayor auxilio, dejé de presentarme en las casas donde hubiera podido vituperarse mi obediencia, y, sin ocultar mi nombre, procuré oscurecer mi persona. Alojéme en una casita de la calle de Vertelet: tomé un solo lacayo, que dormia en la boardilla, lejos de mi habitacion: me vestí con la sencillez que ya empezaba á ser de buen gusto y asistí de incógnito á la toma de la Bastilla, pues nos hallábamos en 1789.

Sin embargo, los negocios públicos por muy ardientes que fuesen, llamaban poco mi atencion, porque no se comprende la importancia de un acontecimiento hasta despues que ha llegado á colmo; y ademas, al ocultarme entre las turbas, habia adquirido su imprevisora indolencia: por otra parte me ocupaba otra cosa para mí mucho mas seria: estaba enamorado. Habia en la calle de Vertelet una muchacha llamada Juanilla, de diez y seis años, la mas linda morena que nadie ha visto: cara risueña, tez fresca y aterciopelada, hoyito en la barba, y aquel ardor de ojos, aquella animacion compañeros de una juventud viva y libre. Juanilla, dueña de estos tesoros que ni los ahorros de un rey podrian pagar, ganaba diez sueldos y seis dineros diarios en casa de una planchadora de fino. Ha sido una de las mas hermosas mugeres del Directorio y del Consulado; pero en esta época ya habia perdido su jovial candor, sus mejillas, el brillo de la fresca edad, que tan notablemente bella la hacian cuando la ví por primera vez. Pasaba yo todos los dias por delante de su obrador que estaba junto á mi casa, y siempre la veia activa y alegre, y siempre cantando cierta tonada que por tanto tiempo ha hecho bailar á todos los franceses. Yo contaba entonces veinte años, era alto y bien hecho, y mi madre hallaba perfecta la hermosura de su hijo.

Juanilla y yo nos mirábamos mucho: yo estaba contínuamente ocupado en pasar y repasar por delante del obrador, y creo que la grande facilidad de hablarnos que teniamos, retardó la primera conversacion: tuvo esta lugar por fin; pero necesitábamos vernos sin testigos, y Juanilla no ganaba sus diez sueldos y seis dineros sino con un trabajo contínuo: por otra parte estaba sujeta á una maestra severa que no la perdia de vista mas que por la noche, despues de haberla encerrado en un cuarto del séptimo piso, cuya ventanilla daba al tejado de la casa. La pobre muchacha, aunque dotada de la mejor voluntad del mundo, no pudo hacer mas que comunicarme todos estos pormenores. Desalojé á mi lacayo, y, despues de un exámen preliminar del sitio, una noche, antes de que dieran las doce, llegué de tejado en tejado hasta el camaranchon de mi adorado tormento. Tan feliz como discreto, no tenia otros testigos de mi dicha que los gatos del barrio, cuyos amores descomponia todas las noches. Juanilla se ponia colorada y bajaba los ojos cuando yo pasaba por la calle, y en nuestras largas conversaciones nocturnas entraba como es de suponer la apreciable credulidad de su maestra.

—Esta chica, decia Mad. Leblond, maestra planchadora, es una dormilona sin igual: no le basta la noche, se va haciendo perezosa, y se duerme con la plancha en la mano.

Juanilla me adoraba: la pasion que yo le tenia, halagaba al mismo tiempo á su vanidad y á su amor; pero ¡ay! todo tiene fin en este mundo, todo se muda, nada es duradero. Trabé relaciones con la viudita del vizconde de L***, y cuando me admitió en su casa, cuando desde su sala pasé á su tocador, el séptimo piso de Juanilla perdió para mí todos sus atractivos, y empezó á parecerme peligroso el camino que á él conducia: empezaron á hacerse menos frecuentes mis visitas, y poco despues cesaron absolutamente. Principiaba la revolucion, y estaba aun muy léjos de haber alterado nuestras costumbres: entonces se plantaba á una modistilla con la mayor imperturbabilidad, y se hacia tan sencillamente, que parecia cosa natural. Juanilla se afligió muchísimo; pero sabia muy bien que nuestra conexion no podia ser eterna: hubo llanto y resignacion, nada mas: era mucha la distancia de ella á mí, y no podia haber lugar á recriminaciones atendibles. Malas eran estas costumbres; pero repito, que eran las de aquel tiempo. A una jóven que obraba como Juanilla, le parecia que habia adquirido un protector, un apoyo en las vicisitudes de su futura existencia: el precio á que habia comprado este arrimo misterioso, pero fiel, no entraba en cuenta. Asi lo juzgué yo mismo, y no me creia sin deberes para con mi primer amor.

Dejé sin embargo la calle de Vertelet, y como mi nueva amistad con la vizcondesa me obligaba á nuevo método de vida, me alojé en el barrio de san German, compré caballos, aumenté el número de mis criados, y me presenté en el mundo cabalmente en el mismo momento en que iba á disolverse la sociedad. No habia vuelto á oir hablar de Juanilla, cuando tres meses despues de nuestra separacion, la introdujo en mi cuarto mi ayuda de cámara: estaba mas hermosa y fresca que nunca, sus miradas algo atrevidas, tenian no sé qué espresion de vanidad satisfecha que comunicaba á su fisonomía cierto aspecto de confianza y felicidad. Hay sobre los primeros amores un estribillo popular, cuya verdad no estábamos dispuestos á negar ni Juanilla ni yo, y despues de una conversacion en que mi ligereza se comprendió y perdonó, fue necesario que Juanilla llegase al objeto de su visita. Hízolo con desembarazo: la pobre muchacha era amada por un zapatero de la calle de Vertelet, hombre de treinta años, y buen camarada, que empezaba á ganar algun dinero, y que no apetecia mas que casarse con ella.

No le quiero mucho en verdad, me dijo Juanilla; pero es trabajador, nada celoso, y será buen marido: por otra parte es tan difícil en estos tiempos hallar un partido regular, que lo prefiero á cualquier otro.

Juanilla venia á pedirme su consentimiento y tambien que me calzase con su marido. Entonces recordé mis obligaciones para con ella, y tomando de mi bufete un rollo de luises de oro, cuyo primitivo destino era satisfacer un capricho de la vizcondesa:

—Toma, hija mia, le dije, toma esos cien luises para tu dote: te ofrezco ser parroquiano de tu marido.

Hizo Juanilla una graciosa reverencia y corrió á casa de su notario para que añadiese una línea á su contrato de boda. No la he visto despues; y he aquí el fin de mis primeros amores que no fueron por cierto de larga duracion. Sin embargo, despues he sabido la historia de mi querida: era demasiado bonita para casarse con un zapatero y no se casó. Luego inspiró amor á un abogado jóven cuya naciente fortuna ha cumplido despues lo que entonces prometia Juanilla, sea por cálculo, sea por tardia prudencia, resolvió convertir su ligereza en severidad: tuvo á raya al alumno de Temis, se casó con él, y pasó á ser Mad. de...

—Alto ahí, Alfredo, alto ahi! esclamó el anciano apoderándose del manuscrito: no leerás mas, y me darás palabra de no adivinar cosa alguna si se compone tu boda como deseas.

M. Besnard arrancó las pocas hojas que su nieto acababa de leer, las firmó misteriosamente y habiéndolas cerrado bajo una cubierta perfumada, escribió el sobre y llamó en seguida á un criado.

—Lleva esta carta, le dijo, que no tiene respuesta... Por lo que á tí hace, Alfredo, procura tranquilizarte, y acuérdate de que en las penas es muy bueno el dirigirse á los abuelos. Creo poder pronosticarte que te casarás con la señorita de Romans. Anda, amigo mio, y si adquieres buenas nuevas, vente á comer conmigo.

Fuése el jóven indeciso sobre lo que debia pensar, é ignorando precisamente si habia sido víctima de alguna broma de su abuelo, viejo alegre pero razonablemente cáustico, cuyas lecciones eran algunas veces enigmas dificilillos de adivinar.

—Juanilla! Juanilla! decia para sus adentros: ¿y qué conexion puede tener semejante aventura con la señorita de Romans?

Sin embargo, el interes que evidentemente tomaba por su amor un tan próximo pariente le habia reanimado: ya iba conociendo que un hombre perdido de amor no debe, por interes mismo de este amor, abandonarse á la tristeza, y corrió á mandar echar la silla á su caballo, harto olvidado algun tiempo hacia. Halló en paseo el carruage de aquella orgullosa abuela que no queria dar su nieta sino al hijo de un par de Francia. La condesa de Albois llevaba en su compañia á la señorita de Romans. Apenas vió á Alfredo le llamó con la mano.

—Caballero, le dijo; mucho tiempo hace que no nos hemos visto; ¿puedo confiar en que aceptareis el convite que hallareis en vuestra casa?

—Señora.. tartamudeó Alfredo... á la verdad... será el mayor placer... que...

—Pero ya el carruage habia desaparecido por el camino de Paris.

—Me saluda! me convida! pensaba Alfredo saltando de alegría sobre su caballo: vamos! iré á comer con mi abuelo.

Mientras tanto, hallábase M. Besnard en su gabinete: abrió un criado las dos hojas de la puerta y anunció á la señora condesa de Albois.

—No estoy en casa para nadie mas, dijo el anciano en voz baja, saliendo á recibir á la condesa.

Confio que no estareis enfadada conmigo, le dijo cogiéndola galantemente la mano: las páginas que os he enviado no son ni una recriminacion ni una amenaza, sino un recuerdo que he querido despertar.

Inmóvil delante de él madama de Albois, le miraba con una admiracion mezclada de supersticioso terror: no era aquel el hombre á quien en otro tiempo conociera. Su frente se habia despoblado, sus mejillas estaban arrugadas: la talla era elevada todavia, pero habia perdido su elegancia el cuerpo, su flexibilidad, y aquella mano, antes blanca y regordeta, aquella mano aristocrática, tipo particular, segun lord Byron, de los hombres de casta fina; aquella mano estaba seca, huesosa y descarnada. El exámen á que al mismo tiempo se entregaba M. Besnard nada producia que fuese mas favorable á la condesa. Madama de Albois estaba rechoncha; sus dos sotabarbas le ocultaban el cuello; sus teñidas cejas hacian algo ariscos sus moribundos ojos, y sus espaldas semi-esféricas comunicaban á todo su personal un aspecto de gibosidad, que para los que la conocieron en otro tiempo, disminuia su talla en cantidad al menos de medio pie.

—Pobre Juanilla, esclamó por último M. Besnard: mucho has variado en cuarenta años!

—Y vos tambien, señor marques.

—Escucha, Juanilla, repuso afectando gravedad, mi nieto ama á tu nieta; sus haberes son iguales: sé muy bien que tu situacion ha mudado mucho en cuarenta años, y que has tomado en el mundo un lugar que no podias ni imaginar siquiera; sin embargo, nunca creí que pudiera llegar el caso de solicitar el honor de entrar en tu familia: lo hago por la tranquilidad, por la vida tal vez de Alfredo que se muere de amor. Vos vereis, señora condesa, si os tiene cuenta el negaros á emparentar con vuestro primer amigo.

—Señor marques, respondió Juanilla sin turbarse, nada teneis que echarme en cara, ni siquiera el haberos olvidado; he rehusado la mano de mi nieta al nieto de M. Besnard: pero no al nieto del marques de Savigny.

—Permitidme, señora, interrumpió M. Besnard: en la noche del 4 de Agosto hice lo mismo que los Montmorency, los Lafayette, los Lameth y tantos otros: dí mi consentimiento para la abolicion de la nobleza, dejé mi título y tambien el nombre de mi solar, para tomar el de mi familia. Vendí mis posesiones de Savigny y me llamé Besnard: me casé algun tiempo despues, y nunca han sabido ni mi muger ni mis hijos que su esposo y su padre habia sido marques.

—De ahí nace mi equivocacion, dijo Mad. de Albois, y como habeis vivido lejos del mundo, debeis comprender que es aquella tan posible como disimulable. Recobrad vuestro nombre, señor marques, y mi nieta será del jóven Savigny.

—No, señora: yo no vuelvo á tomar lo que una vez he abandonado: tiene muy poca gracia eso de adornarse con un título que se dejó, de recobrar un escudo de ar-

mas que uno mismo ha hecho pedazos..... Y cómo, Juanilla! tienes tú mas apego á tus flamantes pergaminos que yo á mis rancias ejecutorias?... Guárdalos, pues, que este matrimonio no te quitará tu condado; pero no te niegues á enlazarte con el pueblo, y piensa que algo vale, aunque no sea sino porque puede ennoblecerse como tú te has ennoblecido. Podeis creer, señora, que nunca abusaré de nada, de ningun hecho, de ningun recuerdo, y si hoy os he puesto ante los ojos los pasados tiempos, era mas bien para acercarme á vos que para disgustaros; pero, en nombre del cielo, tened lástima de Alfredo, tened compasion de la señorita Romans: esos jóvenes se aman: ¿hemos de ser severos con el amor, cuando él nos ha dado los primeros placeres y ha hecho nuestra fortuna?

—Pero, señor marques, creo que nunca publicareis vuestras memorias?

—Nunca, señora condesa: ademas, hoy he enagenado el capítulo mas gracioso; pero tambien confio que por vuestra parte no habrá nada de marques, nada de Savigny: desde el 4 de Agosto de 89 me llamo Besnard.

—Lo prometo, dijo la condesa. ¿Quereis darme de comer y veniros despues á pasar conmigo la noche, pues tengo gentes?

—Os prevengo una cosa, señora condesa: no estaremos solos: comereis con Alfredo.

—Con mi nieto? de buena gana.

Ocho dias despues se firmó ante las dos familias reunidas el contrato de boda que unia á Alfredo Besnard con la señorita de Romans, y el primero, despues de haber leido los nombres y apellidos de todos los firmantes, corrió á donde estaba su abuelo y le dijo al oido:

—Señor, la condesa de Albois se llama Juanilla: seguro estaba de ello.

—Os engañais, caballerito; no suena en el contrato el nombre *Juana*; y ademas me prometisteis no adivinar cosa alguna.

E. C.

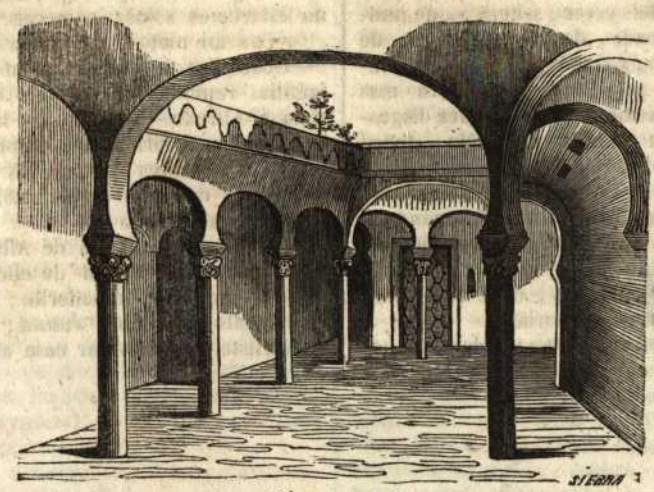
BAÑOS ÁRABES DE CÓRDOBA.



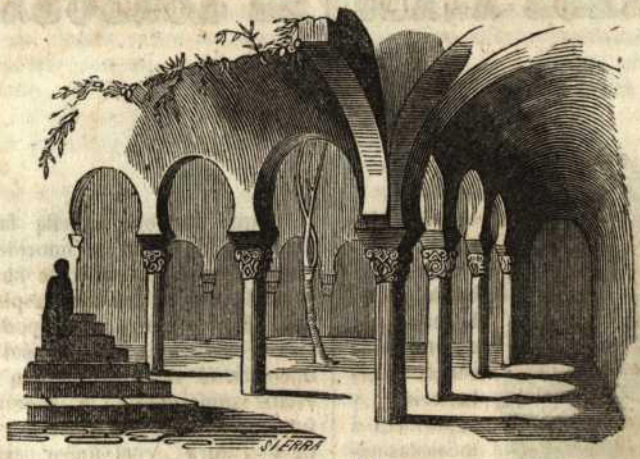
La época gloriosa de los árabes tan celebrados en España por su magnificencia y galanteria, y superiores á todas las naciones contemporáneas empezó á mediados del siglo octavo, cuando el príncipe Abderraman, único de la dinastia de los Omeyas que se salvó del poder de Abasides que destronó aquella familia, pasó á España, donde fue reconocido como Emperador y estableció su corte en Córdoba, haciéndola una de las mas espléndidas ciudades del mundo por su poder, sus ciencias y sus artes. Durante mas de dos siglos, mientras el resto de Europa puede decirse estaba sumergido en la ignorancia, Córdoba fue un centro de urbanidad, de industria y de literatura, y el único pais en el mundo entonces conocido donde la geometría, astronomía y todos los ramos de la física se estudiaban con regularidad.

Bajo el imperio de Abderraman Córdoba creció en poblacion y en hermosura; fue rodeada con una muralla espaciosa; un magnífico Alcázar con jardines deliciosos proclamaba la opulencia de su Emperador, y la

celebrada mezquita que erigió Abderraman estendió su fama por todo el mundo mahometano. Los sucesores de este príncipe siguieron su ejemplo, de modo que en el siglo diez, segun los escritores árabes contemporáneos contenia la ciudad 215077 casas habitadas por la gente plebeya, y 60500 ocupadas por los nobles. Hacíase subir el número de tiendas á 80000 y á 900 el de los baños públicos, lo que nada tiene de estraño, si se considera que este medio era muy usado de los pueblos antiguos no solamente para conservar la belleza sino tambien la salud.



Número 1.°



Número 2.°

La decadencia de la opulenta Córdoba comenzó con las disensiones de los gefes árabes, y continuó hasta la conquista, despues de la cual todo desapareció poco á poco. En verdad, cuando se considera que nada ó casi nada se ha salvado de tanta grandeza, y no á efecto de los tiempos, sino de la mano destructora de las generaciones que nos han precedido, forzoso es indignarse contra los que tan bárbaramente obra-

ron, causando á las artes y al pais pérdidas tan irreparables. ¿Qué ha quedado en Córdoba y en otras capitales árabes de tanta grandeza? Un recuerdo tristísimo, y nada mas. La mezquita principal, hoy su Catedral, es lo único que subsiste en Córdoba, de aquellos tiempos que hoy pueden llamarse fabulosos, en vista de los que alcanzamos, y algunos que otros restos de edificios árabes, y dos baños, como los que representan los grabados, no poco destrozados, cada uno en una de las calles que llevan el nombre del Baño, y que á juzgar por su capacidad debian pertenecer á la clase de baños de particulares.

El señalado con el número 1.° es el mayor; y de lo que de él ha quedado se conoce que constaba de diez columnas, en medio de las cuales estaba el estanque, y le rodeaba una estrecha galeria, en cuya bóveda se ven lumbreras cuadradas á trecho. En los lados de la galeria habia dos piezas pequeñas, y otra en el testero interior, mas capaz que las demas con tres órdenes de lumbreras en sus bóvedas. De esta pieza salian dos minas, una con direccion á un pozo, y otra que se pierde en una casa inmediata: de una de las piezas laterales salia igualmente otra galeria. que está cerrada á algunos pasos de la entrada. Por lo que se puede observar, no obstante la alteracion del edificio, sus muros son de un espesor considerable, y todos como la bóveda de piedra caliza, muy dura y las columnas de jaspe.

El baño número 2.° es mas pequeño y se halla casi soterrado en el patio de una casa. Está sostenido por doce columnas de jaspe, y su bóveda yace destruida. Rodeábale una galeria angosta, y de la misma clase de piedra que el anterior.

E. de S. P.

LA CONDESA DE CHANTAL.

¡Ah! si no hubiera disfrutado en este mundo otro placer que el de amarte, de pensar en tí continuamente, de consagrarte todas las potencias de mi alma, todas las emociones de mi ser: si las delicias de la existencia, no se hubiesen confundido para mí en la única delicia, de adorarte... ¡Oh! mi felicidad hubiera sido grande aun en este mundo! porque conozco, amante y sublime ídolo, que vivo para tí solo, que solo por tí espero, y el recuerdo de tu amor borra todas las penas y todos los placeres que alternativamente lisonjean ó anublan mi vida. Al pensar en tí, todas mis fibras se estremecen, mi alma se conmueve y se engrandece, mis sentidos se embriagan con una felicidad suprema, y es tal el éxtasis que subyuga todas mis facultades, que ni la destruccion del mundo, ni el ángel de la muerte tendrian poder para apartarme de tí, amado mio!

La que pronunciaba estas ardientes palabras, era una muger celestial: ondeaba sobre su torneado cuello su larga cabellera; sobre su frente de alabastro atravesaba un rubor de fuego, y de sus hermosos y es-

presivos ojos corrian lágrimas de amor que enturbiaban las miradas que elevaba al cielo. Su alma estaba arrobada en un inefable delirio de santa admiracion, de deleites sagrados; porque el vivo amor que abrigaba, los ardientes deseos que espresaba, eran el amor, el deseo, la plegaria que dirigia á su Dios!

¡Oh! quien hubiera visto en este estado á la divina condesa de Chantal, palpitante de emocion, arrodillada ante la imágen de su divino Salvador, se hubiera prosternado con santo respeto adorando en ella á la mas pura de las mugeres de este mundo, á la mas bella de las santas del paraiso.

Este piadoso entusiasmo fue presenciado por un noble caballero que pensó cuan bello seria inspirar una pasion mas terrestre á la que sabia emplear tanto ardor en un amor vago, indefinido y sin respuesta. Desde entonces la consagró las atenciones mas tiernas, mas respetuosas; hizo resonar en sus oidos la fama de su gloria, y fascinó sus miradas con el brillo de su arrogante gallardia. En los torneos rompia por ella las lanzas mas nobles, respetando sus colores de luto habia adoptado por divisa las señales de la redencion para establecer una analogía mas pura: en todas sus acciones asociaba un pensamiento de amor divino al testimonio del amor que devoraba su corazon. Este amor que naciera sublime ante los acentos de una religiosa plegaria, se habia tornado violento, impetuoso: el jóven doncel habia jurado que la condesa seria suya, que venceria los recuerdos de otro amor, triunfaria del entusiasmo divino, y llenaria toda la existencia de la hermosa viuda.

Llegó un dia en que se cumplió este presagio: la condesa sintió latir en su corazon emociones que no pertenecian ya á los misterios del Creador; su ferviente plegaria era interrumpida por pensamientos que la inundaban de palpitantes delicias; todas las adoraciones, todos los deseos, todos los éxtasis que queria referir al amor de Dios se transformaban en su corazon en un amor menos puro, menos celeste. Padecia constantemente una lucha violenta entre sus principios y su naturaleza; debilitadas sus fuerzas en tan desigual combate, habian impreso en sus facciones una melancolía que realzaba aun mas su hermosura. Reflexionaba entonces que algunas veces es muy dulce ser muger, muger hermosa y adorada por un amante que embriaga con sus miradas tan llenas de idolatría y de felicidad que parecen haber sido arrebatadas á los deleites del paraiso, oir palabras tan dulces, tan penetrantes que hacen á los sentidos estremecerse como si angélicos acentos viniesen á elevarnos al cielo. ¡Ah! cuán bella es la plegaria del amor cuando va envuelta en su casta y piadosa exaltacion! Eleva el pensamiento á tal altura, nos arranca de tal suerte á las impresiones ordinarias de la vida, nos hace comprender tan inefables delicias que es preciso creer entonces que el amor ha emanado de Dios mismo, y que amar es el culto que ha enriquecido Dios con mas misericordias y bondades.

Una noche la condesa de Chantal se entregaba á esta voluptuosa creencia y se complacia en arreglar (como muger que habia tornado á existir) las plumas y pedrerias que adornaban su tocado; sonreia involuntariamente al contemplar su belleza, causa del sentimiento que la inspiraba tan vivos goces. Esperaba á su amante, y para agradarle habia añadido á la diamantina aureola que coronaba su cabeza una ancha banda de encage de oro, cuyas puntas flotando sobre sus espaldas coloreaban su nevado seno de reflejos brillantes como los del sol, animando con sus primeros destellos á la mas pura de las flores. Las blancas plumas ondeaban en torno de sus mejillas, semejando á aquellas lijeras nubes que circundan á una estrella de la mañana, daban un aspecto seráfico á aquel rostro donde todo respiraba amor y virtud.

Al verla tan hechicera, el jóven caballero creyó descubrir por primera vez su incomparable belleza: ciego de admiracion cayó á sus pies. Conoció tambien por la primera vez qué inmenso poder puede tener un hombre amado sobre el corazon de una muger. Aquella entrevista se pasó en tiernas promesas, en castas declaraciones, en juramentos de union eterna. Y por uno de aquellos caprichos de la imaginacion que son los únicos que pueden esplicar las raras exigencias del amor, la condesa prometió adornarse con aquel mismo tocado el dia que pronunciase sus votos indisolubles.

Pero cuando hubo llegado el momento de la separacion, y la condesa sola en su estancia repasó en su memoria su éxtasis amoroso, su debilidad y sus votos, se vió acometida por un dolor como el acerado aguijon del remordimiento: quiso recurrir á la oracion, bálsamo de todas las penas y

elevando su mirada llena de arrepentimiento y de deleite creyó divisar una luz sobrenatural que arrastraba sus ojos hácia el cuadro donde estaba representada la muerte de su esposo: el bosque parecia iluminado por todas partes y la catástrofe de aquella funesta partida de caza estaba revelada en el lienzo con todos sus horribles detalles: el conde de Chantal espiraba al pie de un árbol, víctima de la equivocacion de un amigo que le habia tirado creyendo dar muerte al ciervo á quien perseguia: le habian retratado moribundo, recibiendo los socorros divinos, y consolando á su asesino, mas desdichado que él: todo el pomposo séquito que pocas horas antes habia partido gozoso para la caceria se hallaba ahora arrodillado en torno del moribundo y pronunciando por su alma los himnos de la agonia. Por medio de una piadosa alegoria, se habia colocado en último término del cuadro la apoteosis del mártir. El desgraciado Chantal entraba en el cielo, y reservaba á su lado un asiento donde se dibujaba bajo una forma aérea la imágen de su esposa, blanca y coronada con la aureola de las santas; pero en el momento en que la condesa consideraba esta celeste ficcion, creyó ver deshojarse su corona, su blanco ropage tornarse de púrpura y oro, borrarse su asiento en el cielo, interponiendo su esposo entre él y ella la cruz que salva al pecador. Esta vision imponente transformó el ser de la condesa, y creyó reconocer la voz de Dios que la llamaba á su seno; un fuego divino exaltó su alma y quebrantó los lazos que la unian con el mundo. El amor, los deleites, los ardientes arrebatos de la pasion fueron sustituidos por una llama divina, un místico reposo, un amor que no pertenecia á este mundo. La gracia la habia iluminado; lo pasado no existia y su alma tornaba al cielo.

La noche que siguió á esta mística escena, todo estaba silencioso y tranquilo en el castillo de Chantal. Las oraciones de la noche habian sido pronunciadas con recogimiento y fervor; los niños habian recibido la bendicion de sus padres, y los soldados se habian retirado á descansar despues de haber levantado el puente levadizo y oido el toque de ánimas de la ciudad. Pero la mirada que hubiera podido penetrar á través de aquellos muros sombríos y almenados hubiera hallado todavia el resplandor de una luz en el fondo de una estancia lujosamente adornada: la luz procedia de una chimenea, enmedio de la cual se divisaba un hierro que iba enrojeciéndose á impulso de la centelleante llama. A su lado una muger hermosa como un ángel, con el seno descubierto y desceñido el cabello, oraba y lloraba ante la imágen de Cristo, mas hermosa que la Samaritana á los pies de Dios, mas tierna que la Magdalena arrepentida. Con la plegaria habia renovado su fuerza y su dolor. Se acercó intrépida á la chimenea, sacó el hierro candente y aguzado, y fijándole sobre su seno, trazó en él con caracteres de fuego el nombre de *Jesus*, sin que el dolor de tan cruel operacion hiciese temblar su mano ó arrugar su alabastrina frente: « Tan inalterable será en adelante el juramento de no amar á otro que á tí, ¡oh Dios mio!" esclamó la condesa cayendo de rodillas. En el mismo instante se abrió la puerta del aposento, y un religioso se adelantó solemnemente hácia la nueva mártir. Dirigióla palabras de paz, recibió las santas declaraciones de la penitencia, la transmitió el perdon celestial, y se unió en un mismo himno á aquella sublime criatura que el cielo acababa de reconquistar para siempre. Era S. Francisco de Sales que venia á mostrar el camino de la salvacion á la bella condesa de Chantal, y poner la primera piedra en la fundacion de la órden de la Visitacion.

Poco tiempo despues se preparaba una gran solemnidad en la iglesia de las Carmelitas. Las campanas estremeciendo el viento con sus roncos sonidos anunciaban á las vecinas ciudades y aldeas la hora próxima de una augusta ceremonia. Todos los señores del pais, las familias mas distinguidas se apresuraban á tomar sitio en la capilla, porque se trataba de un noble y grandioso sacrificio. Se iba á presenciar un holocausto tan bello y tan puro, que para tener tiempo de admirarle se estrechaba el gentío hácia el altar donde debia pronunciar la condesa su despedida del mundo, de todos sus afectos y de sus esperanzas terrestres. Se sabia cuan poderosos combates habia sostenido contra la intercesion de un padre, las súplicas de un hijo, y tal vez contra otros pensamientos secretos que luchaban tambien contra sus votos. En el ejemplo que se iba

á presenciar estaba retratada toda la fuerza de la Religion, preponderando sobre las irresistibles seducciones de la vida humana. Así, luego que los piadosos cánticos empezaron á elevarse al cielo, el incienso esparció sus perfumes por el sagrado recinto, y luego que se vió mover la fatal cortina que ocultaba al ángel que iba á abandonar el mundo, todos temblaron como si fuesen á presenciar la revelacion de un santo misterio. Por una exaltacion espontánea todos se prosternaron ante la aparicion de un ser tan magnífico; en aquel instante la condesa de Chantal adornada con todas las gracias de la tierra, y pocos minutos despues simple hija de Cristo! Animosa y recogida venia á presentarse por última vez rodeada de todo el fausto de la fortuna, del rango y de los encantos personales. Su cuello estaba cubierto de perlas y de diamantes, su traje era de brocado bordado de oro, y sobre su cabeza un elegante tocado de pedreria sombreado de plumas y de un velo de encaje de oro. Este tocado tan espléndidamente lujoso, una sola persona le reconoció entre todos los que admiraban su riqueza. Uno solo le habia visto una vez en un dia de amor y de deleite: el dorado velo de la hermosa habia ondeado sobre sus labios trémulos, y aquellas ligeras plumas habian besado su frente abrasada en deseos. Para él era un recuerdo hechicero y cruel. Para ella era un adios, una espiacion, una promesa cumplida; porque habia ofrecido ponérsele el dia que pronunciase *votos indisolubles*, y cumplir su promesa á los ojos de Dios y de los hombres. ¡Ah! tal vez una emocion de muger, un tormento de amor se hallaba oculto bajo este sacrificio ingenioso, tal vez aquel á quien se dirigia este último pensamiento comprendió harto vivamente su simbólico adios, porque en el instante en que la cabeza de la condesa fue despojada de sus bellos adornos y entregada su luenga cabellera á las fatales tijeras, uno de los espectadores se habia desmayado. Cuando volvió en sí ya estaba consumado el sacrificio. La condesa de Chantal no existia ya para el mundo, y la cortina se habia corrido para siempre tras la escogida del cielo.

De este solemne acontecimiento nació la órden de la Visitacion, que fue fundada por la condesa de Chantal ayudada por san Francisco de Sales, y que subsistió hasta aquel dia memorable en que descargó sobre la decrépita Europa la tempestad de 89, destruyendo sus antiguas instituciones, desquiciando el órden social establecido por nuestros antecesores, y aniquilando hasta los vestigios de sus tumbas.

E. G.



LA HOSPITALIDAD.

Bajo un bosquecillo de acacias, de cuyas ramas pendian brillantes gotas de goma, se elevaban muchas tiendas delante de las cuales estaban sentadas cinco personas: el anciano Ismael, árabe que habia visto ya los soles de cincuenta años, robusto y ágil todavia, su muger, su hijo Hassem, una doncella y un estrangero vestido á la turca.

—Asi fue, huesped, dijo el árabe terminando una relacion, como acogí en mi familia á esa pobre huérfana.

Aida besó la mano de su padre adoptivo.

—Me parece, continuó el anciano, que desde que vives con nosotros no habrás notado una sola vez que sea mentida la ternura que la profeso? La miro como hija, y espero.....

Hassem, interpretando el pensamiento de su padre, clavó en Aida una mirada inteligente, y la jóven, bajando sus largos y morenos párpados, se estremeció como si se hallase bajo la influencia del simoun del desierto.

El estrangero se habia quedado pensativo: la frase á medio concluir del anciano árabe y la mirada de Hassem habian producido en él una impresion singular. Levantáronse todos, y él entonces, acercándose á la jóven, pronunció en voz baja una palabra que ella sola comprendió, y en seguida doblando tristemente la cabeza sobre el pecho no advirtió la sombria catadura de Hassem.

Desde que vivia en la tribu, no se le habia ocurrido un solo instante la idea de que la huérfana estuviese destinada al jóven árabe y se habia acostumbrado á amarla. Unico resto de una caravana devorada por las arenas del desierto, habia recibido una generosa hospitalidad, y satisfecho y complacido con la vida inocente y tranquila de sus huéspedes, no pensaba abandonarlos. Era amado de Aida, y en el momento en que iba á declarar al anciano Ismael que renunciando á su patria no queria otra familia que la suya, acababa de saber que el objeto de su amor estaba ya dispuesto para otro. Reflexionando entonces que no debia oponerse á los proyectos del que le acogiera como á su hijo, y que debia inmolar el amor de la doncella y el suyo á los deberes impuestos por la hospitalidad recibida, tomó sin vacilar la resolucion de huir para siempre de la tribu, proponiéndose ocultar su designio y sus razones para no tentar la caballeresca generosidad de su huesped confesándole la verdad.

Largo tiempo hacia que cada uno se habia retirado á su tienda á descansar, cuando el estrangero salió de la suya y se encaminó lenta y misteriosamente hácia el manantial. La noche estaba serena, y los insectos luminosos reverberaban sobre la yerba como las estrellas en el cielo. A poco se agitó una ligera sombra, pareció que se deslizaba por el suelo y la jóven huérfana se halló al lado de Achmet.

—Aida, yo os amaba y era correspondido; habiame llegado á imaginar que pronto no necesitariamos invocar á la noche para que tendiese su velo protector sobre noso-

tros, pero el anciano Ismael quiere que seais esposa de su hijo... Es preciso que seais su esposa. Burlar sus esperanzas seria violar la generosa hospitalidad que á entrambos nos ha otorgado.

—Pero Hassem no me ama, dijo la jóven con cortado acento.

—Que no os ama decis? Pues no habeis sentido cuando su padre habló de sus proyectos, que la mirada de Hassem os penetraba, que queria aspirar vuestro amor como el sol aspira el rocio de la tierra?

—Escucha, dijo ella temblando, no has oido nada?

—Será algun animal cuyo reposo habremos turbado, contestó con indiferencia el jóven, y añadió: esta entrevista será la última que tengamos.

—Qué pensais hacer? preguntó su compañera aterrada.

—Lo que Dios me manda... Partir!

—Partir! Achmet, habeis olvidado.....

—No me he olvidado de que sois pura y digna del hijo del hombre que ahora hace con vos las veces de padre; no me he olvidado de que soy su huésped, y de que ha compartido conmigo su tienda y su sustento; en fin, no me he olvidado de que el ingrato es peor que el inhospitalario, y sin embargo este está maldecido por Dios; Aida, soy vuestro hermano, no ya vuestro amante.

La pobre niña inclinaba la cabeza, y devorando sus lágrimas se sometia al irresistible ascendiente del hombre superior. La muger, aunque amada, era esclava, y su amante era su señor.

De repente se acercó á él asustada:

—Mira, le dijo, mira entre aquellos algodoneros... he visto brillar los ojos de una pantera.

Achmet echando mano al puñal, se dirige sin titubear hácia el parage que le designaba su querida, y cuando se acercaba, oyó el ruido producido por el animal que huia.

Volviendo en seguida al lado de la pobre Aida:

—Sin duda era una gacela, dijo, y despues de un momento de silencio, añadió: dentro de dos dias partiré para el pais del Norte. Aida, cuando me oigas decir en alta voz que mi ausencia será por breve tiempo, no me creas; nuestra separacion será eterna!

—Y acaso, dijo la acongojada doncella, puedo ser esposa de Hassem cuando amo á otro? Y tú?..

—Yo? yo amo á Aida, mas no amo á la futura muger de Hassem, añadió con amargura .. Pero ya basta de coloquio: volveos á vuestra tienda. Dios me ha iluminado con sus consejos, y jamás he faltado á sus inspiraciones. Os negareis vos á obedecerle?

—No, respondió Aida con voz ahogada, supuesto que él me habla por vuestra boca.

Y diciendo estas palabras, cayó á los pies del jóven. Sintió este que dos lábios ardientes se apoyaban en su mano, pero permaneció inflexible, y comprimió en su interior los combates de su alma y de su desesperacion. Entonces se alejó su amada, y Achmet, inmóvil en la contemplacion de aquella cándida criatura á que tan generosamente renunciaba, creyó columbrar, cuando ella se ocultó en su tienda, una sombra que la seguia.

Dos dias despues, la tribu árabe reunida, se despedia del estrangero. La pobre Aida apenas podia disimular su dolor, porque sabia que la promesa de Achmet de volver muy pronto no era mas que una generosa mentira.

En el momento en que el huesped iba á emprender su camino, apareció Hassem montado en su caballo y se acercó al viajero.

—Hermano, dijo, permite que te acompañe hasta la fuente salobre.

—Bien, hijo mio, dijo el anciano árabe, y tú, huesped, ojalá seas guiado por la mano de Dios, y te vuelva otra vez á nuestra compañia.

Aida permanecia inmóvil largo rato despues de que los ginetes habian desaparecido de su vista.

—Hassem, dijo Ismael á su esposa, contemplando desde la tienda á la jóven, Hassem tendrá una compañera amante y sumisa.

Pero su esposa se quedó pensativa y suspiró.

Hassem volvió por la noche, y los dias que siguieron pasaron tristemente: todos conocian el vacio que acababa de dejar aquel jóven generalmente apreciado.

—Acaso, dijo Hassem con sombrio acento, ha ¿desaparecido la alegria con el estranjero?

—La mano que conduce al estranjero á nuestras tiendas, contestó su padre, trae consigo el placer, y la venida del viajero es un beneficio de Dios. Pero Achmet volverá, porque mas de una vez me ha dicho que

queria elegir una esposa entre las hijas de la tribu.

—El ojo del malo, dijo Hassem clavando sus miradas feroces en la trémula Aida, fascina y atrae como el abismo á cuya orilla nos paramos; la hospitalidad es ciega, y Dios no ha escrito en la frente de los hombres: Este es justo, aquel es malo. La culebra no hace daño, pero la víbora venenosa se asemeja á la culebra inocente.

—Espero, hijo mio, dijo gravemente el anciano, que no intentareis con esas palabras acusar al que está ausente y no puede oiros?

—Manda la hospitalidad que el estranjero quede como hijo del huesped, y que el hijo se convierta en estranjero? dijo Hassem contestando por medio de una pregunta cautelosa.

—Hijo mio, malos pensamientos alimentais.. teneis envidia. Cuando vuelva el estranjero, encontrará en vos un enemigo?

—¿Y si el estranjero pide por esposa á la prometida del hijo de su huesped?

—Entonces llamará el padre á la jóven y la dirá que elija entre su huesped y su hijo!

—Permita el cielo que no vuelva jamas!

—Dígnese Dios iluminar las tinieblas del alma del envidioso! dijo el árabe y se levantó: su frente estaba sombría y contraida.

Al dia siguiente salió de su tienda muy temprano y no volvió hasta pasados dos dias; su rostro estaba pálido, y sus cejas se fruncian con frecuencia.

Cuando estuvo reunida la familia para tomar alimento:

—Hassem, dijo con la mayor calma á su hijo, por qué no llevais puñal?

—No sé, padre... dijo Hassem casi turbado, me he olvidado de tomarle...

—Pues ve á buscarle, hijo, porque queria compararle con uno que me he encontrado ayer.

—Padre, dijo Hassem procurando reponerse hace muchos dias que he notado que me faltaba..... Ahora me acuerdo, añadió, que estando á caballo me incliné para bajar un estribo y se cayó el puñal, que despues me fue imposible encontrar.

—Es este por ventura? repuso Ismael presentando á su hijo el mango de una hoja que ocultaba diestramente.

—Sí, padre mio, contestó con confianza el jóven.

—Pues mirad la hoja, añadió el árabe clavando en Hassem sus penetrantes miradas.

Hassem se estremeció al ver la hoja manchada de sangre.

—Venid, añadió el anciano sin alterarse, seguidme.

Se levantó, siguióle su hijo y caminaron largo rato en silencio: despues de atravesar un grupo de acacias y simocoros, se detuvo Ismael.

—Hassem, dijo entonces con voz lenta y grave, donde dejásteis al estrangero?

—Cerca de la fuente salada.

—Y creeis que no le haya sucedido contratiempo alguno?

—No puedo adivinar si los tigres del desierto le han respetado.

—Hassem! esclamó el árabe con chispeantes ojos, tienen puñales los tigres? los valientes hieren por detrás?

—Cuando la serpiente se introduce en la tienda, el hombre la destruye sin mirar donde ni como la encuentra.

—Hassem, habeis asesinado vilmente al huésped de vuestro padre!

—He asesinado! dijo Hassem sin poder contenerse, he asesinado al ladron hipócrita que engañaba al que le habia acogido, y que recompensaba la hospitalidad con la traicion.

Entonces refirió la última cita de Achmet y Aida, de cuya conversacion no habia percibido una palabra, comentando sus gestos y sus actitudes.

Ismael le escuchó atentamente, y cuando cesó su hijo de hablar, examinó el cebo de su escopeta, apoyó esta en el brazo y dijo:

—Hassem, la hospitalidad es un deber sagrado, y el que tiende un lazo á su huesped, aunque el huesped sea un ladron y un infame, está abandonado de la mano de Dios. Me habeis deshonrado: habeis asesinado vil y cobardemente al que halagábais con el nombre de hermano. Si estábais cierto de su crímen y de la legitimidad del castigo, porque no le atacásteis cara á cara acusándole en alta voz en medio de la tribu? Pero si habeis herido lejos de aqui, no es porque temieseis que la sangre del malo mancillase la tierra de la hospitalidad, sino porque sabiais que yo escucharia la voz de la justicia y no la de la pasion. Amontonando en vuestra alma los malos pensamientos, habeis guardado un pérfido silencio, habeis tendido la mano izquierda

al confiado huesped á quien apellidábais hermano, mientras que con la derecha ensayábais la punta del puñal, habeis venido arrastrando y servil como un perro á lamer al que queriais morder, habeis seguido en fin al estrangero para defenderle y acompañarle, y mientras él tal vez invocaba la bendicion de Dios para la tienda hospitalaria, vos le heristeis cobardemente en las espaldas! – Y ¿quereis ahora que mi propia tribu me deseche, que vaya á mendigar un asilo á las tribus vecinas que me acogerán con desprecio é injurias señalándome con el dedo? Quereis que los jóvenes, derramando en mis heridas su cáustica ironía, recompensen con sus elogios á Ismael el hospitalario, no es verdad? y que los ancianos con voz austera me digan lo que Dios decia al primer asesino: « Que has hecho de tu hermano?"

Pero no..... yo quiero poder llevar erguida la cabeza, y ofrecer mi tienda al viagero! Ahora Dios nos juzga, y mañana... la tribu entera nos juzgará! Adelante, repuso, terciando la escopeta.

—Que quereis hacer? esclamó el cobarde aterrado.

—Cuando Dios mandó al patriarca que diese la muerte á su hijo, el hebreo no titubeó... y sin embargo su hijo no era asesino! Adelante.....

.....

Cuando el anciano regresó á su tienda, se precipitó hácia él su esposa desmelenada y trémula.

—Ismael! esclamó con abatido acento: Ismael! ¿que has hecho?

Pero Ismael tenia los ojos fijos en el suelo, y no contestaba.

—Ismael! repitió ella, respóndeme; oh! responde por piedad!

—Muger, dijo con voz triste y lenta, pero firme á pesar de dos lágrimas que rodaban sobre sus tostadas mejillas: muger: vé á buscar mi azada, y recita las plegarias por el reposo del alma de los muertos!

F. J. I.





TIENDAS ÁRABES.

Los habitantes del Sahara son viajeros intrépidos é infatigables. Su actividad natural, la costumbre de sus peregrinaciones por el norte, y sus relaciones con el pais de los negros les hacen ser inclinados al movimiento, y á soportar impávidos todos los trabajos que se sufren en las carabanas. Ellos están siempre en marcha, ya tras un manantial, ya en busca de frescos prados, ó de géneros capaces de convertirse para ellos en objeto de un comercio lucrativo. El hijo del Sahara abandona sin temor su tienda, y se interna en las arenosas sábanas de los desiertos meridionales para llegar á Tumbuctú ó á cualquier otro centro importante del interior de Africa. Desprecia el cansancio, el hambre, la sed, las fieras y los bandidos que le acechan á su tránsito; sin saber si regresará bueno y salvo, ni si volverá á ver la aldea que le vió nacer, y la familia á quien ama. Nada le contiene, anda sin cesar hasta que ha realizado el objeto de su penoso viage, sino es que la muerte le sorprende enmedio de él. Cuando se dirige hácia el norte los peligros son menores; sabe que en el camino encontrará frescas fuentes, yerba para sus camellos, lecho en donde descansar; que será afectuosamente acojido por las tribus cuyo territorio va á atravesar, que le ofrecerán una sincera hospitalidad, que le darán su racion de kuskusin, y que se sentará al lado del gefe de la familia en la reunion de la tarde, como se ve en el gra-

bado que encabeza este artículo. Este modo de vivir variado y pintoresco agrada á su imaginacion impresionable; necesita el espacio, el aire libre, los millares de incidentes de la vida errante, y sobre todo la contemplacion de las grandes escenas de la naturaleza, y el espectáculo del horizonte iluminado por las llamas de un sol abrasador. Sin embargo, la poblacion del Sahara puede decirse que es la mas inteligente y civilizada de la Argelia. Los saharienses han conservado la *milla* romana, mientras que los otros pueblos solo saben graduar las distancias por las *jornadas de marcha;* medio vago y sumamente inesacto. Tambien tienen un conocimiento de los meses solares, de que carecen los otros pueblos: de modo que el sahariense arregla por sí mismo el órden de sus trabajos, conoce las divisiones del año, y se hace cargo de algunas de sus causas.

E. D. G.

EL PRESTIGIO DEL TEATRO.

I.



Vamos á introducir á nuestros lectores en Milan, durante el carnaval de 1838. Acababan de dar las seis de la tarde en el reloj de la catedral. En el segundo piso de una casa sita en el barrio mas concurrido de la ciudad, estaba una muger tendida en una poltrona y ocupada en los interesantes pormenores de su tocador. Aquella muger podria tener 24 años; era morena y bonita, y en aquel momento estaba entregada á un acceso de terrible mal humor.

—¡Qué fastidio! decia, con un despecho que á veces rayaba en cólera, y destruyendo con un movimiento caprichoso el trabajo de sus camareras. ¡Qué tirania! ¡Qué crueldad! Obligarme á salir esta noche de improviso y por primera vez despues de haberme concedido de término hasta el Mártes próximo! ¡Ojalá prendiese Satanás fuego á la Scala y enviase en derechura al director y al empresario á achicharrarse en el infierno! ¡*Per Bacco*! ¡Yo estoy constipada! ¡Yo estoy enferma! ¡Si hubiera sabido que hoy iba á cantar, cómo me habia de haber ido anoche á las máscarás! ¡Esto ha sido una emboscada! ¡una indigna traicion! ¡Amenazarme con rescindir la contrata si llego á ponerme enferma! Despues de haber estado ensayando un mes entero! ¡Oh *impressario*, *impressario maledetto!*

Despues de haber desahogado con estas y otras esclamaciones sus caprichosos furores, *la signora* se detenia de pronto, haciéndose cargo de la inutilidad de sus reconvenciones, y lanzaba en seguida un gorgorito desesperado como para ver si su garganta no habia agotado sus recursos, y soltaba una carcajada nerviosa, y volvia á sumirse en un silencio tan singular como su parleria.

—Zerbina, dijo bruscamente á una de sus camareras, no seria malo que me largase de Milan sin decir esta boca es mia, y que en lugar de ir á la Scala nos fuésemos á Nápoles? qué te parece? No seria mal chasco de Carnaval para ese cancerbero de empresario.

—Signorina, ¿qué estais diciendo? repuso

familiarmente la criada. Enviarian un ejército de esbirros á nuestro alcance y nos llevarian al teatro entre bayonetas.

—Ah! ah! ah! estaria gracioso! no hay mas inconveniente sino que esto es imposible.

—Vaya, no tendré mas remedio que cantar la *Mascherata*, sea como sea, prosiguió la cantatriz con el tono de una Reyna abrumada por su propia grandeza.

Y colocándose con coqueta resignacion delante de su espejo, iba á dar la última mano á su tocado cuando sonó un campanillazo anunciando una visita que ni por asomo podia ella imaginarse.

—No estoy visible para nadie, Zerbina, dijo, escepto para..... para..... ya me entiendes.

—Para los señores que tienen permiso para asistir al tocador de la señora, no es verdad? contestó la camarera con una sonrisa de inteligencia; tranquilizaos, yo bien sé mi obligacion.

Corrió á abrir la puerta é inmediatamente volvió á entrar diciendo.

—Signora, es una dama muy hermosa que tiene humos de princesa, y que solicita con instancia una conferencia particular para hablaros de un asunto de la mayor importancia.

—Ah! Dios mio! qué significa esto! anda, dila que entre y déjame sola con ella.

La doncella se retiró despues de haber introducido á la desconocida, y la cantatriz se encontró, no sin algun viso de inquietud, en presencia de una jóven mas bonita que ella todavia, y que unia á las mas elegantes maneras un aplomo que rayaba en descaro.

II.

—Es la signora Antonina con quien tengo el honor de hablar?

—Servidora vuestra.

—Sois la *prima donna* llegada un mes há de Venecia, y que va á hacer su primera salida esta noche en la ópera de Milan con la *Mascherata*?

—Cierto, demasiado cierto por desgracia.

—Y por qué estais tan triste, signora?

—Y por qué me haceis el honor de preguntármelo?

La desconocida rogó á la actriz que tomase asiento y se sentó á su lado con el mayor desembarazo.

—Signora Antonina, dijo bajando la vista, vengo á haceros una confianza singular y una peticion mas singular todavia.

—Oigamos primero la confianza, porque supongo que ante todo me hareis el gusto de decirme vuestro nombre, y bien podeis conocer, señora, cuál será mi impaciencia por saber con quién hablo.

—Sí, ya me hago cargo, pero me es imposible satisfaceros. Cuando me háyais oido, os convencereis de que el *incógnito* es la primera condicion de este paso.

—El *incógnito*! vaya todo por Dios! ya os escucho, dijo Antonina.

—Signora, yo soy una muger del gran mundo, de las de alto copete, y á la verdad que creo que mejor ocuparia yo vuestro lugar y vos el mio, porque estais dotada de un aplomo soberbio para gozar de la sociedad; mientras que yo tengo unas ideas románticas que se avendrian mejor con una vida escepcional. Pero el destino nos ha colocado en dos teatros distintos: á mí en el de los salones y á vos en el de la ópera. No está á nuestro alcance el enmendar la plana al destino, y al menos en la apariencia cada una debe guardar su lugar. Unicamente nos está permitido, asi como de paso, invertir alguna vez nuestros papeles, y en consecuencia á pesar de que no puedo ofreceros que representeis el mio en mi casa, vengo á solicitar el favor de que me permitais desempeñar esta noche el vuestro en la Scala...

—En la Scala! representar mi papel! esclamó la cantante abriendo unos ojos tamaños.

Y creyendo haber comprendido mal las palabras de la desconocida, la suplicó las repitiese

—Solicito como una gracia, signora, un beneficio inestimable á mis ojos, el honor de presentarme esta noche en vuestro lugar en las tablas del gran teatro y cantar por vos la *Mascherata*; en una palabra, tener el placer de ser por una hora ó dos lo que vos teneis la gloria de ser toda vuestra vida.

—¿La gloria? suspiró Antonina con ironía; pluguiese al cielo que fuese cierto, señora... pero permitidme que crea que os estais burlando, si no teneis la bondad de esplicaros.

—¿Qué es chancearme? nada de eso, esclamó la exaltada dama. Escuchadme con atencion, señora, y comprendereis mi pasion ó mi locura. Desde que soy libre y recorro

las capitales haciendo raya en todos los salones, he agotado cuantas sensaciones puede despertar el mundo en el alma, cuantos placeres reserva al ánimo, cuantos triunfos proporciona al amor propio. En una palabra hace siete años que disfruto una reputacion europea, y ya estoy harta de goces y satisfacciones. Una sola sensacion me es desconocida, una sola gloria me falta... y tengo envidia! Esta gloria, esta sensacion, las he soñado algunas veces cuando sentada al piano en un salon régiamente decorado conmovia con mi voz á una multitud de elegantes, cuando todos se deshacian á aplaudirme y á tributarme entusiastas loores! esta gloria, esta sensacion signora, es la gloria, la sensacion del teatro! No, no os sonriais de sorpresa ó de piedad porque entonces tendré derecho para deciros: vos no teneis la vocacion que deberiais, ó si alguna vez habeis sentido este goce no será tal vuestro egoismo que me negueis una parte!

La desconocida pronunciára estas palabras con tal inspiracion, que la caprichosa Antonina cesó de sonreirse para admirarla en silencio.

— Señora, dijo gravemente despues de una larga pausa, aunque fuesen desconocidas las sensaciones que tan bien apreciais, el modo con que os espresais, bastaria para hacérmelas comprender. Os confieso que desde ahora os escucharé sériamente, y que vuestra resolucion, al paso que me honra, me inspira el mas vivo interés. Pero tambien debo deciros que habeis dado á vuestra pasion su verdadero nombre, llamándola locura; y por muy singular que parezca en mi boca el lenguaje de la sana razon cuando responde á vuestro buen juicio, dos palabras de este lenguaje os probarán por desgracia la imposilidad de que los sueños de vuestra ilusion se realicen.

—Nacerá acaso esta imposibilidad de vuestra negativa? interrumpió vivamente la muger del gran mundo. Os ofrezco, Antonina, por dos horas de vuestra vida una fortuna que os asegurará todas las ventajas de la mia.

—Moriré siendo cantatriz, señora, respondió con orgullo la *prima donna*; y os aseguro, añadió sonriendo, que esta noche tendré mil razones para concederos vuestra peticion...

—Entonces, es negocio concluido! esclamó resueltamente la señora levantándose de su silla.

No pudo menos la actriz de sonreirse otra vez de tanta confianza, y creyó confundir á su improvisada sustituta preguntándole si sabia el papel.

En lugar de responder, se fue al piano la mujer del gran mundo, ensayó dos ó tres escalas como consumada profesora, y se puso á cantar de memoria y con voz llena los mas importantes trozos de la *Mascherata*.

Antonina, que los estaba repasando un mes hacia, no los hubiera dicho con mayor seguridad; y tenia la linda dama un órgano tan perfecto que estuvo á pique de resentirse el amor propio de la actriz.

—Per *Dio vero*! esclamó esta fuera de sí y en ademan de aplaudir con palmadas, ¿dónde habeis hallado esa voz y ese método de canto? ¿cómo habeis aprendido un papel tan difícil?

—Ya veis que lo sé, repuso la desconocida levantándose del piano; lo diré sin tropezar de cabo á rabo, y os aseguro que no echaré á perder la representacion de esta noche.

Antonina se quedó muda y creyó que estaba soñando.

—Tres semanas hace que el cartel del teatro anuncia la *Mascherata*, añadió la jóven, y por haber adoptado la resolucion que acabo de participaros, he estudiado vuestro papel diez horas cada dia. Para las piezas concertantes y tambien para los coros he hallado aficionados complacientes que me han proporcionado ensayos sin saberlo, y nada absolutamente me falta mas que encajarme vuestro trage para sustituiros con la mayor impunidad del mundo. Todo lo he previsto, y mi plan no puede fallar. No ha sido sin misterio la eleccion del teatro de Milan y de la ópera bufa la *Mascherata*. En primer lugar esta ciudad en que me presento por primera vez, es la capital de Europa donde menos conocida soy; luego, la *Mascherata* es una pieza de carnaval cuyo principal papel se representa con una media careta, y solo en la última escena hay que descubrirse por el espacio de un minuto. Muy desgraciada seria si en este miserable minuto me reconociese alguno de mis escasísimos amigos. Sin embargo, á ello me espongo, y me confio á la suerte de los atrevidos. Por lo que á vos toca, si el empresario ó el público sospechan que los habeis engañado, os desquitareis cantando mejor que yo en la segunda representacion, y cada una por su lado nos reiremos del pú-

blico y del empresario. Verdad es que yo tengo el cabello castaño, y el vuestro es negro, y que yo soy algo pálida, mientras vos teneis escelente color. Pero estas leves diferencias desaparecen en la óptica de la escena, y como por otra parte es casi igual nuestra estatura, vereis como todo se esplica por el *prestigio del teatro*. Se dicen con altisonantes palabras tantas cosas que nada significan!.. Tienen tanta complacencia, tanta ilusion los mas diestros conocedores de las lunetas!...

Si las apasionadas palabras de la jóven habian ya logrado cautivar á Antonina, mucho mejor la sedujeron estas ingeniosas chanzonetas. Como de genio malicioso y alegre, y capaz de todas las locuras que llevan el caracter de la alegria y la malicia, confesó ingénuamente á su sustituta la pesadumbre que le costaba el tener que cantar aquella noche, y luego, sin reflexionar acerca de las consecuencias de lo que estaba haciendo, puso en manos de la muger del gran mundo su propio trage de teatro.

III.

A la mañana siguiente no se hablaba en todo Milan mas que del asombroso efecto que habia causado la primera salida de Antonina. Nunca se habia oido en el teatro tan hermosa voz, nunca se habia visto un triunfo tan completo. Mientras la actriz representó con la mascarilla puesta, se habia ida aplaudiendo cada una de las notas que salian de su boca; pero cuando se presentaron los atractivos de la belleza para unirse al prestigio del talento, la platea entera se levantó como un solo individuo y llovieron mil ramilletes á los pies de la *prima donna*. Al caer el telon volaron todos los espectadores al vestuario, y con el mayor pesar supieron que habia desaparecido. Se organizaron comisiones para disponer una ovacion á su modestia; oyéronse muchas serenatas debajo los balcones de su alojamiento, y en el discurso del dia habian de llevarse á cabo tres duelos entre varios jóvenes enamorados de su voz y de sus gracias.

IV.

Mientras que estas tumultuosas escenas agitaban la ciudad, pasaba en el cuarto de la actriz otra de distinto género.

Junto á la pobre dama de teatro que lloraba á lágrima viva, la dichosa dama del gran mundo estaba prodigando consuelos.

—Insensata de mí! esclamó Antonina: muger cruel! Vuestro vano capricho y mi necia complacencia han comprometido mi porvenir y para siempre! Quién ha de atreverse á presentarse en un teatro que vos habeis encantado de esta manera? ¿qué belleza se atreverá á competir con tantas gracias? Ay! todo se descubriria en un momento: seria yo ridícula desde la primera palabra, me silvarian al primer gesto, y no me queda mas recurso que huir de este oprobio desertándome de Italia!... Y no basta! vuestra memoria me seguirá por do quiera, y paralizará mis animosos esfuerzos!.... Dios mio! Dios mio! cuán loca he sido! cuán infelice soy!

Mientras que la inocente autora de esta pesadumbre procuraba aunque inútilmente calmarla, Zerbina traia á cada instante varias cartas que iba dejando encima de un velador. Abrió la actriz por distraccion dos ó tres y las arrojó con furor mal comprimido, porque leyó en ellas tiernas declaraciones de amor.

—Tomad, señora, dijo irónicamente, gozad de todos vuestros triunfos: he aquí unos homenajes de nuevo género que se os envian bajo mi sobre.

Y echó el paquete de cartas sobre las rodillas de la jóven, que no pudo menos de recorrer con la vista algunas de ellas. De repente lanzó sin querer una grande esclamacion de alegria.

—Os reis? dijo Antonina volviendo la cara con indignacion.

—Sí, respondió la jóven, me rio á mi pesar, porque en uno de estos billetes encuentro la mas graciosa ocasion para vengaros.

—Para vengarme? veamos, esclamó la *prima donna*, apoderándose ansiosamente del billete en el cual leyó en alta voz los renglones siguientes:

«Celestial Antonina! Vos sois la muger «de mis ilusiones! Quereis admitir mi nom«bre, mi clase y mis doscientas mil libras «de renta? Si quereis, tomad asiento en la «silla de posta que esta tarde parará á la «puerta de vuestra casa, y marchad á Ber«lin con

El Baron de Grotschen."

—No hay mal que por bien no venga, dijo la muger del gran mundo á la cantatriz. Vos asegurais que he sacrificado vuestro porvenir, pero este billete que os cedo reparará mi culpa y vuestros perjuicios. Partid esta tarde con el baron de Grotschen en mi lugar, ya que yo le seduje ayer en el vuestro. Su señoria se dará por muy contento casándose con la verdadera Antonina en lugar de la falsa, y si la escasa identidad de nuestras personas ofreciese algunas dificultades, recordadle lo que os he dicho del *Prestigio del teatro*.

Dicho esto, la dama desconocida apretó la mano de la actriz, y la dejó tan consolada, que empezó á hacer sus reflexiones soltando una carcajada de las mas estrepitosas.

V.

Al dia siguiente no pudo tener lugar la segunda representacion de la *Mascherata*, porque el empresario supo que su admirable *prima donna* acababa de ser robada por un baron aleman.....

VI.

El invierno último, en una gran concurrencia del arrabal de S. German, anunciaron al mismo tiempo á dos señoras elegantas de la primera tijera. Una era la baronesa Antonina de Grotschen, la otra la célebre y linda marquesa de Saint-C... La verdadera y la falsa Antonina quedaron mudas de sorpresa al reconocerse, y esta dió con una mirada el parabien á la primera, al contemplar al magestuoso diplomático de cuarenta años que le daba el brazo. Las dos se repartieron los *bravos* de un auditorio entusiasmado, cantando juntas el gran duo de la *Norma*, y la ex-cantatriz hizo reir estremadamente á la muger del gran mundo cuando le contó los chistosos pormenores de su venganza, y los efectos del *prestigio del teatro* en el enamorado baron.

Juraron entrambas el secreto mas inviolable acerca de la aventura de Milan; pero algunas indiscreciones de la actriz han traido á nuestros oidos esta historia

J. I. S.

ESTATUA DE ENRIQUE IV.

A principios del siglo décimo-séptimo se colocó en un terraplen del puente nuevo de Paris la estátua ecuestre de Enrique IV, conocida en aquella época con el nombre del caballo de bronce, y cuya historia merece referirse.

Es muy posible que desde el famoso caballo de Troya no haya habido otro cuya existencia haya sido mas agitada. En efecto, á partir desde el momento en que sale de la fundicion en 1615 para adornar una plaza pública, hasta el en que en 1792 vuelve á la misma para ser transformado en cañon *para defender la patria*, cuantos acontecimientos diversos, qué de estrañas vicisitudes no ha pasado!

Comenzado de órden de Fernando I, duque de Toscana, que se proponia colocar en él su estátua, fue bosquejado por Juan de Boloña discípulo de Miguel Angel. A poco murió Fernando y el caballo se halló sin ginete. Juan de Boloña no tardó en seguir á la tumba al gran duque, y el caballo pasó de manos del maestro á las de su discípulo Pedro Tacca. El asesinato de Enrique IV que ocurrió dos años despues, conmovió profundamente la Europa, y de todas partes se dirigieron al nuevo Rey testimonios de interés y de simpatía. Cosme II, sucesor de Fernando I, y próximo pariente de Maria de Médicis, no podia quedar atras en estas generosas manifestaciones, y concibió el proyecto de utilizar el caballo que le habia legado su padre, colocando en él la estátua de Enrique IV, para ofrecerla á su viuda la Reyna regente de Francia. Hecho el ofrecimiento y aceptado, Pedro Tacca empezó á trabajar con grande ardor, y al año siguiente, salia *el caballo de bronce* del taller del fundidor, con direccion al puerto de Liorna donde debia ser embarcado para Francia.

Cosme quiso enviar esta estátua con cierta solemnidad, y al efecto comisionó, para que en su nombre la presentase á la Reyna regente, á uno de sus grandes dignatarios el caballero Pescolini, con un séquito numeroso.

Fíjose la partida para el 15 de Abril de 1615.—Hé aquí muchos trece, digeron los supersticiosos recordando que iba dirigida al Rey Luis, trece de este nombre. Sin participar ni aprobar los siniestros presentimientos que se manifestaron en esta circunstancia, preciso es, no obstante, reconocer que la fortuna quiso hasta cierto punto justificarlos; porque he aquí la relacion sucinta y auténtica de esta singular odisea.

No bien se halló en alta mar el buque que conducia la estátua, cuando fue asaltado por una violenta tempestad, y arrojado á las costas de Cerdeña donde naufragó. Pereció una parte de la tripulacion, y el caballo de bronce se fue á lo hondo de la mar.

Despues de un año de trabajos lograron sacarlo, y lo embarcaron en otro buque; que no fue mas afortunado que el anterior; pues combatido por vientos contrarios, y hasta perseguido por unos piratas, tuvo que refugiarse en un puerto de España. Por último despues de correr nuevos riesgos llegó al fin al Havre, y fue trasportado á Paris por el Sena. La travesía duró, pues, trece meses y algunos dias.

El 12 de Junio de 1614 Luis XIII puso la primera piedra del pedestal, y el 23 de agosto, hallándose el Rey ausente de la capital, se inauguró el monumento por los principales magistrados de la ciudad, y en presencia de M. de Liancourt gobernador de Paris, y del caballero Pescolini, enviado del gran duque de Toscana.

El pedestal se construyó con arreglo al diseño dado por Cívoli. En los cuatro ángulos tenia estátuas de bronce que representaban unos esclavos hollando con sus pies las armas de las naciones vencidas; capricho de artista que no tiene excusa en los hechos de la historia contemporánea: por lo demas estas estátuas eran obra de los escultores franceses Tremblay, Bordone y Franchevi-lle.

Hasta veinte años despues no se concluyeron los adornos y bajos relieves, en tiem-



po del Cardenal Richelieu, quien ademas rodeó el monumento con una verja, y cuyo nombre figura en varias de las inscripciones trazadas en los cuatro frentes del pedestal. Los bajos relieves representaban los principales acontecimientos de la vida de Enrique IV: las batallas de Arques y de Ivry, la toma de Amiens, la de Montmelian, y finalmente, la entrada de este príncipe en Paris.

En su conjunto la estátua ecuestre, presentaba sobre poco mas ó menos el mismo aspecto que la que figura hoy en el mismo lugar, y cuya copia damos en el grabado que acompaña este artículo. Enrique IV estaba representado en su trage de batalla, ceñida la

frente de una corona de laurel, y la mano derecha apoyada en su baston de mando. Una particularidad que no debemos pasar en silencio es que el caballo ocultaba en su vientre, no una tropa de guerreros escogidos, como el mas ilustre de sus antepasados, sino simplemente un rollo de pergamino encerrado en una caja de plomo, y en él cual estaban consignados bajo la forma de sumaria algunos de los hechos ya citados de la vida del príncipe.

Antes de esta época las estátuas de los Reyes no se habian empleado mas que en adornar las tumbas ó las iglesias, y la de Enrique IV fue la primera que se colocó en una plaza pública, siendo para los franceses el objeto de una veneracion profunda, de la que se citan infinitos ejemplos.

Y sin embargo, esta estátua ecuestre ha visto consumarse á sus mismos pies grandes crímenes, y excesos lamentables, que empezaron con el asesinato del mariscal de Ancre, que despues de enterrado fue conducido al puente nuevo por un populacho desenfrenado, y ahorcado, destrozado y quemado. Tambien ha visto otras mil escenas de un género distinto; pues la crónica del Puente Nuevo de París puede decirse que es la de esta capital, particularmente en los últimos pasados siglos.

J. S.

EL CABALLERO DEL CISNE.



Godofredo de Bullon era tio de la princesa Beatriz de Cléves. El príncipe Roberto de Cléves, padre de esta y esposo de la hermana del héroe francés, resolvió acompañar á su cuñado á la cruzada, y á pesar de los ruegos de su hija Beatriz, lo dispuso todo para poner por obra su piadosa determinacion. Godofredo quiso en un principio disuadirle de este proyecto, porque partiendo para la Tierra Santa, dejaba Roberto sola y sin amparo á su hija única, de edad entonces de catorce años escasos. Pero no hubo razones que convencieran al veterano soldado, y á cuanto le dijeron contestó con la divisa que ya habia inscrito en su bandera: ¡DIOS LO QUIERE!

Godofredo de Bullon envió á decir á su cuñado que le esperase en su castillo, y que allí se reunirian para emprender el viage, puesto que habiéndose fijado el camino de la cruzada á través de la Alemania y la Hungria, no necesitaba rodear mucho: de este modo ademas podia despedirse de su sobrina Beatriz. Dejó pues su ejército compuesto de diez mil caballos y setenta mil infantes á las órdenes de Eustaquio y Balduino, sus hermanos, y de su amigo Rodolfo de Alost, y bajó á lo largo del Rhin de Colonia á Cleves.

Hacia seis años que no veia á la jóven Beatriz; en este intervalo se habian desarrollado sus formas y sus encantos: tan bella llegó á ser, que todavia en el pais para encomiar á una muger perfecta suele decirse:—Hermosa como la príncesa Beatriz.

Hizo nuevos esfuerzos Godofredo para con-

seguir de su cuñado que se quedase con su hija. Pero todo fue en vano, porque el príncipe tenia ya tomadas todas las medidas para acompañar al futuro soberano de Jerusalen.

Un escudero llamado Gerardo, famoso por su fuerza y su valor, fue el escogido para proteger á la princesita, y se le dieron al efecto todos los derechos de tutor y el poder de mandatario.

Pero Godofredo, que sin duda por inspiracion divina deploraba aquellas disposiciones, regaló á su sobrina un rosario traido de Tierra Santa por Pedro el ermitaño, tocado en la santa tumba de Nuestro Señor, y bendito por el reverendo padre guardian del santo sepulcro. Pedro el ermitaño se le habia dado á Godofredo como un talisman sagrado que gozaba de propiedades milagrosas, y Godofredo aseguró á la doncella que si la amenazaba algun peligro, no tenia mas que tomar aquel rosario, rezar con devocion y recogimiento, y que él oiria, donde quiera que estuviese, y aunque le separase de ella mares y montañas, el sonido de la campanilla que pendia del piadoso símbolo. Beatriz recibió con reconocimiento el precioso rosario, cuya virtud solamente conocian su padre, su tio y ella, y pidió permiso al príncipe para fundar una capilla que encerrase dignamente en un buen tabernáculo tan rica joya. Escusado es decir que esta solicitud le fue concedida.

Partieron los cruzados, y una inscripcion trazada á la puerta del castillo de Cléves indica que fue el 3 de Setiembre del año 1096. Atravesaron pacíficamente y sin oposicion la Alemania y la Hungria, llegaron á las fronteras del imperio griego, y despues de haberse detenido algun tiempo en Constantinopla, entraron en Bitinia. Se dirigian á Nicea, y no era posible equivocar el camino porque estaba indicado por los osamentos de los dos ejércitos que habian precedido al suyo, el uno conducido por Pedro el ermitaño, el otro por Gauthier Sansargent.

Llegaron á vista de Nicea, y no nos entretendremos en referir los pormenores de este sitio. Al tercer asalto fue muerto el príncipe Roberto de Cléves. Seis meses tardó esta noticia en atravesar el espacio é ir á cubrir de luto á la princesa Beatriz.

El ejército continuó su camino hácia el mediodia, con tales fatigas y tales padecimientos, que á cada ciudad que descubrian los cruzados preguntaban si era ya la ciudad de Jerusalen. A tal estremo llegó el calor, que los perros y los alcones se caian muertos de fatiga, y en una sola parada murieron quinientas personas de sed: ¡Dios tenga sus almas en descanso!

Durante aquella larga y dolorosa marcha, los recuerdos de occidente se representaban á los infelices cruzados, y Godofredo, aflijido por la muerte de su cuñado Roberto de Cléves, solia hablar de él con frecuencia á su jóven amigo Rodolfo de Alost, y deplorar los peligros á que se veria espuesta su encantadora sobrina Beatriz. Confiado en que esta no dispondria de su mano sin su permiso, esperaba el general cristiano, si la santa empresa no le detenia demasiado tiempo en Palestina, unir á Rodolfo con Beatriz, y con tanto calor se la habia encomiado al jóven guerrero, que este se habia enamorado no mas que de su retrato.

Llegaron por fin á vista de Antioquía. Despues de un sitio de seis meses fue tomada la ciudad, pero á las marchas bajo el influjo de un sol abrasador, á la sed del desierto, sucedió un azote no menos terrible, el hambre. No habia medio de permanecer en aquella ciudad que se habia considerado como un puerto de salvacion. Jerusalen llegó á ser, no solamente un objeto, sino una necesidad. Los cruzados salieron de Antioquía y marcharon sobre la ciudad santa que descubrieron por fin al llegar á las alturas de Emaus. Eran cuarenta mil hombres de los novecientos mil que habian salido.

Al dia siguiente comenzó el sitio: tres asaltos infructuosos se sucedieron: tres dias hacia que duraba el último, cuando por fin el Viérnes 15 de Julio de 1099, el dia y á la hora misma en que fue crucificado Jesucristo, dos hombres llegaron á lo alto de las murallas. Pero el uno cayó y el otro se mantuvo de pie: el que quedó de pie fue Godofredo de Bullon; el que cayó Rodolfo de Alost, el futuro esposo de Beatriz. Este suceso desvaneció el dorado sueño del vencedor.

Godofredo de Bullon fue elegido Rey, sin cesar por eso de ser soldado. De vuelta de una espedicion contra el sultan de Damasco se le presentó el emir de Cesarea y le ofreció frutas de Palestina. Godofredo, crédulo en demasia, comió una manzana, y el 18 de Julio del año 1100, cesó de existir, despues de once meses de reynado y cuatro de peregrinacion.

Pidió que colocasen su tumba junto á la de su amigo Rodolfo de Alost, y sus postreros deseos fueron ejecutados.

Estas noticias iban unas tras otras á resonar en Occidente, y de todos los ecos que despertaban, el mas doloroso era sin duda el que gemia en el corazon de Beatriz: sucesivamente habia sabido la muerte del príncipe de Cleves, su padre, la de Rodolfo de Alost, su prometido esposo, y la de Godofredo de Bullon, su tio. La menos dolorosa de estas tres noticias era la de la muerte de Rodolfo, á quien no habia conocido: pero las otras dos la hacian dos veces huérfana, pues perdiendo á Godofredo de Bullon perdia á su segundo padre.

Un tormento nuevo se unió á los que ya desgarraban su alma: en los cinco años que habian transcurrido desde la partida de la cruzada hasta la muerte de Godofredo, Beatriz habia crecido en belleza: era ya una encantadora doncella de 19 años, y habia echado de ver que aquel escudero, á quien estaba confiada, no era insensible al sentimiento que inspiraba á cuantos se acercaban á ella. Sin embargo, mientras la quedaba un defensor, Gerardo habia sepultado su amor en el fondo de su alma: pero asi que vió á Beatriz huérfana y sin amparo, se propasó hasta el estremo de declararla su ardiente pasion. Beatriz recibió semejante declaracion como debia recibirla la hija de un príncipe: pero Gerardo, antes de quitarse la máscara, habia tomado sus medidas: contestó á la doncella que la concedia un año y un dia para luto, pero que pasado este tiempo se preparase para recibirle como esposo. Completa habia sido la transformacion: el criado dictaba órdenes á su señora. Beatriz era débil, estaba aislada, sin defensa: ningun socorro podia esperar de los hombres, y por tanto acudió á Dios, y Dios la envió, si no la esperanza, al menos la resignacion. Gerardo por su parte mandó el mismo dia cerrar las puertas del castillo, y puso doble guardia en cada una, temiendo que Beatriz intentase escaparse.

Dijimos al principio que Beatriz habia mandado edificar una capilla para encerrar la milagrosa reliquia que la regalara su tio. Si Godofredo hubiese vivido no habria tenido que temer, porque su piadoso corazon la hacia creer en la promesa de su tio, de que donde quiera que estuviese oiria el sonido de la santa campanilla y correria á su socorro: pero Godofredo habia muerto, y por mas que repicase la campanilla no podia esperar que aquellas vibraciones atrajesen algun defensor.

Pasaron los dias y despues los meses, y en seguida el año; Gerardo, firme en su propósito, tenia estrechamente encerrada á la pobre niña, y nadie sabia el apuro en que se encontraba Beatriz. Por otra parte en aquella época la flor de la nobleza estaba en Oriente, y apenas quedaban en las orillas del Rhin dos ó tres caballeros que se hubiesen atrevido á tomar la defensa de la hermosa cautiva.

Amaneció por fin el postrer dia del plazo. Acabada la oracion de costumbre fue Beatriz á sentarse al balcon, y alli dirigió sus ojos hácia el punto de la ribera en que habia perdido de vista á su padre y á su tio. En aquel mismo parage, generalmente desierto, le pareció descubrir un objeto móvil cuya forma no podia distinguir á causa de la distancia, pero que por una estraña preocupacion se le figuró tener relacion con ella: poco á poco aquella masa que Beatriz contemplaba con el entusiasmo propio de los afligidos, empezó á tomar una forma, y con tanta intensidad miraron los ojos de Beatriz que mas que el dolor la fatiga la hacia derramar lágrimas. Pero á través de aquellas lágrimas comenzó á distinguir una barca. Pocos instantes despues vió que la barca era remolcada por un cisne, y que dentro venia un caballero cuyas miradas estaban fijas en ella. A medida que se acercaba la barca los pormenores se aclaraban mas y mas: el cisne estaba uncido con cadenas de oro, y el caballero armado de punta en blanco: era este un gallardo jóven de unos 25 años, tez tostada por los soles de Oriente, pero de rubios y flotantes cabellos: detrás de él relinchaba un corcel caparazonado. Tan abstraida estaba Beatriz que no habia visto coronarse las murallas de soldados, sorprendidos de aquel estraño espectáculo, y la contemplacion de la jóven era tanto mas profunda, cuanto que la barca venia derecha al castillo. Asi que llegó á la orilla, salió á tierra el cisne, el caballero se caló el casco, embrazó el escudo, desembarcó con su caballo del freno, y saltando sobre el noble corcel, hizo una seña al ave, que obediente volvió á emprender el camino que habia traido.

A cincuenta pasos de la puerta principal tomó el caballero un cuerno de marfil que llevaba suspendido al cuello, y acercán-

dosele á los lábios produjo tres sonidos robustos y prolongados como para imponer silencio: y en seguida con estentórea voz:

—Yo, gritó, soldado del cielo, y noble de la tierra, á tí, Gerardo, castellano de ese castillo, te ordeno en nombre de las leyes divinas y humanas que renuncies á tus pretensiones á la mano de la princesa Beatriz que retienes prisionera; y que al instante salgas del castillo en que entraste como criado atreviéndote ahora á dictar órdenes: por tanto te desafio á todo combate, con lanza ó con espada, con hacha ó con puñal, y con la ayuda de Dios y de nuestra Señora probaré que eres un traidor, un desleal, y en señal de mi reto ahí va mi guante

Y quitándose un guante el caballero, le arrojó en tierra, y se vió brillar en uno de sus dedos un diamante que valia un caudal.

Gerardo era valiente, y no dió mas respuesta que mandar abrir la puerta principal. Salió un page á recoger el guante, y detrás del page avanzó el castellano cubierto de su armadura y montado sobre un caballo de batalla.

Ni una palabra medió entre ambos adversarios. El caballero desconocido bajó la visera de su casco, y Gerardo hizo otro tanto. Tomaron el campo suficiente los campeones, y enristrando las lanzas cayeron uno sobre otro con la celeridad del rayo.

Tenia fama Gerardo de ser uno de los hombres mas robustos y valientes de Alemania: su coraza habia sido forjada por el mejor armero de Colonia, y empapado el hierro de su lanza en la sangre hirviente todavia de un toro muerto por perros: sin embargo su lanza se quebró como un vidrio al chocar en el escudo del caballero, al paso que la lanza de este atravesó de un bote el escudo, la coraza y el corazon de su adversario. Cayó Gerardo sin pronunciar una sola palabra, sin tener tiempo para arrepentirse, y como herido de un rayo: el caballero, sin dignarse mirarle, hizo un saludo á Beatriz, que estaba arrodillada dando gracias á Dios

Tan breve habia sido el combate, y tal el asombro que subsiguió, que los hombres de armas de Gerardo ni siquiera habian pensado en cerrar las puertas del castillo al ver caer á su señor. Asi, pues, el caballero entró sin resistencia en el primer patio, echó pie á tierra, ató su caballo á un poste, y se adelantó hácia la escalera: en el momento en que él ponia el pie en el primer escalon, apareció Beatriz en el último, ansiosa de conocer á su libertador.

—Este castillo es vuestro, caballero, le dijo, porque acabais de conquistarle: podeis considerarle como vuestro, y cuanto mas le habiteis, mayor será mi reconocimiento.

—Señora, contestó el caballero, no es á mi á quien debeis dar las gracias, sino á Dios, porque él es quien me envia en vuestro auxilio. En cuanto á este castillo, diez siglos ha sido morada de vuestros padres, y desearé que lo sea otros diez de vuestros descendientes.

Beatriz se ruborizó porque era el último vástago de su familia. Aceptó, en fin, la hospitalidad el caballero: era jóven y gallardo, Beatriz sola y dueña de su corazon. A los tres meses conocieron los jóvenes que se profesaban algo mas que amistad: el caballero le habló de amor, y Beatriz le ofreció su mano y la posesion de su rico principado, defendido por él de un modo tan milagroso El caballero cayó de rodillas á los pies de Beatriz, y la doncella quiso levantarle.

—Perdonad, señora, dijo él, necesito toda vuestra indulgencia, y no me levantaré hasta que la obtenga.

—Hablad, contestó Beatriz: ya os escucho y estoy dispuesta á obedeceros de antemano como si fuéseis ya mi dueño y señor.

—¡Ah! repuso el caballero, sin duda os parecerá cosa singular, que ofreciéndome vos tanta ventura, no pueda yo aceptarla sino con una condicion.

—Concedida, contestó Beatriz. Ahora sepamos cual es.

—Es que jamas habeis de preguntarme mi nombre, ni de donde vengo, ni donde supe el peligro que os amenazaba: porque si me lo preguntais, os amo tanto que no tendré valor para negarlo, y asi que lo supieseis, tendriamos que separarnos para siempre. Tal es la ley que me ha sido impuesta por el poder que me ha guiado á través de montes, llanuras y mares durante el largo viage que he hecho para venir á libertaros.

—¿Que me importa vuestro nombre? ¿que me importa de donde venís, ni quién os ha informado de mi peligro? abandono lo pasado por el porvenir. Vuestro nombre es el caballero del Cisne: venis de una tierra

bendita, y os envia Dios. ¿Qué mas necesito saber? Esta es mi mano.

El caballero la besó enagenado, y un mes despues los unió el capellan en el mismo oratorio donde Beatriz, acongojada y temiendo por su libertad, habia orado y llorado tanto por espacio de un año.

El cielo bendijo aquella union: y en tres años hizo Beatriz al caballero padre de tres hijos que se llamaron, Roberto, Godofredo y Rodolfo. Otros tres años transcurrieron y su felicidad no conoció límites.

—Madre mia, dijo cierto dia el niño Roberto de vuelta de paseo, dime el nombre de mi padre.

—¿Y con qué objeto? contestó la madre estremeciéndose.

—Porque el hijo del baron Asperen me lo pregunta.

—Tu padre se llama el caballero del Cisne, dijo Beatriz, y no tiene otro nombre.

Satisfízole al niño esta respuesta y se volvió á jugar con sus amiguitos. Pasó otro año tan feliz como los anteriores y al cabo de él:

—Madre mia, dijo el lindo Godofredo, ¿de dónde venia mi padre cuando llegó á este pais en una barca remolcada por un cisne?

—¿Y por qué quieres saberlo? contestó la madre suspirando.

—Porque me lo ha preguntado el hijo del conde de Megen.

—Venia de un pais remoto y desconocido, dijo la madre: no sé mas.

Esta respuesta le bastó al niño, quien la transmitió á sus bulliciosos compañeros, y continuó jugando á las orillas del rio con la tranquila indiferencia propia de su edad.

Otro año voló, pero en este sorprendió mas de una vez el caballero á Beatriz pensativa é inquieta; aparentó él sin embargo no notar nada y redobló sus atenciones y caricias.

—Madre, dijo el tercer hijo Rodolfo, cuando te libró del pícaro Gerardo, ¿quién le habia dicho á mi padre que necesitabas auxilio?

—¿Por qué lo dices? contestó la madre llorando.

—Porque me lo ha preguntado el hijo del margrave de Gorkum.

—Dios, repuso la madre, que ve á los que padecen y les envia sus ángeles para socorrerlos.

El niño no insistió mas. Le habian acostumbrado á mirar á Dios como á su padre, y no se admiró de que un padre hiciese por su hijo lo que Dios habia hecho por su madre.

Pero la princesa Beatriz miraba las cosas de distinto modo: habia reflexionado que el primer tesoro de los hijos es el nombre de su padre, y sus tres hijos no tenian nombre. Aquella pregunta que cada uno de ellos le habia hecho, la oirian con frecuencia repetida en boca de otros hombres, y los desgraciados no podrian contestar. Estas reflexiones traian á la pobre madre triste y acongojada, y atropellando al fin por todo, resolvió exijir á su esposo el secreto que habia jurado no inquirir nunca.

Notó el caballero esta melancolía que iba en aumento y adivinó la causa. Mas de una vez al ver á su Beatriz tan apesadumbrada estuvo á pique de revelárselo todo; pero siempre le contenia la idea terrible de que á aquella confianza seguiria una separacion eterna.

Al fin Beatriz no pudo resistir mas, fue á buscar al caballero, y arrojándose á sus pies, le suplicó en nombre de sus hijos que la dijese quién era, de dónde venia, y quién le habia enviado.

El caballero palideció cual si fuese á morir, y sellando en seguida con sus lábios la frente de Beatriz:

—¡Ay! al fin habia de ser, murmuró suspirando: esta tarde te lo diré todo.

Eran las seis de la tarde poco mas ó menos cuando el paladin y su esposa fueron á sentarse al balcon; Beatriz cortada y temerosa, el caballero triste. Ambos permanecieron algunos instantes en silencio, y sus miradas se dirigieron instintivamente hácia el punto donde habia aparecido el caballero, el dia de su combate con Gerardo. Por una rara coincidencia, el mismo objeto se columbraba en el mismo parage. Beatriz se estremeció y el caballero suspiró. Tropezáronse sus miradas por un sentimiento unánime, y tan profunda tristeza se pintaba en las del caballero, que Beatriz, acongojada, cayó de rodillas.

—¡Oh! no, no, amigo mio, le dijo, no quiero saber ese secreto que tan caro ha de costarnos. Olvida mi demanda, y si no dejas nombre á tus hijos, serán valientes como su padre, y ellos sabrán conquistárselo.

—Escucha, Beatriz, contestó el caballero: todo está previsto por el Señor, y pues ha

permitido que me hicieses esa pregunta, es señal de que ha llegado el dia. Nueve años he pasado á tu lado, nueve años de ventura celestial. Da conmigo gracias á Dios por su infinita misericordia, y escucha lo que voy á decirte.

—Calla, calla por Dios, esclamó Beatriz, yo te lo suplico. El caballero alargó la mano hácia el punto que empezaba ya á hacerse mas distinto, y Beatriz reconoció la barca conducida por el cisne.

—Ya ves cómo es llegado el momento, dijo él: escucha pues lo que tanto has deseado saber y que yo debia revelarte tan luego como me lo preguntases.

Beatriz, sollozando, dejó caer su cabeza sobre las rodillas del caballero. Miróla este con una espresion indefinible de tristeza y de amor, y apoyando la mano en su hombro:

—Soy, dijo, el compañero de armas de tu padre Roberto de Cléves, el amigo de tu tio Godofredo de Bullon. Soy el conde Rodolfo de Alost, muerto en el sitio de Jerusalen.

Beatriz lanzó un grito, levantó la cabeza y fijó en el caballero sus miradas hoscas y amedrentadas: quiso hablar, pero su lengua pegada al paladar no pudo proferir mas que sonidos inarticulados, como los que se escapan en un sueño.

—Sí, continuó el caballero, lo que te digo es inaudito; pero acuérdate, Beatriz, de que me hallaba en la tierra de los milagros. El Señor hizo por mí lo mismo que habia hecho en otro tiempo por la hija de Jairo y el hermano de la Magdalena.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Beatriz levantándose; eso no es posible.

—Te suponia mas fe, Beatriz, respondió el caballero.

—¿Con que sois Rodolfo de Alost? murmuró la princesa.

—El mismo. Bien sabes que Godofredo me dió parte en el mando del ejército mientras él venia á buscar á tu padre. Cuando volvió, tan prendado estaba de tu hechicera belleza, que en todo el camino no hizo mas que hablar de tí. Si Godofredo te amaba como hija, bien puedo decir que á mí me queria como si fuese hijo suyo: por eso desde el primer momento habia concebido una idea, la de unirnos en matrimonio. Tenia yo entonces veinte años, y una alma vírgen como una doncella. El retrato que hizo de tí, inflamó mi corazon, y pronto te amé con tanto ardor como si te conociese desde la infancia. Nosotros lo teniamos ya todo prevenido, y jamás me daba otro nombre que el de sobrino.

¡Tu padre murió! ¡y yo le lloré como si hubiera sido el mio. Al morir, me dió su bendicion, y renovó el consentimiento para nuestro enlace. Desde entonces te consideré como mia, y tu recuerdo prevaleció sobre todos mis pensamientos: tu nombre intervino en todas mis oraciones.

Llegamos delante de Jerusalen, y fuimos rechazados en tres asaltos: sesenta horas duró el último. Godofredo dispuso un postrer ataque, y juntos nos encargamos del mando de una columna: subimos las escalas los primeros, y ya llegábamos á lo alto de la muralla, ya levantaba yo el brazo para asirme á una almena, cuando ví brillar el hierro de una lanza, un dolor agudo siguió á aquella especie de relámpago, y un sudor frio circuló por todos mis miembros. Pronuncié tu nombre, y caí sin ver nada, sin sentir nada: era cadáver.

Ninguna idea tengo del tiempo que permanecí en ese profundo sopor que se denomina muerte, pero al fin un dia me pareció sentir que me apoyaban una mano en en el hombro, y vagamente se me figuró que era llegado el dia de Josafat. Un dedo tocó mis párpados, y abrí los ojos: hallábame tendido en una tumba, y delante de mí estaba Gododrefo con un manto de púrpura, y ceñidas las sienes de una corona y una brillante aureola, inclinóse hácia mí, me sopló en la boca y sentí renacer en mi pecho la vida y las sensaciones; sin embargo, me parecia hallarme aun clavado en el sepulcro con garfios de hierro. Quise hablar, pero mis lábios se movieron sin proferir sonido alguno.

—Despierta, Rodolfo, el Señor lo permite, dijo Godofredo, y escucha lo que voy á decirte.

Hice entonces un esfuerzo sobrehumano concentrando las nacientes fuerzas de mi nueva vida, y pronuncié tu nombre.

—De ella vengo á hablarte, repuso Godofredo.

—¿Pues qué, interrumpió Beatriz, habia muerto tambien Godofredo.

—Si, respondió Rodolfo, y ahora sabrás lo que habia sucedido.

—Godofredo habia muerto envenenado y pedido antes de espirar que depositasen su cuerpo junto al mio: ejecutadas sus volun-

tades, habia sido enterrado con las régias vestiduras: únicamente al manto y la corona habia añadido Dios una aureola. Godofredo me contó lo que habia sucedido despues de muerto yo, y á mis reiteradas preguntas acerca de tu situacion contestó:

—«Voy á hablarte de Beatriz. Dormia yo como tú, en mi tumba, esperando la hora del juicio, cuando me pareció que despertaba de un profundo sueño y recobraba el sentimiento y la vida. El primer sentido que tuve espedito fue el del oido, creí oir el tañido de una campanilla, y á medida que me volvia la existencia, se hacia mas distinto el son. Pronto reconocí que provenia de la campanilla que yo diera á Beatriz, y entonces recuperé la memoria y me acordé de la propiedad milagrosa de aquel rosario. Beatriz estaba en peligro, y el Señor habia permitido que el sonido de la sagrada reliquia penetrase en mi tumba y me despertase.

Abrí los ojos y me encontré en tinieblas. Un temor terrible se apoderó entonces de mí: como ignoraba el tiempo que habia transcurrido, creí haber sido enterrado vivo, pero en el mismo instante se perfumó aquel recinto con un suavísimo olor de incienso. Oi cantos celestiales, dos ángeles levantaron la lápida, y vibró una voz cuyos acentos llegaban á mis oidos con dulcísima armonia.

—Godofredo, piadoso servidor mio, ¿no oyes nada? dijo la voz.

—¡Ay! contesté, oigo el tañido de la sagrada campanilla, que me anuncia que aquella mortal cuyo padre y esposo murieron ya para el mundo, está en peligro en este momento, y no tiene mas protector que la divina Providencia.

—¿Y qué deseas? Pide lo que quieras, que te será concedido.

—¡Oh bondad! contesté, nada pido para mí porque harto generoso ha sido conmigo el Supremo Hacedor; pero permítaseme abogar por otro.

—¿No te he ofrecido concederte lo que pidieses?

—Pues bien: ya que no me fue dado ver satisfecho en vida mi mas grato deseo, el de unir á mi hermano de armas con la virtuosa Beatriz, restitúyansele al menos á Rodolfo los dias que le estaban señalados, y permítasele volar en auxilio de su amada, á quien amenazan peligros, segun me lo anuncia el repique de esa campanilla.

—Hágase como lo deseas, dijo la voz: Resucite Rodolfo de Alost, y socorra á su desposada. Salga de la tumba hasta el dia en que su esposa le pregunte quién es, de dónde viene, y quién le ha enviado. Por estas tres preguntas conocerá que es tiempo de volver á mi lado.

No volvió la voz á dejarse oir, y viéndome libre de los lazos que me sujetaban, me levanté de mi tumba y vine á la tuya. Puse la mano en tu hombro para sacudirte de la muerte: toqué tus párpados con el dedo para abrir tus ojos, y soplé en tu boca para devolverte la vida y el movimiento. Ahora, Rodolfo de Alost, levántate, vé á socorrer á Beatriz, y permanece á su lado hasta que ella te pregunte quién eres, de dónde viene, y quién te ha enviado.

Apenas cesara Godofredo de hablar, sentí romperse los lazos que me ligaban al sepulcro. Enderecéme en la tumba tan lleno de vida como antes de recibir el golpe mortal, y me encontré armado de punta en blanco, sin que me faltase mas que espada. Ciñóme Godofredo la suya que era de oro, me colgó al cuello la bocina de que solia hacer uso en medio del combate, y me puso en el dedo el anillo que le regalara el Emperador Alejo, abrazándome en seguida.

—Hermano, me dijo, Dios me llama á sí, lo conozco. Vuelve á echarme encima la lápida de mi tumba, y corre sin perder un instante á socorrer á Beatriz.

Dichas estas palabras, se acostó en su sepulcro, cerró los ojos y murmuró con voz apenas inteligible: sea, Señor, mil veces bendito vuestro santo nombre.

Inclinéme sobre él para abrazarle otra vez, pero estaba inmóvil y dormido ya en el Señor.

Cumplí su mandato, oré al pie del altar, y salí. A la puerta de la Iglesia encontré un caballo completamente caparazonado: junto al muro estaba apoyada una lanza. y no dudé un instante de que uno y otro estaban dispuestos para mí. Tomé la lanza, monté á caballo, y pensando que el Señor habia confiado á su instinto el cuidado de conducirme, dejé la brida sobre el cuello del animal.

De este modo atravesé la Siria, la Capadocia, la Turquía, la Francia, la Dalmacia, la Italia y la Alemania: al fin, despues de un año y un dia de viage, llegué á las orillas del Rhin. Allí encontré una barca, á la cual estaba atado un cisne con cadenas de

oro. Salté á la barca que me condujo á vista del castillo. Lo demas tú lo sabes, Beatriz.

—¡Ay! esclamó Beatriz, ahí están el cisne y la barca en el mismo punto en donde en otro tiempo abordó; pero, ¡ah! esta vez viene por tí. Rodolfo, Rodolfo, perdóname.

—Angel mio, nada tengo que perdonarte, dijo Rodolfo, abrazándola. Se ha pasado el tiempo; Dios me llama; démosle gracias por los nueve años de dicha que nos ha otorgado.

En seguida llamó á sus tres hijos que estaban jugando en la pradera. Abrazó primero á Roberto que era el mayor, le dió su escudo y su espada, y le nombró su sucesor. Abrazó despues á Godofredo, que era el segundo, le entregó la bocina, y le hizo donacion del condado de Louen; por fin estrechó en sus brazos á Rodolfo y le dió el anillo y el condado de Messe Por último, abrazó con efusion á Beatriz, recomendó á sus tres hijos que la consolasen, y bajó en seguida á la cuadra, donde halló ensillado su caballo, atravesó la pradera, saltó á la barca, y la barca volvió á emprender el camino que habia traido, y desapareció en medio de la oscuridad.

Desde aquel instante hasta el de su muerte, la princesa Beatriz no dejó un solo dia de asomarse al balcon, pero no tornó á aparecer ni la barca, ni el cisne, ni el caballero.

D. C.

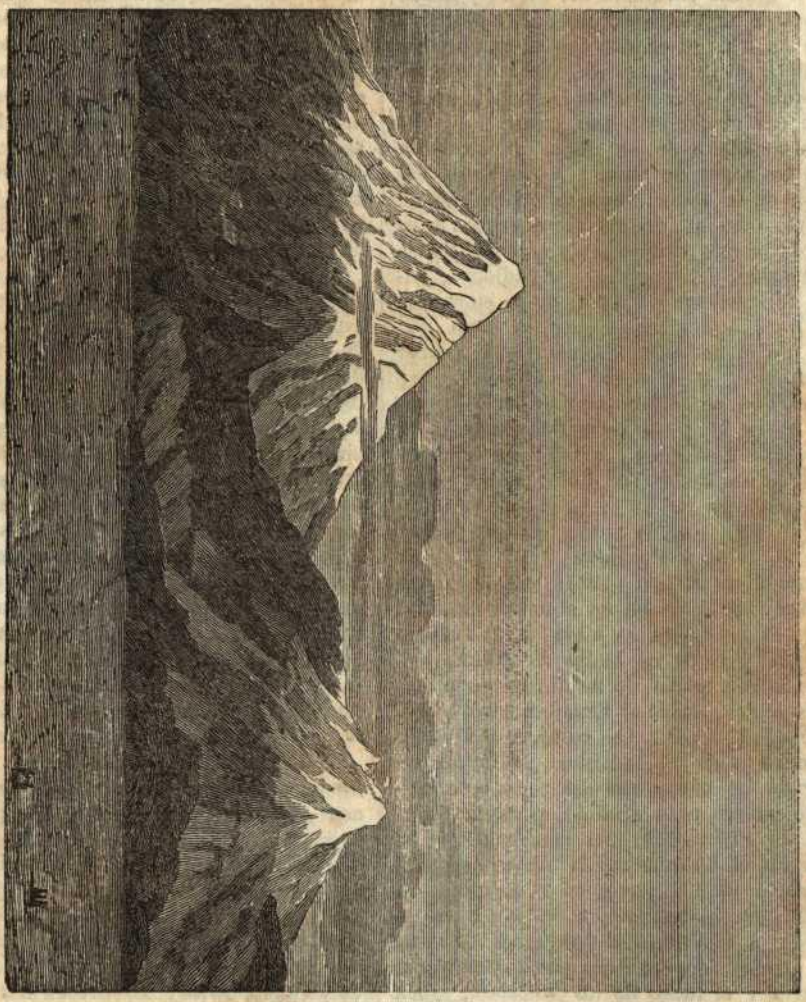
LOS ANDES.



La cordillera de los Andes la forma una inmensa cadena de montes que se estiende del S. al N. en direccion paralela á las costas occidentales de la América meridional desde el cabo Froward, en el estrecho de Magallanes, hasta el istmo de Darien.

Los Andes ofrecen mucha variedad en su aspecto y configuracion general. Unidos por medio de las montañas del istmo de Darien y de Guatemala, con la meseta de Méjico, que se adelanta hasta los montes Pedregrosos, se prolongan hasta el monte San Elias por los 60° 12' de lat. boreal, y despues hasta la orilla del Océano boreal; y por consiguiente su continuacion no es menos notable que su prodigiosa longitud, que abraza de S. á N. un espacio de 120°; pues con razon puede decirse que se estienden desde los islotes situados al S. de la tierra del Fuego, ó desde el cabo de Hornos hasta el monte San Elias, esto es, desde los 55° 58' lat. S. hasta los 60° 12' lat. N. Se aprocsiman casi á igual distancia de uno y otro polo, pues sus estremos no distan de ellos mas que unos 29 ó 30°. Su estension en direccion opuesta á su ege longitudinal, no pasa generalmente de 2 á 3°, y raras veces de 4 á 5°.

Esta cordillera es muy estrecha en su raiz, y va directamente del S. al N. hasta los 21° lat. S., en donde se ensancha inclinándose al O. N. O. A los 5° lat. S. corre al N. E.; á los 8° lat. N. sigue abajándose y gira al O., hasta formar el itsmo de Darien. Desde el cabo Froward hasta dicho punto tiene unas 1,560 leg. de largo; y en toda esta estension su distancia del Grande Océano pasa raras veces de 16 leg. Su mácsima anchura es de 48 leg. y su elevacion media en el Ecuador es de 16,800 pies. A los 7° lat. S. al pasar de las llanuras del Amazonas al Grande Océano, no tiene mas que 18 1/2 leg. de ancho.



Los Andes.

Puede dividirse en cinco partes, segun los nombres que lleva en los paises que atraviesa. En la Patagonia, desde el cabo Froward hasta los 41° latitud S., se llama Sierra Nevada de los Andes. En Chile lleva tambien este nombre, mas comunmente se denomina Andes del Chile: atraviesa el Perú con el nombre de cordillera real de los Andes, ó grande cordillera del Perú; y desde la frontera septentrional del Perú, hasta los 2° de lat. N. se conoce con el nombre de cordillera de Quito. En la Nueva Granada, en donde no tiene nombre general, se le puede dar el del pais que cubre.

La cordillera de los Andes no presenta como los Alpes de Suiza y los montes Himalaya de la India, una continuacion de cumbres nevadas. Su elevacion es mas desigual de lo que comunmente se cree. En algunas partes del hemisferio meridional, entre el Chimborazo y el Loja, no se eleva mas que unos 5,500 pies sobre el nivel del mar. En el hemisferio septentrional, cerca de Cupiqui, en el istmo de Panamá, hay montes que no se elevan á mas de 700 pies. Ocho veces se eleva formando grupos de una altura prodigiosa, y son: en la provincia de los Pastos (0° 50'); en los volcanes de Popayan (2° 25'); en el paso de Quindiu (4° 55'); en la Sierra de Mérida (7° 58'); en la de Santa Marta (10° 55'); en la meseta de Méjico (19°); en el Nuevo Hanóver (30°); en fin en el monte San Elias (60°), la cordillera se eleva á una altura casi igual á la de los Andes de Quito.

La altura media de las nieves perpétuas en los Andes, desde el Ecuador hasta 1° 30' es de 17,290 pies. La cumbre del Rucu Pichincha es de 17,486 pies; el límite inferior de las nieves que con pocas escepciones lo cubren todo el año, es segun Humboldt de 175 á 245 pies mas bajo que la cima. En el Chimborazo la nieve perpétua se halla á 17,297 pies; en el Corazon, á 17,206; en la Antisana á 17,206; en el Cotopaxi á 17,766. Los habitantes de este pais, tantas veces asolado por los temblores de tierra y el fuego de los volcanes, saben que el Cotopaxi y el Tunguragua se despojan enteramente de sus nieves, algun tiempo antes de verificarse las erupciones. Las paredes de estos conos inmensos parece que tienen menos espesor que las de los demas volcanes que todavia se hallan en estado de actividad. Los montañeses de los Andes consideran el límite de las nieves perpétuas como un fenómeno muy constante.

La temperatura de la parte elevada de los Andes ofrece debajo de los trópicos ciertas particularidades notables; y en ella ecsisten algunas poblaciones, cuya elevacion escede en 1,400 pies á la cumbre del pico de Tenerife. En la cordillera de los Andes, la disminucion de calórico es de 5 á 5 mas rápida sobre los 12,250 pies, que desde el nivel del mar á los 8,750. La capa de aire que se enfria con mas prontitud debajo del ecuador, parece que se halla comprendida entre los 8,750 y 12,250 pies. Los fenómenos eléctricos presentan en los Andes un carácter particular. En los valles de los grandes rios, como por ejemplo en los de la Magdalena, del rio Negro y del Casiquiari, las borrascas ocurren constantemente hácia media noche.

Entre los 6,500 y 7,000 pies se sienten retumbar con mayor violencia y estrépito los estallidos del trueno. Los valles de Colato y de Popayan son notables por la frecuencia de estos fenómenos. Mas arriba de 7,000 pies son menos frecuentes y menos periódicos; pero cae en esta elevacion mucho granizo, mayormente á los 10,500 pies. Al pasar la elevacion de 12,250 pies las esplosiones son muy raras; el granizo á esta altura no va acompañado de relámpagos, y mas allá de los 13,650 pies cae mezclado con nieve. Se ha observado que generalmente el azul del cielo es mas intenso debajo de los trópicos que á igual altura en Europa. No hay magnificencia que pueda compararse con la que ostentan las noches en estas regiones; pues se ven brillar las estrellas fijas con una luz tan plácida como la de los planetas.

Los valles de estas cordilleras, mas profundos y angostos que en los Alpes y Pirineos, ofrecen escenas silvestres que llenan el alma de admiracion y terror. La humedad del clima y el pendiente del terreno han dado lugar á que los riachuelos que bajan de las montañas, hayan ahondado unos lechos de 24 á 30 pies de profundidad, y de 1 á 1 1/2 de ancho; de suerte que los senderos que forman, se parecen á una galeria escavada á cielo raso. Uno no puede menos de estremecerse al pasar por estas profundas grietas llenas de cieno y obscurecidas por la espesa vegetacion que en ciertos parages tapa su abertura. Los naturales de este pais se sirven generalmente de bueyes para acémilas; y con dificultad pueden estos atravesar los senderos, entre los cuales

hay algunos que llegan á tener mas de 1/3 de leg. de largo. Tal es todavia el estado de los caminos en los desfiladeros de los Andes, que los mulos de que se sirven los viageros no tienen á veces el local necesario para poner los pies. Los senderos están llenos de hoyos como de unos dos ó tres pies de profundidad que sirven de escalones, pues sin su auxilio la mayor parte de estos precipicios serian intransitables; y asi es que se corre mucho peligro en los que no los tienen, por ser el terreno sumamente escarpado y resbaladizo. Es por cierto digna de admiracion la destreza de los mulos en estas circunstancias, pues sin ellos no se podria transitar por estos lugares, en los cuales la vida del ginete pende de la destreza habitual del bruto.

En ciertos parages se viaja sobre las espaldas de los indios. Cuando Humboldt atravesó la montaña de Quindiu en 1801, no quiso servirse de este medio, y padeció mucho en el camino, pues tuvo que andar en medio de una arcilla muy espesa, y atravesar torrentes de agua y de yelo. El desfiladero de Quindiu no es la única parte de los Andes que se atraviesa del modo indicado, pues este modo de viajar es muy usado para atravesar las grandes cordilleras que separan los valles, y hay muchos naturales robustos y jóvenes que se prestan gustosos á este servicio. La mayor parte de los torrentes que se han de atravesar viajando por los Andes son vadeables; sin embargo, en la estacion lluviosa bajan muy crecidos, y no pueden pasarse por espacio de algunos dias. Cuando son demasiado profundos, ó cuando sus márgenes son inaccesibles, se echan sobre ellos unos puentes de construccion muy singular, los que á pesar de su aparente fragilidad y peligro que amagan, sirven perfectamente para el objeto. Unas veces se sirven los naturales de cuatro largas vigas trabadas y puestas sobre el precipicio, que forman un camino de unos 6 pies de ancho, por encima del cual puede pasar un hombre á caballo; otras veces se sirven de 6 cables de bijuco, que es una especie de caña elástica, estendidos de una á otra orilla del rio, y cubiertos de ramage colocado transversalmente, sobre los cuales pasa el viagero mientras que los mulos pasan el torrente á nado. Si este es demasiado rápido y arrastra contínuamente enormes piedras que se opongan á que lo vadeen las acémilas, se sirven entonces de la tarrabida, que es una sola cuerda hecha de bijuco, afianzada por cada lado del torrente en fuertes estacas, y al otro lado tienen una especie de rueda para tenderla y aflojarla oportunamente. De esta cuerda está pendiente una especie de hamaca de cuero, en donde puede caber un hombre, y á la cual está atada otra cuerda para atraerla hácia la orilla opuesta: para pasar las acémilas se necesitan dos.

D. G. U.

EL LENGUAJE DE LAS FLORES.



os hombres en el Oriente usan poco las flores de la retórica; mas las mugeres, en cambio, están muy versadas en la retórica de las flores. Un ramillete es un discurso con su exordio y peroracion; cada flor es un periodo Ciceroniano.

En el lenguaje de las flores son susceptibles de esplicacion las gradaciones mas delicadas del sentimiento y las ideas mas sutiles de la metafísica del corazon. Provista de algunas frescas córolas, cogidas en las orillas de un camino, se atreveria una odalisca á desafiar á la biblioteca de Rambouillet, Voiture, y los Balzacs antiguo y moderno. Las mugeres de Oriente encuentran una biblioteca en el centro de un parterre, y por medio de un ramillete pueden espresar cuanto dicen las antiguas novelas caballerescas y las de nuestra época.

La forma de las flores, su perfume y color componen la trinidad gramatical de este idioma de los amores, y la combinacion indefinida de estos tres elementos constituye una sintaxis que las mugeres adivinan mejor que aprenden. Los hombres conciben dificilmente las bellezas de este lenguaje sensible á la vista y las figuras atrevidas de esta retórica perfumada.

Eugenio Gallois, impulsado por un gran de pensamiento artístico, se habia trasladado á Egipto.

Habiendo estudiado la pintura y la escultura en Francia, España é Italia, y viendo solo en el arte católico un cadáver que en vano se pretende galvanizar, y en el arte de la restauracion una pálida imitacion de lo pasado, corrió al Oriente á pedirle una nueva inspiracion. Gallois se habia dicho á sí mismo: «El Oriente moral jamas ha sido pintado ni esculpido; arrojado del arte por el profeta, sus formas deben haber adquirido en la naturaleza una belleza encantadora; en ella deben encontrarse fisonomías que aun no nos ha revelado el pincel europeo, del mismo modo que existen pasiones, y situaciones sociales desconocidas en Occidente, todas ellas deben reasumirse en la cabeza de Mahoma. ¡Cuán bello seria volverlo á animar pintándolo en las diversas situaciones de su vida como se ha hecho con Jesus!! ¡Mahoma suicidado pintorescamente por temor á la idolatria! ¡Qué gloria la de devolver al mundo aquel tipo increado y sublime! Iré, pues, á Egipto, á la Siria y al Yemen; allí estudiaré las fisonomías de los habitantes, sobre todo la de los árabes, y encontraré el semblante glorioso del esposo de Aicha. Maria, la madre del Redentor, es en Europa el tipo de la muger; yo crearé en Fatma la hija del revelador, el tipo de la oriental.»

Lleno de estas ideas, Eugenio Gallois se halla en el Cairo, ocupado en dibujar cuanto en hombres y monumentos heria su imaginacion. No lejos de la puerta de Bab el Nasr, habia empezado á bosquejar una hermosa mezquita, á cuya plaza se trasladaba diariamente acompañado de su *Sais*, quien le llevaba su silla de tijera, paleta y caja de

colores. Se hallaba dibujando una tarde, absorto en la contemplacion de las líneas y sombras de su mezquita, adonde habia entrado el *Sais* á hacer la oracion del Asr, cuando de una de las casas laterales salió un niño que se dirigia hácia él, trayendo en sus sonrosadas manos un ramo de flores. Eugenio alzó la vista, y admirado de la belleza del niño, iba á soltar la papeleta, para acariciarlo, cuando aquel pequeño amor, dejándole el ramillete, huyó con rapidez, cual hubiera podido ausiliado de las alas de Cupido, y entró en la casa donde saliera.

Eugenio permaneció por algun tiempo con la vista fija en la puerta de la casa; mas viendo que su *Sais* se ponia las babuchas al salir de la mezquita, le hizo señas para que se acercase.

—¿Qué significa, le preguntó, este ramo que acaba de entregarme un precioso niño?

—Lo que á ti te parece un ramo, es una carta, contestó el *Sais*.

—¿Y quién puede escribirme por medio de algunas flores?

—Probablemente es una muger, hábil como todas en este género de escritura.

Mirando con atencion el ramillete, el *Sais* añadió: «Ciertamente deben decirte en él, cosas muy agradables." Eugenio ardia en deseos de saber el contenido del billete; maldecia las universidades europeas, por no haber establecido, en medio de su fárrago escolástico, una cátedra de retórica de flores. «Nos hacen aprender con gran trabajo, decia entre si, la penosa confusion de las lenguas muertas ó espirantes, y se desdeña el idioma eterno de la naturaleza! Ah! si yo pudiese tan solo deletrear el misterioso alfabeto de esta lengua! Si á lo menos pudiese hallar un intérprete que me tradujese este ramo!

Su ignorancia y embarazo fueron comprendidos por el *Sais*, quien le dijo:

—Amo mio, bien veo que sabes leer mejor la escritura de pluma que la de las flores; en cuanto á mí ignoro la una y la otra, mas conozco una anciana la mas instruida del Cairo en este arte, que te dirá al momento el contenido del ramillete.

—Corramos á verla, dijo Eugenio con viveza, y recogiendo sus avios de pintura se dirijieron á casa de la anciana, traductora jurada del lenguaje de las flores. Eugenio habia ocultado el ramo en su pecho, cual lo hace un amante con el billete de su querida.

—Confio en vuestra prudencia, dijo á la intérprete presentándola el ramo.

—¿Y qué puedes temer? repuso aquella. Estas cartas jamas traen firma, porque no la hay en el idioma de las flores.

—¿Con que no podré saber quién es la persona que me escribe?

—Podrás saberlo por lo que te escriben, mas los nombres humanos pertenecen á la voz humana.

—Y qué ¿no podré contestar?

—Lo harás del mismo modo que á tí te han escrito, y sin firmar tu nombre; las flores son discretas y jamas nombran á nadie.

Este preámbulo aclaratorio irritó la curiosidad del impaciente Eugenio. La anciana lo conoció, y arrojando una rápida mirada sobre el ramo que tenia en sus manos le dijo:

—Hijo mio: este es un simple billete; mas por la elegancia de su estilo se deja conocer que su autor es una persona de gran mérito.

—Leed pues, leed, prorumpió Eugenio ya fuera de sí. La anciana entonces con cierto aire de solemnidad, y fijos los ojos en las flores, pronunció sin detenerse lo que sigue:

—«Vienes diariamente á describir la mezquita, y sus piedras caladas; te miro con placer atento á tu trabajo. Envidio la suerte de la cúpula y el minarete, porque tus ojos los escuchan atentamente, ¿pero lo que ellos te digan, puede compararse á lo que yo podria decirte? Al verte he conocido que tú eras la vida de mi vida, tu imagen se halla escrita en mi corazon, mejor que tu mezquita en el papel. No pudiendo hablarte mis labios, te escribo por medio de las flores. Te envio un ramillete mensagero de mi alma. Puedan sus brillantes colores, su simetria y su perfume hacerte presentir quien es la muger que te ama."

—Bravo, dijo Eugenio, mas yo quiero contestar.

—¿En el mismo idioma?

—Sin duda, yo os dictaré y vos escribireis.

—Espera que envie por papel y pluma. Se acercó al oido de su negra Selima, la dijo algunas palabras, y muy en breve volvió aquella trayendo una porcion de flores, que arrojó sobre el divan. Eugenio se recogió algunos instantes para coordinar sus ideas, y á medida que pronunciaba las siguientes palabras, la anciana escogia, reunia y agru-

paba las flores para formar el billete de contestacion.

—«Es cierto que miro con atencion la mezquita; mis ojos la acarician, y me ocupo en retratarla cual si fuera una adorada amante. Sin embargo, su cúpula y minarete nada me dicen tan tierno y elocuente como las flores que tú me envias. ¡Con cuanto mas amor te miraria yo, si pudiera verte!! Con qué delicia pintaria tu imágen!! He venido al Oriente para crear el rostro imponente del profeta, igualmente que el de su hija. Hallo muchos hombres, y sus fisonomias varoniles producen en mí diversas inspiraciones; pero veo pocas mugeres, y no puedo encontrar el tipo que busco. Quizá eres tú la belleza destinada á inspirarme el tipo de Fatma!!"

—Ya te he dicho que los nombres propios no podian espresarse en el lenguaje de las flores, prorumpió la anciana, cuyos ojos y manos no habian cesado de moverse en la composicion del ramillete

—Escribidlo como podais; poned una perífrasis; concluyo pues.

—«Debes dejarte ver de mí; soy como el ciego que pretende formarse una idea de la luz. Ah! por piedad, déjame contemplar el sol de mi vida!"

Eugenio tomó el ramo de manos de la anciana; la mezcla de las flores le pareció graciosamente dispuesta y de buen agüero, y le hizo concebir una alta idea de su estilo.

Aunque el sol habia ya desaparecido del horizonte y era corta la duracion del crepúsculo en Egipto, volvió á la plaza de la mezquita y se instaló en ella como de costumbre, con grande sentimiento de su *Sais*, que á aquellas horas se quedaba dormido, no obstante hallarse de pie. Pocos momentos tardó en ver llegar al lindo mensagero; pero sin ramillete alguno; le entregó el suyo y quiso estrecharlo entre sus brazos; mas el niño se desprendió de ellos, y salvó con la ligereza de una flecha la distancia que lo separaba de la casa, dentro de la cual desapareció.

A la mañana siguiente, recibió Eugenio un nuevo billete al que contestó, del mismo modo que al primero, siendo uniforme y constante esta correspondencia durante algunos dias. Esta tenia por objeto las mas intrincadas cuestiones de la metafísica sentimental, y seguramente hubiera podido componerse una novela voluminosa, que mereciese toda la aceptacion de las damas de gran tono. Los ramilletes llegaron á ser tan enormes que apenas podia el niño con ellos, y la misteriosa desconocida los conservaba cuidadosamente aun despues de marchitos, repitiendo con frecuencia su lectura.

Sucedió, pues, que un dia Hassan-Effendi, dueño de la casa de donde salia el niño, entró en la habitacion de su muger Fatma (cosa rara en él despues de haberse casado con otra á quien preferia) y quedó sorprendido al ver la pieza llena de flores y ramilletes de una dimension piramidal; los habia en vasos, sobre los divanes, en el fondo de los armarios, sobre las alfombras; en fin, hasta en las cafeteras y aguamaniles.

—Qué significa esto? esclamó, se ha convertido esta habitacion en parterre? eres vendedora de flores? Sin duda han debido despojarse todos los jardines del Cairo, para hacer tanto ramillete!

—Sola y abandonada he buscado una distraccion, dijo Fatma bajando la vista al suelo. Hassan-Effendi no era hombre que se dejaba alucinar por vanas palabras, y si bien era cierto que no amaba, le asaltó la idea de una infidelidad. Se acordó del lenguage de las flores, y de la habilidad de su muger en este arte: Fatma leyó en sus miradas el pensamiento que le agitaba, y estuvo á pique de arrojarse sobre los ramilletes para mezclarlos, y formar un conjunto indescifrable; mas la detuvo el considerar que esto seria sin duda la confesion terminante de su falta.

Poco versado en la literatura de las flores, el marido mandó venir una lectora, y esta fue la que escribió los billetes de Eugenio. Fatma tuvo tiempo suficiente para preparar á hurtadillas dos palabras á fin de advertir á la anciana supusiese ser la correspondencia que iba á interpretar de una de las amigas de Fatma en el harem. Hassan-Effendi, aunque ignoraba la composicion de las palabras de aviso, sospechó la connivencia, é hizo llamar á su muger favorita, rival de Fatma. Esta desgraciada conoció entonces que estaba perdida, y apoderándose de los ramilletes, hizo en ellos un destrozo horrible. Hassan-Effendi irritado se retira diciendo: Tu suerte está decidida.

Eugenio ignoraba esta escena; deseaba vivamente que su intriga terminase por una cita; mas ya empezaba á desconfiar. Por cuanto habia leido y oido, su opinion habia sido poco favorable á las mugeres de Orien-

te, pero ahora ya la habia rectificado algun tanto. De vez en cuando se contentaba con acariciar el niño gracioso y jugueton, mensajero é hijo de su misteriosa amiga; mas el dia de la escena que acabamos de describir, le vió venir todo lloroso, trayendo un mezquino ramillete, compuesto de las flores tristes y melancólicas que crecen al lado de los sepulcros. Se veia en él el nenufrar que ostenta el Nilo sobre sus aguas.

Eugenio alarmado corrió en busca de su traductora. ¡Ah! un presentimiento fatal le hacia comprender este ramillete de muerte.

He aquí su contenido.

—«A dios, caro amigo! voy á morir. A media noche, cuando la Luna ilumine la ciudad y la campiña, se me arrojará viva al Nilo en la punta meridional de la isla de Raoudah! Ya no nos volveremos á ver en este mundo. Pido perdon á todas las flores que he arrancado de su tallo; pero me han proporcionado momentos muy deliciosos. En otro mundo nos veremos, y allí continuaremos nuestra correspondencia..... A dios! allí te espero."

—Yo la salvaré y la veré en mis brazos, esclama Eugenio. Parte como un relámpago, se dirige al cuartel franco, reune varios pescadores malteses y va á tender una red inmensa bajo el pico de la isla de Raoudah, al pie de los muros que encierran aquel famoso nilómetro, tan bien descrito por los ingenieros de la espedicion francesa. Eugenio y los pescadores se mantienen en acecho con la cuerda de la red en las manos, y esperando con ansiedad.

A media noche resonó la caida de un cuerpo pesado en el agua, profunda y rápida en aquel parage, y en seguida todo volvió á quedar en silencio. Entonces Eugenio y los pescadores empezaron á tirar de la red con velocidad, pero con prudencia. En el fondo de la red hallaron un saco, y dentro de él á Fatma desmayada. Menos crueles que los que le habian lanzado en el abismo, el gato y la víbora, que se le habian dado por verdugos y compañeros, la habian respetado.

No se cansaba Eugenio de admirarla; habia encontrado aquel tipo ideal de muger que con tanto afan buscaba! El aire libre la volvió el uso de sus sentidos; respiró, abrió los ojos, y descubriendo á Eugenio: Eres tú, dijo; he aquí el ramillete! Estoy ya en el mundo donde debiamos volvernos á ver?.....

Ebrio de amor y de entusiasmo en presencia de tantos encantos, respondió el artista: Sí, aqui está el ramillete que te ha salvado!... Debes la vida á las flores, oh tú la mas ingeniosa y la mas bella de las mugeres!.....

—A las flores y á tí, adorado amigo, te consagro esta existencia que te debo, y, ¡dichosa mil veces si puedo hacerte feliz!

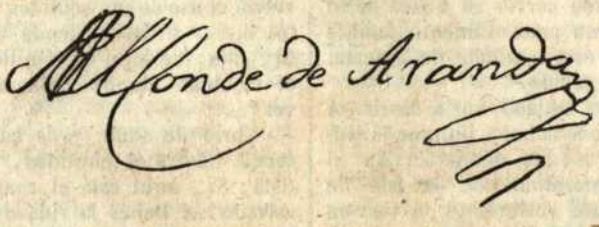
Aunque muy amante de su pais, de sus flores, de su cielo y sobre todo de su hijo, prometió Fatma seguir al artista hasta el fin del mundo.

Introducida la egipcia en la positiva sociedad de nuestros tiempos, tuvo precision de abandonar el idioma de las flores, que se dirije al corazon, por el de la pluma y el papel, que ya no hablan mas que á la cabeza.

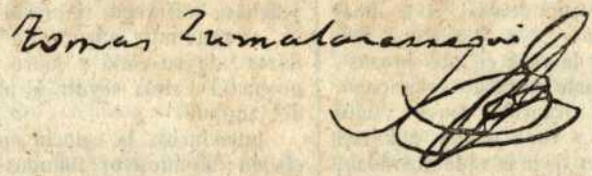
Sin embargo nunca se le olvidó la escritura de la naturaleza, y todos los años en el mismo dia de su desgraciada y venturosa caida en el Nilo, escribia unos versos muy orientales y muy apasionados con el poético lenguaje de las flores.

L. M.

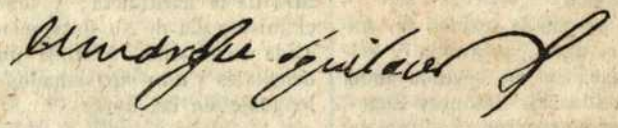
Fac-símile de las firmas de personas célebres, nacionales y estrangeras.



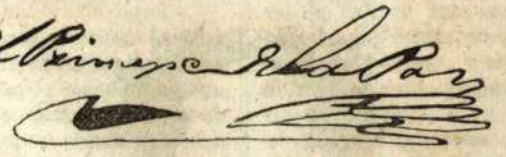
PEDRO ABARCA DE BOLEA, Conde de Aranda, militar valiente, ministro del Católico Rey Cárlos III, y prosélito de Voltaire. Nació en Zaragoza en 1716, y murió en 1794.



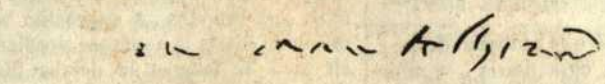
TOMAS ZUMALACARREGUI, Coronel que al estallar la guerra entre Don Cárlos y Doña Isabel, pensó poder dar la corona al que ofreciese su espada. Gefe del ejército del primero, recordaba á Napoleon por su valor y pericia, pero se engañó si creia que las balas le respetaban como respetaban al Capitan del siglo.



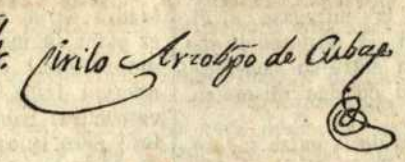
LEOPOLDO DE GREGORIO, Marques de Squilace, de nacion napolitano, ministro de Guerra y Hacienda del Rey Cárlos III, que concitó en contra suya el odio del pueblo de Madrid, y dió pretesto á un tumulto en 1766.



MANUEL GODOY, Príncipe de la Paz, célebre favorito de Cárlos IV, sobre quien cargó la responsabilidad de todas las culpas y desaciertos de su época, y que no fue digno ni de su elevacion, ni de la execracion á que dejó su nombre vinculado.



CARLOS MAURICIO TALLEYRAND, el Napoleon de la diplomácia, que apostató sucesivamente de todos los dueños á quienes servia, empezando por la Iglesia.



FR. CIRILO ALAMEDA, personage que ha figurado algun tanto en estos últimos tiempos, y que en la actualidad es Arzobispo de Búrgos.

UN VASO DE AGUA.

Anteanoche, ó mas bien ayer mañana, pues era la una de la madrugada, se retiró á su casa el caballero de Surville muy pensativo y distraido á resultas de una discusion bastante original que habia tenido con su amigo Marell, la cual habia venido á parar en una apuesta.

Al entrar en su gabinete preguntó al criado Jorge.

—Donde está mi muger?

—La señora se ha recogido á las doce.

—Bien; puedes irte á acostar; no te necesito esta noche... ah! tráeme mi vaso de agua.

Corrió Jorge al comedor, preparó su vaso de agua con azúcar de pilon, y cuando estuvo desleida esta, echó unas gotitas de flor de naranja, llevando en seguida á su amo este aromático refresco con aquel esmero y pulcritud propios de un buen ayuda de cámara.

—Bebió Surville, y devolviendo el vaso al criado le hizo seña de que se retirase; pero este á los pocos instantes volvió á entrar.

—Señor, aquí hay una carta que el portero acaba de subir.

—Está bien, respondió el amo sin levantar la cabeza del bufete donde se habia puesto á hacer unas apuntaciones. Quedóse solo Surville, y cuando hubo concluido de escribir echó la vista sobre la carta, la tomó, le dió algunas vueltas con la mayor indiferencia, la abrió por fin y leyó lo siguiente:

«Si en algo estimais vuestra vida, guar«daos bien de beber y de comer en vuestra «casa, á lo menos hasta mañana; luego se «os darán cuantas pruebas exijais, pero en «nombre del cielo os ruego que no dese«cheis el aviso de una persona que se inte«resa por vuestra existencia.»

—Por mi existencia! esclamó absorto Surville; veneno en mi casa! en mi familia! entre mis criados! á la vista de mi muger!

vamos, vamos, esto es imposible. Y arrojó la carta con desprecio.

De repente se acordó que acababa de beber; mas esto era una cosa diaria, y una costumbre que tenia desde la infancia. Se puso á reflexionar qué habria hecho en el caso de recibir mas pronto el aviso, si la carta hubiese llegado un momento antes, de modo que el portero se la entregase á él mismo al entrar en casa, y despues de algunos instantes de lucha entre su conciencia y la verdad, convino consigo mismo en que no hubiera bebido.

Yo no tengo enemigos decia entre sí, no me opongo á la fortuna de nadie; ¿quién puede sin embargo, lisonjearse de no ser obstáculo de alguna funesta pasion, ó de que no ocupa un lugar codiciado por otro?

Recordó con cierta desazon la presteza de Jorge en traerle el agua, y colocando alternativamente la lengua en diferentes puntos del paladar, procuraba examinar el sabor ya casi disipado: concibió una angustiosa sospecha en el perfume de flor de naranja, pues esta atencion particular que él no habia pedido, podia tener por objeto encubrir algun otro sabor estraño. Entonces, volviendo á recojer la carta, la leyó de nuevo, la arrugó entre sus manos, y recorria el gabinete con inciertos y desiguales pasos.

Sospechar de Jorge, fuera una locura... ¿Qué interés puede tener en mi muerte?... Por otra parte ¿á qué viene este aviso?... No es Jorge un criado antiguo?... No hace mas que seis meses que entró en casa. Le tengo esperimentado? Estoy bien seguro de su cariño? No; y aun es muy posible que la esperanza de alguna gran recompensa le haya arrastrado á ser cómplice y ejecutor de un crimen horrendo.

Agitado con tan funestas probabilidades, Surville sentia acalorarse su imaginacion; un ardor le abrasaba la frente y su pulsacion irregular le manifestó el estado febril en que se hallaba. La muerte que ya tal vez abrigaba en sus entrañas, los tormentos que iban sin duda á devorarle, la angustia y la agonía que tan de cerca le aguardaban, todo producia en su mente las mas odiosas sospechas. ¿Pero quién podia ser el autor de tamaño crímen? Su muger!... Horrorizado con esta idea se le erizaron los cabellos: en el supremo trance en que huye la ilusion y aparece la verdad desnuda, no pudo menos de reflexionar que en su matrimonio si bien hubo amor de su parte, por la de su muger habia mediado el interés; ella nada tenia, el era rico, y su cariño se habia manifestado hasta la generosa prodigalidad, pues en caso de fallecer la dejaba libre y heredera de toda su riqueza. No podia dudar que ella era demasiado bien nacida y su alma demasiado noble para que una culpable codicia la pervirtiese, ¿pero, estaba bien seguro de su amor? ¿No sabia que cuando el pidió su mano la solicitó tambien su primo Alfredo? Se habian criado juntos, se querian desde la niñez, y hasta sus familias respectivas habian siempre pensado en unirlos; pero la escasez de los bienes de Alfredo hizo desechar este enlace por otro mas ventajoso. Este jóven, oficial de infantería, estaba de guarnicion en Paris y veia con frecuencia á la prima, ¿quién sabe pues si la antigua pasion lejos de apagarse se habia acrecentado, si Julia de Surville seria cómplice en ella, y hasta donde puede arrastrarle un insensato amor? ¿Una muger honesta y virtuosa hasta el presente, y un oficial lleno de honor, podrian envilecerse con un envenenamiento? No puede ser; esto es una quimera.

Incomodado con su propia sospecha trató de disiparla por el medio mas natural que podia adoptarse á semejante hora de la noche; se acostó. Mas el sueño estuvo distante de sus ojos. En vano se colocaba en su acostumbrada postura: acostado sobre el lado derecho en mullido colchon de pluma, sentia latir el corazon, agitarse el pulso, y la cabeza no podia sosegar en la almohada. La idea de su muger culpable, de su muger adúltera y envenenadora le persigue á su pesar.—¡Qué hará esa infeliz ahora, qué pensamientos deben agitarla! Debe velar asi como yo, porque el crímen no conoce otro descanso que la agonia.

Se levanta, pónese la bata, y encendiendo una luz, se decide á pasar al cuarto de su muger. Al acercarse á la chimenea echa la vista á un espejo y se horroriza al verse pálido y desencajado el semblante. Penetra en la alcoba de Julia, las cortinas estaban descorridas y ella dormia tranquilamente: sus bellas facciones yacian en plácida calma, animadas solamente por aquella suave transpiracion que da las *tintas al sueño*; parecia sonreir en alguna ilusion agradable. En vista de esta paz inocente, de este rostro, espejo de una conciencia pura, Surville se avergonzó de sus recelos, y hasta se indignó consigo mismo. En aquel momento Julia

de Serville se agita en el lecho, pierde el color su frente, una risa sardónica y amarga contrae sus labios, pronuncia algunas palabras inarticuladas, y luego Surville la oyó claramente decir: «Esto es hecho..... sí; no hay remedio.... estoy decidida....» Despues de lo cual, la hermosa dormida se estendió y se volvió del otro lado sin despertar.

¿Qué hacer? ¿era cosa de sacarla de su sueño para pedirle cuenta de estas palabras interrumpidas? A una esposa, fiel hasta aquel momento, que el mismo dia le colmó de caricias, ¿cómo se le dice: «Mírame bien, muger; estoy envenenado y esta es obra tuya?» No se atrevió Surville á despertarla á pesar de su turbacion y de los sordos dolores que ya le parecia sentir. Salió del cuarto de su muger y se dirigió al del criado: Jorge! Jorge! gritaba, estendiendo las manos hácia el lecho; mas en este no habia nadie, y ni aun estaba deshecho; Jorge no pareció: entonces Surville se creyó perdido. «Oh miserable! esclamó, ha dado el golpe y se ha fugado.»

Asi como la justicia al suponer un crímen investiga en el sitio é inspecciona todos los muebles y utensilios, del mismo modo Surville corrió al comedor, y sobre la mesa de comer se halló todavía el vaso vacío en una bandejita de plata: tomó la cucharilla del mismo metal que habia servido para revolver el pérfido brevage, y como quedasen algunas gotas de agua en el vaso, observó entre ellas un sedemento blanco que se habia adherido al cristal: notó Surville con horror que este sedemento era insoluble en el agua, y que sus granitos desiguales crujian á la presion de la cuchara. Este último hecho era demasiado positivo; tenia ya una evidencia matemática, y en su mano las pruebas de su envenenamiento. Llevó cuidadosamente el vaso á su escritorio, colocándole junto á la carta anónima, demasiado tarde recibida, y pues que su ayuda de cámara se habia fugado, subió á las boardillas de la casa donde dormian los sirvientes y despertó á un criado.

—Vístete inmediatamente; dí al cochero que enganche el bombé y ven en seguida al gabinete á tomar mis órdenes.

En un instante el criado estuvo pronto, y el cochero en el patio tenia por las riendas el caballo.

—Marcha corriendo, dijo Surville, á casa de mi médico; que venga al momento, que el tiempo urge.

—¿Está enferma la señora? se atrevió á preguntar el criado todavia medio dormido.

—No, no; soy yo: marcha presto.

Eran las tres de la mañana y ya se habian pasado dos horas en una cruel agitacion; dentro de breves momentos iba á obrar el veneno, y Surville á ser víctima de las mas crueles angustias: tal vez moriria sin dolor, tal vez el veneno que circulaba en su sangre cuando llegase al origen de la vida, le mataria repentinamente, sin dejarle tiempo para decir una palabra, para dar una voz, y sin que el golpe asesino dejase la menor señal; porque la ciencia es hoy mas peligrosa por cuanto se halla entre manos mas hábiles y poderosas. Quiso escribir, pero ¿qué indicaciones debia hacer á la justicia? á quién denunciaria? á su muger?.... á su criado? Cuando uno va á morir teme calumniar á un inocente, y él no se atrevia á acusar á nadie. Tuvo intencion de dejar á su amigo Marell todos los bienes de que podia disponer; mas cuando quiso escribir, sus dedos trémulos no podian sujetar la pluma ni formar letra alguna legible. Tan pronto se paseaba impaciente, tan pronto se arrojaba en un sillon, temeroso de que la agitacion acelerase los efectos del veneno. Por fin oyó el ruido del bombé que paraba á su puerta.

—Alabado sea Dios, esclamó entre si, llevándose la mano al pecho palpitante. Regresó el criado, pero solo: el médico habia salido de su casa cinco minutos antes, le habian llamado para asistir á un parto en un barrio estraviado al otro estremo de París.

—¿Con que estoy destinado á morir sin auxilio? decia en el mayor abatimiento! marcha, tráeme el primer médico que encuentres, un médico cualquiera; ah! sus socorros llegarán tarde!

Huyó el criado aturdido, y Surville pensó entonces en la vida eterna de que tan cerca estaba. ¿Qué responderia al supremo juez? El habia sido un hombre honrado toda su vida; pero la honradez tal cual se entiende en el mundo, es acaso bastante para obtener la gracia divina? Pocas horas antes estaba muy distante de estas ideas que ahora le asaltan. Involuntariamente sus rodillas se doblan, inclina la cabeza y las manos se unieron para orar; pero á este movimiento acaso instintivo siguió la incredulidad del siglo, y se levantó diciendo con Sé-

neca: *Post mortem nihil est, ipsaque mors nihil.*

Sin embargo este materialismo le parecia ayer mas verdadero que hoy.

—Contando las horas y siguiendo con angustioso mirar á la manecilla del reloj, se decia á sí mismo:

—Aun durará el movimiento que he dado á esta máquina, cuando ya yo seré yerto cadáver: mi boca estará muda y la péndola sonará; ella marcará la hora de mi muerte, la de mi salida para el campo del reposo, y acaso la en que mis amigos comiencen á olvidarme.

Amaneció por fin, y la claridad de la bujía luchaba ya en vano con la luz de la aurora, cuando se abre la puerta y entra Marell muy alegre en el gabinete.

—Ay amigo mio! esclamó Surville arrojándose en sus brazos, perdido soy!

—Perdido, no: pero habeis perdido.

—He perdido, y qué?

—La apuesta.

—La apuesta?

—Sí, los cien doblones: no apostásteis ayer á que no podria yo turbar vuestra felicidad, sin tocar á vuestra esposa, á vuestros bienes y amigos?

—Para eso estamos ahora, amigo mio! Estoy envenenado. Tengo un enemigo que me asesina, mirad el estrago que ya ha hecho en mí la fatal pocion.

—¿No habeis dormido?

—Cómo! víctima de los mas acerbos dolores ya he llegado al colmo de mi desgracia... estoy envenenado... me muero...

—Vamos, vengan cien doblones que he ganado.

—Una carta...

—La he escrito yo, hombre.

—Vos? pero mirad este vaso.

Tomó Marell el vaso de cristal, revolvió con la cucharita el sedimento blanco que habia notado Surville; pero ningun cuerpo insoluble apareció en el líquido, todo se habia fundido; ademas el mismo Marell se lo sorbió intrépidamente, haciendo asi desaparecer las pruebas del crímen.

—¿Pero en qué consiste la fuga de Jorge?

—Yo le hice convidar por mi criado para que concluido su servicio se viniera á mi casa, y han pasado la noche bebiendo juntos.

En este momento, Julia de Surville entró en el gabinete de su marido, fresca y reposada como una rosa abierta por el rocío.

—¿Con qué has estado malo? le dijo: ¿por qué no me has despertado?... Me hubieras hecho gran favor, pues me habrias sacado de un espantoso ensueño: soñaba que estábamos al borde de un precipicio de cuyo peligro no podias tú salir sino arrojándome yo, y estaba ya resuelta a hacerlo, cuando sin duda habré mudado de postura pues ha desaparecido la mala vision.

Llegó en esto el doctor muy azorado.

—¿Quién está enfermo aqui?

—Nadie, le respondió Surville.

—Enhorabuena; en ese caso me dareis de almorzar, pues he pasado la noche asistiendo á una primeriza y vengo con apetito. ¿Pero tendrá gana Surville?

—Sí tal, respondió burlándose Marell; Surville ha trabajado toda la noche en una tragedia sin haber llegado al desenlace; ademas, ayer comió mal en mi casa, y desde entonces no ha tomado mas que... un vaso de agua.

T. M.

CIUDAD DEL REAL DE LAS PALMAS

EN LA GRAN CANARIA.

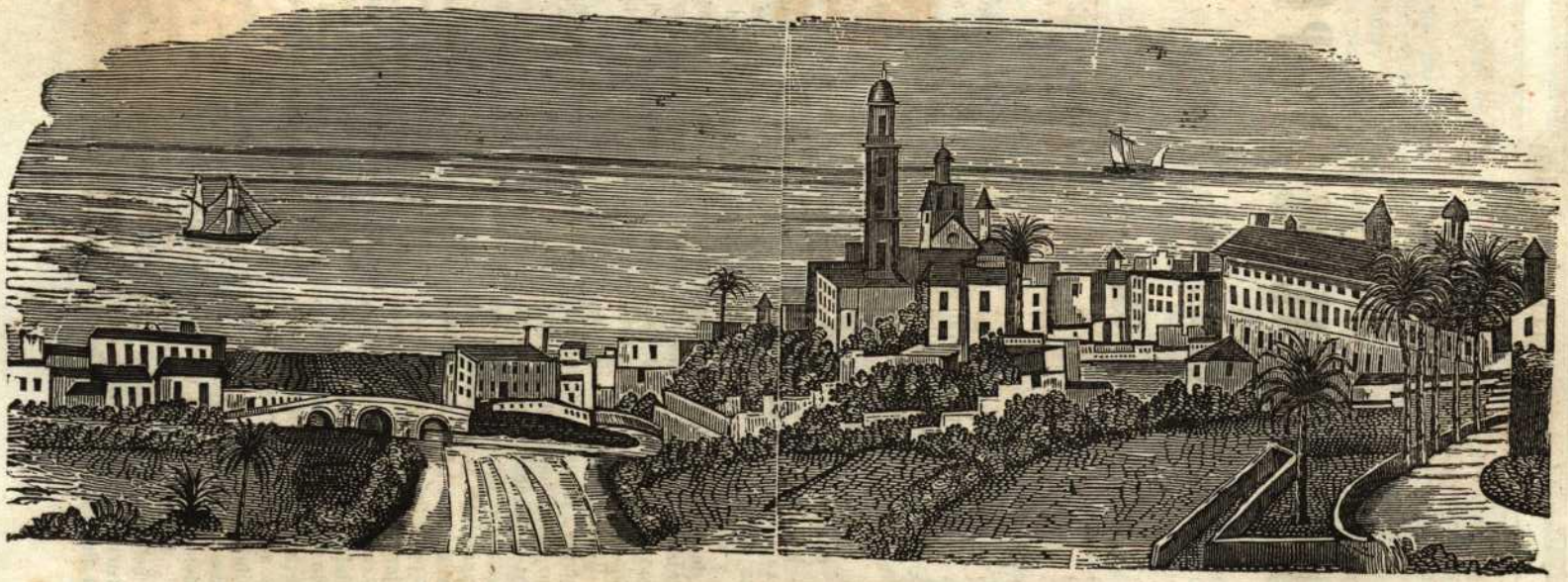
La Ciudad del Real de las Palmas en la isla de Gran Canaria, antigua capital de la Provincia, y la mayor, mas rica y mas hermosa poblacion de aquel famoso archipiélago, está fundada en la ribera del mar, distante una legua corta del monte Lentiscal, y rodeada por todas partes de terrenos fértiles y de abundantes aguas, reune la doble ventaja de puerto de mar y de poblacion interior. El rio Guiniguada divide la ciudad en dos estensos barrios, llamados Vegueta y Triana, un magnífico puente de piedra adornado de cuatro estátuas de mármol, que representan las cuatro estaciones del año, proporciona la comunicacion entre sus moradores; sus casas son bellísimas, y la mayor parte de construccion moderna, y en sus jardines, huertas y campos inmediatos crecen con abundancia la palma, el limonero, el plátano, el naranjo, la chirimoya, el granado, y otras infinidad de árboles y plantas de ambos trópicos, que embalsaman con sus aromas la atmósfera de la ciudad, y dan sombra y frescura á sus vecinos en la rigorosa estacion del estío.

Entre los edificios notables que embellecen la poblacion, llaman especialmente la atencion por su belleza arquitectónica y la solidez de su construccion, la Catedral, Hospital General, el Palacio Episcopal, la Casa Regental, el Ayuntamiento, finalmente el teatro que hace pocos años se construyó, y que es el único que existe en aquellas islas. Las calles de la ciudad son anchas, despejadas, bien empedradas y con buenas y espaciosas aceras de piedra de silleria; y por la noche alumbradas con magníficos faroles de rebervero del mejor gusto.

En el centro de la misma poblacion y al lado del teatro, hay una alameda cubierta de árboles y flores, y con dos preciosas fuentes para su riego, ademas de otros paseos fuera de sus murallas, como los Reyes, San José, San Juan, y puerto de la Luz. Se cuentan tambien varias fábricas de sombreros, loza basta, jabon, y muchos molinos harineros movidos por el agua de que abunda la Isla. Las tierras al rededor de la ciudad producen tres cosechas al año, presentando continuamente un aspecto encantador y variado.

La poblacion de las Palmas cuenta con diez y ocho mil habitantes, que se dedican á la agricultura, comercio, fábricas y especialmente á las faenas del mar; pues casi todos los buques que se dedican á la pesca del salado y al comercio del cabotaje entre las islas y aun con América, pertenecen á la ciudad.

Residen en esta ciudad la Audiencia territorial de la provincia, la Catedral, un gobernador militar que lo es de la isla, un juez de primera instancia, un colegio de Abogados, y un número considerable de escribanos y procuradores para el despacho de los negocios.



Ciudad del Real de las Palmas en la Gran Canaria.

Es puerto habilitado, cabeza de partido judicial, y de distrito electoral. Tiene ademas dos cementerios, uno catolico y otro protestante, y un lazareto que es el mejor de la provincia.

En fin, la Ciudad del Real de las Palmas en la Gran Canaria, por su poblacion, belleza de sus edificios, apacible clima, abundancia de aguas y comestibles, comercio é industria, es por confesion de propios y estraños el primer pueblo de todo el archipiélago Canario.

S. P. E.

NOCHE NEGRA.





.....i amigo prosiguió su narracion en estos términos:

Serian las seis de la tarde cuando nos alejamos de la costa de Cabo Verde, impelidos por aquella brisa que agita siempre la atmósfera en la zona tórrida á la caida del sol. Por otra parte, nuestro buque no requeria mucho viento; era una barca estrecha, larga y adelgazada con toda la exajeracion de la arquitectura naval americana. Todo se sacrificaba á la rapidez mas estravagante; apenas mediaba espacio entre ambos costados; una profundidad ilusoria resultaba de esta proximidad de los bordages, y para complemento del peligro una vela estraordinariamente alta; de suerte que mas bien parecia destinado aquel barco singular á ahogar á los que conducia en su elástica armazon, que á trasportarlos á puerto seguro. Verdad es que una porcion de pinturas matizadas con olorosas manchas de brea, los cordajes cuidadosamente tendidos, y sus elegantes troneras compensaban la defectuosa delgadez de aquella barca, bastante semejante á un cutter de los Estados Unidos.

Sin embargo, yo miraba con el mayor interes la conservacion de nuestro buque por la sencilla razon que de él dependia la nuestra. En rigor, la prudencia del capitan podia neutralizar toda la desconfianza que me inspiraba aquel frágil esquife; prudencia que seguramente no era arreglada á la ciencia, porque apenas usaba mi guia de ninguno de los instrumentos hidrográficos; hasta su brújula no parecia muy enterada de la existencia del polo. Era el capitan un negro de unos cuarenta y cinco años, huesudo, aunque su delgadez no era chocante como la de los hombres de su color; revelaba en sus ojos dos inteligencias distintas, pero ambas muy sutiles; la del hombre y la del bruto; la de la razon y la del instinto. Sin embargo el instinto estaba dominado por la reflexion, ó mas bien por los sufrimientos. Su frente estaba surcada de arrugas, siendo asi que no es frecuente que los negros lleven las señales de largos padecimientos; sus brazos se descarnan, sus cuerpos se encorvan, pero su frente se mantiene tersa. Revelaba ademas Mali en sus gestos una nobleza poco comun en los esclavos, habitualmente acostumbraba á acariciar su barba corta, felpuda y risada, y continuamente estaba echándose sobre las espaldas las medias mangas de su camisa azul. Figurábame ver en él á uno de aquellos libertos africanos que abundaban en Roma en la

época de la decadencia. El grande impulso de la civilizacion los habia arrastrado en pos de sí; tenian libertad, riqueza, baños, lujo, pero tambien fastidio; no aquel fastidio personal nacido de la ociosidad aislada, sino aquel vasto fastidio que llega como la fiebre en alas del viento.

Mali no era esclavo largo tiempo hacia; ó, por mejor decir, no lo habia sido nunca. Cuando yo le conocí gozaba ya de algunas comodidades: aquella barca le pertenecia, y yo sabia ademas que poseia en Cabo Verde dos hermosas granjas de un producto pingüe, sin contar un gran número de piezas de oro que se decia habia ocultado despues de su gran viage. Quizá esta suposicion no seria exacta, porque si hubiese sido tan rico no hubiera continuado haciendo la travesia de la costa de Africa á las islas de Cabo Verde, no porque esta navegacion sea larga, sino porque tiene inminentes peligros durante el invierno.

Sentado junto á Mali, ocupábame yo en examinar las doce mulatas que hacian la travesía conmigo en la frágil barca. Seis á la derecha, seis á la izquierda, se entretenian en sumergir una mano en el mar y hundir el brazo hasta el codo, sensacion agradable que á un tiempo refresca el cuerpo y el espíritu embotado por el calor del dia. Júzguese por este ejercicio de las mulatas si los bordes del batel sobresaldrian mucho del nivel del agua. Avanzábamos lentamente despues que se hubo perdido de vista la isla Corea y el continente.

—Cuidado! dijo Mali á las bulliciosas viajeras, un movimiento en falso puede precipitaros en el agua, y ninguna de vosotras sabe nadar.

En contestacion á la irónica exhortacion de Mali, dos mulatas se despojaron en un momento de su taparabo y se lanzaron al mar. Los ruidosos aplausos de sus compañeras resonaban sin que el eco los repitiese, en medio de la inmensa soledad que nos rodeaba.

—No os serán muy fastidiosos los viajes, dije al capitan Mali, si siempre conducís pasajeras tan lindas y tan alegres.

Mali fingió que no me habia oido y trató de eludir nuevas preguntas, fijando su atencion en la brújula que hasta entonces no habia consultado porque no nos moviamos.

—Conoceis á todas estas mugeres? añadí.

—No, contestó Mali con reserva; las veo por primera vez. Supongo que van á Santiago á comprar taparabos para revenderlos en su pais.

—Son muy lindas; la de mas edad no representa diez y siete años. Os las han confiado sus padres ó sus maridos?

Esta vez no me contestó Mali, á pesar de que me habia oido y me estaba mirando fijamente.

—Mali, le dije apoyando mi mano en su hombro, sois un santo? Jamás bebeis aguardiente jamás fumais, ni jurais, y pareceis distraido cuando se os habla de mugeres.

—Yo un santo! esclamó con triste sonrisa.

—A propósito, repuse, vos no sois mahometano, Mali; porque no os he visto orar al ponerse el sol.

—No soy mahometano. Adoro al verdadero Dios, me dijo Mali, enseñándome una crucecita de oro que llevaba pendiente del cuello.

—Y desde cuándo estais convertido? porque indudablemente vuestros padres serian idólatras.

—Desde mi viaje á Santo Domingo en 1789.

—Habeis sido esclavo en Santo Domingo?

—Sí!—Dió Mali una palmada y acudió un negrillo para encender la lamparilla destinada á iluminar la cajita en que está la brújula.

—Sí, repitió Mali, esclavo en Santo Domingo, pero voluntario.

—Voluntario! qué es lo que estais diciendo, Mali?

—Veinte y cinco años hace, y aunque hiciese cien mil no estaria este recuerdo menos grabado en mi imaginacion. Me hice esclavo, sí, me reuní con otros diez compatriotas y nos presentamos al capitan de un navio negrero diciendo: Aqui nos teneis!—Perros, en cuánto os vendeis?—En nada, les contestamos unánimes.—No valeis mas, dijo el capitan: embarcaos, que palos hay para todos.

—Mali, eso revelaba algun pensamiento siniestro.

—Lo adivinais? el capitan negrero no fue tan ladino. Y luego, ¿quién habia de adivinar entonces lo mas mínimo, sino Dios?—Eramos diez, prosiguió Mali: nos hallábamos agrupados, todos jóvenes, todos valientes y resueltos. Lo abandonábamos todo por ser embarcados á la fuerza; nos vendiamos á nosotros mismos; el hermano vendia al hermano, el hijo arrastraba á su pa-

dre con la cuerda al cuello hasta el navío negrero. Todo estaba prevenido de antemano. Una vez embarcados, llorábamos, deplorábamos nuestra desgracia; aun algunos, designados por suertes, se dejaban morir de hambre para que no se conociese el ardid. Diez mil negros lo menos partieron en la misma época de este modo.

—Pero dónde ibais?

—A Santo Domingo, á cultivar la tierra, á ser martirizados, á no dominar y á trabajar sin descanso.

—Para eso solo?

—Y para esterminar á los blancos, añadió Mali con la frialdad de un historiador desinteresado.

—Era una conspiracion?

—Tal vez. Despues he sabido, añadió Mali, que varios hombres de nuestro color, que vinieron de Santo Domingo, á Africa, fueron los que nos sugirieron y aconsejaron este proyecto. Ellos nos dijeron: Allá bajo hay treinta mil hermanos vuestros que os llaman cuando el viento sopla de un lado y que prestan atencion cuando el viento sopla del otro. Si los habeis oido, acudid á su llamamiento, uníos á ellos, y todos juntos podreis ser libres y ricos en pocas horas. Cogereis plata, oro, objetos preciosos, como se cogen los polluelos dormidos en el nido. Pero será preciso obrar con prudencia El blanco tiene oidos de tigre. Llegada la hora, no perdoneis á nadie, porque los niños se hacen grandes y acaso son peores. Ademas, luego que esteis allá tendreis que obedecer ciegamente, y si el amo dice. «Pon tu cabeza bajo la piedra de molino para que tus huesos se conviertan en azúcar, y tu sangre en aguardiente de caña," pondrás tu cabeza. Si entre vosotros se abrigase algun traidor os darian un veneno que os volveria blancos. Aqui teneis esta botella, contiene sangre de nuestros hermanos los esclavos; os la envian para que cada uno beba una gota á su salud y les remitais otras llenas de la vuestra.|

—Pero por qué tomais de repente ese ademan de desprecio? dije al capitan Mali; ¿los que asi os hablaban se burlaban de vosotros?

—No, pero entre los que tales pensamientos nos sugerian se hallaban algunos blancos, me contestó Mali.

El capitan y yo estuvimos cerca de una hora sin pronunciar una palabra despues de esta última frase.

Fatigadas de su ejercicio se habian dormido las mulatas sobre el puente, en sus mismos asientos, único lugar que les era dado escoger, porque desde arriba abajo estaba atestado el barco de mercancias europeas destinadas á diversos puertos de las islas de Cabo Verde. El camarote del capitan no ocupaba mas que el espacio absolutamente preciso para su cuerpo, y el resto de los pasajeros, ricos ó pobres, hombres ó mugeres tenia un solo paraje franco, bien estuviese el tiempo sereno ó tempestuoso. No aconsejaria yo semejante modo de viajar á nuestras delicadas francesas que encuentran en los buques de vapor todo el lujo de sus salones, periódicos, libros, almohadones y piano; y ademas de esto el océano y el cielo.

—Continuad, Mali, dije despues de largo rato al capitan negro. Me habeis referido los preliminares de una conspiracion de que jamás habia oido hablar.

Por espacio de tres años caminó á su término sin que nadie sospechase su existencia. Unicamente los negreros advirtieron, aunque sin sacar consecuencia alguna, que el precio de la carne negra habia bajado considerablemente en los mercados.

Por otra parte, los medios de entendernos eran muy sencillos para que los comerciantes europeos descubriesen el complot. Si se encontraban dos jóvenes, le decia el uno al otro: *Aun estais aqui?* y el otro contestaba: *Y vos?* esto nos bastaba.

Yo componia parte, prosiguió Mali, del primer cargamento de negros llamados á Santo Domingo para esterminar á los colonos. Nuestra travesia fue feliz.

Me desembarcaron en el Cabo en un grande almacen de la calle del Rey, lleno de armas de Francia. Habia un gran número de negros arreglándolas, limpiándolas con esmero y colocándolas en largas cajas de encina que otros esclavos conducian cantando á los almacenes del estado. El primer dia de la insurreccion, aquellos esclavos y yo nos hallamos en el mismo sitio; pero aquella vez los fusiles y las pistolas no fueron á los arsenales.

Al dia siguiente de mi llegada fui vendido en la plaza Clugny con tres barricas de rom, seis toneles de aceite y todavia me acuerdo, con ocho vestidos galoneados procedentes de la herencia del marqués de Gallandos, amigo de M. Cardenac, en cuya casa iba yo á entrar como esclavo.

—He visto á Paris en 1809, interrumpió de repente Mali, París no me ha parecido tan hermoso como el Cabo antes del incendio.

—Tan original quereis decir, capitan Mali; pero no tan hermoso.

—Era estraordinariamente hermoso, tan cierto como me llamo Mali y tengo ahora en la mano la barra del timon. Carruages soberbios, sillas de manos conducidas por negros vestidos de raso de oro y con un diamante en la frente. Palacios con jardines frescos como el agua del mar, y poblados de pájaros estraños que encantaban con sus acentos y colores: doncellas hermosas como el amor y casi desnudas. Y qué riqueza en el interior de las casas! En medio de cada pieza saltaba un chorro de agua que iba á caer sobre una concha, salpicando y refrescando el aposento con sus plateadas gotas. No habia quien no comiera en vajilla de plata.

—Y las mugeres del Cabo ¿os han parecido tan bellas como las de París?

Mali no me contestó al pronto. Parecióme notar en él mas turbacion que la primera vez que le hice otra pregunta semejante.

—Eran todavia mas bellas, contestó por fin con voz concentrada, mucho mas bellas, morenas y espresivas, pálidas cuando reinaba un viento fuerte. Sus negros cabellos flotaban sobre sus hombros desnudos y brillaba en sus labios la púrpura del coral. Rara vez andaban por su pie, siempre las conduciamos en nuestros hombros desde el baño á la mesa, desde la mesa al coche. Pero la mas bella de todas, esclamó Mali vivamente, era la señorita Urania de Cardenac, hija única de mi amo el conde de Cardenac. Yo no fuí enviado, como me esperaba cuando me compró, á sus ingenios de azucar; me conservó á su lado, y á la verdad no tuve motivo para quejarme de él. Sin ser muy humano el conde de Cardenac tenia alguna consideracion con los esclavos de la ciudad. Pero, ya sea que encontrase en mi una inteligencia superior á ellos, ya que me creyese mas capaz y útil para el plan de sus estudios, me reservó para el trabajo de su gabinete particular. M. Cardenac se ocupaba noche y dia en la alquimia. Me hizo aprender á leer, á escribir, á contar por medio de su hija Urania: yo creo que si aquella niña me hubiera pedido un tigre vivo, lo hubiera puesto á sus pies. Me parece estar viendo todavía su rosado dedo apuntando en el libro de la leccion, ella sentada en su estrado y yo acurrucado á sus pies. Tenia entonces trece años. Dios mio! cuan hermosa era! yo temblaba al mirarla, y ella me miraba con la sonrisa en los labios! Cuando yo habia dicho mal y ella para castigarme me ponia el desnudo pie sobre el hombro, asia yo aquel pie y le llevaba á mi boca: entonces ya no era esclavo, ya no era un bruto insensible, sentia chispear mis ojos y arder mi corazon embriagado de felicidad, ah! por ella me hubiera arrojado por un despeñadero.

Pronto tendremos viento, anadió Mali levantándose y alejándose de mí para ir á la proa.

En vano habia intentado Mali ocultarme su alteracion alejándose, sin embargo disimulé; cuando volvió á sentarse á mi lado, le vi ya mas sereno.

—Creo haberos dicho, continuó, que el conde de Cardenac se dedicaba á la alquimia. Era su pasion favorita. Pasaba los dias enteros encerrado conmigo en su gabinete, y entrambos, él como investigador atrevido, yo como instrumento docil, profundizábamos los misterios de la formacion de las cosas creadas por Dios. En aquella época estaban en Francia muy en boga los esperimentos de electricidad y magnetismo. Deslumbrado con la singularidad de aquellos sistemas, el conde me habia escogido como persona á propósito para servir á sus tentativas. Cada dia me esponia á nuevos peligros. Cuando no ensayaba en mí los efectos de la pila voltáica, me hacia beber estrañas disoluciones químicas, cuyo recuerdo me hace todavia temblar. Durante una tempestad, me tuvo atado á una cadena eléctrica y sufrí tan violentos sacudimientos que se me cayeron ocho dientes.

—Otra vez nos saldrá mejor, fue el único consuelo que me dió.

—Mali, me dijo poco tiempo despues, tenemos que hacer ensayos del megnetismo. Nuestro clima es á propósito, especialmente en esta estacion. Quieres que te adormezca?

—Señor marqués, le contesté á mí no me toca mas que obedecer vuestras órdenes. Dormidme si podeis.

Me coloqué en un sillon y en seguida empezo á pasarme las manos por la cara y por el pecho.

Cerré los ojos y el conde me preguntó:

—Qué ves, Mali?

—Veo que dentro de tres meses es vuestro santo, S. Luis.

—Y despues?

—Que estais á la mesa con todos vuestros amigos.

—Qué mas? añadió ávidamente el conde.

—En seguida que me llamais y me decis: Mali, ya eres libre.

—Tú no duermes! dijo el conde enfurecido y dándome un empellon. Tú no duermes! estas burlándote de la ciencia, eres un miserable y jamás obtendras tu libertad. Vete!

No renunciaba el conde fácilmente á la idea que una vez concebia, por poco que se asemejase á los pensamientos de la generalidad de los hombres. Luego que se le hubo pasado el enojo, me llamó otra vez á su gabinete, en donde encontré á su hija Urania, vestida de una simple túnica de muselina, pero tan fina, tan trasparente, que mas bien era de color de rosa que blanca.

—Ya sabeis, me dijo Mali interrumpiendo su narracion, que los colonos no consideraban á un negro como hombre; de suerte que sus mugeres no tenian reparo en presentarse desnudas delante de los esclavos, que no debian tener ojos ni oidos mas que para obedecer sus caprichos.

Pero no por eso creais, repuso, que Urania se hallase en un estado que desdijese de su sexo y su virtud.

—Vas á dormir á mi hija, me dijo el conde de Cardenac; harás con ella lo que me has visto hacer contigo. Coge sus manos, mírala fijamente por largo espacio sin pensar en otra cosa que en ella, y cuando esté dormida llámame, porque yo no debo estar presente.—Tú, Urania, siéntate en esa poltrona, y tú, ponte de rodillas delante de ella. Pero todavia hay aqui demasiada luz.

Despues de haber disminuido la claridad que reinaba en la estancia, se retiró, quedándome yo solo con Urania.

Urania tenia entonces quince años.

Yo no sé por qué habia elegido el conde aquel dia; pero lo cierto es que jamás me habian agitado sensaciones mas singulares. Estaba el cielo surcado de nubes, y de pronto pasábamos de una claridad deslumbradora á una semioscuridad deliciosa, y estas repentinas transiciones me agitaban y turbaban la vista. Soplaba al mismo tiempo un vendaval furioso, que tronchaba los árboles y conmovia los cimientos del edificio. Piaban los pajarillos, aterrados de aquella inmensa ondulacion, y la lluvia, impelida por el viento, sacudia violentamente las vidrieras. Imaginábame escuchar á lo lejos estrepitosos cañonazos, y retumbar acordes las campanas de la iglesia y de la providencia.

Vibraban mis nérvios; los ojos de Urania no se apartaban de los mios; rozaban sus rodillas con mi pecho, y su aliento refrescaba mi frente abrasada. Veíala palidecer poco á poco, abatirse sus fuerzas y quedarse inanimada.

Oh! y entonces era Mali jóven y gallardo, esclamó el capitan dando un fuerte puñetazo en el borde de la barca.

Urania dormia..... y dormia en mis brazos. Hubiera entonces sacrificado la libertad de mi madre, la mia en este mundo y en el otro por no separarme nunca de aquella deliciosa estátua que yo estrechaba, que yo devoraba con el aliento, con la vista con el pensamiento: imposible me es decir el tiempo que permanecí en aquel éxtasis, durante el cual luchaba con la ferocidad de una primera pasion, y con la profanacion que me parecia cometer contemplando una criatura tan superior á mí.

Pero entró el conde, y su llegada me clavó un puñal en el corazon. Me habia olvidado de llamarle cuando su hija estuvo dormida, conforme me habia encargado.

—Está desmayada mi hija? será una crisis nerviosa.

—En efecto, se ha desmayado, repliqué al conde dándole gracias en mi interior por la escusa que él mismo me deparaba.

—Te engañas, contestó; Urania no está desmayada, está durmiendo. Su postracion es uno de los caracteres del sueño magnético. Vamos, déjala en el sillon, que voy á interrogarla.

En este momento bendije mi color, esta máscara enclavada sobre todas las sensaciones interiores, y me acurruqué en un rincon.

—Qué ves en este instante, Urania? preguntó el conde á su hija.

—Esperad! veo árboles, campos, praderas, veo mas árboles.

—Nada mas?

—Allá, léjos, muy léjos, un ingenio ....

—Mira mas.

—Ese ingenio es el nuestro. Oh! ya se aleja el sol, pronto será de noche.

—Mira, mira.

—Todos los esclavos corren á las orillas del lago Salé.—Cuántos son!....—Con qué precaucion caminan, encorbados entre las yerbas. Forman una prolongada cadena negra, y no distingo el principio ni el fin. Ya son las sombras mas densas, ya ha desaparecido el sol en el horizonte.

Un sudor frio me sobrecogió al escuchar aquellas palabras de boca de Urania, viendo retratadas con tanta esactitud las reuniones nocturnas de los esclavos á orillas del lago Salé.

—No ves ya nada, Urania? preguntó el conde sin hacer caso de la penosa pesadilla que producia en su hija el sueño magnético. Busca, busca, no te canses. Qué hacen los esclavos?

—Se hablan al oido y hacen mil gestos silenciosos. Mojan un pie en el agua y le sacan en seguida; rompen una rama de palmera y la pasan de mano en mano: rien sardónicamente con las manos puestas en la boca para comprimirse y se abrazan con ardor. Mali está con ellos.

—Eso no puede ser, amo, ya veis que estoy aqui, esclamé sin reflexionar la imprudencia de una justificacion anticipada.

—Silencio! Mali, me dijo el conde, no rompas el encanto. Todo esto no es mas que una vision incierta. Urania divaga, ínterin llega el dia que imprimirá en su cerebro ilusiones claras, seguidas, infalibles.

—Sigue la oscuridad, continuó Urania; ya no distingo nada, nada; los negros y el lago Salé han desaparecido. Pero, Dios mio! ya los vuelvo á ver, han vuelto, llevan teas encendidas en las manos y las arrojan en medio de los campos. Padre, padre, el trapiche está ardiendo.

Me mordí los labios, los replegué dentro de la boca, interrumpió el capitan Mali, porque el terror debia haberlos vuelto blancos como el algodon.

—Todos los trapiches, continuó Urania, estan ardiendo; parece un mar de fuego; ay! que se acerca á nosotros; ya se abrasa mi vestido, Mali.....

—Despertaos, esclamé, despertaos, señorita Urania.

—Abrió Urania los ojos, bostezó y nos dijo esperezándose. Gran Dios! que sueño tan terrible he tenido. El huracan me ha relajado los nervios.

En efecto, bramaba el huracan con estrépito, y el cabo temblaba como una frágil barquilla en alta mar. No sé cuantos navios franceses se estrellaron en las rocas aquel dia.

A pesar del furioso ímpetu del vendaval que arrancaba los árboles y los lanzaba á largas distancias como una pluma, me dirigí por la noche al ingenio de azucar del conde. Reuní á todos los esclavos y les referí la estraña revelacion de la hija de nuestro amo. Algunos se llenaron de pavor; ya creian verse ahorcados de los árboles de la hacienda; otros pretendieron que aquello era una escena combinada entre el padre y la hija para espantar á los esclavos cuyos proyectos sospecharian tal vez aunque sin conocerlos á fondo. En vez de perder el tiempo en refutar las interpretaciones de un fenómeno que yo que le habia presenciado no acertaba á esplicar, me limité á precipitar la insurreccion temiendo que fuésemos descubiertos de un momento á otro. Yo era el gefe de los sublevados de nuestro trapiche: fuí á ver á los demas gefes, y se fijó el dia terrible para dentro de un mes, contando desde aquel dia. Jamas olvidaré que cuando quise estipular que en el asesinato general se perdonase al conde de Cardenac y á su hija, cada gefe pidió tambien gracia, ya para una muger blanca, ya para algunos niños, ya para un amo benéfico y generoso. Si se aprobaban aquellas escepciones, ví frustrada la revolucion del Cabo. Uno de los nuestros se levantó, y esclamó que era preciso, ó renunciar al asesinato ó no perdonar ni á uno solo. A ese precio únicamente podiamos conquistar la libertad.

Todos juramos no perdonar á nadie.

En la misma noche, se hizo tambien la asignacion de los empleos. Se queria reemplazar literalmente una autoridad blanca con una autoridad negra. Escepto un gefe lo creamos todo, un gobierno nuevo, político, social y religioso.

—Y porqué no nombrásteis ese gefe? le pregunté á Mali.

—Porque cada uno de nosotros hubiera querido serlo. Al dia siguiente me dijo el conde: Tú y otros cuatro esclavos armad la yola para que váyais á bordo de la *Estefania de Honfleur*. M. Blair ha llegado, y ya sabes que es el jóven que destino á mi hija para esposo.

No le contesté, pero dije entre mí: Si lo hubiera sabido, no hubiese pedido perdon para tí, conde de Cardenac.

—Sí, señor conde, iré á buscar á M. Blair.

De repente se armó ventolina: nuestra lancha daba vueltas sobre las olas, y las tablas crujian quebrantadas.

—Ya preveo los sucesos que subsiguieron, dije á Mali; el conde casó á su hija con M. Blair, sobrevino el incendio del Cabo y se acabó la historia.

—Hay mas, contestó Mali con profundo abatimiento, aun hay mas. Efectivamente, la señorita Urania se casó, y con este motivo se celebraron fiestas magníficas. La noche en que estaba dispuesto un espléndido baile, era precisamente la designada un mes antes para consumar la ruina de la ciudad. Todo estaba pronto, los cuchillos, los garrotes, los puñales, los mosquetes, las teas y las banderas. Jamas he visto una noche mas hermosa en el cielo y en la tierra. Toda cuanta riqueza, poderio y hermosura existia en la isla, se hallaba concentrado en casa del conde de Cardenac. La calle estaba cubierta de flores, y cien engalanados esclavos arrojaban desde las ventanas aguas de olor que embalsamaban la atmósfera. Ocultos en los árboles, los músicos y cantores celebraban aquel dichoso enlace.

Urania era la reyna de aquella reunion que no habia tenido igual en los fastos de Santo Domingo. Sus trenzados cabellos ligeramente cubiertos de polvos de oro estaban sembrados de rositas hechas con diamantes y ópalos. Su vestido blanco como la nieve, dejaba descubierto el delicado pie. ¡Oh! se asemejaba á una estrella cuando corria de un lado á otro para abrazar á sus amigas.

A media noche, cuando la embriaguez habia llegado á su colmo, cuando todas aquellas flores, todas aquellas mugeres, toda aquella alegria, estaban ya marchitas, ajadas, me acerqué á Urania y la dije en voz baja: Seguidme!

Despues de haber atravesado un bosquecillo de acacias, y alejándonos del parque por medio de mil rodeos, y caminando rápidamente porque el tiempo urgia, me detuve delante de una puertecilla que daba á la playa. Urania me habia seguido.

—Volved la vista, la dije, y todo lo comprendereis.

—En este momento se levantaban por encima de los árboles las llamas que devoraban la casa.

—Mali, esclamó, corramos á salvar á mi padre!

—Ya no hay hijas ni padres en el Cabo; dentro de una hora no existirá una sola criatura blanca. Vuestro padre ha muerto.

Urania se desmayó; la dejé en la barca que tenia yo dispuesta de antemano, y corrí á tomar parte en la memorable insurreccion. Antes de amanecer estaba ya completada la obra: habiamos abrasado, destruido, aniquilado una isla, un pueblo, una civilizacion. Cuando desapareció la última estrella de la noche... Santo Domingo se llamaba la república de Haiti.

—Horrible recuerdo! esclamé: y Urania?

—La desembarqué en un punto de la isla que todavia pertenecia á España, y fue recibida en el convento de Nuestra Señora del Monte Carmelo.

—No os casasteis con ella?

—Yo era Arzobispo!

—Arzobispo!

—Sí, en la nueva república de Haiti; todavia lo soy.

F. L. R.



CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE ZAMORA.



Este grabado representa el claustro de la Catedral de Zamora, y fue obra del arquitecto don Juan Gomer de Mora, uno de los mas aventajados discípulos de Herrera. Lo calcó sobre el plan y dimensiones del que construyó su maestro en San Felipe el Real. Segun noticias empezó esta obra en 1621.

El diseño demuestra bien la correccion, pureza y magestad de las líneas que forman el claustro, que es de arquitectura gótica. La estension de un ángulo á otro de los muros internos del claustro es de 100 pies castellanos, siendo el todo un cuadro perfecto: la abertura de los arcos es de 24 pies, y desde el plan terreno hasta los capiteles de las pilastras sobre que apoyan los arcos hay el espacio de 20 pies. Está formado de sillares de ese granito que vulgarmente llaman sal y pez. La magestad de este claustro se debe solamente á la grandeza y correccion de los cuerpos de arquitectura que le forman; que es tal, que habiendo mandado José Napoleon I, que se demoliese la Catedral de Zamora por convenir asi al sistema de fortificacion, el mariscal del imperio Marmont se negó á ello, porque la Catedral encerraba uno de los claustros mas bellos que habia admirado en su vida.

E. S. P.

HISTORIA

DE LA SULTANA ZAHRA,

Y DEL

PRÍNCIPE ABUL-BEN-SAID-BEN-ALLÁ.

Leyenda morisca.

I.



Hurí de los jardines del Profeta: aparicion vaga y flotante, que te elevas entre los vapores de la mañana ¿eres el astro de la ventura y de los amores, que se oculta entre los blancos rayos de la aurora? ó el último fantasma de un sueño delicioso, que se dispone á volar sobre sus leves alas, antes que la razon recobre su imperio sobre los sentidos?.... Tú amas el reposo y el silencio de la noche, y los rayos de la luna que no ofenden tu tímida pupila. Pero el sol aparece ya en su triunfante carroza entre velos de oro y de púrpura. Te alejas con las brisas del alba, y tus últimos acentos son los armoniosos suspiros que modulan entre el follaje. ¡Ah! vuelve á reposar al pie de los sicómoros y de las palmeras de racimos de oro, en los vergeles de Mahomad, donde las mansas auras se deslizan, embalsamadas con el eterno perfume de las flores, sobre la superficie cristalina de los arroyos que corren entre cauces de nácar, y donde el ave del paraiso exhale los dulces cánticos, que embarguen de felicidad tu espíritu.

—¡Jóven cantor! tu mente divaga y se pierde en las regiones indefinidas del pensamiento: yo soy la princesa Zahra (Flor), á quien acabas de sorprender en su harem. Pero teme la cólera del Sultan: tu cuello será dividido por el alfange, si te llegaran á encontrar en este asilo de los placeres de mi señor.

—¡Por Allah! no me recuerdes peligros, encantadora hurí, cuyo talle se cimbrea cual la palmera del desierto al soplo de la brisa, y cuyos pies se deslizan sin tocar el cesped que los sirve de alfombra. Permíteme que te pregunte, hija del placer, ¿por qué abandonas el muelle lecho de tu voluptuosa mansion, cuando el ruiseñor no ha acudido aun al follaje que da sombra á tu ventana, para despertarte con sus amorosos trinos? ¿Has venido á embriagarte con los aromas de la mañana y coger las recientes flores, símbolo de tu belleza, ó quieres gozar tal vez el ambiente de la libertad, que dilate tu oprimido seno? Una sonrisa veo dibujarse á traves de la gasa que te envuelve: vienes á fomentar en el seno de la naturaleza las ilusiones que encantarán tu alma. ¡Oh sultana! tú tocas en la primavera de tu juventud, y tu vida es pura y serena, como ese cielo azul y transparente que inundan los primeros rayos del sol. Eres fresca y bulliciosa, cual esa mariposa que acaba de abandonar el dorado capullo, y ondea y revoletea, ostentando el deslumbrante matiz de sus alas á los reflejos del luciente astro. Pero eres tambien inesperta y delicada cual ella. ¡Feliz si no te alejas de la vistosa flor,

en cuyo cáliz gustaste la dulzura depositada allí por el rocio!

—Tú eres jóven tambien, y tus palabras parecen brotar de un corazon apasionado; mas una ligera nube de tristeza empaña tu rostro. ¿Eres de los que ya han gustado el acibar en la copa de la vida?

—¡Por mi mal!

—Pero ¿no conservas alguna dulce memoria de tus pasados dias, ó el pasado y el porvenir se confunden igualmente entre las sombras del horizonte de tu vida?

—¿A quien no le acompañan sus recuerdos?

—La felicidad, pues, de tus recuerdos influirá en tu presente; un dia sereno en el pasado es una gota de agua en el desierto.

—Sí: pero esa gota suele evaporarse antes de llegar á los lábios.—Mas tú no comprendes el lenguage del dolor, y mis penas no pueden reflejarse sobre el nácar de tu rostro sereno. Ademas ¿no soy yo bastante feliz, cuando tan bella aparicion encanta mi sueño? Tú eres uno de esos genios benéficos, que traen la esperanza y el consuelo á los mortales. Tus ojos brillan con el fuego de la pasion; pero una pasion dulce y tranquila es la que hace agitar con leves ondulaciones tu seno.—¿Amas por ventura, sultana?

—El amor es para mí una de esas deliciosas ilusiones, que se desvanecen en cuanto se tocan: mi corazon ha adivinado esa felicidad sin atreverse á buscarla. Pero, tú, cantor del amor y sus misteriosos placeres, ¿sientes acaso la influencia de esa pasion, que pintas en espresiones tan dulces y seductoras?

—¡Oh! ¿y eso me preguntas? tú, la mas bella de las huríes, beldad de formas vaporosas, que el genio del bien lleva sobre sus diáfanas alas para encantar el sueño del poeta. Recibe, al menos, los homenages de mi adoracion, y cuando vuelva en mí, celebraré en dulces cantos el delicioso ensueño de mi mente. Allah me envia su inspiracion para cantar los tesoros de su magnificencia y las maravillas de su mano creadora. ¡Gloria á Allah, á quien ensalzan las criaturas, y que refrigera mi corazon con las suaves copas de su benignidad! El te transporte en brazos de las benignas auras, sobre las nubes que vierten el apacible rocio, y á las felices moradas, que riegan los manantiales perennes de su gloria.

—Cantor, tu imaginacion ardiente te abstrae y eleva sobre esa tierra que huellan tus pies, y crees adormirte aun á la sombra de tus fantásticas ilusiones. Vuelve á la realidad y repite á mi oido esas palabras de armonia y pasion que has exhalado durante tu letargo; tal no sea la realidad para tí menos grata, que los quiméricos ensueños á que te abandonas.

—¡Plegue á Allah, que tú seas el ángel de mi esperanza! la veo brillar en tus negros ojos, á traves de la gasa que los cubre. ¡Ah! aparta por un instante el cendal que envuelve tus delicadas formas. Con el fuego del amor relumbran esos tus ojos, que tímidos parecen esconderse tras las sedosas y espesas pestañas, como los luceros en la oscuridad de la noche.

—Te veo á mis pies, jóven... ¡Oh! ¿qué impresion profunda es la que causa en mi corazon la inefable ternura con que tus pupilas buscan las mias, que huyen de su fascinador encuentro? y ¿qué vaga espresion de melancolia reemplaza á la sonrisa de mis lábios?

—Zahra; tus lábios aparecen húmedos y brillantes, como el clavel purpúreo que acaba de recojer las gotas del rocío. Un irresistible impulso me atrae á tu seno, y tiemblo á tu lado, como la leve hoja al soplo de la brisa. Mi alma se siente desprender del cuerpo, para ir á morar en tu corazon.

—¿Tú me amas, ¡oh! cantor?

—Si, te amo como á una flor, como á la armonia del céfiro, como á la ideal imágen de mi felicidad. ¡Ah! tiéndeme tus brazos, y sentirás dentro de mis venas estremecerse la sangre con el fuego que en ella infundes. El mundo todo desaparece ante este sueño de felicidad.

—Si; te amo... Pero ¡por Allah! vuelve en tí... huye, sálvate. Escucho los pasos de los eunucos y de los jardineros sobre el pavimento de mármol de las contiguas habitaciones... Si un instante permaneces, somos perdidos!!!

II.

—Buen anciano, depositario de los secretos de Allah, y de los tesoros de su sabiduria, de aquel que es la lumbre del cielo y de la tierra, y bajo cuyas plantas duermen callados los siglos; el que solo es fuerte y poderoso, y que mientras todas las criaturas terminan y se suceden unas á otras, dura y permanece siempre eterno é inmutable,

luz de los astros y gloria del firmamento: él te ha revelado el misterio de mi existencia, y le bendigo por haber confiado á tu prudencia y virtud un arcano, que debo encubrir á los ojos del mundo. Iman é intérprete de la ley de los creyentes, has merecido la alta estimacion y la honra, á que te ha sublimado el soberano príncipe de los muzlimes, el mas generoso de los monarcas, el Rey clemente Abu-Abdalá-Muhamad, á quien Allah ensalce, y cuyo imperio sea feliz y glorioso; has renunciado á los mas elevados puestos que su dignacion te ha conferido, y solo ocupas el de su alkatib y consejero. Pero tú eres la columna mas firme de su estado. Los pueblos creen en la doctrina que tú les predicas, y te ofrecen los dones de su alabanza y su entusiasmo, por la verdad, que es el espíritu de Allah, que desciende sobre tí, cuando le elevas el incienso de tus plegarias. Mas te suplico que me dejes permanecer en mi oscuridad y seguir las leyes de mis destinos: influye benignamente en el ánimo del Monarca, y muéstrate indiferente conmigo á sus ojos, y á los de quienes obedecen su ley

—En vano seria querer apartar los rayos del sol que descienden á iluminar la tierra, ú obligarle á permanecer constantemente sumerjido en los abismos de la noche. El fuego encerrado en el seno de las montañas vomita despues con terrible violencia, y al anunciarse estremece al universo. Tú, escelso príncipe de la sangre de los kalifas, y vástago del árbol prodigioso de la generacion del Profeta: con el humilde trage de un morabito y con la luenga barba de un derviks, encubres la gloria que te circunda, y la animosidad de tu corazon jóven y fogoso. En mis largas peregrinaciones, en otra época que mis cabellos todavia poblaban mi cabeza, como el ramaje frondoso de un árbol, que desnuda despues el helado viento de la ancianidad, pude conocerte en el Cayro, en Stambul, en Bagdad y en Damasco, ciudades bendecidas y purificadas con el rocío de la gracia del Eterno: entonces eras muy niño; pero ya las dotes del ingenio brillaban en tu frente, y admirado de los dones que Allah te confiriera, solo le pedí volver á verte en la senda de mi porvenir. El viento de la fortuna te arrojó lejos del seno de tu patria, y Allah, por su misericordia, te trae á mis brazos para encubrir con tu nombre la desnudez de mis dias. El fruto copioso de mi esperiencia, la sabiduria que dan los años, las escursiones á climas lejanos, y las ilusiones desvanecidas de la vida, pueden ser la luz que guie tus pasos y te aparte de los precipicios de la juventud. Yo he aprendido el lenguage de casi todas las tribus que pueblan el universo, para estudiar despues sus costumbres, su religion, sus tendencias y pasiones, y sondear los misterios del corazon humano: trabajo lleno de aridez, de amargura y desengaños. Pero la luz de la inteligencia ha permanecido pura y brillante enmedio de tantas sombras, y á la edad en que toco, se halla penetrada mi razon de los reflejos de la eternidad. Mas, oh! jóven, que has consagrado las horas de tu vida á cantar en el lenguage de los celestes espíritus, las gracias y encantos que presentan las diferentes fases de la naturaleza animada ó material, cuéntame la historia de los años que han mediado entre nuestras últimas entrevistas.

—No creas, ¡oh sabio! que la historia de mi existencia se cuente por años ó por dias. El viajero que cruza los vastos arenales del desierto, solo se detiene al pie de la rara palmera, del manantial que brota bajo un monte de arena transportado por el simoun, ó en el solitario oasis, hasta que llega al término anhelado de su peregrinacion, y la historia de su viaje es la de sus paradas. Yo he recorrido los fértiles paises y los desiertos de la Arabia, de la Siria, del Egipto y de las Indias; en la gran mezquita de Medina (*) he visitado el glorioso sepulcro del Profeta de los creyentes, y regresando por Zahara y Berberia, alternativamente he cabalgado sobre el fogoso corcel de la Tartaria ó del desierto, sobre el dromedario, y el soberbio elefante, en las sierras del Atlas, ó las orillas del Ganges; he peleado con las tribus indómitas y salvages de todos los desiertos; y el deseo de conocer el amenisímo vergel de Granada, donde se encantan las criaturas y el Omnipotente derrama los tesoros de su magnificencia, me ha encaminado á la mas bella de las ciudades de Occidente. Siempre cantor y poeta, aunque disfrazado con el trage del tártaro, del bracma, del beduino ó del derviks, he cantado los amores soñados por un corazon virgen, ó las hazañas de los guerreros, al pie de los terrados, las celosias, los kioskos y los harens de todos los pueblos,

(*) *Medinet-et-Nabi* (*ciudad del Profeta*).

que ilumina la luz de la creencia y la verdad de Allah y Mahoma su profeta.

—Allah se dignará manifestarte para su gloria, y el premio debido á tus virtudes y tu laboriosidad en el camino de la salvacion. ¡Loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso! En tu corta edad has adquirido grande caudal de conocimientos, y has encontrado el arte de calmar las tumultuosas agitaciones de un corazon ardiente, con las suaves melodías de tu lira. Pero dime, escelso príncipe Abul-ben-Said-ben-Allá, ningun suceso ha alterado todavia la calma de tu espíritu, ningun secreto se oculta en los recónditos pliegues de tu corazon, ni alguna pasion poderosa, escitada por un objeto real, ha brotado de sus fibras? Mi carácter de anciano, y de consagrado á la religion, puede formar en mi ánimo un confidente nada peligroso ni indiscreto de las sensacionees del tuyo.

—Por tus lábios hablan la dulzura y la verdad del Espíritu de la eternidad, y de la clemencia infinita: creo poder sin inconveniente alguno descubrirte una herida recien abierta en mi alma y que me parece incurable; el bálsamo de tu sabiduría es consolador y poderoso; pero mi mal es demasiado grave y profundo.

—Tal vez son exagerados tus temores: el enfermo duda y tiembla, cuando ignora el remedio de una enfermedad complicada ó poco manifiesta en sus desconocidos síntomas; pero su revelacion, ilustrada por la luz de la ciencia, hace averiguar la causa á que se eslabona aquel efecto, y una vez conocida, se procede á su curacion y se adivina el resultado: Jóven, cuéntame tu mal.

—¡Ay! mi mal tiene una de aquellas causas, que porque sean conocidas, no por eso están al alcance del que procura examinarlas ó medirlas. En mi vida ningun suceso real ha afectado profundamente mi corazon; mi mente siempre ha vagado por las ilimitadas regiones de la fantasía, y la historia de mi vida es la historia de mis sueños. Ya me he adormecido al pie de una palmera balanceada por los huracanes, sin que estos me despertasen con el fragor de sus crugientes alas; ya al murmullo de un torrente, halagado por su frescura, y mecido mi pensamiento por las frisas que se deslizan sobre su líquida superficie; ya en la punta de un cabo batido por las marítimas olas que se han estrellado á mis pies; ya sobre el espeso ramage de un pino secular; contemplando las ondulaciones del océano de bosques sin límites, que dominaba yo como desde una atalaya sobre la elevada copa; y todos los rumores y todas las armonías han pasado sobre mi mente, cual los genios benéficos que vagan en las nubes del rocio, y en los vapores que rodean las crestas de las montañas, para transportarme en sus alas á otro mundo en que el placer es eterno. ¡Oh! cuan temible ha sido para mí el volver de tan deliciosos ensueños, otra vez á los desiertos de la vida, á las zozobras é inquietudes que la acompañan, y al deseo cada vez mas nuevo y renaciente de una felicidad, que se va alejando mas de nosotros, desde los dias risueños de la infancia, que nos arrulló y deleitó en la cuna, y en el seno de la dulzura maternal, hasta las tinieblas del porvenir en que se pierde, como el sol en las turbias ondas del océano.—Mas voy á referirte mi último sueño.

Pocos dias han mediado desde aquel, que presente en mi imaginacion, parece negarse á seguir el curso comun de los demas de mi vida; tambien transcurrieran entonces pocos dias de mi advenimiento á la ciudad que fecunda el Darro con sus arenas de oro, y que con sus blancos edificios sobre un mar de verdor, parece un nido de cisnes sobre el espeso follaje de los árboles. Discurria hechizado con la vista de tantos portentos y prodigios que se desarrollaban en derredor, y en muda admiracion no hallaba espresiones para exhalar en mis cantos las impresiones de magnificencia, belleza y esplendor que me causaba ese mágico y prodigioso conjunto de las perfecciones de la naturaleza y del arte, de vergeles y palacios, de fuentes y de kioskos, de flores y de verdor, de los regios alcázares. Cruzaba aereos pórticos, patios y galerias, construidos de mármoles y jaspes con el mas esquisito primor y elegancia, mansiones voluptuosas y poéticas, inundadas de oro, de nácar y de colores, cual nunca hasta entonces habia visto en tan gran esplendidez. Despues de atravesar varios bosquecillos, cenadores de jazmines y rosales, cuadros de yerbas y flores, surcado por torrentes de agua cristalina, llegué á una prolongada y espesa bóveda de laureles, pavimentada de mosaicos, que deslumbraban la vista con sus reflejos, y á traves de cuyas hojas penetraban ya en haces, ó ya en torrentes luminosos, como una lluvia de oro, los rayos del sol que declinaba al ocaso.

Arrobado en dulce éxtasis, me adormecí al terminar dicha bóveda, sobre un lecho de hojas de rosa y de flores de granada, que la suave brisa de la tarde hacía desprender en oloroso rocío de los lozanos arbustos que circuian un cenador en torno de mí. En aquel estado, las ideas se presentaban vagas y confusas en mi mente, y solo escuchaba el eco de una deliciosa armonia que inundaba mis oidos, y solo sentia el perfume de las rosas que ascendia en diáfanas espirales para embalsamar el ambiente que yo respiraba, y el contacto de aquellas hojas que revoleteaban en derredor, producia en mis sentidos un dulce estremecimiento y voluptuosa impresion, imposible de describir. Mas luego pareció aclararse la atmósfera, evaporarse los perfumes, y la música en vagas notas perderse á lo lejos; y una dulce somnolencia, en que las ideas aparecian con mayor claridad, reemplazó á mi anterior arrobamiento. ¡Cosa admirable! el sol que pocos momentos antes habia visto descender al horizonte entre las rosadas nieblas de la tarde, se presentaba en el oriente como un globo de vivísimo fuego, flotando en un mar de líquido oro y carmin. Entonces ví destacarse una aparicion vaga y misteriosa, que parecia envuelta en los rayos, que inundaban la verde alfombra de la tierra, como un mar de luz; cambié con ella algunas palabras de inefable pasion, que se han borrado con el sueño, y súbito me hallé en los brazos de mi bella hurí, que abrazaba mis ojos con el fuego de sus aterciopeladas pupilas, y que apartó un instante el finísimo cendal de su velo, para que pudiera yo contemplar su beldad y sus gracias fascinadoras. Con un profundo y vivo sentimiento de amor estrechaba contra el mio su mórbido seno; pero un viento áspero y abrasado como el simoun del desierto, súbito me despertó; y en vano tendí mis manos hácia la virgen de mis amores; todo habia desaparecido, y al pie de un sombrío torreon, cercado de zarzales, oia el agudo silvido del viento que azotaba las peladas cimas de algunas palmeras, ó cipreses que se levantaban á través de las murallas y edificios del Alhambra.

—¡Estraño sueño! Mas ¿no conservas algun vago recuerdo, alguna idea, cuyo hilo nos guie á penetrar en el confuso laberinto en que se pierde tu mente?

—Los sueños no tienen enlace alguno con la realidad.

—Tu alma, ¡oh jóven! es una planta fecunda y generosa que con la savia de la poesía ha florecido sobre los campos del pensamiento. Mas la razon y la reflexion son indispensables para aquellos momentos en que el hombre debe velar y meditar, despues de haberse desvanecido las ilusiones de su ventura.

—¡Oh.....! ¡gloria eternamente al poderoso Allah! Una palabra, cuyo recuerdo es un emblema de felicidad para mi alma, ha brotado en mi memoria. El nombre que la dulce voz de mi hurí repitió á mi oido, es *Zahra*.

—¡Zahra! (Flor). ¡Ese era su nombre! ¡Ah! creo, hijo mio, encontrar una verdad entre tantas confusiones: creo adivinar el misterio que un impenetrable velo ocultara. Pero siempre es peligroso el tocar la realidad, y no sé cual de ambos peligros es mayor, el que mate tus esperanzas, y marchite para siempre el vergel de tus ilusiones, ó el que te haga buscar en un objeto real los tesoros de dicha que te presentó un sueño. Zahra es el nombre de una bellísima sultana, hija de uno de los mas poderosos príncipes del Africa, el amir Ahmad-ben-Alí-ben-Yahye, prometida al soberano nuestro; y el palacio, cuyos jardines has visitado, es el de Darlaroca (Palacio de la novia), y en el que aguarda, mientras se hacen los preparativos para celebrar la boda con la magnificencia digna de nuestro muy alto y poderoso monarca, el dia de union tan feliz.

—¡Una de las muchas huríes destinadas al placer del soberano de los creyentes! no, no puede ser la virgen de mis ensueños. No es de la tierra aquella celestial hermosura de su rostro, ni aquellas beldades que he visto en los paises que he visitado, han podido como ella dominar mi espíritu y cautivar mi corazon. Esa hurí pertenece al paraiso del Profeta: es una de las jóvenes inmortales que mezclan sus voces armoniosas en los celestes conciertos y los cánticos que entona el ángel Israfil.

—¿Tú la amas? ¡oh jóven! y renuncias á la dulce esperanza de volverla á ver?..... En tal caso adoptas el partido de la prudencia.

—No! es mayor el peligro que tú te imaginas, ¡oh! sábio Iman, mi anhelo es juntarme con ella en el paraiso, para siempre.

—La barrera de la muerte te separa en.

tonces de ella. Eres jóven y debes vivir.

—La vida la daria por ella.

—De todos modos la arriesgas... pero si me juras ser prudente, tal vez tu valor y la ventura de tu destino te hagan conseguir la felicidad que anhelas, antes que la mano irresistible del ángel de la muerte te arrebate á las mansiones eternas de la otra vida. ¿Me prometes bajo inviolable y sagrado juramento, la mayor prudencia, para no comprometer tu cabeza y la mia?

—¡Por Allah, que lee en los corazones, y por su profeta!

—Pues descansa y reflexiona mientras te preparo los medios de volverla á ver. Por una desventura me contemplo vacilar en los últimos dias de mi vida entre los peligros que te amenazan y que debo yo contrarrestar. Tú la deseas á pesar de la muerte, y tal vez te cueste tu desvarío. Pero no hay medio de esquivar el peligro, ni volverle prudentemente la espalda. El afecto que me inspiras me fuerza á cometer un gran yerro; pero es preciso. ¡Allah sea sobre todo!

III.

Bajo las galerías de aereas columnas de jaspe, de uno de los palacios del Generalife, que sombrean laureles y naranjos, y á que prestan frescura saltadores que brotan en tazas de alabastro, la sultana Zahra vaga lenta y silenciosamente en una deliciosa tarde de la primavera.

Absorta en profunda meditacion, sus miradas que no se fijan en ningun objeto de los que se le ofrecen en torno, parecen concentrarse en su interior, para contemplar alguna imágen errante en su fantasía, y sus manos se posan á veces sobre el corazon, cuyos latidos hacen ondular su seno, á través del oro, seda y perlas que forman su adorno. De vez en cuando estas miradas, vagas ó melancólicas se dirigen á uno de los arcos, que dan entrada á aquel recinto, sostenido por dobles columnas de prodigiosa esbeltez y sutileza, y desde donde arranca una bóveda de verde follaje, que comunica con los jardines y demas palacios del Generalife. La perfumada brisa de la tarde batiendo blandamente las hojas de los fragantes arbustos, ó murmurando al cruzar entre las bóvedas de verdor, con sus armoniosos rumores despertaba repentinamente á la sultana de su contemplacion, y entonces parecia aguardar algun objeto que debiera asomar á través del arco donde se clavaban sus ojos; pero la brisa volvia á dormirse lánguidamente en la sombria espesura, y se estinguian con ella los rumores que tragera en sus alas. Mil pintadas avecillas veian á las flores, que se doblaban con su peso, cuando la sultana arrancaba distraidamente algun tulipan ó anemona, ó jugueteaban á sus pies; pero la jóven no prestaba atencion al canto de sus aves favoritas, y ellas sorprendidas de su esquivez, volvian á repetir tristemente sus trinos en la copa de los plátanos ó al márgen de la corriente. Solo cuando alguna cándida paloma, revoleteando, agitaba sus alas en torno, solia acariciar á la inocente ave, que respondia con amorosos arrullos á las palabras apasionadas y misteriosas de la jóven Zahra.

La tristeza de la bella sultana debe proceder de una enfermedad del corazon. Los recuerdos que evoca en su mente la hermosa africana, que comienza á amar con toda la intensidad y vehemencia del primer cariño, le presentan la imagen del jóven poeta, á quien no ha vuelto á ver desde la misteriosa entrevista, que describimos al principio de esta historia.

Futura esposa del Sultan, á cuyo tálamo estaba destinada, y con quien habia esperado ser feliz, cuando su corazon tranquilo no habia sentido aun las ardientes emociones del amor; temblaba ahora al pensar en el instante, que se celebráran sus bodas, y se viera precisada á conceder sus favores al hombre cuya imágen no tenia en su corazon.

Pero de repente el jóven príncipe Abul-ben-Said-ben-Alá, guiado por los eunucos que habia sobornado á fuerza de oro, se presentó á la entrada del templete donde comienza la bóveda de los laureles, y Zahra, por un movimiento instintivo é involuntario, corrió á arrojarse en sus brazos, mientras dos líquidas perlas se deslizaban por el nácar de su semblante. Ninguna palabra se escapaba de sus lábios húmedos y ligeramente entre abiertos, que parecian aspirar el ambiente del amor y de la felicidad. Un aura fresca que se comenzaba á levantar con la caida de la tarde, haciendo flotar su transparente velo, dejaba contemplar á los ávidos ojos del príncipe la belleza de su purísimo rostro, como el de un ángel, y su garganta de alabastro, sobre la que se desprendian en desiguales ondas los flotantes

grupos de sus negros cabellos. Abul-ben-Said la contemplaba en sus brazos con cierta mezcla de asombro y ternura. ¡Estaba tan hermosa! ¡era tan dulce la espresion de sus negros y rasgados ojos, templados por un velo de pudor! Sin atreverse á tocarla sentia desfallecer sus brazos bajo la espresion de su talle flexible y esbelto, que se cimbraba y estremecia á cada instante, y parecia interrogarla con la espresion de su vista. Zahra levantó un instante sus húmedos ojos, y con voz armoniosa le dijo:

—¿Me preguntas quien soy? ¿no conoces ya á la princesa Zahra, que te entregó su corazon? ¡Ah! aprovechemos este instante el placer de encontrarnos juntos. Ven, lumbre de mis ojos, espejo de los sentimientos de mi alma, ven á esta mansion deliciosa cuya luz trémula convida á las ilusiones del amor: bajo la sombra de los jazmines y rosales que forman sobre ese kiosko un dosel de flores.

—Tú eres la mas hermosa de las hermosas, y tus ojos son mas puros y radiantes que la luz de los cielos; pero la beldad que yo busco, solo tiene el asilo de sus encantos en las deliciosas masiones del paraiso y bebe el licor de la inmortalidad en las copas de estrellas, y en manantiales que brotan en grutas de ambar gris y de nacar. —Dime ¿qué lazos te unen á la tierra? porqué la hurí de mis ensueños no puede ser la sultana destinada á brindar sus placeres al soberano, que compra su amor y paga sus delicias al precio de favores y bienes terrenales.

—Jóven cantor! cuando mi corazon te ama, ¿temes que prefiera las caricias de mi señor á las del que quiero mas que á mi vida? ¿A qué buscar el dia de mañana? Gocemos hoy de la felicidad que mañana tal vez nos negará la suerte.

—Tú eres una muger de un corazon ardiente é impresionable por las emociones del amor, y cedes á tus impetuosas pasiones. Para tí la vida es el dia de hoy, y mañana darás al olvido ú hollarás á tu idolo. Pero mi cariño es eterno y digno solo de un objeto celeste é inmortal, cuya belleza nunca pueda contemplar marchita en mis brazos, y cuyo amor sea un foco de afectos inestinguible. ¡Por Allha! dime ¿quien eres, sultana?

—Me llenas de confusion y me haces temblar y sobresaltarme. Yo soy la princesa Zahra, hija del príncipe Ahmad-ben-Alí-ben-Yahye, emir de Zuz, y debo celebrar mi enlace con el Rey de Granada, Muhamad. Pero ¿en este caso tu ingratitud no estima mi sacrificio? Con peligro de mi honra y de mi vida, ¿no puedo decidirme á huir contigo á un lejano pais, donde el amor nos haga felices?

—No, sultana, el fuego de tus pasiones es una llama fugaz, que pronto se apaga ó evapora: el ensueño ideal de mi imaginacion no está sujeto á esas debilidades y miserias! Allah te guarde!

Y diciendo estas palabras, el príncipe Abul, como asaltado de un repentino vértigo, desató sus brazos de la voluptuosa cintura de Zahra; y con la vista estraviada y arrebatado el paso, se alejó de allí, desapareciendo por la bóveda de los laureles.

El golpe que dió á Zahra, era mortal.

La ingenua apasionada africana le habia estrechado en sus brazos con toda la franqueza y efusion de su amor, y al abandonarla el jóven, sintió vacilar la tierra bajo sus pies. Pero sostenida por las fuerzas de la fiebre, y herida en lo mas vivo de su amor y de su orgullo, comprimió las lágrimas dentro de sus ojos, que lanzaron una luz siniestra. Apoyando el rostro sobre las manos en el borde del estanque, situado en el centro de aquel patio y cuyas orillas estaban adornadas de arrayanes y acacias, sus miradas se dirigieron maquinalmente al fondo de la cristalina corriente donde se retrataba su bellísimo semblante. Súbito, levantándose, esclamó—¿No soy yo acaso bastante hermosa para merecer el afecto del hombre que he amado, y á quien por efecto de esa pasion insensata he elevado hasta mi, princesa y futura esposa del Sultan? Tal vez mi venganza le haga arrepentir de su yerro.

Sintió entonces pasos en derredor y á poco apareció la figura noble y magestuosa del monarca granadino: el poderoso y escelso príncipe de los Muzlimes, Mahomad-Abu-Abdalá.

Al reparar en la sultana pareció animarse su enérgica y varonil fisonomia y acercándose, con voz apasionada, la dijo:

—Hermosa Zahra: el dia de nuestra union se aproxima. Tú serás mi sultana favorita, y los príncipes de nuestro tálamo se sentarán sobre el sólio de Granada. Goza de la libertad en este paraiso que he mandado adornar para tí, mientras que llegue la hora de sublimarte al honor y felicidad que tus gracias merecen. Ven conmigo y te

haré ver el lujo y la magnificencia que he ordenado desplegar en las moradas que han de encantar nuestros amores.

Zahra le dirigió una mirada de benevolencia, graciosa como la sonrisa que asomó en sus lábios, y el Rey quedó encantado de su belleza y de la dulce espresion de sus ojos seductores.

IV.

La gracia del Rey se ha estendido sobre la princesa Zahra, y la ha concedido su predileccion. El leon de Granada se duerme bajo las alas de la paloma de la hermosura, y no siente el yugo del amor que le retiene junto á ella. Fiestas, zambras, regalos, todo cuanto pueda serla agradable, emplea la ternura del monarca para conquistar su corazon, y quiere hacerse amar de ella, antes que entre en la plena posesion de sus derechos por una union legítima. Ella le manifiesta de su amor y de sus gracias cuanto puede contribuir á empeñarle y á avivar mas su amor naciente, y cierta reserva y esquivez en unas ocasiones, y un amor efusivo y ardiente mostrado en otras, le alejan ó le atraen á sus plantas, pero siempre ébrio de amor y de deseo, discurriendo en su ardorosa mente los medios de lograr una conquista, tanto mas grata y deliciosa, cuanto es efecto del amor que la inspira. Pero la herida recienabierta en el corazon de la jóven sultana no ha podido cerrarse tan pronto, y el despecho y el orgullo son los motivos que la fuerzan á observar semejante conducta. Ella quisiera ver al jóven príncipe, á quien sin embargo no conoce sino por un mero cantor ó poeta rendido y humillado á sus pies, pero con el corazon rebosando aun de amor, y besando las manos, que en su ingratitud habia antes despreciado.

La conducta del príncipe ha parecido enteramente estraña é inesplicable al sabio y anciano Iman, que ha llegado á persuadirse que la razon del jóven es presa de un delirio, y ve cerrarse aquel camino que quedaba á su salvacion.

Efectivamente, Abul-ben-Said ha perdido la razon por algunos dias; pero luego que ha vuelto en sí, ha sentido templarse aquella fuerza de imaginacion, aquel anhelo de sublime felicidad, que le hace desechar la que halla en una criatura de la tierra, como si el mundo de ilusiones y ensueños á que se abandona, fuese el estado constante y normal de su existencia. El es mortal y perecedero ¿por qué pues, confunde la felicidad presente con la futura, y esta ventura ideal quiere hallarla en un mundo cubierto por los abrojos del dolor? El tranquilo reposo y el afecto desinteresado de dos corazones es el mayor bien que en él se puede disfrutar.

Zahra le ama; pero Zahra es para él una muger, cuyas vivas pasiones le arrastran á los pies del que adora en el momento de su frenesí. Mas se acerca el tiempo en que debe mirar las cosas por el prisma de la realidad, y no dilatar demasiado una ambicion, cuyos gozes estan reducidos á tan estrecho círculo.

La intimidad de Zahra con el Rey, que ha llegado á su noticia le ha conformado en sus ideas; cree que la constancia de un amor ideal está á prueba del insulto y desprecio que la ha hecho, y que si ella le amara verdaderamente, llevaria su sacrificio hasta no buscar en otro la felicidad que él, junto con su amor, la habia negado.

Pero el aguijon de los celos ha herido su alma, y cuando no quiere confesarlo á sí propio, no puede menos de sentir que conceda la jóven sus favores al monarca; prueba de que la ama todavia. Mas el amor es de una naturaleza, que en su egoismo se ofende con la menor muestra de interes que á otro objeto se dirija por el que amamos. He aqui que una barrera insuperable le separa por siempre de ella.

Entonces esperimenta cierto remordimiento por su proceder, y se acusa de haber abandonado el tesoro, que le deparó la fortuna. Mas, si no es aquel el bello ideal de su mente ¿por qué piensa en ella? ¡Oh! las dos imágenes de su pensamiento insensiblemente parecen haberse refundido en una, luego que la razon ha iluminado su alma. Ya se detiene con terror: aquel es un punto de descanso en la carrera de su vida, y mira dejarse atras un mundo de ilusiones en el que si no pensaba con serenidad y fria reflexion, en cambio era mas feliz.

Por mas que lo procura, Zahra no puede serle ya indiferente. Zahra es para él un angel bueno ó malo, pero que de todos modos influye necesariamente en su porvenir. Tal vez no sea culpable, tal vez al admitir obsequios no conceda los suyos.—Pero ¿hay mayor delirio, piensa el jóven para sí, que censurarla porque no sacrifique su be-

lo porvenir por el hombre que la ha ultrajado? — ¡Ay! la misma idea de que ella no le ama ya, es la que le convence del interes apasionado que comienza á profesarla. ¡Tal vez su destino es amar sin esperanza!

El príncipe se resigna á veces ante el poder de la fatalidad, y llama al ángel de la muerte para que estienda su fúnebre sudario sobre su jóven cabeza. Pero no debe morir tan jóven: las primeras desgracias son las que mas se sienten, y las que causan mayor dolor en el corazon: pero ¡ay! no son las ultimas!

Cierto dia que se hallaba mas abatido que de costumbre, reclinado sobre la alfombra de yerba, al pie de uno de los mil torreones que circuyen el alcázar de los Reyes moros, cerca de la puerta de Bib-el-Aujar, contemplaba desde allí las almenas coronadas de torres, de vergeles y de bosques, y á traves de las cuales, sobre un mar de verdor, parecian flotar, como las velas blancas de un buque, los palacios, los templetes, las mezquitas y demas edificios, encerrados en aquel delicioso recinto.

El iman Ben-Zalemi-Ben-Alcasiri, alkatíb del Rey, con su barba blanca y su trage de morabito, se acercó al jóven y le hizo volver de su distraccion.

—Jóven, le dijo: tu edad no es la del reposo y del descanso, es la de obrar y preparar el porvenir; los yerros de la primavera de la vida, no por ser menos meditados son de menor peligro. Sé el dolor que padeces, y sé tambien que mis reflexiones y consejos son inútiles para convencer un entendimiento que no alumbra la razon. Ademas, tu corazon no se puede medir por el de los demas: tu naturaleza, distinta hasta cierto punto de la de los otros hombres, te aparta de ellos, y vives en el mundo que te ha creado tu noble inteligencia. No debo reconvenirte: no debo ahogar los gérmenes de sublime inspiracion que brotan en tu mente. ¿Qué son los consejos, qué el desengaño anticipado con anunciarle, para un corazon jóven é inocente, que solo ambiciona gozar la felicidad y la pureza de sus primeros dias, dias cuya serenidad debe acaso terminar prontamente, ó reflejarse despues, como un inefable y delicioso recuerdo, en un porvenir?

— ¡Ah! mi corazon no disfruta ya de esa calma y esa serenidad...

—Pues escúchame: vengo á darte una importante noticia: no te es desconocido que el soberano de los creyentes, á quien Allah confirió el poder y la dominacion sobre su pueblo, háse apartado de sus santos caminos, y entregado á lúbricos placeres; consume á los pies de su sultana favorita las horas en que debia velar por la salvacion de sus dominios. Un poderoso ejército de los cristianos ha invadido nuestras fronteras y avanza sobre nosotros, llevándose nuestras mugeres é hijos, quemando las mieses y abrasando nuestros fértiles campos, como el viento abrasador que sale de la boca de Allah para esterminar cuanto tiene vida en las tierras que maldice. La espada del Islam se ha desprendido, de las manos de un monarca corrompido y á quien Allah retira su sublime proteccion. Se tú el apoyo de la secta y el amparador de la ley de Allah, y de su Profeta. El pueblo alborotado con la noticia de la próxima invasion de los infieles, y acaudillado por los príncipes, emires, caballeros, kaidies, jeques y demas personages de influencia llega hasta las puertas del alcázar. Yo en nombre del pueblo que reconoce y acata la sabiduría que Allah por sus altos juicios se dignó concederme, voy á proponer al Rey que tome el partido de acaudillar á los soldados que han de rechazar la invasion enemiga, para desvanecer de esa suerte las sospechas que se conciben contra él, ó sino tal vez un tumulto le hará descender del trono. Si él se niega ¿accedes tú á aceptar tan honrosa cuanto difícil empresa, como la de rechazar al insolente infiel que ha osado provocar á los leones granadinos?

— Si .. necesito obrar, y en arroyos de sangre infiel apagaré acaso la fiebre que me devora. Haz lo que quieras, buen Iman: todo me es ya indiferente, y quiero aguardar el porvenir sin preveerlo

— Bien; espera: voy á hablar al Rey.

Permaneció el príncipe, despues que se retiró el Iman, absorto y confundido en el caos de un millon de ideas que se cruzaban en su mente; y sin que le arrancara de su distraccion el murmullo, que iba creciendo sucesivamente hasta convertirse en espantoso tumulto, causado por un inmenso gentio del pueblo, que se iba agrupando con ademanes hostiles, en las avenidas de la Alhambra. Mirábanse brillar bajo los albornozes y alcaiceles las relucientes hojas de los alfanges, las cimitarras y jacos, y algunos sacaban ú ocultaban apresuradamente afilados puñales en las mangas de sus aljubas. Tambien se veian algunos judios, que

iban repartiendo monedas de oro entre los grupos del populacho, del cual salian luego mil estentoreas voces que gritaban:

—¡Caigan las cabezas de los traidores y enemigos del Koran! — ¡Muera el wasir Abderrhaman-Ebu-Ahmat y todos los que hacen alianza con los infieles! —¡Allah los condena á su execracion y á nuestra venganza!

Entonces apareció de nuevo el viejo Iman, acompañado de algunos walies, amires y otros caballeros de la córte del monarca, y escoltado por algunos eunucos y negros. Llamó junto á sí al jóven príncipe, y dirijióse al pueblo con severo ademan y noble continente.

—El Rey clemente y magnánimo, príncipe de los muzlimes y soberano de los creyentes, á quien Allah ensalce, se halla imposibilitado, por el grave estado de su salud, para mandar y dirigir el ejército que debe esterminar las tribus infieles. En su lugar desea compartir la gloria del honor del combate con vosotros y á vuestro frente, el hijo del príncipe de los fieles, nuestros hermanos en el oriente, el sultan escelso de la ilustre rama de los Kalifas y soberanos de la estirpe de Mahoma, el amir Abul-ben-Said-ben-Allá, príncipe generoso y leon fuerte, delicia de los hombres que gozan su presencia, y á quien Allah confiere la espada del Islam, para que en su vencedora mano se tiña en la sangre de los infieles. La mano liberal del Señor derrama en él y en todos sus hijos de salvacion los tesoros de su misericordia. En el estandarte con que os guie el príncipe á la batalla, se leerá la divisa adoptada por el muy alto y poderoso Rey Muhamud-Abu-Abdalla-ben-Jusef-ben Nazar (Alhamar) de glorioso recuerdo y sus desendientes: *Me-le-Ghaleb-ille-Allah* (no hay mas vencedor que Dios). Sea Allah, con vosotros, y la gracia y los dones de bendicion de él y su profeta caigan en saludable rocio sobre vosotros.—Por Allah, que por su medio nos concede el triunfo; á vos y á todos vuestros amigos, salud y salvacion infinitas veces!

Murmullos generales de aprobacion y prolongados vivas, resonaron al terminar el anciano Iman su arenga, y él y Aben-Said fueron llevados en triunfo hasta fuera de las puertas de la ciudad, donde escuadrones lucidos y bien ordenados de mulsumanes se preparaban para la guerra.—Venid, á la casa de la oracion, dijo el Iman á los principales que le acompañaban, allí se eleva el *mirhab*, donde los imanes y morabitos invocan á Allah.

V.

El príncipe Abul-ben-Said-ben-Allá ha partido á la guerra, aconsejado de su desesperacion; pero Allah en sus altos designios no ha querido borrarle del libro de los vivientes; y de regreso de la espedicion en que su valor y arrojo le han salvado de los peligros que el mismo buscara, y dádole la victoria, es recibido con gritos de júbilo y entusiasmo. Conducido sobre un magnífico caballo árabe, que la munificencia del Rey le concede, y bajo arcos de triunfo construidos en todas las calles de su tránsito, llega hasta los alcázares del Monarca. El iman y un gran número de príncipes, walies y caballeros le acompañan, y el pueblo, que á cada instante prorrumpe en vivas y aclamaciones, le quiere exaltar por Rey, como libertador de la tierra de su promision. Las bellas moras entonan cánticos de victoria y los príncipes y amires le ofrecen la mano de sus mas bellas hijas. El Rey Muhamad-Abu-Abdalá, á la entrada de la Alhambra sale á recibirle, precedido de una lucida guardia de eunucos y negros con espadas y lanzas, y rodeado de sus kaidies, alfakis, su hagib y los wazíres, todos engalanados con riquísimas vestiduras, y brillando la seda, el oro y las perlas en sus turbantes, sus capellares y marlotas. Gran número de músicos, con añafiles, alilies, flautas y otros instrumentos, y no menos de cantores y cantatrices, mezclan sus armonias y voces con la griteria y el popular entusiasmo, mientras el príncipe es conducido á la magnífica y soberbia mansion que le está destinada en el mismo real alcázar. Entre todos aquellos rostros mas ó menos alegres y animados que felicitan á Allah, al príncipe y al Iman por la fausta victoria obtenida contra los enemigos, solo hay dos que permanecen constantemente cubiertos por una nube de pesar: son el de Abul-ben-Said, y el del Rey. Aquel, bajo pretesto de necesitar descanso, consigue desembarazarse del gran número de cortesanos que se apresuran á presentarle sus respetos; mientras el Monarca, como olvidado de todos, y aun casi amenazado por los revoltosos, se vé precisado á presenciar los homenages dirigidos á su rival. Pues no podia menos de conocer que si aprovechaba el

príncipe el favor de aquel aura popular, le derribaria para elevarse sobre el trono de Granada, aquel mismo dia que se humillaba él hasta el punto de tributar regios honores á un desconocido. El veia en el príncipe un sucesor del trono: el príncipe en el Rey al dueño del objeto de su adoracion. Pero el dolor del príncipe era mas vivo. No apreciaba su actual posicion que le daba ventajas sobre el Rey, y mira con envidia á su rival, que al vacilar sobre su solío, disfruta de la felicidad que el amor le depara, y que debe haber gozado en los brazos de la bella sultana, en tanto que el buscaba la muerte entre las filas de los cristianos escuadrones.

Mas con un leve saludo de parte de cada uno de ellos, el Rey y el príncipe se separan, anhelando poder desahogar en la soledad la angustia que los oprime. Abul ben-Said no quiere penetrar en la lujosa habitacion, donde crecido número de eunucos y de esclavas le esperan, para brindarle los regalos y delicias del regio hospedage, y prefiere vagar solitario por las silenciosas y sombrias calles, terminadas por murallas, por alamedas y jardines. Al cabo de algun rato se detiene á la entrada de un elegante templete sostenido por varios arcos, que forman en el techo graciosas bovedillas con adornos caprichosos de estuco, sobre fondos de azul y oro: el príncipe ora un instante en este mirhab, que es uno de los muchos del real alcázar. Al volver de su profunda oracion, una paloma que ha venido á posarse á sus pies, alza su vuelo y siempre sin perderle de vista, sigue á traves de las varias sendas que cruza el jóven.—Nuncio fiel de amor, la dice este; iré en pos de tus alas, y ¡ojalá me encamines á las deliciosas mansiones del paraiso!—Y atravesando nuevas alamedas y bosquecillos, llegan hasta una esplanada, cercado por do quiera de tajos y precipicios, y tortuosas sendas abiertas en las laderas de los peñascos, los cuales están coronados por torres y jardines, y desde donde se derrumban espumosas cascadas hasta el pie de los arbustos que brotan en la falda.

Abul-ben-Said cree hallarse bajo la influencia de un celeste encanto y recordando las tradiciones orientales, que escuchó en su infancia, piensa que en aquella paloma se oculta el genio, cuyo mágico poder le transporte al paraiso donde debe encontrar su ventura. Teme hallarse otra vez embargado de un sueño y recuerda haber visitado aquellos frondosos parages que se continuan sin fin. Súbito la paloma se posa sobre las orillas de un cristalino arroyuelo, donde se solaza y bebe de sus aguas un instante, y volviendo á levantar el vuelo, desaparece bajo una frondosa bóveda, cuya entrada está casi cubierta por un pabellon de jazmines y rosales de Stambul. El jóven se introduce tambien en ella y la reconoce perfectamente: es la bóveda de los laureles: parage por donde al cruzar otras veces, se encontrara en los brazos de Zahra.

En tanto el Rey Muhamad habia determinado ir á calmar sus penas é inquietudes en los brazos de la bella sultana.

La jóven sultana se hallaba sumamente inquieta y temerosa por la suerte del príncipe, que supo habia partido á la guerra; y aguarda impaciente las noticias que la saquen de su incertidumbre. El monarca, que la ha visto constantemente triste durante la ausencia de aquel, ignorando la causa de su oculta melancolia, no ha querido afligirla mas con sus amorosas instancias, y por una abnegacion, cuyos sacrificios son sumamente costosos á un amante, la ha permitido que llore en la soledad penas que tal vez no tendrian objeto, esperando verla con prontitud risueña y feliz en sus brazos, luego que se disipara aquella fugaz tormenta que estallaba en la primavera de su vida.

Pero hasta el lejano retiro de Zahra ha llegado el tumulto del popular regocijo; é ignora si aquellos clamores son el eco de un triunfo ó de una derrota. Asi luego que ha visto al Rey, con paso vacilante, al pie de un mirador donde habia estado en observacion, ha descendido con rápidez, y ha procuado leer en el semblante del monarca el resultado de los sucesos.

—Terrible adversidad! esclamó el Rey, dejándose arrebatar por el torrente de sus ideas; la mano de Allah ha humillado al príncipe de los muzlimes, al soberano de los creyentes!

—Han sido vencidos vuestros escuadrones? ¿ha sido muerto su caudillo á manos de los infieles? preguntó Zahra con dolor.

Zahra no podia adivinar que los motivos de la tristeza del sultan fueran otros que la derrota de su ejército y el peligro de sus amenazados dominios; el Rey por su parte no comprendia el interés tan vivo que aquella manifestaba por la suerte de un príncipe que no conocia; pero á fuerza de re-

flexionar, una ligera sospecha cruzó por su imaginacion.

—¿Tanto sentirias, la pregunta, la desgracia de un príncipe rebelde, que se ha sublevado contra mi poder, y levantando al pueblo ha querido derribarme del trono de mis escelsos progenitores?

Zahra calló: el dolor embargaba su lengua. Muhamad quiero aventurar un golpe decisivo, y con voz solemne y apagada:

—Pues bien, la dijo: nuestros guerreros han sido barridos por los enemigos, como las débiles aristas de un campo de mieses por el viento abrasado del Africa, y el amir Abul-ben-Said ha perecido con la flor de los valientes.

La sultana cayó sin conocimiento sobre el suelo de alabastro.

En tanto el jóven príncipe presenciaba esta escena, oculto tras del espeso follage de la bóveda de los laureles, á donde le habia conducido la misteriosa ave, la cual luego que vió á la princesa desmayada, voló á sus pies, acariciando con su pico y sus alas aquellas manos y brazos de marfil, cubiertos de brazaletes y sortijas, al propio tiempo que exhalaba un lastimero arrullo.

Un ligero grito se escapó de los lábios del jóven, que en vano trató, con el acero de un puñal damasquino, abrirse paso entre el ramage, para salvar á su adorada.

Pero el sultan, despues de vacilar un instante y golpearse el pecho con desesperacion; alzando su vista al cielo para implorar la misericordia de Allah y su profeta que multiplicaban los sinsabores en su vida, corrió á tomar agua en el hueco de sus augustas manos de un manantial inmediato, y rociándola en la frente y los ojos, la hizo volver en sí.

Sumamente agitada y como quien es librado de una horrible pesadilla, la primera palabra que pronunciaron involuntariamente sus lábios, acompañada de un profundo suspiro, fue ¡Abul-ben-Said-ben-Alá!

La cólera del Rey parecia reanimarse, segun la sultana iba cobrando el uso de los sentidos.

—¿Con que es cierto, preguntó con mal segura voz, que tu amabas á ese príncipe: y por eso has rechazado con esquivez mi amor? Y ¿has podido verle, profanando con tu infame conducta el sagrado asilo de mis alcázares y el retiro de mi harem?

—Si! ¡le amaba! esclamó ella, con el acento de la desesperacion; le amaba... mas la mano del ángel de la muerte le arrebató á mi amor y al mundo. Yo soy tu esclava! Si tu justa cólera me condena á una muerte afrentosa, no me quejaré de tu rigor. En vano me opondré á las desgracias que están escritas en el libro de mi destino. Sin él no aprecio en lo mas mínimo la vida.

—¡Mi imperio! ¡la muger que yo amo! ¡oh! todo me lo arrebata la fatalidad: yo seré el último de los príncipes de mi raza. ¿Que haria con verter tu culpada sangre? El emir alzaria los pueblos en su favor, y arrastrándome á sus pies, enviaria mi cabeza á ser pasto de los cuervos y demas aves de rapiña. ¡Que no permita Allah que yo te toque á uno solo de tus cabellos! Tú eres para mí sagrada é inviolable: yo aguardo tranquilo la ejecucion de los decretos de Allah.

—¡Era inocente! ¡me amaba, y no me ha hecho traicion! esclamó el emir; y por efecto de una pronta decision, arrojándose al final de la bóveda de los laureles, al cabo de un instante se le ofreció el espectáculo de la sultana arrodillada ante el Rey, como una víctima ante su verdugo.

El ruido de sus pasos hizo alarmar al Rey, que se volvió, pintándose la magestad en su indignado semblante.

—He aqui, dijo el emir con voz firme y sonora, á un esclavo cuya cabeza puede segar tu alfange en lugar de la hermosa que adoro. El arrogante y fuerte leon pretendió, durante la ausencia de su consorte, aprisionar en sus garras á la paloma de la hermosura; pero á la vez tu debil rival se convirtió en una robusta y poderosa águila, que postrará á sus pies al leon.

—Príncipe, respondiole el monarca: la paloma de la hermosura ha salido intacta y sin mancilla bajo de las uñas del leon, aunque soberbio, generoso. Ahí la tienes: Allah es quien te la entrega; no yo que soy débil para resistir á su voluntad. Tambien puedes desceñir la corona de mi frente: ¿que decide tu magnanimidad?

—Tú eres un monarca muy digno de conservar el sólio de tus padres; yo solo puedo amar la vida libre y aventurera, y es muy pesada la carga que sobre la frente impone la magestad. Conserva tu imperio: la princesa Zahra será el único trofeo de mi victoria. La ama mi corazon, y la haré mi esposa ante Allah que lo ve todo y que lee en los corazones.

—Generoso y magnánimo príncipe: tus

acciones revelan la ilustre sangre que corre por tus venas. Pero tú sola y el Iman que te ha revelado al pueblo de los creyentes, podeis confirmarme y robustecerme en el poder que me restituyes. Ambos mereceis mi alta estimacion y la de mi corte y el pueblo; y ambos solamente podeis con vuestra influencia y doctrina hacerme recobrar con ellos mi perdido prestigio. Al Iman le nombro desde ahora mi primer wazir, y obtendrá otros mil honores de mi mano. Tú puedes escoger, si no te agrada vivir en mi corte, el mejor punto de mis dominios, donde mis vasallos sean tus súbditos, y obedezcan sin contradiccion tu ley. Zahra será tu esposa, y el dote que la señalo, ademas de las joyas y alhajas que como sultana mia la pertenecieran, será este palacio suntuoso en que ahora vive, para que pueda habitarlo á su placer; ú otro, si lo abandona, en la ciudad de su residencia.

El corazon de Zahra rebosaba de amor y de placer.

Para el jóven príncipe fue este el dia mas feliz de su vida; y cuando volvió á hallarse en los brazos de Zahra, solo pensó en corresponder mas y mas con su amor á la bella y apasionada jóven.

El Rey y el emir ambos cumplieron religiosamente su palabra: y el pueblo continuó gustoso y tranquilo bajo la dominacion de aquel monarca, dirigido por los consejos de su sabio primer ministro, el Iman Ben-Zalemi-Ben-Alcasiri. Las historias árabes encarecen las sublimes y grandiosas prendas de este Rey clemente y generoso.

Abul-ben-Said-ben-Alá y la princesa Zahra permanecieron algun tiempo disfrutando las delicias de su amorosa union en el palacio de Darlaroca, el Generalife. Despues el príncipe, fiel á su caracter aventurero, hizo largos viages en España, Africa y el oriente, acompañado de su esposa.

El amir Abul-ben-Said-ben-Alá escribió varias obras de historia y elegantes poesias, que se conservan en las tradiciones de los árabes y moriscos.

El asunto de esta leyenda lo hemos sacado de una antigua crónica árabe, encontrada en las ruinas de la Alhambra.

Francisco Javier Simonet.

Madrid Abril de 1850.



UN PÁRROCO CON DOS CONCIENCIAS.

El venerable párroco de Soreze era un sacerdote que poseia dos conciencias, una mala y otra buena. ¡Dichoso rebaño el suyo! ¡dichosos mucho mas todavia los que vivian cerca del santo sacerdote! ¡feliz en verdad la parroquia de Soreze! ¿no era ciertamente una suerte privilegiada el poseer un párroco con dos conciencias? ¡hay tantas personas que no tienen ninguna!

El cura de Soreze, conocido por el nombre de M. Dupin, tenia sus sesenta años cumplidos; pero el tiempo lo habia respetado, y no habia querido encorvar su talla magestuosa ni imprimir en su fisonomía el sello de la decrepitud. El rostro del anciano era lleno, y su espaciosa frente blanca como el marfil. Su cabeza habria sido completamente evangélica á no tener una nariz afilada y unos lábios delgados y comprimidos. La cabeza tenia asimismo dos semblantes, como el alma dos conciencias. Los movimientos del parroco eran solemnes y afectuosos; y solo habia de desagradable en su persona cierto movimiento convulsivo en los dedos, que parecian obedecer á su imaginacion, y apoderarse con avidez de algun objeto precioso. ¡Ah! mucho temo que el párroco, doble en el cuerpo como en el alma, no estuviese poseido del demonio de la avaricia.

Nuestro párroco, como todos los de su clase, vivia con comodidad, gozaba una renta de seis mil libras, cantidad mas que suficiente para atender á sus necesidades y á las de la parroquia en que residia. Su servidumbre era reducida, y en honor de la verdad no tenia á una sobrina por ama de gobierno. Debe decirse, no obstante, que alguna que otra vez solia verse en su casa cierta linda jóven, cuyos hermosos ojos negros eran generalmente ponderados; pero las visitas de la tal niña eran de todo punto inocentes, como veremos en el curso de esta historia. El alma del buen párroco estaba entregada á la religion y al dinero. Es cierto que en casa de Mr. Dupin habia una muger; pero esta, en caso de ser de la familia, podia ser su abuela, ó cuando menos alguna tia anciana, y seguramente el párroco, en esta parte estaba libre de toda murmuracion aun de la lengua mas atrevida.

Ademas de su renta, tenia Mr. Dupin otro manantial de riqueza mas eventual ciertamente, pero á veces mas fecundo. Habia á la inmediacion de su casa un manantial cuya fresca agua salia por entre las grietas de una peña. Tenia el agua cierto color rojo sanguinolento, y con este motivo, sin duda, se le atribuia la virtud de operar curas milagrosas: estaba consagrada á un santo, y tenia su historia particular. Al lado del manantial habia una capilla tenida en gran veneracion, y construida con cierto gusto rústico. La fuente de Soreze no curaba generalmente todas las enfermedades; pero era un específico infalible para algunas de ellas.

Nuestro cura que habia leido mucho, no podia esplicarse á sí mismo satisfactoriamente la historia de cierto apóstol, que segun los habitantes del pais, habia pasado

por Soreze; pero jamás se atrevió á concebir la mas pequeña duda religiosa. Por otra parte, ¿no obraba el manantial prodigios? Si alguna vez las aguas eran ineficaces, el buen



párroco hallaba los mas fundados pretestos para no dudar de su virtud. Si veia un enfermo cuyo caso fuese grave y desesperado, desconfiaba de la fe del paciente. Si se trataba de gota no dudaba que el alma del gotoso estuviese contaminada por la heregía, y en semejantes casos prohibia el uso del agua y despedia á los enfermos encargándoles que hiciesen penitencia. A los desgraciados que llegaban en litera los juzgaba siempre en estado de pecado, y creia que las aguas aumentarian sus dolores en vez de aliviarlos. De esta manera supo conservar la reputacion de las aguas de Soreze. Es de advertir que los que esperimentaban alivio en sus dolencias, dejaban al párroco un rico testimonio de su gratitud

Era nuestro cura hombre de fe, casuista profundo, y le eran familiares las mas minuciosas argucias de la teología. Despues de sérias y maduras reflexiones habia llegado á mirar como legítimos todos los medios útiles á la religion que en su sentir era la sola verdadera. Sacrificaba todos los intereses humanos cuando se trataba de la gloria del cielo, y en este sentido tenia la conciencir ancha como su bolsa.

Tales eran el espíritu y la riqueza de Mr. Dupin. El interior de su casa edificaba; su ama de gobierno era tan astuta como tiránica. Tenia ademas á su servicio un factotum provenzal, especie de bribon muy adicto á su amo, y verdadero baudido mucho mas adicto á la linda Luisa, que al cura. La muchacha charlaba con el provenzal, se burlaba de él, le provocaba sin cesar, desplegaba en fin todos los recursos de la coqueteria para agradarle y atraerlo, sin pretender por esto el adoptarlo por marido, y para ello tenia sus razones fundadas; solo podia ofrecerle su graciosa persona, y un fondo considerable de buen humor por dote. El provenzal por su parte, solo poseia cualidades negativas para aumentar la suma de la felicidad conyugal; era amante del placer bajo cualquiera forma que se presentase; mas, sobre todo, le encantaba el que resulta de trasladar al estómago una botella llena de buen vino añejo. Estas eran sus delicias de una gran parte del dia, á fin de

hallarse en estado de divertirse cuanto le fuera posible durante una gran parte de la noche. Respetaba en sumo grado los consejos y amonestaciones de su amo; sin embargo, ponia tal cuidado de seguirlos tan de lejos que los perdia de vista; por manera que nada mas comun en Jean, que oirlo roncar todo el dia, y levantarse á puestas de sol á cantar una cancion amorosa con la botella en una mano y el vaso en la otra. M. Dupin soportaba con una paciencia angelical las demasias de su criado. Siempre que el ama le señalaba á Jean durmiendo, decia á la buena anciana que el muchacho habia descansado poco la noche anterior, y cuando la bulliciosa alegria del criado atormentaba al ama por las noches, contestaba el cura que era preciso tolerar á aquel escelente criado que habia estado durmiendo todo el dia.

No obstante su piedad y su confianza en la Santa Iglesia, M. Dupin estaba lejos de ser tan dichoso como su criado. Hallábase alhagado por la fortuna, y á medida que aumentaban sus riquezas, sentia aumentarse en igual proporcion su apego y aficion á ellas. La riqueza para nuestro cura no era aquella idea abstracta representada por una cartera llena de papeles, ó por viejos pergaminos con sellos macizos de cera: nada de eso, era algo de mas sólido y palpable; en su concepto tenia sustancia y peso. Los brillantes luises de Francia tienen en sí un valor intrínseco, totalmente distinto del valor numerario que representan. Sentíalo asi á lo menos el cura, y cada vez se enamoraba mas de su idea. Principió por aumentar su tesoro, no sabiendo qué uso hacer de él, y concluyó por poseerlo como el objeto de sus amores. Desde aquel momento, conociendo el pecado que cometia, desapareció para él la paz y el sosiego. En vano intentaba substraerse al imperio que las riquezas ejercian sobre su alma: siempre era vencido en la lucha; en su corazon no habia mas pasion que la del oro. El celibato y el amor á las riquezas habian amortiguado en él todos aquellos generosos sentimientos que animan el corazon de los ancianos, y que son el consuelo del último tercio de la vida. Entre tanto, los hermosos dias de la primavera habian atraido á Soreze á los devotos peregrinos. El oro entraba en el cofre del cura con la misma rápidez que corria el agua á que debia su fortuna. Apoderose la duda del espíritu del sacerdote; conoció que dentro de sí luchaban dos conciencias; la una disculpaba su pasion, y la otra la acusaba. Tuvo un momento en que creyó necesario dejar de recibir el tributo de los peregrinos, y aun le pareció que en un sacerdote cristiano seria acto meritorio; pero los intereses de su madre la Iglesia parecian oponerse á aquel proyecto edificante, y como esta consideracion alhagaba su pasion dominante, concluia por atenerse á ella.

En tanto que el alma del cura se veia despedazada por el conflicto de sus dos conciencias, el pequeño depósito de deseos y de egoismo que hacia veces de corazon en el cuerpo de Jean, no se hallaba menos atormentado.

Amaba en estremo á Luisa, y tenia pocas esperanzas de conseguir su mano, á menos que él no llegase á poseer una parte del dinero que tenia en perpétua fermentacion la cabeza de su amo. De buena gana se habria apoderado de una parte de aquel tesoro, y aun de todo él; mas la religion le habia inculcado sus buenos principios, y ademas el cura le habia dicho que todo dinero que procedia de una finca sin dueño, era patrimonio de la santísima Virgen, y Jean no era hombre que hubiese consentido en robar á la Virgen, si bien imaginaba que era lástima no se sirviese la Señora de aquel dinero. La vista del tesoro no fue por mucho tiempo el objeto de la curiosidad del provenzal, porque habiendo descubierto el párroco que tenia dos conciencias, comprendió todas las virtudes de un cofre seguro, y que los candados y las llaves bien guardadas tenian cualidades muy recomendables.

Vemos pues que el infeliz M. Dupin estaba perdido; despues de una lucha terrible consigo mismo habia reunido hasta nueve mil luises: su carácter se habia tornado irritable, hallábase siempre inquieto y de mal humor; en vano se entregaba á las piadosas lecturas del breviario: el consuelo y la alegria que no podian darle sus oraciones, lo encontraba manejando, acariciando, pesando, contando y recontando por unidades, decenas y centenas sus queridos luises; mas en medio de los mas dulces trasportes de ventura no podia dejar de prorumpir en gritos de remordimiento y desesperacion, de imponerse severas penitencias, y condenarse á recitar un número exhorbitante de letanias, y gracias á esto disfrutaba algunas horas de sueño y de reposo.

Su pena era cada dia mas intensa, porque su tesoro iba en aumento: sin embargo, conservaba en su poder los dos, es decir, su sentimiento y su tesoro. A no ser por una llaga de que adoleció el cura en una pierna, nadie sabe hasta donde hubiera llegado aquel combate interior. Le fue necesario hacer cama: desde ella no podia vigilar su tesoro ni recoger las ofrendas de los peregrinos, y esto le afligia mas que la holganza diurna y los desórdenes nocturnos de su criado.

El ama por su parte, siempre en estado de irritacion, maldecia á todo el mundo y se bendecia á si misma. Su oracion favorita hubiera podido traducirse por estas palabras: « Dios mio, tened piedad de mí, y apedread á los demas! " Era ciertamente un gracioso trio el que formaban M. Dupin, su ama y el criado; pero á todo esto la salud del enfermo en vez de mejorar se empeoraba. Se pensó, pues, en tomar un partido decisivo, y se resolvió enviar á buscar el facultativo de la aldea vecina, ó bien hacer venir á la linda Luisa. El cura prefirió esta última medida, y en su consecuencia se presentó la jóven, con gran satisfaccion de todos. « Me alegro de verte" la dijo Jean, « porque has de saber que ni como ni duermo; " y esto diciendo la dió un abrazo, bebió un jarro de vino, y se retiró á dormir.

« Bien venida" la dijo la anciana Jacinta, vuestro querido Jean está siempre borracho ó durmiendo, de suerte que yo no puedo descansar ni tomar un bocado. Cuidad á nuestro amo, pero sobre todo no le hableis, silencio! Retiróse la anciana á su habitacion, y se la oyó murmurar en voz baja hasta el momento de quedarse dormida.

—Luisa, mucho me alegro de verte, dijo M. Dupin, sonriendo por primera vez al cabo de ocho dias. Acércate á mi cama, cuídame; tú me darás las tisanas que el calavera de Jean debia administrarme noche y dia. El mentecato canta horriblemente mal, mas yo lo perdono con tal que no me robe mis ofrendas; es cierto que es algo glotón, y que jura como un infiel, mas con todo, es buen muchacho. Gracias, hija mia, á lo menos tú sabes colocar una almohada con cuidado: cuan graciosa eres! Mira, toma esta condenada guitarra, (la Virgen nos asista!) como ronca el mostrenco del criado!... ¿Qué pueden decir despues de una hora? no, no despertemos á los que roncan porque comunmente se despiertan de mal humor, jurando, y ofenden á Dios: no, esto debemos evitarlo Asi pues deja dormir á Jean, y charlar á Jacinta á su sabor: diviértase cada cual con lo que pueda. Pero, cuanto padezco! Cómo me duele la cabeza! canta, Luisa, para que yo pueda reconciliar el sueño; asi no oiré el ruido que hacen Jean y Jacinta. Oh, bravo! me encuentro mejor, le daria algun dinero! pobre muchacha.... Graciosa cadencia! Dinero!... Jean quiere casarse con ella... mal negocio para la chica... el canalla se emborracha, ronca, tiene malas costumbres.

Al concluir este monólogo, el buen sacerdote dormia con acompañamiento tan estrepitoso como el de su criado. Por la mañana se encontró mejor el enfermo; reunió á su familia y consultó su opinion para la adopcion del plan que habia de acelerar su curacion. Jean persistió en demostrar que tenia una alma negra, y que deseaba la muerte de su amo, pues fue de parecer que se llamase á los facultativos, en tanto que furtivamente dirigia sus miradas á cierto gabinete en donde existia cierto cofre.

Jacinta habló solo de ciertas decocciones detestables hechas con sustancias amargas, y á las que calificaba con el nombre de *esencias simples*; pero el cura se irritaba al oir aquellas palabras, las daba al diablo y hubiera querido ver las dichosas *sustancias simples* en la garganta de un herege.

Luisa prescribió el reposo, y un cuidado estremo, la guitarra y un paseo a la fuente Santa, de gran virtud para las piernas. A estas palabras, se vió brillar la risa en los labios de M. Dupin, y el mismo Lavater se hubiera visto apurado para decidir si aquella risa indicaba duda, esperanza, temor ó desden. El médico que se ve obligado á tragar la droga que presenta á su enfermo, ó un boticario el nauseabundo elixir que él mismo ha preparado, tal vez pudiera dar una idea exacta de la contraccion de la boca del buen párroco á la idea de introducir su pierna inflamada en un baño de agua fria. Pero recobrando su acostumbrado buen humor M. Dupin declaró que por el pronto se contentaba con el reposo, con su buena constitucion, y con la asistencia de Luisa. No le disgustaba el recordar á su familia que desde que habia enfermado le parecia que las aguas habian perdido algun tanto de su virtud, puesto que habia disminuido el número de peregrinos, á lo menos á juzgar por las ofren-

das; añadió que Jean aseguraba (aquí se mordió los lábios el honrado sirviente) ser menos abundante el manantial, y mas débil el color del agua. El cura pensaba entonces en su dinero mas que en su enfermedad, y no sabia precisamente á que causa atribuir la degeneracion del manantial. M. Dupin creia de buena fe en los milagros; mas nunca pensó en que pudiese volver á comunicar su virtud á la fuente el santo que lo hiciera en un principio, y por medio de una multitud de aflictivas consideraciones llegaba á la triste conclusion de que las malas costumbres de la Francia, la tibieza en la fe y las conquistas de la heregía bastaban para hacer que las aguas de la fuente fuesen menos encendidas y milagrosas. Por último, llegó á convencerse de que su propio crímen era la causa de aquel doloroso resultado. Este pensamiento le afligia mas que los tormentos de su enfermedad, y el estado de su salud se agravaba por momentos. Si la fuente pierde su virtud, si llega á dudarse de su eficacia, disminuirá la fe de los franceses; el nombre del santo patrono se oirá con menos frecuencia pronunciado por el pueblo, y se tendrá menos confianza en la Iglesia; aun sucederá mas, los cirujanos, los boticarios y los enfermeros, atormentarán, mutilarán, taladrarán las piernas y los brazos de un gran número de infelices, y todo esto es preciso evitarlo. El cura no añadia, y yo perderé todas mis ganancias y tendré que contentarme con mi pobre renta.

El párroco no amaneció mejor al dia siguiente. El tiempo era hermoso y la naturaleza sonreia por do quiera. El pobre enfermo era el único que estaba triste; desde su lecho de dolor contaba con sentimiento los pocos peregrinos que llegaban á la fuente. Jamas un amante aguardó con mayor ansiedad á su querida; nunca el mago persa saludára con mayores trasportes la salida del Sol, que M Dupin á cada peregrino que veia llegar con sus conchas y su bordon. Hubo un momento en que pareció profundamente ocupado de un objeto. Con efecto, miraba á una vieja, una pobre que pasaba por bajo de su ventana; iba sobre un burro, y llevaba las piernas dentro de unos canastos que pendian á entrambos lados del animal. Pintábase una viva ansiedad en el semblante del sacerdote. Esa muger irá ó no á la fuente? Por último rompió su doloroso silencio gritando:

—Oh! mi manantial! mi manantial!

La vieja habia continuado su camino. A aquella esclamacion acudieron todos los de la casa. Jacinta se presentó con un cuarto de gallina en una mano y una botella de *esencia* en la otra. Jean escondia detras de la espalda una botella medio vacia, y al mismo tiempo se limpiaba los labios. Por lo que hace á Luisa, se ocupaba en arreglar las almohadas de la cama del enfermo, y preguntaba á este la causa de sus gritos.

El párroco entonces con toda la gravedad y uncion que pudiera haber usado en el púlpito, dijo á los que le rodeaban:

—Querido hermano, y querida hermana...

Detúvose aquí para reconvenir á Jean que á la sazon se hallaba ocupado en humedecer su garganta, para rogar á Jacinta dejase de roer un hueso que tenia en la mano, y para suplicar á Luisa le diese una friccion en la pierna enferma; hecho esto continuó nuestro cura:

—Mis presentimientos me anuncian que me hallo á las puertas del sepulcro, y que voy á pasar de esta vida de miseria y corrupcion á otra mejor y mas dichosa, en donde los manantiales sagrados no pierden su eficacia sin razon, en la que no hay enfermedades que curar, y en donde los peregrinos no dan una ganancia criminal á un cura réprobo, para que los sane de sus dolencias.

Al llegar aquí, el párroco suspiró dolorosamente, y se golpeó tres veces el pecho. Aquel espectáculo era capaz ciertamente de ablandar el corazon mas empedernido, en tal grado, que Jean, escitados todos sus sentimientos morales, no pudo contenerse, y bebió un trago del vaso que tenia en la mano.

—He recogido, prosiguió M. Dupin, algun dinero en el servicio de *Nuestra señora del manantial*, y pienso hacer un buen uso de él. No quiero conservarlo para saciar mis ojos con un placer insensato, y lo destino para hacer la felicidad de alguna persona honrada. He observado que Jean, que tiene muchos defectos, y que Luisa, que no tiene otro que el de estar enamorada de Jean, quien lo está igualmente del vino de mi bodega, se quieren mútuamente, y no dudo que se proponen vivir virtuosamente, si no encuentran en el camino alguna poderosa tentacion. Asi pues, estoy resuelto á casarlos: pero á fin de que no puedan robar ni mas

ni menos que lo que es permitido á todo buen francés, les daré tres mil luises nuevos de buen peso, limpios y brillantes como otros tantos querubines. No, no quiero retener en mi poder esas malditas monedas, ni manejarlas, ni hacerlas sonar, porque son causa de mi mayor desgracia. Serán para vosotros, hijos mios; con ellas podreis comprar una casa de campo, un meson ó cualquiera otra propiedad, pues ciertamente es una suma considerable la que os entrego, tal vez la mitad...

A estas palabras se mostró Jean tan compungido y contrito, y Luisa frotaba con tal suavidad la pierna del anciano, mirándole al mismo tiempo con una coqueteria tan interesante, que el cura rechazó aquel último pensamiento.

—Esto es hecho! esclamó, tendreis pues los tres mil luises, y mi bendicion, pero con una condicion indispensable. Escucha Jean, irás inmediatamente á casa del maestro Job, carpintero del lugar, y le dirás que ponga una fuerte empalizada con su puerta en derredor del manantial, pues no quiero dejar las aguas á discrecion de los vagamundos que las enturbian y les hacen perder su virtud. Asimismo, hijo mio, comprarás tres ó cuatro paquetes de ocre rojizo, que sea barato.

—Ocre rojizo! esclamaron Jean y Luisa, qué decís? Ciertamente no pensareis dar á la empalizada tan feo color.

—Seria mejor un color oscuro, dijo Jacinta.

—Yo preferiria un celeste claro, dijo sentimentalmente Jean, dirigiendo una mirada á Luisa.

—Un bonito verde me parece mejor, añadió aquella.

—Pintad la empalizada como querais, prorumpió M. Dupin, pero sobre todo, Jean, no dejes de comprar el ocre que te he encargado, porque el mundo es tan perverso que se necesita pintar alguna otra cosa mas que las empalizadas. En seguida llevarás esta carta al Vicario para que su reverencia tenga la bondad de indicarme de qué manera debo deshacerme de la fortuna que he adquirido en el servicio de la Iglesia.

Ahora, dijo en voz baja, y como si hablase consigo mismo, me hallo desembarazado de una de mis conciencias. La que me resta será para mí una almohada de plumes y un bálsamo para mis penas.

Jean y Luisa se hallaban trasportados de alegria, y gozaban con su imaginacion de la dicha que les aguardaba. En aquel momento el ama se colocó en frente de M. Dupin, hizole una respetuosa reverencia, procuró afectar cierta amabilidad, y pidió una audiencia al poderoso. Este, entregado aun á la voluntad de su ama como lo habia estado toda su vida, dejó caer los brazos sobre la cama como en señal de una tierna resignacion, y la permitió que hablára. Empezó Jacinta por recordarle el tiempo que le habia servido, las veces que le habia defendido, y las que le habia asistido en sus dolencias. En seguida hizo una disertacion sobre las enfermedades en general y sobre las de las piernas en particular, y por medio de una diestra transicion, pasó de allí al estado de su propia salud, que á fuerza de arte habia sabido conservar, manifestando que no era tan vieja ni estaba tan débil como aparentaba, y que por su parte no creia que pudiese hacérsele la menor objecion al proyecto que tenia de entrar en el santo estado del matrimonio en el momento en que los luises estaban tan abundantes.

—Hermana mia, le dijo el sacerdote, nadie mas agradecido que yo á los cuidados y desvelos de una antigua y fiel sirviente: vuestros servicios y los tormentos que me habeis hecho sufrir os han dado un distinguido lugar en mi corazon. Si quereis abandonar á vuestro amo en el estado en que se encuentra, idos, y Dios os bendiga. Ciertamente, en lugar de poner el menor obstáculo á vuestro casamiento, os daría de buena gana el doble de la suma que destino para Luisa, porque á la edad en que os hallais teneis necesidad de dinero para encontrar un marido.

No quedó Jacinta muy satisfecha, hizo á su amo una profunda cortesia, y no sabiendo cómo manifestarle su agradecimiento, fue á arrodillarse al lado de Luisita y asió de las manos al sacerdote. Pero disgustada Luisa del giro que habia tomado la conversacion, dió un empellon á la anciana, que quedó tendida á lo largo á los pies de Mr. Dupin, desollándose la piel que cubria sus descarnados huesos. En tanto que el cura y Luisa reian á vista de aquella escena, se presentó en ella un actor inesperado. Adelantose Jean, y arrojando una mirada desdeñosa á la jóven, ayudó á levantar á la anciana, conservó una de sus arrugadas manos entre las suyas, y dirigiéndose á su amo:

—Señor, le dijo, mucho he ganado en

seguir vuestros consejos; cuando entré á serviros no era yo mas que un rústico aldeano, un muchacho ignorante y vicioso, sin saber mas que beber y habituado á toda clase de escesos. Seguramente no valia gran cosa: mas examiné mi vida anterior, y avergonzado de mí mismo resolví desde entonces imitar á mi virtuoso amo: al efecto me he mortificado y conseguido domar las tentaciones de la carne.

—Callad prorrumpió Luisa, ¿os burlais de nuestro buen amo? Vos metido á predicador cuando desatinais mas que ningun otro hombre del pais?

—Callad jóven licenciosa, replicó Jean con cierto aire de severidad, y dejadme protestar en presencia de su reverencia de mi regeneracion cristiana: se trata de la salud de un alma, ¿puedo continuar, señor?

—Si, continua, le contestó el anciano.

—No quiero caer en tentacion y arriesgar mi nueva túnica de inocencia: ¿qué puedo esperar casándome con Luisa? Verme arrastrado por ella á toda clase de desórdenes y entregado á la disipacion. No, yo deseo al contrario mortificar mis pasiones y poner un freno á mis deseos: si me lo permitis, señor cura, yo prefiero casarme con la honradísima y virtuosísima Jacinta, acompañada de seis mil luises, en vez de hacerlo con Luisa dotada de frivolidad.

Al principio de aquella arenga el semblante del ama habia descubierto todas las gracias de que era susceptible su fealdad natural: mas hubo de ahogarla la cólera antes que Jean hubiese concluido, y ciertamente es admirable que el auditorio hubiese dejado al criado concluir su discurso.

El cura viéndose chasqueado, agarró un tintero de barro, y dando muestras de una admirable puntería dió con él en la cabeza del provenzal. Aquella fue la señal de la batalla: Jacinta asió al traidor de los cabellos, y Luisa le arañó la cara. Corria la tinta mezclada con la sangre del menguado orador, quien por su parte rabiaba de dolor, en tanto que sus antagonistas lo hacian de cólera y de despecho. M. Dupin lanzó varias maldiciones y anatemas.

—Pícaro ambicioso! esclamaba Luisa!

—Casarte conmigo para mortificarte! gritaba Jacinta; y Jean volvió á sufrir una nueva pérdida de sangre y de cabellos.

Recobrado de su primera sorpresa, reunió sus fuerzas, estendió con violencia los brazos, dejó caer á las dos mugeres en el suelo y salió de la casa dirigiéndose á la taberna.

Aquella contienda tuvo serios resultados. La carta del párroco al Vicario se perdió, y aquel no se sintió con fuerzas para escribir otra. La emocion que sintió M. Dupin, ocasionó una crisis en su enfermedad, y bien pronto se vió restablecido. Pocos dias despues volvió Jean á la gracia de su amo, y este lo admitió de nuevo á su servicio.

Luisa se volvió á su casa llevando consigo algunos regalos. El tesoro y la bodega fueron mas vigilados que nunca, y lo último disgustaba sobremanera al provenzal. Habiase cercado la fuente, y el agua era ya de color muy subido. Juan habia comprado el ocre que se le encargara, y se impacientaba y admiraba de no ver pintar la empalizada, operacion de que á la verdad se cuidaba poco M. Dupin. Los peregrinos y los luises aumentaban proporcionalmente, y no era poca fortuna para el cura el que no hubiese ladrones en el pais que habitaba. Mas bien pronto principió á inquietarse de nuevo su conciencia religiosa, perdió el reposo, y se tuvo por mas desgraciado que nunca. El ocre sin duda enrojecia su conciencia. Hallábase el cura una noche entregado á los horrores de su combate interior: Jean se habia levantado con el laudable designio de ver si se hallaban seguras las botellas de su amo. En su escursion nocturna descubrió al sacerdote arrodillado delante de su reclinatorio, abierto sobre aquel el breviario, un crucifijo sobre este último y dos cajas llenas de monedas de oro y plata á derecha é izquierda del anciano. Aquel espectáculo y particularmente la vista del tesoro escitó la mas viva conmocion en el pecho del criado. En una actitud sumisa y contemplativa y como si dirigiese sus plegarias al cielo, del que seguramente no se acordaba en aquel momento, sumergia con una especie de beatitud, entrambas manos en los raudales de oro que ante sí tenia. Cogia las monedas á puñados, y las dejaba caer lentamente en las cajas por entre sus descarnados dedos.

Aquella diversion parecia producir en su cuerpo el temblor que da el placer. De repente juntó sus manos y vertió algunas lágrimas acompañadas de suspiros. Un momento despues manifestaron sus palabras la intensidad de su dolor. Hablando en los términos mas tiernos de su tesoro lo maldecia amargamente.

—Oh causa deliciosa de mi perdicion! de-

cia el cura, mas hermosa que las hijas de Sion en los brillantes dias de su belleza! maldita seas una y mil veces tú que fascinas mi alma! Què madre fanática consagró jamás á su moribundo hijo los desvelos y cuidados que yo prodigo á mi dinero? ¡Oh tú, tesoro á quien amo! tú no me abandonarás, desde el sepulcro hasta el juicio postrero, y en el valle de Josafat continuarás tu acusacion contra tu amante inseparable. Sin tí, dulce y querido presente del infierno, me hallaria tan reconciliado con el cielo como lo estoy con el mundo. Ah! cuál será la mano piadosa que se acerque á retirar de mis labios este veneno seductor? ¿No hay un amigo que me libre de esta propiedad, causa de mi dicha y martirio? ¿Nadie me aprecia lo bastante para ejercer aquella violencia amistosa, y salvar mi alma, aniquilando las afecciones de mi corazon? ¿En dónde está el ángel de mi guarda?

A medida que hablaba el párroco, su voz era mas penetrante, y las últimas palabras fueron pronunciadas con una energía solemne. Su pálido semblante, iluminado por la claridad de la luna, habia recobrado las animadas tintas de la juventud.

Jean lo habia oido todo, y no obstante el vivo deseo que le animaba de ser el genio benéfico que su amo invocaba, veíase contenido por cierto temor mezclado de respeto, y permanecia petrificado.

—De este modo, esclamó M. Dupin despues de una pausa prolongada, me veo condenado á las penas eternas del infierno? Ah! no hay nadie que se compadezca de mí?

—Aqui hay uno, dijo Jean con voz terrible y sepulcral.

—Ladrones! al asesino! al sacrílego! gritaba el cura; Jean, Jacinta, socorro!

Tomando en seguida sus dos cajas, las encerró apresuradamente en un fuerte armario, echó la llave, y la ocultó debajo de la peana del crucifijo colocado sobre el reclinatorio. Habia observado Jean todos los movimientos de su amo, y cuando este último volvió á gritar de nuevo, aquel se hallaba en su cama fingiendo que dormia, por medio de un ronquido espantoso. Pasóse el alarma, y nuestro párroco supuso que el ruido que creía haber oido, habia sido solo un alucinamiento de su imaginacion enferma. Aquella idea hizo tomar á Jean una grave resolucion. Habíanse disipado en él los escrúpulos religiosos que hasta entonces le impidieran apoderarse del tesoro de su amo. Tomó para ello las medidas oportunas, y á la noche siguiente se fugó llevando consigo todas aquellas riquezas, objeto de tan pecaminosas tentaciones. Jean, por otra parte, era demasiado buen servidor para desempeñar mal el compromiso que habia contraido, y ademas deseaba evitar en Jacinta los deseos de participacion. Las circunstancias, como veremos, no le permitieron cumplir sus generosas intenciones.

El tesoro fue puesto en un barril de vino, y al amanecer, Jean y la mala conciencia de su amo, se hallaban ya á algunas millas de Soreze en direccion del camino de París. El anciano sacerdote sobrellevó su desgracia con valor y resignacion. No le costó gran trabajo el adivinar quien habia sido su amigo en aquella ocasion, pero se abstuvo de acusarlo. No debemos ocultar, sin embargo, que M. Dupin sintió vivamente en un principio la pérdida de su tesoro; pero su filosofía indulgente cicatrizó la llaga de su corazon, y ademas le consolaban las nuevas riquezas que habia empezado á adquirir.

Pero Jean! el desgraciado Jean, el benévolo protector de las conciencias de los hombres, solo tuvo que llorar desgracias. La primera noche de su viage se estravió en un bosque, en donde él y dos mulas que llevaba hubieron de perecer de hambre. A la mañana siguiente fue robado y apaleado: por fortuna los ladrones destaparon uno de los barriles de vino que hacian compañia al que contenia el tesoro y se emborracharon. Jean aprovechó la ocasion, y recobró su dinero. Despues de mil precauciones para no dar con los ladrones, de que estaba infestada la provincia, llegó á un pueblo en donde se le tuvo por uno de los bandidos que en la noche anterior lo habian maltratado, y como los medios que poseia para su justificacion no eran los mas apropósito, fue puesto en la cárcel. Antes de su prision habia logrado Jean ocultar su tesoro en una cuadra abandonada. La justicia no encontró pruebas á su delito, y nuestro provenzal fue puesto en libertad. Tuvo que pedir limosna por el camino hasta llegar al sitio en donde habia ocultado su tesoro; pero antes de verse en él, cayó enfermo.

Al cabo de seis meses, y despues de haber sufrido la mayor miseria, pudo al fin recobrar su dinero, del cual no se atrevia á hacer uso. Parece que Jean tenia dos conciencias como su digno amo, y si hemos de

decir verdad era ademas supersticioso. Determinóse pues á devolver su persona y el dinero á M. Dupin, y tomada aquella resolucion, recobró su acostumbrada alegria y buen humor. Llegó pues á Soreze en una hermosa noche de Otoño, temió no obstante la rectitud de sus intenciones y el entrar furtivamente en casa de su amo; mas resolvióse al fin, y á media noche consiguió tenderse en su cama sin ser sentido de nadie. Todo lo halló en el mismo estado que al tiempo de su partida, á escepcion de algunos muebles, que sin duda para celebrar su llegada se ofrecieron á sus ojos con una espesa librea de polvo. Tomó el dinero, que hacia tiempo era para él una carga pesada, y se trasladó al oratorio del cura. Reynaba en él un silencio sepulcral; la cavidad que formaba la peana del crucifijo, contenia como en el momento en que Jean se apoderó de ella, la llave del armario, abrió éste, y colocó allí el tesoro de M. Dupin en la misma forma que lo habia encontrado; puso la llave en su sitio, volvió á su cuarto y se acostó.

Antes de amanecer, el párroco fue á rezar á su oratorio; combatian su espíritu una multitud de pensamientos aflictivos: reproducíanse aun las antigua tentaciones. No habia reunido aun bastantes luises, y de ello daba gracias al cielo con un corazon contrito y compungido. Dirigióse, como impelido de una fuerza irresistible al armario, y al abrirlo ¡oh dolor! ¡oh ventura! Sus ojos vieron al peligroso enemigo de que habia estado privado por tanto tiempo. Ah! el hijo pródigo no fue recibido en su casa con mayor alegria! El cura tomó las cajas, sacó de ellas los luises, y se deleitó en manejarlos, contarlos y pesarlos. ¡Sonido delicioso! música seductora! Su primera idea fue gozar de la vista del oro; despues la reflexion le hizo sentir cierta sorpresa mezclada de temor. ¿No habian cesado los milagros?

Disipáronse no obstante sus dudas al oir unos ronquidos que no podian ser de otro que de Jean. Dirigióse inmediatamente al cuarto de aquel, y vió que dormia con toda la tranquilidad de un hombre honrado. No titubeó en despertarlo. Despues que el criado se hubo frotado los ojos muy á su sabor, mudo á un tiempo mismo por un sentimiento de imprudencia, de temor y de cariño, dijo á su amo:

—Perdóneme vuestra reverencia de haberle librado de un mal amigo; porque todo el tiempo que ha estado en mi compañia no me ha ocasionado mas que desgracias.

—Ha sido la causa de mi perdicion eterna replicó el cura. El verme libre de él es para mi una dicha, y tú, Jean, puedes ayudarme eficazmente en este negocio.

Poco tiempo despues de la vuelta de Jean á Soreze desapareció la empalizada de la fuente. Jean y Luisa se casaron y se establecieron en una posesion inmediata. Construyéronse algunas casas cerca de la fuente milagrosa, y cesaron del todo las ofrendas.

Jacinta fue elevada al rango de intendenta de caridad, y reynó la dicha en el pais. El párroco poseedor de una sola conciencia fue el mas dichoso de todos.

Sentimos añadir no obstante, que el agua perdió del todo el color rojo, y que se desacreditó la fuente, porque las ventajas que proporcionaba el agua podian adquirirse por una friolera en cualquiera parte. M. Dupin vió con dolor aquel resultado, y en uno de sus sermones anunció al pueblo la próxima venida del Ante-Cristo y la inmediata conclusion del mundo.

T. M.



PRINCIPE ARABE A CABALLO.



Grande es la gravedad y la pompa con que se hacen respetar de sus vasallos los pequeños déspotas que gobiernan en el centro del Africa. Segun refiere un viajero, en Tougurt, cabeza del partido del Oasis de Ouad-Kir reynaba años atras un niño de trece años llamado Abd-el-Rahman-Bu-Lifa, con el título de cheikh, y bajo la direccion de su madre. Este muchacho nada tenia que envidiar á los soberanos mas absolutos. A nadie le era permitido acercarse á él ni hablarle, ya sea porque su madre temiese atentasen á su vida, ó que creyese que la familiaridad engendra menosprecio. Para penetrar hasta el aposento que aquel príncipe ocupaba con preferencia en el palacio, era necesario atravesar siete puertas custodiadas cada una de ellas por dos negros, armados de pies á cabeza. En esta morada real se hallaban encerrados sus inmensos tesoros, sus cuatro esposas legítimas y sus concubinas. Cincuenta negros de á caballo constituian su guardia de honor, siendo mas que suficientes para alejar y dispersar á palos á los curiosos impertinentes que se atreviesen á obstruir el paso cuando el Monarca se dignase salir de su pequeña fortaleza. Cuando se paseaba por sus jardines iba precedido de una música semejante á la que acompaña las representaciones de los purchinelas en las plazas de las ciudades de Europa: esta música verdaderamente ridícula se componia de un oboe y de algunos tambores. Dos esclavos llevaban los estrivos del Monarca, y un parasol sostenido por una especie de porta-estandarte protejia su semblante de los ardores del sol. En ciertas fiestas se presentaba aun con mas pompa, rodeado de un cortejo de caballeria é infanteria, y yendo delante dos esclavos con dos caballos esplen-

didamente enjaezados, cubiertos de ricas sillas y con anillos de oro en las orejas y en las patas. Júzguese, pues, de lo dicho, cual no será la importancia que se habrá dado entrado mas en años, y hasta qué punto será paternal y benigno el gobierno de este soberano negro, asi como el de los demas príncipes de su especie.

D. M.

LO QUE VALE UN BUEN PADRINO.



Una tarde del año de 1649 el señor Roullard, platero de Paris y uno de los maestros mas ricos de la capital, se hallaba de pie en la trastienda de su platería, leyendo al parecer con la mayor atencion un memorial perfectamente escrito en letra bastardilla, é historiado con mayúsculas de capricho. Algo retirada de él estaba sentada su sobrina Rosa, linda morena de diez y ocho años, quien de vez en cuando apartaba la vista de la labor en que se ocupaba para mirar por los cristales.

El maestro Roullard dobló su papel, despues de leido y releido, y apareciendo en su abultado rostro una sonrisa de satisfaccion, dijo á media voz, dirijiéndose á su sobrina:

—Qué bien puesto está! imposible es que monseñor el Cardenal desatienda esta peticion!

—Aspirais con empeño al título de platero de la corte, tio? le preguntó Juana, distraidamente, mirando á la calle.

—Que si aspiro! esclamó Roullard: no he visto pregunta mas necia! Sabed, señorita, que si lo consigo puedo hacer un caudal inmenso.

—No sois ya bastante rico, tio?

—Nunca es uno suficientemente rico, Rosa, replicó el maestro Roullard con acento sentencioso. Por otra parte, ¿teneis por nada el honor de pertenecer á la corte?

—Lo que me parece, repuso la jóven con voz mas baja y como vacilante, es que ese título va á ser una carga para vos.

—Por qué?

—Porque habeis tenido hasta aquí por parroquianos á todos los que son adictos al príncipe

—Y bien, y qué?

—Nada: que habeis oido hablar tan mal del Cardenal que tambien vos os habeis acostumbrado á murmurar de él ...

—Silencio! le dijo el platero, interrumpiéndola: Si yo he proferido algunos dicterios insignificantes contra S. Emma. he obrado mal; pero cuando confieso mis faltas no es justo me las eches en cara.

—En efecto, tio, mas vuestros oficiales y operarios han adquirido la misma costumbre ....

—Será preciso que la pierdan, repuso con resolucion Roullard, pues de ningun modo consentiré que mis dependientes me comprometan. Si yo hablaba antes mal del Cardenal, era porque no le conocia. Por otra parte, vivia el maestro Vatar y no tenia yo ninguna probabilidad de sustituirle; mas anteayer supe su fallecimiento, cuando volvia de acompañar á Julian á los carruajes de

S. German, y desde entonces pienso de otro modo. Apropósito, no ha vuelto Julian?

—No, tio, dijo Rosa, mirando á la calle; ignoro cual sea la causa que pueda originar tanta tardanza, y empiezo á inquietarme.....

El maestro Roullard fijó la vista en su sobrina.

—Hola! esclamó de pronto con acento de disgusto: creo, señorita, que todo lo que toca al señor Julian lo tomais muy á pecho, y que no habeis olvidado ese halagüeño proyecto de casamiento. ¿No es verdad?

—Mi madre lo dispuso así, replicó Rosa con un tono de voz que revelaba su ajitacion.

—Corriente! repuso Roullard; pero yo tengo otras ideas: en atencion á que puedo dotarte, quiero que te cases con un hombre rico, y no con Noiraud que nada tiene.

—Pero podrá tener, dijo Rosa.

—Como no sea por algun milagro, replicó el platero con ironía..... ¿Confia todavía en aquel aventurero italiano que vivió en otro tiempo con su madre, que fue su padrino, y á quien llaman el capitan Juliano, segun creo?

—Os consta, tio, que Julian no habla de eso sino en género de broma.

—Convengo en ello; pero como no tiene otra esperanzas mas positivas, no permitiré que sea mi sobrino; y ademas te digo que deseo verte menos placentera con él. No he querido hacerle desvanecer de un modo violento toda esperanza; mas es preciso que me ayudes á desengañarle poco á poco, porque debes conocer que este enlace va á ser ahora mas imposible que nunca. Si me nombran platero de la corte..... quien sabe..... podrás unirte á un caballero.....

El señor Roullard no pudo continuar, porque le llamaron para hablar con unos sugetos que acababan de entrar en la tienda.

Eran estos el rico asentista Juan Dubois, mezclado á la sazon en todas las empresas de la Hacienda, M. Colbert, y el comendador de Souvré, los cuales eran afectos al Cardenal, y no formaban parte de la clientela ordinaria del señor Roullard; mas habian oido hablar de algunas obras que este habia colocado á la vista del público y deseaban verlas.

El platero los colmó de cumplidos y revolvió toda la tienda para buscar objetos que pudieran agradarles, cuidando siempre de acompañar sus atenciones con protestas de adhesion al Cardenal y á sus secuaces.

El maestro Roullard, como se deja inferir, no tenia opinion fija, y se adheria á aquella que mas convenia á sus intereses, habiendo llegado por este medio con una mediana capacidad en su profesion al estado de auje en que se hallaba.

Acababa de apartar para el asentista y para M. Colbert varias piezas, cuyos precios habia arreglado todo lo posible, manifestándoles lo hacia porque eran adictos al Cardenal. Ya iba á hacer de nuevo una apología de S. Emma, cuando de pronto abrió violentamente la puerta de la tienda un jóven de unos veinte y cinco años, de endeble estatura, desfigurado por las viruelas, pero que habia conservado en medio de su fealdad una espresion de bondad inteligente y atrevida, y arrojó sobre el mostrador un paquete que traia debajo del brazo.

—Buenos dias, señor maestro, esclamó despues de haber saludado á los dos caballeros y al señor Dubois. Sin duda os habrá tenido con mucho cuidado el ver que no volvia desde ayer tarde; mas no he podido remediarlo, porque Mr. de Nogent me ha detenido.

—Ah! con que venis de casa del conde? le preguntó Colbert, interrumpiéndole. Cómo está?

—Bueno.

—Está bueno? repitió el comendador de Souvré, pues entonces debe habérsele ocurrido alguna idea feliz para ridiculizar á S. Emma.

—Ya se ve que si! contestó Julian, riéndose: pues me ha cantado un villancico en veinte coplas contra el Cardenal.

Con que ha tenido esa osadía? esclamó el señor Dubois escandalizado.

—Ya lo creo, repuso Julian, y hasta ha empezado á enseñármelas de memoria..... se cantan por el tono de *Aleluya*.... esperad á ver si me acuerdo.....

El maestro Roullard tosió, y guiñó á Julian para imponerle silencio; pero este no le comprendió, porque la costumbre de hablar mal del Cardenal se hallaba tan arraigada en casa del platero, que no podia suponer un cambio tan repentino: así es que despues de haber meditado un momento, esclamó:

—He aquí una copla, y se puso á cantar.

—Julian! gritó el maestro Roullard temblando.

- Dejadle, dijo el comendador, quien no siendo partidario al Cardenal sino por el interes, se alegraba, como buen caballero frances, de verle puesto en ridículo. Dejadle que cante, que á mí me gustan sobremanera las sátiras, y aun tengo en mi casa una coleccion de ellas.

—Pues lo mismo sucede al maestro, replicó Noiraud: el ayuda de cámara de Mr. de Longueville le ha dado todo lo que ha salido á luz sobre el particular.

El platero quiso protestar, pero las risas de los caballeros y las esclamaciones del asentista le desconcertaron de tal manera, que dirigiéndose al jóven le preguntó con aspereza qué era lo que allí hácia, y si creia haber ganado ya su jornal. Este, que ignoraba la mudanza que durante su ausencia de veinte y cuatro horas se habia efectuado en las opiniones del maestro, le contempló con asombro.

—Perdonad, maestro, dijo vacilando, pues yo creia complaceros.....

—No has ido á casa del marques d'Avaux? repuso Roullard, quien buscaba con avidez un pretesto para reconvenirle.

—Sí tal, replicó Noiraud.

—Pues entonces, por qué me devuelves el braserillo? añadió el platero, señalándole el paquete que habia arrojado sobre el mostrador.

Julian no pudo menos de sonreirse.

—Ese no es el braserillo, maestro, le dijo; es una coleccion de folletos que me ha dado M. de Nogent.

—Vaya que son sátiras contra el Cardenal? esclamó el comendador.

—Todas las que han llegado de Holanda en el mes anterior.

—Y las trae para la coleccion del maestro Roullard?

—Creí darle gusto con eso.. ..

Redoblaron las risas de los dos señores; mas la cólera y el miedo cubrieron de palidez el rostro del platero.

—Es falso lo que dice! esclamó: yo no tengo ninguna coleccion; no se lo que quiere decir.

Julian se estremeció al oir esto.

—Cómo que es falso? replicó con resentimiento: preguntad á los demas oficiales y.....

—Callarás? gritó Roullard fuera de sí.

—Callaré, dijo Noiraud; pero no me trateis de embustero.

—Sí, eres un impostor! repitió el platero con exasperacion, y en prueba de ello te despido de mi casa.

—A mí?

—Márchate ahora mismo, pues no quiero en mi obrador personas que hablen sin el decoro debido del Cardenal, de quien soy un súbdito fiel, y por quien daria mi caudal, mi vida... Viva monseñor Mazarino!

Roullard no sabia lo que hablaba. Abrió la puerta de la tienda y señaló la calle á Julian. Este, que al pronto se habia quedado como petrificado, quiso entrar en esplicaciones; mas el platero no se lo permitió, y le mandó que se fuera al punto, manifestándole que si volvia á poner los pies en su tienda, le recibiria á palos. Despues de muchas tentativas infructuosas para ver de aplacarle, Noiraud perdió al fin la paciencia y esclamó:

—Pues bien; corriente! me voy, porque estoy conociendo que habeis perdido el juicio.

—Ahí tienes lo que te debo, dijo Roullard, sacando algunos escudos del cajon del mostrador.

—Os lo regalo, dijo Julian, interrumpiéndole, quien ya se habia puesto el sombrero.

—Tómalos, tómalos, pues no quiero que vuelvas.

—Volver! esclamó el jóven indignado: ¡despues de haber sido tratado de embustero y arrojado de vuestra casa!.. Seria tener muy poca vergüenza!.. No, no, jamas me volvereis á ver.

—Eso es lo que deseo.

—Y justamente lo que ha de suceder. Yo no soy una veleta como vos: no estoy hoy por el partido del príncipe, y mañana por el del Cardenal.

—Acabarás de irte?

—Al instante; tan luego como recoja mis folletos, puesto que renunciais á seguir vuestra coleccion.

Roullard amenazó á Julian con el puño; mas este se encojió de hombros, púsose el paquete debajo del brazo y salió de la tienda.

Largo rato estuvo andando sin pensar en otra cosa que en la injusticia y en la necedad del maestro platero; pero su irritacion se iba disipando insensiblemente, y la tristeza reemplazaba á la cólera en su corazon. Poco le importaba seguramente el haber sido despedido, pues conocia á otros muchos maestros, en cuyas tiendas encontraria colocacion; mas la enemistad con el tio de Rosa, destruia sin remedio todas sus esperanzas de

casamiento, y esto era para él una desgracia insoportable. El corazon del jóven se sentia de tal modo oprimido con este pensamiento, que no pudo andar mas. Habia pasado ya las Tullerias. siguiendo siempre la márgen del Sena, y llegado á un parage solitario, se sentó allí. En este momento clavó los ojos en los folletos que tenia debajo del brazo, y no pudiendo contener un movimiento de despecho:

—Maldito Cardenal! se dijo á sí mismo: él tiene la culpa de todo; si no hubiese sido por él, el maestro Roullard no se hubiera enfadado conmigo, continuaria yo siendo el oficial mayor de su tienda, y tal vez algun dia habria logrado unirme á Rosa.

Este pensamiento aumentó su odio hácia el primer ministro. Desató maquinalmente el paquete, y poniéndose á ecsaminar los libretos que contenia, vió que eran memorias relativas á los asuntos de España, villancicos contra las señoras Mancini, sobrinas de Mazarino, y una biografia satírica de este. Julian pasó la vista por esta última distraidamente; mas de pronto se estremeció y dió un grito, producido por la lectura de la siguiente frase, impresa en la primera página:

«Antes de recibir las órdenes sagradas, el Cardenal habia ceñido espada: mandaba una compañia en 1625, y los generales del Papa, Conti y Bagni, le confirieron entonces una mision cerca del marques de Cœuvres. S. Emma. fue á buscarle á Grenoble, donde permaneció dos meses bajo el nombre del capitan Juliano."

El jóven platero leyó y releyó estas líneas con una palpitacion de corazon imposible de esplicar, por cuanto los nombres, los lugares y las fechas no le dejaban duda alguna de que el capitan, de que se hacia mencion en el folleto, era sin disputa su padrino, y por consiguiente él resultaba ser ahijado de S. Emma.

La sorpresa fue el primer sentimiento que se apoderó de su corazon; pero en seguida esperimentó tan loca alegria, que se levantó precipitadamente y esclamó en alta voz, saltando y riendo:

—El Cardenal es mi padrino! el Cardenal es mi padrino!

Dejándose allí todos los impresos, escepto aquel, cuya lectura le habia proporcionado tan interesante noticia, retrocedió corriendo con el fin de participar al maestro Roullard y á su sobrina un descubrimiento tan inesperado; mas de repente, pensándolo mejor, se le ocurrió la idea de que el platero podria no oirle, ni darle crédito y despedirle de nuevo: humillacion que su parentesco espiritual con el primer ministro no le permitiria soportar en esta ocasion. Por otra parte, lo mas perentorio era hacer constar sus derechos, pues obtenida la proteccion de su padrino, no tenia que dudar de la buena voluntad del maestro Roullard, siempre amigo de los felices y poderosos. Mudó por consiguiente de resolucion, y despues de haber corrido á la boardilla, que habitaba junto al Palacio-de-Justicia, para recojer la partida de bautismo que acreditaba su título de ahijado del capitan Juliano, se dirigió apresuradamente al palacio del Cardenal.

Al llegar al palacio, Julian preguntó por un compatriota suyo, llamado Pedro Chottart, que ejercia á la sazon el cargo de primer ayudante de la cocina del Cardenal. Sus opiniones políticas habian sido causa de que no se tratase con él hacia bastantes años, y asi es que á Chottart le costó mucho trabajo reconocerle. Sin embargo, despues de los primeros cumplidos, el ayudante de cocina preguntó al jóven platero qué asunto le traia allí, á lo que le contestó manifestándole que venia á hablar con el Cardenal. Pedro Chottat se figuró que Julian se habia vuelto loco; pero sin hacer esplicacion alguna acerca de lo que deseaba decir al primer ministro Neiraud espuso que queria verle á toda costa.

—¿Y habeis creido, amigo mio, que bastará para lograrlo el haceros anunciar? le preguntó Chottart irónicamente.

—No, respondió Julian; mas yo he contado con que me indicariais el medio de ver á S. Emma.

—El medio? el mas sencillo es obtener una audiencia.

—Vamos, Pedro, hablad con formalidad, esclamó Noiraud: os pido con el mayor interes que me ayudeis, y me respondeis chanceándoos.

—Porque no tengo otra respuesta que daros, dijo Chottart.

—Pues qué, es imposible ver al Cardenal?

—Tan imposible, que yo mismo, á pesar de pertenecer á su servidumbre, nunca le veo.

—De veras?

—Y ya observareis que estoy encargado especialmente de hacerle el chocolate.

—Hola! es ese el chocolate para el primer ministro? dijo Julian, fijando la vista en una chocolatera de plata puesta en una hornilla.

—Ahora mismo, repuso Chottart, voy á echarle en esa taza de plata sobre dorada; llamaré en seguida á un criado para que lo suba á las habitaciones de S. Emma. por esa escalera, y luego que haya llegado al gran vestíbulo, lo entregará al ayuda de cámara.

—¿De suerte que solo este último es el que logra ver á S. Emma?

—Sí. Mas escuchad... Hé ahí justamente la señal de pedirle.

En efecto, un campanillazo acababa de sonar. Apresuróse Pedro Chottart á llenar la taza; púsola en una bandeja con todos los accesorios de costumbre, y fue despues á la pieza inmediata por una servilleta de tela de Flandes con las armas del Cardenal.

Esta ausencia sujirió á Julian una resolucion repentina que fue al punto ejecutada; diríjese, pues, á la pieza en que el ayudante de cocina acababa de entrar, echó la llave á la puerta, y tomando seguidamente la bandeja, subió con rapidez la escalera que aquel habia designado, atravesó varios corredores, llegó al vestíbulo en que se habia de llamar al ayuda de cámara, abrió á la ventura la primera mampara que se presentó á su vista y se encontró de manos á boca con el ministro, que concluia de escribir una carta.

Este, que habia vuelto la cabeza al abrirse la mámpara, permaneció inmóvil ante aquel desconocido, que sobresaltado y sin librea se entraba en su cuarto.

—Qué es esto? le preguntó algo sorprendido y con acento italiano, que nunca pudo desechar; que venis á hacer aquí? que quereis?

—Este es sin duda S. Emma! se dijo á sí mismo Noiraud, dejando la bandeja en la mesa del ministro. Bueno! bueno!

Y despues añadió en alta voz:

—Buenos dias, padrino.

El Cardenal se levantó asustado, y se dirigió al cordon de la campanilla.

—No me conoceis, es verdad? dijo el jóven, riéndose: no es estraño, pues yo solo tenia quince dias la última vez que me visteis allá en el año de 1625.

—Cómo en 1625? replicó Mazarino, que empezaba á sospechar que iba á habérselas con algun loco rematado. Qué quereis decir, y quién sois?

—No lo habeis adivinado? repuso Julian, restregándose las manos. Soy el hijo de la tia Noiraud.

El Cardenal se quedó pensativo.

—La tia Noiraud, de Grenoble, prosiguió diciendo Julian, una tendera en cuya casa estábais alojado cuando erais capitan, y á quien bautizásteis el hijo.

—Efectivamente me parece recordarlo, repuso Mazarino; pero aquel hijo...

—Soy yo, dijo el jóven, interrumpiéndole y riéndose; Julian Noiraud, de Grenoble. Hasta hoy no he sabido que erais el capitan Juliano, y al instante me he apresurado á venir á veros. Estais bueno, padrino?

Por imprevisto que fuese este reconocimiento, acompañaban á las maneras del jóven cierta desenvoltura y jovialidad, que no pudieron menos de divertir al Cardenal. Preguntóle este cómo habia hecho semejante descubrimiento, y qué pruebas le daba en apoyo de su aserto. Julian le presentó al punto los papeles que llevaba consigo, y le refirió despues con injenuidad cuanto habia sucedido. Mazarino quiso ecsaminar el folleto biográfico y le recorrió con la vista, contemplándole en tanto Noiraud con admiracion.

—Te alegras mucho de haber encontrado á tu padrino? le preguntó S. Emma. luego que hubo concluido la lectura.

—¡Pues no me he de alegrar, si este encuentro es para mí un favor del cielo! esclamó Julian; porque si supieseis cuan necesaria me era vuestra proteccion!...

—Hola! la suerte no te es favorable?

—Ay, padrino! no, señor.

—Y has venido á buscarme con la esperanza de que yo te saque de apuros?

—A decir verdad he contado con vos, pues me he dicho á mí mismo que al que tantas veces ha salvado la Francia, poco le habia de costar salvar á un pobre muchacho como yo.

Esta lisonja dió motivo á que el Cardenal se sonriese. Animado Julian con esto, le declaró sus proyectos de casamiento con la sobrina del maestro Roullard y su despedida de la casa de este, cuidando, sin embargo, de desfigurar la causa. Luego que hubo acabado, el Cardenal le puso la mano en el hombro y le dijo:

Vaya, vaya, no hay que desesperar,

poverino, quiero hacer algo por tí.

—Oh, padrino mio! esclamó Julian, cuyo rostro se encendió de alegría.

—En primer lugar, repuso el ministro, no quiero que vuelvas á la tienda.

—Bien, padrino, no volveré.

—Te elijo para que cuides de mi vajilla.

—Bien, padrino, la cuidaré.

—Mas no disfrutarás sueldo alguno.

—Bien, padrino, no le disfrutaré.

—Comprarás un traje de corte.

—Bien, padrino, lo compraré.

—Podrás buscar la casa de huéspedes que mas te acomode para vivir.

—Gracias, padrino.

—Y para probarte que me interesо por tu suerte, te concederé un insigne privilejio.

—Un privilejio!

—Podrás decir á todo el mundo que eres mi ahijado.

Julian miró al Cardenal, figurándose que habia oido mal; pero este le repitió lo que acababa de decir, añadiendo que esperaba se hiciese digno de la merced que le dispensaba; y acto continuo se despidió de él, encargándole que al otro dia volviera con el traje convenido.

Facilmente puede el lector imajinarse el disgusto que esperimentó nuestro héroe cuando estuvo en la calle, pues reasumiendo cuanto acababa de obtener, se encontraba con que el Cardenal le ocupaba todo su tiempo, y le obligaba á alojarse, mantenerse y vestirse de su peculio, sin otra indemnizacion que el título de ahijado suyo.

—Voto á brios! ¡por cierto que las obligaciones que contraiga el capitan Juliano no arruinarán al ministro! se dijo á sí mismo el jóven platero, desconcertado. Mejor hubiera sido para mí haber ignorado el tal parentesco espiritual, y permanecer todavia en casa del maestro Roullard ó en cualquier otro obrador. Mas ahora S. Emma. me lo ha prohibido, y si mañana no me presentase á él, Dios sabe lo que podria suceder: muchas personas están consumiéndose en la Bastilla, segun dicen, por menos que esto; por consiguiente es fuerza resignarme á aceptar los favores de mi padrino.

Embebido en estas reflexiones habia llegado á su guardilla, donde esperó el siguiente dia con el corazon angustiado y perdidas todas sus esperanzas.

Al dia siguiente Noiraud se presentó en el palacio, poco antes de la hora señalada para la audiencia; vestia un traje de rigurosa etiqueta, que habia pertenecido á un caballero gascon que fue á París á pretender, y quien se vió precisado á vender su equipaje con el fin de reunir fondos para regresar á su provincia. Julian habia invertido en esta compra la mayor parte de sus ahorros, pero casi daba por bien empleado el gasto, por la apariencia de persona de carácter que le daba aquel nuevo traje.

Cuando entró en la antecámara todos los cortesanos fijaron en él la vista, y oyó que se preguntaban unos á otros en voz baja quién era aquel sujeto. El comendador de Souvré y el señor Dubois, que estaban hablando en el hueco de un balcon, le miraron con atencion como si hubiesen querido conocerle, de pronto una voz esclamó:

—Calla! pues si es Noiraud!

Julian volvió la cabeza y se encontró de manos á boca con el maestro Roullard.

—El es! repitió al platero, estupefacto. Y en traje de etiqueta! Qué haces aquí, miserable?

—Ya lo estais viendo: espero á S. Emma., respondió Julian, afectando maneras desembarazadas

—Pues no hay duda, dijo el comendador, que se habia aprocsimado con el asentista: es el oficial que despedisteis ayer.

—Un oficial de platero aquí! esclamó el señor Dubois, escandalizado. Quién le ha permitido entrar? para qué querrá ver al Cardenal?

—Ahora lo sabrémos, contestó Mr. de Souvré, pues ya está ahí S. Emma.

Con efecto, acababa de presentarse Mazarino en la puerta, por lo cual cesaron todas las conversaciones: adelantóse el primer ministro, saludando y deteniéndose de trecho en trecho para oir alguna peticion ó recibir algun memorial. Llegó al paraje en que se hallaba Julian y se sonrió al verle.

—Hola! tú aquí? le preguntó, tocándole familiarmente en la cara con su guante. Vamos, estás bueno, *poverino*?

—Si, señor, estoy bueno, padrino, respondió Julian.

Hubiérase dicho que esta palabra ejercia cierta influencia mágica, pues no bien la hubo pronunciado el jóven cuando se suscitó entre la multitud de cortesanos un movimiento de sorpresa, fijando todos sus miradas en él, y oyéndose en seguida las siguientes esclamaciones, pronunciadas á media voz.

—Su padrino!

—Monseñor es su padrino!

—El Cardenal es padrino suyo!

Y una especie de admiracion curiosa se pintaba en todos los rostros. El Cardenal observó con disimulo el efecto que esto habia producido, y apoyándose en el hombro del jóven platero continuó en esta actitud dando vuelta á la sala, dirijiéndole preguntas familiares, y pidiéndole risueño su parecer acerca de las solicitudes que le habian sido presentadas. No sabiendo Julian cómo habia de interpretar aquella familiaridad, si por una espresion de interés ó de ironía, se contentaba con responder á todo:

—Si, padrino... no, padrino.. como querais, padrino...

Y los cortesanos admiraban su circunspeccion, que calificaban de esquisito criterio.

Por último, terminada la audiencia, Mazarino soltó el hombro de su ahijado, diciéndole que queria hablar con él dentro de algunos minutos, y dándole cita en su despacho.

No bien se hubo retirado S. Emma. cuando la multitud de pretendientes rodearon al jóven platero, llenándole de cumplidos. Noiraud no sabia cómo corresponder á tantas demostraciones de afecto, deshaciéndose en protestas de respeto; mas el comendador, que habia dejado que le hablasen los que estaban mas de prisa, se acercó á él, y llamándole aparte, le dijo:

—Os doy la mas cordial enhorabuena, caballero Noiraud, por vuestra próspera fortuna.

Julian masculló una frase de agradecimiento.

—Parece que el Cardenal os profesa cariño, añadió Mr. de Souvré; por consiguiente cuanto pidais á S. Emma. os será otorgado.

—Lo juzgais así? esclamó Noiraud, quien en aquel instante concibió la idea de solicitar el permiso de volver á la tienda.

—Estoy segurísimo, continuó diciendo el comendador, y en prueba de mi conviccion os suplico que tengais la bondad de recomendarle á mi sobrino, que pretende el mando de un rejimiento.

—Yo?

—Y le obtendrá si vos quereis.

—Pues si es así, dadlo por hecho.

—Con que me lo prometeis?

—No; lo que yo digo es que por mi parte..

—Me basta con eso, esclamó el comendador: y vivid persuadido de que si las cosas marchan bien, no tratareis con ingratos.

Dichas estas palabras, apretó la mano del jóven y se despidió.

Al separarse Julian del comendador se encontró con el señor Dubois, que le estaba esperando: asióle este violentamente del brazo y le dijo al oido:

—Solo tengo que hablaros una palabra, caballero Noiraud: sabeis que solicito el privilegio del comercio general en las islas del Viento; haced porque yo le consiga y contad con seis mil francos.

—Seis mil francos! repitió Julian, admirado.

—Quereis mas? repuso el asentista, pues bien, os daré diez mil.

—Perdonad, caballero, le dijo Noiraud, interrumpiéndole; pero habeis formado un concepto muy equivocado respecto al valimiento que tengo con el Cardenal, pues de ningun modo depende de mí el alcanzaros lo que deseais.

Dubois le miró y le soltó el brazo.

—Ah! ya conozco, esclamó, que mis competidores me han ganado por la mano.

—Ignoro lo que quereis decir.

—Ellos os habrán ofrecido mas que...

—Os juro, caballero...

—Bien, bien, yo me valdré de otra persona; pues no porque seais ahijado de S. Emma. habeis de ser el único que tenga influjo en la corte. Nos veremos las caras, caballero, veremos quien puede mas.

Y el rico asentista se retiró sin esperar la respuesta de Julian.

Aun no se habia este recobrado de su asombro cuando fue introducido, algunos minutos despues, en el gabinete del Cardenal Mazarino, quien notando su turbacion, quiso saber la causa, y el jóven le refirió cuanto acababa de sucederle.

—Bravo! bravo! dijo el ministro, restregándose las manos. Puesto que quieren que los protejas, *caro*, debes protejerlos.

—Como! esclamó Julian, admirado: con que quereis que pretenda á nombre de ellos?....

—No, no, nada de pretensiones; pero dejalos creer que tienes prestigio, *poverino*, porque este prestigio vale mucho.

—Supuesto esto, quereis, padrino, que yo acepte?....

—Acepta siempre, Juliano; no debes re-

husar nunca lo que te dieren de buena voluntad. Si no correspondes á los pretendientes con tus recomendaciones, les corresponderás con tu gratitud.

Noiraud se retiró mucho mas admirado que la primera vez. ¡Pero cual fue su sorpresa al recibir dos dias despues un talego con tres mil francos, y una esquela, que le enviaba el comendador, dándole las gracias por haber obtenido su sobrino el mando del regimiento! No bien acababa de contar aquella cantidad cuando el señor Dubois entró en su cuarto, casi sin aliento, y le dijo con mal humor, pero con cierto respeto:

—Habeis vencido, caballero de Noiraud: mis competidores han obtenido el privilegio. La culpa ha sido mia por querer luchar contra vos, perjudicándome á mí mismo. Tomad las diez mil libras propuestas, por via de adelanto, para que contribuyais á que se despache favorablemente el primer asunto que confie á vuestro cuidado.

Diciendo esto, abrió una cartera y puso en la mesa diez letras, firmadas por los mas ricos comerciantes del Havre y de Dieppe. Julian trató de rehusarlas, asegurando que ignoraba cuanto habia sucedido respecto el particular de que le hablaba, y que no tenia mas noticia de él que la que acababa de darle. Mas el asentista no quiso ni aun oirle, y esclamó, dirigiéndose hácia la puerta:

—Bueno! bueno! sois discreto: S. Emma. os ha prohibido que le comprometais. Yo no os pido nada, y creo lo que quereis que crea; pero prometedme que cuando se presente la ocasion no sereis mi contrario

—En cuanto á eso, replicó Julian, os lo juro; mas.....

—Con eso me basta, esclamó Dubois. Confio en vuestra palabra, caballero de Noiraud, y siempre que necesiteis de algunos miles de francos, sabed que tendré una completa satisfaccion en ser útil al ahijado del Cardenal.

Y saludándole con el mayor respeto, se marchó.

Julian no dejó de participárselo todo al ministro, quien se restregó otra vez las manos, y le mandó que guardase las cantidades recibidas, que no tardaron en aumentarse con otras que debió á la liberalidad de los cortesanos. Aunque el jóven platero protestaba que carecia de crédito, y que no debian atribuirle ni el buen ni el mal resultado de las peticiones hechas á su padrino, todo era inútil, y solo servia á confirmar mas y mas la opinion general. Al cabo de algunos meses Julian se halló rico con los regalos que continuamente le obligaban á aceptar.

Mientras tanto, la solicitud del maestro Roullard habia sido negada, y á consecuencia de los pasos que habia dado para que le nombrasen platero de la corte, perdió la clientela de los enemigos del Cardenal, viniendo á quedarse sin parroquianos. Atribuyó desde luego el mal écsito de su negocio á la enemistad de Julian, por lo que se resintió vivamente de él; mas como Roullard era uno de esos hombres que con tal de conseguir el objeto que se proponen juzgan son buenos todos los medios empleados, al ver que se iba aumentando el supuesto crédito de su antiguo oficial, pasó insensiblemente del odio á la admiracion, y se presentó por fin una mañana en su casa, declarándole que no podia vivir mas tiempo indispuesto con su querido discípulo, y que estaba decidido á darle una satisfaccion por todo lo pasado. Aceptó Julian sin dificultad una reconciliacion que coronaba sus deseos, pues la prosperidad en nada habia disminuido el amor que profesaba á su hija: y asi es que le propuso ante todo que habia de realizarse el proyecto de casamiento formado en otra ocasion. El maestro Roullard no opuso la menos resistencia, y en su virtud le dió á su sobrina en matrimonio, confiándole tambien la direccion de todos sus negocios.

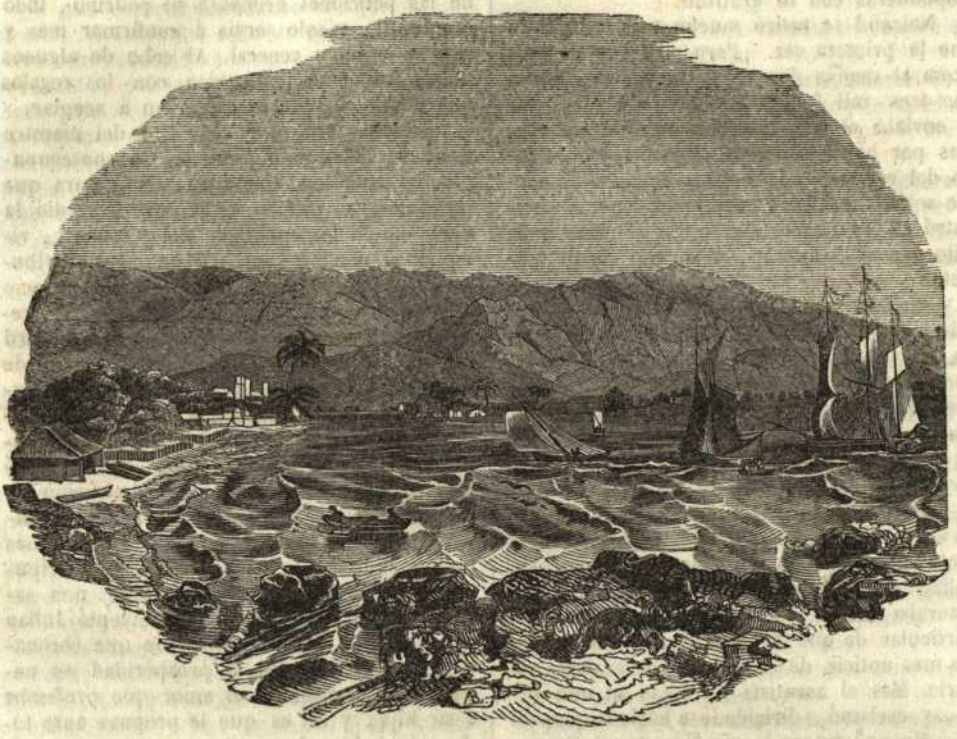
Cuando Julian, ebrio de felicidad, se presentó con su esposa á su padrino, este le cojió una oreja y le dijo, riéndose:

—Tú no esperabas este resultado, *poverino*, cuando por toda gracia te concedí el permiso de llamarme tu padrino.

—Es cierto, replicó Noiraud, pues estaba muy distante de creer que debiese mi dicha á semejante título.

—Es porque no conoces á los hombres, *picciolo*, repuso el Cardenal. Mas ahora conocerás que en la corte nadie vale por lo que es, sino por lo que quieren que sea.

B. N.



OAJACA.



Oajaca, llamada por los españoles Antequera en los primeros tiempos de su fundacion, está situada en el triple valle de su nombre entre los rios Atoyaque y Jalatlaco. Sus calles como las de todas las ciudades de Mégico están tiradas á cordel, tienen una leve pendiente, y por las principales corre un arroyuelo de agua cristalina, alimentado por el acueducto de San Felipe. Las casas no tienen, por lo comun, mas que un piso, á causa de los frecuentes temblores de tierra que las conmueven en la estacion lluviosa: tanto interior como esteriormente están blanqueadas, lo que hace insoportable la reverberacion de los rayos solares, y produce un gran número de oftalmias

La poblacion de Oajaca que á principios de este siglo seria de unas 24,000 almas, apenas llega en la actualidad á 16,000. El comercio de la cochinilla y del añil, atrae

á ella multitud de españoles, pero habiendo disminuido poco á poco los beneficios, el número de los especuladores disminuye á proporcion.

Lo único que Oajaca tiene de notable es el palacio de la plaza de armas; la fachada es bastante elegante en su conjunto, aunque de un mérito negativo como modelo de arquitectura; pero la naturaleza ha dotado á esta ciudad de un cielo siempre puro durante ocho meses del año, de un clima templado siempre, que no admite ni los yelos, ni los calores incómodos y de una vegetacion pródiga que cubre la tierra de flores y de frutos de todas las latitudes.

De esta suerte, á falta de sitios pintorescos, aprovechando el cultivo esta riqueza de produccion ha embellecido primorosamente los alrededores de Oajaca, transformando los lugares indios qne se encuentran diseminados en ellos, en otros tantos lindos jardines llenos de árboles frutales, y de vistosos arbustos, y donde las cabañas se mezclan con bosques de verdura. Aqui en el valle del Este se halla el grande y hermoso pueblo de Talixtaca, que abunda en toda clase de frutos; allí está Huayapa sombreado de un bosque de naranjos, de azambogo y de árboles de cacao, que son una especie de limoneros cuya flor blanca sirve á los indios para hacer una bebida refrescante. Despues viene San Felipe del Agua, situado en la falda de las montañas: el aire que allí se respira es delicioso, y la atmósfera está embalsamada de los mas suaves olores. Pero el mas lindo de todos es el pueblo de Sta. Maria del Tule, en el que se ve el famoso cipres, cuyo tronco solo cede en gruesor al castaño del Etna, este venerable decano de la vegetacion. Al estremo de este hermoso valle se encuentra el pueblo de Mitla tan famoso en lo antiguo por sus templos, sus palacios, y el brillo y esplendor de sus fiestas religiosas: hoy conserva algunas ruinas que atestiguan la grandeza de su pasado.

La provincia de Oajaca ha sido siempre la mas rica de Mégico, no ya por sus minas, sino por las producciones de su suelo que valen mucho mas.

D. G.

EL CAZADOR DE PIEDRAS PRECIOSAS.



Tendria yo unos 14 años cuando mi padre me llevó á la gran feria de Cracovia, á donde se dirigia para evacuar algunos asuntos de su profesion que era la de lapidario, y estaba establecido en Michlínitz.

Mientras dábamos vuelta á la plaza buscando la tienda de un mercader, corresponsal de mi padre, vimos á corta distancia de nosotros una porcion de gente agrupada delante de una tienda que era precisamente la misma que íbamos buscando. El gentio era considerable, y muy difícil abrirse paso; pero sin embargo, mi padre deseoso de terminar sus compras hacia todos sus esfuerzos para introducirse. Poco á poco, esclamó una voz, ¿creeis ser el único que desee ver el ópalo? Con que es un ópalo el que tan vivamente llama la atencion? dijo mi padre á uno de los concurrentes. ¿No habeis oido hablar, contestó este, del maravilloso ópalo que ha hallado en las montañas Schmit, el cazador de piedras preciosas, y que ha sido comprado por el Rey en 100,000 florines? Mi padre á quien la relacion del desconocido habia encendido en deseos de ver el ópalo, empezó á abrirse paso haciendo violentos esfuerzos para llegar á la puerta de la tienda del mercader; luego que este nos descubrió nos hizo entrar, y en seguida despidió al pueblo diciendo, que por aquel dia no enseñaria mas el ópalo.

El mercador dejó sobre una mesa la famosa piedra, objeto de la curiosidad general, poniéndose en seguida á tratar con mi padre de sus asuntos, de suerte que durante su conferencia pude tener en mis manos la preciosa piedra y examinarla á mi satisfaccion. Aunque mi padre era lapidario, yo no tenia el menor conocimiento del valor de las joyas, y apenas podia distinguir una piedra de otra; porque mi madre, que me destinaba á una profesion liberal, me habia enviado desde muy niño á las escuelas; sin embargo, sabia que aquella piedra habia sido comprada por el Rey en 100,000 florines; y como un florin me parecia una suma considerable, figúrense mis lectores lo que me parecerian 100,000. Finalmente, habiendo quedado acordes mi padre y el lapidario acerca de las compras, se pusieron á examinar el ópalo: hablaron con entusiasmo de su extraordinario valor y belleza, y de la singular fortuna de Schmit, todo lo cual hizo en mi alma una impresion profunda. Salimos de casa del mercader, y al atravesar la plaza rogué á mi padre que me llevase á ver el espectáculo de un juglar armenio; pero se negó, alegando que costaba medio florin.—Medio florin, decia yo entre mi, nada mas que medio florin, y ese cazador de piedras preciosas ha hallado una de valor de 100,000 florines!—Durante todo el camino de Cracovia á Michlinitz no se separaron estos pensamientos de mi imaginacion, y á cada instante dirigia la vista hácia las montañas, esperando columbrar los colores de un ópalo reflejados en alguna roca por los rayos del sol.

Pocos dias despues de este viage cayó mi padre enfermo, y á pesar de los auxilios de la medicina y los cuidados de mi madre, la enfermedad se agravó y murió á los ocho dias,

dejando á su familia un reducido patrimonio, y á mí, el único varon de ella, sus principios de honradez y el mundo entero para ejercerlos.

Mi madre se vió precisada á renunciar á las ideas de ambicion que habia concebido para mí, únicamente me quedaba abierta la carrera del comercio, y como no se apartaba de mi imaginacion el recuerdo del ópalo, solicité entrar de aprendiz en casa de un lapidario. Mi madre aprobó mi intencion, y por consecuencia fui á instalarme en un taller, donde pude saciar mis ojos con el espectáculo de una gran cantidad de piedras preciosas, y conservar el recuerdo del ópalo y de los 100,000 florines. Yo tenia los mejores deseos del mundo de aprender mi oficio, pero sin embargo no eran muy rápidos mis progresos; fermentaban en mi cerebro pensamientos gigantescos de fortuna. La ventana de mi boardilla caia el campo, en donde descubria la gran cadena de los montes Carpacios; y en vez de pulir piedras y trabajar, á cada instante me asomaba, pensando en Schmit, en su ópalo y en los 100,000 florines, y cuando me retiraba me decia á mí mismo: No sé por qué no he de encontrar un ópalo como el de Schmit.

Sin confiar enteramente á mi madre mis sueños de esplendor, la decia algunas veces que tarde ó temprano haria yo la fortuna de la familia: lo que á su entender significaba que yo pensaba llegar á ser un hábil lapidario, y adquirir con mi trabajo cierta independencia.

De esta suerte transcurrieron tres años, pasados los cuales supliqué á mi maestro me concediese una licencia de algunos dias para ir á visitar á un tio que habitaba en Dunavitz y que era ganadero. Sin embargo semejante visita no era mas que un pretesto, porque habia resuelto hacer este viage para probar fortuna. Por consiguiente me proveí de un martillo y de algunas otras herramientas que creí necesarias. Mi tio, mi tia y mis primas me recibieron con el mayor cariño: les dije que hacia tres años que estaba de aprendiz en casa de un lapidario, que ya era muy esperto en el conocimiento de las piedras preciosas, y que mi maestro me enviaba por algunos dias á ejercer mi ciencia en las montañas, lo cual era una mentira perdonable por la buena intencion. Pusieron á mi disposicion una alforja llena de víveres, me dieron un cuchillo, una bolsa con todos los avíos necesarios para encender lumbre, y algunos otros utensilios. Prometí dar la vuelta dentro de cuatro dias, y habiéndome despedido afectuosamente de la familia, me puse en camino con la alforja al hombro, preparado para mi primera *caza de piedras preciosas*.

Luego que empecé á subir el plano inclinado que conduce al pie de las montañas, mi corazon rebosaba de placer; me parecia que no tardaria en poseer todas las riquezas que allí se encerraban. Hallábame ante el mismo pico que tantas veces habia contemplado desde mi boardilla, ante aquella cadena en cuyo centro habia encontrado Schmit su ópalo; y supuesto que habia habido una piedra de valor de 100,000 florines, ¿quién podia asegurarme que no encerrase otras de valor diez veces mayor todavia? Alucinado con estos sueños seductores, llegué á un estrecho valle que consideré como el vestíbulo del palacio de Plutón; en seguida puse manos á la obra, haciendo resonar los ecos del valle con los repetidos golpes que daba en las rocas; y continué este ejercicio hasta que abrumado de fatiga me ví obligado á suspenderlo sin haber hallado la mas pequeña joya. Esto me desanimó algun tanto; pero sin embargo, me consolé diciendo que acaso no habria penetrado bastante en la cordillera. La boardilla que antes me abrigaba valia sin duda mas que una áspera montaña; pero este era un inconveniente previsto y me dormí con la esperanza de que al dia siguiente tendrian mis trabajos resultado mas feliz.

Desperté dos horas antes de salir el sol y esperé á que amaneciese, con tanta impaciencia como si hubiera de descubrir tesoros inmensos. Largo tiempo antes de que los rayos del sol iluminasen los picos mas elevados de la montaña empecé á abrirme camino á través de las rocas y los torrentes, apresurándome á llegar á una rambla mas lejana, y en la que habia mas probabilidad de realizar mis sueños de fortuna. Aquel dia henchí mi alforja, no de ópalos, sino de diversas piedras que juzgué de algun valor, y que me parecieron una mediana recompensa de mis trabajos. Schmit, dije yo entre mí, no hallaria su ópalo la primera vez que fue á la montaña, con que no tengo todavia motivo para quejarme. Al dia siguiente volví á desandar lo andado, sin desperdiciar ocasion alguna de abastecer mi alforja, y al fin del tercer dia llegué á casa de mi tio. El espectáculo de mis riquezas los hizo colmarme de parabienes.

—Este les decia yo, es un hradate, este lapizlazulli, estotro un mineral de oro; pero todavia no he encontrado ningun ópalo.

—Tiempo hay para todo, contestó mi tio, ¿y cuánto vendrá á valer esto?

—Lo menos 500 florines.

Mi tio me contempló con un cierto aspecto de incredulidad, mi tia murmuró algunas palabras acerca de las débiles utilidades que les proporcionaba su estado, y mis primas me miraron como el hombre mas admirable de la Galitzia.

Al dia siguiente, me despedí de mi tio, llevándome por supuesto mis tesoros; pero sabiendo que por lo menos la mitad no tenia valor alguno, me detuve á orillas de un riachuelo, y despues de un rigoroso exámen del contenido de mi alforja, arrojé mas de la mitad al agua; calculando que lo que conservaba podria valer unos 150 florines. Llegué por último á mi taller, donde hallé á mi maestro trabajando: Traigo algo bueno conmigo, dije; y vaciando la alforja cojí un puñado que estendí sobre la mesa del taller. Tomó unas tras otras, sin proferir una palabra, las ecsaminó ligeramente y en seguida las arrojó á un rincon destinado á recibir la rocalla. Fuile presentando sucesivamente otros varios puñados, y todos tuvieron la misma suerte. Llegó por fin el último puñado que contenia una piedra que habia yo señalado porque en ella se cifraban todas mis esperanzas. La ecsaminó con mas atencion pero la envió al cabo á reunirse con las demas diciendo: Todo rocalla, hijo mio; con que vamos á trabajar. Estas palabras destruyeron todas mis ilusiones de felicidad: aquella noche fue la mas desgraciada de mi vida.

Torné, pues, á mi bohardilla; pero el sueño huia de mis párpados, y pasé la noche meditando en la ruina de todas mis esperanzas, cuando de repente se me ocurrió que mi maestro podia haberse engañado; y que acaso otro lapidario seria de distinto parecer que él, en cuanto á la piedra que yo creia un jacinto. Me levanté, bajé silenciosamente á la tienda, y encendiendo una lámpara me puse á buscar mi presunto jacinto entre la rocalla; pero por mas que examiné repetidas veces mis piedras no lo encontré. Por último, cansado de una investigacion inútil, me senté en el sillon colocado delante de la mesa del trabajo, y allí ví enmedio de diversos instrumentos dos piedras que estaba puliendo mi maestro. Cogí una, y era precisamente la que yo buscaba. Entonces tomé un partido decisivo, me apoderé de la piedra, subí á mi habitacion, acabé de vestirme, y dejando á mi maestro una carta que le informaba de mi descubrimiento, que tan poco favor le hacia, y de mi resolucion de abandonar su casa, tomé á la una de la mañana el camino de Cracovia. No me fue dificil hallar quien comprase mi joya: recibí por ella 100 florines, felicitándome de haber empezado tan prósperamente mi carrera; y me dirigí á casa de mi madre con un regalo para ella, y para cada una de mis hermanas, y ochenta florines en el bolsillo.

El comercio era pues la carrera que me convenia; mi primera tentativa habia sobrepujado las esperanzas de mi familia, aunque no las mias, y á pesar de que todavía no habia hallado ópalo, no tenia motivo para desalentarme, y aun consideraba la adquisicion de las riquezas como la cosa mas fácil del mundo.

El dinero que me produjo el jacinto, sirvió para equiparme para una segunda espedicion. Dejé 40 florines en poder de mi madre, y partí para Kostalesko, habiendo ofrecido á mis tres hermanas que si llegaba á hallar un ópalo de 25,000 florines las dotaria generosamente. Las tres miraban ya su dote como segura, y yo, luego que hube salido de Michlinitz, tendí la vista á uno y otro lado de la campiña, á fin de fijar el sitio mas conveniente para construir una casa con el producto de mis trabajos.

El dia que hice mi primera escursion, y en el momento mismo de penetrar en las montañas, encontré dos ancianos vestidos de harapos, y cuyas lívidas facciones anunciaban su profunda miseria. Entablé conversacion con ellos, y me dijeron que buscaban oro.

—Y por qué, les dije, no os habeis dedicado á buscar piedras?; mayores hubieran sido vuestras ganancias. Me miraron sonriéndose, y yo me compadecí de la ilusion que los habia empobrecido toda su vida, al paso que Schmit habia edificado un castillo y nadaba en la abundancia.

Por espacio de un año, no hubo un solo dia que no saliese á las montañas: algunas veces me hallaba recompensado de mis fatigas, pero con mas frecuencia todavia no me reportaban nada; sin embargo, no por eso disminuía mi ardor y mis esperanzas que destruidas un dia, renacian con mas

fuerzas al siguiente. Finalmente, al terminar el año de mi partida, hice saltar de una roca con mi martillo una piedra que tenia todos los caracteres distintivos de un ópalo. Me apresuré á pulirla por un lado y, brillaron á mis ojos estasiados sus variados matices. Ya llegó el dia de mi recompensa! esclamé. La piedra era algo inferior en magnitud á la que yo habia visto en mis manos en la trastienda del mercader de Cracovia; aquella piedra cuyo recuerdo se habia grabado tan profunda y distintamente en mi alma; y de la comparacion de ambos ópalos deducia, que la que yo habia encontrado no podia valer menos de cincuenta mil florines.

Hice al momento mis preparativos para volverme á Michlinitz, y durante el camino me entregué á las mas gratas ilusiones, disponiendo en mi mente de las riquezas que ya me creia seguro de poseer. Al tercer dia llegué á casa de mi madre, por quien fui recibido como es recibido siempre un hijo despues de una larga ausencia. Mi fisonomía la hizo conocer que traia algun secreto importante que revelarla; saqué el ópalo del bolsillo y le espuse á las miradas atónitas de mi familia. En seguida, para no perder tiempo, resolví partir á la gran feria de Cracovia, que debia verificarse á la semana siguiente.

En cuanto á los 50,000 florines ya habia yo decidido de antemano su destino. Habia prometido dotar á mis hermanas, y por consecuencia distribuir á cada una de ellas 2000 florines, con lo que serian las mas ricas herederas de Michlinitz; destinaba 4000 á mi madre, y en cuanto á los 40,000 restantes, decia yo, puedo comprar una baronia en alguna parte del Palatinado donde pasar el resto de mi vida con mi primita Ronza de Dunavitz que hará una escelente esposa.

Tomadas estas resoluciones, me separé de mi familia con direccion á la capital, y llevando conmigo el ópalo encerrado en una bolsa de piel, y pendiente del cuello por una cadena de cobre. En el camino encontré un gran número de personas que se dirijian tambien á la feria; pero las adelanté sin dificultad porque yo iba ginete en un caballo que habia comprado con el resto de los cien florines, producto de mi jacinto.

—Llevará acaso alguno de esos individuos, decia entre mí, un ópalo de 50,000 florines como el mio?

Llegué á la capital antes del mediodia, y dejando mi caballo en una posada, me dirigí á la plaza mayor por las mismas calles que habia recorrido con mi padre cinco años antes. Cuántas mutaciones se habian verificado desde entonces, y cuántos estraordinarios resultados habia producido una mera impresion de la infancia! Feliz casualidad, decia yo, fue la que condujo á mi padre á Cracovia! si no hubiese venido no hubiera yo visto un ópalo maravilloso, no hubiera oido hablar de un cazador de piedras preciosas, y no me hallaria hoy dia en la feria con una joya de valor de 50,000 florines.

Yo no estaba muy seguro de la integridad del mercader amigo de mi padre; pero antes de disponer definitivamente de mi tesoro, me complacia en gozar del placer de poseerle; finalmente, deseaba que mi ópalo escitase algun rumor semejante al que habia ocasionado el de Schmit. Paseéme, pues por la plaza, buscando una ocasion de publicar mi hallazgo, y dar á conocer la belleza y valor exorbitante de mi preciosa piedra.

Paseando sin destino fijo, me detuve á ecsaminar un almacen compuesto de las mas ricas y variadas mercancias; el mercader vestido á la oriental y fumando su pipa se hallaba detras de una mesilla de tablas.

Las telas mas ricas, los brocados, las sedas y los tegidos de oro de la Persia, las especias y los perfumes mas preciosos de la India y de la Arabia; las hojas de damasco y los puños de sable incrustados en oro y marfil y adornados de piedras preciosas; las gomas mas raras del Africa y de la Guiena; los templos y las pagodas hábilmente esculpidas en marfil y las maderas mas preciosas; las muestras mas perfectas de mosáico, los camafeos esculpidos por los mas célebres artistas; tales eran las riquezas extendidas sobre las mesas del bazar.

Sin embargo, esta era la parte menos rica, porque el contenido de otra mesa eclipsaba todas las preciosidades que hemos mencionado; estaba cubierta de una gran cantidad de pedrería de todas clases; hallábanse alli simétricamente colocados en cuadrados, en círculos y en pirámides, diamantes, esmeraldas, rubíes, záfiros, topacios, piedras de todas magnitudes, de todos colores, que brillaban y deslumbraban la vista. Sin embargo, en aquel conjunto de riquezas no veia yo ningun ópalo.

—Amigo, le dije al mercader, seguramente sois el rey de la feria; todas las riquezas de Oriente están agrupadas en vuestras mesas, todos los paises del mundo os han ren-

dido tributo, y sin embargo me parece que falta alguna cosa.

—¿Qué es lo que buscábais? me preguntó sin quitarse la pipa de la boca.

—Mirad, esa pirámide es magnífica: se compone de dos órdenes de topacios, dos de rubíes, dos de záfiros, dos de esmeraldas y uno de diamantes, y encima brilla una hermosa perla. Pues bien, yo creo que un ópalo causaria mejor efecto que esa perla.

—Bien podria hacer ese cambio, contestó el mercader quitándose la pipa de la boca; pero á mi parecer la perla termina mejor la pirámide; jóven, añadió, no se ha estraido de las entrañas de la tierra una piedra preciosa cuya especie no posea yo y apostaria el valor de esa pirámide á que puedo presentar en cada especie, una piedra mas bella que cualquier otro mercader de Cracovia, y quizá de toda Polonia y de Europa! Y en seguida tendió una mirada de triunfo sobre su almacen y tornó á tomar su pipa.

—No tiene ópalo, dije entre mí; pero está tan orgulloso con sus joyas que no se atreve á confesar que le falta una.—Yo no tengo el valor de la pirámide que oponeros, le contesté, pero apostaria el valor de una joya que enseñaré á su tiempo, á que no teneis otra semejante.

—Corriente, fijad su valor, ó mas bien escoged entre esas joyas la que mas os convenga, y el ganancioso se llevará las dos; vos mismo juzgareis si la piedra que yo poseo es mas ó menos preciosa que la vuestra.

Crei haber hecho un escelente negocio; tomé un diamante que calculé valdria unos 50,000 florines y le separé á un lado. Una afluencia considerable de curiosos se hallaba en aquel momento reunida en torno de la mesa; habian escuchado nuestra conversacion y esperaban con ansiedad el resultado de una apuesta tan considerable. Al cabo habia yo obtenido lo que deseaba, una ocasion de hacer ostentacion de una piedra tan rara, y adquirida á costa de tantos trabajos, ademas del diamante que brillaba sobre la mesa, y que yo consideraba ya como propiedad mia. Me quité la cadena del cuello y saqué de la bolsa de piel mi ópalo, que coloqué en la mesa junto al diamante.

—Hermoso ópalo, seguramente, dijo el mercader examinándole; a fé mia, vale mas que el diamante que habeis escojido, y precisamente servirá para coronar la pirámide.

Y abriendo en seguida una caja de ébano:

—Mirad, el mio es bastante grueso.

Y depositó en la mesa el mismo ópalo que Schmit habia vendido al Rey, y cuyo recuerdo habia quedado tan profundamente impreso en mi imaginacion. ¡Cuán crueles fueron mis sensaciones en aquel momento! El precio de mis sudores, todas mis esperanzas, todo mi porvenir desvanecidos en un instante, desvanecidos por mi estravagante y miserable vanidad!—El mercader tornó tranquilamente á sentarse, tomó mi ópalo, y coronó con él la pirámide, despues de haber quitado la perla.

—Ahora no podreis menos de confesar que la pirámide no tiene defecto alguno.

Me retiré con el mas profundo abatimiento: y los consuelos de los espectadores, tan distintos de las alabanzas que yo esperaba, me hicieron mas daño que la pérdida de mi fortuna. Me dirigí á la tienda del mercader conocido de mi padre, pero sin referirle mi aventura: no tardó en estenderse la noticia de que un jóven ignorante se habia dejado escamotear una joya preciosa por Haranzabal, el rico mercader de Basora, y aun tuve la mortificacion de verme señalado con el dedo. ¿Cómo habeis sido tan necio para apostar contra Haranzabal? Si me hubierais consultado antes, hubierais sabido, como es público en esta ciudad, que el Rey ha entregado ese ópalo al mercader en prenda de un empréstito; pero con la condicion de no enseñarle públicamente en la feria.

Ya nada me quedaba que hacer en Cracovia. Vendí mi caballo, y en vez de llegar á mi casa con 500,000 florines en el bolsillo, solo me hallé con 200 resultantes de la venta de mi caballo y de un residuo de una cuenta que adeudaba el lapidario á mi difunto padre. Me ví precisado á referir mi triste aventura á mi familia que se manifestó mas sensible á mi dolor que á sus pérdidas pecuniarias; sin embargo, no abandoné mi profesion de cazador de piedras preciosas, y en el mismo instante en que acababan mis esperanzas de ser destruidas, se despertaron estas con nuevo ardor: nuevas ilusiones, nuevos proyectos de fortuna se apoderaron de mi mente y borraron enteramente el recuerdo de mi infortunio.

Sin embargo, mi martillo no ha vuelto á hacer saltar otro ópalo, pero merced á mis incansables pesquisas, no han sido enteramente ilusorios mis sueños de fortuna. En pocos años he podido dotar á mis herma-

nas, fijar una pension moderada á mi madre, y ofrecer á mi prima Ronza, ya que no los honores de una baronía, al menos los beneficios y la comodidad de una respetable casa de comercio.

T. M.



Esta figura que representa un español antiguo mostrando una medalla de Cárlos III mereció en la exposicion celebrada en Madrid el año 1845 el elogio de los inteligentes por su perfecta egecucion. La hizo D. Mariano Arana, joyero diamantista de la corte, á quien se debe el dorado por medio del galvanismo. Empleó en la composicion de aquella tres metales, el laton, la plata y el cobre, que doró por el electro-galvanismo.

LA GOLONDRINA.

TRADUCCION DE LAMARTINE.

A MI QUERIDO HERMANO F. DE MEDINA.

¿Por qué te alejas de mí?
¿porque, dí, tierna avecilla,
alzas lijera tu vuelo
cuando mis ojos te miran?

Ven, y tus pintadas alas
aquí en mi pecho reclina,
que tu destino y el mio
la misma cadena liga.

¿Acaso ignoras que yo,
viajando paso la vida,
y tan pronto cruzo el campo
como descanso en la villa?

¡Ay! á vivir desterrados
la suerte á los dos destina;
ven, y deponiendo el miedo
tranquila á mi lado anida;

Y aquí los dos solitarios
lloremos, triste avecilla,
y que acompañe tu canto
las tiernas lágrimas mias.

¿No te lanzaron tambien,
como á mí, de tu guarida,
del destino los rigores
y del hombre la avaricia?

Entra sin ningun temor
bajo el techo que me abriga;
¿no estoy tambien desterrado?
¿no es comun nuestra desdicha?

Aquí de tus tiernos hijos
los miembros, que el cierzo enfria,
el aliento de mi pecho
les dará calor y vida.

Tambien yo he visto á mi madre
vagando errante y proscripta,
acojerse bajo el techo,
tal vez de casa enemiga.

¿No ves de Francia en el suelo
aquella mansion querida,
cuyas puertas se me abrieron
en mas venturosos dias?...

Vuela llevando este ramo
y en su umbral lo deposita:
es un ramo de esperanza
que la mia simboliza.

Mas no, no me compadezcas,
que si dura tirania,
á que abandone mi patria
con su inclemencia me obliga,

¿Acaso, no tengo un cielo
cuya hermosura me brinda
á gozar en su recinto,
¡ay! la libertad perdida?

Madrid.—Junio.—1850.

RAFAEL DE MEDINA É ISASI.

Historia Natural.



EL TIGRE.



Antes de pasar á hacer la descripcion é índole de este terrible animal, será oportuno distinguir los animales á que se ha dado comunmente el nombre genérico de tigre.

Casi todos los viajeros han confundido los leopardos, las onzas y las panteras con los tigres, animales muy comunes en el Africa y en todas las partes meridionales del Asia; al contrario que el tigre, que es muy poco conocido, especialmente de los antiguos. Aristóteles no lo menciona en su historia natural. Plinio dice que Augusto fue el primero que presentó un tigre á los romanos en la dedicacion del teatro de Marcelo, cuando consta que Scauro, siendo Edil, habia enviado 150 panteras, Pompeyo 410, y Augusto 420 para los espectáculos de Roma. Plinio no obstante no da ninguna descripcion del tigre, Oppiano y Loinio han sido los primeros que dijeron tener el tigre manchada la piel con listas largas, que es uno de los caracteres que distinguen al verdadero tigre; de suerte que segun los antiguos el tigre es un animal feroz, de una velocidad terrible, cuyo cuerpo está manchado de listas largas, y cuyo tamaño escede al del leon. El uso comun de llamar pieles atigradas á las manchadas con pintas diversas, ha sido causa de que los viajeros han llamado tigres á todos los animales de presa cuya piel es atigrada, es decir, pintada con manchas separadas, aunque no fuesen de la especie del verdadero tigre. Hecha esta aclaracion pasemos á hacer la descripcion de este animal.

El tigre ocupa el segundo lugar entre los animales carnívoros, si bien nadie le iguala en malignidad y ferocidad. Lejos de mostrar la nobleza, clemencia y magnanimidad del leon, y la indiferencia de los demas animales de su especie, cuando no les acosa el hambre, y no esperimentan provocacion alguna, el tigre se muestra siempre vilmente feroz y sediento de sangre, aun cuando se halle saciado de carne, y descanse sobre un cúmulo de víctimas; su furor no conoce treguas ni límites, asola el pais en que habita; no le infunden temor las armas del hombre; deguella y destroza rebaños enteros de animales domésticos y salvages, y con la misma furia despedaza la primera que la centésima víctima: cual si anhelara encontrar resistencia vigorosa para desfogar su

cólera, acomete á los elefantes, á los rinocerontes, y algunas veces á los leones.

La forma de su cuerpo revela ya la ferocidad de su instinto. A la manera que el aire noble del leon, la espesa y larga melena que cubre su cuello sombreando su rostro, su mirar osado y su paso grave anuncia su arrogante y magestuosa intrepidez, el tigre manifiesta en la longitud de su cuerpo y cortedad de sus patas, que le obligan á andar casi arrastrando por la tierra, en la cabeza desnuda, en los feroces ojos, y en su lengua de color de sangre, siempre fuera de las fauces, los carácteres de su villania y perversidad insaciable: porque animado de un furor ciego que estendiéndose por todo su cuerpo abrasa y corroe sus entrañas, devora ciego á sus propios hijos, y despedaza á su propia madre cuando sale á su defensa.

Algunos historiadores le comparan en la magnitud á un caballo, otros á un búfalo, y otros han dicho que era mayor que un leon. Mr. de Laude Mayon asegura haber visto en las Indias orientales un tigre de 16 pies de largo, comprendida sin duda la cola.

Por fortuna la especie del tigre es bastante rara y menos estendida que la del leon: no obstante, la tigre pare como la leona cuatro ó cinco cachorros; es furiosa tambien como el tigre; pero su rabia llega á lo sumo cuando le roban sus hijos; entonces arrostra todos los peligros, y persigue á los robadores, los cuales viéndose acosados sueltan á uno de sus hijos; la tigre se detiene, le coge, le lleva á ponerle en salvo, y vuelve á seguirlos hasta la poblacion ó los navios, y cuando ha perdido toda esperanza de conseguir su objeto, espresa su cruel dolor con los mas terribles ahullidos.

La especie del tigre está reducida á los climas mas ardientes de la India oriental. Se encuentra en Malabar, en Siam, en Bengala, en las mismas regiones en que está el elefante, á quien suele acompañar para comer su estiércol, que le sirve de refresco.

Los lugares donde suele devorar mas presas son por lo regular las riberas de los rios y lagos, donde tiene pronto remedio al ardor que en ól escita la sangre que bebe de las víctimas, y que consume sus entrañas. Allí multiplica su carniceria, pues por lo regular abandona los animales que ha muerto para degollar otros, en cuya sangre se embriaga, despedazándolos y abriéndolos en canal para introducir en su cuerpo la cabeza, y abrevarse en la fuente de sangre que le ofrece la concavidad de los cuerpos, agotándola casi siempre, sin que por esto se sacie su ardiente sed.

Cuando mata á algun animal corpulento no lo abre en aquel mismo sitio, sino que para cebarse en ellos mas á su placer, se los lleva á los bosques, arrastrándolos con suma lijereza.

Mueve el tigre la piel de su faz, cruje los dientes, y brama y ruje á la manera del leon, aunque de un modo mas bronco. Su piel es bastante estimada en la China, donde los mandarines militares cubren con ella las sillas en que salen al público, y tambien las emplean para las almohadas de que usan en invierno. Su sudor es venenoso, y aun el pelo de su bigote, segun algunos autores, es una ponzoña mortífera para hombres y animales; pero creemos que esta sea una falsa opinion, porque si bien el pelo de su bigote tomado en píldoras mata, es porque siendo duro y de mucha consistencia, semejantes píldoras hacen el mismo efecto en el estómago que harian píldoras de afiladas agujas; asi es que los indios comen su carne sin esperimentar daño alguno.

Pero creemos ocuparnos demasiado de un animal tan dañino; asi que, concluiremos este artículo conciliando dos opiniones acerca de la ligereza del tigre. Dice el célebre historiador antiguo Plinio, que la velocidad de este animal, como parece indicarlo su nombre de tigre, vocablo armenio que significa saeta, opinion que refuta Boncio, fundándose en que casi nunca acomete á los animales que corren, sino esperándolos en emboscadas, pero á nuestro entender la velocidad de que habla Plinio debe entenderse no de la velocidad de los pasos en una carrera seguida, pues esto le es imposible por la cortedad de sus piernas, sino de la agilidad de los saltos prodigiosos que da, á veces de muchas toesas, y que tan terrible le hacen, por la dificultad de evitar su embate.

S. P. E.

EL DESAFIO Y EL FLAGEOLET.

El suceso que voy á referir á mis lectores no es una anécdota imaginaria sino una historia real y positiva.

En 1818 me hallaba yo en San Pedro de la Martinica. A corta distancia de mi casa vivia un jóven frances recien llegado á la colonia, y con quien trabé amistad; su carácter alegre y un tanto petulante, su tono y sus modales convenian perfectamente con su franca y agradable fisonomía; en una palabra, llevaba en sus facciones el sello de la raza tolosana del mediodia de Francia. No carecia de instruccion; pero lo que le habia dado á conocer en la vecindad era un mérito menos precioso, el de tocar perfectamente el flageolet. Seguramente era un *virtuoso* de primer género en este instrumento, de suerte que ni de dia ni de noche le soltaba de la mano, ejecutando todas las contradanzas y todas las variaciones de su numeroso repertorio. En la misma casa, debajo de él, habitaba un jóven criollo, M. de L., un tanto enamorado de sí mismo y de su fortuna, brusco y orgulloso en sus modales, poco sufrido, y quimerista eterno, como lo son todos los criollos, ó al menos como lo eran entonces.

Un dia estaba M. de L. ocupado en leer, indolentemente tendido sobre su canapé y envuelto en su ancha bata, mientras que su vecino del piso superior mezclaba con el viento fresco y matutino de la brisa oceánica los agudos sonidos de su infatigable flageolet.

Distraido de su lectura, llamó el criollo á su negro.

—Cacao, dí de mi parte al caballero que vive arriba que deje de tocar el flageolet, ó por lo menos que no toque tan fuerte, que me está incomodando.

—Está bien, señor.

En nuestras colonias no hay cosa que mas agrade á un esclavo que tener que participar á un blanco órdenes por el negro, y propasándose de lo que se le habia prevenido, le da este recado:

—Dice mi amo que dejeis de tocar el flageolet; porque le estais incomodando y fastidiando.

—Calle! contestó el músico, sorprendido al pronto, pero recobrando en seguida su calma normal: ¿Y quién es vuestro amo?

—M. de L.. ..

—¿Y quién es M. de L.....?

—Mi amo.....

—¿Y que está haciendo ahora.

—Está leyendo.

—Pues, hijo mio, como cada uno es libre en su casa, que M. de L..... lea lo que le dé la gana, y yo continuaré mis variaciones.—Da en seguida al negro con la puerta en los hocicos, y prosigue con mas entusiasmo la tocata que habia suspendido.

Cacao hace con su amo lo que con el vecino, comenta y desfigura la respuesta que se le habia dado.

—¿Qué ha dicho? le pregunta su amo asi que entra, porque el maldito sigue tocando y con mas fuerza todavía.

—¿Y qué quiere V. que yo le haga?

—¿Pues qué te ha contestado ese músico infernal?

—Que le da la gana de tocar, y que vuestro recado le ha hecho reir.

Apenas hubo el negro pronunciado estas palabras, enfurecido el criollo arrojó el libro, y se levantó hecho un basilisco.

—Sube, esclamó, sube otra vez Cacao y dí á ese insolente que si no calla al instante iré yo á echarle por la ventana.

Esta vez ejecutó Cacao su comision al pie de la letra; pero el *virtuoso* sin interrumpir el *allegretto* que estaba ejecutando, esforzó mas todavia, y dió por respuesta al mensage del negro un soberbio puntapie en el posterior.

La esplicacion era elocuente, y fue apreciada en lo que valia.

Furioso M. de L... sube á la habitacion del músico. No llevó á cabo, como se deja conocer, la brutal amenaza que habia hecho; pero desahogando su bilis en términos virulentos, á los que le respondieron con la mas imperturbable sangre fria, provocó en duelo al del Languedoc, quien aceptó alegremente el lance. La espada fue el arma elegida.

—Y cuando, caballero? dijo mi compatriota sin soltar de la mano el flageolet —Al instante.

—Al instante? vos os chanceais. Lo que es hoy, me es absolutamente imposible. Mis negocios no me dejan mas que una hora de descanso, y pienso emplearla en repasar unas variaciones, nuevas. Hoy tengo que evacuar varios asuntos: esta noche estudiaré las variaciones y dejaré en órden mis negocios por lo que pudiera tronar. Mañana á las seis, si gustais, seré vuestro.

Que quiso que no, tuvo el criollo que moderar su impaciencia. Bajóse á su casa, despues de haber sido cortesmente acompañado hasta la escalera, y su adversario siguió luego por espacio de una hora ensayando en el flageolet las variaciones que habia indicado.

En seguida se marchó á sus ocupaciones y por la noche prosiguió sus tocatas á mas y mejor, mientras que su vecino se daba á los diablos y le abrumaba á imprecaciones y amenazas.

Al dia siguiente se levantó mucho antes de la hora convenida el tocador de flageolet, é hizo resonar de nuevo su instrumento hasta que llegaron dos amigos á quienes habia citado para padrinos. Salió con ellos hácia el lugar de la cita que si mal no me acuerdo era junto al jardin botánico.

Perseguido por la implacable melodía, el criollo habia llegado ya con sus padrinos y algunos curiosos que habian olfateado el negocio. Iban ya á dar las seis cuando se oyeron á lo lejos los sonidos del flageolet.

No podian equivocarse: era el desafiado que llegaba con sus dos amigos caminando á paso redoblado al compás de una marcha que tocaba, y que terminó exactamente hasta la última nota, saludando en seguida con corteses ademanes á todo el mundo.

Despues de las esplicaciones y convenios de costumbre se dispusieron los dos campeones al combate.—En guardia, caballero, esclamó el criollo frenético de cólera y de despecho.

—Estoy á vuestras órdenes, le contestó el francés; pero permitidme antes tocar un solo motivo de mis variaciones. ¡Ah! quizá será la última vez, y no creo que querais privarme de este placer.

La originalidad de la súplica, la sangre fria con que la hizo, escitaron la risa de todos los circunstantes, y nuestro buen hombro sentándose sobre la yerba enfrente de M. de L..... empuñó su fiel instrumento, despachó sus variaciones, le guardó en seguida cuidadosamente, y por último se puso en guardia: á la primera estocada hirió á su adversario en el hombro derecho. Corrió la sangre y de comun acuerdo se suspendió el combate. La herida del criollo no era peligrosa. El vencedor, luego que hubo saludado, sacó su flageolet y partió con sus padrinos tocando la misma marcha que á la venida.

Al dia siguiente M. de L..... se mudó.

A. L.

EL PINTOR.

I.



En una mañana del mes de Mayo, al tiempo de prepararse para levar anclas la tripulacion de uno de los barcos de vapor que de años á esta parte hace un cuotidiano viaje desde las aguas que bañan la torre de Oro en Sevilla hasta la azulada bahía de la ciudad de Cadiz, una berlina tirada por cuatro caballos negros venia á todo escape por la ronda de la ciudad, no habiendo dejado de avivarlos el que los guiaba, hasta el momento en que se hallaron frente á frente con el vapor que se preparaba á partir. Salió de ella un caballero de aspecto venerable, y que por sus canas y rugosa frente demostraba haber llegado á los sesenta y cinco años de su vida. Lo acompañaba prestándole su brazo para que se apoyase una señora en estremo elegante y de modales distinguidos que podria tener cumplidamente los cuarenta años de edad. Habiendo entrado en el vapor seguidos de unos cuantos criados, se dirigieron a la cámara de popa, permaneciendo en ella hasta que el movimiento del buque y el ruido de las ruedas les hicieron subir sobre cubierta, donde se hallaban los demas pasajeros, no podemos decir si porque en este sitio les fuese menos molesto el viaje, ó si por gozar las bellezas que este ofrece, sobre todo en la estacion de la primavera. Con efecto, cuando en uno de estos barcos se recorren las veinte y cinco leguas que median entre Sevilla y Cadiz, no recuerda el viajero lo que ha visto en otros paises, ni tiene por qué envidiar los coches de vapor de Inglaterra, los bien construidos caminos de hierro de Nueva-York, ni echa de menos tampoco los pintorescos paisajes que la Italia y la Suiza hayan podido ofrecerle.

La proa del barco hiende las aguas cristalinas y apacibles del Guadalquivir, y sigue su rumbo entre dos orillas engalanadas por la naturaleza con todas las pompas y primores de la vegetacion, y donde indistintamente se cria el limonero y el naranjo á la par del álamo blanco y de la corpulenta encina, que descuellan con su elevada copa dando sombra al rosal, al lirio silvestre y á la flor de la enredadera que se entrelazan y confunden con las pomposas vides cargadas de ópimos frutos. El sol estaba rodeado de algunas nubecillas, lo que unido á un viento que soplaba de la parte del mar hacian la mañana fresca y deliciosa. Las brisas que habian atravesado las campiñas venian impregnadas del perfume de las flores, y bandadas de miles de pájaros pasaban de una orilla á otra del rio, saludando la primavera con sus cánticos de alegría, y posándose á veces como para disfrutar el fresco de las aguas en los altos palos de la nave.

Todos los pasageros que estaban sobre cu-

bierta ó ya tomando té sobre limpias y elegantes mesas, ó ya reudidos en corros conversaban entre sí fijando sus ojos en las cien torres de Sevilla que aun se descubrian entre espesas alamedas, sobresaliendo entre todas la colosal Giralda, ó bien fijaban su vista en San Juan de Alfarache y otros varios pueblecitos que se ostentan en una y otra orilla, lamidos por las aguas del Guadalquivir, y casi siempre coronados de su fortaleza y castillo medio arruinado, pero de gusto y arquitectura oriental. Todos contemplaban con interés tan bello y variado panorama, escepto los dos pasajeros que habian dejado la berlina, que, aunque sobre cubierta, permanecian apartados de los demas, silenciosos y como indiferentes á las bellezas naturales que los rodeaban.

El anciano era un sugeto bastante conocido en la ciudad que acababan de dejar, orgulloso por su clase, y rico por el título de marqués de Gualmellato, que habia recibido de sus padres, y que era uno de los mas pingües y desempeñados de toda la Andalucia. La señora que le acompañaba era hija suya, viuda del conde del Olmo, y aristocrática hasta el estremo de que su padre la mirase como el tipo de la nobleza pura, pues él tenia por degenerada y corrompida aquella en que habian influido algo las costumbres modernas, dando abrigo y acogida á esas máximas de igualdad que la filosofía ha hecho conocer en nuestra España, y que segun las ideas del buen marqués databa desde la invasion francesa, en que la plebe habia prestado buenos servicios, pero que habia cobrado caros por los privilegios y franquicias que por sí y ante sí se habia tomado. En vista de esto nada estraño parecerá que estos dos personages no tomasen parte en las conversaciones y entretenimientos con que los demás viageros procuraban invertir las horas que habia de durar aquel viage.

Seria la una del dia cuando el barco llegó á Sanlúcar, y habiendo entrado en el mar, pasado la barra y doblado el cabo de Rota á merced de un viento favorable y de la marea que los protegia, divisaron á Cádiz, que está en medio del Océano, como una concha en medio de las aguas, su bahía sembrada de cien y cien buques de diversos tamaños y formas, y de diferentes naciones y banderas, descubriendo tambien un mar inmenso, que no tiene mas límites que el orizonte, y en el que para hallar tierra es necesario correr miles de leguas, y buscar las fértiles riberas del Nuevo mundo.

A vista de este mar espacioso el marques y su hija se animaron, estendieron su vista por aquella dilatada superficie, como buscando al parecer un objeto que llamaba su atencion y era el blanco de sus cuidados.

—Patron, dijo el marques al capitan del vapor, ¿aquello que se divisa á lo lejos parece una vela? Lo es en efecto.

—El capitan dirigió su anteojo hácia el punto que se indicaba. Si señor, contestó, es un barco que viene á todo trapo para entrar en el puerto antes que el sol se ponga.

—¿No trae bandera? dijo el marques.

—Si señor, no la diviso bien, pero por la construccion del barco y por el rumbo que trae conozco que es inglés, y probablemente vendrá de Londres ó de Liverpool.

—Es el que esperamos, dijo entonces á su hija el marqués.

—Otra pregunta, capitan. ¿Llegará mucho despues que nosotros á la bahía?

—Allá nos veremos, y si hay alguna diferencia será muy corta.

Para comprender el vivo interes que aquella nave que aun estaba á merced de los mares y de los vientos inspiraba al marqués y á su hija, es necesario saber que esta tenia de su difunto esposo una niña que entonces tendria 18 años, y que cuatro antes habia mandado á un colegio de Londres para que recibiese allí una educacion tan esmerada y completa cual convenia á su ilustre nacimiento y colosal fortuna, pues esta niña poseia no solo el título y caudales de su padre, sino que con el tiempo deberian refundirse en ella por la muerte de su abuelo los de la casa de Gualmellato.

Muchas dificultades habia habido para su viage, nacidas no tan solo del cariño que en su casa todas la profesaban, sino de la antipatía que tenia su abuelo á que su nieta participase, al educarse en un colegio estrangero, á la par de las habilidades propias de su sexo, máximas poco conformes á su nobleza, pues bien sabia él que de estraño suelo habian venido las costrumbres modernas, que tan antipáticas le eran. Con todo, otras reflexiones relativas al bienestar y felicilidad de su nieta, vencieron las dificultades de voluntad que se oponian, y esta al fin marchó á su colegio, donde, segun las cartas de ella y de su encargado ó tutor, hizo mil adelantos, hallándose al fin en estado de regresar al seno de su familia, no solo por

que su educacion estaba concluida, sino porque habiendo llegado á cierta edad, era necesario que volviese á su casa, donde se tenian estensas y brillantes miras hácia ella.

El dia anterior habia llegado á Sevilla una carta de Londres noticiando la salida de Teresa de su colegio, y las personas á quien iba encargada, con cuyo motivo sus padres emprendieron su marcha á Cádiz, adonde ya habria llegado ó deberia llegar muy pronto el buque que la traia, para recibirla en sus brazos, pagando con esta impaciencia un tributo al cariño que la profesaban, y á lo que de ella debian y pensaban exigir en lo sucesivo.

Cádiz, que al principio parecia una nube en medio del mar, poco á poco y al paso que el vapor se acercaba iba saliendo de entre las aguas aclarándose y dejando distinguir sus torres, castillos, baluartes y almenas. Tambien á cada momento que pasaba, el buque que habia sido objeto de las preguntas del marqués, se iba acercando y ya se distinguia con suma claridad, no solo su velamen hasta el mas pequeño gallardete, sino tambien los cañones que lo rodeaban, y aun hasta los marinos y pasageras que venian sobre cubierta. Al fin los dos barcos, el de vapor y el navío de guerra inglés surcaban unas mismas aguas, y navegando ya en la bahía y bajo el tiro de cañon de las fortalezas de Cádiz, fueron á anclarse á pocas varas de distancia el uno del otro.

Los pasageros del vapor saltaron seguidos de sus equipages en multitud de botes que á su vista habian salido del puerto para conducirlos á tierra, habiendo entrado el marqués y su hija en una lancha de vela latina, que segun sus órdenes enderezó su rumbo hácia el navío que acababa de anclar. A la vista de esta lancha que se aproximaba, los pasageros de este fijaron sus miradas en ella, con especialidad una jóven que estaba en la popa y que desde luego fue el objeto esclusivo de las miradas del marqués. Luego que hubo pisado el navío, un caballero que venia encargado de la jóven se la presentó, y pronto esta se vió estrechada por los brazos de su madre y contra el helado corazon de su abuelo, que en esta ocasion no pudo menos que dar algun latido. Pasados aquellos primeros momentos el marqués dispuso á su nieta que los siguiese al vapor de donde ellos acababan de salir, pues habiendo este de volver en aquella misma noche á emprender su viage hácia Sevilla, pensaba marchar en él y no permanecer en Cádiz sino las pocas horas que faltaban para su salida.

La jóven con efecto siguió á su familia despues de haberse despedido de todos sus compañeros de viage; pero no sin haber lanzado durante este tiempo repetidas y espresivas miradas á un jóven, que apoyado en el timon del navío parecia sumergido en la mas profunda tristeza y abatimiento.

—Caballero, le dijo Teresa acercándose á él apoyada en el brazo del viejo marqués. Vamos á separarnos del todo ahora mismo, pues parece que en esta noche salimos en aquel vapor, donde ha venido mi abuelito, para Sevilla, sin detenernos aqui mas que algunas horas. Como por el peligro de que V. me ha salvado, del que mas despacio enteraré á mamá, he contraido con V. particulares relaciones, no puedo dispensarme de decirle que si alguna vez va á Sevilla tiene alli una casa donde será recibido con gusto, y una familia que desea serle útil.

—Es V. muy buena! contestó el jóven con la mayor atencion.

El marqués no pudo dispensarse de repetir la oferta que acababa de hacer su nieta, aunque en un tono seco que revelaba la etiqueta y la urbanidad al menos esperimentado en cosas de mundo.

Saltaron al fin en la lancha, y el jóven inmóvil siempre en la popa del barco siguió con sus ojos aquella barquilla que alejaba de él á Teresa, la que por su parte no dejó de dirigir tambien alguna mirada furtiva hácia el barco donde quedaba su compañero de viage.

—Has hablado, dijo el marqués á su nieta, de no sé qué beneficios que te ha dispensado ese jóven. Supongo que será cosa séria, algo mas que esas atenciones con que comunmente sirven á las damas los jóvenes bien educados.

—Sí señor. A la tercera noche de hallarnos en el mar, un viento contrario y un oleage furioso que causaron algunas averías al barco, obligaron al capitan á tomar puerto en uno á cuya vista estábamos. Cuando arribamos á él se determinó que desembarcásemos. Iba yo á poner un pie en la lancha cuando un golpe de mar rompió el cable que la sujetaba á los costados del buque y caí al agua; siendo mas dificil el librarme por lo irritado del mar y por la os-

curidad de la noche. Todos estaban perplejos sin saber qué partido tomar, y muchos ni aun sabian lo sucedido, cuando ese jóven se lanzó al agua esponiendo su vida, y despues de haber batallado algunos minutos con las olas logró salvarme..... Creo que es un beneficio que merece el ofrecimiento que á nombre de V. acabo de hacerle.

El peligro de su nieta habia afectado al marqués, por manera que sintió no haber sido mas espresivo con aquel jóven, y aun se propuso repararlo todo si venia á Sevilla, donde pensaba pagar el servicio hecho á su nieta. Pero esta le habia recompensado ya con las dulces miradas que le habia dirigido, y con una lágrima que al despedirse de él habia corrido por sus mejillas y que él solo habia notado.

II.

Teresa era el encanto, no solo de su familia, sino de cuantos tenian el gusto de conocerla. Muy superior por su educacion á las demas jóvenes de su clase, descollaba tambien entre ellas por su amabilidad y hermosura. Entrada en los 19 años, su estatura era alta, su cintura flexible como un junco, breve su pie, su color sonrosado, y sus ojos rasgados y azules de un brillo como el de las estrellas en una noche oscura. En vano al llegar á Sevilla sus padres la habian presentado en el gran mundo, héchola pasar noches enteras en bailes y elegantes saraos, á donde infinitos adoradores derramaban en sus oidos con profusion palabras de ternura y amarteladas frases.

—Teresa, insensible á tales obsequios y superior á lo que la rodeaba, en nada fijó su atencion sino por un momento, y parecia ocupada de algun secreto pensamiento que absorviera toda su atencion ocupando esclusivamente su alma.

Este distraimiento continuo, esta vaguedad en sus ideas era achacada por algunos á un aristocrático orgullo heredado de sus abuelos, y otros la esplicaban como un efecto del candor de su alma, inocente todavia, ó bien como resultado de su inesperiencia y falta de mundo. Poco á poco este estado se fue haciendo habitual y mas pronunciado, hasta llegar á convertirse á los pocos meses en una tristeza contínua, en una melancolía profunda que la obligó á dar señales evidentes de disgusto hácia los placeres, hallando solo recreacion y consuelo en la soledad que frecuentemente ella buscaba en los campos y mas solitarios paseos, que recorria á menudo acompañada de una doncella de toda confianza, y un criado que las seguia á distancia de algunos pasos.

Las mas veces escogia Teresa para sus escursiones las orillas del Guadalquivir, complaciéndose en ver llegar los vapores que venian de Cádiz. Entonces se paraba á observar la salida de los pasageros, y frecuentemente al retirarse exhalaba algun profundo suspiro que nadie escuchaba, y que solia perderse entre las ráfagas de viento, ó entre el clamoreo de los marineros que de contínuo entran ó salen con sus embarcaciones en este sitio.

Educada en un colegio, con el alma ardiente de una española, y adornado su talento con la lectura, Teresa al llegar á cierta edad se habia forjado en su mente la imágen de un hombre tal cual para su felicidad convenia; pero sin acordarse siquiera de la clase en que habia nacido, y de lo necesario que era que el hombre que ocupase sus pensamientos, tuviera en el mundo un lugar tan distinguido como el que por su nacimiento y riquezas ella ocupaba.

En los pocos dias que mediaron desde su salida del colegio á la de Lóndres, conoció un jóven, español tambien, que debia volver á su patria en el mismo buque que ella, y que se hallaba en Inglaterra, despues de haber recorrido la Italia y otros paises, donde habia estudiado cuanto podia perfeccionarlo en la pintura, que era el arte á que con mas esperanzas y deseo de gloria, que de fortuna, se habia dedicado. Se habian visto y agradado recíprocamente estos dos jóvenes, pero el pintor que desde luego concibió una pasion profunda por Teresa, fue tímido con ella, no solo porque el amor verdadero siempre lo es, sino por cuanto, habiendo llegado á saber la clase á que esta pertenecia, vió y conoció desde luego que entre los dos mediaba una distancia inmensa, y que estaban separados por un abismo que seria peligroso tal vez para entre ambos el querer atravesar. En vista de esto guardó dentro de su pecho el cariño que Teresa le habia inspirado, y sus lábios no profirieron durante los dias que pasára junto á ella, ni una sola palabra que revelar pudiera sus sentimientos. Con todo, Teresa observaba en aquel jóven una cosa particular, cierta animacion en sus palabras y miradas, un interés de tal especie, que hizo que fijase

en él sus ojos con mas detencion que la que debiera, descubriendo en él una figura varonil y simpática un alma de artista, elevada y llena de nobles y generosos sentimientos, un talento en fin despejado y vivo, á la par que adornado con mil conocimientos amenos á la vez que útiles é interesantes.

La desgracia de Teresa, el valor con que el jóven pintor se lanzó al mar para salvarla en el momento en que hasta los mas intrépidos marineros temian ser víctimas de su arrojo, la emocion que á la vista de tal peligro se marcó en las facciones de este, y los latidos de su corazon que Teresa percibiera clara y distintamente cuando su libertador, loco de entusiasmo por haberla librado de una muerte cierta, la estrechaba en sus brazos y contra su pecho con apasionada ternura, todo esto fue causa de que las buenas disposiciones que ya de antemano existian en ella hácia su compañero de viage, se formulasen (si es permitida esta espresion) que de ser un sentimiento vago, una simpatía sin objeto, pasarán á tenerlo real y efectivo, y que en una palabra se convirtiesen bajo la sombra de la gratitud, en un amor verdadero, esclusivo y vehemente cual siempre lo es el que por vez primera sentimos en nuestra vida.

El pintor firme en su propósito vió tambien los adelantos que habia hecho en el afecto de Teresa, pero no fue esto bastante para que le declarára su cariño así que llegó el dia de su separacion, sin que la pobre niña hubiese tenido ocasion de asegurar á aquel jóven hasta qué grado no seria olvidado; pero al mismo tiempo la tristeza que este manifestó al separarse, fue causa de que ella se confirmase mas y mas en la idea de que era amada, no acertando á señalar qué motivo podria obligarlo á guardar tanto silencio, cuando él podia ya tambien conocer que sus sentimientos serian bien acogidos.

En vista de esto, no parecerá estraño que Teresa se hallase disgustada en las aristocráticas tertulias á donde la llevaba su familia, que oyese con indiferencia los frívolos galanteos de los amadores de oficio, y que volase su alma á otra region mas sublime de ternura é idealismo que sin estos antecedentes, y por cierta clase de personas era imposible adivinar ni comprender.

III.

La rosada aurora derramaba ya sus plateados rayos sobre las corrientes del Guadalquivir, haciéndolos reflejar sobre las negras y lustrosas pizarras que cubren los templos de Sevilla, cuando Teresa, saliendo de la casa paterna despues de haber pasado una noche de insomnio y de tormentos, iba en busca del aire libre, y á que refrescase el ardor de su frente y la fiebre de su pecho la matutina brisa del otoño, que pura y embalsamada soplaba cual siempre en las risueñas alamedas que circundan á Sevilla bordando de eterna verdura las márgenes del Guadalquivir.

Cuatro meses hacia desde la tarde en que dió la última mirada á su compañero de viage sin que en este tiempo se hubiese presentado en su casa, ni ella tampoco hubiera podido indagar su paradero, ignorando absolutamente si habia venido á Sevilla, que tambien era su tierra natal, si se habia quedado en Cádiz, ó si acaso habia tomado algun otro rumbo sin cuidarse de verla ni darla noticias de su suerte.

Me he equivocado, se decia á sí misma; él no me ama... si hubiera sentido por mí la inclinacion que yo he creido y que aun yo mismo esperimento, no habrian pasado cuatro meses sin venir á verme; sin acordarse siquiera de mí... Pero no importa, mientras no halle un hombre como él, no daré mi mano, ni aun mi preferencia á otro... Mi familia no podrá culparme, si los que me presenta me son indiferentes... Puede que con el tiempo se disipe este sentimiento que tan obstinadamente se ha apoderado de mí... Entonces, si no dichosa, podré al menos vivir en calma.

Estos propósitos se hacia, y tales eran las reflexiones y pensamientos que cual ligeras nubes pasaban por el alma de Teresa, cuando al llegar frente á un edificio del tiempo del Rey D. Pedro, observó entre los árboles que estaban á su frente, y en un banco de piedra cubierto de yedra y murta un jóven, que aunque vuelto de espaldas, no dejó de llamar su atencion. Una negra melena caia sobre el cuello de un frac verde, y á su lado habia una caja de pinturas. El al parecer tenia en la mano un album donde trazaba con sus pinceles el diseño de aquel viejo edificio. El ruido que hizo entre los arbustos y rosales de que estaba poblado el jardin, la flotante falda de seda que vestia Teresa, hizo que el jóven volviese sus ojos hácia el parage donde se percibia aquel ruido.

Un grito de sorpresa y júbilo se escapó de los lábios de Teresa.

—Ah! V. por aquí? dijo al jóven. ¿Habrá V. llegado sin duda ayer?

Con efecto, el jóven que acababa de encontrar era el pintor, su compañero de viage, el que habia salvado su vida, en una palabra, el que ella amaba.

—¿Cuándo ha llegado V.? volvió Teresa á preguntar?

—Hace dos meses contestó el pintor.

—¿Dos meses, Raymundo?

—Dos meses, señorita.

—No lo creeria, si V. no me lo digese. ¿Y ha sido V. tan ingrato que no ha pensado en el gusto que tendria en verle la que debe á V. nada menos que la vida?

—He pensado muchas veces en V.; con todo, he creido que mi visita era poco necesaria, mayormente cuando V. tiene tantos amigos nuevos que deben haberle hecho olvidar.....

—¿A quién, á V.? No señor, nunca...

Y no bien habia acabado de pronunciar estas palabras cuando sus mejillas se cubrieron con los brillantes colores del mas encendido carmin.

—Soy demasiado necia, continuó, manifestando tanto interes al que ninguno tiene por mí...

Esta acusacion era ya demasiado terrible para que el pintor la dejase sin contestar. El amaba tambien á Teresa, su corazon era juguete de una pasion esclusiva, que habia encontrado demasiado pábulo para alimentarse y crecer en su alma apasionada y en sus ilusiones de artista. Y el silencio que con respecto á sus sentimientos habia guardado hasta allí, era debido á consideraciones que Teresa por su inesperiencia ni aun podia comprender

—V. me acusa injustamente, le dijo el pintor convidándola al mismo tiempo á que tomase asiento en el banco que él ocupaba; si V. supiera cuántos sacrificios he tenido que hacer para vencerme, y no usar de la promesa que V. me hizo presentándome veinte veces en su casa. Si V. supiera cuánto he pensado en V.

—Será verdad, dijo Teresa, cuanto V. me dice; pero no entiendo qué motivo pueda haberle obligado á ese sacrificio. Si V. deseaba verme, ¿no estaba seguro de que en mi casa seria recibido con placer?

—Por V. tal vez. ¿Pero, cómo era posible que esperara igual acogida de su familia? Y quiero suponer que se me recibiera con agrado una ó dos veces, ¿podria esperar lo mismo todos los dias? ¿Y qué adelantaba con ver á V. una ó dos veces? Ah! embriagarme con tanta hermosura, que su vista de V. diese vida á unas esperanzas que he sido demasiado prudente para no abrigar nunca, envenenar en una palabra la honda herida que ya hizo V. en mi corazon.....

—Caballero yo no creia que...

—Ah Teresa! si V. no ha conocido mi amor preciso es que haya V. fijado bien poco su atencion en mí. Es verdad que mis labios no lo han manifestado; pero en aquella noche que fui bastante feliz para tenerla entre mis brazos, ¿no sintió V. los latidos de mi pecho? ¿No llegó hasta el corazon de V. la fiebre abrasadora que devoraba el mio? ¿No quemó esas mejillas de nieve la lágrima cristalina que sobre ellas derramaron mis ojos?

Bien, Raymundo, dijo Teresa; puesto que V. me ama tanto, no tengo por qué ocultarle que no me es indiferente. Desde que le conocí le miré con predileccion; cuando V. me salvó la vida, esperimenté por V. un sentimiento de otra especie. Creí que fuese gratitud; pero harto he conocido ya que era amor. Nunca he sentido por nadie un sentimiento igual; pero tuve una pena atroz el dia en que nos separamos; despues no he hecho mas que pensar en V.; y lo he buscado por todas partes. He venido constantemente á ver los vapores que llegaban, con la esperanza de que viniera V. en ellos; he recorrido los paseos, los templos donde hay mejores cuadros, siempre pensando hallar á V., hasta que al fin cuando menos lo esperaba... Ah! somos felices...

¡Felices! ¡Ay Teresa! y cuánto nos falta para serlo. Hace un momento que nos hemos encontrado, y ya estamos conformes; porque nuestras almas lo estuvieron desde el instante de conocerse. ¡Es verdad! pero ¿qué podemos esperar de este amor? Noches enteras he pasado pensando en él. ¡La condesa del Olmo, la nieta de los marqueses mas orgullosos del reyno, y un pobre pintor que la adora! ¿Quién seria capaz de juntar dos seres que se hallan á tan gran distancia? V., Teresa, representando la aristocracia mas orgullosa de España, ennoblecida por su nacimiento, y lo que es mas en este siglo por sus inmensos caudales, y yo, el hijo del pueblo, un artista sin proteccion en el mundo, sin mas patrimonio que su paleta, sin mas méritos que algunos cua-

dros, sin mas medio para ennoblecerme que estos pinceles.

—Y esos sentimientos sublimes que su alma de V. abriga, ¿no valen nada? ¿Qué importa que V. no sea dueño de una fortuna brillante? ¿Para qué puede servirme la mia? ¿Y para qué la queremos?

—Esas palabras, dijo el pintor, valen mucho para mí, porque son un testimonio de la candidez del alma de la muger á quien yo he elegido. Pero V. no sabe, Teresa, cuantos males deben seguir á nuestro amor. ¡Ah, yo los temo mas por V. que por mí. Ese mundo que ahora idolatra en V., esa sociedad que ahora la reverencia, bien pronto si supiera nuestro cariño mudarian de opinion; pensarian que V. ha faltado á sus deberes, y que yo he abusado de su inesperiencia.

—¿Y teme V. por ventura; replicó la resuelta jóven, el fallo de esa sociedad, donde no he hallado mas que aduladores, gente frívola?

—No lo temo; lo desprecio mil veces, y no se dirá, contestó Raymundo, que una muger inesperta y débil me ha aventajado en resolucion y valentia. No hablemos ya mas de los obstáculos que á nuestra pasion puedan oponérsele. Pensemos solo en los medios de realizarla, y de ser mas pronto felices.

Teresa y el pintor Raymundo no pensaron mas en los obstáculos y males que se ocultaban tras su naciente amor.—Se abandonaron á todos los sueños de su imaginacion, y en ella se crearon para el porvenir una vida de encanto y de ilusiones, que les prometia no solo amor, sino felicidad y bien andanza para lo sucesivo. Breves por lo tanto fueron las horas que en seguida pasaron juntos; promesas de eterno cariño, sueños mágicos de ventura fueron el pasto de sus almas, y su ilusion se hubiera prolongado mas y mas, si el sol, que tocaba ya al mediodia, no hubiese advertido á Teresa que su ausencia de la casa de sus padres se habia prolongado demasiado, y de que era ya hora de retirarse.

IV.

Pasaron cerca de dos meses sin que la felicidad de estos dos amantes fuese interrumpida. Teresa, todas las mañanas, so pretesto de cuidar de su salud, daba largos paseos por las alamedas que circundan á Sevilla, y en ellas encontraba y pasaba horas enteras con Raymundo, á la sombra de los corpulentos árboles, sentados en un banco de piedra con las manos entrelazadas, alimentando uno y otro esperanzas quiméricas que estaban muy lejos de realizarse, y á las que no era ya posible renunciar por cuanto el amor de ambos habia crecido, en términos de no concebir ya la felicidad ni aun la existencia separados el uno del otro. Una sola circunstancia que al principio les habia parecido indiferente, fue la que comenzaba á turbarlos en medio de sus sueños de ventura.

Un hermano del padre de Teresa habia venido á casa de su hermana política sin duda con la idea de unirse á su sobrina, y por medio de este enlace concertar el título y riquezas de su familia. Este enlace no era tampoco desventajoso para ella, por cuanto su tio rayaba en los 40 años, y á falta de pingües caudales que ella para nada necesitaba, oficial superior al servicio de nuestra marina, podia ofrecerla un puesto honorífico, y considerado en la sociedad que él se habia grangeado con su valor y con eminentes servicios prestados á su patria.

El marques y la madre de Teresa pensaron que tal matrimonio convenia á su hija, y desde luego dieron su consentimiento, habiendo hecho saber á esta la suerte que se le preparaba, ponderándole la conveniencia y ventajas que un tan proporcionado enlace le prometia. Pero Teresa se negó abiertamente á dar su mano por entonces á hombre alguno, desalentando tambien con sus repulsas y secos modales al cariñoso tio que la prodigaba mil caricias y atenciones, y que ponia todo su esmero y cuidado en ganar un corazon que le habia de traer por dote el título de conde é innumerables riquezas.

Este, veterano ya en las cosas de mundo, no opinaba con el resto de su familia que juzgaban que la animadversion de Teresa era efecto de su inocencia y candoroso corazon; creia que su sobrina amaba en secreto, y que tal vez no habia puesto sus ojos en hombre digno de su clase. Pocos dias de trato le habian bastado para conocer el carácter de esta niña, y para persuadirse que no participaba de las preocupaciones de sus abuelos con respecto á los altos fueros de su nobleza é hidalguía. Conoció tambien que no debia esperar ningun partido de ella, y que su repugnancia al matrimonio seguiria ínterin no se emplease con ella el rigor, cosa



Raymundo y Teresa.

que su familia no haria, mientras no se persuadiese que los escrúpulos de Teresa eran nacidos de una inclinacion vergonzosa, para lo cual se propuso seguir sus pasos, espiarla de todas maneras, y aun invertir alguna suma en seducir las personas que al parecer gozaban de su confianza, y de ellas adquirir no solo noticias detalladas, sino una ocasion en que el marques se persuadiera por sus propios ojos de los amoríos de su nieta, á quien él suponia cándida como una paloma, conservando aun dentro de su pecho toda la inocencia de la edad infantil.

Para este efecto llamó á su cuarto al criado que frecuentemente la acompañaba en sus matutinos paseos y le dijo: no te llamo para saber de tí nada, porque todo está descubierto, sino porque se te supone mas complicidad en los amores de la señorita que la que yo creo tengas en efecto, y quiero ver si puedes vindicarte para que te libres del castigo que te está preparado, y á que te has hecho sin duda acreedor. Este mañoso exordio hizo temblar al criado, y lo dispuso favorablemente para un interrogatorio, en el que confesó no solo los amores de su señorita y los paseos en que por lo comun veia á su amante, sino que declaró el nombre de este, su profesion, donde vivia, y aun añadió que alguna que otra noche entraba por la puerta falsa del jardin, dispuesta por él segun órden de su señorita para el efecto, y que ésta lo recibia en su cuarto aunque á presencia siempre de la dueña, á quien estaba confiada, y que era nada menos para ella que su ama de leche.

Con estas noticias, rebosando de júbilo el astuto marino, despidió al criado despues de haberlo regalado, encargándole el secreto de la conversacion que acababan de tener, y sin olvidarse de hacerle sérias y tremendas amenazas para en el caso de que abriera sus lábios para contar lo mas mínimo que pudiese dar á entender que él estaba en el secreto.

Aquel mismo dia se procuró el tio una conferencia con su pariente el marques á quien contó cuanto habia descubierto. Despues de lo cual le añadió: Ya veis como vuestra nieta no ha desaprovechado su educacion en Lóndres. Educada lejos de la casa paterna, y por personas que aunque instruidas son del pueblo, teniendo por compañeras muchas niñas que no pertenecen á la primer clase de la sociedad, se ha acostumbrado á descender de su rango, y á no apreciar la nobleza de su sangre. Ya lo veis. Ha dado su corazon á un hombre obscuro, á un miserable pintor. Ha pasado con él mañanas enteras en medio de los paseos públicos, donde sin duda alguien los habrá visto. Y hasta le ha permitido la entrada en vuestra casa. Es necesario por lo tanto que su matrimonio se lleve á cabo cuanto antes.

El marqués se consternó, se irritó é ideó mil proyectos violentos que queria llevar á efecto en aquel mismo instante.

—No debe V. precipitarse, querido pariente. Teresa tiene un carácter obstinado, está poseida de una pasion vehemente, como lo muestra el olvido de sí misma, y si se obstinase en no casarse, no habria quien pudiera obligarla á ello. Es necesario que pierda sus esperanzas, que ese edificio de quiméricas y absurdas ilusiones que se ha forjado en su alma, se desmorone por sí mismo.

Eso es imposible dijo el marqués ¡la violencia.....

Dejadme obrar contestó el marino, sea V. dócil por unos cuantos dias, y yo prometo que Teresa renunciará á ese deshonroso amor. Todo lo tengo previsto, dejadme obrar y os prometo cortar el mal en su raiz.....

—¿Y V. cree que esto sea aun posible?

—Lo es, y yo respondo del éxito con tal de que Vd. se preste á ayudarme.

—¿Y qué debo yo hacer?

—Qué? disimular por el pronto; no manifestar á Teresa ni la mas leve desconfianza.

El marino esplicó entonces por estenso sus planes al marqués, y este halló conveniente los medios de que su pariente debia valerse para salvar de la deshonra á su imprudente nieta.

El rival que el acaso habia proporcionado al infeliz artista, era un hombre rígido en sus principios de nobleza, acostumbrado á mandar de un modo severo, y aun á castigar de una manera terrible las mas leves faltas.

Tal era el hombre que se habia encargado de estinguir la pasion de Teresa, y de hacer ilusorias las dulcísimas esperanzas que habia concebido, olvidada la infeliz niña de lo que á su clase debia, é impulsada solamente por los mas naturales

y afectuosos sentimientos de su corazon.

V.

En un piso tercero y en una de las mas apartadas calles de Sevilla, vivia Raymundo, haciendo una vida de artista, rodeado de cuadros donde habia reproducido de mil maneras y bajo mil formas la hermosa imágen de Teresa, apartado de la sociedad y con el pincel en la mano todas las horas que no estaba al lado de su querida.

Era una de aquellas tardes de Otoño, nubladas y frescas en que la naturaleza parece teñida de cierto color oscuro y melancólico que se comunica á toda la creacion.

Raymundo habia tenido que dejar su paleta porque la luz del sol reflejada al través de amarillentas nubes hacia un efecto desagradable para la combinacion de los colores

Desde el mediodia se habia sentido inquieto y agitado de una afeccion vaga y molesta que no podia definir.

Por fortuna, decia, estamos en el año 1820... época de restauracion y de libertad. Es verdad que siempre existen clases superiores á otras..... pero no es sola la aristocracia del nacimiento. El mérito, el verdadero mérito tiene abierta una senda por la que puede ennoblecerse y aun adquirir riqueza. Si ese cuadro que tengo enfrente medio concluido fuese todo lo que yo deseo; si mi obra correspondiera á mi intencion. ¡Ah! dentro de ocho dias hay una esposicion pública. El que obtenga el premio será condecorado con una cruz. Si yo la ganase... entonces podria presentarme con orgullo en casa de Teresa y decir: ella me ama, yo soy noble; esta cruz que yo he ganado no me dejará mentir.

Yo podré ser un Murillo, un Velazquez, ¿y quién es mas noble que el genio que ilustra su patria, que sabe vivir eternamente, burlarse del sepulcro y pasar á la posteridad? Este mérito nadie lo desconoce. Leonardo de Vinci vivió siempre en los palacios y murió con la cabeza recostada sobre el pecho de un Rey.—El Monarca mas orgulloso y aristocrático del mundo, Felipe II, honraba con su amistad á Sanchez Coello; los principales señores de su corte no se desdeñaban visitar el taller del artista, y un noble de aquella época no osó rehusarle la mano de su hija.—Si mi cuadro fuese siquiera como los de estos hombres célebres, mi amor no seria entonces un delirio.—Podria unirme á Teresa.

Y en seguida Raymundo cogia el pincel, iba delante de un lienzo, donde tenia pintada una vírgen, retocaba sus ropas, con una pincelada añadia nueva espresion á su rostro, y se quedaba parado, inmóvil delante de ella, porque habia hecho todo lo que habia concebido, porque habia verdad en las facciones de aquella madona, porque se destacaban sus formas del cuadro como si fuesen de una obra de escultura, porque era una figura vaga, angelical, aérea, pura, como de la madre de Dios.

Entonces las facciones del pintor se reanimaban por un momento, porque él creia que su amor no era un imposible; pero luego sin saber por qué, y á pesar de sus ilusiones, y de la brillante obra que las habia creado, doblaba la cabeza sobre su pecho, escuchaba silvar el viento entre los viejos álamos, y volvia á participar de la tristeza comun de la tarde.

Asi pasó algunas horas, hasta el momento en que, abriendo su balcon para que se refrescase su frente, vió venir y entrar en su casa una persona harto conocida, y por lo comun portadora de buenas nuevas para él. Abrió la puerta, y se presentó un hombre.

—Entra, Francisco. ¿Qué traes?

—Como siempre, una carta de la señorita; le diré que queda entregada, y que no faltará V.

Era una carta de Teresa; le decia que hacia algunos dias que su familia no la molestaba hablándola del enlace con su tio, por lo que pensaba habrian desistido de su empeño. Que lo esperaba aquella noche.

Raymundo no recibia nunca estos mensajes sin esperimentar la mas viva emocion. Encendió luz, se puso á bosquejar un nuevo cuadro, tomó un libro, leyó, en fin, esperó con impaciencia la hora de la cita.

Sonaron al fin las doce de la noche en el reloj de la iglesia de San Marcos, tomó su espada, y embozado en su capa fue por desiertas calles á buscar un parage conocido con el nombre de la Alameda Vieja. Esta gran plaza estaba desierta. Las ojas de los árboles susurraban de un modo triste con el viento que las movia. A lo lejos sonaba el Guadalquivir, y su voz contínua é interrumpida solo por los silvidos del viento se

asemejaba al penoso estertor de un moribundo.

Llegó Raymundo á unas tapias desiertas, al leve impulso de su mano se abrió una puerta habiendo penetrado en un jardin. Teresa lo esperaba; todo lo que tenia que decirle era favorable. El la habló tambien de su cuadro, de las brillantes esperanzas que habia concebido. No habia duda; los obstáculos que se habian opuesto á su amor iban á disiparse. Todo les sonreia, y en adelante todo seria risueño para ellos.

A este tiempo la luna oculta hasta aquel momento entre negruzcos celages, dejó ver en un cielo despejado su reluciente disco.

—Es hora de que te marches, le dijo Teresa. La luna esparce demasiada claridad, y alguno podria notar tu salida.

—Déjame un momento mas á tu lado, soy tan feliz cuando respiro el mismo aire que tú. Pero al fin, marcharé, nunca seria para mí tiempo de separarnos.

—Dos adioses conmovieron el aire, y un beso los separó.

Teresa subió á su cuarto y desde su ventana veia al jóven pintor que se deslizaba cual una sombra por entre los árboles del jardin.

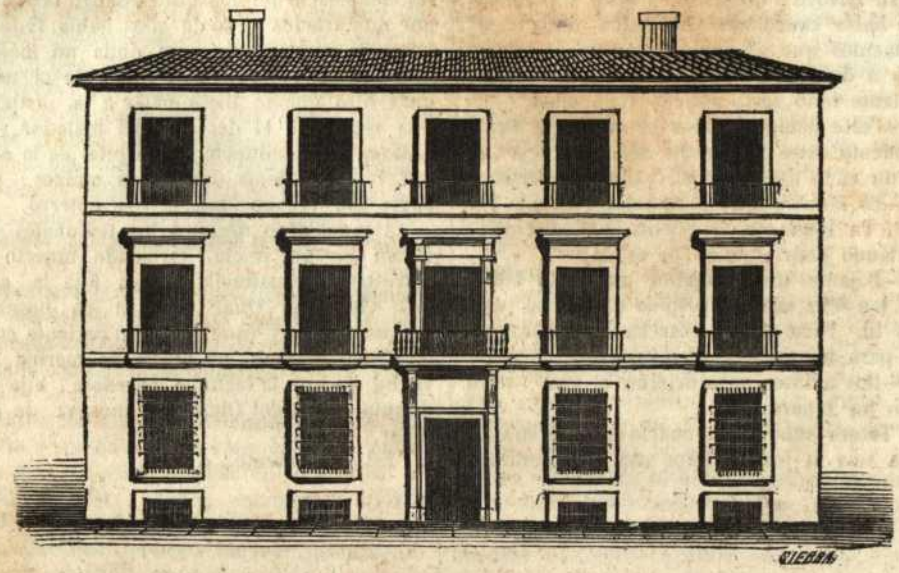
Iba ya á tocar á la puerta, cuando sonó un tiro. La luna se ocultó de nuevo entre nubes, y Teresa no pudo ver lo que habia sucedido.

A los pocos minutos los largos corredores del palacio del marqués estaban ocupados por sus criados. Uno de ellos habia visto un hombre en el jardin, sin duda un malhechor, y lo habia matado. Avisado el marqués hizo que se diese parte á la justicia; esta reconoció el derecho del matador y el cadáver fue conducido al hospital de la sangre..... No tenia deudos ni amigos, por nadie fue reconocido..... y se enterró.

Algunos años despues los tribunales decidian en un juicio. Habiendo muerto el marqués de Qualmellato y su hija la condesa viuda del Olmo, ponian en posesion de sus títulos y caudales á su pariente colateral mas cercano, un oficial de marina, en virtud de que la legítima heredera, hija del difunto conde del Olmo era incapaz de heredar.

Estaba demente.....

D. C.



LA CASA DE JACOME-TREZZO.



Esta casa, situada en Madrid en la calle de su nombre es digna de atencion por el que fue su primer dueño y habitante, como por el arquitecto que la fabricó. Fue éste el célebre Herrera, y aquel el no menos afamado grabador y escultor Jacome Trezzo, que trajo consigo de Italia Felipe II, y estuvo empleado en varias obras notables, no siendo la menos digna que salió de sus manos el magnífico tabernáculo del altar mayor del suntuoso monasterio del Escorial. Jacome Trezzo era grande amigo y admirador de Herrera, y en prueba de ello grabó un magnífico medallon bajo relieve, en que por un lado tenia esculpida la fachada principal del Escorial, y por otro el retrato del mismo Herrera, á quien lo regaló. Herrera, en cambio de este obsequio, le delineó é hizo la casa de que hacemos mencion, que se fabricó con toda holgura y decoro.

La casa de Jacome Trezzo no ha sido tan respetada como el nombre de la calle, pues ha sufrido diversas alteraciones.

E. P.

EL DUENDE DE LA QUINTA.



Unas veinte millas de Lóndres se hallaba la quinta de Baldovin, que era una morada deliciosa donde estaban reunidos todos los goces de la vida campestre: ofrecia un envidiable asilo á todo aquel que huyendo de los ruidosos placeres de la ciudad se contentase con los que la naturaleza ofrece.

Situada en el centro de una hermosa arboleda, indicaba la riqueza de su dueño. Los jardines producian abundantes legumbres y frutas; los corrales estaban llenos de gallinas; los graneros provistos de granos reservados para las malas estaciones, é infinidad de vacas pastaban en sus cercanias.

Todo el mundo envidiaba la fortuna del propietario Baldovin, hombre que frisaba en los 40, que era célibe, rico y no padecia de la gota. Todas las aldeanas se sonreian al mirarle; todos los hombres le daban la mano y todas las mamás le hacian mil cumplimientos.

Sin embargo, Baldovin estaba triste y pensativo: hacia tiempo que la sonrisa no retozoba en sus lábios; bebia poco, fumaba menos; pero en cambio reñia mucho á cuantos le rodeaban. Debemos ante todas cosas advertir que en la quinta vivian con Baldovin la vieja Dévorah, muger crédula y supersticiosa, que amaba mucho al dueño, á quien llamaba su hijo; Patrick, buen muchacho, demasiado tonto, que servia muy mal aunque con celo; Reynold, jóven y jentil labrador, adornado de inteligencia y de malicia, y cuyo rostro anunciaba tanto talento como estupidez denotaba el de su compañero Patrick, y finalmente, una muchacha de 16 años, hermosa y llena de gracias. Escusado es decir que estas gracias eran naturales no habiendo habitado mas que en el campo, donde no podia haber tomado lecciones de coqueteria. Esta linda jóven se llamaba Cecilia; era huérfana, y Baldovin se habia constituido al mismo tiempo en amo y tutor suyo.

Ademas habia en la quinta otra infinidad de criados, muchachos de labor, mozos de cuadra, &c.; pero nosotros no tenemos necesidad de relacionarnos con ellos.

Un año hacia ya que Cecilia habitaba la quinta. Antes de su llegada Baldovin pasaba el tiempo en beber, reir, cantar y cazar; su cara risueña parecia desafiar la melancolía, y sus vecinos le citaban como el compañero mas alegre, como un verdadero tronera.

¿Qué habia, pues, cambiado el humor del propietario? Tal vez se lo figurará el lector. Aquel sentimiento que ha motivado tantas metamórfosis, que confunde las clases, que acorta las distancias, que dulcifica el carácter mas altivo y hace tímidos á los mas fieros, que da talento á los tontos y que muchas veces entontece á los sábios; el amor, en fin, habia penetrado en el corazon del rico propietario, que hasta entonces se habia burlado de esta pasion: Baldovin era otro al lado de Cecilia; los encantos de la niña tenian para él mas poder que los ricos dotes de las graciosas propietarias de las cercanías; en una palabra, estaba enamorado, y por largo tiempo procuró ocultar su flaqueza.

Mas esta clase de secretos siempre aca-

ban por descubrirse.

—Es una fatalidad, se decia á sí mismo, que á los 40 años me haya enamorado de una muchacha de 16: soy un loco; mejor será morir viudo.

Despues de haber repetido lo mismo durante algunas semanas, Baldovin añadió, hablando siempre consigo mismo:

—Puesto que esta jóven me gusta, y que estoy decididamente enamorado, mucho mas loco seré si no me caso con ella. Soy rico, dueño de mis acciones; ¿qué me importa lo que digan mis vecinos? Casémonos con Cecilia.

Una vez adoptada esta resolucion, el propietario pensó solo en Cecilia y en idear ocasiones de agradarla; pero desgraciadamente para Baldovin, mientras que él consigo mismo deliberaba si le estaba ó no permitido enamorarse, otro, que tambien la amaba, sin detenerse en reflecsiones habia sobre la marcha declarado su pasion á la linda lugareña.

Este era Reynold, el mozo de la quinta, cuya inteligencia y hermosura todo el mundo encomiaba. Tenia 20 años, ojos negros y una voz sonora, lo que para una muchacha vale mas que 40 años y talegas llenas de plata.

Hay un momento en la vida en que el dinero no vale nada para nosotros, cuando estamos enamorados. Este momento pasa muy pronto, y rara vez vuelve.

Cecilia comprendió el lenguaje de los ojos de Reynold, y los suyos declararon al jóven que su amor no le desagradaba; y como es muy grato hallarse al lado de la persona á quien se ama, Cecilia y Reynold no se separaban en todo el dia; el amante iba á trabajar al lado de la jóven ó á ayudarla en sus ocupaciones: así es que cualquiera que encontrase á Cecilia podia asegurar que Reynold no estaria muy lejos.

En esta situacion Baldovin pensó declarar su amor á la jóven; pero la contínua presencia del muchacho vino á despertar sus sospechas: espió y sorprendió algunas miradas, algunas dulces palabras; en fin, vió lo bastante para conocer que su pupila no le escucharia en tanto que Reynold estuviese á su lado.

¿Mas cómo deshacerse de un jóven laborioso, fiel é inteligente, y de quien no tenia ninguna queja? Baldovin, que no queria demostrar sus celos, pensó que lo mejor era discurrir un medio para que Reynold abandonase voluntariamente la quinta, y al efecto le encargó de los trabajos mas fatigosos y de las comisiones mas dificultosas. Reynold trabajaba sin murmurar: ni la mas mínima queja salió de sus lábios; una mirada de Cecilia le hacia olvidar sus penas y sus esfuerzos.

Baldovin, no contento con esto, trató de apurar cuanto le fuese posible á su enamorado labriego: se alteró el réjimen hasta entonces observado en la quinta; las horas de comer eran siempre aquellas en que Reynold estaba fuera; cuando volvia le era preciso contentarse con lo que su amo le dejaba, y una comida fria y agua clara reemplazaron al buen vino y al sabroso puding. El pobre jóven suspiraba sin tener atrevimiento para quejarse; pero la graciosa amante, no llevando á bien que de ese modo se tratase de enflaquecer á su robusto novio, procuraba caritativamente reparar la injusticia del propietario.

A los pocos dias voló de boca en boca la mas alarmante noticia: se dijo que la quinta era teatro de escenas sobrenaturales, pues apenas el reloj de la poblacion daba las doce, infinidad de duentes y fantasmas se paseaban con el mayor descaro por la huerta y el jardin. La gente del campo por lo regular es muy supersticiosa, así es que el terror se apoderó de aquellos pobres aldeanos, sin saber á punto fijo lo que tenian que temer; pero desde que llegaba la noche todo el mundo temblaba.

Baldovin llamó á su presencia á Déborah, Patrick, Reynold y Cecilia.

—¿Qué significa, les dijo, ese miedo que os domina? qué novedad ocurre en mi casa? á quién temeis?

—A un duende, contestó la vieja Déborah, que pasea todas las noches por la quinta.

—Le habeis visto?

—Yo le he visto, esclamó Patrick; es una fantasma grande y blanca..... ronda continuamente alrededor de la despensa.

—Porqué no la has detenido?

—Detener á una fantasma!..... pues me gusta!..... me hubiera arrastrado consigo á los infiernos.

—¿Y tú, Reynold, preguntó Baldovin al jóven labrador, has visto al duende?

—Sí, sí, mi amo, repuso Reynold con prontitud; le he visto muchas veces..... es colorado y negro: he querido seguirle; pero se ha vuelto hácia mí y me ha hecho tantas

y tan horribles contorsiones, que me he visto precisado á huir.

Baldovin se dirijió entonces á Cecilia, preguntándole si tambien habia visto al duende.

—Sin duda alguna, contestó la muchacha; una noche que no dormia escuché un rumor sordo cerca de mi cuarto y tuve la curiosidad de levantarme á observar lo que era..... Ah! bien pagué mi temeridad..... y juro que otra vez no lo haré.

—Qué visteis?..... gritó la vieja, acercándose á Patrick.

—Una cosa espantosa..... Un espectro..... tan alto que su cabeza llegaba al techo; sus ojos eran grandes y encarnados..... su nariz encorvada como una hoz; su boca por lo menos tenia un centenar de dientes, ademas sus patas eran de oso, sus brazos de mono y su cola de zorro.

El propietario no juzgó conveniente prolongar su interrogatorio, porque cada nueva relacion aumentaba el terror de sus criados. Finjió creer tambien en la ecsistencia del duende; se acostó mas temprano y se encerró en su aposento, permitiendo á todos seguir su ejemplo.

El duende quedó en libertad para recorrer la quinta, pues lo mismo era llegar la noche, lejos de disputarle el paso, cada cual se apresuraba á abandonar el puesto, dejándole dueño de visitar desde la bodega hasta el granero.

Pero el duende daba la preferencia á la despensa: allí se depositaban las provisiones sobrantes, la ternera, las frutas y todo lo que debia volver á adornar la mesa del rico propietario, para quien no pasó desapercibida esta preferencia.

Una noche, despues de haber dejado al duende en entera y confiada posesion, el amo, que no dormia, salió de su habitacion armado con un gran sable y una linterna sorda; y sin hacer ruido despertó á la vieja Déborah, á quien mandó le siguiese, á pesar de la repugnancia que demostró. Hizo igualmente levantar á Patrick, el que para acompañar á su amo empezó por proveerse de un roñoso fusil, que en caso necesario le hubiera servido de estorbo únicamente. Ademas el propietario dispuso que se le reunieran algunos otros criados, pues queria sorprender al duende, y así encargó el mayor silencio.

Pusiéronse todos en movimiento, dirijiéndose á la despensa; pero en la pieza anterior á ella se distinguió una luz y se oyó ruido.

—Adelante, dijo Baldovin: vamos á sorprender al duende; pero sobre todo mucho silencio.

Fuese efecto de no haberlo oido ó del mucho miedo que le dominaba, Patrick estornudó, y la luz que se habia visto en la cocina se apagó. El propietario, enfurecido con semejante revés, marchó adelante descubriendo su linterna, y halló en la cocina al lado de la despensa dos sillas arrimadas á una mesa, que aun sostenia los restos de una abundante comida; un poco mas lejos estaba una graciosa jóven recostada contra una puerta.

Era Cecilia.

Su turbacion fue grande, á ninguna pregunta contestó, y á duras penas lograron arrancarla de la puerta. Baldovin entró en la despensa, cuya entrada la jóven se empeñaba en defender, y dijo á sus criados:

—Aquí está el duende.

Al oirlo temblaron todos, y quisieron apelar á la fuga; pero su miedo cesó cuando vieron salir al amo acompañado de la fantasma, á quien conducia por una oreja, pues un duende que se deja tratar así no debe ser muy peligroso.

Quitada la careta y el gorro que ocultaban las facciones de la fantasma, se reconoció á Reynold, que cayó de rodillas á los pies del propietario, mientras Cecilia le imitaba por el otro lado.

—Es Reynold! gritaron todos.

—Diablo! hace tiempo que yo me lo figuraba, dijo Baldovin, y á propósito he dejado pasar algunos dias para sorprenderle mejor... Hola! señorita Cecilia, parece que acostumbrais á cenar con los duendes!

—Perdon, amo mio! yo le daba de comer por la noche, mientras vos le haciais ayunar por el dia.

El propietario comprendió la leccion, y lejos de enfadarse unió á los dos amantes. De esta manera alcanzó mas que si hubiese efectuado su filosófico casamiento, que jamas le hubiera hecho feliz, al paso que así dejó de estar enamorado y recobró su buen humor.

A. L.

BIOGRAFIA DEL CELEBRE GUERRERO

GARCIA DE PAREDES.



on Diego Garcia de Paredes nació en Trujillo en 1466. Su padre, que era general de Fernando V, conociendo la disposicion de su hijo para el ejercicio de las armas, le llevó consigo á la guerra contra Portugal, á la edad de doce años, y entonces principió á dar pruebas de aquel valor que ha inmortalizado su nombre. En 1485 acompañó á su padre á la guerra de Granada, distinguiéndose tanto en los sitios de Baeza, de Velez y de Málaga con sus atrevidos ataques contra los moros, que admirado el Rey Fernando del valor del jóven guerrero, le armó caballero por su propia mano, segun la costumbre de aquellos tiempos, confiándole despues las empresas mas peligrosas. En esta campaña fue donde Garcia se encontró con un émulo de su gloria, el célebre Gonzalo de Córdoba, que era de su misma edad, y los dos contrajeron una amistad estrecha. Concluida la guerra de Granada (1492) se retiró Garcia á su patria, á donde el deber filial le obligó á estar junto á su padre, enfermo hasta su muerte. Viéndose ahora independiente, sin mas bienes que el valor de su brazo, resolvió dejar su patria para ir á Italia donde acababa de estallar la guerra entre franceses y españoles, pero sus parientes, por razones que ignoramos, se opusieron, y para impedir que se ausentase, le ocultaron el caballo y su armadura. Garcia sabia que esto habia sido hecho por alguno de sus parientes, pero ignoraba quien era, y se creyó con derecho para reparar por sí mismo la pérdida. En efecto tomó las armas y caballo de un primo suyo, y se puso en camino. No bien habia hecho una jornada cuando fue alcanzado por seis hombres armados enviados por sus parientes para hacerle volver. Garcia, naturalmente bueno mientras no era ofendido en su pundonor, como sucede con los hombres verdaderamente valientes, les amonestó volverse á Trujillo y dejarle seguir en paz su camino. Seis hombres armados, enviados espresamente para este solo intento, no era fácil desistieran por las persuasiones del jóven Garcia, y mucho menos que el arrogante jóven consintiera en volver por fuerza, como un reo bajo la escolta de aquellos alguaciles; estos quisieron hacer fuerza y aquel resistirla; la consecuencia fue venir á las manos, cuando Garcia mató á dos, desarmó á otro, y los otros tres salieron de huida, continuando él su camino sin mas interrupcion hasta Barcelona, donde se embarcó para Italia.

Llegado á Roma, fue tiernamente recibido por su tio el Papa Alejandro VI, de la familia de Borjia, quien le detuvo en aquella capital hasta que sucedió á Garcia su primera aventura en Italia. En aquellos tiempos de desafios y retos, cuando el principal mérito de un hombre era el valor personal, reynaba una semibárbara rivalidad entre los jóvenes de varias naciones. Garcia fue un dia á jugar á la barra en un paraje público, y sobre un punto en disputa un jóven le desmintió, y Garcia le hizo rodar por el

suelo de un bofeton. Todos los romanos que se hallaban presentes se unieron contra el arrogante español, y sacando cada uno las armas que tenian, comenzaron á atacarle en tropel. Garcia se hallaba sin espada, por lo que tomó la barra, y con ella mató á cinco, hirió á diez, humilló á muchos, é hizo huir á todos. Un toro enfurecido no hubiera causado mayor confusion, porque la robusta barra, que en la mano de Garcia era un juguete, amenazaba á todos con la muerte.

Pocos dias despues salió á campaña el duque de Valentinois, deudo del Papa, contra los orsinos, y dió á Garcia el mando de un cuerpo de ejército. El ejército de los orsinos estaba encerrado en Montefiascone, y las tropas del Papa no eran suficientes para escalar la plaza, ni habia lo necesario para esta operacion militar, no siendo aquellas tropas sino milicia indisciplinada. Estas dificultades hicieron la empresa digna del esfuerzo de Garcia, y sin comunicar su resolucion con nadie, avanzó con un batallon hasta el foso, hizo una escala con las picas de sus soldados, subió á la muralla matando á los que se le oponian, bajó á la calle, y haciendo huir á cuantos le disputaban el paso, llegó á la puerta, hizo pedazos las cerraduras y la abrió para que entrara su ejército, quedando así la plaza tomada. Tal fue la primera accion militar de Garcia Paredes en Italia, y la historia no recuerda accion semejante hecha por un solo hombre.

Despues de la toma de Montefiascone, fue Garcia al sitio de Ostia defendida por los franceses, pero ahora tenia consigo las tropas españolas del Gran Capitan. Abierta la brecha, Garcia fue el primero que montó á ella, hizo retirar á los enemigos, y esclamó luego «Seguidme, españoles, yo os abriré el camino;" las tropas le siguieron, y en menos de dos horas quedó rendida toda la fortaleza.

La tregua entre Francia y España le indujo á volver á su patria; pero un nuevo rompimiento entre aquellas dos naciones rivales obligó á Garcia á embarcarse con órden del Rey Fernando para ir en auxilio de los venecianos, que intentaban volver á tomar la ciudad de Cefalonia que les habian quitado los turcos, y entonces sucedió la famosa aventura de los garfios. Los venecianos apretaban el sitio, y los turcos defendian las murallas con mucho valor. Garcia se distinguia en todos los encuentros por su talla gigantesca y lo irresistible de su brazo, y no pudiendo los turcos rendirle por fuerza, tentaron apoderarse de su persona por astucia. Habiéndose adelantado en un ataque hasta el pie de la muralla, los sitiados le echaron unos garfios de hierro con tanta destreza que, enganchándole por la coraza, le subieron vivo á la muralla. Garcia no habia perdido su espada ni su escudo, y luego que quedó desembarazado de los garfios, se defendió por un dia entero de los turcos hasta caer desmayado con la pérdida de la sangre, cuando fue llevado á una torre, y aherrojado por los enemigos. Pocos dias despues, habiendo recobrado parte de sus fuerzas, oyó desde la torre gritar á los venecianos, y creyendo que estos habian dado un asalto, rompió sus grillos, salió de su prision, mató al centinela, y tomando sus armas, combatió con los turcos por las calles hasta que los venecianos tomaron posesion de toda la ciudad.

De Cefalonia partió Garcia á Roma llamado por el Papa Alejandro, para que acompañase á César Borjia contra los orsinos: y tomando la direccion de aquel ejército se apoderó de Jofara y de Faenza. La resistencia que esta última plaza hizo irritó al duque de Borjia tanto que dió órden de pasar á cuchillo á los habitantes. Garcia, á quien se debia la victoria, se indignó al oir una órden tan sangrienta, y le dijo con entereza: « No espereis tal cosa de mi brazo, yo os ayudo aquí como soldado y no como asesino; y no he de permitir ensangrentar una victoria." El duque tuvo á bien callarse, y mandó publicar un perdon á los vencidos; sin embargo, Garcia abandonó para siempre la causa del Papa, y se fue al ejército del Gran Capitan, en el que hizo hazañas tan señaladas que es imposible referirlas todas, y difícil escojer algunas, como las mas brillantes, para dar idea de las demas.

La accion sobre el Garillano está tan particularmente referida por los escritores franceses que merece mencionarse. Garcia se habia apoderado del fuerte Rocca de Andria á la orilla derecha del rio, y los franceses estaban fortalecidos á la orilla izquierda, y dueños del único puente, sobre el que habia una bateria muy fuerte. La situacion del Gran Capitan era la mas crítica: le faltaban los bastimentos, y una retirada no solo era contraria al genio de aquel general, mas sumamente peligrosa. Su ejército no llegaba á 8,000 hombres, y el del enemigo pasaba de 30,000. Era necesario consultar, y ningun

consejo podia ser mas útil que el del oficial de mas talento y valor; este era Garcia. Consultado por Gonzalo no pudo menos de manifestar el gran peligro en que se hallaba el ejército, lo que oido por el Gran Capitan le dijo: «Garcia, pues que tú no conoces el miedo, no me lo hagas conocer á mí por la primera vez.» Picado Garcia con estas palabras resolvió vengarse como héroe, esto es, por una accion estraordinaria. Los franceses incomodaban fuertemente á los españoles con la bateria del puente, y este era el punto que impedia á Gonzalo arriesgar un combate. Al dia siguiente, sin comunicar á nadie su resolucion, se presentó Garcia sobre el puente bien armado, desafiando á los mas valientes franceses á pelear cuerpo á cuerpo con él. La vanguardia de los franceses no hizo al principio caso alguno de sus palabras, pero viendo que avanzaba cada vez mas haciendo retroceder las centinelas, y temiendo que el campeon español fuese seguido por el ejército, acudieron al puente cuantos franceses cabian en él. Garcia, defendiéndose y retirándose, atrajo á los franceses hasta llenar el puente, y entonces gritó: «A las armas, españoles.» Estos atacan al puente, y como la bateria no podia hacer fuego sin destruir primero á los franceses, Garcia al frente de un batallon hizo retirar á los enemigos y se apoderó de los cañones y del puente. Gonzalo pasó su ejército al dia siguiente, y obtuvo la mas gloriosa victoria de todas las que ganaron los españoles en Italia.

Concluida aquella guerra de Italia se volvió á España, y despues de estar por algun tiempo en la corte se retiró á Trujillo, donde se casó á la edad de cuarenta años. Poco despues fue enviado por el Rey Fernando al ejército del Emperador Maximiliano, y siguió en el servicio distinguiéndose en los sitios de Verona, Vicencia, y mas notablemente en la batalla de Pavía. Es cosa singular que Garcia de Paredes, siendo de una familia ilustre, y por su valor el alma del ejército en que se hallaba, nunca quiso tomar el mando en jefe. Es probable que la única causa fue su modestia, como aparece en las Memorias de su vida escritas por él mismo para la enseñanza de su hijo, la cual se halla en la Crónica de Fernando del Pulgar. Fue condecorado con muchas órdenes militares, y murió en 1530 á la edad de sesenta y cuatro años, de resultas de una caida de caballo. Cuando lavaron el cadaver antes de ponerlo en el sepulcro, se le halló todo cubierto de cicatrices, consecuencia natural de la vida que habia tenido desde que cumplió doce años. Este bravo guerrero se halló en quince batallas, diez y siete sitios, y tomó por asalto, á la frente de su division, once fortalezas. En aquellos tiempos de desafios caballerescos en las guerras venció Garcia á cuantos moros, franceses é italianos se atrevieron á medir con él sus espadas; y como en aquel tiempo no estaba todavia introducido generalmente en los ejércitos el uso del fusil ni pistola, ninguna fuerza humana podia penetrar su escudo, ni habia armadura que pudiera resistir los golpes de su espada. Si Garcia no era muy conocido por títulos ni puestos eminentes, lo fue mucho por otro modo menos equívoco, tal fue la admiracion que sus hazañas escitaron en Europa, y la estimacion que mereció de sus soberanos.

E. I.



SANTIAGO DE CUBA.



La ciudad de Santiago de Cuba es la segunda de la isla en antigüedad, pues fue fundada por Diego Velazquez en el año de 1514. Créese que se le dió este nombre porque el primer trabajo que se hizo para su edificacion fue en la víspera ó dia de Santiago. Hay tradicion de que primeramente se estableció en un llano sobre la boca del rio de Paradas en el lado occidental de la bahia, mas era tal la plaga de hormigas, que obligó á trasladarla al sitio que ocupa en la actualidad, aunque se ignora la época en que esto se verificó.

Es capital de provincia; y como ciudad mercantil la tercera de la isla: su puerto es escelente, y capaz de admitir navios, teniendo la entrada bien defendida por el castillo del Morro y la bateria de la Estrella. Hay en la ciudad algunos buenos edificios públicos, su caserio es de buen aspecto, y sus calles rectas y despejadas.

En ciertas épocas del año no es el clima de esta ciudad muy sano, y suelen pade-



Preparan los españoles su expedicion contra Mégico.

cerse varias enfermedades endémicas, y la fiebre amarilla que hace siempre estragos. El mayor grado de calor que se observa desde el mes de Julio al de Octubre es de 30° á 31° del termómetro centigrado de Fareinth, y sin embargo en esta estacion es cuando se suele gozar de mas salud, si el tiempo no es lluvioso. Estos inconvenientes los subsana en parte la deliciosa temperatura que se goza en las cumbres de las montañas que la circundan, que están pobladas de hermosos cafetales y otras fincas, en donde prosperan fértiles y lozanos todo los vegetales, frutas y verduras de Europa, siendo ademas por la benignidad del clima, el parage mas á propósito para la aclimatacion de los que vienen á establecerse á esta ciudad, pues despues de pasado algun tiempo en este parage, se asegura que no son atacados del vómito.

La historia de esta ciudad no ofrece nada de notable, si se exceptua el que en ella prepararon los españoles su expedicion contra Mégico, y de su puerto salió la armada que condujo á Hernan Cortés y los suyos á verificar una de las mas atrevidas empresas de que hay memoria. Este suceso tuvo lugar el 8 de Noviembre del año 1518.

A. L.

CARLOS SEYMUR,

Ó EL AMOR FILIAL.

I.



Al principio del siglo pasado, un negociante llamado Seymur, habia dejado á Inglaterra, su patria, para ir á buscar fortuna en la ciudad de S. Petersburgo donde, segun noticias que habia adquirido, era muy bien acojida la industria estranjera y realizaba en poco tiempo notables beneficios.

Era entonces Seymur un hombre de treinta y cinco años, muy instruido en los negocios comerciales, y de una probidad ejemplar. Su infatigable actividad le condujo de resultado en resultado á una posicion brillante, en la cual gozaba de un vasto crédito, no tardando por consiguiente mucho tiempo en hacer que su casa fuera considerada como una de las primeras del comercio de San Petersburgo. Su casamiento con una hija de la ciudad, le habia connaturalizado, digámoslo así, con el pais, y hallábase en vísperas de abandonar los negocios para retirarse á gozar tranquilamente de su bien adquirida fortuna, cuando Dios quiso someterle á las mas duras pruebas, para hacer brillar mas y mas sus buenas cualidades.

Un comerciante ruso, celoso de la prosperidad de Seymur, concibió el pérfido proyecto de arruinarle para destruir de esta manera el crédito que alcanzaba. Dotado de una destreza perniciosa forjó tan perfectamente falsas letras de cambio firmadas con el nombre de Seymur, que cualquiera justificacion que se hubiera intentado hubiera sido imposible, á menos que no mediara un milagro del cielo. Estas letras empezaron á circular

inmediatamente, y como representaban sumas enormes á cargo de la casa de Seymur, no debian retardar una bancarrota inevitable. En vano el negociante hizo grandes esfuerzos para justificarse ante el tribunal de la falsedad de las letras, pues los peritos nombrados para examinarlas declararon que eran suyas. Su cualidad de estranjero fue tambien una de las causas que contribuyeron á que se oyesen sus quejas con poco interés. Obligado á declararse insolvente, el pobre Seymur se vió acusado de falsario y poco probo en el manejo de los negocios comerciales, y condenado á ser deportado á la Siberia por veinte años.

A consecuencia de esta decision fue conducido sin recursos en compañia de su mujer y de su hijo, niño de tres años, cuyas privaciones aumentaban considerablemente el dolor del desdichado Seymur.

Una vez en éstas áridas rejiones que vamos á describir, Seymur se habia resignado con los juicios de la Providencia: su mujer con una ternura sin límites le exhortó á la paciencia, y su corazon se abrió á la esperanza de un porvenir mas risueño. Felizmente la salud de Cárlos, que debia ser en el destierro su único consuelo, no se habia alterado en tan penoso viaje.

Seymur y su familia fueron destinados á habitar en medio de un bosque pantanoso, en el cual, y con la ayuda de algunos compañeros de destierro, se ocupó al momento en construir su habitacion de madera de pino. La techumbre era de paja cubierta con algunas pizarras; y las masas de rocas que las circundaban la ponian á cubierto de los rigores del viento del Norte y de las inundaciones del lago próximo. Sobre estas rocas de granito menudo y brillante reflejaba el sol, y en los primeros dias de la primavera brotaban algunas flores, las cuales unas eran pálidas, otras de color de azufre ó de azul muy subido, semejantes á las que bordan el lago Baikal. En las cavidades donde los huracanes habian arrojado un poco de tierra vejetal, los pinos allí arraigados empezaban á tender sus débiles ramas. De la parte del Sud al lago, veíanse algunos retamales entre los que habia esparcidos varios sepulcros de los cuales algunos habian sido abiertos, y sus huesos, blancos ya por la accion del tiempo, se destacaban de la maleza: estos huesos eran los restos de una antigua tribu nómada que habia vivido en este desierto. A otro lado se descubria una capilla en medio de un bosque, levantada allí por los cristianos; y era de notar que los sepulcros inmediatos á ella habian sido respetados como si la sombra de la cruz hubiera protegido las cenizas de los muertos.

En estos campos, pues, pasaba Seymur sus dias alimentando á su familia con el producto de la caza. Muchas veces logró matar armiños y martas, cuyas pieles son de gran precio. Con el dinero que ganaba en estas industrias hizo que le llevaran de Tobolsk muebles para su muger, y libros para su hijo. Sus largas noches las empleaba en la educacion de Cárlos, á quien hacia leer en alta voz los cuadros que ofrece la historia y sobre los que le llamaba la atencion con objeto de elevar su alma. Su madre le hacia notar los que podian enternecerle. El le mostraba toda la grandeza de la gloria y del heroismo, y ella el encanto de los sentimientos piadosos y de la bondad modesta. Su padre le enseñaba lo que la virtud tiene de grande; su madre le contaba lo que tiene de consoladora y sublime. El primero le enseñaba á respetar, y la segunda á amar. De estos cuidados solícitos resultó un valor sensible que reuniendo la energía poderosa del negociante Seymur á la angélica dulzura de su esposa, hizo de su hijo único, un ser á la vez noble y valiente como todo lo que viene del honor, y tierno y espresivo como todo lo que es hijo de la piedad.

II.

Cuando las nieves á la venida de la primavera empezaban á deshacerse dando lugar á las flores, toda la familia se ocupaba en cultivar el jardin. Seymur labraba los cuadros, su esposa preparaba las simientes, y Cárlos las depositaba en el seno de la tierra. Este pequeño jardin estaba rodeado de una empalizada cubierta de verdura, sobre la cual brillaban algunas flores blancas á manera de rosas, que son muy estimadas en el pais por ser las únicas que exhalan algun perfume. A la parte del mediodia Seymur habia formado una especie de cercado en el cual cultivaba con particular esmero otras flores estrañas á aquel clima; y cuando estas flores abrian sus capullos á la venida de la hermosa estacion, presentábalas á su esposa y adornaba despues con ellas la frente de su hijo, diciéndole: ¡Pobre hijo mio!... semejante á las flores de la patria creces en

el destierro!... ¡ojalá no perezcas aquí como ellas!..

Fuera de estos momentos de ternura permanecia siempre silencioso y grave. Veíasele durante horas enteras sumerjido en profundas meditaciones, sentado siempre en un mismo banco, con los ojos fijos en un mismo punto, lanzando suspiros hondos que las caricias de su esposa no calmaban, y que la vista de su hijo hacía mas amargos. Muchas veces le estrechaba entre sus brazos y le comprimia contra su corazon, y volviéndose á su esposa la decia: ¡Cuídame este niño, cuídamelo: su ternura y la tuya me llenan de desesperacion. Ay! pobre esposa mia! ¿por qué has consentido en seguirme á estos desiertos? Solo aquí, no sufriria la mitad de lo que sufro. Convencido de que vivirias honrada y tranquila en tu patria, creo que tendria valor para no quejarme de los males que yo pasara solo.

A estas palabras, su esposa se deshacía en lágrimas; sus miradas, sus acentos, sus acciones, todo revelaba en ella los sentimientos que agitaban su corazon, porque sentia mas los pesares de los seres á quienes mas amaba que sus propios dolores. Ver resignado á su esposo hubiera sido para ella el mejor de los consuelos.

Aunque de edad de cuarenta años, la esposa de Seymur, era hermosa todavia, y el amor que tenia á Dios, á su esposo y á su hijo, habia impreso en sus facciones otra clase de encanto que el tiempo no podia destruir. Leíase en su semblante que habia nacido para amar con inocencia, y que llenaba piadosamente su mision. Ocupada en preparar los alimentos que mas agradaban á su esposo, atenta á sus menores antojos, trataba de adivinar en sus ojos lo que deseaba para procurárselo antes que lo pidiera.

El órden, el aseo, y un cierto aire de felicidad reynaba en la humilde habitacion de la pequeña familia: la pieza mayor servia de cámara para los dos esposos: en medio habia una estufa, y las paredes ennegrecidas por la accion del humo estaban adornadas de algunos cuadros dibujados por Cárlos. Las ventanas tenian sus puertas de vidrio, lo cual era un lujo bastante raro en el pais, debido á los productos de la caza que mataba Seymur. Dos habitaciones mas pequeñas componian el resto de la cabaña, de las cuales una servia para encerrar en ella los instrumentos de cultivo, y la otra para los muebles de la cocina.

Así pasaban sus dias, ya haciendo vestidos de pieles de renos ó forrando otros. El Domingo lo pasaban en rezar, piadoso ejercicio en el cual encontraba la esposa de Seymur pensamientos oportunos para animar el espíritu de su marido.

Educado Cárlos desde la edad de cuatro años en estas regiones salvajes, no tenia conocimiento de otra patria en la cual se encontraban grandes bellezas que admirar, sin embargo de que estos paises parecen desheredados de toda riqueza. Muchas veces, despues de terminar su trabajo en el campo, trepaba sobre las rocas que bordaban el lago para cojer los huevos de los pájaros que hacian sus nidos en las hendiduras de las peñas, ó formaba un barquichuelo en medio del cual se arrojaba sin temor para ganar la orilla opuesta del lago. Nunca durante su dichosa infancia pensó que pudiera haber mayor fortuna que la suya. Su salud se fortificaba, su estatura se desarollaba con el ejercicio, y su semblante representaba la paz de la inocencia.

No hay afecciones mas tiernas ni mas permanentes que las que se concentran sobre un pequeño número de objetos; asi Cárlos, que no conocia mas que á sus padres en el mundo, los amaba con pasion, porque lo eran todo para él, los protectores de su debilidad, los compañeros de sus juegos, su única sociedad. Todo lo que sabia se lo debia á ellos, sus entretenimientos, su instruccion, eran de ellos; y conociendo Cárlos que por sí mismo no era capaz de nada se sometia gustoso á la dependencia de sus padres que no se dejaba sentir sino por sus beneficios. Sin embargo, cuando la juventud sucedió poco á poco á la primera edad y la razon empezó á desarrollarse, comprendió por las lágrimas que vertia su madre en secreto, que su padre era desdichado. Desde que descubrió estas tristes confidencias cambiaron enteramente sus pensamientos: los juegos de su infancia perdieron todo su encanto, y cuando surcaba el lago sobre su barquilla ó trepaba á las roca, era solo para entregarse á largas meditaciones sobre un proyecto que abrigaba en su corazon. Algunas veces sobre la cima de una roca con los ojos fijos en el lago, meditaba el medio de enjugar las lágrimas de sus padres. Entonces levantaba los ojos al cielo para pedirle su auxilio, y quedaba abismado en tan profunda meditacion, que muchas veces no le sacaban de su estupor ni el viento fuerte que soplaba, ni

la nieve que caia. Cuando oia la voz de sus padres que lo llamaban, descendia rápidamente de las rocas y volvia á recibir las lecciones de su padre, y á ayudar á su madre en los cuidados de su casa. Pero siempre le perseguia el pensamiento que guardaba religiosamente en su corazon, decidido á no revelarlo hasta el momento favorable de llevarlo á cabo.

El animoso niño queria partir: queria desentenderse de las caricias de sus padres, para ir solo y á pie á San Petersburgo con el deseo de arrojarse á las plantas del Emperador para obtener el perdon de su padre.

Para resolverse á acometer una empresa tan penosa, Cárlos tuvo necesidad de llamar en su ayuda la humildad que le habia inspirado el carácter religioso de su madre; porque habiendo oido quejarse tantas veces á su padre de la dureza y del egoismo de los hombres, conocia que iba á sufrir mucho antes de conseguir el perdon. Conocia tambien la ternura de sus padres para suponer que accedieran á su marcha; y ademas, aunque ellos consintieran, otro género de dificultades se le presentaban en tropel. Era necesario en primer lugar un pasaporte para ponerse en marcha, y no era probable que el gobernador de Tobolsk, que no habia contestado jamas á las cartas que le habia escrito diferentes veces su padre, le concediera este favor indispensable.

Fijo en esta idea, el buen Cárlos, se decidió á dilatar su marcha á fin de encontrar los medios mas oportunos para procurarse el pasaporte.

III.

Vivia en las cercanias un prisionero llamado Springer. Este hombre habia sido durante muchos años criado de un profesor de la universidad de Moskow, y habia conseguido por esta circunstancia la singular ventaja de pasar por un hombre de saber entre sus compañeros de destierro; Springer se vanagloriaba en ser descreido. Esta especie de locura, unida á la profesion de sastre que ejercia, le habia ido dando á conocer poco á poco entre los habitantes de aquellas regiones, los cuales le confiaban sus vestidos para componerlos, y con objeto de reir algunos ratos á costa de sus discursos estravagantes.

De los que mas se reian era Seymur, á cuya casa iba algunas veces Springer, que conociendo la piedad de Cárlos no vacilaba en mofarse de sus santas creencias; pero Cárlos soportaba todo esto, porque suponiendo á Springer muy sábio, proyectaba interesarle para que hiciera una solicitud al gobernador de Tobolsk.

Un dia que el jóven Seymur acababa de cortar leña en el bosque y se preparaba á regresar á su casa, Springer que volvia de cazar le encontró casualmente atando un haz y santiguándose muchas veces antes de cargar con él.

—Si echas algunas bendiciones mas, gritó Springer, no dudo de que Dios hará un milagro en tu favor. Dame acá esa leña que es muy pesada para tí, y te haré ver que los que no creen no son menos honrados y serviciales que los creyentes.

Tomó diciendo esto, el haz de leña que era un efecto muy pesado, y lo llevó hasta la aldea.

Durante el camino, Cárlos que no pensaba mas que en el medio de adquirir el pasaporte que necesitaba, hablóle de su proyecto y de lo que esperaba de él. Desgraciadamente el filósofo no sabia escribir, pues confesó que desde el momento en que la necesidad le habia reducido al estado de sastre, habia descuidado la literatura. Sin embargo le indicó un hombre de la aldea que podria satisfacerle. Cárlos, con esta noticia penetró en su casa contento y alegre, prometiendo aprovecharse á la mañana siguiente de las indicaciones de Springer. Hallábanse reunidos algunos vecinos en su casa, y como Springer hallara ocasion de hacer alarde de su incredulidad, dijo á Seymur al acabar de contar el servicio que habia prestado á Cárlos.

—Ya lo veis, he evitado al cielo el trabajo de hacer un milagro en favor de este pobre crédulo.

Pero Cárlos le replicó:

—¿Cómo no habia yo de poner toda mi confianza en Dios? Le he rogado un solo instante, y ya veis; si el haz de leña no ha venido solo, al menos no ha venido sobre mí. Bien veis que la Providencia ha hecho casi un milagro en mi favor, supuesto que ha permitido que me encontráseis y tuviérais el buen pensamiento de ahorrarme un gran peso. Habeis sido, señor Springer, el instrumento de la misma Providencia que negais.

A estas palabras siguió una carcajada ruidosa lanzada por toda la sociedad, de la

cual juzgó prudente el sastre retirarse en aquellos momentos para no dar lugar á un segundo caso de hilaridad.

A la mañana siguiente Cárlos fue á consultar al hombre que le habian indicado, y supo que la solicitud debia estar firmada por él mismo y no por su padre. Encargóse aquel buen hombre de redactarla en los términos convenientes, hecho lo cual volvió á su casa, hallando á su padre mas sombrío y pensativo que de costumbre, por lo cual conoció que no era aquel el momento mas favorable para lograr sus deseos.

No se le ocultaban á Cárlos los obstáculos que opondria su padre á la ejecucion de este proyecto tan aventurado como difícil, y por lo tanto sintió vivamente la necesidad de recojer sus fuerzas y de implorar el auxilio divino. Así es que á la mañana siguiente fue á la capilla del bosque para pedir á Dios el valor y la elocuencia necesaria para persuadir á sus padres.

Mientras que Cárlos rogaba prosternado en la humilde capilla del bosque, el cielo se oscureció de repente y dió paso á una de esas terribles tempestades que por todas partes siembran la desolacion y el espanto. Los vientos desencadenados se estrellaban contra el frágil edificio, que temblaba á cada momento y amenazaba ser envuelto sobre los torbellinos de nieve que caian. Sin embargo, Cárlos inclinado ante el altar, no temia á la tempestad que bramaba, porque su alma se elevaba á Dios como un asilo inviolable.

Su vida podia ser útil á sus padres, y estaba seguro de que la Providencia velaría sobre ellos. Este sentimiento, que no era otra cosa que la voz del cielo que habla á los corazones piadosos, inspiraba al jóven Cárlos un valor tan tranquilo, que en medio de las furias de los encontrados elementos y bajo el estallido del rayo, cedió á las fatigas del sueño, al que se entregó sin cuidado en un rincon de la capilla.

IV.

Al aproximarse la noche, el negociante y su esposa esperimentaron vivas inquietudes: Cárlos no parecia y ya era tarde. ¿Dónde habria ido? ¿Si le habrá cojido la tempestad?

Estas ideas aflijian á Seymur, cuando de repente esclamó su esposa con acento desgarrador.

—¿Qué habrá sido de mi hijo?

Seymur tomó su baston sin decir una palabra, y abrió la puerta de la cabaña para salir á buscar á Cárlos. Su madre desolada se precipitó detras de Seymur... El viento silbaba con estremada violencia: los árboles se balanceaban á sus soplos, y no podia atravesarse el bosque sin peligro. En vano intentó Seymur persuadir á su esposa á que se volviera á la cabaña, porque la pobre madre comprendia el peligro en que podria hallarse su hijo y se sentia animada por un valor sobrenatural. ¡Qué no puede en una débil muger el heroismo del amor maternal!

Los dos esposos empezaron á errar por el bosque, y como si los guiara un instinto salvador se encaminaron hácia la pequeña capilla. Ambos callaban, pero se comprendian mútuamente marchando con la misma intrepidez, inclinándose á cada paso para evitar el choque de las gruesas ramas que caian desgajadas de los pinos, la nieve y el viento les arrojaba á la cara los pedazos de roca que el huracan hacia zumbar sobre sus cabezas. Al cabo las fuerzas de la esposa de Seymur se agotaron, y tuvo que volverse á las repetidas instancias de su esposo.

Seymur, pues, prosiguió haciendo solo sus indagaciones, y llegando al sitio en donde se levantaba la capilla que amenazaba á cada instante desmoronarse, pensó en su hijo, y animado de un fuego estraordinario penetró en su estrecho recinto y vió á Cárlos; no espantado, pálido y temblando de frio y de miedo como se habia figurado, sino dormido dulcemente al pie del altar. Sorprendido Seymur, se detiene y por un sentimiento de respeto involuntario cae de rodillas cerca del ángel que reposaba bajo la proteccion del cielo.

Despiértase Cárlos, reconoce á su padre y se arroja en sus brazos esclamando: ¡Ah! soñaba en este momento que velábais sobre mí!

Seymur le estrechó contra su pecho, y le dijo enternecido:

—¡Qué angustias nos has hecho pasar, hijo mio!

—Perdonadme, padre mio, gritó Cárlos, y vamos á encontrar á mi madre á fin de que pueda enjugar sus lágrimas con mis besos.

—¿Qué estas diciendo? replicó Seymur: ¿sabes si podremos volver á la cabaña? ¿Podrás arrostrar tú la tempestad, cuando yo he llegado á este sitio por milagro?

—Probemos, padre mio: tengo mas fuerzas de lo que creeis; seré dichoso con que os convenzais de lo que soy capaz por ir al momento á consolar á mi madre.

Y cuando hablaba, los ojos de Cárlos brillaban con tal resplandor, que su padre no pudo menos de atribuir este valor á una fuerza sobrenatural.

Al cabo encontraron á la madre y á la esposa sentada á la puerta de la cabaña, y todos penetraron en la humilde morada llenos de alegria. En vano fuera pintar las caricias que hizo á Cárlos su madre: le hizo mudar de vestidos y le prodigó los cuidados mas tiernos, que no pudieron menos de conmover y esponer á una prueba bien dura la resolucion del generoso jóven.

A la mañana siguiente de esta aventura, Cárlos queria tener una entrevista confidencial con su padre, pero este la rehusaba; habia leido la peticion, habia admirado el valor y la ternura de su hijo, pero no podia resolverse á consentir que corriera los peligros á que se iba á esponer. Este medio era sin duda alguna el único que le ofrecia una débil esperanza de terminar su destierro; pensaba en el porvenir de Cárlos, en las privaciones que su tierna esposa compartia con él, y cuyo aspecto le desgarraba el corazon y hubiera dado su vida por regresar con su familia á su pais; pero no se atrevia á esponer para ello la vida de su hijo.

Una noche, sumerjido en estos pensamientos con la cabeza oculta entre las manos, lanzaba profundos suspiros. Su esposa viéndole tan triste dejó su labor y se puso á llorar; con los ojos fijos en Seymur y el corazon lleno de dolor, pedia al cielo le inspirase alguna de esas palabras que consuelan y que tienen el poder de un bálsamo para las aflicciones. Un poco mas lejos, en un rincon de la habitacion, miraba Cárlos á los dos, y sonreia con placer al considerar que algun dia podria enjugar aquellas lágrimas para siempre.

Seymur no salia de su actitud pensativa, por cuya razon Cárlos probó llamarle la atencion.

—Padre mio, le dijo, ¿quereis que os dirija una pregunta?

El padre levantó la cabeza, miró á su hijo con dolorosa sonrisa y le hizo seña de que hablara.

—Padre mio, replicó Cárlos. Cuando el bueno de Neiler vino el otro dia á despedirse para Saimka, os preguntó si deseabais alguna cosa.—Nada, le contestásteis.—Y bien, decidme, hoy no deseais nada?

—Nada, hijo mio, nada que este hombre pueda darme.

—¿Y quién podria daros lo que deseais?

—La justicia.

—La justicia. ¿Dónde puede hallarse?

—En el cielo sin duda, porque en la tierra no hay mas que errores y miserias.

Y diciendo esto, Seymur inclinó de nuevo su cabeza sobre su pecho. Las negras cejas que sombreaban sus párpados, tomaron una tinta mas oscura, y se abismó otra vez en su meditacion.

Despues de un momento de silencio, tomó Cárlos la palabra.

—Padre mio, y vos, mi buena madre, oidme. Hoy he cumplido diez y siete años, diez y siete años de una vida que me será muy grata si puedo consagrarla enteramente á vuestra dicha. Desde que nací habeis señalado mis dias con vuestros beneficios, á los cuales no he podido corresponder hasta aquí sino con mi reconocimiento y mi ternura; ¿pero de qué sirve mi reconocimiento si no se prueba con hechos? ¿de qué mi ternura si es estéril para vosotros? Padre mio, quisiera hacer una vez en mi vida lo que no habeis cesado de hacer por mí desde que vine al mundo.

—¿Qué nos pides, hijo mio? preguntó vivamente Seymur.

—Que me permitais ir á buscar el término de vuestros sufrimientos. ¡Y Dios sabe el fuego que me anima al dirigiros semejante súplica!

Terminadas estas palabras, cayó Cárlos de rodillas ante sus padres. Brillaba un sentimiento tan grande, tan noble en sus ojos humedecidos por las lágrimas; mostrábase con tanto valor en medio de su humilde actitud, que Seymur no pudo menos de enternecerse; quiso hablar y no pudo, quiso llorar y fue en vano; quedó silencioso é inmóvil. En medio de sus grandes infortunios no habia esperimentado una sensacion mas dolorosa y tierna que la que acababa de sentir con las palabras de su hijo. Esta alma firme en medio de la adversidad no tenia fuerza en estos momentos sublimes.

Al cabo Seymur tendió sus manos á su hijo, las estrechó en silencio, y Cárlos comprendió que esta espresion muda envolvia el tácito consentimiento de su padre.

—Dios mio, esclamó Seymur, perdonad mis murmuraciones contra las pruebas seve-

ras á que me habeis sometido. Hijo mio, añadió abrazando á su hijo; acabas de borrar diez años de adversidad.

—Padre mio, contestó el jóven, no digais que no tenemos que esperar algo en este mundo.

—Ven, hijo mio, gritó la esposa de Seymur que no habia comprendido el misterio de esta escena sentimental, quisiera amarte mas si pudiera ser. ¡Bendito seas, que acabas de derramar un bálsamo en las heridas de tu padre!

La firmeza de Seymur no pudo resistir por mas tiempo, y abrazando á su muger y á su hijo se arrodillaron á la vez para bendecir á Dios.

V.

Al amanecer del dia siguiente Cárlos llevó la solicitud á la aldea de Saimka y la puso en el correo con direccion á Tobolsk. Desde entonces se paseaba muchas veces por el camino que conduce á la capital de la Siberia, esperando siempre ver llegar el correo que le traeria el pasaporte tan deseado. Algunos dias iba á Saimka á hablar con un viejo inválido que tenia la direccion de la estafeta y la distribucion de las cartas que permitia llegar el gobierno á manos de los deportados; pero bien pronto no osó preguntar mas á este hombre, que habiendo sorprendido su secreto no hacia mas que dirigirle groseras bromas. Durante tres meses fue todos los Domingos á Saimka á informarse si habian llegado las cartas que esperaba; pero su actividad era inútil. Entonces el pobre jóven se volvia taciturno, y mas de una vez sorprendió su madre sus lágrimas, de las cuales no quiso nunca manifestarle el secreto.

Una mañana trabajaba Seymur en su jardin, Cárlos á su lado le miraba en silencio porque hasta aquel dia habia esperado su pasaporte y habia fundado esperanzas razonables en el resultado de su empresa. Defraudadas estas esperanzas, aun abrigaba otras que consistian en llevar á cabo los medios estremos que pensaba adoptar. Sin embargo, antes de hablar á su padre preparó en su imaginacion las contestaciones que debia dar á las objecciones que le opondria. ¿Pero qué contestaria á las súplicas, á las órdenes de sus padres? ¿Qué responderia cuando le dijeran llorando que la patria no era nada para ellos si la compraban á precio de su ausencia? Olvidándose por un momento de que su padre se hallaba delante; cayó de rodillas y pidió á Dios la elocuencia necesaria para convencer á los autores de sus dias.

Seymur al oirlo, volvió la cabeza, corre hácia él, le levanta y le estrecha en sus brazos.

—Hijo mio, ¿qué quieres aun? Si tu corazon está lastimado, desahógate al menos en el seno de tu padre.

—Padre mio, contestó Cárlos, no me retengais mas aquí, yo quiero partir, lo sabeis ya; permitidmelo, yo siento ausentarme, pero Dios me lo manda.

La emocion sofocó su voz y no puede acabar. En este momento se oyó un ligero ruido en la puerta de la cabaña; preséntase la esposa de Seymur y muestra á su esposo un paquete sellado con las armas del gobernador de Tobolsk. Preséntalo temblorosa á su esposo, Cárlos arroja sobre él una rapida mirada, y lanzando un grito de alegria esclama:

—Padre mio, ya lo veis; Dios me habia inspirado y os envia este decreto que debe abrirme los caminos. No hay pues obstáculos ya: os harán justicia, y seré muy feliz de haberos proporcionado la tranquilidad.

Y sin esperar respuesta se arroja en los brazos de su madre, que sorprendida de semejante escena que no alcanza á comprender esclama á su vez:

—¿Qué es esto hijo mio? ¿Qué contienen estos papeles?

—Perdonadme, madre mia, si no os lo he dicho antes. Tiemblo decíroslo porque me asustaria vuestro dolor, única cosa que apaga mi valor. Dejadme que me esplique con mi padre, porque vos no estais preparada como él.

—No, hijo mio, no, esclamó Seymur: no nos abandones. Y tú desventurada esposa, ven que te estreche sobre mi corazon, yo te daré fuerzas si te faltan.

La pobre muger, no sabiendo lo que pasaba replicó:

—¿Qué quereis decir, amigo mio? ¿No he sufrido hasta aquí con valor nuestra desgracia? Si estamos destinados á padecer mas, sufriré con resignacion entre vosotros. ¡Dios quiera que jamás nos separemos!

Cárlos quiso hablar, pero habiéndolo comprendido su madre, le contuvo diciendo.

—Cárlos, hijo mio, pídeme la vida, pero no exijas mi consentimiento para separarte de aquí.

Estas palabras decian bastante que lo habia adivinado todo. No se trataba ya de enseñarle nada, sino de disuadirlo de su idea. Cárlos bañado en lágrimas, dijo á su madre:

—Madre mia ¿si por la dicha de mi padre os pido algunos dias, ¿no me los concedereis?

—Ni uno solo, contestó la madre desconsolada. La felicidad seria enojosa, comprada con tu ausencia! ¡Oh, ni un solo dia!

Y pálida, abatida y sin movimiento, miraba á su hijo con angustia porque no podia hablar. Cárlos tampoco podia resistir á esta escena, pero recobrándose al momento, avergonzado de su debilidad, cayó de rodillas y esclamó:

—Padres mios, dejadme hablar en esta actitud que es como debe pedirse el mayor de todos los favores. Aspiro á devolveros vuestra patria y vuestra libertad. Mas de un año hace que me ocupa este pensamiento. Ha llegado el momento de realizarlo; no me lo impidais...

Seymur tendió sus manos sobre la cabeza de su hijo sin pronunciar una palabra, y su madre murmuraba llorando:

—Solo, á pie y sin recursos!... no, no puedo consentirlo, no lo consentiré.

—Madre mia, replicó Cárlos; no me lo negueis. Algunas veces al considerar vuestros dolores hubiera muerto de pesar si no me hubiera sostenido la esperanza de haceros feliz. Oh! no me arranqueis esta esperanza porque moriria con ella. Perdonadme si os aflijo. Si no me deteneis aquí, viviré; viviré, sí, mi empresa no es imposible; en mi corazon hay bastante valor para pedir justicia, y la obtendré. Las fatigas, los obstáculos, los desprecios no me intimidan; únicamente temo vuestra negativa.

—Calla, calla, esclamó Seymur, estás desgarrando mi corazon, tu virtud me arrebata, pero no puedo acceder á tus súplicas.

Reanimada con esta negativa, la madre tomó las manos de su hijo y le dijo:

—Escúchame Cárlos, si tu padre es débil ¿por qué no lo he de ser yo tambien? Perdónanos que no te demos nuestro consentimiento y que muestres al mundo un ejemplar tan grande de tu piedad filial.

—No, madre mia, en vano tratais de cambiar mi resolucion. Dejadme creer siempre que Dios no ha dado á nadie poder para volveros la felicidad sino á vuestro hijo. ¿Qué encontrais de enojoso en la ejecucion de mi proyecto? ¿mi ausencia? ¿Y no os he visto llorar en este destierro por otros seres que amais con profunda afeccion? ¿Peligros? no los temais. Los inviernos de este duro clima me han acostumbrado al rigor de todas las estaciones, y mis escursiones por medio de estos campos han endurecido mis pies. ¿Os asusta mi juventud? ella será mi apoyo mas fuerte. ¿No se compadece todo el mundo de los séres débiles? Ya veis que no hay grandes peligros que arrostrar para que abandone mi empresa. Nada me falta sino vuestra bendicion.

En fin, decidiose la marcha de Cárlos, con la condicion que aguardaria á que algun viajero le acompañase hasta las fronteras de Rusia por lo menos, porque no podian resolverse sus padres á dejarlo partir solo y atravesar los desiertos de la Siberia. Con esta condicion esperaban que pasando tiempo Cárlos abandonaria acaso su resolucion. Pero el resultado no justificó esta prevision.

VI.

Tocaba el mes de Mayo á su término y ningun viajero se habia presentado aun. Seymur veia con pena aproximarse la época de tan cruel separacion y se arrepentia algunas veces de haber dado su consentimiento.

No es muy raro encontrar en la Siberia de vez en cuando algunos pobres misioneros que para regresar á la China atraviesan estos vastos desiertos á fin de llevar á los desgraciados los sublimes consuelos de la fe cristiana, y que, como Jesucristo, no dejan pasar un dia sin hacer alguna obra de piedad. Cárlos no lo ignoraba, y llevaba á su cuello una pequeña cruz de plata que le habia dado uno de estos hombres evangélicos, á quienes habian ofrecido sus padres mas de una vez la hospitalidad: con todo su corazon anhelaba ahora la aparicion de uno de estos pobres sacerdotes, que pudiera servir de guia á su inesperiencia y de protector á su juventud. Cárlos no esperaba en vano, porque habiendo dado á conocer sus intenciones al sacerdote de la aldea de Saimka, y habiéndole rogado que le recomendara á uno de estos misioneros, esperaba que el buen pastor le enviaria el primero que llegase segun se lo habia prometido.

Un Domingo por la noche, cuando la familia estaba rezando, sonó un golpe en la puerta de la cabaña. Seymur abrió al momento y habiendo visto su esposa al peregrino que llegaba, esclamó:

—Ah Dios mio!... Hé aquí el que viene á encargarse de mi hijo!...

Y cayó llorando con el semblante sobre la mesa, sin que su piedad ordinaria le diera aliento para ir á recibir al ministro de Dios.

Entró el misionero en la cabaña: su larga y encanecida barba caia sobre el pecho: su aspecto venerable, su cuerpo encorvado mas por la fatiga que por los años le daban cierto carácter imponente y triste á la vez, veíase en él al hombre del sufrimiento, á pesar de su mirada dulce y benéfica.

—Caiga la bendicion de Dios sobre vosotros, dijo al entrar. ¿Quereis concederme un asilo en esta cabaña que encubre un tesoro mas precioso que todas las riquezas del mundo?

Cárlos le presentó un asiento, y al verle esclamó el religioso:

—Jóven, muy temprano has empezado á andar por el camino de la virtud: tus primeros pasos te guian á la salvacion porque caminas delante de todos.

Y al sentarse y oir los sollozos de la esposa de Seymur, continuó:

—Porqué lloras, muger cristiana? No está bendito el fruto de tus entrañas? No puedes llamarte hoy dichosa entre las mugeres. Si viertes lágrimas porque la virtud va á separarte de tu hijo por corto tiempo; ¿cuánto mas llorarán las que dejan arrancarse los suyos por el pecado y los pierden por toda la eternidad?

—Oh padre mio!... esclamó la madre desconsolada. ¡Yo no le volveré á ver en este mundo!

—Le verás en el cielo, replicó el sacerdote, allí le está preparado un asiento. Pero consuélate muger, yo te aseguro que le verás otra vez: grandes son los trabajos que va á arrostrar, pero Dios le sostendrá con su mano poderosa.

Seymur no habia dicho aun una sola palabra. Su corazon latia fuertemente, y el mismo Cárlos que hasta aquel dia habia sido valiente, desfallecia en algun modo. La esperanza de ser útil á sus padres le habia ocultado el dolor de la separacion, pero una vez llegado el momento, y cuando podia decir: «Mañana no oiré ya la voz de mi padre, mañana no recibiré las caricias de mi madre, y puede ser que transcurra largo tiempo antes de volver á participar de ellas,» entonces parecia que un abismo se abria ante él y temia moverse por no precipitarse.

Antes de acostarse el misionero bendijo la cena de los desterrados, durante la cual reynó la mas franca cordialidad. El buen religioso habia presidido á muchas aflicciones y poseia el arte de aliviarlas. Para cada dolor tenia un consuelo, para cada situacion tenia palabras eficaces.

Por último, arreglóse para el misionero una cama blanda y cómoda en la habitacion destinada á los utensilios de la casa y á los instrumentos de agricultura, y apenas rayó el alba, Cárlos se acercó cuidadosamente á la puerta del religioso, y habiendo visto que estaba rezando pidióle permiso para entrar y hablarle en secreto. Delante de sus padres no hubiera osado hablarle de sus proyectos y del deseo que tenia de no detenerse allí mas que hasta el dia siguiente. Contóle la historia de su infancia que no se componia sino de la ternura y del reconocimiento que sentia hácia sus padres, y al oirle el misionero enterneciose profundamente porque en ninguna parte del mundo habia encontrado un corazon como el de Cárlos Seymur.

Sus padres no sabian nada sobre la resolucion que habia formado Cárlos de abandonarlos á la mañana siguiente; pero al abrazarle se sintieron conmovidos y agitados de ese estremecimiento involuntario que esperimentan todos los seres al aproximarse la tempestad. A cada paso que daba Cárlos por la cabaña, seguíale su madre con los ojos: muchas veces le detenia repentinamente por el brazo sin atreverse á dirijirle una pregunta, pero le hablaba de los trabajos que debia ejecutar al dia siguiente y le daba órdenes que deberia cumplir un poco mas tarde.

Durante estos paseos, le dijo:

—Cárlos, hijo mio, si el tiempo está bueno, mañana irás en la barca con tu padre á pescar en el lago.

Miró Cárlos á su madre y se turbó; gruesas lágrimas asomaron á sus ojos, y la tierna muger devorada de inquietud, replicó con exaltacion.

—Y bien, Cárlos; ¿no has oido?

El jóven inclinó su cabeza sobre el pecho y contestó con voz balbuciente.

—Mañana tendreis necesidad de consuelo.

Seymur palideció, y su esposa comprendió

lo que le esperaba, pero ambos ocultaron sus lágrimas por no aflijirse mútuamente.

El buen misionero procuraba fortificar el ánimo de estos infelices, recordando las historias de la Santa Escritura, en las que Dios se muestra propicio á recompensar los grandes sacrificios de la piedad filial y de la resignacion paternal. Al mismo tiempo les daba á entender que las fatigas del viaje no serian grandes en razon de que habia recibido de una mano desconocida medios para hacer el camino mas cómodamente.

Cuando llegó la noche, Cárlos se arrodilló, y con acento inseguro pidió la bendicion á sus padres.

Acercóse Seymur con el semblante inundado de lágrimas, y tendiendo los brazos á su hijo le estrechó tiernamente contra su corazon. Despues colocó sus manos sobre la cabeza de Cárlos, y con los ojos fijos en el cielo pidió á Dios que lo protejiera.

—Y vos, madre mia, ¿no me bendecis?

—Mañana, contestó la pobre madre, mañana.

—¿Y por qué ahora no? preguntó Cárlos.

—¡Ah! sí, hijo mio, todos los dias, á todas horas, esclamó la madre desconsolada.

A pocos pasos rezaba el misionero; hubiérase dicho al verlo que la virtud rogaba por la inocencia. ¿Qué otras oraciones hubiera recibido Dios con mas agrado?

Durante la noche se ocupó Cárlos en hacer sus preparativos de viaje que consistian en un vestido, unos zapatos, y algunas provisiones que habia preparado su madre. Con tan pequeño atavio iba á atravesar un espacio inmenso.

Antes que rompiera el dia Cárlos llamó al misionero y le dijo:

—Partamos, padre mio, antes que despierten los seres que voy á dejar, porque no tendria valor para despedirme.

El misionero accedió gustoso á esta peticion, y cuando Cárlos se encontró en medio de la floresta, volvió la cabeza para saludar por última vez la cabaña diciendo:

Dios mio, protejedlos, conservadles la vida hasta que pueda regresar para traerles la felicidad.

VII.

La aurora empezaba á dorar la cima de los montes y las copas de los árboles, pero todo reposaba aun. Ningun soplo del viento rizaba la superficie del lago ni agitaba las hojas de los pinos; los pájaros dormian aun acurrucados en sus nidos, y no habian aun interrumpido el silencio de la naturaleza con sus cantos matinales. Asi es que los padres de Cárlos no pudieron apercibirse hasta bien tarde de la marcha de su hijo.

Un mes tardaron nuestros viajeros en atravesar los bosques y los húmedos desiertos de la Siberia, que sufren en esta estacion terribles inundaciones. Algunas veces los aldeanos tártaros les permitian subir en sus carretas mediante una pequeña retribucion, y todas las noches descansaban en cabañas tan mezquinas y pobres, que solo el hábito de la desgracia y de la escasez podia hacer que Cárlos conciliara un momento de reposo. Acostábase siempre vestido sobre un mal lecho de hojas y pieles, en habitaciones impregnadas de un aroma pestilente, donde el viento penetraba al través de las ventanas hendidas, habitaciones en las cuales se hallaban mezclados los pobres moradores con los animales mas inmundos.

A alguna distancia de la ciudad de Tioumen, que es la primera de la Rusia europea, se estiende un bosque que señala el límite del gobierno de Tobolsk. Cárlos notó al atravesarlo que salia del punto de su destierro, pero creyó que dejaba su patria porque la patria es el lugar en donde se encuentran las afecciones de la familia. Estar en otra parte del mundo causaba en Cárlos un pesar mas grande que el que habia sufrido haciendo tan largo viaje. Dejaba en Asia sus únicos protectores, los únicos seres á quienes amaba. ¿Y qué encontraria en esta Europa tan célebre por sus luces, en esta corte imperial emporio de la riqueza y del talento? ¿Encontraria un corazon que se conmoviera á la vista de su miseria, de su debilidad, y á quien pudiera pedir un apoyo? ¡Ah! no conocia á nadie, escepto al misionero en cuya compañia continuaba su camino. Pero un hombre que habia pasado sesenta años en hacer beneficios, se decia Cárlos, debia merecer alguna consideracion en la tierra: y este pensamiento alimentaba su esperanza.

Hácia los primeros dias del mes de Setiembre llegaron á las orillas de la Kama que era la mitad del camino. Si el cielo hubiera permitido á Cárlos terminar su viaje del mismo modo que habia empezado, hubiera

creido pagar débilmente la dicha de procurar la felicidad de sus padres; pero todo iba á cambiar, pues con la mala estacion se aproximaba el momento que iba á someter su valor á las mas duras pruebas.

VIII

Despues de algunos dias, el misionero empezó á debilitarse estremadamente: caminaba con trabajo, y aunque apoyado en su báculo y sobre el brazo de su jóven compañero, se veia obligado á descansar á cada instante. Si subia en alguna carreta, el camino sembrado de peñascales le causaba vivos dolores con los sacudimientos, que agotaban sus fuerzas, aunque no disminuian su valor un instante. Sin embargo, al llegar á Sarapoul, ciudad grande, que se levanta á la orilla derecha de la Kama, el buen religioso esperimentó tal desfallecimiento que no le fue posible pasar mas adelante. Recojido en una miserable cabaña, la única habitacion que se le destinó, era una especie de establo espuesto á las injurias del tiempo, por cuyas ventanas sin puertas penetraba el frio mas espantoso. Ni una silla, ni un escabel donde sentarse tenia el pobre sacerdote. Arrojóse pues sobre un poco de paja, y al verlo Cárlos en esta situacion, le asaltaron funestos pensamientos. Pidió un médico, y no lo habia en la aldea; y como viese que los dueños de la casa no se tomaban ningun interés por el pobre moribundo, se vió precisado á inventar algunos medios para aliviarlo.

Por de pronto, le abrigó con unos viejos tapices que encontró pendientes en una pared, y despues fue á recojer al campo algunas yerbas para hacer una bebida que confortase al pobre religioso.

A medida que la noche se acercaba, se agrababa el mal del misionero, y Cárlos desconsolado, no podia contener su dolor ni sus sollozos. Algunas veces se alejaba de su lado por no entristecerle, y el sacerdote que oia sus gemidos se lamentaba á su vez de esta desgracia porque conocia que todo habia concluido para él.

No asusta la idea de la muerte cuando se ha empleado la vida en hacer beneficios; ¡pero cómo se siente abandonar la tierra cuando hay algo en ella que cumplir!

—¡Dios mio! murmuraba en voz baja el misionero; ¡yo adoro vuestra voluntad; pero si me hubiérais permitido conducir este huérfano á su destino, me parece que hubiera podido morir tranquilo!

Cárlos habia encendido una lumbre de resina, y veló toda la noche cerca del enfermo. Un poco antes de amanecer aproximose para darle agua: el misionero sintió que su voz se apagaba: levantóse con trabajo, tomó el vaso de las manos del jóven, y dirijiéndose al cielo, esclamó:

—¡Dios mio! os encomiendo este niño, á vos que habeis prometido que un vaso de agua ofrecido en vuestro nombre no seria un beneficio perdido!

Estas palabras revelaron á Cárlos la inminente desgracia de que se hallaba amenazado. Con efecto el religioso sentia que se aproximaba su última hora, y el pobre huérfano cayó de rodillas con la frente cubierta de un sudor frio y lanzando profundos sollozos.

—¡Dios mio!..... piedad de él, murmuraba el misionero arrojándole miradas de compasion. Al cabo, habiendo llegado la enfermedad á su mayor altura el sacerdote dijo á Cárlos.

—Cálmate, hijo mio, te lo pido en nombre de Dios, y escúchame. Vas á sufrir mucho viajando solo en esta rigorosa estacion, pero el temor de Dios y el amor de tus padres te protejerán. Tu piedad, tu afecto filial merecen una recompensa, y espero que Dios te la conceda.

Ahora, toma esta bolsa. Las economías que contiene podrán servirte para que continúes tu camino. En el momento de mi muerte te bendeciré, porque la bendicion de un anciano lleva consigo la felicidad. Tu virtud encontrará sobre la tierra la recompensa antes de que el cielo te dé la gloria eterna.

A estas palabras se detuvo el buen religioso, comprimióse su respiracion, y algunos instantes despues no quedaba otra cosa que el despojo mortal de un hombre virtuoso, cuya alma se habia elevado al cielo.

Cárlos gemia dolorosamente, y rezaba arrodillado junto al cadáver del misionero.

IX.

Cuando el sacerdote de la aldea tributó los últimos deberes al misionero, Cárlos Seymur se puso en camino sin otro apoyo en este mundo que el de la Providencia. Pare-

ciale que nadie se interesaria ya por él, y cuando se encontraba algun carruaje, no osaba suplicar que le permitieran subir a él por temor de algun desprecio ó insulto.

Una nueva tempestad estalló el mismo dia de su partida, viéndose precisado á pasar toda la noche á la intemperie y á sufrir los rigores del clima. Al rayar el dia se arrastró penosamente hasta el camino real donde lo recojió por fortuna un carretero que por él pasaba.

Algunos dias despues, llegó Cárlos á las orillas de un gran rio, cuyo paso era impractible á causa de los témpanos de carámbano que flotaban en la superficie. Los barqueros que no osaban atravesarlo sino por medio de una gran retribucion, se burlaron del pobre desamparado que les suplicaba lo trasportasen á la orilla opuesta, diciéndole que esperase á que estuviera helado todo el rio.

El desgraciado jóven ya desesperado, llevó su temeridad hasta el punto de aventurarse sobre un pedazo de hielo, que felizmente le condujo á la estrema orilla. Despues continuó su triste peregrinacion, durante la cual se encontró muchos con una multitud de objetos que herian su alma con dolorosas impresiones, ya indigentes que mendigaban, ya infortunados cautivos cargados de hierro que iban destinados á la Siberia.

Por último, despues de mil peligros, de mil sufrimientos y de mil privaciones, llegó Cárlos á San Petersburgo un Domingo, cuando el sol elevándose limpio y radiante sobre la poblacion rompia las nieblas de la mañana. Por todas partes circulaba una multitud engalanada y bulliciosa: sonaban las campanas alegremente anunciando alguna festividad, y los carruages cruzaban presurosos en todas direcciones. Al notar este movimiento, acercóse á un caballero que paseaba por una plaza donde habia un cuerpo de guardia y un edificio que parecia un palacio y le preguntó. ¿Qué festividad se celebra hoy?



El caballero le miró desdeñosamente y le contestó:

—¿De dónde vienes tú que me dirijes tal pregunta? ¿No sabes que el Emperador concurre todos los Domingos á misa, y que durante su tránsito puede cada cual acercársele y saludarlo?

Cárlos no escuchó mas: el toque de las trompetas anunciaban la aproximacion del Emperador, que precedido de fastuoso acompañamiento no tardó en dejarse ver sobre un soberbio caballo cubierto de oro y pedrería. Al verlo, Cárlos se arrojó entre los pies del caballo, á pesar de los esfuerzos de los soldados que quisieron detenerle, y ajitando un papel con sus manos, gritó: ¡Gracia!... ¡Gracia!

Este incidente inesperado causó un movimiento general de admiracion; el Emperador preguntó qué era lo que queria aquel vagabundo, porque el aspecto de Cárlos era muy miserable. Conducido ante el soberano,

desplegó el pasaporte del gobernador de Tobolsk, que contenia un elogio admirable del generoso proyecto que habia dado á un niño el valor de arrostrar tantas fatigas y peligros por afecto filial. A su lectura, preguntó sonriendo el Emperador:

—¿Qué puedo hacer en tu favor?

—Gracia para mi padre, que ha sido condenado injustamente, esclamó Cárlos.

—Se le hará justicia, si es verdad lo que dices, hijo mio: contestó el Emperador.

Y llamando á uno de sus chambelanes le dió órden para que revisara todas las piezas del proceso de Seymur, y le diera en el término de tres dias una relacion circunstanciada de este asunto.

A esta resolucion magnánima lanzó el pueblo un grito de admiracion, y un ¡*viva el Emperador*! se oyó en medio de los aires.

El soberano dirijió aun otra mirada sobre Cárlos Seymur, que estaba arrodillado y lloraba de alegría.

—Eres un héroe, le dijo: si tu padre es inocente, tengo bastante poder para reparar la injusticia que se le haya hecho, y si es culpable, le haré gracia por tí.

Despues de estas palabras, hizo señal á sus oficiales, y la comitiva siguió su camino hasta la iglesia, en donde entró el Emperador feliz por haber empezado el dia por un acto de clemencia ó de justicia.

El chambelan hizo conducir á Cárlos á su propia casa, y despues de haberle hecho tomar un baño le dió vestidos decentes con que cubrirse.

A los pocos dias se revisó la causa de Seymur, y fue reconocida su inocencia. Espidiéronse por lo tanto las órdenes oportunas al gobernador de Tobolsk, que mandó en seguida ponerlos en libertad.

Los desterrados dieron el último adios á su pobre cabaña, y á esta tierra salvaje que habia presenciado tantos años de sufrimientos.

En la mitad del camino encontraron un convoy de cautivos entre los cuales iba el acusador de Seymur, á quien no pudo menos de compadecer á pesar del odio que habia sentido por él.

Esta virtuosa familia entró en la posesion de sus bienes, y vivió dichosa y tranquila.

El Emperador se encargó del porvenir de Cárlos, cuya historia ha sido conservada fielmente como el mas heróico modelo de amor filial.

M. D. F.



TRIBUNAL DOMESTICO DE JUSTICIA

DE LOS MONTENEGRINOS.



os Montenegrinos, son entre los pueblos esclavones del Mediodia, los mas valientes, aunque los mas salvajes. Este pueblo habita un pais rodeado de altas montañas, casi inaccesibles al enemigo; asi es que los turcos nunca han conseguido sobre este pueblo mas que una dominacion puramente nominal. Se han contentado casi siempre con ecsijir un lijero tributo, dejando la administracion y el gobierno al «Uladika» (Arzobispo) de Montenegro, que, como correligionario del Czar, está protejido y dominado por la Rusia. Ademas la autoridad del Uladika es bastante limitada, pues los montenegrinos, aunque en apariencia están sometidos á algunas de las leyes rusas, han conservado fielmente la mayor parte de sus tradiciones. Entre ellas la mas arraigada es la «justicia de familia,» cuyo ejercicio ha resistido á todos los proyectos de la forma, y de la que vamos á presentar un ejemplo.

Hace algunos años que un rico negociante de Moscovia, llamado Niresta-Andrejevisch Lakarof, habia ido á establecerse en Belgrado en una elegante habitacion, contigua al castillo de un príncipe boyardo, cerca del arsenal. Este negociante, cuya fortuna no bajaba de cuatro millones de rublos, tenia dos hijos al servicio de la Rusia: el mayor, que tenia ya el grado de capitan en el regimiento de húsares de Loumsne, se llamaba Nicolas, y el menor Pablo, teniente del regimiento de lanceros de Volynia. Los dos jóvenes oficiales, habiendo ido á pasar algunos meses al lado de su padre, trabaron á poco tiempo una íntima amistad con uno de los jóvenes mas distinguidos de la ciudad, llamado Milan Doukovisth, hijo mayor de Douka Orlitch, boyardo montenegrino y padre de nueve hijos, ocho varones y una hembra. Milan, que habia sido recibido con la mayor amabilidad y agasajo por el negociante, quiso á su vez recibir á sus nuevos amigos entre su familia, y los convidó á que fuesen con él al castillo de Borozelajocea, en el que habitaba su padre, ofreciéndoles entre otros placeres, el peligroso pero al mismo tiempo tan caraterístico del Norte, de la caza de osos.

El aspecto del castillo, al cual llegaron despues de dos dias de marcha, nada ofreció de atractivo ni de nuevo á los dos jóvenes oficiales rusos. Era una especie de antiguo castillo feudal rodeado de altas murallas almenadas, cuya mayor parte estaban destruidas. Despues de haber atravesado un espacioso patio, sombrío y silencioso, los dos jóvenes oficiales se encontraron en un vasto salon en cuyas paredes veíanse suspendidos colmillos de javalí, astas de ciervo, cueros y algunas pieles humanas, conserva-

das por una composicion particular; pues los montenegrinos, como los salvajes que pueblan la India, tienen por grandes trofeos los despojos de sus enemigos: los indios solo arrancan la cabellera, al paso que los montañeses de Montenegro los degüellan y arrancan la piel.

Sin embargo de estas costumbres bárbaras, los jóvenes Pablo y Nicolás fueron recibidos con aquella cordialidad y hospitalidad antigua, por el anciano boyardo, por sus restantes siete hijos, y por su hija, encantadora niña de diez y ocho años, que tenia por compañera de sus placeres á una parienta suya, jóven tambien como ella y no menos linda. Asi es que desde el dia siguiente de su llegada, los dos moscovitas encontraron aquella mansion mucho mas agradable de lo que creyeron en un principio. Sin embargo de su poca cultura, la hija y sobrina del Douka sentian en alto grado los instintos de la civilizacion; asi es que no pudieron permanecer indiferentes á las dulces palabras de los rubios moscovitas, cuyos finos modales y elegantes maneras formaban un contraste muy ventajoso al lado de aquellos toscos y groseros montañeses; no tardaron mucho en amarse, luego se lo dijeron, y vinieron en pro las promesas, los juramentos, y fueron tales el talento y los progresos de los dichos oficiales rusos, que á los quince dias ya tenian arreglado su compromiso.

Entretanto los ocho hermanos esperaban con impaciencia el momento favorable para la partida de caza, con la cual trataban de agasajar á sus huéspedes, cuando á los diez y seis dias de la estancia de los jóvenes oficiales en el castillo, á eso de la media noche, uno de los ocho hermanos se despertó á los mujidos de una manada de lobos que se oian cerca del castillo. Se levantó en seguida, vió que el tiempo estaba hermoso, ni la mas lijera nube oscurecia el disco de la luna, cuyos rayos plateaban la inmensa llanura; cojió entonces sus armas, fue á despertar á su padre y á sus hermanos, y creyendo causar una agradable sorpresa á los dos moscovitas, entró precipitadamente en su habitacion para advertirles se preparasen para salir á la caza.

Pero apenas habia penetrado en la habitacion cuando se detuvo como herido del mas profundo estupor: los cabellos se le erizaron, los labios se movian sin proferir una palabra, pues acababa de ver al lado de los moscovitas á su hermana y á su prima. A la sorpresa sucedió el furor: tiró del sable montenegrino, y en el momento de herir se detuvo como acometido de una nueva idea; despues salió de la habitacion sin hablar una palabra, cerró fuertemente la puerta, y corriò á contar á su padre y á sus hermanos lo que acababa de descubrir.

Lo primero que hicieron fue asegurarse de todas las salidas, para que los culpables no pudiesen escapar. Despues el boyardo y sus ocho hijos se constituyeron en tribunal de familia; hicieron comparecer ante aquel terrible tribunal á los cuatro culpables, los dos oficiales rusos con las manos atadas á la espalda, y las dos jóvenes cubiertas con un largo velo negro.

El mayor de los hermanos, vivamente conmovido al ver á su hermana y prima en aquel triste estado, y quizás enternecido por un recuerdo de civilizacion, pues habia recorrido la Molo-Valaquia y la Hungría, tomó la palabra el primero y dijo:

—El crímen es evidente, pero los culpables pueden todavía esperar el perdon de la clemencia y piedad de nuestro padre. Que estos dos hombres soliciten la gracia de ser los esposos de las desgraciadas que han seducido!

— ¡Silencio! esclamó el viejo boyardo á su hijo Milan. ¿Eres tú acaso el que debe proponer este vergonzoso medio? ¿Desde cuándo son tan cobardes los montenegrinos, que imploren la compasion de los seductores de sus hijas? Nuestro honor no quedará marchito, porque tenemos los medios de castigar á los traidores que han osado mancillarlo!... Hijas de Montenegro, yo no soy aqui ni vuestro padre, ni vuestro tio; solo soy vuestro juez. Responded: ¿habeis sido arrastradas á vuestro crímen por la seduccion, ó habeis cedido á la violencia?

Las dos jóvenes derramando abundantes lágrimas cayeron de rodillas, y esclamaron: ¡Somos culpables!

—El crímen está confeso, continuó el boyardo; ya no se debe tratar mas que del castigo.

Entonces sin moverse de su asiento, consultó con una mirada á sus hijos, en seguida estuvo algunos momentos pensativo, y luego con voz sorda pero fuerte, de modo que todos lo oyeran, dijo: «¡La muerte!»

El mayor de los hermanos guardó silen-

cio, pero los otros siete esclamaron á la vez: «¡La muerte! ¡la muerte!»

—Si nos condenais sin oirnos, dijo entonces con calma el mayor de los oficiales rusos, no sois jueces, sino asesinos. Nosotros no hemos tratado jamas de mancillar vuestro honor, y para probártelo, boyardo montenegrino, te pido la mano de tu hija para mí, y la de tu sobrina para mi hermano.

—¿Es acaso el temor de la muerte lo que te hace hablar así? le contestó el viejo Douka.

—Si temiéramos la muerte, respondió con altivez el moscovita, no llevaríamos la espada á nuestro lado.

—Pues bien, añadió el boyardo, que venga un sacerdote, y que se efectúen los matrimonios al instante.

—Los sentimientos que ha manifestado mi hermano son iguales á los mios, interrumpió en este momento Pablo, el mas jóven de los dos oficiales; pero nosotros debemos, como no ignorais, respetar tambien la autoridad de nuestro padre. Su consentimiento es ademas necesario para la validez de nuestra union, por lo tanto un plazo de quince dias es indispensable para que obtengamos su permiso.

—Quieren escaparse, esclamó Juan, el mas jóven de los hijos del boyardo; no les concedais este plazo, porque la fe de un moscovita es la de un traidor.

El montenegrino estuvo algunos momentos perplejo: despues de haber permanecido algun tiempo meditando, se dirijió á los oficiales rusos, y les dijo: Partid, estais libres; pero si en el término de veinte dias no estais de vuelta, irémos á buscaros, y entonces se hará justicia. ¡No olvideis que un montenegrino no falta jamás á su palabra!

Nicolás y Pablo Lakarof marcharon bajo la impresion de esta escena imponente: pero escapados despues del peligro, miraron este acontecimiento como una aventura juvenil, de tal modo, que llegados á Belgrado ni siquiera hablaron á su padre de su promesa ni de los peligros que habian corrido.

Sin embargo, algunos á quienes refirieron esta aventura, que conocian el carácter de los montenegrinos, les aconsejaron se marchasen de la ciudad y fuesen á reunirse á sus regimientos en donde estarian con mas seguridad. Por el pronto despreciaron estos consejos; pero habiendo trascurrido los veinte dias del plazo concedido, se acordaron de las amenazas del viejo boyardo, por lo que para evitar algun encuentro fatal, determinaron pasar á Moscou.

La víspera del dia señalado para la marcha de sus dos hijos, el negociante Lakarof reunió á sus amigos á cenar para despedirse de ellos: la cena se habia prolongado mucho y era ya muy entrada la noche, cuando de repente se abrió con violencia la sala en que estaban runidos los convidados, y aparecieron el viejo boyardo y seis de sus hijos, habiéndose quedado los otros dos en el patio guardando los caballos.

Antes que los convidados hubiesen tenido tiempo de volver en sí de la sorpresa, estaban ya agarrados los dos oficiales moscovitas, por los nervudos montenegrinos, y sacados fuera de la sala con tanta rapidez que no pudieron defenderse de modo alguno.

—Vosotros no habeis cumplido vuestra palabra; pero yo he venido á cumplir la mia! Esta fue la siniestra despedida que dirigió el viejo Douka á los rusos que estaban presentes y aterrorizados, y apenas concluyó la última palabra, cuando él y sus hijos estaban ya montados en sus caballos, y con sable en mano atravesaron á galope la ciudad de Belgrado. Los dos hijos mayores del terrible anciano llevaban delante de ellos, al través sobre sus caballos, como una inmunda carga á los dos culpables que habian jurado castigar.

Los gritos y los lamentos del viejo negociante Lakarof, fueron inútiles, pues nadie se atrevió á perseguir á los montenegrinos, y habiendo la Autoridad enviado á una compañía de albanenses en su persecucion, apenas se enteró del caso el oficial que la mandaba, declaró que no saldria de la ciudad, ni tentaria nada contra el boyardo, en razon de que el juicio se habia celebrado con las fórmulas prescritas, y que seria un sacrilegio el oponerse á la ejecucion de la justicia de familia.

Lakarof lleno de desesperacion, se decidió á ir él mismo á reclamar sus hijos del boyardo. Tomó una escolta en Belgrado, y se dirigió á Borozelajocea. Su dolor fue intenso y terrible al acercarse al castillo, pues vió cerca de sus murallas los deformes cadáveres de sus dos hijos, cuyas sangrientas pieles estaban suspendidas de una horca, colocada en frente de la puerta principal.

A pocos pasos estaban tambien estendidos los cadáveres de las dos jóvenes que habian

sido decapitadas. A los gritos y ayes de dolor que exhalaba el desgraciado Lakarof, arrastrándose por el suelo, y arrancándose la barba y los cabellos, el boyardo y sus hijos salieron del castillo y aparecieron en aquel teatro de espanto y desolacion.

—Se ha hecho justicia, dijo con voz sorda el anciano Douka; llora, y llévate los cadáveres de tus hijos, nosotros solo queremos conservar sus pieles, que deben cubrir las tumbas de mi hija y de mi sobrina.

Lakarof se dirigió al Uladika de Montenegro, y le pidió justicia por el crímen cometido en las personas de sus hijos. Se reunió el consejo de los ancianos; pero declararon estos que en semejantes circunstancia, el tribunal de familia tenia el derecho de juzgar, condenar y ejecutar, y que por lo tanto la conducta del boyardo no habia traspasado los límites de su derecho.

Esta justicia de familia ha dejado en la historia innumerables y terribles ejemplos.

En 1724 Ismail-Bajá, que habia sido enviado para sofocar la rebelion de los bosnios, deshonró á una muger que pertenecia á una de las tribus de los montenegrinos; apenas se supo este atentado, se reunieron los ancianos de la tribu, y condenaron á Ismail-Bajá á ser degollado y hecho pedazos. Para conseguirlo se introdujeron quince individuos de la tribu en el campo del Bajá, lo sorprendieron en su tienda, se apoderaron de él, y la sentencia se ejecutó con toda su salvaje crueldad.

En 1768 Mustafá Agá, comandante de los genízaros del Bajá de Scutari pereció del mismo modo por un delito semejante.

En 1792, un oficial ruso que habia seducido á la muger de un montenegrino, fue tambien degollado; la muger adúltera decapitada, y el marido se espatrió por no permanecer deshonrado entre sus compatriotas.

La inflecsible severidad de esta costumbre no influye poco en la pureza de las costumbres de los montenegrinos: asi es que la seduccion y el adulterio acontecen muy rara vez. Hay en el pais un proverbio que lo repiten á todos los estranjeros que llegan al pais y que dice: «No mireis á las hijas de Montenegro, si no quereis que vuestra piel se seque al sol »

F. C.



DON AGUSTIN ARGUELLES.



Uno de los hombres mas notables que ha producido la revolucion española en el siglo que atravesamos ha sido D. Agustin Argüelles, cuya elocuencia le grangeó por algun tiempo el dictado de *Divino*. A esa misma elocuencia particularmente, y á haber figurado siempre al frente de los hombres de ideas mas avanzadas, sin que la edad ni los desengaños modificasen sus ideas, debe el gran prestigio que gozó en su partido, y el elevado y honorífico puesto en que brilló en los últimos años de su vida. No cumple á nuestro propósito inspeccionar las causas que lo lanzaron y le hicieron permanecer constante adalid de los derechos populares, ni menos censurar su conducta como hombre público, ni tributarle por ella nuestros elogios: los hechos de la vida política de Argüelles pertenecen á la historia, y ella los juzgará en su dia. Solo si diremos que los partidos son injustos, que el espíritu que los guia es ciego, y que por lo tanto asi los contrarios como los amigos de Argüelles todos se han mostrado notoriamente parciales respecto á él, vituperándole los unos sin medida, ensalzándole los otros sin tasa. Argüelles tuvo sus faltas, y cometió errores; pero Argüelles creyó que trabajaba siempre en bien de la patria, y sus errores y faltas, podrán haber sido hijos de la efervescencia de las pasiones políticas, de las ideas reynantes en este siglo, pero no de miras ambiciosas ni de cálculos mezquinos y egoistas. De cualquier modo el nombre de Argüelles será siempre respetable por la rectitud de sus intenciones, por su honradez y noble desinteres, que le hizo morir pobre despues de haber ocupado los primeros puestos de su patria. ¡De cuan pocos hombres públicos de nuestros dias se podrá decir lo mismo!

D. Agustin Argüelles nació en Rivadesella, pueblo del principado de Asturias el 28 de Agosto de 1776. Dedicado desde edad tierna á las letras, hizo en ellas progresos, siguiendo la carrera de las leyes con notable aprovechamiento. Hasta 1806 no empezó á figurar de un modo público, aun cuando se daba ya á conocer entre los que le conocian por sus vastos conocimientos, y por su instruccion nada comun en las lenguas vivas y muertas, pues poseia el latin, el griego, el inglés, el francés y el italiano. En dicha época desempeñaba un destino en la caja de Amortizacion, y tratando el gobierno español de ajustar la paz con la Inglaterra, fue necesario practicar ciertas negociaciones con la espresada caja, y se pensó enviar á la capital del Reyno unido un comisionado, que sin que llamase la atencion por su categoria, tuviese el talento necesario para manejar bien la empresa. Reunia Argüelles estas cualidades, y fue elegido al efecto; pasando en su consecuencia á Lóndres, donde una enfermedad y otras circunstancias le detuvieron mas tiempo del que pensaba; por cuya causa le halló allí la invasion francesa y el levantamiento de España contra Napoleon. Con las relaciones que habia adquirido en los dos años de permanecia fue muy útil á los comisionados que enviaron á

Inglaterra las provincias españolas sublevadas, y aunque Argüelles no tenia ningun carácter oficial, ejerció no poco influjo en la Junta española que se constituyó en Lóndres; influjo que debia á su saber y patriotismo.

Poco despues se trasladó á Sevilla, asiento á la sazon de la Junta central, y cuando posteriormente se convocaron las Cortes en Cádiz tomó Argüelles parte en sus trabajos, primero como diputado suplente por su provincia, y luego en propiedad. El papel que representó en esta notable asamblea fue de los mas brillantes que se pueden imaginar. En todas las discusiones tomó una parte activa, grangeándose con sus entusiastas y elo-



cuentes discursos una popularidad inmensa, que supo conservar como individuo de la comision del código del año 12, del que fue uno de los mas ardientes defensores.

Como la vida del hombre político está cercada de azares y sinsabores, que se convierten en las épocas turbulentas en peligros reales, tras los triunfos vinieron las persecuciones para los legisladores, y muy particularmente para el ilustre patricio Argüelles, que sin otro delito que el de haber sido uno de los prohombres del partido liberal fue condenado á servir como soldado en el regimiento fijo de Ceuta. De aquí fue trasladado al puerto de Alcudia en la isla de Mallorca, donde á causa de la insalubridad del clima cayó enfermo, agravándose sus dolencias durante los tres años que allí permaneció.

Restablecida la Constitucion en 1820, pasó Argüelles del destierro al ministerio de la Gobernacion. Lo azaroso de las circunstancias, y la agitacion de los tiempos acaso le impidieron hacer las reformas adminis-

trativas que hubiera deseado; pero hay épocas en que los gobiernos solo pueden atender á su conservacion, sin que este cuidado les permita trabajar en mas útiles tareas, y esto sucede cuando los partidos políticos apelan á la fuerza material, y no hay en los gobiernos el prestigio y la energia suficiente para sobreponerse á todos.

Cuando en 1823 volvió Fernando VII á recobrar el poder absoluto. Argüelles vió fulminada contra él una sentencia que lo condenaba á muerte y le confiscaba todos sus bienes. Libró su vida fugándose á Gibraltar; de aquí pasó á Inglaterra, donde permaneció diez años, sobrellevando su desgracia con entereza, y mereciendo el aprecio y consideraciones de la parte mas escogida de la sociedad de Lóndres.

Derumbado con la muerte del último Rey la mayor parte del antiguo edificio de la sociedad española, y publicado el Estatuto real, volvió Argüelles al seno de su patria en 1834, no habiendo querido verificarlo antes, á pesar de hallarse comprendido en la amnistía que la Reyna Gobernadora publicó á poco de ocurrir el fallecimiento de Fernando. Los motivos que alegó para no aprovecharse entonces del indulto, fueron que no comprendia éste á todos sus cólegas de 1822. Nombrado por su provincia procurador á Cortes, ocurrió un incidente que puso de manifiesto lo mucho que era apreciado en ella. Careciendo de la renta de 12,000 reales que se necesitaba tener para desempeñar aquel cargo, sus paisanos le señalaron esta suma, hipotecando en su favor bienes suficientes, y el Estamento conformándose con ello lo admitió en su seno en votacion nominal. Pero ya no era Argüelles aquel orador fogoso, entusiasta, arrebatado; aunque facil siempre, siempre elocuente, sus discursos se resentian ya de la edad, y de ese cansancio tan natural en el hombre, cuya vida ha sido una continuada serie de penosas alternativas, y sufrimientos. Sin embargo, constante en sus ideas, continuó gozando del aura popular, siendo diputado en todas las legislaturas que se han sucedido en esta última época de sistema representativo. En 1841 fue nombrado presidente del Congreso, y con motivo del pronunciamiento de Septiembre que obligó á la Reyna Gobernadora á dejar la España, fue investido del elevado cargo de tutor de S. M. y A. que le confirieron las Cortes, habiéndose hallado su nombre mezclado entre los pocos que pensaban elegir los partidarios de la regencia trina.

En el desempeño de sus elevadas funciones se portó con honradez y desinteres sumo, y la mejor prueba de ello, y de que sus trabajos fueron aceptables á los ojos de su augusta pupila la Reyna D.ª Isabel II, fue que despues de su muerte, esta excelsa Señora dispuso se honrase la memoria de varon tan esclarecido.

Las circunstancias políticas le obligaron á hacer dimision de su importante destino, despues de lo cual se retiró á la vida privada, siendo de nuevo electo diputado pocos dias antes de su fallecimiento.

Murió á la edad de 68 años, y su cadaver fue conducido al cementerio de la Sacramental de S. Sebastian extramuros de la puerta de Atocha en Madrid, donde descansa al lado de otros españoles ilustres.

C.

HARRI SPALDING.



Hará cerca de medio siglo que un jóven cirujano, cuyo apellido es famoso, pero que designarémos aquí con el de Ridgway, habitaba en el antiguo Bailey, no lejos de la cárcel de Newgate, una casita muy vieja y de una apariencia bastante humilde. Entusiasta por su profesion, se habia adquirido ya una pequeña clientela, que procuraba hacer mayor con sus estudios y celo. Una de las personas que le honraban con su confianza era el alcaide de la cárcel, cuya proteccion le habia valido el título de médico de todos los empleados subalternos del establecimiento, contándose entre ellos el verdugo. Este último era casado, y á pesar de la impasibilidad con que ejercia su odioso oficio, difícilmente se hubiera encontrado ni padre mas tierno, ni esposo mas amoroso que él. Su muger á quien una enfermedad crónica tenia postrada en cama hacia mucho tiempo, inspiraba á Ridgway un vivo interes; asi es que siempre que la visitaba descubria en ella nuevos motivos para admirar su resignacion y las afectuosas atenciones de su marido.

Un Domingo, cuando acababa de escribir una receta, el verdugo le dijo:

—Siento, caballero, que vuestros balcones no esten prócsimos para que pudierais verme ejercer mis funciones mañana por la mañana. Por una gran casualidad solo tendré que ejecutar á un delincuente: pero jamas la campana de la iglesia del Sepulcro dobló por un pecador mas endurecido. Sin embargo, es lástima ahorcar á un hombre tan hermoso; porque sus piernas y brazos son tan bien formados, que no es muy comun verlos semejantes, y sobre todo sus músculos: como deseais ecsaminarle, puedo llevaros esta noche á su calabozo, ¿ó preferis ir á verle mañana en la capilla? os aseguro que asistirá una concurrencia lucida á oir el sermon del reo.

Ridgway se despidió de la enferma, y dirijiéndose hácia la puerta de la calle, acompañado del verdugo, le preguntó si no tenia dificultad en cederle el cadáver del reo por cinco guineas. Accedió, pues, y el facultativo se encaminó hácia su casa.

Al dia siguiente por la mañana despertó muy temprano, á causa del bullicio producido por los curiosos, que llenaban ya las calles inmediatas á la cárcel. Aumentábase el gentio cada vez mas: y las estrepitosas carcajadas, las bromas cínicas, los votos é imprecacioues que herian los oidos de Ridgway le hicieron formar un triste concepto de la especie humana. De cuando en cuando los gritos de algun niño, cuya madre procuraba abrirse paso por entre la apiñada multitud, sobresalian distintos y penetrantes á aquel ruido confuso, y el jóven cirujano se preguntaba con disgusto si semejantes mugeres pertenecian realmente á ese sexo angelical, cantado por los poetas como representante del cielo en la tierra. La lluvia que habia empezado á caer con fuerza cerca de una hora antes de la ejecucion, se convirtió en verdadero diluvio en el instante mismo en que el reo exhaló su último alien-

to, retirándose apresuradamente la multitud tan luego como hubo satisfecho su horrible curiosidad, y quedándose aquel paraje completamente desierto á las nueve.

En el momento en que Ridgway se sentaba á la mesa para tomar el desayuno, mas por costumbre que por necesidad, vió entrar en su botica á un hombre, que traia al hombro un ceston de mimbres.

—Aquí teneis esto, que me han dado allí enfrente, dijo el mozo al jóven cirujano. Volveré esta noche por el ceston. Lo puedo dejar aquí?

—No, respondió Ridgway; sígueme.

Y condujo al hombre á una sala, situada en la parte mas retirada de la casa, que servia de gabinete de anatomía. Apenas el mozo hubo soltado su carga, cuando se dió prisa á marchar, sin esperar siquiera á que le pagasen el mandado; y el jóven doctor sacó, no sin dificultad, lo que contenia el ceston, y lo colocó en la mesa. Jamas formas tan hermosas se ofrecieron á su vista, pues el rostro del cadáver revelaba de una manera notable un carácter sereno, y sus ojos cerrados parecian indicar que el mísero ajusticiado habia sucumbido á una muerte natural: el color del pescuezo y de la garganta solo habia sufrido una lijera alteracion; las estremidades conservaban algun calor todavia y los miembros apenas estaban agarrotados. Mientras que Ridgway entusiasmado con tan escelente *objeto de estudio* le palpaba los músculos del pecho, se figuró sentir una débil palpitacion, y apoyando sus manos en la junta de las costillas, advirtió, á no quedarle duda, que la vida no habia abandonado completamente al cuerpo del ahorcado. Sin tomarse tiempo para reflecsionar le hizo una sangría en el brazo, y la sangre, que al principio salia gota á gota, concluyó por saltar copiosamente. A poco rato su corazon latia con regularidad y su respiracion se oia distintamente. El jóven facultativo levantó la cabeza del ajusticiado, y apoyándola en su hombro, contempló con indecible ansiedad las consecuencias de lo que acababa de hacer. En fin, resucitado el criminal, abrió los ojos, dirijió en torno suyo una mirada de asombro y quiso hablar; mas su lengua hinchada no pudo articular ningun sonido. Ridgway se apresuró entonces á administrarle algunas cucharadas de agua, que le devolvieron prontamente el uso de la palabra.

—Qué es esto? dónde estoy? barboté el ajusticiado: es un sueño, ó es que acabo de soñar?... No, es imposible.... mis manos han sido atadas... siento aun el cordel que me apretó el pescuezo..... me han cubierto los ojos con una capucha..... despues la tierra se abrió bajo mis pies y caí.....

De pronto un estremecimiento convulsivo se apoderó de todo su cuerpo, porque acababa de fijar la vista en los huesos, en las calaveras y demas piezas anatómicas que adornaban los estantes del cuarto. Piedad! piedad! esclamó. Estoy condenado á ser descuartizado vivo? permite la ley tan horroroso suplicio? Esa sangre que corre es la mia, y vos sois quien me la ha sacado. Aun cuando yo sea muy ladron, nunca he derramado la sangre de mis semejantes: no soy asesino. El juez no me ha hablado de tormento: no me mateis lentamente!... acabad conmigo de una vez!

—No temais nada, repuso Ridgway, pues lejos de querer atormentaros, soy yo quien os doy la vida. Pero no os movais, estaos quieto, porque si intentaseis usar de violencia, si hicieseis el menor ruido, me veria precisado por mi propia seguridad á quitaros la vida que acabo de daros.

—Salvado! salvado! esclamó el infeliz; no es, pues, una ilusion: he sido ahorcado, y no pueden ahorcarme otra vez por los mismos crímenes! ja! ja! ja!

Y una horrible carcajada resonó en la sala de diseccion.

—Por el amor de Dios no os ecsalteis de esa suerte: procurad dominaros, en tanto que voy á traeros algo que os tranquilice.

—No, no; no os permito que salgais de esta sala: quereis avisar á los empleados de la cárcel para que me vuelvan á conducir á mi calabozo: de ningun modo saldréis de aquí.

Al decir esto, quiso saltar al suelo; mas, agotadas sus fuerzas, no pudo conseguirlo y volvió á caer pesadamente sobre la mesa. Ridgway se aprovechó de este incidente para prepararle una pocion que á poco le trajo: pero acordándose entonces de que no se habia desayunado, trató de satisfacer las necesidades de su estómago, habiendo buscado antes dos cobertores, en los que envolvió al ajusticiado, recomendándole que guardase silencio y procurara dormir. Cerró en seguida la puerta del laboratorio, dando dos vueltas á la llave; volvió á su cuarto y entregándose allí á la meditacion, co-

noció lo crítico de las circunstancias en que acababa de colocarse tan inconsideradamente. Trató, no obstante, de tranquilizarse diciéndose á sí mismo que el mal tenia remedio, pues era cosa fácil ocultar durante algunas horas á su huésped, y luego que llegase la noche desembarazarse de él, poniéndole en la calle, despues de darle algunas provisiones y ropa; desapareciendo de este modo todo motivo de inquietud, mayormente cuando nadie mas que él sabia lo ocurrido. Por lo demas, nuestro jóven se repetia, para tranquilizar su conciencia, que no habia sido su ánimo desvituar el efecto de la justicia de los hombres, pues que si él acababa de dar la vida á un criminal de quien la sociedad creyó deber deshacerse, solo habia sido en esto el instrumento de una azarosa fatalidad, y que terminar por sí mismo la obra incompleta del verdugo hubiera sido cometer un verdadero asesinato, cuando nada en el mundo podia imponerle semejante obligacion. Por otra parte, no era de suponer que despues de tan terrible leccion el desgraciado no renunciara á su conducta pasada, no procurase espiar sus crímenes, y ser útil tal vez en lo sucesivo á sus semejantes.

En tanto que Ridgway estaba entregado á estos pensamientos, oyó una voz pregonando por la calle lo siguiente. *Historia, confesion, últimas palabras y muerte de Harry Spalding, famoso ladron, ejecutado en la mañana del lúnes 17 de setiembre.* Con el objeto de conservar la fecha esacta de un acontecimiento tan memorable, el jóven facultativo compró uno de aquellos documentos *auténticos;* despues se sentó junto á la ventana de su botica para esperar á que pasase algun ropavejero, porque hubiera sido peligroso para él vestir á su huésped con ropa suya, y porque tampoco queria dejar solo en su casa á la persona que la horca le habia deparado. Al cabo de estar aguardando largo tiempo vió en fin á un ropero ambulante, y sin detenerse en regatear compró un vestido completo por su duplicado valor.

El doctor no tenia mas que una criada anciana, que por nada de este mundo habria penetrado en el gabinete de anatomía de su amo, á la que mandó Ridgway, pretestando que esperaba á cierto sugeto para merendar, que le trajese un trozo de carne fiambre, pan y legumbres, encargándole despues que fuera á llevar ciertos medicamentos á casa de un enfermo, que vivia bastante lejos. Apenas hubo salido Molly, que así se llamaba la criada, cuando el cirujano se apresuró á llevar á Spalding aquellos manjares, que parecieron causarle una viva alegria; y llegada que fue la noche volvió á presentarse á su huésped con la ropa que le habia comprado, diciéndole:

—Ahí teneis con que vestiros: es cuanto os hace falta por el pronto. Ademas de esto os daré algunas libras esterlinas, y á media noche saldréis de aquí é iréis á buscaros la vida honradamente.

—Cómo! esclamó el ladron: quereis echar me de vuestra casa! no señor, nada de eso: es imposible que querais esponerme á caer de nuevo en manos de la justicia, con la que maldita la gana que tengo de renovar conocimiento. Por otra parte, si me prendiesen os harian bailar á mi lado vuestra última contradanza, en castigo de haberme robado á la horca. Con que así, mas vale, tanto para vos como para mí, que permanezca yo en esta casa una ó dos semanas. No os incomodaré en lo mas mínimo y me contentaré con lo que me deis de beber y comer; pero nada de este mundo me decidiria á andar ahora por las calles.

En vano Ridgway le manifestó que no podia ocultarle por mas tiempo en su casa; en vano trató de persuadirle de que si permanecia en ella iba á descubrirlo todo su criada Molly: ni razones, ni súplicas, ni amenzas bastaron á vencer la obstinacion de Spalding, y el médico se vió por último obligado á consentir en que se quedase algun tiempo mas en su domicilio, destinándole un gabinete contiguo al laboratorio.

Antes de acostarse Ridgway cuidó de guardar todos los objetos de valor que tenia; se encerró en su dormitorio, y careciendo de otras armas, puso debajo de las almohadas un bisturí, pero no creyéndose muy seguro con estas precauciones, permaneció mucho tiempo sin poder conciliar el sueño, hasta que por fin lo logró, despues de haber maldecido con todas las veras de su alma al destino, que le condenaba á vivir bajo el mismo techo con un ladron famoso por sus grandes fechorias.

Al siguiente dia y en los sucesivos fue preciso discurrir el modo de llevar la comida á Spalding sin despertar sospechas en Molly. Felizmente la anciana se acostaba muy temprano, y cuando esta se retiraba al cuarto que ocupaba en el segundo piso,

el jóven médico enviaba á una hosteria bastante lejana por una abundante cena, que el ex-ahorcado se llevaba á su habitacion, y cuyos restos le servian para comer al otro dia. Pasóse toda la semana de esta suerte, sin que Spalding manifestase intenciones de marchar; y pareciéndole á Ridgway conveniente recordarle lo que habia prometido, le respondió con la mayor frescura:

—No puedo decidirme á dejar tan pronto vuestra casa, y veo con sentimiento lo poco grata que os es mi compañia. Sin embargo, hago todo lo posible por no incomodaros en lo mas mínimo, obedeciendo esactamente vuestras órdenes, y permaneciendo encerrado todo el dia en mi cuarto, sin tratar de salir de él, aunque no me es difícil abrir la puerta. Creo, es bien cierto, que hablo durante mi sueño; pero nadie puede entonces oirme. Mientras yo esté en vuestra casa no teneis nada que temer, si volviese á mi anterior vida, ya seria otra cosa muy distinta: por lo tanto es mucho mas prudente que siga aqui oculto todavia uno ó dos meses, y espero que conociéndome entonces mejor, seréis tambien algo mas benévolo conmigo.

Manifestando Spalding una resolucion tan firme, Ridgway hubiérase visto para desprenderse de él en la necesidad de recurrir á la fuerza, y semejante medida no era practicable, pues que habiendo sustraido á la vindicta pública á un malhechor condenado á la pena capital, el jóven médico se habia espuesto con esta imprudencia á ser castigado por la ley; lo que cuidaba de recordarle con bastante frecuencia el oficioso ladrón. Trascurrióse un mes de esta manera, sin cambiar en nada la posicion del pobre cirujano.

Una noche, al ecsaminar este algunos papeles, tomó casualmente aquel en que se hallaba impresa la relacion de los últimos momentos de Harry Spalding, y habiéndola vuelto á leer le preguntó si los detalles dados acerca de su vida eran verdaderos. Spalding le arrebató el pliego de sus manos, y despues de haberle recorrido con una inquietud febril, esclamó, arrojándole en la mesa:

—Es falso todo eso; no es mas que un tejido de mentiras desde la primera palabra hasta la última. Pretenden que mis padres no eran honrados; no eran ¡voto á brios! sino demasiado honrados, pues si el autor de mis dias no hubiese sido de principios tan ríjidos, quizas yo no habria sido tan perverso; por pequeña que fuera una mancha de polvo que advirtiese el Domingo en mi vestido ó en mis zapatos, me daba cruelmente de bofetadas, alegando que no era decente presentarme en la iglesia de aquel modo; si por desgracia, cuando íbamos á comer, no sabia repetir el sermon que habiamos oido aquel dia, me prohibia el sentarme á la mesa, castigándome á pan y agua, y diciéndome que todavia era aquel manjar demasiado esquisito para un patan como yo. Conviene tambien saber como me desquité de tanta opresion luego que falleció el buen hombre: eran mis amigos todos los pillos del pueblo; pasaba con ellos los Domingos reparando el tiempo perdido, y como yo tenia el bolsillo mejor provisto que muchos de ellos, es escusado decir que era siempre el primero en el juego. Al principio jugábamos al chito; pero de este se pasó al dominó, y despues á los naipes; y aun cuando mi madre manifestaba el mayor sentimiento al verme entregado á semejante vida, me interesaban mucho menos sus lágrimas que el dinero con que esperaba ayudar á mis compañeros. Sin embargo, á decir verdad, la suerte no siempre me era favorable; por otra parte lo que ganaba pronto lo gastaba, y á fuerza de jugar y de pagar por mis amigos, de dejarme desollar y de derrochar en las tabernas, concluí por no tener ni un maravedí, y entonces me era terrible no poder ni comprar una pinta de cerbeza ni sostener el juego, y por consiguiente no cesaba de atormentar á mi madre para que me suministrase metálico; mas ella me respondia siempre: «Trabaja, y ocúpate los Domingos en rogar á Dios.» Hice á la sazon conocimiento con cierto jóven de Londres, que residia hacia algunas semanas en nuestro pueblo. No sé como él se las compuso, pero lo cierto de ello es que llegó á dominarme en tales términos que al cabo de algunos dias no me era posible dar un paso sin él. Le referí en el compromiso que me ponia la mezquindad de mi madre, y me dijo:

—Pero ella debe tener dinero, y tú sabrás precisamente donde le oculta. Es necesaro por lo tanto que te apoderes de él.

Yo le respondí que todo el dinero de la casa lo guardaba mi madre en un cofrecillo, cuya llave llevaba siempre consigo.

—«Pues si no es mas que eso, repuso, nada hay mas fácil que abrirle.» Y entonces agarró un clavo, que torció de cierta manera, y me enseñó cómo debia servirme de él para abrir cualquiera cerradura. Sí, doctor, á espensas de mi anciana madre hice mi primer ensayo, y me pareció tan fácil forzar de aquella manera las cerraduras, que en breve llegué á fracturar la de los mostradores de las tabernas, por cuya razon pude desde entonces beber y divertirme con mis amigos á mi satisfaccion, pues el dinero que desembolsaba por la mañana volvia á entrar por la noche en mi bolsillo. Al principio la suerte nos protejia, mas al cabo esta se cansó, y las cosas tomaron un aspecto desventajoso. Fowler y yo conocimos que nos habiamos hecho sospechosos, y que cuando hablábamos á las personas del pueblo apenas nos respondian. Nos convencimos, pues, de que era menester abandonar aquel pais, y partimos á Londres, donde nos alojamos juntos en una callejuela del *Bourg*. Mi compañero era un mozo de corazon, y no tardó mucho en enseñarme los secretos de su oficio. Vos sabeis el término que ha tenido todo esto. La horca, que está dibujada en la parte superior de ese pedazo de papel, es lo único verdadero que en él se encuentra.

Pocos dias despues de esta conversacion Ridgway tomó en traspaso la botica de un médico-farmacéutico, establecido en el West-End; y á mas del adelanto que se prometia con esta adquisicion, se lisonjeó con la esperanza de que mudando de domicilio sacudiria en fin el yugo que pesaba gravemente sobre él hacia muchos meses. Cuando informó á Spalding del dia señalado para su mudanza, este se alegraba de dejar aquel cuartel tan malo. Pero satisfecho Ridgway de esta respuesta le declaró en términos muy formales que le era imposible seguir por mas tiempo en relaciones con él, y que debia en fin pensar seriamente en apartarse de su lado.

—Bien, corriente, respondió el ladron: ya sé lo que me resta que hacer.

Llegada la última noche que debia pasar en el Bailey, Spalding consintió en dejar su asilo; mas al amanecer del dia siguiente llamó á la puerta de la nueva casa de su protector, y pretestando que venia del campo para hacer una consulta al jóven médico sobre una enfermedad que padecia, y de que ya tenia conocimiento, solicitó y obtuvo el permiso de esperarle en la botica. Puede juzgar el lector de la desagradable sorpresa que esperimentó Ridgway cuando al venir á ocupar su nuevo domicilio halló en él á su genio malo, de quien se creia ya libre para siempre.

—Sí, señor, soy yo todavia, dijo Spalding, y veo con pesar que no me dispensais vuestra amistad, pero no temais nada... He fingido ser uno de vuestros enfermos, y será cosa fácil persuadir á vuestros nuevos criados de que me he hospedado en vuestra casa para sujetarme á un rigoroso método de curacion; en cuyo caso no tendreis ya necesidad de ocultarme de ellos ni de hacerme traer la comida de contrabando. Inútil es decir que me contentaré con el peor cuartucho, ó si es preciso con el desvan, y que cuidaré de sustraerme á la vista de las personas que vengan á visitaros.

Nuestro jóven médico, indignado al ver tanta imprudencia, mandó al ladron que se marchase inmediatamente, añadiendo con tono furioso, que si no queria hacerlo no le faltarian medios para obligarle á ello.

—No, no, respondió con tranquilidad Spalding, no cometereis semejante imprudencia, porque no podeis haber olvidado el compromiso que habeis contraido para con la policía; creedme: es mucho mejor no despertar ideas; ademas vos teneis muy buen corazon para que no deis tiempo á un desgraciado como yo para entrar en la senda de la virtud. Esto no es ecsijir demasiado.

Ya fuese que Ridgway cediera á temores bien ó mal fundados, ó que su natural bondad le impidiese emplear medios estremos contra un hombre, que á pesar de sus malos antecedentes en nada habia abusado de la hospitalidad; y en una palabra cualesquiera que fueran las razones de su decision, lo cierto es que no tuvo valor para poner en práctica sus amenazas, obteniendo por el contrario Spalding el permiso de ocupar una guardilla, á donde acto continuo fue á instalarse. Con el objeto de que á los criados no les llamase la atencion el no verle salir nunca, les dió á entender que padecia una afeccion grave en las articulaciones, y que por esta causa tenia que estar casi constantemente encerrado en su cuarto. Conocido entre la familia de la casa con el nombre de Tomas, cuidaba mucho de no dejarse ver por ningun estraño, logrando

tambien muy pronto hacerse casi olvidar de los criados, cuya familiaridad no admitia de ninguna manera su carácter adusto.

Nuestro jóven médico, encargado ahora de una numerosa clientela, que se aumentaba cada dia mas, estaba tan ocupado con sus visitas y permanecia tan poco tiempo en su casa, que casi nunca veia á su pretendido enfermo. No teniendo porque preocuparse con semejante idea concluyó por no pensar en él, y aun cuando pueda parecer cosa estraña, Spalding estuvo de esta suerte mas de dos años en su casa.

Sin embargo, una noche en que Ridgway, recostado en su poltrona y puestos los pies en los morillos de la chimenea se entregaba á alhagüeñas reflecsiones relativas á la rapidez con que habia progresado en su carrera, de repente ve abrirse la puerta de su gabinete y presentarse Spalding. El facultativo se estremeció con la presencia del importuno huésped.

—Para serviros, doctor, dijo el ladron. Estoy firmemente persuadido de que es preciso tomar una determinacion: he llegado á cansarme de estar encerrado en una jaula, como un leon de la casa de fieras, y vengo á despedirme de vos. Habeis sido muy bueno para conmigo, y jamas me olvidaré de vuestros beneficios, lo mismo que vos conservaréis de mí, no lo dudo, una eterna memoria. Lo único que os pido es que me deis cuatro ó cinco chelines para poder dejar á Londres é ir á buscar mi vida á cualquier otro punto; haré cuanto esté en mi mano para ganar mi sustento, y no será culpa mia si por no lograrlo honradamente me veo precisado á volver á mi antiguo oficio.

—Que decis? esclamó Ridgway; despues de tres años de una conducta irreprensible, no permita Dios que os entregueis de nuevo á los crímenes que os conducirian irremisiblemente al mismo paraje del que por una casualidad casi milagrosa os habeis librado. Habeis tenido tiempo de reflecsionar las consecuencias de vuestra anterior conducta.... deseo de todo corazon que no las olvideis, y para entretanto que podais procuraros con que vivir honradamente ahí teneis este bolso, que os pondrá á salvo de la indigencia y de las malas tentaciones. Ojalá que hagais buen uso de él!

Y diciendo esto, alargó al ladron el bolsillo, que contenia muchas monedas de oro

—Gracias, doctor, gracias: que Dios os colme de felicidades para recompensaros los beneficios que habeis dispensado al pobre Harry Spalding.

Algunos segundos despues Ridgway oyó abrir la puerta de la calle y cerrarla en seguida, y el finjido cojo se marchó apresuradamente de la casa.

La fortuna continuó sonriendo á nuestro cirujano, y algunos años despues de este acontecimiento gozaba ya de un grande crédito, no solo como práctico sino tambien como profesor de anatomía. Al ver que se acrecentaba rápidamente el número de sus discípulos resolvió convertir en un pequeño anfiteatro una parte de su casa, cuyo proyecto puso inmediatamente en ejecucion. A principios del invierno estaba completamente acabado, y Ridgway trató entonces de procurarse un cadáver para la apertura de su curso. Con este motivo escribió al verdugo, y este le contestó que para el lúnes prócsimo contase con uno. Llegó el dia señalado, y á las siete de la noche nuestro profesor de anatomia pasó al anfiteatro, cuya entrada embarazaba la numerosa concurrencia. En el centro de la sala habia una mesa en la que yacia el cadáver, cubierto con un lienzo. Despues de un corto discurso Ridgway se aprocsimó al cuerpo y levantó el paño que le ocultaba; pero apenas lo hubo hecho cuando se contrajeron sus facciones, apareciendo en ellas una espresion de asombro feroz; temblaron todos sus miembros, y tomando un largo escalpelo cortó con una ajitacion convulsiva la cabeza del ajusticiado: en seguida, teniéndola asida de los cabellos, la levantó á la altura de sus ojos y esclamó con voz ahogada, despues de haberla ecsaminado largo rato atentamente:

—¡Ojalá te hubiera tratado de esta misma suerte la primera vez que te tuve entre mis manos!.... Ahora viviré tranquilo.

Nadie alcanzaba á comprender aquellas estrañas palabras, y toda la asamblea sorprendida fijó en el profesor miradas de admiracion; mas Ridgway recobró prontamente su serenidad, y prosiguió sus demostraciones con tal precision y talento que absorvieron en breve la atencion de los oyentes. Cuando concluido el acto se quedó solo en el anfiteatro, colocó la cabeza del cadáver en un tarro lleno de espíritu de vino, y en el rótulo escribió dos fechas.

Por espacio de muchos años sus mas íntimos amigos no pudieron conseguir de él

ninguna aclaracion sobre las palabras que habia dirijido al cadáver del ajusticiado; y solo cuando se hallaba hácia el fin de sus dias refirió á su hijo único que el cuerpo de Harry Spalding, dos veces ahorcado, se habia visto tambien dos veces en su mesa de diseccion.

T. M.

UNA PROCESION.



A corta distancia de la ciudad de Murcia, en el pequeño pueblo de Monteagudo, y al lado de un vetusto castillo, se halla situada la ermita de S. Cayetano, á cuyo santo profesan particular veneracion los habitantes de la huerta de Murcia. Llegado el 7 de Agosto que es la fiesta del Santo, es de costumbre inmemorial hacer la romeria á la ermita para asistir la noche de la víspera á los indispensables fuegos artificiales, y al dia siguiente á la funcion de iglesia, y por la tarde á la procesion que sale de la espresada ermita. El habitante de la huerta de Murcia es en todo original, participando del caracter andaluz y del valenciano, con mucho del suyo propio que no se halla en ninguna parte, sin que las cualidades que lo distinguen sean de naturaleza á rebajarlo en lo mas mínimo del buen concepto de generosidad, honradez y virtudes sociales que distinguen al resto de los españoles: son sus costumbres sencillas, es frugal, y aunque no muy aficionado al trabajo, en cambio son pocas sus necesidades, y siempre y con todo está contento. Poco amigo de bromas y algazara, ni de reuniones, solamente suelen juntarse los dias de fiesta algunas familias para pasar un rato bailando y cantando, sin que nunca se altere la paz y buena armonía de la funcion, sino en casos especiales en que un incidente raro hace á los hombres enarbolar el descomunal garrote, que con la manta y la montera son compañeros inseparables del huertano, y entonces suele acabar la funcion de distinta manera que se empezara.

Pero toda la apatia, toda la parsimonia y negligencia de los habitantes de la huerta desaparecen el dia de la fiesta de S. Cayetano. Cambia su carácter, asi como ellos mudan de localidad, y se vuelven alegres, vivarachos, amigos de tomar un bocado y beber un buen trago, y de sudar la gota gorda en largas horas de baile. Nada tiene esto de particular, y con corta diferencia la romeria á S. Cayetano es igual á la que en dias determinados hacen los habitantes de otros pueblos en celebridad de este ó del otro santo: pero lo que no en todas partes sucede, y presta á esta fiesta cierto carácter de originalidad es la procesion que se verifica en la tarde del mencionado dia, en que la efigie de S. Cayetano es sacada de la ermita para ser martirizada por la multitud fanática, sin duda con la mejor intencion, mas sin que esto le quite su barbarie.

Cuando el repique de las campanas de la ermita anuncia que se aproxima la hora de la procesion, y aun mucho antes, un inmenso gentio se apodera de las cercanias de la iglesia y de todas las alturas, sin temor al sol de Agosto que cae de plano sobre sus cabezas, ni al calor que los convierte en esponja, en lo cual pueden dar gracias, si esto libra á los espectadores de coger un fuerte tabardillo ó una inflamacion

cerebral. Pasa el tiempo, y la multitud se impacienta, se mueve y se agita: todos los ojos están fijos en la puerta de la iglesia, y todas las manos en los bolsillos para cuando les llegue su vez. ¿Pero qué tienen que hacer las manos de los espectadores en esta procesion? Mucho. Llega al fin la ansiada hora, y aparece en la puerta de la capilla el guion ó estandarte que abre la marcha: al punto se levanta un griterio espantoso: ¡La procesion! la procesion! esclaman cien y cien voces, y los cuerpos de cuyas bocas han salido, se afirman unos sobre sus pies para no perder sus puestos, codean los otros para ganar otro preferente, y todos se aprietan, se estrujan, se empinan, para ver mejor. La procesion es como todas las que se verifican en los pueblos: media ó una docena de músicos y cantores que á falta de armonía hacen ruido, unos pocos devotos con cirios, el guion de la hermandad y la efigie del santo. Por lo que hace á la de S. Cayetano, mas valiera que no pensaran quitarlo de su altar; pero como en aquel momento recibe el impulso estraño de los cuatro sayones que lo llevan, tiene que salir al fin al campo. Entonces crece la griteria, salen las manos de los bolsillos, y en un abrir y cerrar de ojos se levantan los brazos y cae sobre la efigie del santo una verdadera granizada de anises, peladillas, dulces secos..... Y si con esto se contentasen, pase: pero es el caso que conforme la procesion adelanta crece el entusiasmo fanático de la



multitud, que creyendo sin duda congraciarse mas con el santo bendito en el transcurso del año, empiezan á enviarle á la cabeza y al cuerpo cosas menos delicadas pero de mas volúmen: tras los anises y peladillas, ó envueltos con ellas van higos chumbos, y hasta melones!! es lo mas comun que en esta descomunal batalla que por afecto dan al santo, pierda un dedo, un brazo, y á veces suele suceder que viene á tierra al formidable golpe de un tremendo melon, que tirado por una mano atroz lo arranca de su peana ó lo derriba con ella y todo. Inútil es decir que los que lo llevan tambien participan de aquella lluvia. En esta disposicion regresa la procesion á la iglesia donde al entrar hace la multitud el último esfuerzo para obsequiar á la fuerza al santo, que es colocado de nuevo en su altar, hasta el siguiente año.

En seguida se retiran todos tan satisfechos de haber cumplido un deber, y de haber pagado hasta cierto punto á S. Cayetano los favores que por su intercesion puedan haber recibido durante el año.

E. de S.

JOHN LANDEN.

En 1755 vivia en los alrededores de Northampton un rico arrendador llamado Jorge Landen. Poseia cuanto se necesita para ser feliz; una muger hacendosa que le proporcionaba dulce solaz, y dos hijos que le amaban tiernamente. Asi es que cuando se queria dar á entender que alguno gozaba toda la felicidad posible, se decia en las ceremonias: Dichoso como Jorge Landen.

Y en efecto, qué le faltaba? No tenia comodidades? No era amado, estimado de sus vecinos? Su habitacion, sita en la pendiente de una risueña colina, no era la primera que recibia los gratos rayos del sol? y al otro lado, no tenia para guarecerse del estremado calor la fresca sombra de una espesa calle de árboles, en que los pintados pajarillos le adormecian con sus alegres trinos? Sí: Jorge Landen era feliz. Cada dia daba nuevas gracias al cielo por la paz que disfrutaba; pero uno de sus mas vivos placeres era conversar con su querida Brígida, acerca del porvenir y de las cualidades de sus dos hijos.

—No ves, la decia, como nos aman! qué alto y qué robusto está Carlitos, nuestro primogénito! y cómo se complace en ayudarme en las ordinarias faenas! y John, qué obediente y qué aplicado es!

—Si, replicaba Brígida, me parece que John trabaja demasiado: siempre encima de los libros, y siempre absorto en graves pensamientos. Está pálido, serio, y reflexiona demasiado para su edad.

—Verdad es, contestaba el marido, que mas me gustaria verle robusto y atrevido, alegre y petulante como su hermano: le convendria hacer mas ejercicio, y que como Cárlos corretease por el campo y se divirtiese mas; pero en fin, ya ves, hay que dejarle con su gusto: trabaja para instruirse. Infinitas gracias debo dar á Dios por haberme enviado dos hijos, que aunque de caracteres tan distintos, se aman y nos quieren igualmente.

Brígida (por que está tan propenso á alarmarse el corazon de una madre!) no se conformaba facilmente con la incansable asiduidad de su hijo al estudio: la amorosa madre temia que su hijo cayese enfermo por esceso de trabajo.

En efecto, John poseido de una ardiente sed por instruirse pasaba dias y noches sobre sus libros: nadie podia arrancarle de aquella ocupacion favorita: oia en su alma una voz que le decia que algun dia podria engrandecer el círculo de los conocimientos humanos; pero sabia tambien que para llegar á aquel punto era preciso iniciarse en aquellos grandes descubrimientos por medio de la lectura y de profundas meditaciones.

Jamás se le veia tomar parte en los bulliciosos juegos de su hermano; con frecuencia se retiraba á un sitio, llevando consigo sus libros, y alli se le pasaban muchas horas sin pensar en dejarlos. Esta aficion pronto pasó á ser pasion que le hizo olvidar de todo lo demas, y aun sus padres le acusaban en su interior de indiferencia; pero esta indiferencia no existia en su corazon.

Dejemos pues á esta afortunada familia gozar de su ventura y permítasenos pasar en blanco dos años.

La escena es otra vez en la vivienda de Jorge Landen; pero, gran Dios ¡qué de mudanzas ha habido!

Desapareció aquel aspecto de prosperidad y comodidades. Los árboles del bosquecillo han sido arrancados; madre-selva y el jazmin que tapizaban las paredes estan marchitos y secos. No hay mas lecho que un miserable gergon; todo respira miseria! Y Jorge Landen, aquel dichoso anciano en cuyo semblante resplandecia la dicha, cuan hundidas estan sus mejillas! qué pálida su frente y que arrugada! Y Brígida, como llora la infeliz! Dios mio! que espectáculo! la felicidad ha huido de aquella cabaña. Jorge, el rico arrendador, Jorge Landen está arruinado! Pero ¿cómo han sobrevenido tantos desastres?

En primer lugar el granizo destruyó todas las cosechas, el huracan arrancó los árboles, la peste diezmó sus ganados.

Despues un amigo, horror causa decirlo, el que Jorge apreciaba mas, completó la ruina de este con su mala fe. Habia salido por fiador del amigo por una suma considerable, y el traidor habia huido del pais dejando al pobre Jorge la responsabilidad del pago; este golpe acabó con toda su energía. El buen anciano no tenia otro consuelo que las caricias de sus hijos y los cuidados de su muger, que tan consternada como él, sabia sin embargo con aquel admirable instinto de esposa dulcificar la amargura de sus pesares; pero ay! aun no habia apurado Jorge todo el caliz de la desgracia; llegó la época de satisfacer una obligacion contraida, y su implacable acreedor le manifestó que si no pagaba iria á una prision. Esta idea le desespera, le mata! O Dios mio! evitad esta infamia á sus cabellos blancos! Oh! cuan triste y sombrío ha tornado el carácter de aquel Cárlos en otro tiempo tan alegre y chancero! Cómo padece y llora! De buena gana daria su vida por libertar á su padre del golpe que le espera. La misma Brígida ha perdido ya el valor: abrumada por el peso del dolor, no tiene otro consuelo que la oracion, primera y última razon de los infelices; y en seguida llora, siendo en esto mas dichosa que Jorge, cuyos ojos secos y abrasados no pueden derramar una lágrima.

En cuanto á John, cualquiera diria que es menos sensible á aquella inmensa calamidad. Unicamente su frente está mas pálida, mas frágiles sus facciones, y su ardor para el estudio ha aumentado en vez de entibiarse; y cuando por la noche, despues de haber pasado el dia encerrado escribiendo y trazando figuras raras, bajaba á sentarse en frente del hogar se le veia estremecerse al contemplar la angustia de sus padres, encenderse sus ojos y lanzar un fulgor singular. Pero no va, como Cárlos, á estrechar en sus brazos á Jorge Landen, á acariciarle, á besarle: el jóven parece estar poseido de una idea fija que no le permite entregarse á esos esparcimientos: y aun por eso su anciano padre le acusa en su interior de indiferencia.

Una tarde bajó John mas temprano: su rostro estaba mas animado que de ordinario habló tambien mas de lo que acostumbraba y unió su voz á la de Cárlos para suplicar á su padre que no se dejase abatir por la desesperacion, y luego, antes de retirarse á su estancia, se arrojó en los brazos del arrendador murmurando algunas palabras de esperanza.

Al dia siguiente, cuando se despertó Cárlos, no vió á su hermano: se levanta sorprendido, y pregunta si ha salido ya. Nadie le ha visto. Unicamente, al amanecer, ha encontrado Brígida con no poca sorpresa la puerta entornada.

Pásase el dia y John no parece. Llega la tarde, y su ausencia dura todavia. Imposible seria pintar las angustias de aquellos infelices: corren á los parajes que preferia John, le llaman por la colina, por el valle: pero solo el eco responde á sus voces. El pobre Jorge estaba inconsolable.

La noche pasó en infructuosas pesquisas. Al amanecer del siguiente dia, la desventurada familia estaba reunida, y lloraba en el silencio del dolor, cuando suena un golpecito y luego una voz.

—Mi hijo! esclamó Brígida trémula de placer.

Su corazon no la habia engañado: era John. Estrechábale en sus brazos cubriéndole de besos, mientras que Jorge apartando sus largos rizos, le miraba como para cerciorarse de que no era una ilusion.

—Oh Dios mio! esclamó: gracias te doy por haber arrojado una mirada de compasion al pobre Landen en medio de los rigores con que le abrumas. John suplicó á sus padres que no le exijiesen una esplicacion del motivo de su ausencia.

—Es un secreto, les dijo, que pronto sabreis; únicamente, invoquemos á Dios para

que me proteja y espero que nos salvaremos.

Al dia siguiente llegó el apremio para el pago de la obligacion firmada por Jorge Landen, y ningun cambio habia ocurrido en la situacion del arrendador. El infeliz se considera ya en una cárcel, y su valor no puede resistir á tan horrible imágen. El siempre honrado, siempre laborioso, irá á confundirse con la hez de la sociedad; el anciano de cabellos blancos irá á apoyar su cabeza sobre la desnuda piedra de un oscuro calabozo. Jorge se asombra de no caer muerto en el acto!

De repente se oye un ruido de pasos de caballos.

Se estremecen, y una horrible ansiedad se nota en todos los semblantes. Prestan atencion, y á veces se imaginan que es el viento que agita las ramas de los árboles; pero el ruido se acerca y crece..... no hay duda... vienen á prender á Jorge! el anciano cae sin sentido. Cárlos se lanza á la puerta esclamando que si quieren entrar han de pasar sobre su cadáver. Entonces se oye desde fuera una voz que pregunta si vive alli Jorge Landen.

—Si, contesta Cárlos: sí pero no se entra. Conocemos vuestros proyectos, y no os llevareis á nuestro pobre padre.

—No venimos á eso, contestó amistosamente la misma persona. Unicamente quisieramos saber si está aqui su hijo John Landen.

Al oir estas palabras, John que desde la llegada de los estrangeros parecia combatido por una agitacion estraordinaria se levanta bruscamente, se precipita á la puerta, abre, y clava sus miradas centelleantes en el estrangero; pero entonces se turba y vacila esclamando:

—El conde de Fitz William!

—Sí; yo soy, amiguito, contesta este último, estrechando afectuosamente la mano de John. Yo soy, que he querido anunciaros por mí mismo la decision de la sociedad real, á quien presenté la memoria que me confiasteis. Tranquilizaos, señor Landen, continua dirigiéndose al padre; recibid mis enhorabuenas, porque vuestro hijo es uno de los mejores matemáticos de Inglaterra, y habiendo reconocido la sociedad en su memoria descubrimientos que pueden ser útiles á nuestra nacion, ha concedido á su autor un premio de 200 libras esterlinas que me ha encargado le ofrezca de su parte. Aqui estan.

Y al mismo tiempo saca el conde una bolsa llena de oro y la pone en las manos del anciano, que inmóvil de sorpresa, embriagado de placer, estrecha entre sus brazos á su hijo. El conde Fitz William enternecido y enterado de cuan horrible situacion habia sacado John á su padre, se encargó del porvenir del jóven. Reparó con sus beneficios las pérdidas que habia sufrido el arrendador, y la felicidad que se habia alejado de la cabaña de Jorge volvió para no volver á abandonarla, gracias á los trabajos y piedad filial de John Landen.

Poco despues el conde Fitz William le encargó de la direccion de sus negocios, cuyo empleo no dejó hasta dos años antes de su muerte que se verificó en 1790 dejando la reputacion de uno de los mas célebres matemáticos de Inglaterra; despues de haber vivido en intimidad con todas las notabilidades británicas de la época, entre otros el famoso Herschell, que fue su cólega en la sociedad real de Londres.

T. M.

Á DON MANUEL RODRIGUEZ DE BERLANGA,

EN EL ANIVERSARIO

de la muerte de su llorada esposa

LA SEÑORA

DOÑA RAFAELA ROSADO.

Ved allí discurrir entre las tumbas
un ser humano de abatida frente:
sus ojos en redor inciertos giran
buscando ansiosos olvidada losa.
Un momento no mas vacila, duda,
su corazon rompiéndose en el pecho
de hondo pesar, que á su memoria lleva
los dulces sueños del amor perdido.
Al fin leyendo la inscripcion de oro
que brilla encima de la blanca piedra
iluminada por el sol poniente,
eleva al cielo su plegaria pura,
con vehemente dolor apostrofando
al padre de la luz y de la vida.

Adios ¡oh sol! La noche con su manto
va escondiendo la luz del claro cielo:
ya tu cetro imperial al seno envias
de los profundos mares; ya tu trono,
como su tienda el árabe, levantas,
y en el éter lo arrojas centellante.
Hace un año que fijo te contemplo
siempre rodando en tu veloz carrera,
mientras que yo misérrimo reprimo
en el pecho el dolor, llanto en los ojos.
En pos de tí la silenciosa noche
marchando va amorosa: tal buscando
fuí por do quier mi dulce compañera,
mas solo ví las huellas de la muerte.
La aurora avanza derramando flores
delante de tu rostro soberano;
la fresca brisa con su dulce aroma
embalsama la flor; la regia pompa
ciñe tu magestad; solo bastara
una chispa fugaz de tu pupila
para incendiar las obras de los hombres.
¡Tú viviendo tan rico y tan dichoso,
mientras que yo tan pobre y desdichado!
Ante mí va el pesar, el infortunio,
las lágrimas estériles que abrasan,
muerta en el pecho la esperanza mia.
¿De qué le sirven á mis turbios ojos
el contemplar los rayos de tu lumbre,
si la luz de sus ojos me negaron?
¿Si mi esposa murió, como tu llama
va muy pronto á morir? Oh! nunca vuelvas
por el oriente á sorprender el mundo:
deja acaso tus fúlgidos destellos
por el cielo rodar como serpientes,
y aparece en las puertas de la aurora
pálido espectro, ó estinguida hoguera,
llevando en tu cabeza soberana
densa nube con humo ennegrecida.
Aborrezco la luz de la alborada;
por eso yo la solitaria noche
busco, y alivio en ella á mi quebranto.
La sombra de mi bien entre sus sombras
creo encontrar, y escucho sus lamentos
al susurrar el aura en la espesura:
los céfiros me traen con sus perfumes
el aliento aromado de sus lábios

y un ósculo de paz: la blanca nube,
que envuelve como un velo trasparente
el disco de la reyna de la noche,
lleva en alas de cisne vaporosas
su espíritu inmortal: rompe la luna
los senos argentinos del nublado
quitando la vision, mientras sus gotas,
en nácares y perlas convertidas,
lentas descienden por el ancho espacio
como blando rocío; yo las bebo
cual si fuesen las lágrimas caidas
de los ojos de cielo de mi hermosa,
que fuera mi ilusion en este mundo,
si el cielo hubiese mi dolor premiado.
¡Oh noche! tus misterios encantados
cual armonizan con el alma mia!
Sepulcro de la luz y del contento,
tu lámpara es la luna amarillenta:
por eso yo que el mundo he renunciado
y anhelo el fenecer, tu sombra adoro,
tus bóvedas altísimas mirando
de estrellas mil su inmensidad cubierta,
cual manto real en fúnebre capilla
tachonado de límpidos diamantes.
Oscuro, como tú, llevo mi pecho;
mi pensamiento está como tus nubes;
solo en *ella* pensando y la otra vida,
su recuerdo conserva en lo profundo
mi triste corazon, como en su cáliz
la flor oculta embalsamadas gotas
del fresco y puro matinal rocío.
Con ella al separarse de la vida
mi espíritu voló: feliz carrera
nos abrimos los dos en el espacio,
y con ella por siempre yo he vivido,
aunque el cuerpo discurre por el mundo
como cadáver que dejó la tumba,
su paso vacilante estremeciendo
los huecos nichos y las blancas losas.
Ah! Nunca la perdí de mi memoria,
y eternamente la llevé conmigo;
no puede el tiempo con cincel ardiente
borrarla de mi pecho; antes pudieran
sus injurias romper el mármol duro.
Es verdad que mi vida es un martirio
muy mas temible que la muerte fiera.
Mas ¡quién sabe! tal vez han merecido
mis culpas penitencia. ¿Quién la mano
puede llevar al pecho y con orgullo
decir: Yo no he pecado, yo conservo
mi corazon incólume y sin mancha?
Resignémosnos, pues, hasta que, rota
mi frente endurecida como el bronce,
deshecho el pensamiento que me agita,
libre esté del pecado y del delito.
Mientras, escudaré bajo mi brazo
los frutos de su amor. ¡Hijos queridos,
en el teatro mundanal lanzados
á suspirar nacieron! De tus ojos
lánzales hoy desde la azul morada
rayos de paz que endulcen su existencia.
Ellos, cruzadas sus dolientes manos
y prosternados ante el ara santa,
ruegan en oracion: incienso puro
que de sus almas cándidas se eleva.
Yo miro en ellos tu celeste imágen;
prendas de amor que en el pesar me dejas,
y que á entrambos nos une eternamente.
¡Hijos de bendicion! Mi llanto acerbo,
mi dolor consolad: yo no quisiera
entregaros al piélago del mundo,
donde naufraga la virtud mas fuerte;
mas volad á cumplir vuestros destinos,
y dejadme espirar; dejad que entierre
este cadaver que conmigo vive,
ya que habita mi espíritu en el cielo.

RAFAEL GARCIA DE LA TORRE.

Málaga. — Agosto 16 de 1850.



FEDERICO II DE PRUSIA.



Federico II, llamado el Grande, fue hijo de Federico I, y nació en 24 de Enero de 1712. Desde jóven se dedicó al estudio de la lengua y literatura francesa, en la que hizo grandes progresos, como igualmente en la poesia y música; y como quiera que su padre queria que adquiriese una educacion puramente militar, la desobediencia de su hijo le incomodó tanto que llegó hasta á privarle de su derecho á la corona. De aqui se originó un altercado entre el padre y el hijo, que hubiera dado de sí consecuencias funestas, si no hubiese interpuesto su influjo el Emperador de Alemania.

En 1740 por muerte de su padre subió Federico II al trono, mostrándose desde luego tan distinto de cuando era príncipe, que acaso no se dará un ejemplo mas notable de contradiccion. Hallándose con un ejército de 70,000 hombres se hizo un Rey militar. No solo lo aumentó, sino que trajo á su servicio los oficiales mas distinguidos de otras naciones, y se hizo un deber inviolable de revistar sus tropas y atender á su direccion ciertas horas del dia.

Su primera operacion militar fue ocupar á Lieja con pretestos frívolos, y no la evacuó hasta que el Obispo soberano le dió una suma inmensa de dinero. La muerte del Emperador Cárlos VI ofreció á Federico un pretesto para reclamar derechos casi olvidados de la casa de Brandemburgo sobre el principado de la Silesia, ofreciendo á la heredera de Austria, Reyna de Ungria y Bohemia, asistirla contra todos sus enemigos, prometiéndola su voto, como elector, para la eleccion de su marido al imperio, y darle ademas dos millones de pesos por aquel principado. La Reyna de Ungria desechó la propuesta; Federico se apoderó de la Silesia, y derrotó al ejército austriaco mandado contra los prusianos, y uniéndose despues con Francia y Baviera, comenzó la guerra de espoliacion de los dominios de Austria. En 1745, por la muerte del conde de Friesland, con pretesto de ciertos derechos antiguos, tomó posesion de aquel condado y lo agregó á su corona.

El elector de Baviera habia sido elegido Emperador, lo que ocasionó una guerra con los austriacos; estos echaron al Emperador de sus estados de Baviera, y eran victoriosos contra todos sus enemigos. Federico sospechó que el Austria tentase recobrar la Silesia, y siendo para él la sospecha bastante razon para obrar, hizo una alianza secreta con Francia, con la Baviera y otros príncipes alemanes, prometiendo al Emperador ayudarle invadiendo la Bohemia, con condicion de que le cediese el círculo de Konigingratz. Federico en efecto entró en Bohemia, y tomó posesion de Praga; pero

los austriacos y sajones mandados por Carlos de Lorrena, le obligaron á evacuar aquel territorio.

La muerte del Emperador Cárlos VII, y la derrota de los bávaros en Pfaffenhofen, obligaron al jóven elector de Baviera Maximiliano á hacer la paz de Fuessen con Maria Teresa. Esta Reyna hizo un tratado con Sajonia contra Prusia, en 1745; pero Federico en una sola campaña batió á los austriacos y sajones en Hohenfriedberg; ganó una gran victoria contra los austriacos en Sor, y otra contra los sajones en Resseldorf, lo que dió ocasion á la paz de Berlin por la que le quedó asignada la Silesia, y la Sajonia obligada á pagar un millon de pesos á Prusia, sin mas obligacion de parte de Federico que reconocer al marido de Maria Teresa, Francisco I, como Emperador.

Entonces se siguieron once años de paz, en los que se aplicó Federico con la mayor actividad á la administracion de sus estados en todos sus ramos, y mas particularmente á las mejoras de su ejército. En este periodo fue cuando mostró sus grandes talentos como Rey, fomentando la agricultura, las artes, las manufacturas y el comercio. Reformó las leyes, aumentó las rentas del estado, y formó un ejército de 160,000 hombres, con una plana de generales esperimentados, sin olvidarse de las letras ni de las musas; habiendo publicado sus *Memoires de Brandeburg*; su poema *L'Art de la Guerre*, y otras obras en verso y prosa. Debe advertirse que Federico nunca escribió sino en francés, que jamas aprendió latin ni griego, y que solo en caso de necesidad hablaba en aleman, habiendo mostrado en toda su vida el mayor desprecio por la lengua teutónica.

A los diez años de esta paz principió la famosa guerra de los siete años, en la que mostró su consumada habilidad como general, y su política maquiavélica. Federico sospechó que el Austria, la Rusia y Sajonia hacian una alianza secreta, y esto le bastó para mover su ejército. Sin cuidar de la opinion pública, ni inquietarse por la censura de otros gabinetes, atacó con todas sus fuerzas á la Sajonia, sin declaracion de guerra, sin provocacion, sin motivo, ni alegar pretesto alguno. La corte de Dresde se quejó de tan alevosa invasion, y el consejo áulico de Viena declaró á Federico Rey de mala fe, y perturbador de la Europa; hasta la Francia, enemiga siempre del Austria, hizo alianza con esta y se declaró contra el Rey de Prusia, quien no tenia mas aliado que su tio el Rey de Inglaterra, pero esta nacion poco podia ayudarle por tierra, escepto con algunas tropas hannoverianas. Federico lejos de desmayar á vista de tal tempestad, resolvió arrostrar todos los peligros, y despues de entrar en Sajonia, penetró en Bohemia y ganó á las inmediaciones de Praga una victoria importante, pero con gran sacrificio de soldados. El mariscal Daun marchó contra él con un ejército austriaco, los dos ejércitos se encontraron en Kollin, el 18 de Julio de 1757, y Federico fue batido. Jamas se dió una batalla mas obstinada; siete ataques sucesivos hicieron los prusianos contra los austriacos, y aunque Federico tenia á la vista la mitad de su infanteria tendida ya en el campo de batalla, cuando vió al resto retirarse les dijo con la mayor insensibilidad: « Quereis vivir siempre ?''

Esta derrota le afligió sobremanera, y se halló obligado á retirar todas sus tropas de Bohemia en tres cuerpos separados. Durante la retirada, la division que mandaba su hermano el príncipe real, tuvo pérdidas considerables, lo que disgustó tanto á Federico, que le escribió una carta con tantos improperios que le hizo morir de pesar. El general Lehwald fue al mismo tiempo batido por los rusos en Jaegerndorff, y el egército ingles-hannoveriano, su único auxiliar, capituló en Closter-Seven. Poco despues un egército frances unido al imperial entró en la Sajonia. Asi se hallaba la Prusia acosada por cuatro egércitos poderosos, y tan abatido el ánimo de Federico por la primera vez, que pensó cometer un suicidio. La desesperacion, sin embargo, le dió nuevo ánimo; primero pretendió la paz, y no pudiendo obtenerla resolvió continuar la guerra hasta perecer.

Dejando un cuerpo pequeño en Silesia bajo las órdenes del duque de Bevern, marchó con veinte y cinco mil hombres contra el egército combinado, que tenia mas de sesenta mil, atravesó el Saale, y fingiendo retirarse á la vista del enemigo, le atacó vivamente al momento que avanzaba, le puso en desorden, y no dejándole rehacerse lo derrotó completamente. Mas Federico no podia estar en todas partes, y apenas habia triunfado en Rosbach, supo que su general Winterfeld habia sido batido en Görlitz, que los austriacos habian penetrado hasta Berlin,

que la fortaleza de Schweidnitz se habia rendido, y que el duque de Bevern habia sido derrotado en Bpesleu. El Rey recibió casi al mismo tiempo estas tristes nuevas, y viéndose en el último apuro resolvió arriesgarlo todo en una batalla. Luego reunió todas sus tropas, y marchó con rapidez contra los austriacos. Federico, como todo hombre grande, mostró sus talentos con mas vigor en las mayores necesidades; asi es que jamas se mostró mas consumado que en Lissa, donde con treinta y tres mil hombres, en 5 de Diciembre, venció al mariscal Daun y al duque de Lorena que tenian sesenta mil. Federico no hacia sus disposiciones sino á vista del enemigo, y en este dia no arregló su plan de ataque hasta haber reconocido la posicion de los austriacos. Viendo el ala izquierda mal apoyada, hace con prontitud un movimiento oblicuo, la rodea, pone en confusion toda su línea, se apodera de Leuthen que formaba la llave de su posicion, y consigue una de las victorias que han honrado mas su táctica y el valor y disciplina de sus tropas. Cinco dias despues se le rindió Breslau con una guarnicion de quince mil hombres, y en menos de una semana habia recobrado la Silesia, y destruido cuarenta mil soldados enemigos.

A este tiempo tomó las riendas del gobierno británico el conde de Chatham, el que indujo al Rey mandar un egército ingles á favor de Federico para lavar la afrenta recibida en Closter-Seven; aquel ministro ofreció al Rey un subsidio de doce millones por año, y luego pasó el egército al continente bajo las órdenes del príncipe Fernando de Brunswick. Esta última circunstancia llenó de gozo al Rey de Prusia, por la alta opinion que tenia de los talentos de su primo, el que la justificó con una campaña tan glbriosa, que Federico la comparó á la campaña de Turena en Alsacia. Federico marchó luego á la Bohemia, pero sabiendo que un egército ruso se avanzaba á



Federico de Prusia en la batalla de Hohenkirchen.

la Silesia, le fue al encuentro, le dió batalla en Zorndorff, y ganó una victoria que le costó muy cara, porque perdió en ella diez mil hombres de sus mejores tropas.

El mariscal Daun amenazaba por otra parte, y Federico marchó contra él encontrándole en Hohenkirchen; pero el general austriaco sorprendió al ejército prusiano durante la noche y le hizo un estrago terrible. Nunca se mostró el Rey de Prusia mas general que en esta difícil circunstancia: él condujo en persona sus batallones á los ataques; y despues de haber perdido sus mejores generales al lado, gran número de sus soldados, y uno ó dos caballos, y recibido una herida considerable, condujo sus tropas á media legua de distancia, y las formó en batalla, que los austriacos no quisieron aceptar. «Este ejemplo singular," dice el conde de Guibert, «y este prodigio del genio de Federico y de la disciplina de sus tropas será siempre celebrado: que un ejército tan completamente sorprendido, que pierde de siete á ocho mil hombres en la refriega, ciento cincuenta piezas de artilleria, sus tiendas y equipages, que pueda rehacerse al instante, formarse á mil varas de distancia, y desafiar á un enemigo que acababa de obtener tanta ventaja, es un hecho sin igual." En 1759 perdió otra batalla con los rusos, y en ella veinte mil hombres, con toda su artilleria. Hablar de las batallas perdidas y ganadas en la guerra de los siete años no seria posible aquí, ni aun podrian darse en compendio; la historia de la guerra escrita por el mismo Federico es la mas exacta relacion; bástenos decir, que este gran Rey salió de su gran lucha de siete años con una reputacion que ha inmortalizado justamente su nombre como general.

Seguro ahora en las adquisiciones que habia hecho, se aplicó al gobierno interior de su reyno, que tanto habia sufrido en la destructora pugna de los siete años, con tanta asiduidad que nada podia distraerle de sus trabajos de reparacion. En medio de la ruina universal, su erario, ayudado en gran parte por los subsidios ingleses, se habia mantenido en un estado regular. La Silesia, que tanto habia sufrido en aquella guerra, quedó libre de contribuciones por un cierto tiempo, y los fondos destinados para la guerra fueron empleados en reedificar los pueblos que habian sido asolados en la guerra. Los almacenes de trigo y otros granos acopiados para el ejército, fueron distribuidos á los paisanos, con los caballos de la artilleria y otros de la caballeria, para sembrar los campos devastados por los ejércitos; siendo cosa prodigiosa, que despues de tantas guerras y un ejército tan numeroso hubiera podido este Rey de unos estados pobres, emplear doscientos millones de pesos para fomentar las fábricas, agricultura y artes en Prusia, al mismo tiempo que fundó el banco de Berlin con un capital de 8 millones de pesos. Esto á la verdad no hubiera sido posible efectuarse sin la mas económica administracion de las rentas del Estado, sobre lo que la Prusia y sus soberanos han sido y son ahora el mas perfecto modelo.

La ambicion era probablemente el resorte mas poderoso de su actividad, asi como para mantener su carácter militar lo era su economía; por esto es que cuando se trataba de conquistar, ó defender lo adquirido, Federico era insensible á la vida de sus vasallos ó la prosperidad de su pais; vencer en una batalla era su idolatrado objeto, y no le inquietaba en su prosecucion, la efusion de sangre de sus mas íntimos amigos ó generales, ni la pérdida de veinte ó treinta mil hombres en una sola accion. Una hidropesía incurable puso término á su existencia en su retiro de Sans Souci, en 17 de Agosto de 1786.

Federico II era de una estatura mediana, pero bien proporcionado, y sus facciones tenian mucha espresion, particularmente sus ojos, que mostraban toda la energía de su alma. En su juventud fue un ginete elegante, pero luego se hizo tan negligente en la silla que iba siempre encorvado. En cuanto á su vestido, su mesa, número de criados y toda apariencia esterior era muy simple, y en lo único que parecia escederse era en comer platos muy condimentados con especias, y mucha fruta. Aunque inclinado á dormir, se hizo una práctica de levantarse todas las mañanas á las cinco. Desde que subió al trono abandonó la diversion de la caza, no reservando de ella sino los perros, por los que conservó una gran mania. Tenia un gran número, y habitaban en los mejores cuartos de su palacio, y el favorito, que regularmente era el mas gordo, dormia con él en su cama. Despues de esta canimanía no tenia mas frivolidad que su gusto por la música, siendo la flauta el instrumento de su ejecucion; habiendo practicado tanto en ella, que le produjo el hábito de tener la cabeza inclinada al hombro derecho.

El caracter de Federico es el de un hombre verdaderamente grande, grandes virtudes y grandes vicios. Considerado esclusivamente como general, es sin duda el mayor de la historia moderna, no por el número de las batallas y de sus brillantes victorias, sino por su constancia y consumada estrategia.

En cuanto á Rey, Federico no fue inferior al mejor con respecto á sus estados patrimoniales; pero estos eran tan reducidos que apenas tenia dos millones de súbditos, y estos pobres. El alma grande de aquel monarca le incitaba á estenderlos; era pues para él necesario el conquistar; las conquistas nunca son justas, y para adquirirlas y mantenerlas es preciso tener poco escrúpulo; de aqui el maquiavelismo de Federico, y el mero hecho de haber escrito contra la doctrina del florentino antes de subir al trono, y haberla seguido despues de coronado, prueba de que la seguia por necesidad.

Como hombre no tuvo mas guia para su moral que sus inclinaciones y su interes. El protestante y el católico, el sociniano y el judio, todos los cultos eran protejidos en sus estados, no por el principio de tolerancia, porque igualmente se reia de la Iglesia que de la Sinagoga, sino por el del interes de sus estados.

En cuanto á las letras fue ciertamente grande apasionado; y sin ser un filósofo profundo se dejaba gobernar por la filosofía, pero esta maestra de las acciones humanas encontraba á menudo una resistencia invencible en la irritacion y caprichos de un Rey.

Federico estuvo casado con una princesa digna de ser su esposa, pero este príncipe no podia ser buen esposo de ninguna, habiendo mostrado toda su vida la mas estraordinario aversion al trato con mugeres; con tal disposicion no es estraño que muriese sin sucesion.

E. I. R.

DERVIS.



Todos los paises han tenido sus épocas de ignorancia y de fanatismo, que desgraciadamente han sabido explotar muchos hombres de superior inteligencia, sin duda, para crear en aquellos mil creencias no menos supersticiosas que ridículas. El interes personal, el deseo de dominar á la multitud, el de atraerla y hacerla servir á sus miras, han sido las causas de un mal que por largo tiempo ha afligido á la humanidad. Por fortuna, la marcha de los siglos, y los sucesivos adelantos de la civilizacion, aunque no todos dignos de alabanza, han ido desterrando aquellas absurdas creencias tan contrarias á la razon, á la verdad y á la religion, presentando como charlatanes de baja estofa á todos los que fundaron su crédito, su poder engañando la credulidad pública, rica mina que tantos bienes les proporcionaba.

Contados serán ya los pueblos víctimas de tan groseros errores; sin embargo, aunque en pequeña escala, todavia los hay que se alimentan en parte de ellos, merced á hallarse aun en un estado muy próximo á la ignorancia. El pueblo egipcio es de ello

buen testigo. Fanático como el que mas, no faltan en él bribones que lo esplotan; pero los que mas crédito gozan son varios coptos mágicos y adivinos, que afirman estar en relaciones con los espíritus sobrenaturales, atribuyéndose el poder de evocar los muertos y de hacer comparecer á las personas ausentes. Las mugeres son las que en este pais, como en todos los demas, contribuyen á dar crédito á esta clase de charlatanes. Una decepcion conyugal, un mal trato, una contrariedad, una friolera la mas insignificante, hace dirijir á estas mugeres tan imbéciles como supersticiosas, al tribunal de los hipócritas que abusan de su credulidad, y que les venden hechizos, talismanes, secretos y oráculos de todas clases. Esta pregunta de qué medio ha de valerse para tener hijos; aquella consulta lo que deberá hacer para reconquistar el corazon de su señor, que una rival le ha robado. Los santones, frecuentemente maniáticos, muchas veces idiotas, y siempre repugnantes, andan por las calles con la mayor desfachatez. Se instalan al rededor de las mezquitas, y notables por su suciedad y cinismo, llaman la atencion por sus grotescos gestos, y por mil acciones absurdas y ridículas. Cada uno de estos truanes, mas venerados que venerables, toma una mania diferente, y ostenta un esterior particular. Esta ha sido y es la táctica general, pues sabido es que todo lo que se aparta del comun llama la atencion del vulgo, que es víctima siempre del mas atrevido, y del que sabe lisonjear sus caprichos, ó exitar su atencion por lo sobrenatural.

E. G.



Dervis ó Santon egipcio.

UN IMPOSIBLE.



Es cierto, dijo el vizconde, soy soltero y aun solteron, y tengo la felicidad ó la desgracia de personificar completamente estas dos variedades de la especie humana, cuyas buenas cualidades me cabe la satisfaccion de poseer, aunque tambien sus defectos. Cuento cuarenta y ocho años bien complidos, pocos cabellos, y estos pocos mas tiran á blancos que á negros, anillos en todos los dedos, mi inseparable caja de oro con retrato para el tabaco, y una caña de indias con su puño de marfil. Soy alto y delicado, flaco y bien dispuesto, aunque habitualmento llevo dos chalecos, un frac y un sobretodo. Como en la fonda, cuando no almuerzo con mis amigos; porque por lo menos cuento tres mil amistades; bien es verdad que en revancha cada primero de Enero he de comprar aguinaldos para mil y quinientas muchachas, de quienes soy el ídolo y el proveedor. Tengo entrada en todos los teatros reales. Vivo en la calle de Grammont, tercer piso. Tan arreglado en todas mis cosas como mi muestra de Breguet, me levanto todos los dias á la misma hora, y hago tres *toaletas* diarias. Todas las tardes me echo al mundo. Los martes, atravieso las Tullerias á las cinco en punto; los viernes el bosque de Bolonia, y todos los dias el Boulevard de los italianos; tengo ajustada una enfermedad para cada siete años. Soy robado imperceptiblemente siete veces por semana, y ostensiblemente una vez al año, ni mas ni menos que le sucede á un opulento ingles. Como amo á tantas personas, la divisibilidad de mi cariño es infinita, de suerte que á cada una en particular le toca poquísima parte; bien es verdad, que á ellas les sucede otro tanto con respecto á mí. A todo el mundo parezco bien, porque soy de la opinion de todo el mundo. Pasaré mis últimos años en el café, mis últimos dias en manos de una ama de gobierno respondona, mis últimas horas con un heredero, mis últimos momentos solo, ¡y moriré sin que nadie desperdicie sus lágrimas llorando por mí!

Pues sin embargo, yo hubiera podido ser y hacer lo contrario de todo esto; hubiera podido vivir y arrellanarme en mi casa, habitar en piso principal, no ser robado mas que lo ordinario, llegar á ser alcalde ó diputado, propietario ó filántropo, gozar del placer de ser mimado en mi ancianidad, y morir de indigestion ó apoplegía en brazos de mis hijos, en medio de mi acongojada familia. En una palabra, hubiera podido casarme.

Digo hubiera podido, porque ¡ay de mi! una sola vez se presentó una ocasion que se me escapó de entre las manos por una série de accidentes y de azares á cual mas estraños.

Escuchad.

Sacó el vizconde la caja del polvo, la abrió lentamente, sumergió el pulgar y el índice hasta la segunda falange, meneó tres veces el contenido y por fin sacó un polvo que conservó religiosamente entre ambos dedos, y en seguida, arrellanándose en su poltrona y cruzando sus prolongadas piernas, empezó en estos términos.

—Ya hace trece años, entonces tenia yo treinta y cinco, y profesaba al matrimonio la aversion mas invencible; sin embargo todos mis amigos, convirtiéndose para esto en mis mas acérrimos enemigos, habian jurado casarme á toda costa, y me proporcionaban relaciones con cuantas mugeres creian capaces de trastornarme la cabeza. Estas perpetuas importunidades, despues de haberme servido de diversion por algun tiempo, llegaron á afianzarme de tal suerte en mi resolucion, que hubiera rehusado la felicidad de manos de mis amigos, únicamente porque no se saliesen con la suya.

Por desgracia nadie tiene menos firmeza real que un hombre testarudo, asi es que yo me dejé sorprender un dia por el enemigo de quien menos desconfiaba, y este fue la casualidad, favorecida por un amigo que tuvo habilidad suficiente para triunfar de mí, al paso que me hacia creer que era yo quien triunfaba de él; á imitacion de aquel hombre de la fábula que embarcaba á su asno arrastrándole por la cola.

Hallábame en la casa de campo del caballero de Warel, á seis leguas de París. El campo estaba desierto todavia, y pasábamos las tres cuartas partes del dia en pasearnos á caballo, ínterin nos llegaban vecinos.

Un dia que mi amigo se quedó en casa por sentirse algo indispuesto, volví de mi paseo un poco mas tarde que de ordinario y con gran sorpresa de mi huésped entré en el salon sostenido por dos criados.

—Dios mio! esclamó Warel, corriendo hácia mí, ¿qué te ha ocurrido?

—Una caida del caballo y una aventura, le contesté; el primer capítulo de una novela.

El tono con que pronuncié estas palabras y la sonrisa que las acompañó, tranquilizaron á mi amigo acerca de la gravedad de mi herida, que, en efecto, no consistia mas que en una contusion general.

—Tenemos vecinos, amigo mio, esclamé luego que estuvimos solos ¡Tenemos vecinos!!

—¡Oh! dijo Warel abrazándome estrechamente; sea Dios bendito... y tú tambien: pero sabes, añadió, que es un descubrimiento que al parecer no ha dejado de costarte caro, pobre Cristobal Colon.

—Eso es segun y conforme, le contesté. Precisamente la causa de mi peligro ha sido la de nuestra dicha.

—¡Ah!

—¡*Ella* me ha perdido y *ella* me ha salvado! como dice Chatterton.

—¿Con que hay faldas de por medio?

—Un ángel, no, no te rias, un ángel de la guarda en toda la estension de la palabra, por que ha cumplido literalmente el versículo del salmo que dice: «Ella me ha sostenido en sus brazos para que mi pie no tropezase en las piedras del camino."

—¿De veras? vaya, pues asegúrote...

—Ya te he anunciado el primer capítulo de una novela; no, y hubiera debido decir, primer capítulo de una novela al reves, porque seria mas exacto como vas á verlo.

Cavalgaba tranquilamente por el camino de carretera é iba á tomar la senda que conduce aquí, cuando al tender una mirada por la campiña que me parecia mas desierta que nunca, descubrí en el camino real un coche, á la distancia de un tiro de fusil, cargado de equipajes y tirado por dos escelentes caballos; no latió con mas fuerza que el mio al descubrir el Nuevo Mundo el corazon del grande hombre con quien me has comparado.

—Por fin, dije para mí, ya vemos seres vivientes.

Y picando mi caballo, me precipité hacia mi descubrimiento, con tanta ansiedad como Robinson hacia el negro Domingo.

Pero sin embargo, cuanto mas me acercaba, menos rostros humanos divisaba en el coche, que al parecer se paseaba vacio con dos conductores viejos y dos caballos jóvenes.

Avancé hasta ponerme al lado del carruaje, y nada ví en la parte delantera; sin embargo, creia descubrir en un rincon un velo de blonda que flotaba prendido de un sombrero de muger; pero no me satisfice, y para convencerme me adelanté veinte pasos con el objeto de volverme y poder escudriñar con mejor éxito y menos indiscrecion... cuando de repente en el momento en que tiré de la brida á mi caballo, sin duda con demasiada impaciencia, dió un bote de improviso, perdí los estribos y me arrojó en tierra.

Todavia no habia yo tenido tiempo de mirar al coche; hallábame tendido en mitad del camino mas muerto que vivo y con el pie izquierdo tan enredado en el estribo, que el menor movimiento del caballo podia causarme la muerte. Mi fortuna fue que el pobre animal se estuvo quieto como queriendo reparar su desliz.

En tan triste situacion, percibí un grito y vi detenerse el carruage. Precipítase una jóven por la portezuela, corre hácia mí sin detenerse á recoger su sombrero que se llevaba el viento, llega turbada y sin aliento, salta por encima de mí para alcanzar mas pronto al caballo, con una mano le coge por la brida, y con la otra desata la accion del estribo, y me deja libre ya de todo peligro en manos de sus gentes que llegaban en aquel momento á tiempo de ayudarme á incorporar.

Todo esto sucedió en menos tiempo del que he tardado en contártelo, sin que la jóven me dirigiese una palabra, ni me fuese posible descubrir sus facciones.

—¿Os habeis lastimado, caballero? me preguntó por fin luego que estuve en pie.

La voz con que me hizo esta pregunta, me conmovió, porque te aseguro, amigo mio, que era la voz mas dulce que he oido en mi vida; quise volverme para ver á mi libertadora, pero bien fuese una nueva emocion, ó bien efecto del fuerte sacudimiento que habia esperimentado, sentí debilitarse mis fuerzas, y volví á caer desmayado antes de haber visto á la jóven, de suerte que la conozco tanto como si no la hubiera encontrado en mi vida, despues de haber estado en sus brazos por espacio de muchos minutos!

Ahi tienes mi aventura, amigo mio, con todos sus pelos y señales, y cuando recobré el uso de mis sentidos, me encontré á la puerta de tu casa al tiempo que los dos cocheros me bajaban del carruage.

—Y la dama incógnita?

—Mientras que sus criados me conducian aqui se habrá retirado á su casa, á pie sin duda.

—A su casa! esclamó mi compañero, ¿con que reside en este pais?

—Pues no te dije cuando entré que tenemos vecinos?

Sus criados, mientras subiamos la escalera me han dicho, aunque con mucho misterio, que es viuda, que se llama madama de Lagny, y que reside tres dias ha á una legua de aqui, en el castillo de...

—Y es eso todo lo que sabes de ella?

—Absolutamente todo.

—Y ni puedes decirme, si es hermosa, ni qué edad tiene, ni ...

—Estoy seguro de que es jóven, y me parece que ha de ser bonita, sin embargo no me atreveré á afirmar si es alta ó baja, rubia ó morena. Lo único que puedo decirte es que llevaba vestido verde, un sombrero de paja, y un velo blanco; esto es todo lo que ví.

—Pues, señor, dígote que es una aventura original, y te doy el parabien, dejando aparte el porrazo.

—Ya ves que no te engañé al anunciarte un capítulo de novela al revés, porque generalmente el héroe es el que salva á la heroina y yo...

—Con que, segun eso, aceptas el papel de héroe y piensas, continuar la novela?

—En aquel momento eché de ver que para un solteron, tan resuelto como yo habia aparecido hasta entonces, me manifestaba demasiado embarazado por mi encuentro con la jóven viuda, y desde aquel instante contesté á todas las preguntas de mi amigo con la mas estóica indiferencia. Pero los mismos esfuerzos que hacia para disimular el estado de mi alma descubrieron á Warel la secreta contradiccion que me acosaba, y le sugirieron la estratagema que empleó para picar mi curiosidad y lanzarme, sin que yo lo conociese, en las consecuencias de mi aventura.

—Amigo mio, dijo con la mayor seriedad ya veo que he hecho mal en felicitarte por tu encuentro. Por el contrario, es una lástima que no se haya proporcionado esa fortuna á otro menos puntilloso que tú.

—Y por qué?

—Porque ni puedes ni quieres aprovecharla, al paso que otro reportaria mil ventajas. Por poca gana de marido que tenga esa muger, era imposible contar con mejores antecedentes para proporcionarse un buen recibimiento.

—¿Y tienes por buen antecedente el haberme caido del caballo delante de ella?

—No; pero sí me parece de felicísimo agüero, el haber sido socorrido por ella, levantado por ella y salvado por ella. En el caso en que tú te has encontrado, una muger no escucha mas que á su cabeza que siempre es maligna, ó á su corazon que siempre es bueno. Si escucha las inspiraciones de su cabeza, suelta la carcajada, y ya no podeis presentaros delante de ella, sopena de hacer un papel ridículo; si atiende á su corazon, hace lo que ha hecho la señora de Lagny, y adquiris sobre ella el ascendiente de un hombre á quien mira involuntariamente con mas deferencia.—Ventaja incalculable!—Mas todavia; esa señora está do-

tada de prendas superiores, como lo anuncia su cualidad de libertadora: porque únicamente una muger superior es capaz de accion semejante.

—De veras?

—Eso es claro como la luz del dia.

—Lo veremos.

—Si, si, lo que tú verás... Como si yo no te conociese!...

—Como!

—Mira; una de dos; ó bien das las gracias á esa muger vulgarmente, por no comprometerte, lo cual la persuadirá de que eres indigno de lo que ha hecho por tí, y que es inútil que pase adelante; ó bien la manifiestas el vivo reconocimiento que tiene derecho de exigir, y entonces las mas insignificantes palabras son de estremada importancia para entrambos; ácaso de este modo te comprometas realmente, y como solteron inexorable no tardarás en hacerla arrepentirse de haberte conocido, y tal vez tú tambien tendrás que arrepentirte.

—Pero, hombre, no habria un término medio?

—No los hay con las mugeres que saltan de un coche para levantar á un hombre tendido en el camino real; y si quieres que te dé un consejo que deshaga todas las dificultades y te evite pasos en contradiccion con tus principios, no te presentes en casa de la señora de Lagny.

—Eso seria una ingratitud.

—Acaso ella lo tome por discrecion. Enviándola una tarjeta..... si quieres yo me encargaré de ir en tu nombre.

—Oh! amigo mio, tanta bondad!

Aqui llegábamos cuando nos interrumpió la visita del doctor, que me mandó que guardase cama ocho dias y no saliese de mi cuarto en quince.

—Hombre, no has de estarte quince dias sin dar las gracias á esa muger: ya ves que es preciso que yo te sirva de embajador, me dijo Warel conduciéndome á mi aposento, y sonriéndose solapadamente del mal gesto con que habia yo recibido la receta del doctor.

Despues de haber estado media noche pensando en la señora de Lagny, dormí la otra media, y desperté diciéndome á mí mismo, que, si no me engañaban mis presentimientos, bien podia ser aquella muger una escepcion de cuantas hasta entonces me habian inspirado aversion al matrimonio...

Pero apenas habia yo concebido este pensamiento, me ruboricé al ver entrar á Warel, como si temiera que lo leyese en mi frente.

Hasta las dos de la tarde no me habló de otra cosa que de mi salud. A esta hora mandó ensillar su caballo y me dijo que iba á pasearse, en efecto, desde mi ventana, le ví galopar hácia la campiña, y le seguí largo tiempo con envidioso semblante.

—Vengo de casa de la señora de Lagny, me dijo cuando volvió al cabo de una hora.

Confieso que me costó trabajo contenerme para que no percibiese mi cólera y sorpresa.

—La he visto, continuó tranquilamente, la he presentado tus respetos que ella ha acojido con la mayor amabilidad.—Y sentándose el traidor á mi lado, esperó mis preguntas para anudar la conversacion acerca de aquella señora.

Un cuarto de hora pasé sin osar abrir la boca luchando con mi ansia de saber y el temor de que me lo conociese. Por último creí conciliar uno y otro preguntando á mi amigo si le habian parecido exactos los informes que le diera yo la víspera acerca de la señora de Lagny.

—¿Qué informes? esclamó mofándose de mi suplicio; yo creo que me dijiste que tenia un vestido verde, un sombrero de paja y un velo blanco: y hoy tenia un vestido ceniciento y una papalina de encaje negro. No tengo presente si tenia flores en la papalina.

Agitábame en mi asiento como si estuviera sobre carbones encendidos, y tan pronto sentia tentaciones de arrojarme al cuello de Warel, como de confesarle la impaciencia que me consumia.

—Voy á hacerte un minucioso retrato de cuanto he advertido en la señora de Lagny, repuso con indiferencia despues de haberse estado gozando en mis angustias; es una muger de unos veinte y seis años, alta y rubia, dotada de una belleza que sorprende de lejos y encanta de cerca; sus maneras son elegantes y naturales. Su caracter debe ser una continuada série de contrastes; porque en media hora la he visto, bulliciosa y séria, inocente y maliciosa, coqueta y apasionada, compasiva y burlona, sencilla y romántica; en una palabra, he visto reunidas en ella sola veinte mugeres, y no he podido menos de hacer la reflexion de que el hombre que sea su marido tendrá en su casa

un serrallo mas variado que el harem de un sultan. De suerte que ya casi me arrepiento de habertela pintado; porque asi como pocos instantes de conversacion bastan para adivinarla, asi tambien es imposible formarse una idea de ella sin verla y hablarla. Por lo demas, quedó viuda de un general al año de matrimonio, y se ha venido al castillo de..... para pasar una temporada en compañia de un tio suyo.

—¿Tú vienes ya enamorado, no es verdad? le dije restregando convulsivamente entre los dedos el cobertor de mi lecho, y queriendo fingir jovialidad.

Soltó mi amigo una carcajada, que era al mismo tiempo que una respuesta negativa á mi pregunta, una prueba irrecusable de que se complacia en atormentarme.

—Hablemos con formalidad; ¿la señora de Lagny es tal como me la acabas de pintar?

—Quién lo duda? respondió Warel con la mayor sangre fria; para mi gusto, el único defecto que tiene, es el haberse portado como se portó ayer con un hombre incapaz de aprovecharse de una aventura que estoy seguro tendria el mas brillante resultado.

—Y si yo me aprovechase de ella, despiadado amigo! esclamé fuera de mí y renunciando á un disimulo que parecia inútil.

—Vaya! esto no merece la pena, prorumpió estrechándome la mano.

—Querido, añadió diez dias despues con imponente conviccion y acercándose á mí despues de la cuarta visita al castillo de... . no en vano ha puesto la Providencia esa muger en mitad de tu camino. Es la piedra filosofal que tú creias imposible. Acabo de encontrar en casa de su tio á uno de mis antiguos compañeros de colegio que la conoce desde su infancia, y que me ha contado maravillas sorprendentes.

—Perfectamente! le contesté, conociendo que la impaciencia me prestaba fuerzas; dentro de dos dias podré salir, y la veré! lo entiendes? la veré!

En efecto, al tercer dia me sentí con fuerzas para emprender una caminata al castillo de... Volví á montar sin rencor el caballo que me habia arrojado en tierra, y tomé en compañia de Warel el camino de aquella casa en donde debia encontrar la realizacion de tantos sueños, y en donde se me esperaba, segun aseguró mi huesped, con una impaciencia igual á la mia.

Hicimos el viaje al trote, y en todo él no cesó de hacer los mas entusiastas encomios de las perfecciones de la señora de Lagny y de sus favorables prevenciones en mi favor. Despues de haberle escuchado con complacencia, me puse á reflexionar ínterin él continuaba sus alabanzas, y lo que hasta entonces me habia parecido mas lisonjero y agradable, empezó á inspirarme alguna desconfianza.

—Si acaso exagerará, decia yo entre mí, las prendas de la señorita de Lagny ó el recibimiento que me espera?

Este pensamiento me atormentó de suerte que todo se me volvia reflexionar qué opinion tendria formada de mí mi libertadora, qué tal me pareceria, cómo quebrantaria sin aparecer ridículo mi propósito de celibato, y por último, si seria oportuna la visita que iba á hacerle.

—Amigo, dije de repente á mi compañero parándome en mitad del camino, cometeré una indiscrecion en presentarme en casa de esa señora?

Warel me miró sorprendido.

—Porque al fin y al cabo, añadí, yo no la conozco.

—Y para qué se va á ver á las gentes sino para conocerlas? Pero en este caso ya muda de especie. Por lo que te he dicho acerca de la señora de Lagny, tú verás si tienes ó no deseos de cerciorarte por tí mismo de la semejanza del retrato que te he trazado. Esta es la cuestion. Por lo demas, añadió viéndome dispuesto á pedirle consejo, eres absolutamente libre, y aqui me tienes á tus órdenes. Seguimos, ó nos volvemos?

Bien sabia que el medio mas espedito de decidirme á continuar mi camino era ponerme en aquella alternativa. Asi que, no pudo contener una sonrisa, cuando me vió, por única respuesta, picar espuela al caballo, lanzando una mirada al castillo de ..... cuyas torrecillas acababan de aparecer á nuestra vista en medio de un bosquecillo de olmos y castaños.

Este espectáculo me restituyó todas mis esperanzas, y aligeramos alegremente el paso hasta entrar en la calle de árboles que conducia al término de nuestro viage; pero todas mis dudas y perplejidades se despertaron con mas fuerza al descubrir la verja. Por mas que quise persuadirme que no era tanta la importancia de la visita para temerla de aquel modo, una voz interior me contesta-

ba que aquel momento iba á decidir de mi suerte, y Warel sosteniéndome y diciendo que ya no era tiempo de retroceder, representaba el papel de un implacable verdugo encargado de arrastrarme á la presencia de mi juez.

El sonido de la campanilla que anunciaba nuestra llegada, hizo latir con violencia mi corazon. Me dió calentura al ver abrirse la puerta, y cuando atravesamos el portal y la antesala me sentí tan débil que corria por mi frente un sudor frio, y tuve que apoyarme en mi amigo para no perder el equilibrio.

Jamas habia esperimentado tan singulares sensaciones, y me habria vuelto loco ó volreria otra vez á la edad de los primeros amores.

Cinco minutos pasé haciendo vanos esfuerzos para salir de aquel estado violento, al cabo de los cuales vinieron á anunciarnos que la señora de Lagny estaba ausente por algunos dias; pero que los dueños del castillo tendrian el mayor placer en recibirnos.

Esta noticia acabó de desquiciarme, y á mi agitacion sucedió un profundo abatimiento.

—Uf! esclamé, el remedio es peor que la enfermedad.

—Pobre muchacho! murmuró entre dientes Warel; ¡qué preciosas emociones se han inutilizado!

Hicimos una corta visita á los del castillo, quienes escusaron á la señora de Lagny, invitándome á volver cuando gustase.

En ocho dias volví tres veces: dos hallé indispuesta á la señora de Lagny; y la tercera acababa de salir cuando yo entré. Al volverme y al tiempo que atravesaba la arboleda por un estremo, descubrí una amazona en el otro. Dirigíme como un relámpago hácia aquel lado y segui sus huellas sin poder encontrarla.

La impaciencia que me acosaba era ya para mí un agiujon insoportable. Las zumbas del caballero Warel sobre mi mala suerte acabaron de hacerme perder los estribos, y por último una circunstancia particular llegó á hacer mi situacion intolerable.

Un dia que me presenté en el castillo tan temprano como permitian las reglas del buen parecer, tambien habia llegado tarde, y al regresar á mi morada encontré en ella á doce amigos muy enfrascados en la discusion de las prendas de la señora de Lagny. La habian encontrado sin buscarla, mientras que yo me afanaba en vano por obtener una entrevista con ella; todos hablaban mas ó menos favorablemente, pero con igual acaloramiento.

El tono de franca conviccion con que se espresaban me sugirió dos ideas que me molestaron igualmente; en primer lugar ¿habria cometido mi huésped la indiscrecion de hacer públicos mis proyectos, y creia realmente que yo acababa de tener una conferencia particular con la señora de Lagny? Esta última circunstancia me fue tanto mas penosa cuanto que cada uno me preguntaba por su lado, sin darme tiempo ni aun para hacerles ver la imposibilidad en que me encontraba de contestarles.

—No es cierto que tiene mucho desparpajo?

—No tiene la frente deprimida?

—Su talle es delicioso, no es verdad?

—Pues, y sus facciones?

—Y el perfil?

—Y las cejas?

—Y nada decís del hoyito que le hace la barba cuando habla?

—Y sus dientes? ¡ay amigos, qué dientes?

—Afortunado vizconde! Harto mejor que nosotros habreis visto todas estas cosas, con descanso y á vuestras anchas! Vamos, vamos, sentaos y referidnos vuestra entrevista.

En vano fue que protestase que no habia sido mas feliz que otras veces, pues ninguno queria darme crédito; hasta mi amigo Warel, luego que se retiraron sus comensales me dijo:

—Pero, hombre, si parece increible; cuando yo la dije que habias ido á visitarla, me respondió con el mas vivo interés que se volvia inmediatamente porque tendria una satisfaccion en poder por fin encontrarte....

—Ha dicho *por fin*?

—Lo ha dicho, y en seguida mandó aguijar los caballos.

—Pues entonces algun demonio se ha interpuesto entre nosotros, y confieso que no me faltan dos dedos para perder la cabeza.

Aconsejóme Warel seriamente que escribiese á la señora de Lagny, pidiéndola que fijase dia y hora en que poder encontrarla; porque le parecia que esto no tendria nada de particular entre dos personas que tanto desean verse.

Pero un paso semejante me pareció un compromiso positivo, y al que estaba tan poco dispuesto, cuanto que empezaba á dudar de la impaciencia atribuida á madama de Lagny de *encontrarme por fin*.

Sin embargo, exasperado juré no perdonar sacrificio alguno por verla, á cualquier precio y aunque fuese á pesar suyo.

Los habitantes del castillo de..... con quienes habia entablado íntimas relaciones, podian muy bien estar en la inteligencia de que visitaba su casa únicamente por ellos, como en realidad habia sucedido hasta entonces; sobre esta base senté mi plan, y decidido partí por quinta vez con el mismo firme propósito de no mentar siquiera á la señora de Lagny, y tambien á no abandonar el puesto hasta que la hubiese visto.

Llegué al castillo por la tarde. Todos los huéspedes jóvenes estaban de paseo, y fuí introducido en una sala baja en donde se hallaban reunidos los viejos y los niños de la casa: dos hombres estaban jugando al chaquete, tres mugeres bordando una alfombra, y cuatro chiquillos enredando con el mayor alboroto posible y jugando al volante, á la pata coja y al salto. Instaléme á inmediacion de las tres vetustas matronas con una resignacion estoica: no pronuncié el nombre de la señora de Lagny, nadie me habló de ella y se gastó una hora en conversar sobre la lluvia y el buen tiempo.

Uno de los jugadores se levantó y me convidó con su asiento. Yo odiaba mortalmente el chaquete, y sin embargo acepté la partida, que duró dos horas!

Entretanto no aparecia alma viviente, y ya no sabia qué pretesto alegar para permanecer mas tiempo. Una señora se enfadó con una niña que no acertaba á desenredar un nudo de una madeja de lana que estaba devanando; me aproveché de la ocasion y me rodeé á las muñecas la madeja, no sin haberla antes enredado algo mas de lo que estaba para ganar tiempo. Esto me proporcionó cerca de una hora de beneficio.

Y nadie se presentaba. No teniendo ya nada que hacer con las damas, me valí de los niños, jugué al volante, al solitario, á las muñecas, y aun estoy por decir que hubiera jugado al quebranta-huesos. Pero los niños se cansaron antes que yo, y por la tercera vez tuve que pensar un pretesto. Habíame fijado á mí mismo la obligacion de permanecer hasta las seis, y todavía no eran mas que las cinco y cuarto.

Agitábame en mi asiento, recorria el salon con manifiesta impaciencia, y no separaba los ojos de la puerta para ver si asomaba el objeto de mis tormentos. Al fin, empezó á llegar gente. Primero entró un caballero, despues descendieron de un caravá dos señoras y un hombre. Y la señora de Lagny sin presentarse.

Cerraba la marcha el dueño de la casa en compañía de un vecino que le habia llevado á ver sus viñas. Y la señora de Lagny sin parecer.

Iban á dar las seis. Ya escuchaba el ruido de los platos en el aposento inmediato. En aquel momento volvieron á renacer mis esperanzas de ver á madama de Lagny; pero no habia otro remedio que partir, porque mi permanencia iba haciéndose ridícula y descortés. El cielo miró por mis intereses, descargando un chaparron en el momento en que yo iba á despedirme de la reunion. Todos á una voz me detuvieron, y el dueño de la casa, asiendo mi mano, me declaró con amistosa cordialidad que me embargaba para que los acompañase á comer.

Estremecíme de placer y acepté, el convite despues de haber fingido que me hacia de rogar. Como Hernan Cortés, habia yo echado á pique mis naves, me habia empeñado en verla!

Sin embargo no bajaba, y nadie decia que se la aguardase. Pasamos al comedor y no estaba allí: se colocaron á la mesa sin contar si se hallaban todos presentes, y yo absorto me mantenia de pie en un estremo de la sala, sin separar los ojos de la puerta.

—O está enferma ó ha muerto, decia yo entre mí; ó tal vez no vive como el resto de los mortales.

Una señora que hacia los honores me despertó de mi delirio, diciendo á un criado que pusiese mi cubierto á su derecha en el sitio de la señora de Lagny.

—*¡En el sitio de la señora de Lagny!* estas palabras me dejaron helado de terror.

—¿Está indispuesta esa señora? pregunté haciéndome violencia para dirigirme al sitio que me habian asignado.

—¿No sabe V. que partió ayer á París? prorumpió una voz que me hizo caer descuadernado en mi asiento.

Mi palidez alarmó á los circunstantes, quienes acudieron todos á mi socorro. Espliqué mi turbacion como pude; fingí co-

mer, me despedí despues del café, bajo no sé qué pretesto, y me volví á mi casa blasfemando como un condenado, y deshaciendo los bijares á mi caballo.

A la mañana siguiente regresé á París. Era una lucha que yo habia empeñado, no con la señora de Lagny sino con la fatalidad, y hubiera jugado la vida por salir vencedor.

Las señas que yo poseia eran mas que suficientes para hablar á mi desconocida; en menos de dos horas, averigué su casa y corrí á ella. Una carretela entraba al mismo tiempo que yo.

Figuróseme reconocer á la que habia visto, ó mas bien á la que no habia visto el dia de mi caida del caballo. Ya es mia! esclamé; y acercándome á la portezuela para cerciorarme, empezaba á descubrir unas trenzas... cuando me zampé en un charco de lodo chapuzándome de pies á cabeza.

Precipitéme en el cuarto del portero; no hay duda, era ella! pero cómo habia de presentarme en el asqueroso estado en que me encontraba? Subí al primer coche que pasó, corrí á componer mi tocado, y volví sin perder un minuto. Ya era tarde; acababa de salir.

Por la noche fui á la ópera, mas por consolarme que con esperanza de verla.

—Quieres, me dijo un amigo, que te enseñe una de las mugeres mas hermosas que he visto este invierno?

—Qué muger?

—No la conozco mas que de vista y de nombre; es la señora de Lagny!

—La señora de Lagny! dónde está?

—Mira, allí á la derecha, en los palcos bajos, ahora está vuelta de espaldas, pero pronto mirará hácia aqui.

Fleché mi anteojo al punto que me designaba, y divisé una jóven cuyo primer aspecto tenia en efecto cierta relacion con mis débiles recuerdos; no quité los ojos de sus cabellos y de sus hombros por espacio de un cuarto de hora que permaneció vuelta; por último, hizo un movimiento para cambiar de postura, y ya iba entreviendo la parte posterior de su mejilla, cuando de repente se interpuso un cuerpo estraño en el cristal de mi anteojo, y me quitó la vista. Para evitar aquel estorbo mudé de direccion; pero me quedé sorprendido al hallarme en completa oscuridad.

—Acababa de apagarse el gas del alumbrado, y los espectadores huian aterrados por todas partes.

Cuando volvió á iluminarse la araña, habia desaparecido la señora de Lagny, y en vano la busqué en los palcos, en las escaleras, y en el portal.

Ocho dias dejé pasar sin hacer la menor diligencia, á ver si conseguia alejar de mí al genio maligno que espiaba mis pasos para apartarme de ella.

Al noveno dia, en el momento en que iba á salir, entró en mi aposento el caballero de Warel.

—Qué hay? me dijo. Vengo á saber noticias. La has visto?

—No la he visto!!! esclamé con el mismo acento convulsivo con que se aplaudia Orestes de ser el mas miserable de los mortales.

Y le referí mis aventuras en los diez dias, y mis recientes proyectos.

—Esos proyectos ya son tardíos, me contestó con su acostumbrada impasibilidad. Al venir aqui, he encontrado la berlina de la señora de Lagny.

—Conque todo el mundo ha de encontrarla, escepto yo! dije haciendo un movimiento para echar á correr en su busca.

Werel me detuvo.

—Es inútil, amigo mio, ha emprendido un viaje ilimitado con una parte de su familia.

—Bien, prorumpí con la resignacion de un sentenciado á quien perdonan la vida: he sido vencido! pero vive Dios que no ha de serme inútil la leccion! el que vuelva á hablarme de proyectos de matrimonio!.....

Cumplí mi palabra, y se me figuró haber olvidado enteramente á la señora de Lagny.

Dos años despues iba a entrar en la iglesia de san Roque con Warel que queria enseñarme un cuadro cuando, fuimos detenidos por un cortejo de boda que salia de la iglesia. Mezclámonos con él, y llegamos tan cerca de la desposada que la tropecé en la espalda al tiempo que subia al coche.

—Dios mio! esclamó Warel tirándome del brazo. Es la señora de Lagny!

—La novia?

—La misma.

Esta sola palabra despertó en mi alma todas sus pasadas sensaciones y volví la cabeza precipitadamente: alejábase el coche á galope y no descubrí mas que una delicada mano apoyada en la ventanilla y en la que brillaba un anillo de boda.

—No la has visto? me preguntó el caballero.

—Ni un cabello.

—Pues no puede ella decir otro tanto, replicó, porque bien te ha mirado y reconocido, y por mas señas que estaba temblando y mas encarnada que un tomate.

Quedé deshauciado. No atreviéndome ya á presentarme en casa de la señora de Hermans (este era su nuevo nombre) traté de introducirme por medio de un tercero. Recibí una respuesta ambigua que equivalia á una negativa, y que Warel creia deberse interpretar mas favorablemente que una admision.

Quince dias despues de su enlace, partió la señora de Hermans á Madrid con su esposo, que estaba encargado de una mision diplomática. Ya no he vuelto á oir hablar de ella, ni la he visto!

Pero jamás he cesado de pensar en ella, lo confieso, y de repetir que la hubiera ofrecido mi mano si la hubiese encontrado antes de sus segundas nupcias.

Por último, añadió el vizconde, loco ó juicioso, este pensamiento me hará morir soltero; ademas de que estoy convencido de que para mí el himeneo es *un imposible*.

T. M.

EL ARROYO.

ROMANCE.

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar
que es el morir.
JORGE MANRIQUE.

Entre márgenes frondosas
De mastrantos y de juncias,
Bulliciosa y fresca el agua
De un manso arroyuelo ondula.

—

Está la noche serena,
Y á los rayos de la luna,
Su corriente resplandece
Cual cinta de plata pura.

—

Todo en silencio reposa
Y solo el rumor se escucha
Del agua, que murmurando
Entre guijas se derrumba,

—

Y al triste rey de las selvas
Que en la enramada se oculta,
Esparciendo al aire trinos
De melodiosa dulzura.

—

Tal vez el siniestro canto
Se oye del ave nocturna,
O el pavoroso quejido
Del lobo que hambriento aulla.

—

Ya las nieblas lentamente
Una tras otra se ocultan,
Y aurora de la mañana
Debil claridad despunta.

—

Del seno del arroyuelo
Se alza vaporosa bruma,
Que sus márgenes amenas
Por todas partes circunda,

—

Y cual un velo de gasa
De fantástica figura,
Todo lo envuelve entre nubes
De nacarada blancura:

—

Hasta que el sol con sus rayos
El denso vapor destruya,
Y se refracten sus luces
Sobre las ondas cerúleas.

—

La cristalina corriente
Cual un espejo dibuja
Las flores, que su ribera
Adornan de azul y púrpura.

—

Estiende la flor sus pétalos
Del rocío á la frescura,
Y el humedecido ambiente
Con sus aromas perfuma.

—

Las azuladas violas
En su tallo se columpian,
Hasta tocar con sus cálices
En la blanquecina espuma.

—

Y de la esmaltada orilla
Al contemplar la hermosura,
En dulce arrullo las aguas
Del arroyuelo murmuran.

—

Ligera la mariposa
Por entre las flores cruza,
Libando el nectar en todas
Mas sin posarse en ninguna;

—

Y viendo una blanca rosa
Que en el arroyo fluctúa,
Bate las doradas alas
Y en sus pétalos se oculta.

—

La brisa que leve sopla
A la bella rosa impulsa,
Y muellemente mecida
La mansa corriente surca;

—

Cual en el mar de la vida
Cruzan las negras espumas,
Los favorecidos hijos
De la voluble Fortuna.

—

En el sereno horizonte
Las pardas nubes se agrupan,
Y lentamente se estienden
Hasta cubrir la llanura.

—

Brilla fugaz un relámpago,
Y el ronco trueno retumba
En los sinuosos montes
Que el fértil valle circundan.

—

Silva el huracan furioso,
Flamígero rayo cruza
Por el sofocante ambiente
Y el negro horizonte alumbra.

—

El pintado gilguerillo
Asilo en su nido busca,
Y la serpiente silvando
En las peñas se refugia.

—

El antes manso arroyuelo
Ora la campiña inunda,
Y sus cristalinas aguas
Corren entre el fango turbias;

—

Arrastrando en su corriente
Entre los ramos de murta,
A la muerta mariposa
Flotante cual una pluma:

—

Y en su curso destruyendo
Cuanto se opone á su furia,
Avanza hasta que sus aguas
En el ancho mar sepulta.

—

Asi los dias del hombre
Corren llenos de ventura,
Hasta que de las pasiones
Se traba la horrible lucha.

—

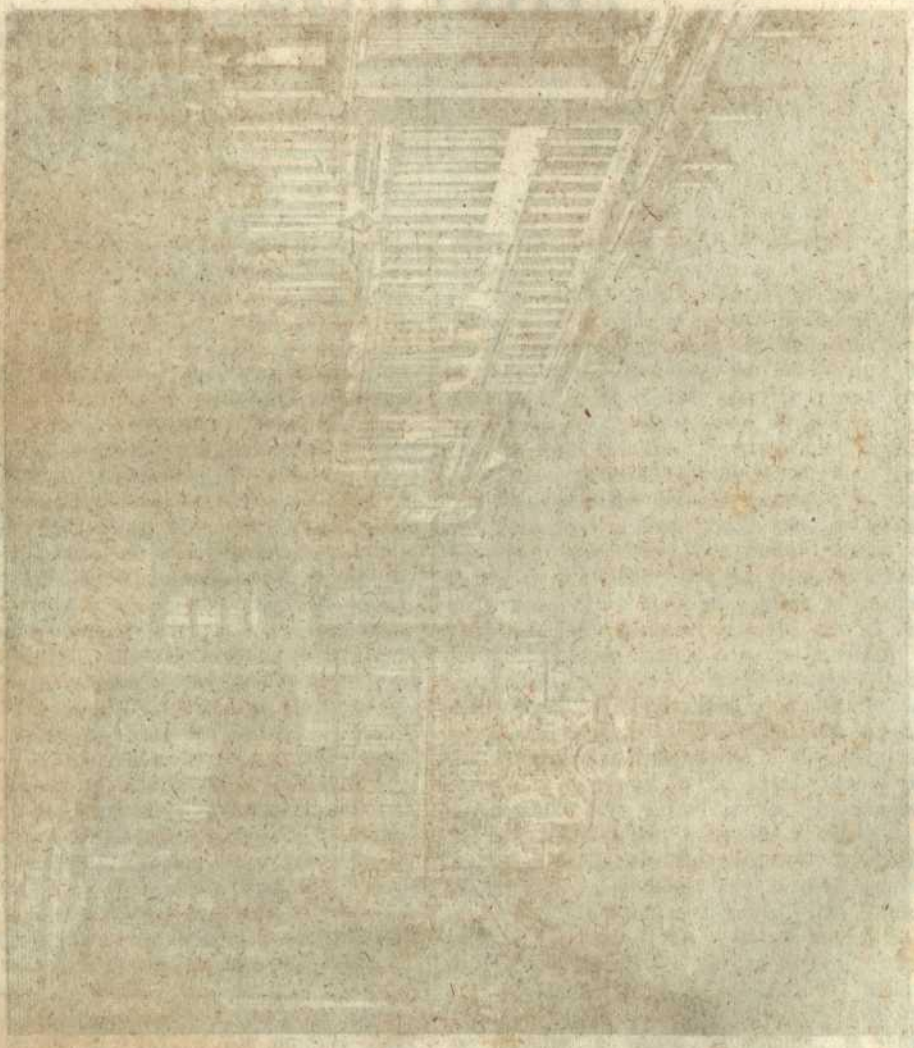
Entonces su pura frente
Temprano pesar anubla,
Y de ilusiones perdidas
Sufre el corazon la angustia.

—

¡Oh arroyo! tú de la vida
Eres la imágen segura;
Pára en el mar tu carrera,
La del mortal en la tumba.

RAFAEL DE MEDINA É ISASI.

Madrid Julio 1850.





Una vista de Boston.

BOSTON.



El lugar que ocupa Boston se llamaba antiguamente *Shawmut*, palabra india que quiere decir *península*. Los primeros colonos ingleses que llegaron á ella en 1630 la llamaron *Tremun*, á causa de las tres colinas que se elevan por el lado del N. O; y el nombre de *Boston* que hoy tiene se lo dieron los emigrados procedentes de Boston en Inglaterra, y cuyo nombre fue confirmado en 1631 por una acta de la corporacion. Está situada en sitio ameno y en el fondo de la bahia de Masachusets, de cuyo estado es capital. Cúbrenla muchas colinas, entre las cuales la de Beacon, que es la mas elevada, sostiene una columna en cuya cima hay una águila dorada, y cuyas inscripciones recuerdan los acontecimientos mas notables de la revolucion americana.

El primer estado general de las colonias se celebró el 1.° de Octubre de 1631; y en 1822 el gobierno representativo se trasladó á ella, y tomó el título de *city* (ciudad), la cual sufrió mucho por un temblor de tierra acaecido en 1727, y por muchos otros incendios, particularmente por los ocurridos en 1794 y 1818. En esta ciudad empezó la revolucion que produjo la independencia de América; y al principio de la guerra de la Metrópoli, su comercio, que estaba ya muy estendido en aquella época, esperimentó pérdidas considerables. Sitióla Washington y los ingleses la evacuaron en Marzo de 1776.

Esta ciudad tiene comunicacion con Charlestown, al N. por el puente de Charles, de 1575 pies de largo sobre 44 de ancho, al O. con Cambridge-port, por el puente de West-Boston de 5.648 pies de largo, que descansa sobre 180 pilares. El puente que une la parte principal de Boston con la meridional tiene 1.705 pies de largo; el de Cragie, situado entre los dos primeros, la une á Cambrigde, y tiene 2.870 pies de largo. En 1818 se construyó un quinto puente al S. O. de la ciudad, con un dique al traves de la bahía para abrir otra salida y desviar una cantidad suficiente de agua, con el objeto de dar movimiento á varios molinos y máquinas. Este puente está construido de piedra y tapia, y tiene media legua de largo. La parte septentrional de Boston se llama la Antigua Ciudad. Las calles son por lo general estrechas y tortuosas, y las casas carecen de uniformidad. Los demas barrios son nuevos, las calles son anchas y tiradas á cordel, y las casas construidas con elegancia. Los principales edificios públicos son: la casa consistorial construida sobre el fuerte y las fértiles campiñas de los alrededores, la nueva Audiencia construida de piedra sillar, el Faneuil-Hall, en donde se celebran las asambleas públicas, la sala de acuerdo y la de los letrados, el teatro, la aduana, la lonja que tiene siete pisos, 154 pies de largo, y contiene 202 salas; la casa de Caridad, las dos cárceles, los cuatro mercados, cuatro museos, un circo, un colegio de medicina, una galería de bellas artes, y los jardines de Washington.

En 1817 se construyeron á cada lado de la calle del mercado muchos edificios de ladrillo de cuatro pisos, destinados para servir de depósito, y en el muelle llamado Central-Whar, otro edificio tambien de cuatro pisos de 1.506 pies de largo, que contiene 54 almacenes y un hermoso observatorio. Entre las plazas públicas se distingue la de Franklin, adornada de un monumento en honor de este varon insigne, y rodeada de elegantes edificios. Varios paseos adornados de caminos de árboles y en situaciones muy pintorescas, hacen á esta ciudad una de las mas agradables de los Estados Unidos. Se cuentan en ella veinte y nueve iglesias, once de las cuales son para los presbiterianos, cinco para los episcopales, tres para los anabaptistas, dos para los metodistas, tres para los universalistas, una para católicos, una para cuáqueros, una llamada de la Nueva Jerusalen, y una capilla para marinos. El hospital general fundado en 1818 fue ricamente dotado por el Gobierno y por los particulares. Tiene ademas dos hospicios para huérfanos y para jóvenes indigentes, y muchas sociedades para fomento de las artes, ciencias y letras; sociedades religiosas y filantrópicas y muchas bibliotecas: la del Ateneo contiene unos 21.000 volúmenes, y la de la ciudad 8.000. El primer diario publicado en la América septentrional se imprimió en esta ciudad en 24 de Abril de 1704, bajo el título de *Boston-New-Letter*. Tiene fábricas de rom, cerveza, tabaco, chocolate, jabon, velas de sebo, papel pintado, lienzos para velámen, cuerdas, lana, algodon cardadot y naipes. Tiene ademas refinos de azúcar y destilatorios, fundiciones para el hierra y cobre, una fundicion de caractéres para la imprenta, y dos grandes fábricas de espejos. Su puerto que es uno de los mejores de los Estados Unidos, está formado por la punta Alderton al S., y por la de Nahant al N. Puede recibir embarcaciones de mayor porte; en todas estaciones se halla al abrigo de todos los vientos y tiene bastante capacidad para contener 500 buques. Su entrada es estrecha; pues apenas pueden pasar por ella dos barcos juntos. Defiéndenla los fuertes de la Independencia y de Warren. En 1821 la importacion ascendió á unos 577.358,490 rs. vn. Las grandes y hermosas carreteras que salen de ella facilitan sus relaciones mercantiles con los paises vecinos, y el canal de Middlesex abre una comunicacion importante con el interior del New-Hampshire. La poblacion en 1800 ascendia á 24,937 habitantes; en 1810 á 33.250, y en 1820 á 43.000. Sus habitantes se distinguen por su carácter emprendedor y hospitalario. Los alrededores son muy amenos, están regados por el Charles-river, y cubiertos de numerosas y bellas casas de campo.

D. G. U.



HISTORIA DE UN PUÑAL.

En la parte mas meridional y menos abrigada de Italia, á pocas leguas de Barleta, y en el centro de una inmensa llanura árida y desierta se veia hará cinco ó seis años una de esas miserables chozas que los aldeanos napolitanos llaman un *pagliaro*, y que estan formadas por cuatro toscos y apolillados maderos, clavados verticalmente en el suelo, con una pared de tablas ó haces de leña, revestida por la parte esterior de piedras y tierra hasta la altura de un hombre, y un techo de hojas secas y paja.

Era á fines de Julio ó á principios de Agosto. El calor habia llegado á su mayor grado de intensidad, y por consiguiente era insoportable; hacia tres meses que no llovia en las inmediaciones, y la tierra se hallaba ardiente, blanquecina, resquebrajada y esponjosa como la piedra pómez; los árboles, sin verdor y sin hojas, torcian sus ramas, produciendo crujidos sordos y siniestros, semejantes á los que se oyen cuando nos acercamos á un edificio incendiado, y al parecer iban á brotar fuego de un instante á otro: hasta el fango se habia secado en el álveo de los torrentes; los lagartos quedaban sofocados cuando salian de sus madrigueras y no podian volver á ellas, y aun las mismas rocas, en fin, se abrian bajo la terrible accion de un fuego activo y concentrado.

Serian las doce del dia. Un silencio profundo, terrible y solemne reinaba en aquel vasto desierto castigado por la mano de Dios como las malditas ciudades de que habla la Escritura. El sol lanzaba sus rayos sobre la humilde cabaña, con tan implacable vehemencia, que hubiérase dicho que el astro soberano habia recibido la mision de abrasar en ella á algunos seres peligrosos y dañinos que en vano intentaban sustraerse á la venganza divina. Sin embargo, debajo de aquel miserable techo se encontraban y sufrian tres infelices criaturas, una madre con dos niñas, sumidas en la mas horrible y dolorosa miseria.

En el rincon menos caluroso de la choza, y sobre un poco de heno seco dormia con penoso sueño una niña de muy corta edad.

Al lado de este angel dormido velaba la hermana mayor con una solicitud verdaderamente maternal: esta niña, ya juiciosa y reflecsiva, sin embargo de no contar mas que siete años, habia escarbado con sus manecitas en la tierra con el fin de buscar por este medio alguna frescura, y arrodillada en silencio en el paraje que acababa de remover, apartaba con una rama los insectos que zumbaban en torno de su hermana; mas á pesar de su admirable ternura y cuidadosa vijilancia, una aguda y profunda picada hizo despertar á la niña sobresaltada, es clamando con acento desgarrador:

—Tengo sed!

—Y yo tengo hambre! añadió la hermana mayor, volviéndose á su madre con abatimiento.

—Tened paciencia, hijas mias, respondió la infeliz aldeana, acariciando á aquellas dos cabezas rubias y queridas: vuestro padre no puede tardar en volver, pues ha ido al lugar á casa de nuestro buen cura, y él nos traerá agua y quizás pan. Entretanto, pobres hijos mios, ofrezcamos nuestros dolores á la Madona, que ella tendrá piedad de nosotras: miradla como se nos sonrie y nos anima. ¿No es verdad, Vírgen Santísima, que quereis á mis niñas?

Y asi diciendo, la infeliz madre fijó sus abrasados y ardientes ojos en una imagen toscamente iluminada, que se veia en la parte mas retirada de la cabaña, á la que con

un movimiento lleno de gracia y de tristeza dirijieron tambien sus miradas las dos niñas; y contemplándola por algun tiempo con profundo silencio, dijo la hermana mayor, meneando la cabeza:

—No responde.

—La Vírgen no nos quiere, esclamó la mas jóven, juntando sus manecitas y llena de amargura, pues está viendo que me muero de sed y no me da agua.

La madre, que despues de su primer trasporte de fervorosa piedad y de ciega confianza habia vuelto á caer en un profundo abatimiento, permaneció en silencio.

—Agua! volvió á esclamar la hermana menor, bañados sus ojos en lágrimas:

—Quieres que vaya á ver si ha quedado en los árboles alguna fruta? dijo la niña mayor, levantándose.

—Guardaté bien de hacerlo, respondió la madre, porque en esta estacion las frutas dan calenturas, y por otra parte, hija mia, si salieses á estas horas con la cabeza descubierta á esos campos... moririas de una insolacion.

—No tengas cuidado, mamá.

—Silencio! esclamó la madre, ¿habeis oido?.... son pasos de alguien que se acerca.

—Es algun perro que anda alrededor de la cabaña, dijo la hermana mayor, arrimándose á su madre con espanto.

—Oh! lo que es ahora no me he engañado: es él, es vuestro padre.

—Papá! esclamaron las dos criaturitas con un grito de alegria breve, rápido y penetrante, y se lanzaron de un salto á la puerta de la choza, la que empujada por una mano vigorosa acababa de abrirse de golpe, apareciendo en el umbral un hombre de unos cuarenta años, cuya frente tostada por el sol, y cuyos cabellos pegados á las sienes goteaban sudor; su pecho palpitante y oprimido no le permitia al pronto pronunciar una palabra; mas se apresuró á presentar á su familia un cántaro lleno de agua turbia y verdosa, y cayó abrumado y abatido en un rincon de la cabaña.

La madre y las dos hijas, sin espresar su gratitud y sin abrasar á su libertador, se arrojaron al cántaro con una ansia salvaje, bebiendo largo rato con avidez y á grandes tragos; despues mojaron las manos en el agua que quedaba, se humedecieron las sienes, los ojos y el pecho, derramando algunas gotas en el heno de sus camas, en sus andrajos y en la tierra: hecho esto, respiraron satisfechas, y la felicidad que disfrutaban en aquel momento hizo sonreir sus bocas.

Sentado el padre en un rincon y recostado en la pared, contemplaba aquel cuadro con una mirada sombria y feroz.

Por su parte la muger, luego que hubieron pasado algunos minutos, dió un paso hácia su marido, y le dijo con voz conmovida y con los ojos arrasados en lágrimas:

- Perdóname, Beppo: conozco que he faltado á mi deber en este momento, puesto que solo he pensado en mí; pero me abrasaba de sed desde esta mañana. Gracias, amado mio, por habernos libertado, gracias. Venid, hijas mias, y abrazad á vuestro padre.

—Es verdad, esclamaron los angelitos, cubriendo de besos las manos y la frente del infeliz aldeano, que no habia tenido valor para volverse á levantar: hemos sido muy ingratas. Veamos ahora qué nos traes de comer, porque tenemos mucha hambre.

—Nada! respondió el padre con voz dolorida.

—Cómo nada? gritó la niña mayor, sorprendida y dudando: mira que no cenamos anoche. Pero tú nos engañas, quieres hacernos rabiar porque no te hemos abrazado cuando entraste: tú traes pan en los bolsillos. Ven, hermanita, vamos á verlo.

Y las dos niñas se pusieron á rejistrar al padre, con un placer infantil que le partia el corazon.

—No traigo nada! repitió el infeliz con acento de desesperacion.

—Ay, Dios mio! esclamó la madre entonces. ¿Con que no has visto al cura, ni has ido al castillo, ni encontrado á nadie?... qué va á ser de nosotros?... ¿pues que, añadió con voz ahogada la pobre muger, no has hallado pan, ni trabajo, ni limosna?

—Nada.

Un instante de angustia, imposible de describir, siguió á esta respuesta del aldeano, quien ocultándose el rostro con sus manos prorumpió en sollozos. Las dos hijas sorprendidas, aterradas al observar el desaliento de su padre, á quien nunca habian visto entregarse de aquel modo á la desesperacion, se apartaron de él con los ojos preñados de lágrimas, pero sin atreverse á llorar ni á hacer el menor ruido; pero la ma-

dre, animada por su fe, por su religion y por su amor, pudo hacerse superior á su agitacion, y con un valor admirable y sublime se acercó á su marido, prodigóle consuelos y caricias, le llamó con los nombres mas dulces y queridos, y á fuerza de halagos, de persuacion y de ternura logró calmar sus primeros trasportes de dolor.

—No perdamos toda esperanza, le dijo: yo misma iré, pues me encuentro ya mejor, ¡y ojalá que se me hubiera ocurrido esta mañana! porque una muger inspira mas compasion que un hombre. Luego que el sol empiece á ponerse saldré de aquí. Ademas el corazon me dice que Dios no puede abandonarnos.

—Dios! esclamó el aldeano con un estremecimiento nervioso, pasándose la mano por la frente como para arrancar de ella un pensamiento de impiedad y de duda.

—Oh! calla, calla, Beppo, no ofendamos al Señor.

—Ya lo ves que callo. muger, respondió; pero, ¿dónde quieres ir, pobre criatura? Yo lo he andado todo, y conozco que es inútil cuanto discurramos, porque no hay nada que esperar ni de los hombres ni de.....

Beppo no acabó la frase, horrorizado de la blasfemia que iba á pronunciar.

—Oh! la Vírgen nos proteja, no temas nada, repuso la muger con ecsaltacion: yo me arrojaré á los pies del cura, y antes de que llegue la noche vuestras hijas tendran pan, te lo aseguro, Beppo.

El marido se encojió de hombros, y dirijiendo á su muger una mirada llena de interes y de piedad, continuó diciendo con voz apacible:

—Si me hubieras dejado hablar, no me apesadumbrarias con tus esperanzas y proyectos, que no son mas que locuras.

—Pues bien, ya te escucho; cuéntamelo todo, y así lograrás tal vez mitigar tu dolor.

—Toda tu confianza la tienes puesta siempre en nuestro cura; pero si hubieses visto á ese santo varon te persuadirias de que no es mas feliz que nosotros, pues son tantas las limosnas que hace, que apenas le queda un pedazo de pan para él y sus sobrinos. En cuanto al vino, ya no le bebe mas que cuando dice misa. Su criada, que está enferma y en cama, al verme entrar en su casa se puso á gritar: acudieron los vecinos, y les dijo que nosotros queríamos acabar con su amo. En efecto, le encontré á mi regreso en la procesion de rogativa, que hace tres meses sale todos los dias para que llueva, llevando las reliquias de Sta. Anastasia; pero ya ves, ni siquiera una gota.....

—Y el cura te vió?

La aldeana se apresuró á hacer esta pregunta á su marido con el fin de que tomasen otro giro sus ideas.

—Sí, y aun me hizo una seña con la cabeza como para infundirme valor; mas está tan palido, tan débil, tan padecido, que si hubiera tenido de qué disponer, á fe mia que hubiese sido yo el que le habria dado limosna.

—Pobre cura! esclamó la buena muger enternecida, él es quien nos enseña con su buen ejemplo! cuán merecida tiene la gloria!

—Ya ves que por este lado nada tenemos que esperar.....

—Pero, y el castillo? no has tenido lugar de ir á él?

—Ah! el castillo! continuó diciendo Beppo con voz siniestra: sí, estuve en él; pero me respondieron que la señora baronesa tenia sus pobres. Poco me faltó para abofetear á un pícaro criado por haberme dicho brutalmente que era preciso trabajar.

—Trabajar! repuso la infeliz muger llorando: ¿porqué no nos dan trabajo?

—Sí, es fuerza poner coto á nuestros males, dijo Beppo, levantándose de pronto: he sido hombre de bien mientras he podido; mas ahora la miseria me abruma..... Con razon me ha dicho Giuliano que nosotros tenemos la culpa de estar sumidos en la indigencia.

—Vírgen Santísima, tened compasion de nosotros! Giuliano! un bandido!

—Será bandido y todo lo que quieras; pero él tiene que comer: él no ve á sus hijos y á su esposa desfallecer de hambre y de miseria; él se pasea por medio del pueblo con el puñal en el bolsillo y la carabina á la espalda, en presencia del correjidor, de la guardia urbana y de los gendarmes; y á fe que los criados del castillo le hacen profundas cortesías.

—Pero la religion, la conciencia, la cárcel, el honor, el cadalso, el infierno! replicaba la pobre muger desatinada.

—No hay nada de eso! esclamó el desgraciado, que tocaba al colmo de la desesperacion.

Despues, cruzando los brazos, con ter-

rible aspecto y dando un paso hácia su muger, añadió:

—Si no os hubiese traido ese cántaro de agua, ¿qué hubiera sido de vosotras?.... responde!.....

—Ay! habriamos muerto quizas.

—Pues bien, repuso Beppo con violencia: ese agua la he robado, ¿lo oyes? la he tomado á la fuerza En seis leguas á la redonda no hay mas que un pozo casi vacio, custodiado por dos centinelas, un comisario, un empleado..... y qué sé yo; cuya agua se mide con avaricia, vendiéndose á seis granos el barril. Todo el pueblo se hallaba allí con cubos, cántaros y horteras; yo me abrí paso por entre la gente, y pedí mi racion con voz amenazadora.

—Esperad vuestra vez, me dijeron. Dónde está el dinero?

—Yo no tengo dinero; lo que tengo es sed, y quiero beber.

Dicho esto, derribé al comisario de un empujon, me apoderé de un cantarillo y eché á correr, sin que nadie osase seguirme.

—Pero eso no es un robo, Beppo, dijo la infeliz muger, que no podia resolverse en su corazon á acusar á su marido, porque el agua es de todos.....

—Y el pan tambien! gritó el aldeano, arrastrado por su terrible lójica; mis hijas no deben morirse de hambre como perros: y por Dios que tendrán pan antes de ponerse el sol, aun cuando para ello haya de matar á todos los habitantes del pueblo.

La muger quiso replicar, mas Beppo no le dió tiempo para ello, pues empujándola con fuerza hácia el interior de la choza, salió de ella, fuera de sí, y echó á correr á la aventura, sin direccion, sin objeto, sin proyecto deliberado: mil pensamientos siniestros se agolpaban en su mente, y solo respiraba odio, cólera y venganza. De repente el trote lejano de un caballo le sacó de sus negras cavilaciones. El sol iba declinando por momentos, el aire habia refrescado algun tanto; y al dirijir la vista atentamente hácia el paraje de donde provenia el ruido, vió que se encaminaba á él un viajero, que al parecer era un hombre rico.

—Voto al demonio! se dijo á sí mismo el aldeano: ha llegado el momento oportuno de obrar, y no tengo armas, ni siquiera un mal puñal.

Beppo se estremeció, sin embargo, porque se presentaron á su mente cuarenta años de una vida irreprehensible, é iba á ser un salteador de caminos!... Esta idea hizo brotar de su frente grandes gotas de sudor, y un frio mortal heló la sangre en sus venas, faltándole la fuerza y el valor en el instante de consumar su crímen.

Mas el viajero continuaba acercándose, y Beppo, desatinado, trémulo, fija en él la mirada y erizado el cabello, vacilaba todavia, cuando un dolor bastante agudo obligó á llevarse la mano á un pie.

Al bajarse para ecsaminar la herida, pues la sangre habia salido del dedo pulgar, que no cubria la alpargata, vió brillar en la arena un puñal grande, cuyo mango estaba primorosamente cincelado y cuya hoja ancha y cortante terminaba en aguzada punta.

—Ah! el mismo Satanas me envia este arma, esclamó el desgraciado, fuera de sí.

Y blandiendo el puñal, corrió hácia el viajero.

Este se hallaba dotado de una de esas figuras simpáticas y graves que previenen desde luego en su favor, y tendria al parecer unos cincuenta años; su cabeza apenas empezaba á encanecer, la sonrisa era compañera inseparable de sus labios, sus ojos eran vivos y alegres, su encendido rostro amable é ingenuo: todas estas señales revelaban un caráter bondadoso y jovial, mas su estatura era colosal, y solo al ver sus anchas espaldas y sus fornidas muñecas hubiera meditado el mas valiente antes de atacarle. Su traje era bastante raro: un sombrero de anchas alas daba sombra á su cara, y una amplia casaca negra, cuyos faldones caian hasta el suelo, cubria el cuarto trasero del caballo; multitud de cadenas, dijes y juguetes de coral adornaban su chaleco, y demostraban el estado floreciente de sus negocios.

Caminaba con armas y bagaje: dos pistolas viejas de arzon asomaban su enmohecida culata por las cañoneras de la silla; una carabina, que tendria por lo menos ciento cincuenta años de antigüedad, colgaba de uno de sus costados, y del otro una calabaza. Sobre una nueva y atestada maleta se veia un enorme paraguas, sujeto por dos correas, y que podia servir en caso necesario de tienda de campaña á su dueño y al corcel. Asegurado con todas estas precauciones ofensivas y defensivas, y embebido profundamente en ideas que no le dejaban sosegar, nuestro viajero entablaba consigo mis-

mo una conversacion científica y literaria

Arrojóse Beppo sobre el viajero antes que este lo hubiese apercibido; asió con una mano la brida del caballo, puso con la otra el puñal en el pecho del jinete; y con voz conmovida, trémula y entrecortada barbotó estas palabras:

—Dinero!... pan!... veis este puñal?...

—*Cur, quomodo, quare?* esclamó al punto el anticuario, como si despertase sobresaltado; y con un movimiento tan rápido como el relámpago torció con su forzudo mano el brazo del agresor, y apoderóse maquinalmente del puñal.

A esta presion inesperada Beppo exhaló un grito de dolor, retiró de pronto su brazo desarmado, soltó la brida, y sin atreverse ni á huir ni á renovar el ataque, permaneció con la cabeza baja, aterrado como un criminal en presencia de su juez.

Todo esto se verificó en menos de un minuto.

El aldeano era hombre de una fuerza no comun, y en varias ocasiones habia manifestado que no le faltaba valor ni resolucion; pero atormentado por los remordimientos, estenuado por el hambre, por el cansancio, por las ajitaciones de aquel terrible dia, y subyugado por el aspecto y las palabras cabalísticas de aquel hombre, á quien en fuerza de su ignorancia y de la turbacion de que se hallaba poseido tenia por un hechicero, habia sucumbido como un niño al primer obstáculo. Abortada su tentativa, no le quedaba mas esperanza que dejarse prender como un salteador, y enviar á su familia, si era posible, la corta cantidad de agua y de pan que dan á los presos en las cárceles.

Entretanto, el viajero habia tenido tiempo de reponerse. Miró de pies á cabeza y con ojos airados á aquel pobre diablo que acababa de detenerle enmedio del camino; pero su natural bondad pudo mas que la indignacion, y empezó á reprehenderle mas bien amigable que ásperamente, en estos términos:

—Qué es esto, bellaco? qué significa ese modo de sorprender á la gente honrada? no podiais seguir vuestro camino sin detenerme? ¿sabeis que yo podria si quisiera obligaros á montar en la grupa de mi caballo, y entregaros al primer comisario amigo mio que encontrásemos? ¿sabeis que yo soy D. Lactancio de Magistris, perito ecsaminado en paleografía, primer supernumerario del Museo real *degli Studi*, tercer sustituto de la seccion de *papyrus*, y que viajo á espensas del gobierno con el objeto de descubrir?... Pero á la verdad que soy demasiado bueno para entrar con vos en semejantes esplicaciones. Ea, volved pronto á vuestra casa, y reflecsionad profundamente sobre la incongruencia de vuestro proceder y la incivilidad con que ibais á tratarme.

—Perdonad, caballero, replicó el infeliz aldeano, humillado. Bien conozco que no merezco vuestra indulgencia; pero, señor.. la miseria.. .. el hambre..... mis hijos que se mueren.....

—Por vida de Hércules! esclamó el anticuario, acabando de enternecerse. ¿no podiais haberme esplicado todo eso de una manera decente y razonable, sin presentarme este...?

El feliz anticuario dejó escapar de lo mas profundo de sus entrañas una esclamacion de alegria, de admiracion y de triunfo, pues al dirijir la vista al puñal que habia quitado al aldeano, reconoció por ciertas señales infalibles, á pesar de estar casi corroido por el moho, que era un arma rara, preciosa, histórica: dió mil vueltas á la hoja, la empañó con el aliento, se la pasó por la manga, la limpió y la abrazó con tales trasportes de frenesí que el pobre Beppo creyó que estaba loco:

—Ay, amigo mio! esclamó el anticuario, apeándose del caballo: tú no sabes qué tesoro, qué monumento, qué reliquia acabas de presentarme! Y he podido sospechar de tí! Perdóname, olvida mis agravios, pues ahora comprendo que lo que tú querias era venderme este puñal. Y yo que le busco hace diez años, que hubiera dado la mitad de mis bienes por poseerle! Pero donde tenia yo los ojos? Ven, amigo mio, ven á mis brazos.

—Perdonad, monseñor, repuso Beppo, haciendo algunos esfuerzos para sustraerse á aquellas demostraciones de amistad; no quiero aparecer mejor de lo que soy: yo no conocia el precio de este arma, y solo un pensamiento criminal.

—Criminal ó no, lo cierto es que este puñal no vale menos de cien ducados, y estoy pronto á dártelos, si no prefieres vendérselo á otro.

—Ah, Excelencia! dijo Beppo, arrojándose á sus pies; ¿cómo podré recompensaros el bien que me haceis?

—Por vida de Júpiter! esclamó alegre-

mente D. Lactancio, que entonces seria yo quien te robase!... porque es necesario que sepas la historia de este maravilloso puñal, que la casualidad ó la Providencia ha hecho caer en tus manos. Has de saber, amigo mio, que en el año de mil quinientos.....

- Aun tengo que pediros una gracia, Excelencia, dijo Beppo, levantándose, ya que sois tan bueno y tan caritativo..... ayudadme á socorrer al instante á mi muger y á mis dos hijas, que se hallan cerca de aquí en el último estremo.. .. despues podreis contarme esa historia.

—Justamente, respondió el anticuario, traigo aquí todo lo que se necesita: en mi maleta hay comestibles, y buen vino en mi calabaza, porque cuando se viaja por este maldito pais es preciso prevenirse. Pero á Dios gracias ya he llegado al término de mis afanes..... voy á ser nombrado académico, profesor, historiografo, cuanto yo quiera, gracias á tí, amigo mio, gracias á tí y tu puñal.

—Ah! mi muger y mis hijas!... esclamó Beppo con angustia.

—Lo que es á tu muger voy á darle las gracias con toda la efusion de mi alma, y con respecto á tus hijas..... con tal que no sean muy feas, desde ahora las adopto por mias.

Veinte minutos despues Beppo y el anticuario se hallaban á la puerta de la cabaña. La madre y las dos niñas, que no habian variado de postura desde la salida de Beppo, orando en silencio y arrodilladas, se levantaron precipitadamente.

—Esposa mia! hijas de mis entrañas! nos hemos salvado! esclamó el padre al entrar. Besad, pues, las manos y los pies de este digno señor.

—¡Gracias, ó Dios mio, pues habeis oido mis votos! esclamó la aldeana, llorando.

—Ah! si supieras!...

—Vuestra muger no tiene nada que saber, se apresuró á decir el anticuario, pues debeis tener entendido, amigo mio, que cuanto ha pasado entre nosotros ha de quedar cubierto con un velo. Basta, hijas mias, añadió, acariciando alternativamente á las dos niñas: cenad primero, porque bien lo necesitais, y despues os subiré en mi caballo, como tambien á vuestra madre, y nos irémos todos á Barletta, donde colocaré á vuestro padre de jardinero de una opulenta casa. ¿Cómo se llaman estas dos hechiceras niñas?

—Cármen la una, y la otra María, respondió la madre.

—Pues bien, niñas, replicó enfáticamente D. Lactancio, que deseaba con impaciencia contar su historia, ahora que os habeis repuesto algun tanto, escuchadme sin pestañear: Vuestro padre acaba de venderme un puñal que perteneció en otro tiempo al célebre Hector Fieramosca, uno de los mas ilustres capitanes del siglo XV. En el año de 1513, cuando los españoles y franceses se disputaban nuestro pobre pais, trece caballeros italianos desafiaron á singular combate á trece caballeros franceses, y el duelo tuvo lugar precisamente en las cercanías de Barletta, y en el mismo paraje donde hoy está situada vuestra cabaña, y donde el famoso puñal ha sido encontrado por vuestro padre. Los anales del tiempo.....

No seguirémos al bueno de D. Lactancio en su disertacion histórica, que duró hasta el anochecer, sin conocer lo ridículo y estraño que era esplicar un curso de historia y de arqueolojia á aquellos pobres aldeanos, quienes sin embargo hacian todo lo posible para no disgustar á su bienhechor.

Entre los libros que recibo todos los dias por el correo, me enviaron últimamente dos enormes volúmenes bajo un sobre, y por cierto sin franquear, que contenian la obra titulada: *Storia del pugnale di Ettore Fieramosca, illustrata é descritta del signor D. Lattanzio de Magistris, sócio onorario dell' Accademia Pontaniana.*

Un amigo mio, que se hallaba en mi casa cuando me entregaron el correo, me esplicó aquel estraño título, y me refirió los pormenores que acabo de contar, que los habia oido de boca del mismo Beppo, cuya gratitud no le permite tener oculta su aventura, y se la cuenta á todo el mundo.

T. M.

BAILARINAS ARABES.

Se remonta el origen del baile casi al del mundo: asi al menos lo afirman todos los autores que han escrito sobre este particular. Lo que sí no admite duda es que primitivamente tenia un caracter puramente religioso; estaba exclusivamente consagrado al culto de la Divinidad, y solo los sacerdotes tenian el derecho de entregarse á este piadoso egercicio

Los egipcios empleaban la danza ó el baile en casi todos los misterios de las iniciaciones, y tenian dos bailes particularmente célebres, el baile astronómico, y el que celebraban en honor del buey Apis.

Los hebreos no olvidaron tampoco el baile, como es sabido. Los griegos fueron en estremo aficionados á ellos, y los tenian públicos y privados. Pero entre todos los pueblos que mas se hicieron notar por su aficion á las danzas fue sin duda el romano, que supo eclipsar en esto á los demas, asi como los superó en grandeza. Tenian un sinnúmero de bailes para sus diferentes festividades y regocijos públicos, no solo imitados de los antiguos, sino inventados por ellos mismos. De estos bailes, el solo nombre de algunos dice bastante para comprender toda su loca y licenciosa significacion; las saturnales, las bacanales, la danza nupcial, la de Flora, y otras. El carácter de todos estos bailes era tal, que en mas de una ocasion el senado de Roma tuvo que decretar el castigo de los que se entregasen á ellos.

Los pueblos cristianos no fueron en un principio menos aficionados á estos espectáculos, pero todos tenian cierto carácter religioso que costó no poco destruir. Posteriormente decayeron los bailes, pero algun tiempo despues volvieron á introducirse, y el baile ha seguido progresando, é introduciéndose cada vez mas en los hábitos y costumbres, hasta el punto en que hoy lo vemos; pues hasta los grandes bailes de espectáculo y pantomímicos que habian caido en desuso han vuelto á aparecer con gran satisfaccion de todos. Verdad es que en este arte se han hecho adelantos extraordinarios, y seguramente no podrá oponernos la antigüedad bailarinas como las que poseemos.

No es solamente en Europa y en los paises civilizados donde el baile ocupa un lugar preferente como objeto de distraccion, solaz y recreo; los pueblos mas incultos, los mas incivilizados no lo desdeñan; con la diferencia de que en aquellos ha caido el baile bajo el dominio del arte, y se ha ennoblecido, por decirlo asi, al paso que en estos el baile conserva todo su grosero materialismo si es permitido espresarse asi. Conocidos son muchos de los bailes de los indios, de los negros, y otros pueblos incultos; son solo un incentivo grosero de las pasiones.

En Europa las bailarinas públicas aparecen en el teatro; y aqui es donde recogen grandes cosechas de aplausos y de dinero: se degradarian presentándose en las plazas y calles, donde raramente se ve alguna que otra infeliz que por este medio procura ganarse la subsistencia. No sucede asi por cierto en otras partes, sobre todo entre los árabes. Las bailarinas públicas forman siempre parte de sus diversiones, tanto en las calles como en el interior de las casas. Acuden tambien con frecuencia á los cafes, donde suelen recojer buena cosecha de monedas. Colocan la bailarina en el fondo, y los músicos y el moro

encargado en la recaudacion establecen sus reales en la puerta de la entrada. Ataviada ella con un rico vestido, espera que las primeras notas de música vibren en sus oidos; dada la señal comienza sus ejercicios. Pero mejor es pasar en silencio que describir su voluptuosa gimnástica, sus lascivos ademanes é indecentes movimientos. Muchos de nuestros lectores saben lo que es la danza de las *bayaderas*; pues bien, el baile argelino es una debil copia suya. Pero la bailarina no trabaja ni se afana en balde; los espectadores registran sus bolsillos y sacan una moneda con que galardonar su habilidad, pero el modo de darla es tambien una particularidad de las costumbres árabes; no hay que pensar que las monedas se las entreguen en la mano, se la echen en las faldas ó á los pies como suele hacerse en Europa, nada de esto; el donante se adelanta y pega su moneda con saliba en el rostro ó en el brazo de la bailarina. Durante estos estraños episodios continua ella sus evoluciones con gran satisfaccion de la asamblea.

A L



Bailarina árabe.

LA LINDA CRIOLLA.



Vivia yo junto al pantano, prosiguió diciendo el doctor, á la entrada del camino que conduce al lago, y cerca de una casa muy elegante ocupada por una viuda francesa. Mad. Lalorie, este era su nombre, se habia casado tres veces, y sus maridos, que murieron sin gozar mucho tiempo de la compañia de su esposa, le habian dejado un caudal considerable. Era la viuda muy nombrada por su gracia, por su elegancia y por su talento: no habia reunion brillante ni espléndido festin en que no luciese sus ponderados atractivos.

Una vez la habia encontrado yo en casa de un armador francés, amigo mio, y el aspecto de aquella muger habia producido en mí una sensacion casi dolorosa.

Confieso que era bella, pero poseia una hermosura estraña, y por decirlo asi maligna: ocultábase bajo la suavidad de sus formas cierta energia terrible; sus ojos limpios y azules tenian una fijeza aguda que obligaba á bajar la vista, y la sonrisa de sus rosados lábios, en lugar de escitar confianza inspiraba una especie de reserva.

Por lo demas, cuantos vivientes la rodeaban parecian gemir bajo el imperio de aquel temor instintivo. Sus hijas, niñas pálidas y tristes, á quienes devoraba un mal desconocido, jamas levantaban los ojos en su presencia. Si estendia la mano para acariciar sus cabezas cubiertas de rizos, bajábanse estas cabezas con temeroso estremecimiento. En vano otras jóvenes de su edad convidaban á aquellas criaturas á tomar parte en sus juegos inocentes: las hijas de Mad. Lalorie *no sabian jugar*. Casi siempre estaban separadas de las gentes, unidas una á otra, como por un sentimiento de defensa, sin hablar palabra, y dirigiendo aquí y allí miradas de inquietud y sobresalto.

Participaban de su silencioso espanto cuantas personas se acercaban á Mad. Lalorie, sin que hubiese al parecer fundamento para ello, pues la viuda en todas ocasiones se mostraba tierna con sus hijas, benévola con sus esclavos, y jamás les dirigia la palabra sino á media voz y con el tono mas afable. Jamás se escuchó salir de su boca una reprimenda: á todo el mundo sonreia, y nunca usaba mas que nombres familiares y términos cariñosos. Una sola vez comí con ella en casa del armador francés, y observé que despues de haber humedecido sus lábios con los preciosos vinos que nos servian daba la copa á su negro con una sonrisa llena de bondad.

Sin embargo, los esclavos de esta señora, que eran muchos, se distinguian entre todos los demas por su flaqueza y abatimiento. Al verlos con aquel aspecto sombrío y doliente al rededor de su graciosa ama, un poeta los hubiera comparado á unos réprobos condenados á servir á un ángel. La única escepcion de esta regla era el cochero, fresco, gordo y colorado moceton, que contrastaba singularmente con aquella turba escuálida y montaraz: en vano se buscaba la causa

de semejante diferencia: la buena salud de aquel individuo era tan misteriosa como la debilidad de sus compañeros de servidumbre.

Todas estas circunstancias, cuyo conocimiento fuí adquiriendo sucesivamente y sin intencion, escitaron hasta el estremo mi curiosidad. Mad. Lalorie habia hecho desde la primera vista profunda impresion en mi espíritu; y no pude dudar que la vida de aquella muger ocultaba algun estraño secreto.

En la casa que yo ocupaba habia un terrado á donde subia todas las tardes, y desde el cual descubria la habitacion de la viuda. Mil veces habia vuelto los ojos hácia aquel lado, espiando un indicio que pudiese ayudarme á adivinar el misterio que alli se encerraba; pero en aquella mansion todo era calma y silencio.

Una sola vez vi que Mad. Lalorie entraba en un pabellon construido al estremo de un jardin, y creí escuchar algunos gemidos ahogados; pero la hermosa viuda volvió á salir risueña y tranquila, recorriendo las calles del parterre, y levantando del suelo las flores tronchadas por la lluvia: á poco rato entró en su casa lentamente y como pensativa deshojando una rosa de magnolia.

La casualidad me proporcionó conocer á una negra vieja de Mad. Lalorie, llamada Raquel, cuyo nieto iba á verme algunos dias. Era este un muchacho de rara belleza y poco comun inteligencia. Procuré instruir á Mingo en las verdades de nuestra religion, logré que me amase, y confieso que tambien yo me interesaba por él. Dos ó tres veces, viéndole abatido, aventuré algunas preguntas acerca de su ama; pero el muchacho guardó silencio. Raquel, á quien tambien solia interrogar indirectamente, ó no pudo ó no quiso tampoco decirme una palabra; por consiguiente comencé á creer que mi imaginacion me habia engañado, y dejé de vigilar la habitacion francesa.

Pero una tarde me quedé en el terrado mas tiempo del que acostumbraba. El aire era abrasador y yo aspiraba con avidez las brisas que enviaba el rio de cuando en cuando: brillaban en el cielo todas las estrellas, y en medio de la profunda calma de la noche, cruzaba el espacio el rumor mas débil y llegaba á mis oidos.

Estaba yo recostado en la balaustrada del belvedere, hondamente sumergido en mis meditaciones, cuando un grito penetrante me hizo estremecer. Levanté la cabeza, y resonaron otros dos gritos casi sin intermision. En el mismo instante percibí en el jardin de Mad. Lalorie dos como sombras que pasaban rápidamente. Una de ellas, esbelta y vestida de blanco, llevaba en la mano un arma que no pude reconocer, y al parecer iba persiguiendo á la otra que corria. Ambas se precipitaron dentro de la habitacion, cuyas ventanas iluminadas brillaban en la oscuridad de la noche, y subieron las escaleras. Asi fueron pasando de piso en piso: de repente apareció en la azotea la sombra negra perseguida. Yo la ví inclinarse sobre la barandilla: oí un grito, luego un ruido pesado y mate como el de un cuerpo que se hace pedazos, y todo volvió á quedar en silencio..... La sombra blanca estaba de pie junto á la galeria, y miraba abajo con la mayor serenidad.

No tardé mucho en verla bajar; hubo en la habitacion un movimiento que duró algunos minutos; iban y venian luces de un cuarto á otro; por último, salieron lentamente cuatro esclavos con linternas en la mano, cogieron del suelo cierta cosa informe y la llevaron silenciosamente al estremo del jardin. Cabaron la tierra, rellenaron luego el hoyo, volviéronse á la casa y nada se volvió a oir.

Yo que habia contemplado esta escena con una mezcla de espanto y horror, pasé la noche en una especie de delirio.

Cuando salí de casa á la mañana siguiente, encontré á Raquel en la puerta de la habitacion francesa, sentada, con las manos cruzadas y la cabeza entre las rodillas. Dos veces la llamé sin que me oyese; por último levantó la cabeza; sus ojos me dieron miedo.

—¿Estais, enferma, Raquel? le dije.

La vieja sacudió la cabeza.

—¿Qué os ha sucedido?

No respondió. Yo miré al rededor.

—¿Dónde está Mingo? pregunté.

A este nombre lanzó Raquel un grito, levantóse de un brinco, é hiriendo el suelo con el pie en horrible gesto, esclamó:

—Aquí! aquí! hijo de corazon! ojos cerrados!

Y cubriéndose la cabeza con ambas manos entró en la habitacion.

Todo quedó esplicado. Fuíme inmediatamente á casa de un plantador americano, que era pariente mio, y le conté cuanto habia visto: me llevó á presencia de los ma-

gistrados y allí dí mi declaracion.

Aquel mismo dia se empezó la sumaria. Ignoro lo que por ella se descubrió, pues el partido francés logró que el asunto no transpirase: súpose tan solo que habian probado el hecho de *crueldad ilegal* nueve esclavos de Mad. Lalorie, que en consecuencia fueron confiscados y vendidos el Domingo siguiente á beneficio del estado.

Ni me habian llamado como testigo, ni sonó mi nombre en aquel asunto. Mad. Lalorie que me habia visto sin reparar en mí, y que no me conocia, ignoró la parte que yo tomé en él. No por esto dejé de evitar su encuentro, porque solo su aspecto me causaba repugnancia: me parecia contemplarla aun persiguiendo á Mingo, y mirando friamente su cadáver desde lo alto del belvedere.

Pasaron seis meses y se apaciguó el rumor que habia corrido de la dureza de la viuda con sus esclavos. Tan amable como siempre tenia abierta su casa á toda la aristocracia de Nueva-Orleans, que apreciaba á la criolla por su elegancia y opulenta hospitalidad: continuaron rodeándola mil adoradores, y si alguno se atrevia á recordar lo pasado, se suscitaban dudas, se ponderaban sus afectuosos atractivos, y se concluia por calificar de calumnias las sordas acusaciones de que habia sido objeto.

Así las cosas, se oyó un dia tocar á fuego. La casa de Mad. Lalorie estaba ardiendo.

Muchísimas personas se precipitaron al momento en ella. Advertido yo por el rumor, seguí al gentío.

Habíase declarado el incendio en las dependencias del edificio, donde estaban las cocinas. En el momento en que entramos en el jardin, salian las llamas á traves del techo y se dispersaban en los torbellinos de humo. No habia allí ningun medio de contener los progresos del fuego, y se aguardaban las bombas que aun no habian acudido.

Todas las miradas estaban fijas en el edificio que ardia, cuando de repente salió un grito entre las llamas: abrióse una ventana y apareció una muger: era Raquel que agitaba sus brazos con rabia amenazadora.

Alzóse á su vista una esclamacion de terror, y con involuntario movimiento se acercó la muchedumbre al edificio. Pero las llamas guardaban todas las entradas.

En tanto Raquel se asomó á la ventana, y mostrando el incendio que ya se estendia hácia la habitacion, esclamó dando palmadas y riendo como una loca:

—¡Señora quema! ¡Señora abrasa! ¡Mingo vengado! ¡yo vengada!

Y cayó desfallecida.

Habian traido una escalera: apoyáronla en el antepecho de la ventana y subió intrépidamente un jóven. Al llegar donde estaba la negra quiso levantarla, pero no pudo lograrlo.

—¡Está encadenada! esclamó de repente.

—Sí, pobre negra encadenada en hogar, seis meses, dijo Raquel; Señora querer pobre Raquel hacer buenas comidas para Señora. Pero Raquel tener mucho calor, Raquel pensar en Mingo; Raquel quemar todo para morir.

En este momento llegaron las llamas á la ventana y el jóven se vió precisado á bajar: entonces vimos á la negra levantarse con un grito de dolor, retorcer sus brazos un instante en medio del fuego, caer y desaparecer.

Un largo gemido de horror agitó á toda la turba, y empezaron á oirse imprecaciones cuando llegaban las bombas.

El incendio que habia sido imposible dominar iba ya prendiendo en los edificios inmediatos. Ya lanzaba el viento las llamas hácia el techo de un pabellon aislado y cerrado con esmero, que estaba á muy poca distancia. Dirigióse la gente hácia aquel lado, y Mad. Lalorie apareció en una ventana de la habitacion principal: estaba pálida, y su mano que apoyó en el balcon, temblaba ligeramente. Levantóse un murmullo sordo, y luego calló todo el mundo.

—¡Las llaves! gritaban á una mil voces.

—Señores, dejad que se queme el pabellon, dijo la viuda con turbado acento.

Pero la turba no la escuchaba.

—Las llaves! las llaves! repetian por todas partes.

—No las tengo.

—Echad abajo las puertas!

Cedieron las puertas: hubo un movimiento, luego resonó un murmullo prolongado..... Mad. Lalorie se retiró precipitadamente.

Como yo me hallaba cerca del pabellon, pude entrar de los primeros..... aunque viviera mil años no olvidaria el espectáculo que se ofreció á mi vista.

Habia nueve pilares colocados en círculo en una sala baja y oscura: de los dos primeros

pendian dos cadáveres convertidos ya en esqueletos: en los otros siete habia siete esclavos encadenados. Unos tenian las manos atadas encima de las cabezas: otros estaban encorvados de manera que nunca podian enderezarse: los demas estaban fijos al pilar por medio de una argolla que les oprimia el cuello y les tenia en eterna inmovilidad. Ya no les quedaba ni la menor apariencia humana: eran unas cosas imposibles de nombrar, y que solo por sus sordos gemidos y sus dolorosos estremecimientos, daban á conocer que vivian. Sus cuerpos eran una inmensa llaga en que el látigo dejára profundos surcos. En medio del círculo que los pilares formaban, se levantaba un estrado habilmente dispuesto para poder descargar mejor los golpes, y húmedo todavia de un lodo rojizo. En él estaba colgado el vergajo empapado en sangre!

Despues de la primera sorpresa, los circunstantes se dieron prisa á romper las cadenas de los siete esclavos vivos y á sacarlos al aire. Dos de ellos espiraron al ver el sol: los demas pudieron responder á las preguntas que se les dirijian.

Entonces supimos que estos nueve esclavos, de los cuales solo cinco vivian, eran los que se confiscaron á la viuda y fueron vendidos seis meses antes por cuenta del estado. Queriendo vengarse de sus acusaciones Mad. Lalorie los habia mandado comprar muy caros y llevar secretamente á su casa: seis meses hacia que los tenia encerrados en aquel pabellon, donde habia dispuesto lo necesario para su tortura.

Esta muger elegante y delicada subia cada mañana al sangriento estrado, y por su mano ejercia su insaciable venganza: al empuñar el látigo se apoderaba de ella una especie de júbilo furioso, renacian sus fuerzas á vista de las heridas y al olor de la sangre: contemplaba con delicia cómo las carnes se iban acardenalando y crispándose los miembros: abandonábase á la alegria de matar mil veces á su víctima, y de verla renacer para matarla otras mil. ¡Locura horrible que solo apetecia el dolor ageno, y no hallaba pasto sino en el espectáculo de la agonía!

Al pronto escuchó la turba silenciosamente todos estos pormenores que los esclavos refirieron; pero no tardó en estallar la indignacion hasta entonces contenida por la curiosidad. Esparcido el rumor de lo que acababa de pasar, mirábanse unos á otros con gesto sombrío los negros que acudieran de todos los puntos de la ciudad, y estremecidos los blancos á la idea de las manifestaciones que semejante descubrimiento podia acarrear, exhalaban con fuertes gritos su justa cólera.

Ya las amenazas se iban haciendo directas, inmediatas. En América la opinion pública pasa rápidamente de la palabra al hecho; Mad. Lalorie no lo ignoraba, y sabia por otra parte cuál era la exasperacion de la muchedumbre, que iba creciendo á cada instante, y desde la habitacion hasta el pantano solo se veia un mar de cabezas.

Habíanse proferido gritos de muerte: los mas acalorados procuraban abrirse paso hasta la habitacion, decididos á entrar á viva fuerza, cuando de repente se abre de par en par la puerta principal, y aparece el carruage de Mad. Lalorie.

El cochero estaba en el pescante vestido de librea, y la graciosa criolla, lujosamente ataviada, con la frente serena y los lábios risueños, ocupaba su asiento acostumbrado, y respiraba con desden el aroma de un ramo de heliotropos.

A esta aparicion cesan los gritos, calla el tumulto y todos quedan por un momento heridos de estupor.

Aprovéchase de él el cochero negro, hiende la turba, avanza y va á salir de ella, cuando se alza á lo lejos nuevo rumor. Pasado el primer momento de sorpresa irrítanse los ánimos de tanta audacia, quieren detener el insolente carruage, pero este ya ha ganado la estrecha avenida que guia al lago Poutchartrain. Cortarle la carrera es imposible, pues el pantano presenta un obstáculo invencible, perseguirlo, era inútil porque lleva mucha ventaja, y los caballos corren como una exhalacion.

Intentáronlo sin embargo los mas furiosos, pero en vano. Cuando llegaron al lago, Mad. Lalorie acababa de fletar un buque cuyas velas desaparecian ya en el horizonte.

Solo habia quedado en la orilla del lago el carruage: en él descargó la indignacion popular. Hiciéronlo pedazos y dieron de puñaladas á los caballos. Cuando en Nueva-Orleans se supo que la francesa se habia escapado, corrió la turba á su habitacion y la demolió en pocas horas.

Habíase escuchado la relacion del doctor

con una atencion cada vez mas viva. Cuando hubo concluido, todos los presentes esclamaron:

—Y ¿qué fue de aquella horrible muger?

—Ayer lo ignoraba aun, respondió el doctor.

—¿Y hoy?

—Hoy..... la he visto.

—¿Qué decis?

—¡Está aquí!

Oyéronse diez esclamaciones á un tiempo, y todos se levantaron.

Mientras el americano hacia su narracion, habia caido la tarde y empezaba á reynar alguna oscuridad. Hubo un momento de terror.

Entró un criado con luces: los ojos de todos se pusieron en movimiento con una especie de duda y espantada curiosidad.

– Caballero, esclamó Varin fuera de sí, lanzándose hácia donde estaba el doctor Miller, acabad en nombre del cielo.

En lugar de responder, mostró el doctor el asiento de Mad. Larcy que estaba vacio.

En aquel momento se oyó rodar un carruage..... todos se precipitaron á las ventanas..... una calesa descubierta pasaba rápidamente por delante de la casa. Mad. Larcy iba en ella, orgullosa y tranquila: llevaba en la mano un ramo de heliotropos.

F. S.

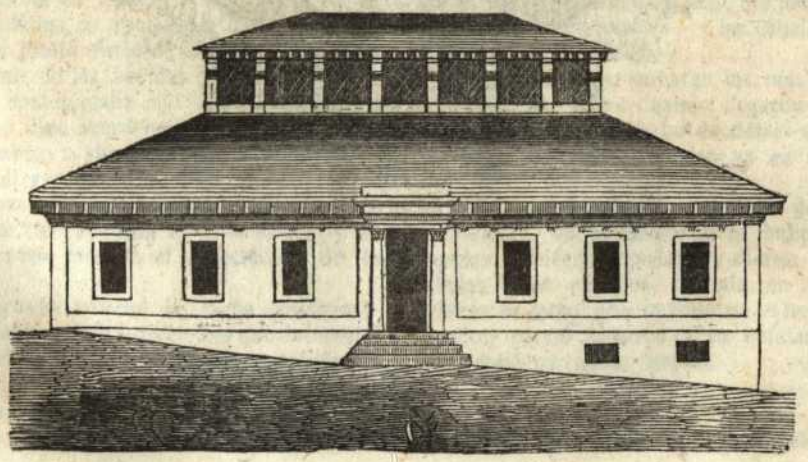
ACADEMIA DE DIBUJO

DE LA CIUDAD DE VITORIA.



El grabado que acompaña estas líneas es el frontis del bonito edificio construido expresamente para Academia de dibujo en la ciudad de Vitoria. Concluyose en 1850 bajo la direccion del entendido arquitecto don Benito de Morasa, no dejando nada que desear su distribucion interior. Esta Academia fue fundada y sostenida en un principio por la célebre Sociedad Vascongada, hasta su estincion. Posteriormente, y siendo muy notable la falta de ella, reuniéronse en 1818 varios sugetos de Vitoria y convinieron establecerla de nuevo, atendiendo á sus costos por medio de una suscricion voluntaria. Tuvo esta idea el éxito mas feliz, y animados sus autores se dirigieron al gobierno solicitando un impuesto de un maravedí sobre libra de carne, que concedido contribuyó á elevar la Academia á un alto grado de prosperidad. Con este producto se atendió al costo de la construccion del citado edificio, y á ampliar los ramos de enseñanza. Son infinitos los jóvenes que la reciben gratuita en esta Academia, estando aquella concretada á la arquitectura civil, dibujo, yeso, paisage, talla, aritmética y geometria.

S. D.



LO QUE QUEDA DE BABILONIA.



Y aquella Babilonia, gloriosa entre los reynos, de la que se vanagloriaban los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, arruinada por el Señor."

«Nunca jamás será habitada, ni reedificada por los siglos de los siglos; ni aun el árabe plantará allí sus tiendas, ni harán en ella majada los pastores."

Estas palabras son del profeta Isaías, hijo de Amós, en el capítulo 13. Véase igualmente lo que dice S. Juan en el capítulo 18.

«Aquí un ángel robusto alzó una piedra como una gran rueda de molino, y arrojóla en el mar, diciendo: Con tal ímpetu será precipitada Babilonia, la ciudad grande, y ya no parecerá mas."

Muy probable es que los profetas que, en medio de su cólera y entusiasmo, entrevian este destino de Babilonia, y lo anunciaban al mundo, no supieran ellos mismos cuán plenamente se habian de verificar sus profecías. Babilonia, en efecto, ha desaparecido de la superficie de la tierra: los caminos que á ella conducian y le llevaban las riquezas del mundo, se han borrado del suelo y de la memoria de los hombres, y la *gran ciudad*, que es ya imposible encontrar, ha confirmado por su parte el *tradidit mundum disputationibus*. Mucho se ha disputado, en efecto, acerca del sitio que pudo haber ocupado Babilonia en otros tiempos, y sobre ello han sido mas las hipótesis y las injurias que las razones que se han dado. Unos la han confundido con Susa; otros no menos visionarios con Nínive, diciendo que Semíramis fue la primera que la cercó con murallas, y le cambió su nombre por el de Babilonia. Otros con Seleucia, otros con Bagdad, que no tiene mas títulos en apoyo de esta pretension, que haberse adornado con los despojos de su vecina, porque está edificada sobre el Tigris, y todos están de acuerdo en que Babilonia estaba situada sobre el Eufrates. Lo mismo puede decirse de Seleucia, cuyas ruinas ocupan tambien las orillas del Tigris, un poco mas abajo de Bagdad. Plinio y Strabon que atribuyen á la vecindad y engrandecimiento de Seleucia la decadencia y ruina de Babilonia, serian suficiente testimonio de la verdad, aun cuando faltase esta razon perentoria. Los ejércitos de Persia, dice Strabon, destruyeron en parte á Babilonia, el tiempo la arruinó tambien en parte, y en parte, además, la negligencia de los macedonios, principalmente cuando Seleuco Nicanor fundó sobre el Tigris á Seleucia, á unos trescientos estadios de Babilonia, y el mismo Strabon coloca á Bagdad á igual distancia de esta ciudad. Estos son, pues, tres nombres y tres ciudades distintas, formando entre sí un triángulo isósceles, cuya cúspide es Babilonia. Con efecto, los viageros y los sa-

bios, abandonando las aberraciones y disputas de los que los han precedido, van todos á esta cúspide á buscar huellas borradas, é interrogar al suelo que cubrió la *que embriagaba con el vino de su furiosa prostitucion á todos los habitantes de la tierra.* A falta de otra cosa mejor, se han considerado como restos de Babilonia unas ruinas que vulgarmente se llaman la torre de Nemrod ó de Babilonia; pero se le disputa tan ambicioso nombre á este triste resto por los árabes, que le llaman Agarcouf, y pretenden que fue construido por uno de sus gefes, que colocaba en él un fanal en tiempo de guerra para reunir á sus súbditos. No trataremos nosotros de lanzar de este último asilo en que se ha refugiado, al espíritu de altercacion y disputa, que guarda como un centinela las solitarias inmediaciones de la ciudad muerta, sino que dejando que riñan entre sí las tradiciones árabes y las cristianas, nos contentaremos con reproducir la descripcion del monumento tal como la hacen testigos oculares.

A jornada y media de distancia de la punta de la Mesopotamia, á unas tres leguas de Bagdad, y á igual distancia de la orilla opuesta del Eufrates (es decir, á una distancia casi igual de los dos rios) se encuentra una masa sólida piramidal, de unos trescientos pasos de circunferencia, construida de ladrillos, y con dos de sus frentes deteriorados, sin duda con el fin de descubrir el uso á que estaba destinada, ó de buscar los tesoros que los árabes suponen siempre encerrados en los edificios antiguos. Los ladrillos de su fábrica no están cocidos en horno, sino únicamente secados y endurecidos al sol, y tienen unas trece pulgadas en cuadro de superficie y dos y media de grueso, aunque, segun otros, solo tienen diez pulgadas cuadradas de superficie y tres de grueso, y están colocados de plano unos sobre otros, sirviéndoles de mezcla la misma tierra de que están hechos. Se cuentan ocho ó diez hileras que forman una cama de dos pies ó dos y medio de grueso, sobre la cual hay cuatro ó cinco capas de cascote y tierra gruesa, despues otra capa de dos ó tres pulgadas formada de tres tongas de paja y cañas machacadas que se cruzan. Las capas de ladrillos empiezan encima de las cañas, y el cascote está siempre colocado inmediatamente sobre ellos. Todo continúa en el mismo órden hasta la cúspide de la torre, solo que las capas no son siempre iguales, pues se ven algunas que apenas tienen dos pies de grueso, y otras con cerca de tres. Hay además quien establece mayor diferencia entre la capa inferior y la superior, fijando una progresion decreciente desde la capa que está al nivel del suelo hasta la mas superior, teniendo la primera siete hileras de ladrillos, la segunda seis, y así de las demas hasta lo alto. Tiene tambien agujeros cuadrados abiertos á cortas distancias unos de otros, que se puede creer sirvieran para los andamios, y tal vez tambien para facilitar la desecacion de aquella masa, porque se ve que penetran muy en lo interior.

Las capas de paja que salen en el dia fuera de los ladrillos, se ven de lejos, están perfectamente conservadas, y han resistido á la accion del tiempo, mucho mas que la madera mas dura, y son de la misma planta que se cria con abundancia en las orillas de los dos rios, y en los terrenos encharcados. Podria creerse que el monumento no ha tenido nunca mas altura que la que se le ve en el dia, porque lo termina una gruesa capa de tierra que se supone haber formado una especie de terraplen en su cúspide, y porque la serie decreciente de las hileras de ladrillos de cada capa llega en el nivel de este terraplen á su término, es decir, á la unidad. No puede, sin embargo, dudarse que el viento y las lluvias no hayan degradado la parte superior, puesto que los frentes, que no ha atacado la mano del hombre, lo han sido algo, y lo hubieran sido mucho mas si no los hubieran preservado las capas de paja. Tambien debe suponerse que este monumento es macizo, porque habiéndolo horadado casi hasta el centro en sus frentes meridional y occidental, no se ha descubierto ninguna cavidad, y las capas de ladrillos, de cascote y de paja están colocadas lo mismo que en la parte esterior, penetrando hasta él los agujeros cuadrados que dijimos antes. Verdad es que en el frente del norte, y como á los dos tercios de su altura, se ve un hueco semejante á una puerta, pero es evidente que este se hizo para registrar el monumento, porque las paredes están cortadas irregularmente, y no se ve un solo ladrillo entero. A alguna distancia de allí se ve un promontorio de tierra, en el que se encuentran algunos groseros fragmentos de construcciones hechas con ladrillos cocidos, que se pueden creer ruinas de un palacio ó un

templo, y además se ven tambien otros montones mas pequeños que se suponen igualmente ruinas de otros tantos edificios, de forma que es probable que Agercouf sea el sitio de una ciudad perdida. ¿Pero con qué objeto se construyó la torre de Nemrod? Ni se la puede suponer templo ni fortaleza, y mas bien se la podria creer atalaya ó sitio de observacion, si en alguno de sus frentes se vieran vestigios de escalera con que poder subir á lo alto, ó si se encontrara algun resto de puerta que indicara que la subida era por lo interior. Este monumento, en efecto, al que unos dan en su estado actual de ciento á ciento veinte pies de elevacion, y otros de setenta á ochenta, podia ser un sitio propio para avisar á los babilonios la proximidad de sus enemigos; mas si se reflexiona, no obstante, que hubiera sido inútil edificar con grandes costos tan considerable masa con el solo objeto de hacer un punto de observacion, es preciso renunciar á esta hipótesis.

Sea de ello lo que fuere, este monton de piedras es lo único que queda de la *gran ciudad vestida de fino lino, de púrpura y de escarlata, adornada con oro, pedrería y perlas*, de la que dice S. Juan en el Apocalipsi: «Y sobre su frente estaba escrito este nombre: MISTERIO.» La prediccion de las escrituras se ha cumplido hasta el fin. Babilonia ha desaparecido de la tierra, y se busca con terror el sitio que ocupaba. «La gran piedra del ángel *la ha destruido de manera que no se la encuentra ya.*»

E. F.

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA.



El gran nombre de ISABEL *la Católica* ha llegado hasta nosotros bendecido de generacion en generacion y rodeado de esa pura y brillante aureola que no ha podido empañar el infecto hálito de la envidia. El ha sido respetado aun en esas épocas de vértigo y de locura que han conmovido el edificio social; en esas épocas de crítica apasionada y de sarcasmo en que el ridículo ha sido vertido á torrentes amenazando inundar el mundo; en esas épocas de duda y de excepticismo que todo lo ha negado; en esas épocas, en fin, de libre exámen, de investigaciones infinitas, pero en que no siempre por desgracia la razon y la verdad han dominado!

Asi tambien lo legaremos á las edades venideras: heróico, puro! marcado con ese sello de grandeza que presta el tiempo á las grandes almas á esas figuras nobles, gigantescas, que se elevan, sobre la especie humana, y parece que llenan el espacio, que llegan al cielo, como recordándonos que de él emanó el destello divino que iluminó su inteligencia, la chispa eléctrica que inflamó su mente en el sentimiento de las grandes cosas.

El nombre de Isabel la Católica es un nombre inmortal, á cuya sombra nacen, crecen y se robustecen otros nombres tambien gloriosos ¡Cuantos heroes hizo nacer aquella gran Reyna!

Lúnes 23 de Septiembre.

¿Quién puede calcular el influjo que ejerce el genio sobre los que lo rodean? Es el planeta al rededor del cual giran satélites sin número; es el iman que atrae á sí todos los corazones; es la pauta, la regla, la norma de conducta por la que todos dirigen la suya, llevados por su admiracion y ganados por su atractivo.

Asi fue Isabel: de ánimo fuerte, de corazon esforzado y varonil, de costumbres puras y sencillas, afable, cristiana, nacida para mandar y templando la severidad del mando con la dulzura de su bella alma; de voluntad inmutable pero dirigida siempre á la consecucion de un fin grandioso; noble, generosa hasta el desprendimiento, y brillando en su frente mas que la magestad del trono, la magestad de su grande espíritu, debia, y asi fue, comunicar sus nobles cualidades á los que le rodeaban, y formar un plantel de héroes, que trabajarian á porfia en hacerse dignos de merecer el aprecio, la consideracion de la que era á un tiempo su señora, su Reyna; la que al hacerles mercedes con una mano, les indicaba con la otra el camino del honor, del deber, de la caballerosidad, el áspero y escabroso sendero de la inmortalidad y de la gloria.

¿Qué estraño es, pues, que el nombre de Isabel vaya seguido de otros cien nombres ilustres, componiéndole un magnifico cortejo? ¿Qué tiene de estraño, repetimos, que al lado de esa figura magestuosa que descuella en la historia, se alzen tambien otras grandes y nobles, formando el conjunto un cuadro bellísimo, de mágicos colores, ante el cual se detiene absorta la mente en la consideracion de las grandes cosas que aquella inmortal matrona, que aquellos varones esclarecidos llevaron á término? ¿Qué maravilla pueden causarnos las hazañas de Hernan Perez del Pulgar, los altos hechos de Gonzalo de Córdoba, y el valor caballeresco de los Guzmanes, de los Mendozas, de los Laras, y de tantos y tantos otros ínclitos capitanes, espejo de nobleza y de hidalguia, de valor y de generosidad, honra y prez de las armas españolas?

El impulso que recibian era mágico, irresistible; é irresistibles, mágicos eran tambien sus hechos y acciones.

Pero no por eso desmerecen de la parte de gloria que les tenia reservado el destino; y no por eso las acciones de los esforzados españoles del siglo décimoquinto, de aquellos nobles guerreros que se agrupaban en torno de los pendones de Isabel I, dejarán de resonar en las edades venideras como modelos de valor, de nobleza y de caballerosidad.

Rodeada la excelsa Isabel de los esforzados paladines españoles, que la aman como á madre, atentos todos á satisfacer el menor de sus deseos, se halla ante los muros de la ciudad morisca, último asilo de la arrogante media luna en España. La conquista de la bella Granada, de la ciudad Sultana, de palacios afiligranados, en donde se respira placeres y voluptuosidad, es la idea fija y constante de la católica Reyna, que desea destruir ese padron de la servidumbre española, postrer testigo de siete siglos de dominacion estraña, último resto de la atrevida conquista del esforzado Tarif.

El campamento de los cristianos ocupa una considerable estension, y entre las blancas tiendas sobresalen las de los regios consortes Fernando é Isabel. Una vigilancia activa se egerce en torno de los reales, á fin de precaverlos de todo incidente desgraciado; mas sin embargo, una noche se prende fuego de improviso al pavellon de la Reyna, y comunicándose en breve á las restantes tiendas, en poco tiempo queda reducido á cenizas la mayor parte del real castellano. Este acontecimiento unido á las mil privaciones que ya experimentan los sitiadores, despues de diez meses de trabajos penosos capaces de vencer la mas fuerte constancia, hace que muchos empiecen á hablar de la necesidad de alzar el cerco. Inclínase tambien á ella el ánimo del Monarca; pero allí está Isabel para impedirlo. Infunde nuevo aliento á los mas tibios y cansados, y para dar á amigos y enemigos una idea de su decision, hace que como por encanto, se levante una ciudad de entre las cenizas del campamento quemado, una ciudad cercada de fuertes murallas, cuyos edificios no son de frágil lienzo, sino de mamposteria, capaces de resistir la injuria de los tiempos, y de precaverlos de las iras de los enemigos. Dase á esta naciente ciudad el nombre que mas puede cuadrarle, el nombre que simboliza su origen, el nombre de Santa Fe, que es al mismo tiempo una amenaza viva, constante, para la capital árabe, para la un dia altiva Granada, que tiembla al ver alzarse en la verde llanura aquella blanca ciudad, de aspecto severo, y de la cual han

de salir cual torrente que todo lo arrolla, los escuadrones cristianos que han de arrancar de las orgullosas y altas torres de Granada la arrogante media luna, los estandartes de los hijos predilectos del profeta, y sustituirlas con la enseña de la cruz, con las victoriosas banderas de Castilla y de Aragon.

Continua el asedio con teson siempre creciente; y uno y otro hecho de armas ilustra mas y mas el nombre de los guerreros que los llevan á cabo. Toda salida de los moros es rechazada, y las injurias de siete siglos de vasallage son alli completamente vengadas. Entre los defensores del Coran se encuentran tambien ánimos fuertes, esforzados, que consuman empresas atrevidas; pero que quedan eclipsadas por las de sus contrarios. ¿Quién seria capaz de anotar una por una de esas atrevidas empresas, que aunque son de irrefragable autenticidad se muestra á veces la mente rebelde á darlas crédito?

Entre todas ellas descuella una que se calificaria de temeraria y loca, si el éxito no la hubiese justificado, y mas que todo si no hubiese dejado grabadas en la historia tantas muestras de su gran ánimo el héroe que la hizo. Como consecuencia de ella parece ser el singular combate que sostuvo Garcilaso de la Vega, con uno de los mas afamados caudillos moros, con el valeroso Tarfe; hecho que si bien no aparece rigorosamente probado por la historia, está enlazado con la arrojada empresa á que nos referimos, y viene á ser su complemento, llegando hasta nosotros por las tradiciones populares con el nombre de *El Triunfo de el Ave Maria.*

Segun la narracion histórica, que es á la que debe darse crédito, hallábase Hernan Perez del Pulgar, *el de las Hazañas*, en la ciudad de Alhama, á donde se habia retirado durante la temporada del invierno, asi como lo habian verificado los Reyes Católicos, para aguardar la llegada de la primavera y volver á cercar definitivamente la ciudad de Granada. Mal avenido allí Pulgar con su forzada quietud, y no pudiendo hallarse sino en medio del rumor de las armas y del estruendo de la guerra, aguijoneado ademas siempre del ardiente deseo de consumar grandes hechos, ideó la atrevida empresa de penetrar solo en Granada.

Los poetas, y aun algunas tradiciones populares, conformes en el hecho, mudan empero parte de la accion, y la causa que la motivara, suponiendo ocurrir ya á los últimos dias del cerco y poco antes de la rendicion de la ciudad morisca: de esta suerte enlazan el hecho de la entrada del Pulgar en aquella con el combate de Garcilaso de la Vega. Vamos á seguirlos, por mas que esta nuestra narracion no sea, por lo expuesto, rigorosamente ajustada á la exactitud histórica.

Entre los muchos defensores de la hermosa capital del agonizante imperio de la morisma en España, descollaba Tarfe, afamado guerrero de la tribu de los Zegries, favorito de Boabdil, próximo á ser su pariente, por estarle prometida la mano de la bella Zaida, hermana menor de aquel monarca, y cuyo valor y arrogancia eran solo comparables al odio que profesaba al nombre cristiano. Para dar una prueba á su dama y señora de su esfuerzo y gallardia, se lanzó á rienda suelta fuera de la ciudad, y atravesando la famosa vega llegó á dar vista al real castellano, y con mano fuerte y segura arrojó su lanza, que partiendo veloz como una flecha, fue á clavarse en la morada real. Pendia de la lanza un lazo verde, prenda de amor que le habia dado Zaida.

Tamaño insulto llenó de indignacion á todos los guerreros castellanos, que ansiosos por tomar venganza salieron presurosos en perseguimiento de Tarfe. No fue el último Pulgar, pero toda su diligencia fue vana, pues el arrojado moro se vió en breve al abrigo de las fuertes murallas de Granada. Pesaroso Pulgar, y ardiendo en deseos de pagar ofensa con ofensa, como al mismo tiempo de acometer un hecho que hiciese su nombre para siempre famoso, volvió á los reales pensativo, y comunicó á algunos de sus mas fieles amigos y compañeros, entre los que se contaban *Montemayor*, *Bedmar*, *Aguilera*, *Baena* y otros, el temerario proyecto de penetrar en la ciudad enemiga. Empresa era arriesgada cual ninguna, y aunque ninguno de aquellos valientes temia por sí, temieron por Pulgar, y trataron de disuadirlo. Todo fue en vano. «No os he demandado consejo, dijo Pulgar; «os he rogado solo que me acompañeis hasta «Granada.»

Dispúsolo todo Hernando al efecto, y aprovechando la oscuridad de una noche tempestuosa, seguido de los suyos en número de quince, despues de no pocos riesgos lle-

garon cerca de Granada. Aquí se qnedaron nueve, y guiado Pulgar por un moro convertido, y acompañado de sus cuatro mayores amigos se internó en la ciudad enemiga. Ya habian llegado á la puerta de la mezquita, y aun ignoraban los amigos y deudos de Pulgar cual era el intento de éste, si bien lo presumian por los combustibles que llevaban, cuando con no poco asombro suyo vieron á aquel arrodillarse, sacar del pecho un pergamino que besó tres veces, y en cuyo fondo dorado campeaba el *Ave Maria*, escrito con letras azules, y que les dijo: «aquí teneis mi escudo; esta empresa no es mia, es de la Reyna de los Angeles."

Arrodilláronse todos, sobrecogidos de pasmo y de admiracion, y puesto en pie el esforzado caudillo cristiano, clavó de un golpe en la puerta de la mezquita, su puñal del que pendia el venerado pergamino. En seguida arrimó á otra puerta el hacha encendida que llevaba y hacecillos de retamas; hecho lo cual se dirigió á la Alcaiceria que era el cuartel mas rico de la ciudad, con ánimo de incendiarlo. Mas al pedir la tea, supo que Montemayor la habia dejado olvidada en la puerta de la mezquita, y fue tal su furor que tirando de la espada hirió en el rostro, aunque levemente, al olvidadizo mozo; y mal lo hubiera éste pasado, si Bedmar no hubiese aplacado su enojo, diciéndole: «Fuego te traeré yo para abrasar á mil Granadas." Volvió, en efecto, atras, y cuando ya regresaba con la ansiada tea, vieron venir hacia ellos una ronda de moros. Ya les fue preciso pensar en su seguridad y defensa; y no sin sostener una sangrienta lucha, se reunieron á los demas compañeros, dejando antes cubierto su tránsito de cadáveres, y puesta la ciudad en la mayor confusion y alarma, pues no cabia en la mente de los moros que hubiese hombres de ánimo tan esforzado que se atreviesen á egecutar empresa tan temeraria.

Fácil es de concebir el júbilo y la admiracion que causaria en los reales cristianos tan extraordinario hecho de armas. Los Reyes hicieron grandes mercedes á todos los compañeros de Pulgar en tan singular aventura, y concedieron al héroe de ella, á mas de haciendas, el singular privilegio de ser enterrado en la Catedral que se edificase sobre las ruinas de la mezquita, principal teatro de su hazaña.

Pero si todo fue júbilo por parte de los cristianos, por la de los moros todo fue rabia y frenesí; y por largo tiempo estuvieron vacilantes si dar ó no crédito á lo que unos habian visto, y otros oido; pero fuerza era admitir como cierto un hecho del que quedaba una prueba tan notoria clavada en la puerta de la mezquita. Allí estaba el pergamino, y en él escrito el *Ave Maria*, y por mas abajo el acta de toma de posesion de la espresada mezquita. Acudiera Tarfe el primero al notar la alarma promovida, y se apoderó del pergamino, prometiéndose humillar tanto el nombre cristiano, y hollar de tal suerte aquella sublime enseña, cuanto la habia ensalzado él ínclito Hernan Perez del Pulgar.

Pocos dias despues, y no bien el sol habia empezado á dorar la fértil vega de Granada, viose salir de la ciudad sitiada á un arrogante y apuesto moro cubierto de brillante armadura, y cabalgando gallardamente en un soberbio caballo: de la cola de este pendia el pergamino escrito que Pulgar habia dejado clavado en la mezquita. Acercose pausadamente el descreido á la noble ciudad de Santa Fe, y con no vista arrogancia desafió á singular combate á cuantos caballeros encerraba, arrojando en señal de reto su ferrea manopla. Al punto se oyó un grito general de indignacion en el real castellano, y cien y cien nobles, animados de generosa emulacion, se disponian á salir á recoger el guante. A la sazon se hallaba ausente Pulgar. El prudente Rey Fernando, que deseaba economizar la sangre de sus valerosos caballeros, refrenó su ardimiento con sentidas palabras: «No necesitais, les dijo, salir al campo contra ese infiel para manifestar vuestro arrojo; hartas pruebas teneis dadas de él, y en breve se os presentará la última ocasion de poner muy alta vuestra fama. El dia que tomemos á Granada por asalto, que será muy en breve, ese dia verán los enemigos del nombre de Cristo de cuanto sois capaces" Mientras tanto, Tarfe, pues no era otro el guerrero granadino, aguardaba en el campo la salida de algun caballero, y encendia mas y mas la ira de los cristianos con los denuestos é injurias que les dirigia. Pero la obediencia ataba sus brazos, aunque á su despecho, y solo en silencio murmuraban de la prohibicion, que les impedia salir á castigar la altaneria del caudillo sarraceno.



Garcilaso y Tarfe.

Vacilaban algunos entre la obediencia debida al monarca, y su deseo de vengar la ofensa, cuando se presentó ante Fernando un gallardo mancebo de pocos años, pues apenas le apuntaba el bozo, quien arrojándose á los pies de su señor, pidió con voz conmovida le otorgase la merced de ganar sus espuelas de caballero, saliendo al campo para castigar la osadía de Tarfe. Era este el jóven Garcilaso de la Vega, page del Rey.—Mucho se holgó Fernando al ver tanta resolucion en edad tan corta; pero ¿como podia conceder á un jóven el permiso que habia negado á experimentados guerreros? Asi es, que alabando su decision procuró templarlo al mismo tiempo, prometiéndole ocasiones en que con no menos gloria pudiese ganar lo que tanto anhelaba.

Calló el jóven page; pero firme en su propósito, no bien se apartó de la vista de todos, cuando cubriendo su delicado cuerpo con una fuerte y pesada armadura, cabalgó en su caballo, y con la visera calada, salió á escape de los reales, y acometió lanza en ristre al denodado Tarfe, quien al notar su juvenil continente no pudo menos que dirigirle una mirada de compasion. Pero bien pronto conoció se las habia con un contrario temible, al sentir el primer golpe de su lanza que casi le hizo perder los estribos. Desde aquel instante empezó una lucha tenaz y violenta. Cada vez que se encontraban los dos ginetes, temblaba la tierra bajo el casco de los caballos, y el ruido de las armas resonaba á larga distancia. El interes de este singular combate tenia robada la atencion de todo el egército cristiano, y muy particularmente la del Rey, que habia olvidado el momentaneo enojo que le asaltara al verse asi desobedecido. Muy pronto quedaron hechas astillas las lanzas, rotos los escudos, abolladas las armaduras; los combatientes sacaron las espadas, y sus furibundos golpes hacian saltar chispas de viva luz de las aceradas mallas. Pronto tambien cayeron al suelo ambos campeones, pero con suerte diversa, pues al disiparse la nube de polvo que los envolvió al caer, pudieron ver los guerreros castellanos, á aquel su incógnito compañero puesto de pie, y levantando en alto la ensangrentada y lívida cabeza del caudillo moro.

Dificil es ponderar el júbilo y entusiasmo que estalló en el real castellano. Los instrumentos bélicos hicieron resonar el aire con sns ecos marciales, y mil y mil aclamaciones saludaron al vencedor.

El mismo Rey Fernando se dejó llevar del entusiasmo general, y al ver á sus pies al valeroso guerrero, que ostentaba atado á su lanza el pergamino del *Ave María*, y le pedia perdon de su desobediencia, lo alzó y le colmó de elogios. Pero cuando reconoció á su jóven page Garcilaso, su admiracion fue estremada, y en el acto quiso recompensar al novel caballero, armándole tal; cuya ceremonia se llevó á cabo con las mayores solemnidades, tomando parte en ella la augusta Isabel y los capitanes mas ilustres.

Tal es el suceso que ha llegado hasta nosotros, parte por las leyendas, parte por las tradiciones populares. El ha ocupado, como hemos dicho, la imaginacion de nuestros vates, y proporcionado argumento para mas de una comedia. El fecundísimo y celebrado Lope de Vega compuso una titulada: *El Cerco de Santa Fe, é ilustre hazaña de Garcilaso de la Vega.* Otra hay que titula, *El Triunfo del Ave María.* Nosotros sin salir garantes de la exactitud histórica de este hecho que debemos decir no se encuentra suficientemente apoyado en las relaciones de los escritores de aquella época, lo hemos no obstante referido como la tradicion y los cantos populares lo han trasmitido hasta nuestros dias.

S. C.

EL CUADRO DEL FRAILE.



Cuando muchos pintores no son todavia mas que principiantes, en la tierna edad en que la mano no puede todavia trazar las impresiones del corazon, las concepciones de la idealidad, Pedro Pablo Rubens habia alcanzado aplausos, gloria y caudal. Festejado de los príncipes, pagadas sus producciones á peso de oro, recorriendo como un triunfador artístico todas las córtes, nombrado caballero y secretario del consejo privado de Felipe V, honrado por Cárlos II haciéndole donacion de su propia espada, privado de la infanta doña Isabel, ni le cabia nada que desear como á particular ni como artista.

Justamente engreido con tanta felicidad y con una posicion que solo debia á su propio mérito, Rubens se habia rodeado de fausto, y nunca iba sin una brillante comitiva, numerosa y digna de un príncipe. Sus discípulos, que le habian acostumbrado á una especie de culto, le acompañaban siempre y le formaban un noble séquito; de esta suerte iba Rubens, durante sus viajes de cláustro en cláustro y de iglesia en iglesia, visitando las obras maestras que contenian aquellos edificios, porque en la época de que hablamos, las artes, inspiradas por la religion, recibian del clero poderosos estímulos. Mas de un artista que hubiera muerto pobre y desconocido, debia su gloria y su bien estar á la generosa ayuda que le ofreció el clero del siglo XVII; y como decia el mismo Rubens, la proteccion de un fraile valia para un pintor tanto como la de un Rey.

Un dia Rubens, recorriendo las cercanías de Madrid, entró en un convento de regla muy austera, y reparó, no sin sorpresa, en el pobre y humilde coro del monasterio, un cuadro que revelaba el talento mas sublime. Aquella pintura representaba la muerte de un fraile. Rubens llamó á sus discípulos, les enseñó el cuadro, y todos participaron de su admiracion.

—¿Y quién puede ser el autor de esa obra? preguntó Van-Dyck, el discípulo favorito de Rubens.

—Habia un nombre escrito al pie del cuadro, pero le han borrado, respondió Van-Tulden.

Envió Rubens un recado al prior para suplicarle que bajase á hablarle, y habiéndolo éste hecho así preguntó el gran pintor al anciano fraile el nombre del artista á quien debia su admiracion.

Cruzó el prior los brazos, sonrió tristemente y respondió:—El pintor no pertenece ya á este mundo.

—¡Ha muerto! esclamó Rubens: ¡ha muerto! y nadie le ha conocido hasta ahora; nadie ha repetido con admiracion su nombre, que deberia ser inmortal; su nombre ante el cual se eclipsaria acaso el mio; y sin embargo, añadió el artista con noble orgullo, sin embargo, padre mio, yo soy Pedro Pablo Rubens.

Al oir este nombre animóse con una espresion singular el pálido rostro del prior. Sus ojos centellearon, y fijó en Rubens una mirada en que se revelaba algo mas que una

vana curiosidad; pero aquella exaltacion no duró mas que un momento. Bajó el fraile los ojos, cruzó sobre el pecho sus brazos, que habia levantado al cielo en un momento de entusiasmo, y repitió:

—El artista no pertenece ya á este mundo.

—¡Su nombre, padre mio, decidme su nombre, para que yo pueda anunciarlo al universo, y darle la gloria que merece! Y Rubens, Van-Dyck, Diepsenback, Jacobo Jordaens, Justo Van-Nuel, Van-Tulden, sus discípulos, casi iba á decir sus rivales, rodeaban al prior, y le suplicaban con empeño que les nombrase el autor de aquel cuadro.

El fraile temblaba; un sudor frio caia de su frente sobre sus mejillas enjutas, y sus lábios se contraian convulsivamente.

—¡Su nombre! ¡su nombre! repitió Rubens.

Hizo el fraile con la mano un solemne ademan.

—Escuchadme, dijo; me habeis comprendido mal. Os he dicho que el autor de ese cuadro no pertenece ya á este mundo; pero no he querido decir por eso que haya muerto.

—¡Vive, vive! ¡oh! ¡hacédnosle conocer! ¡Decidnos quien es!

—Ya ha renunciado á las cosas de la tierra: está en un claustro, es fraile.

—¡Fraile, padre mio! ¡fraile! ¡Oh! Decidme en qué convento, porque es preciso que salga de él. Cuando Dios imprime en la frente de un hombre el sello del genio, ese hombre no tiene derecho para sepultarse en la soledad. Dios le ha dado una mision sublime, y es preciso que la cumpla. Nombradme el claustro donde se oculta, y yo iré á sacarle de él y á mostrarle la gloria que le espera. Si me repele, haré que nuestro Santo Padre el Papa le mande volver al mundo y tomar de nuevo los pinceles. El Papa me estima, padre mio; el Papa escuchará mi voz.

—No os diré ni su nombre, ni el cláustro donde se ha refugiado, replicó el fraile con tono resuelto.

—El Papa os mandará que lo hagais, esclamó Rubens exasperado.

—Escuchadme, dijo el fraile, escuchadme en nombre del cielo. ¿Pensais que ese hombre antes de abandonar el mundo, antes de renunciar á las riquezas y á la gloria, no ha luchado recientemente contra semejante resolucion? ¿Creeis que no ha necesitado amargos desengaños, crueles dolores para reconocer, en fin, golpeándose el pecho, que todo en este mundo no es mas que vanidad? Dejadle, dejadle, pues, morir en el asilo que ha hallado contra el mundo y sus desengaños. Por lo demás, de nada servirian vuestros esfuerzos; saldria victorioso de esa tentacion, añadió haciendo la señal de la cruz, porque Dios no le retirará su ayuda, Dios que en su misericordia se ha dignado llamarle á sí, no le arrojará de su presencia.

—Pero, padre mio, considerad que renuncia á la gloria.

—La gloria no es nada en presencia de la eternidad.

Y el fraile se bajó la capucha sobre la frente y mudó de conversacion, de modo que no pudo Rubens insistir mas.

Salió del claustro el célebre flamenco con su brillante séquito de discípulos, y todos volvieron á Madrid pensativos y silenciosos.

El prior de vuelta en su celda se hincó de rodillas sobre la estera que le servia de cama, y dirigió á Dios una ferviente oracion; luego cogió un manojo de pinceles, una caja de colores y un caballete que estaba en un rincon de la celda, y los tiró al rio que pasaba por debajo de su ventana: largo rato contempló con melancolia el agua que se llevaba aquellos objetos.

Luego que hubieron desaparecido, volvió á hacer oracion arrodillado sobre su estera y delante de su Crucifijo de madera.

Aquel hombre, con un alma de artista, aquel pintor en cuyo seno germinaba la inspiracion, aquel hombre que frente á frente con Rubens habia visto descubrirse la cabeza del célebre pintor ante una produccion desconocida; aquel fraile, cuya fama se estrellaba detras de la cerrada puerta del claustro, renunciára á la gloria, y como dijera pocos momentos antes, habia despreciado el mundo para refujiarse con su abnegacion á los pies de un Crucifijo.

D. E. P.

LAS HIJAS DE GUILLELMO DE ALBANAK.

Alfredo, Rey de Inglaterra, era querido, mejor diré, adorado de sus súbditos. Una nacion desgarrada por intestinas divisiones, cercada de enemigos esteriores, reducida á la estremidad de la guerra como á los horrores del hambre, gracias á la sabiduría de este hombre estraordinario, habia recobrado su tranquilidad interna, y gracias al arrojo de su caudillo la consideracion de los estraños. De las cien llagas que la aquejaran, unas estaban ya cerradas, otras en camino de curacion. La prudencia sin orgullo, el valor sin ferocidad, el amor de la justicia sin dureza, la condescendencia sin debilidad constituian los rasgos principales de su carácter. A sus ojos el pobre valia tanto como el rico, el pequeño como el grande. Su corazon que se inflamaba por la gloria, y mas aun por la virtud, conoció tambien el amor. Y ¿cómo podia ignorar esta pasion, si era jóven, lleno de salud, fuerte, robusto, y apasionado á los trabajos militares y á los venatorios que habian desenvuelto y en algun modo templado su constitucion?

En cierta partida de caza, su ardor y su vigoroso caballo le llevaron mucho mas allá de donde podia seguirle su comitiva. Solo un cortesano consiguió no sin esfuerzo el no perderle de vista. El dia declinaba: el camino que seguian era una senda poco frecuentada que al parecer se perdia en los bosques. Caballos y caballeros necesitaban descanso: por fin encontraron un leñador que estaba derribando una añeja encina; preguntáronle por el pueblo ó el castillo mas cercano. El campesino no los conocia; pero por su trage y por sus caballos juzgó que serian distinguidos personages.

—No hay pueblos en estas inmediaciones, les respondió, donde hombres de vuestra clase puedan hallar las comodidades de la noche. Bien pudiera proporcionárosla el caballero Guillelmo de Albanak; mas dudo mucho que quiera.

—¿Qué caballero es ese, y por qué dudas de su hospitalidad? le preguntó el Rey.

—Es un hombre muy adusto, respondió el leñador, aunque los pobrecillos como yo tenemos mucho que agradecer á su generosidad. Su castillo está alli, en lo mas espeso del bosque. Ni recibe ni hace visitas; es rico y tiene unas hijas hermosas como los ángeles de Dios, si es verdad lo que cuentan; pero las encierra con el mayor esmero, y en once años que hace que vino, ha vivido constantemente aislado como en un desierto.

—¡Quiero conocerle! esclamó el Rey: indícanos exactamente el sitio de su habitacion.

Recibidas las señas, metieron espuelas los caballeros y atravesaron el bosque. Llamaron á la puerta del castillo que estaba cerrada y bien defendida. Asomóse un criado por una almena:

—¿Quienes sois?

—Cazadores estraviados.

—¿Qué buscais?

—Un lecho en que descansar.

—Aguardad un momento.

—De buena gana.

Poco despues volvió el criado y dijo:

—Mi amo os compadece, pero no puede albergaros. Mandará que os den algo que comer: en cuanto á abriros la puerta de su casa, seria una inconsecuencia. La noche está clara y serena: en ninguna parte se duerme tan al fresco como debajo de una encina.

—Dí á tu amo que venga y yo pronunciaré un nombre que, si no me engaño, le obligará á abrirnos la puerta.

—¿Y qué nombre será ese? preguntó precipitadamente y con voz áspera el caballero que habia acudido á la almena.

—El nombre de Alfredo, de tu Rey.

—Si: no hay duda: la puerta de mi casa se abre para Alfredo; tu servidor conoce su deber.

Guillelmo de Albanak bajó de la almena con la ligereza que su ancianidad le permitia, dió al monarca todas las muestras del mas profundo respeto, le tuvo el estribo, le llevó á la mejor habitacion, y dió órden para que se dispusiera la cena.

—Acepto, dijo Alfredo, con la condicion de que mi huesped sea mi comensal, de que él y toda su familia..... toda .... vengan á regocijarse conmigo.

El anciano en señal de obediencia se inclinó sin pronunciar una palabra. Sus ojos se habian complacido poco antes en contemplar el rostro y el buen talle del Rey, y le habia dicho: —He conocido al príncipe Alfredo cuando era un precioso niño y un jóven de las mayores esperanzas: le veo ahora hecho un hombre que sabe cumplir todo lo que ofreció.

El anciano hizo muy poco caso del cortesano compañero de Alfredo, aunque sabia y habia oido decir al príncipe mismo que era uno de sus mas íntimos favoritos. Sin duda el palaciego debia resentirse de semejante desatencion.

—¿Qué os parece de nuestro huésped? dijo Alfredo asi que Albanak hubo salido.

—Lo mismo que su primera respuesta; grosero y orgulloso.

—Pero honrado y franco, repuso el Rey; y si no, jamas la boca de un impostor hubiera mentido tanto como los ojos del caballero.

Volvió á presentarse Albanak para llevarlo al comedor. ¡Cuál seria la admiracion de los dos estrangeros al ver tres jóvenes hermosas como el dia y puras como la aurora! Caras y talles sin el menor defecto; ojos á la vez modestos y llenos de fuego: cabellos graciosamente ensortijados sobre los hombros: senos blancos como la nieve que á cada inspiracion se elevaban bajo el trasparente velo negro que apenas los cubria: manos y pies tales que el arte les hubiera pedido el carácter del bello ideal. La impresion de Alfredo y de su compañero fue la que recibe un hombre que en la caverna mas oscura ve de repente relumbrar un tesoro: este espectáculo le regocija, pero casi no se atreve á dar crédito á sus ojos.

Saludó el monarca á las tres hermanas con la gracia de un cortesano y el calor de un hombre sensible. Ellas le volvieron el saludo con decoro virginal. Sentóse entre dos de ellas, y el favorito al lado de la otra.

Empezó la cena. No tardaron las copas en dar nueva viveza á la conversacion; y cada vez el monarca iba gustando mas del anciano.

—¿Es posible, dijo Alfredo, que un hombre como tú lleno de fuerza y actividad haya abandonado tan temprano el servicio de la patria? ¿que lo haya abandonado en unos tiempos en que el Estado tiene tanta necesidad de brazos valerosos y de cabezas prudentes?

—¡Solo Alfredo puede hacerme impunemente semejante reconvencion! ¿Qué es lo que he abandonado? la corte y la residencia en Ethelred; pero no á mi patria ni á mi Rey. Me alejé por razones valederas ante cualquier tribunal, pero demasiado estensas para hablar de ellas en la mesa. Yo tenia un hijo, y le envié al ejército de Alfredo; murió en el último combate, y no le he llorado. Si yo me hubiera hallado en su lugar, habria caido el primero.

—¿Y ese absoluto desvío del mundo?

—Perdóneme mi Rey; pero soy muy mal narrador, al menos por la noche. Esto procede de cosas que lastiman el corazon, y que no se tratan entre copas y botellas. Los vasos se han hecho para disipar las penas, y no para renovarlas.

Alfredo no le apuró mas. La cena duró hasta la media noche: concluida, llevaron al Rey y á su compañero al dormitorio que les habian señalado.

A pesar del fuego de la conversacion y de la alegria de la cena, los ojos del anciano habian observado muy distintamente una cosa en la cual no manifestaba reparar: la impresion que sus hijas habian causado en sus huéspedes. Mandó llamar á las tres, y

les pidió cuenta de todas las palabras que en voz baja les habian dirigido. Dos de ellas se pusieron coloradas, y confesaron que algunas lisonjas sobre el fuego de sus ojos, y varias chanzas sobre las undulaciones del velo que cubria su seno, habian sido el tema de su conversacion secreta. Edelswitha, la mas pequeña, estaba mas encarnada que las otras.

—Alfredo me ha cogido dos veces la mano ocultamente, dijo, y la ha apretado hasta hacerme daño. Ademas me ha jurado que yo seria la perla de su corazon.

—Mas loca que las locas serias si le creyeras, respondió Albanak.

En seguida les dió órden de retirarse á su cuarto, cuya llave se metió en el bolsillo.

A la mañana siguiente, Alfredo se despertó con la aurora y pidió los caballos para ir á reunirse con su comitiva. Antes de poner el pie en el estribo, se volvió hácia el caballero y le dijo amistosamente:

—Un descubrimiento como el que ayer hice mereceria que me perdiese diez veces por los bosques. El valor y el ingenio, caballero, siempre han de tener á la hermosura por compañera; aqui vive el padre de la belleza. Lo que rara vez encuentro en los brillantes festines de la corte, lo he encontrado ayer en este desierto. Se me permitirá volver á él?

—¿A qué lugar de Inglaterra no podrá ir el Rey cuando le plazca? Pero confieso francamente que Alfredo solo es para mí mas agradable que Alfredo acompañado.

—Pues bien: Alfredo volverá muy pronto, y solo.

Dichas estas palabras saltó ligeramente á caballo y se alejó á buen paso. Por el camino no se cansó de alabar el amable aspecto de las hijas y el respetable continente del padre. El cortesano estaba con él en uno de los puntos: en cuanto al otro callaba... como cortesano.

¿Quién dudará que Alfredo cumplió fielmente la palabra que diera de volver al solitario bosque? En el transcurso de dos semanas estuvo dos veces en el castillo y dos veces pasó en él la noche. Llegaba á las cercanías con algunas personas de su comitiva, y allí las dejaba para reunirse con ellas á la mañana siguiente. Admirábase toda la corte de tan estraño ceremonial, y de la aun mas estraña inclinacion del Rey á un viejo misántropo; pues bajo esta denominacion habia señalado en confianza á dos ó tres amigos el primer compañero de Alfredo al adusto Albanak: los tales amigos tardaron poco en ampliar la pintura, comunicándola en secreto á todos sus conocidos, hasta que por último no hubo marmiton de cocina que no hablase del caballero como de un espantajo.

En las otras dos visitas le sucedió á Alfredo lo mismo que en la primera. Fue recibido con el mismo respeto; sus hermosas huéspedas le manifestaron la misma decorosa amabilidad. La prudente esperiencia y la sencilla y noble franqueza del caballero se ostentaban cada vez en mayor grado. Halló la misma cena frugal, el mismo dormitorio oscuro. Y sin embargo todo le parecia al Rey mas agradable que su palacio. La imaginacion, esa sabia pintora que no presenta por cierto los objetos de una manera fiel y uniforme, embellecia á sus ojos una porcion de cosas que en la naturaleza eran medianas y comunes. El caballero anciano continuó sus observaciones, y siguió constantemente la misma conducta con respecto á sus hijas. Despues de levantarse de la mesa las llamaba siempre y se informaba cuidadosamente de todas las palabras que el monarca les dirigia en voz baja. En las dos veces no pasó de las acostumbradas lisonjas, y Albanak despidió á sus hijas sin decirles cosa alguna.

Pero despues de un mes de interrupcion, el monarca volvió otra vez, su fisonomia estaba menos tranquila, habló menos y miró con mas frecuencia á las jóvenes, aunque con aire de indecision. Aquella noche, al dar cuenta Edelswhita á su padre tenia las mejillas inflamadas.

—La mano de Alfredo ha buscado tenazmente la mia, y su pie queria tocar á mi pie. No se ha contentado con decirme mil ternezas, sino que me ha preguntado el camino de mi cuarto.

Los ojos del anciano arrojaban centellas.

—¡Libertino! esclamó; pero reprimiéndose de improviso ahogó la última sílaba del vocativo. A mí debió dirigir esa pregunta, añadió con tono mas sereno. Esta noche os acostareis en mi dormitorio.

En seguida aparentó mas tranquilidad: sus hijas obedecieron.

Albanak se levantó al amanecer y preguntó á los vigilantes del castillo si habian oido rumor en el aposento del Rey.

—Le hemos visto, respondieron, salir despues de media noche, tomar el corredor de la izquierda y volver al momento á su cuarto.

Una sonrisa involuntaria animó el rostro del caballero; pero no preguntó mas. Despues de pasearse por espacio de media hora, se fue al aposento del monarca á saber como se hallaba y á tomar sus órdenes.

Alfredo, segun costumbre, le aseguró que estaba bueno y satisfecho. La romántica situacion del castillo le parecia cada dia mas encantadora, y suponiendo que el bosque cercano estaria poblado de caza mayor, se proponia cazar en él todo el dia y volver á la noche; pues le entusiasmaba la libertad de aquella mansion y la compañía de un anciano tan amable.

La fisonomía de Albanak se cubrió de cierta risita que las palabras no pueden describir, pero que desconcertó al monarca; pues la mentira, ni aun en boca de un Rey está exenta de temor y turbacion.

—La compañía de un anciano! repitió el caballero inclinándose profundamente. Ah! señor: podeis disponer de todo: tened sin embargo la bondad de aguardad algunos minutos antes de dar órden para la caza. Entretanto os traeré otra compañía tal vez mas agradable que la mia; la de mis hijas.

Era tan singular el tono de las palabras de Albanak, que Alfredo al verle salir esperimentó una incertidumbre nueva para él. Pero otros sentimientos enteramente desconocidos se agolparon tumultuosamente en su corazon, cuando al abrirse la puerta de la cámara, entró Albanak con la espada desnuda en la mano, y detras de él sus tres hijas, obedeciendo á la voz de su padre con paso lento y forzado Venian cubiertas con un sencillo velo blanco descuidadamente ceñido á su cuerpo. Hízoles Albanak una seña con la espada y se pusieron en ala: hízoles otra, y bajando su rostro lleno de turbacion dejaron caer sus velos con mano trémula. En un abrir y cerrar de ojos, aquellas tres jóvenes, las mas bellas que nunca viera el sol, aparecen enteramente desnudas, tales como salieron de las manos de la naturaleza. Alfredo las dirigió una mirada de asombro y confusion.

— ¡Oh monarca! yo aguardaba esa mirada, le dijo Albanak. Escucha ahora los motivos de una escena que no tiene ejemplo. Yo estaba en otro tiempo en la corte del Rey Ethelvedo tu hermano: yo era esposo de una muger bella y padre envidiado de un hijo de las mayores esperanzas, y de estas tres hijas, entonces de tierna edad. Gozaba de una felicidad completa, porque me fiaba de mi muger como de mí mismo. Pero esta confianza era demasiado ciega. Haroldo, conde de Mercia, disfrutaba de todo el favor de Ethelvedo, y era el hombre mas hermoso, asi como el mas depravado de la corte. Halléle en los brazos de mi muger: huyó por una ventana, y la muger pereció á mis manos. Provoquele en palenque cerrado como adúltero: negó el crímen, y el favor de Ethelvedo le sirvió de asilo: no me concedieron el palenque. Desde aquel momento abandoné la corte, me escondí en este desierto, y juré odio irreconciliable á tu raza. Cumplí mi juramento mientras reinó Ethelvedo. A tu advenimiento al trono lo he violado pues la fama de tu valor y de tus virtudes habia penetrado hasta mis bosques. Al saber la invasion de los dinamarqueses te envié á mi hijo! ¿Qué regalo mas precioso pudiera hacerte? Sin embargo, segun decian, Alfredo era hermano de Ethelvedo en su conducta con las mugeres: esto me confirmó en mis planes de soledad. A todo habia renunciado, pero no á la ternura de padre; y juré de nuevo hacer todos los esfuerzos para conservar pura en las hijas la virtud que la madre manchara.

De ahí el aislamiento en que las he tenido. Ni tú mismo las hubieras visto, si no hubieses mandado como monarca, y si este monarca no hubiese sido objeto de mi alta estimacion. Te he hallado tal como te habian pintado ya sea por tus virtudes, ya sea... perdona, la vejez no adula... ya sea por tus defectos. Un padre tiene la vista muy perspicaz, y cuando seriamente se trata de sus hijos oye las palabras mas escondidas. No se me han escapado tus requiebros á mis hijas; y es tal la inocencia de estas que me las han repetido hasta la última sílaba. Ellas no veian el veneno oculto en tan lisonjeras ternuras; pero yo sí. Los deseos de un Rey hierven con violencia y rompen todos los obstáculos. Preciso es confesarlo, Alfredo; la belleza de mis hijas te seduce. Pues bien; yo he querido ponerte en estado de juzgar cual es la mas hermosa. Mira; ningun vestido oculta sus defectos ni encubre sus atractivos; mira y elige.

—¿Y quién seria capaz de elegir?

—Ninguno mejor que tú en este momento. Si tus sentimientos son francos y rectos, deben hallar en pago la misma franqueza. Mira y juzga! No observas alguna imperfeccion, algun defecto capaz de estinguir el amor? Juzga cual de las tres posee la be-

lleza mas victoriosa, mas esenta de mancha; y si hay alguna digna de tus deseos, elígela; mas solo para una nnion legitima! para una union legítima!..... pues te juro que si tu intencion es la de profanar la sangre de Albanak, esta sangre correrá ahora mismo al filo de esta espada y por mi propia mano.

Mientras que pronunciaba estas últimas palabras; el brillante acero retemblaba con involuntario movimiento. Alfredo vuelve en sí y recorre lentamente con indecisos ojos aquellas bellezas tan raras y perfectas. Cualquiera de ellas le hubiera subyugado, á contemplarlas separadamente; pero cada una ganaba y perdia alternativamente en la comparacion. Por último el monarca elige á Edelswhita, que era la mas alta y la mas esbelta de las tres. Le presenta la mano y le dice:

—Divide el trono conmigo.

Y volviéndose al anciano con dulzura y dignidad:

—¿Te parezco aun hermano de Ethelvedo?

—Tú eres Alfredo, digno Rey de Inglaterra.

—¿Te basta esta mano, ó para calmar tu desconfianza habré de traer un sacerdote?

—Indigno me creeria del título de padre de una Reyna, si tu palabra fuese menos para mí que una ceremonia.

—¿Y si alguna razon de estado me obligase á diferir la boda por un año?

—Eres Rey.

—Pero no seria hombre: muy poco conoceria el precio de semejante esposa, si un punto retardase su posesion. Me vuelvo á mi corte. Prepárate, padre mio: preparaos, esposa y hermanas mias: una brillante comitiva vendrá á buscarte, Edelswhita, para llevarte en triunfo á Londres; á Londres donde todo lo que poseo es tambien tuyo desde ahora. Solo una cosa pido; y es que el rostro de Ethelwhita permanezca velado hasta que yo mismo lo descubra, y que guardes secreto nuestro enlace hasta que mi boca lo anuncie.

Todo sucedió como Alfredo habia deseado y prometido. Al dia siguiente reunió á los grandes del Estado y se presentó al pueblo en medio de ellos. A su derecha estaba Guillelmo de Albanak: á su izquierda Edelswitha velada. Todo Londres se agolpaba alli lleno de curiosidad.

—¿Qué castigo merece, esclamó Alfredo, el que con espada en mano obliga al Rey á dar su palabra?

El caballero anciano dirije á Alfredo una mirada grave y de asombro; pero tranquila. La muchedumbre responde al momento con furiosos gritos:

—¡Muera con la muerte de los traidores ese hombre audaz.

—Y ¿si esa promesa forzada fuese la de recibir de sus manos un tesoro, que no se compraria con una corona, que ningun precio fuera capaz de pagar?

Murmullo sordo de admiracion: murmullo de una muchedumbre que oye, pero no comprende lo que se la dice.

Alfredo se sonrie, y levantando el velo de Edelswhita, dice:

—¿Quién puede gloriarse de ser esposo de una muger ó padre de una hija como esta? Adelántese quien sea, y recibirá el condado mas rico del reyno.

Tumulto de asombro: nadie se presenta.

—Edelswhita, esclama el monarca, goza de este triunfo! tú eres la sola; recibe mi mano. Prepárese la fiesta.

La unánime alegría del pueblo, y las felicitaciones, sinceras esta vez, de los cortesanos, convencieron á Alfredo del acierto de su eleccion; y lo que mejor le convenció todavia fue la felicidad que encontró en esta union. El amor y las adoraciones de todo el pueblo se dividieron en lo sucesivo entre el Rey y la Reyna. Corrieron los dias de Albanak en la mas honrosa consideracion, y sus otras dos hijas fueron esposas de unos hombres que por su mérito y clase eran solo inferiores á Alfredo, como ellas á nadie mas que á Edelswitha cedian en belleza y amabilidad.

T. P.

LUIS FELIPE DE ORLEANS.





uis Felipe, último Rey de los franceses, y cuya vida ha sido un continuo tegido de aventuras, por las que acaso no haya pasado ningun otro príncipe, murió el 26 de Agosto de 1850 á la edad de 77 años en Claremont, en cuyo punto estaba expatriado desde los acontecimientos ocurridos en París en el mes de Febrero de 1848.

El nombre de este Rey está destinado á ocupar un lugar importantísimo en la historia contemporánea. Como hombre, como particular, el mundo le ha hecho justicia, y la posteridad se la hará enalteciendo sus virtudes privadas, que fueron muchas, y á las que ha debido ser presentado como modelo de padres y de gefes de familia. Pero como hombre público, como gran político, como Rey, en fin, la historia será algun tanto severa con él, y no le disimulará mas de un lunar que acaso contribuya á deslustrar su gloria.

No es en estos dias de agitaciones y de esfervescencia política, cuando la pluma del historiador, ó del biógrafo puede ocuparse de este asunto con la imparcialidad y justicia que debe tratarse. Estan muy cercanos los hechos, las pasiones muy vivas, los intereses muy encontrados y dominantes en todos para que la fria razon pueda ocupar el lugar de las pasiones, y pronunciar un fallo equitativo y justo. Esto queda para despues, cuando mediando la distancia de los tiempos, y ya extinguidos los resentimientos ó las afecciones políticas y de parti-

do, no se vea en el fondo de las cosas mas que la verdad. Entonces la vida política de Luis Felipe se presentará como debe ser; y si bien en algunos casos será amarga la censura, en otros se complacerá la historia en marcar los bellos rasgos, los grandes caracteres que le distinguieron, y cuan digno era de ocupar uno de los primeros tronos de la Europa.

Mientras tanto vamos á presentar unos ligeros apuntes biográficos sobre la vida del grande hombre, que nacido junto á las gradas del trono, las circunstancias lo alejaron de él á una distancia inmensa, para despues, no solo aproximarlo de nuevo, sino tambien colocarlo en el solio.

Luis Felipe nació en París el dia 6 de Octubre de 1773, y á los pocos dias recibió el título de duque de Valois. Cuando su padre, Felipe Igualdad, heredó el ducado de Orleans en 1785, Luis Felipe tomó el título de duque Chartres, y cuatro años despues abrazó con ardor las nuevas ideas y las esperanzas que hizo nacer la revolucion. Nombrado coronel cuando recibió su segundo título, tomó el mando del 14.° regimiento de dragones el 15 de Junio de 1791, y en el segundo año hizo su primera campaña bajo las órdenes del general Biron. Fue nombrado mariscal de campo el dia 7 de Mayo bajo el mando del mariscal Luckner, que reemplazó al conde de Rochambeau, y tuvo parte en la toma de Courtray.

El duque de Chartres ascendió al grado de teniente general en 11 de Setiembre de 1792, y rehusó encargarse del mando militar de la plaza de Strasburgo. Se halló en la batalla de Valmy, y bajo las órdenes del general Dumouriez en las de Jemmapes, Anderlecht, Tillemont, Varvoux y en la toma de Lieja. En Febrero de 1793 fue empleado en el sitio de Maestricht bajo las órdenes del general Miranda, y en 18 de Marzo de dicho año se encontró en la batalla de Nerwinde; poco despues se refugió en Basilea (Suiza), donde llegó en 22 de Abril: hizo admitir á su hermana la princesa Adelaida en el convento de Santa Clara de Brensegarten, y solo, á pie, y casi sin recursos pecuniarios, emprendió sus viajes por el interior de Suiza y en los Alpes.

A fines de este año supo la muerte de su padre. Abandonó la Suiza á fines del año 94; en el 95 pasó á Hamburgo, y de aqui en el mismo año pasó á Copenhague. Viajó por Noruega, Laponia y Suecia como un simple particular, y siendo reconocido en un baile que se dió en Stokolmo con motivo del nacimiento de Gustavo IV, Rey de Suecia, regresó á Hamburgo. En esta ciudad recibió carta de su madre suplicándole pasase á América; lo verificó, embarcándose á bordo del navio americano *Amercia*; y llegó a Filadelfia en 24 de Octubre de 1796, donde encontró á su familia: junto con ella recorrió los diferentes estados de la Union: en 31 de Marzo de 1799 pasó á la isla de Cuba, y en 21 de Mayo siguiente, por órden del gobierno, fue trasladado otra vez á Nueva-Orleans.

De aqui pasó á Inglaterra; llegó á Lóndres en Febrero de 1800; allí encontró al conde de Artois, del cual se separó para reunirse con sus hermanos que se hallaban en Mahon: regresó á Inglaterra, donde perdió al duque de Montpensier en 1807. Con objeto de salvar al duque de Beaujolais, le acompañó á Malta en 1808. Despues de la muerte de su hermano se fue á Palermo, y desde alli vino á España en compañia del príncipe Leopoldo. A su llegada, este príncipe fue detenido en Gibraltar, y el duque de Orleans enviado á Lóndres. En 1809 volvió á Malta y á Sicilia, donde contrajo matrimonio con Maria Amalia, hija de Fernando IV, Rey de las Dos-Sicilias, en 25 de Noviembre de dicho año: en el de 1810 pasó á Cataluña para dirigir un movimiento que debia estallar; pero á su llegada á Tarragona se le negó el mando, por lo que se trasladó á Cádiz, donde le llamaba la regencia: no habiendo obtenido una respuesta favorable despues de tres meses de espera, se volvió á Palermo. Estuvo separado de los negocios públicos hasta el restablecimiento de la familia de Borbon en el trono de Francia. Entonces partió para París, donde llegó el dia 17 de Mayo de 1814. En 5 de Marzo de 1815 se trasladó á Lyon por órden de Luis XVIII para asistir al consejo que presidió en esta ciudad el conde de Artois, en el que se determinó no oponerse á la entrada de Napoleon.

Regresó á Paris, envió su familia á Inglaterra, y el 16 de Mayo partió de aquella ciudad para encargarse del mando del departamento del Norte; pero no teniendo órdenes del Rey, á su paso por Lila hizo dimision del mando el 24 del mismo, y se retiró á Inglaterra, donde permaneció hasta principios del año de 1817, en que volvió

á Francia, y tambien allí vivió separado de los negocios públicos hasta el de 1830, en que aconteció la célebre revolucion de Julio. El 28 de este mismo mes, los diputados en la casa de Mr. Laffite le nombraron regente del reino, y el 8 del siguiente Agosto fue reconocido como Rey de los franceses.

Desde aquella época Luis Felipe de Orleans ha estado cinco veces en inminente peligro de perder su vida con motivo de otros tantos conatos de regicidio intentados contra su persona. En medio de las altas atenciones del gobierno y de no pocas desgracias ocurridas á su familia, Luis Felipe consiguió para su numerosa prole casamientos ventajosos, enlazando á todos sus hijos con muchas casas reinantes de Europa.

Sin duda al verse ya en una edad avanzada creeria morir en el trono, pero la Providencia lo habia dispuesto de otro modo, y la imprevista revolucion de París de 1848 lo arrojó á las playas hospitalarias de la Gran Bretaña, donde han tenido fin sus grandezas y desgracias.

C. F.



INCENDIO DE MOSCOW

DESCRITO

POR ALEJANDRO DUMAS.

El dia 14 de Setiembre de 1812 á las dos de la tarde avistó el ejército frances la santa ciudad desde lo alto del monte del Saludo. En el momento, y como habia sucedido quince años antes al descubrir las pirámides, ciento veinte mil hombres prorumpieron en gritos de júbilo y ademanes de alegria esclamando: ¡Moscow! Moscow! al divisar la tierra deseada al cabo de tan larga navegacion por aquel mar de desiertos. Ante la ciudad de las cúpulas de oro todo se olvidó, hasta aquella terrible y sangrienta victoria de la Moskowa que entristeció al ejército tanto como una derrota. Despues de haber tocado con una mano el océano indio iba la Francia á llamar con la otra en los mares del polo. Nada podia detenerlos, ni el desierto de arena ni el de nieve; y bien podia llamarse á la verdad Reyna del mundo la que iba á coronarse en todas las capitales una tras otra.

A los gritos del ejército en masa que se desordena, se aglomera y aplaude, acude el mismo Emperador animada la frente con una indecible espresion de júbilo que le ciñe á guisa de aureola. Clama como los demas enderezándose sobre los estribos: ¡Moscow! Moscow! pero de repente se ve recorrer por su semblante una nube sombría, y dice entre dientes dejándose caer sobre la silla: ¡Ya era tiempo!

El ejército se detiene porque Napoleon espera que de una de aquellas puertas por donde en vano procuran sus miradas penetrar en la ciudad salga una comision de boyardos de larga barba, y de doncellas con ramos en la mano que vengan á presentarle en una fuente de plata las aúreas llaves de la santa ciudad. Pero todo permanece silencioso como si estuviese dormida la poblacion; ningun vapor se eleva de las chimeneas; únicamente se ven girar en círculos desiguales grandes bandadas de cuervos en derredor del Kremlin, que de repente se dejan caer sobre alguna cúpula, cuya brillantez desaparece como cubierta por un paño mortuorio.

Por la parte opuesta de la ciudad es por donde se ve confusamente salir y moverse algo semejante á un ejército. Es el mismo enemigo fugitivo que se escapa de manos de los franceses desde el Niemen hasta el Moscowa, y sigue hundiéndose cada vez mas en el Oriente.

En aquel momento, como si el ejército francés á imitacion de su águila hubiese desplegado sus dos alas, Eugenio y Poniatowski se estienden á derecha é izquierda é inundan la ciudad, en tanto que Murat á quien sigue con vista inquieta Napoleon, llega hasta la estremidad de los arrabales sin haber encontrado señal alguna de vida.

Lúnes 7 de Octubre.

Entonces todos sus mariscales se agrupan en su derredor inquietos por su inquietud. Napoleon ve aquellas frentes pensativas, aquellas miradas fijas en la suya, y adivina que su pensamiento es el pensamiento de todos. Paciencia, paciencia, dice maquinalmente, son tan incultos estos habitantes, que acaso ni siquiera saben rendirse.

Entretanto Murat ha penetrado en la poblacion; Napoleon no puede resistirse mas, y envia á Gourgaud en su seguimiento. Parte este al galope, atraviesa el espacio, entra á su vez en la ciudad, y se une con Murat en el momento en que un oficial de Milarodowich declara al Rey de Nápoles que el general ruso incendiará la ciudad si no se deja suficiente tiempo para retirarse á su retaguardia. Vuelve Gourgaud al galope, y da parte á Napoleon de esta noticia. Dejadlos partir, responde este, necesito á Moscow entera, desde su mas rico palacio hasta la mas pobre cabaña.

Lleva Gourgaud esta respuesta á Murat, á quien encuentra rodeado de cosacos que contemplan con admiracion los bordados de su rica polonesa y las flotantes plumas de su gorra. Murat les trasmite la noticia del armisticio, regala su reloj á un gefe, sus joyas á otro, y cuando no le queda nada, toma prestados á sus ayudantes sus pedrerias y sortijas.

Durante este tiempo, y protegido por aquel convenio verbal, el ejército ruso continua evacuando á Moscow.

Napoleon se detiene en la barrera esperando siempre que salgan habitantes de la ciudad encantada. Nadie se presenta, y cada oficial que vuelve á él le repite estas estrañas palabras: Moscow está desierta. Sin embargo, no lo puede creer; mira y escucha por todos lados; es la soledad del desierto y el silencio de la muerte. Parécele hallarse á la puerta de la ciudad de las tumbas; en Pompeya ó en Necropolis.

Abriga siu embargo la esperanza de que encontrará como Breno, ó al ejército en el capitolio ó á los senadores en sus sillas curules. Para que no escape de Moscow ninguno que no tenga derecho á ello, manda cercar la ciudad por un lado por el príncipe Eugenio, y por el otro por Poniatowski; los dos cuerpos de ejército se tienden por la llanura y rodean á Moscow, hecho esto el príncipe de Dantzig y la guardia penetran en el seno de la capital. En fin, despues de haber dilatado todo lo posible su entrada, como si quisiese dudar todavía del testimonio de sus propios ojos, se decide á pasar la barrera de Doromigotoff, llama al intérprete Leborgne que conoce á Moscow, le manda ir á su lado, y adelantándose en medio de aquel profundo silencio que solo es interrumpido por el rumor de sus propios pasos, interroga á todos aquellos monumentos desiertos, á todos aquellos palacios vacíos, á todas aquellas casas viudas. Y luego, como si temiese aventurarse en esa Tebas moderna, se detiene, baja de su caballo, y se aloja provisionalmente en una gran posada, solitaria como el resto de la poblacion.

Apenas se ha instalado, espide numerosas órdenes como si acabase de sentar sus reales en un campo de batalla. Tiene necesidad de combatir aquella soledad y aquel silencio, mas temible para él que la presencia y el estrépito de un ejército. El duque de Treviso es nombrado gobernador de la provincia, el de Dantzig se hará dueño del Kremlin y cuidará de aquel cuartel; y el Rey de Nápoles perseguirá al enemigo, no le perderá de vista, se apoderará de los rezagados y los enviará á Napoleon.

Llega la noche, y al paso que se acerca, la frente de Napoleon se oscurece como ella. Se han oido algunos fusilazos hácia la puerta de Kolomma; es Murat, que despues de haber caminado nuevecientas leguas y dado sesenta combates, ha atravesado á Moscow, la ciudad de los Czares, como hubiera podido hacer en una miserable aldea, y ha alcanzado á los cosacos en el camino de Wladimir. Se acercan algunos prisioneros que vienen á solicitar la clemencia del Emperador Napoleon, los interroga, los estrecha; parece que les está agradecido en cierto modo, porque se dignan venir á comunicarle noticias. Pero á las primeras palabras; el Emperador frunce el ceño, se irrita y les contradice. En efecto, cuentan cosas estraordinarias. Segun ellos, Moscow está destinada á las llamas, y esto por los rusos, por sus propios hijos..... es imposible.

A las dos de la mañana se notan síntomas de incendio en el Palais-Marchand, esto es, en el mas hermoso barrio de la ciudad. La amenaza hecha por Rostopchin al marcharse, empieza á verificarse; sin embargo Napoleon vacila todavia; será la imprudencia de algun soldado la que motive tal

desgracia. Para remediarla da órden sobre órden y espide correo tras correo. Llega el dia sin haberse estinguido las llamas, porque por una circunstancia maravillosa no se encuentra una bomba en toda la ciudad; entonces Napoleon no puede contenerse y se presenta en persona en el teatro del desastre. Acrimina á Mortier y á la guardia de este suceso; pero Mortier le hace reparar en una casa cerrada que se inflama sola y como por encanto, Napoleon entonces lanza un suspiro y sube lentamente con la cabeza inclinada las escaleras que conducen al Kremlim.

Héle por fin en aquel término tan deseado; enfrente de él está la antigua morada de los Czares; á su derecha la iglesia que contiene sus sepulcros, y á su izquierda el palacio senatorial; en el fondo se divisa el alto campanario de Ivan Welikoï, cuya dorada cruz destinada de antemano á reemplazar la de los inválidos, domina todas las cúpulas de Moscow.

Penetra en el palacio, y ni su arquitectura que trae á la memoria la de Venecia, ni los vastos y espléndidos aposentos por donde pasa, ni la magnífica vista que se descubre desde las ventanas de su habitacion dominando á la Moscowa y estendiendose sobre aquella turba de casas de mil colores, aquellas medias naranjas de oro, aquellas cúpulas de plata, aquellos techos de bronce, nada le arranca de sus meditaciones. No es Moscow la que se halla en sus manos; es su sombra, su espectro, su fantasma. ¿Quién, pues, la ha dado muerte?

De repente le vienen á decir que se ha apagado el fuego; á esta voz levanta la abatida cabeza. He aqui un nuevo enemigo vencido. Su fortuna es siempre la de César, y á la verdad, escepto el fuego y el abandono de la poblacion, todo ha pasado como Napoleon tenia previsto.

Sucédense rápidamente los partes. El arsenal de Kremlim contiene cuarenta mil fusiles ingleses, austriacos y rusos, unas cien piezas de artilleria, é infinidad de lanzas, sables, armaduras y trofeos ganados á los turcos y á los persas. En la barrera de los alemanes se han descubierto en algunos edificios aislados cuatrocientas mil libras de pólvora y mas de un millon de salitre. La nobleza ha abandonado sus quinientos palacios; estan abiertos y amueblados, y pueden servir de residencia á los oficiales superiores del ejército. Se abrieron algunas casas que se creian desocupadas y pertenecen á individuos de la clase media de la sociedad, y ganándose su afecto no se tardará en atraer mas numerosos secuaces. Por último los franceses tienen defendidas las espaldas por doscientos cincuenta mil hombres; con este refuerzo se puede pasar el invierno, y el navio de Francia que bogaba á la conquista de los mares del Norte, quedará preso entre los yelos polares por espacio de seis meses, pero vendrá la primavera, y con ella la guerra y con la guerra la victoria.

Asi se duerme Napoleon mecido en el flujo de sus temores y el reflujo de sus esperanzas.

Pero á la media noche el grito de ¡fuego! se percibe nuevamente.

El viento sopla norte, y en el norte es donde se declara el incendio. De esta manera la casualidad ayuda á las llamas; el viento las impele en direccion al Kremlim como un mar de fuego: ya llegan las chispas hasta los techos del palacio, y caen en medio de un parque de artillería colocado al abrigo de las murallas, cuando de repente cambia el viento en la direccion del oeste. Sigue la llama su impulso; pero aunque continúa tomando incremento se aleja por lo menos del punto del peligro.

A los pocos momentos se declara un segundo incendio en el oeste, y avanza como el primero ayudado por el viento. Se diria que el Kremlim es el objeto de la saña del fuego, y que, aliado inteligente de los rusos, marcha rectamente contra Napoleon. Ya no hay duda, es un nuevo plan de destruccion adoptado por los enemigos, y la evidencia á que se habia opuesto tanto tiempo Napoleon empieza ya á hacerle vacilar y á traspasar su corazon.

No tardan en elevarse de plaza en plaza nuevos torbellinos de humo que se abren paso de repente por entre las llamas como lanzas ardientes, y como el viento continúa vario, y pasando constantemente del norte al oeste y del oeste al norte, el incendio se acerca rastreando como una serpiente; por todas partes se abren ardientes surcos que rodean al Kremlim, y en los cuales se precipitan mares de laba. A cada instante se desprenden de estos mares nuevos torrentes laterales que van ensanchándose sucesivamente; parece que la tierra se abre y vomita fuego, no es un incendio, es un golfo, y la inmensa marea que va creciendo sin cesar, se acerca rujiendo y va á lamer

el pie de las murallas del Kremlim.

Durante toda la noche contempla aterrado Napoleon aquella tempestad de fuego; allí espira su poder y se estrella su genio; hay un demonio oculto que atiza aquella hoguera y, como Scipion, mirando arder á Cartago, se estremece pensando en Roma.

Camina el sol á suspenderse sobre aquel océano ardiente, y el dia viene á manifestar los desastres de la noche. El fuego ha unido los estremos de su inmenso círculo, cojiendo en medio á los trabajadores y va estrechándose mas y mas para ceñir al Kremlim. Entonces se multiplican los mensajes y se empieza á conocer los incendiarios.

En la noche del 14 al 15, es decir en la misma del dia de la entrada de los franceses, un globo de fuego semejante á una bomba ha caido sobre el palacio del príncipe Troubetikï y dado principio al incendio; sin duda era una señal, porque en el mismo instante se ha inflamado la Bolsa y han aparecido llamas en otros varios puntos aumentadas por medio de las lanzas impregnadas de brea de los soldados de la policía rusa. Se habian escondido obuses cargados en casi todas las estufas, de modo que al encender fuego en ellas los franceses para calentarse, los han descargado, causando el doble daño de incendiar las casas y de dar muerte á los hombres. Toda la noche se empleó en huir de casa en casa y en verlas inflamarse de repente sin causa visible. Moscow semejante á las ciudades malditas de la Biblia parece estar consagrada enteramente á la destruccion, aunque el fuego en vez de bajar del cielo parece salir del centro de la tierra.

Entonces Napoleon, obligado á ceder, reconoce que aquellos incendios que estallan á la par en millares de puntos, son obra de una sola voluntad, si no de una misma mano. Enjúgase la frente inundada de sudor, y lanzando un suspiro: He aquí, dijo, su modo de hacer la guerra. La civilizacion de S. Petersburgo nos ha engañado, y los modernos rusos no han dejado de ser los antiguos scitas."

Inmediatamente da orden de prender, juzgar y fusilar á todo el que se encuentre encendiendo ó atizando la llama: manda poner sobre las armas á la guardia imperial alojada en el Kremlim, cargar las acémilas y carruages, y que todo esté dispuesto para abandonar aquella ciudad desde tan lejos buscada y en la que tantas esperanzas se fundáran.

Al cabo de una hora van á decir al Emperador que estan ejecutadas sus órdenes: habíase fusilado una veintena de incendiarios que confesaron haber sido encerrados en número de nuevecientos en las cuevas de las casas para prenderlas fuego á un mismo tiempo. Entre tanto la llama hacia nuevos progresos: el Kremlim parece una isla circunscrita por un mar de fuego. Está cargada la atmósfera de abrasados vapores, saltan vidrios del Kremlim y se respira un ambiente lleno de pavesa.

En este momento suena un grito mas fatal todavia: Fuego en el Kremlim! fuego en el Kremlim!

Napoleon palidece de cólera. Ni siquiera han perdonado los Erostratos políticos el vetusto palacio, el antiguo Kremlim, la morada de los Czares: pero al menos es preso el incendiario é interrogado por el mismo Napoleon reproduce lo dicho ya por sus compañeros: á cada uno se le encargara un punto y todos han obedecido fielmente.

Instan al Emperador para que abandone aquella mansion donde se espone á la muerte; pero él se obstina en permanecer hasta que empieza á circular un vago rumor: El Kremlim está minado.

En el mismo instante se oyen los gritos de los granaderos que piden á su Emperador; solicitan su presencia, la exigen, y amenazan entrar á buscarle en tropel.

Napoleon decídese por fin; pero por dónde salir? tanto se ha esperado que ya no hay salida. Manda el Emperador á Gourgaud y al príncipe de Neufchatel que suban al terrado del Kremlim para descubrir algun paso, y al mismo tiempo envia diversos oficiales en diferentes direcciones con el mismo objeto: todos obedecen apresuradamente, y los oficiales desaparecen por las escaleras Bertier y Gourgaud suben al terrado, pero apenas llegan tienen que sostenerse uno á otro: la violencia del viento, la rarefaccion del aire producen tan horrible tormenta que á poco son arrastrados por el torbellino que muge sin cesar; como es de suponer no pueden distinguir mas que un océano de llamas sin salida y sin límites.

Vuelven pues á bajar y anuncian esta noticia al Emperador. Entonces Napoleon no titubea; á riesgo de precipitarse en las llamas, baja velozmente la escalera del Norte, baja los escalones donde fueran dego-

llados los Strelitz, pero al llegar al patio, tampoco se halla salida: las llamas bloquean todas las puertas y ya no es tiempo.

En este momento acude un oficial jadeando de fatiga y chamuscado el cabello: ha encontrado un camino, una poterna cerrada que debe caer al Mokoswa: precipítanse cuatro zapadores, y la puerta cae á hachazos. Penetra Napoleon entre dos murallas de rocas, sus oficiales, sus mariscales, su guardia le siguen: imposible era retroceder un solo paso.

El oficial se habia equivocado, la poterna no cae al rio sino á una calle estrecha é incendiada, mas qué importa? aunque aquella calle condujese al infierno, forzoso es seguirla; Napoleon dá el ejemplo, y se lanza el primero bajo una bóveda de fuego; todo el mundo le sigue; nadie busca su salvacion por otro lado; si él muere morirán todos.

Ya no hay camino, no hay guia, no hay ni siquera estrellas: marchan á la ventura, en medio del mujido de las llamas, del chisporreo de las brasas, del crujir de las bóvedas: todas las casas despiden luz, y por las puertas y ventanas de las que están en pie todavia brotan llamas, como para perseguir á los fugitivos; caen vigas, corre en arroyos el plomo derretido, todo es de fuego, aire, paredes y cielo, y algunos fugitivos caen en el camino ahogados por la falta de aire, ó aplastados por los escombros.

En este instante los soldados del primer cuerpo que buscan al Emperador aparecen casi enmedio de las llamas, le reconocen, y mientras diez ó doce le rodean como si se tratase de defenderle contra un enemigo ordinario, marchan los otros delante gritando: Por aquí! por aquí!

Napoleon se entrega á ellos con la misma confianza que ellos se entregan á él ordinariamente, y cinco minutos despues se halla en seguridad en los escombros de un barrio quemado por la mañana. Guarécese entonces entre una doble fila de carruages que le dicen ser el parque del primer cuerpo que ha podido salvarse; cada carro contiene pólvora en abundancia, y arden tizones entre las ruedas.

Napoleon da órden de tomar el camino de Petroskof, á un palacio real sito fuera de la ciudad, media legua de la barrera de San Petersburgo, y en medio de los cantones del príncipe Eugenio, allí queda fijado el cuartel imperial.

Por espacio de dos dias y dos noches arde Moscow todavia; pero al tercero ha desaparecido la llama enteramente, y á través del humo que le cubre como una niebla puede distinguir Napoleon el negruzco y consumido esqueleto de la ciudad santa.

F. M.





TRAGES DE JUDIAS.



En el imperio de Marruecos las judias ricas usan un trage que tiende á la magnificencia. Consiste en primer lugar en una camisa de tela fina, cuyas mangas desmesuradamente largas arrastran casi por el suelo cuando no estan recogidas; despues, encima de la camisa, llevan un sobretodo muy ancho de paño ó terciopelo, plegado por la parte interior del talle, y no descubriendo mas que el cuello y el pecho; algunas veces este sobretodo ó Caftan está bordado de oro. Se ajustan á las caderas, por medio de un largo cinturon de oro y seda con que rodean el talle, una saya de paño verde igualmente bordada por abajo; las puntas del cinto flotan por detras. Las casadas salen siempre envueltas en un jaique. En la cabeza se ponen tambien un adorno bastante caprichoso.

El trage de los dias festivos es mas brillante; los vestidos estan llenos de ricos bordados de oro y pedreria; una diadema de perlas finas adorna su frente, y unos grandes aretes, varios brazaletes y espléndidos collares completan su trage de ceremonia.

V. D.

VANNINA D'ORNANO.

I



Era una tarde de Noviembre oscura, fria y tempestuosa; bramaba el viento al pasar entre los árboles; el mar enfurecido se estrellaba en las rocas con aterrador estrépito, y la espuma de las olas se elevaba hasta el balcon en que Vannina D'Ornano miraba con sus damas la puesta del sol que desaparecia apagado y triste en el lóbrego horizonte, donde ni una vela se divisaba.

—¡Tampoco hoy! esclamó Vannina dando un profundo suspiro.

—¡Tampoco hoy! repitieron sus damas tristes y apesadumbradas.

A estas breves palabras sucedió un largo silencio. Vannina se levantó, dió algunas vueltas por el mirador elevando de vez en cuando al cielo sus ojos con la espresion del mas profundo desaliento, y por fin, viendo que las tinieblas iban estendiendo su lúgubre velo sobre el mar:

—Entremos, dijo; mañana seremos mas felices.

—¡Mañana, mañana! dijeron entre sí las damas al correr los cerrojos, mientras que Vannina, taciturna y consternada, se dejaba caer en un sillon.

—Ya hace quince dias, esclamó María, la favorita de Vannina, que estamos aguardando á mañana, y el de mañana es siempre tan infausto como el de hoy. ¿Qué necesidad tenemos de entregarnos al mar cuando podemos ir por tierra? El camino de Marsella á Génova no es tan largo, ni tan peligroso que pueda inspirar serios temores.

Vannina exhaló un suspiro y calló; no era este motivo ni este temor lo que la detenia en Marsella.

—Permitidme, continuó María, que me atreva á aconsejaros en asunto tan importante. A medida que tardamos en llegar á Génova se empeora vuestra posicion, puesto que los enemigos de vuestro marido no cesan de intrigar contra él, y el senado puede olvidar sus buenas intenciones con respecto á vos. ¿No os lo ha escrito varias veces el ilustrísimo señor Vivaldi?

Al oir este nombre Vannina se estremeció, y sus megillas aparecieron un momento coloreadas por un ligero matiz purpúreo; luego sus negros ojos se fijaron en algunos papeles que estaban amontonados sobre la mesa, como si buscase las cartas de que hablaba María

—Por ciertas consideraciones, prosiguió María animada por el silencio de Vannina, por ciertas consideraciones políticas... que no son de mi incumbencia..... os habeis dejado intimidar por ese *sputa-sentenze*, ese Napone de Bastelica, primo del señor Sampietro, y lo habeis enviado á tratar con el serenísimo Dux como si pudieseis desconfiar de las promesas del señor Vivaldi ó de su influencia en los asuntos de la república. ¿Y qué ha sucedido? Tres meses hace ya que estamos muriéndonos en este pais de Francia en uso de la hospitalidad que nos concede, casi por compasion; hospitalidad tanto mas vergonzosa cuanto que nos la dispensa una potencia amiga. Quince dias hace que aguardamos, sin tener mas esperanza. hoy que el primero del regreso de Napones

¿Desde que ese sayon partió, habeis recibido carta de él? ¿ha dado alguna señal de vida? ¿podeis creer que tan taciturno y frio como es, se haya ocupado con calor de vos y de vuestros intereses? En verdad, señora, que si yo estuviese en vuestro lugar ya hubiera alejado de mí á este hombre tan temible.

Estas palabras produjeron en Vannina un ligero temblor; apoyó la frente sobre sus manos, y despues de un instante de silencio preguntó con voz trémula:

—¿Temible has dicho, María? ¿y por qué?

—No lo sé, respondió María titubeando; pero no puedo disuadirme de que se ha reunido con nosotras en Marsella con mala intencion. ¿No habia huido de Córcega con vuestro marido? ¿por qué, pues, le ha abandonado? Su obligacion era quedarse con él, que no solo es su capitan, sino tambien su mas próximo pariente. Ademas, el ilustre proscripto necesita de un fiel confidente ahora mas que nunca; el precio que los genoveses han puesto á la cabeza de vuestro marido puede seducir á algunos de sus partidarios. ¿Dónde ha dejado á Sampietro? Nos dijo que en París, y vuestros hermanos os contestaron que allí no se sabia de él; asegura luego que en Constantinopla, y el embajador de S. M. Cristianísima responde que allí no se le ha visto.

—¿Y qué deduces tú de eso? preguntó Vannina con mucha agitacion; ¿crees que haya podido ser traidor á Sampietro?—¡Dios me guarde de pensarlo, señora! Están demasiado unidos por los lazos del interés y de las pasiones, y sobre todo por su genio feroz é inflexible para abandonarse el uno al otro. Lo que temo es que os haya hecho traicion á vos que sois tan bondadosa y confiada. ¿Cómo ha podido averiguar que el ilustrísimo Vivaldi os habia aconsejado que recurrieseis á la república de Génova para que revocase la sentencia que ha confiscado vuestras inmensas propiedades de Córcega? Esas propiedades os pertenecen á vos, como descendiente de la real casa de Ornano, y no á él, oscuro montañes de Bastelica, soldado aventurero, que si algo ha podido hacer es por la proteccion de la Francia que le aseguraron vuestros hermanos cuando os obligaron á casaros con él. Napone no es mas que un espía que Sampietro tiene puesto á vuestro lado. Por eso os disuadió del viage á Génova, viaje que hubiera convencido al senado de vuestra lealtad y de la justicia de vuestras reclamaciones, para que no se despojase á vuestros inocentes hijos por culpa de su padre. Por eso decia que realizar semejante proyecto era deshonrar el nombre de Ornano, infamar el de Sampietro y hacer traicion á la Córcega. ¿Y á pesar de todo habeis estado bastante alucinada para enviarle á tratar con Vivaldi de vuestros intereses y los de vuestros hijos?

Vannina callaba; pero á pesar de su silencio é inmovilidad se conocia en la sombría palidez de su hermoso semblante, que ocupaban su mente ideas penosas.

La lluvia caia á torrentes, é impelida por las ráfagas de viento chocaban impetuosamente contra los cristales de las ventanas. De repente un vivo relámpago sobrepujó la claridad de las hachas y candelabros, el estruendo del rayo resonó sobre sus cabezas y fue á perderse entre los rugidos del mar.

—¡Oh! ¡qué noche tan terrible! esclamó Vannina como agitada por un fatal presentimiento.

Las damas hicieron la señal de la cruz y empezaron á rezar en voz baja las oraciones.

II.

—Retiraos á vuestros cuartos, hijas mias, añadió Vannina, esta noche no debeis velar.

Y al decir esto les alargó la mano que besaron respetuosamente.

Maria se retiraba la última, y ya habia llegado á la puerta cuando esclamó Vannina:

—¡Maria! y al propio tiempo le alargaba los brazos; precipitóse en ellos la fiel confidenta con un cariño fraternal.

—Maria, repitió Vannina sollozando, tus palabras me han aterrado, te lo confieso: tú eres mi única, mi fiel amiga, no debo ocultarte nada... Las dos somos desgraciadas... No he olvidado tu sacrificio, Maria... me acuerdo muy bien del pobre Guasco, á quien tuvistes que abandonar cuando yo me vi obligada á casarme, sacrificando asi tus esperanzas, tus afectos y tu porvenir.

Maria lloraba; el nombre de Guasco habia renovado una herida que ni el tiempo ni la fortuna habian podido cicatrizar.

—¡Oh! no me hableis de sacrificios, esclamó Maria cuando notó la agitacion de Vannina. Mas desgraciada habeis sido vos que yo; vos perdisteis á Vivaldi y tuvisteis que

uniros á otro; yo al menos quedé dueña de mi corazon y de mis lágrimas, y sin embargo de esto, vuestra resignacion me ha servido de ejemplo desde el dia fatal en que vimos partir del puerto de Bastia las galeras genovesas que se llevaban consigo nuestra felicidad; aquel fue un dia de eterna despedida, dia terrible, y aun no habia salido una palabra de vuestros labios acerca de él, hasta hoy que esta tormenta nos llena la cabeza de temores y el corazon de presentimientos.

—Que sea esta noche la última en que nos acordemos de semejante acontecimiento, á lo menos para mí, puesto que en ti no es una falta el llorar. Dios pesará en su balanza las lágrimas que he derramado, y me perdonará la imprudencia que he cometido quizás pidiendo proteccion y socorro á Vivaldi despues de diez años de desgracias..... Dios conoce la pureza de mis intenciones, y sabe que si lo he hecho, ha sido por mis hijos, condenados quizás por los errores de su padre á morir desvalidos y errantes: ningun otro motivo me ha impelido á él sino el recuerdo de los lazos que le unian á mi padre, y la compasion que le han inspirado siempre mis desgracias.

—Y diga lo que quiera vuestro marido, ese mónstruo, con quien os unieron vuestros hermanos á fuerza de artificios; vuestra conciencia está pura, lo demas ¿qué importa?

Cuando María evocó el recuerdo de Sampietro, Vannina se estremeció como si le hubiese tenido presente: sin embargo, pudo dominar este movimiento de terror, y dijo con acento de resignacion:

—Es mi marido, María, es el padre de mis hijos.

Y señalaba con la mano la alcoba donde dormian estos.

—¿Si amais á vuestros hijos, replicó María con inquietud, por qué perdeis un tiempo precioso, aguardando inútilmente á ese Judas Iscariote de Napone? ¿Por qué vuestros hijos no tienen ya los protectores que les promete en Génova el noble Vivaldi? ¡Ah señora! por todo cuanto amais en el mundo, vámonos esta misma noche de aquí; tomad una resolucion digna de vos; no nos conviene permanecer en Francia, y el asilo que os ofrece la república de Génova, vos misma le habeis pedido. Partid, señora, tened piedad de estos inocentes.

Y tirando las cortinas de la alcoba señalaba á Vannina la cama en que dormian los dos niños, muy agenos de las penas que por ellos sufria su madre.

La luz de las antorchas no alumbraba hasta el fondo de la alcoba, pero la ardiente mirada de la madre penetró en la oscuridad y distinguió sobre las almohadas los rubios cabellos de sus hijos; luego oyó su dulce respiracion. Levantóse por fin con ímpetu, coloreáronse sus megillas como las nubes que, heridas por un relámpago, brillan de súbito en la oscuridad de la noche. y dando un paso hácia la alcoba, esclamó con acento indescriptible:

—Partamos, hijos mios..... y cúmplase la voluntad del cielo.

En aquel momento se oyeron grandes golpes en la puerta de la casa: Vannina se detuvo en el dintel de la alcoba, y prestó atencion al ruido.

—¿Quién puede llamar á estas horas? preguntó María.

Oyóse estrépito de cadenas y cerrojos: luego sonaron pasos en la escalera.

—¿Será Napone? esclamó Vannina.

Efectivamente, Napone se presentó como una aparicion, embozado en su capa y empapado de agua.

—Ahí viene, dijo con voz ronca á Vannina que le salia precipitadamente al encuentro.

—¡El! ¡el mismo! ¡Vivaldi!

—Sampietro de Bastelica, respondió Napone.

Y apareció la imponente figura de Sampietro, cubierto con su terrible armadura de guerra.

III

Al ver á Sampietro, María dió un grito y se puso delante de su señora como para preservarla de un gran peligro. Vannina se habia quedado inmóvil y como clavada al suelo: parecia que el aspecto de su marido habia obrado en ella el mismo efecto que nos cuenta la fábula de la cabeza de Medusa. Sampietro entró lentamente en la habitacion, dirigió en derredor una mirada feroz como la del leon cuando entra en su cueva, é hizo una señal á Napone y á María para que se retiraran: no se oyó mas que un suspiro ahogado por esta y el ruido de la puerta que se cerró tras ella. Vannina, privada del apoyo de María, se de-

jó caer en un sillon, y tembló de espanto al verse sola con Sampietro.

Despues de algunos momentos de silencio y de terror, el guerrero se acercó á Vannina y le dijo:

—Mucho os ha turbado mi llegada, señora; parece que ni la esperábais..... ni la deseábais. La fama que se complace en difundir mis desgracias y mis crímenes, os habria representado quizás como imposible mi regreso, ó tal vez, os lo habian hecho creer asi los genoveses. Salid de vuestro error, Sampietro llega cuando menos se le espera, en alas del huracan.

Y al decir esto arrojó la capa en que iba embozado y dejó ver dos pistolas en el cinto y un puñal, sobre el que apoyaba su mano derecha. Dió un paso mas hácia Vannina y continuó mas irritado:

—¡Ni los genoveses, ni los mares, ni las tempestades me han detenido un solo momento! Todos los verdaderos corsos han adivinado mi llegada; de un estremo al otro de la isla, por montes y por valles, en las ciudades y en los castillos, la trompa de Bastelica ha entonado himnos de guerra y de venganza. Sí, solo el corazon de Vannina d'Ornano ha dudado del triunfo de Sampietro y de la Córcega, porque el corazon de Vannina d'Ornano es genoves.

Al oir esto se levantó Vannina de la humilde posicion en que hasta entonces se habia mantenido, y fijando su vista en la de su marido, le dijo asi:

—El corazon de Vannina D'Ornano no ha sido nunca apreciado como debia por Sampietro de Bastelica: ha deplorado en secreto la guerra y las desgracias que pesan muchos años ha sobre su patria. Si algo ha deseado ha sido ver cesar la sangrienta discordia y restablecerse la paz, entre dos naciones unidas por intereses comunes y por lazos de familia..... en cuanto á su marido, le ha sacrificado sus rentas, sus bienes, sus tesoros.....

—¡Y se ha arrepentido luego! esclamó Sampietro con fuerza; ¡se ha arrepentido y ha querido volverlos á tomar! Se ha humillado vilmente ante los enemigos de Sampietro reclamando sus bienes, como si quisiese separar su causa de la de su marido, y desplegar un gran fausto en el castillo teñido con su sangre, y donde aun resuenan los ayes de sus criados y parientes asesinados por los genoveses.

Entonces Vannina se levantó con ímpetu, y señalando la alcoba donde dormian sus hijos, respondió animosamente:

—La madre ha tenido compasion de sus hijos, la compasion de que carecia su padre; solo por ellos ha temido la pobreza y el abandono en que su padre los habia dejado.

—¡Miserable! esclamó Sampietro, ¿te atreves á hablar de los hijos á quienes has deshonrado juntamente con su padre? ¡Los hijos de Sampietro reducidos á recibir una limosna de los genoveses, de la misma mano que pone á precio la cabeza de su padre! ¡detenidos en rehenes por esa orgullosa república, y nutridos en la molicie, en el desprecio de las heróicas costumbres de los corsos y tal vez en el odio á su padre! ¡He ahí tu obra, la felicidad que querias asegurar á tus hijos!

—Sampietro de Bastelica, esclamó Vannina arrebatada por una generosa indignacion, ¿olvidas que te hallas delante de una descendiente de los Ornano en cuya presencia se prosternarian los mas nobles gefes de la Córcega? ¿olvidas que debes respetarla, no como el marido á la muger sino como el vasallo á su señor?

—Ya hace tiempo, repuso Sampietro, que no reconozco en Córcega mas gefes que yo. Mi poder y mi nobleza están escritos con caracteres inestinguibles; ésta con la sangre que he derramado en defensa de mi patria; aquel con la punta de mi espada. En cuanto á ti, la infamia de tus acciones ha borrado tu nobleza, y tu poder ha desaparecido juntamente con tu virtud.

Al decir esto, se habia abandonado Sampietro al furor que le causaba la conducta de Vannina: brillábanle los ojos bajo los negros párpados como dos ascuas: arrugábase su frente, los nervios de su semblante se contraian convulsivamente, y apretaba el mango de su puñal, como el náufrago que á punto de morir se agarra de la tabla que le ha de salvar. Vannina de una ojeada comprendió su desesperada situacion, y cayendo sobre el sillon prorumpió en llanto.

—¿Y esperabas que consintiera yo en tamaña afrenta? continuó Sampietro, cuya voz sofocaba el furor, ¿creias que el honor de Bastelica podia romperse entre tus manos como un débil juguete entre las de una niña? ¿Pensaste, acaso, que los hijos de Sampietro habian nacido para servir de escalon á los opresores de su patria y para

ser esclavos de un Vivaldi?

Y arrojando á Vannina un paquete de cartas, continuó mas exasperado que nunca:

—En esas cartas escritas por tu mano está tu sentencia, tú misma la has firmado: ¿las reconoces? ¿te acuerdas de las deshonrosas espresiones que contienen?

—Las espresiones de esas cartas pueden ser dirigidas por una muger virtuosa á un caballero leal: son un testimonio de reconocimiento á las ofertas que se me hacian; son la prueba de un amor maternal que solo atiende al bien de sus hijos. No calumnieis mis intenciones, Sampietro, y respetad el honor de vuestra esposa.

Sampietro sonrió amargamente, y sacando otra carta se la mostró diciendo:

—Oye cómo respetaba Vivaldi el honor de la esposa de Sampietro. Y se sentó delante de ella con la carta en la mano fascinándola con sus miradas, y aproximando su horrible cara al puro y angélical semblante de Vannina. Persuadióse ésta entonces de que Napone habia interceptado su correspondencia, y de que los presentimientos de María se habian realizado fatalmente: una inconcebible angustia oprimió su corazon, y cesó su llanto como si hubiese agotado el manantial de las lágrimas.

Sampietro leia, y á cada frase que tenia un sentido equívoco fijaba en ella su vista como para espiar qué impresiones le causaba esta triste lectura.

«Vuestra carta ¡oh Vannina! me ha colmado de júbilo, puesto que consentis en mis proposiciones y en los proyectos del senado..... Se os concede indulto á vos y á vuestros hijos, y todos los bienes de la casa de Ornano que pertenecen á la república desde la rebelion de Bastelica os serán devueltos, asi que háyais prestado juramento de fidelidad á la república, y consentido en que vuestros hijos sean declarados pupilos de San Jorge, educados en el noble colegio de Doria con los hijos de nuestros patricios, y en que lleven el nombre de Ornano, á fin de que el de Bastelica perezca con el proscrito Sampietro..... Terminad, pues, con lo que os detenga en Marsella, y poneos pronto en camino: yo saldré á aguardaros á la frontera de la república en Ventimiglia. Asi que llegueis á Génova os conduciré á Voltri, á un retiro agradable y tranquilo como vos lo deseais... Allí, ¡oh Vannina! podré veros alguna vez, podré gozar de la inefable dicha de contemplar vuestro semblante, de oir el dulce sonido de vuestra voz despues de tantos años de cruel separacion..... allí enjugaré vuestras lágrimas y verteré sobre vuestras heridas el bálsamo de la amistad, allí quizá la suerte sembrará algunas flores sobre el espinoso sendero de vuestra vida.....»

—¡Oh! ¡todas las ilusiones, todas las esperanzas de mi juventud han desaparecido! esclamó Vannina.

—Y las de la edad madura tambien, replicó Sampietro.

Yo las he cortado de raiz.

—¡Vos! esclamó Vannina ahogando un grito.... ¿Cómo? Esplicaos.

—¡Sí, yo! respondió tranquilamente Sampietro, vengo de Ventimiglia.

Y el puñal ensangrentado que presentó á Vannina completó el fatal sentido de estas palabras.

—Allí te espera el cadáver de Vivaldi, añadió, aquí tienes su sangre.

Vannina se estremeció: erizáronsele los cabellos y una palidéz mortal cubrió su semblante. Por un movimiento instintivo quiso levantarse del sillon; pero Sampietro la detuvo con su férreo brazo, y le dijo con acento semejante al aullido de una fiera:

—Unase tu sangre á la de Vivaldi.

Y levantó el brazo para herirla..... pero de repente se detuvo y añadió:

—No, la sangre de una Ornano no debe unirse con la de un patricio genovés, ni por la muerte ni por el hacha del verdugo: te respeto bastante á pesar de tu perfidia, para evitar esa afrenta á la que fue esposa de Sampietro.

Envainó el puñal, y sacó con ímpetu una de las pistolas que llevaba al cinto.

Vannina, aprovechando estos momentos de incertidumbre, se habia arrojado á sus pies. El velo que llevaba prendido se habia soltado, y sus cabellos caian en desórden sobre su cuello de alabastro, y alargaba los brazos como para apartar la muerte que la amenazaba.

—¡Oh¡ no me pidas compasion, esclamó Sampietro, conmovido al verla en esta postura; no me pidas perdon, porque no puedo perdonarte. He jurado vengarme, y el juramento de venganza de los corsos es inviolable. Mas fácil te seria resucitar á Vivaldi, que obtener perdon de mí. Ruega por tu alma á Dios; quizá él olvidará tu crímen.

La inocencia de Vannina pudo sobrepo-

nerse á su terror, y haciendo un esfuerzo dijo así:

—El cielo es testigo de mi pureza, y conoce la rectitud de mis pensamientos. ¡Ojalá te perdone la sangre que vas á derramar, y no te pida nunca cuenta de mi muerte! Hiere.

Al decir esto soltaba los broches del vestido y presentaba el pecho á Sampietro. Este se sentia conmovido, y su mano se abria poco á poco, dispuesta á dejar caer la pistola. Pero cuando se fijó su vista en la banda que ceñia el vestido de Vannina sirviéndole de cinturon, su frente se arrugó y chispearon sus ojos. Acababa de ver los odiosos colores, blanco y encarnado, los colores de la bandera genovesa. Arrancósela á Vannina..... la cogió por los estremos..... quiso hablar, pero solo pudo exhalar rugidos; todos sus nervios de pies á cabeza se contrajeron como los de un leon cuando va á arrojarse sobre su presa. Echó al cuello de Vannina la banda de seda y tiró de ella con las dos manos. No se oyó un grito, ni un solo gemido. Vannina estaba ya muerta de horror.

R. F. M.

ALBANY.

Albany es la segunda ciudad del estado de New-York por lo que hace á su poblacion, riqueza y comercio. Está situada en la orilla oeste del rio Hudson, á unas 145 millas de New-York por el rio, y cerca del lugar en que comienza á ser navegable para embarcaciones pequeñas. Construida en el punto mas elevado de una estensa llanura que se estiende entre el Mohawk y el Hudson, tiene toda la apariencia de una ciudad que se desliza á lo largo de una colina hasta el valle.

Nada se sabe de positivo sobre el origen de esta ciudad. Créese que en 1614 la Holanda edificó un fuerte, y estableció una factoria en una isla situada precisamente mas abajo de la ciudad; y que nueve años, despues, construyó en el sitio que ocupa ésta otro fuerte que se llamó fuerte de Orange. Parece que este último cambió de nombre en diferentes ocasiones, y que sucesivamente se ha llamado fuerte de Auralia, de Beverwych y de Williamstadt.

Albany es la residencia de muchas familias de las mas antiguas y ricas del estado; pero á excepcion de esto, la ciudad es simplemente el centro del tránsito, canal de comunicacion entre el norte y el oeste que siguen el comercio y los viageros. Los canales Erié y Champlain se reunen aquí al Hudson.

Una de las escenas mas chistosas y al mismo tiempo mas aflictivas para sus autores, es ver desembarcar en Albany á una familia numerosa que desconoce el pais. Al punto se ve rodeada por un sin número de

Vista de la ciudad de Albany.

personas que se apoderan de los niños y del equipage, asegurando que todo se halla en el mayor órden, y sin dar lugar con el ruido y confusion que promueven, á que el estrangero piense que es imposible que aquellos hombres estén tan pronto informados del camino que piensa seguir, ó si trata de permanecer en la ciudad ó de continuar su viage al interior. Al cabo de cinco minutos la multitud disminuye un poco, y el gefe de la familia puede al fin ocuparse de sus hijos y de sus efectos. Pero en este momento, una diligencia se lleva rápidamente á su hija mayor, que asomada á la portezuela grita en vano que se ha padecido una equivocacion; otros dos niños se hallan á bordo de un paquete que sale del puerto y que ha andado mas de ocho millas por el rio. La mayor parte de su equipage ha desaparecido, y de su familia y de sus muebles solo ve á su lado á su abuela y la cama de matrimonio, que deben el hallarse allí, la una á que es sorda, la otra á que es muy pesada. Para consolarlo le dicen que sus hijos podrán estar de vuelta dentro de uno ó dos dias, y que será facil encontrar su equipage en algun punto del camino, siempre y cuando envie expresos á todos los puntos de parada; lo cual no deja de costarle una cantidad considerable.

Albany es la residencia del Gobierno, y tiene una casa de Estado acerca de la cual dice un historiador: «En la construccion de este edificio se han violado todas las reglas de la arquitectura, y no se ha seguido ninguno de los órdenes conocidos.» Sin embargo, de algun tiempo á esta parte se nota mayor gusto en las construcciones. Muchas casas particulares de Albany están edificadas con lujo, y la ciudad es notable por el modo con que se egerce en ella la hospitalidad.

T. M.

LOS DEMIR-DOST.



A fines del siglo pasado, cuando la Grecia gemia víctima del yugo tiránico y opresor que la sublime Puerta le impusiera, tuvo lugar el hecho de crueldad inaudita, de temerario arrojo y de valor salvage que vamos á describir.

Alí, por sobrenombre el leon de Tebelén; Alí, por quien su madre, á solas, mas de una vez derramó lágrimas amargas, y á quien en medio de sus extáticos desvaríos y risueñas ilusiones veia en los fatídicos signos que su imaginacion poética y acalorada le representaba esculpidos en el cielo, circundado con la brillante aureola de gran Visir del imperio, tenia entonces treinta y cuatro años, y acababa de ser nombrado pachá de la Tesalia.

Era de hermosa presencia, de movimientos sueltos y varoniles, de rubios cabellos, sus ojos eran azules como el firmamento, un bigote sedoso y negro como el ébano cubria su lábio superior, y en su boca de coral vagaba siempre la sonrisa mas afable y seductora: su mano, blanca y delicada como la de una dama, manejaba las armas con la mayor destreza, y mas de una vez se tiñó en sangre inocente.

Terrible contraste, indescriptible, ofrecia aquel hermoso esterior, dulce, tierno y sensible, con las pérfidas cualidades de su alma.

Su codicia insaciable, sus pasiones desordenadas, su política sombría, y su sed de sangre y de vandalismo tenian consternado el territorio de su mando.

A favor de las sombras de la noche, marchaba á la cabeza de sus bandas palíkaras en direccion de Levtochor, ciudad de la Tesalia.

La posicion topográfica de esta ciudad era sumamente ventajosa, y casi inespugnable: situada en lo alto de una colina, rodeada de escarpadas rocas, solo por una ancha vereda praticada en las mismas, se bajaba al fértil y hermoso valle que en sus faldas se estiende, bañado por el sinuoso Levtochor, rio del mismo nombre.

Entre sus valientes habitantes, eran famosos por sus hazañas guerreras tres hermanos, tres klephtas, llamados los Demir-Dost, hombres de talla colosal, de fuerza atlética y de valor heróico.

Como el principal objeto de Alí era apoderarse de estos hombres, trató de sorprender la ciudad durante la noche.

Todavía las estrellas tachonaban la bóveda celeste, y la luna cerca del ocaso derramaba sus pálidos reflejos sobre la faz de la tierra, cuando las tropas del pachá tocaron las paredes de la ciudad de Levtochor.

Sus infelices habitantes se hallaban sumergidos en el mas profundo sueño: ni voz humana ni ladrido de perro interrumpian el silencio aterrador que reynaba en aquella triste mansion

Varias compañías se derramaron por las calles de la ciudad, mientras que las restantes quedaban acampadas fuera,

Cercan la casa de los Demir-Dost, ellos se despiertan sobresaltados, y á pesar de la porfiada resistencia que hicieron, y del ineficaz auxilio que procuró prestarles un puñado de valientes, fueron maniatados y llevados á la presencia del pachá.

Ya la aurora en su dorada carroza abria las puertas del Oriente, cuando Alí, soberbiamente vestido, montado en un caballo árabe de rara belleza, negro como el ébano y cubierto con una piel de tigre, de uñas de oro y ojos de rubíes que sobre su grupa resplandecian, seguido de dos mil albaneses, se colocó en una plataforma, rodeada de rocas, y construida á fuerza de pico.

Por órden del sátrapa se reunieron cerca de aquel lugar todos los habitantes de Levtochor, y segun su costumbre, impuso una contribucion y ordenó el rapto de una doncella, que era la prometida esposa del mayor de los tres hermanos.

Acto continuo mandó que acercasen á los tres klephtas cargados de cadenas, y encarándose con el primogénito, le habló en estos términos, acompañando sus palabras de las miradas mas espresivas y de la sonrisa mas seductora.

—Vengo á tomar tu novia, tu oro y tu vida.

—Vienes á tomar mi vida... porque cien jakales pueden mas que un lobo,—respondió el suliota con un acento de feroz desprecio, señalando á los soldados albaneses formados en batalla.

—No, hijo mio, le respondió Alí, vengo á tomar tu vida, porque un leon es mas fuerte que tres lobos.

—Sí; si los lobos estan atados, respondió el segundo de los Demir-Dost con amarga sonrisa.

—No, estando libres los tres lobos, dijo Alí con su imperturbable sangre fria.

—Del dicho al hecho hay gran trecho, respondió el otro klephta.

—Yo, Alí, el leon de Tebelen mando que en este mismo instante se ponga en libertad á estos bravos lobos, y veremos si se atreven á atacar al leon cara á cara.

Y por órden de Alí, las cadenas de los tres hermanos cayeron á sus pies.

Todos los concurrentes se quedaron estupefactos.

En seguida, Alí, dirigiéndose al primogénito, le dijo:

—Vengo á tomar tu novia, tu oro y tu vida; no porque tengo ahí un ejército de tres mil palíkaros y armátolas, que á una señal mia se retirarán (como así lo hicieron), ni tampoco porque sea pachá de la Tesalia, (y se despojó de sus insignias), ni porque monte este valiente caballo hijo de Omar, (y se apeó); ni tampoco porque en mis pistolas resplandezca la pedrería, ni porque mi sable y mi puñal sean del mas fino temple de Damasco, (y arrojó al suelo sus armas) no; sino porque soy mas fuerte.

—Eres mas fuerte, porque eres pacha, y porque tus políkaros obedecen á su pachá, dijo amargamente el mayor de los klephtas.

—Vengo por tu oro, tu novia y su vida: ¿quieres saber por qué, hijo de Demir-Dost? Mira al aire y verás al águila devorar á la paloma: mira á la tierra y verás al leon devorar á la tímida gacela; y mira al mar y verás al tiburon devorar á los atunes.

El águila es fuerte en el aire, porque es águila: el leon en la tierra, porque es

leon; y el tiburon en los mares, porque es tiburon; y porque cada uno de ellos es de naturaleza superior á los animales que devoran.

De la misma manera, yo soy fuerte porque soy Alí; y vosotros sois mi presa, porque sois los Demir-Dost, y porque está escrito en los ástros; y para probaros cuán inferior es vuestra naturaleza á la mia, tomad una hacha de armas, un sable y un fusil, yo tomaré las mismas armas, y entraremos en singular batalla; y si os mato á los tres, ¿no me pertenecen vuestras novias, vuestro oro y vuestras vidas?

Acto continuo, uno de los soldados del pachá dió á cada uno de los klephtas las armas indicadas por Alí, y él tambien se armó de la misma manera, pendiendo ademas de su cinto dos magníficas pistolas.

A los Demir-Dost les parecia un sueño lo que veian, y no podian creer que Alí fuese consecuente con sus palabras. Temian que les tendiese un lazo terrible, ó ser víctimas de alguna escena sangrienta que sirviese de diversion al pachá y á sus feroces soldados.

Pero Alí, conociendo que con sus tropas no podria resistir el estado de efervescencia en que se hallaban las provincias de su mando, y muy penetrado del espíritu fanático y supersticioso de aquellos griegos, con aquel arrojo temerario con que en mil ocasiones arrostró los mayores peligros, se aventuró en esta á jugar el todo por el todo, fiado en su destreza, en las palabras de su madre, que fatalmente creia, y con el fin de hacer que le prestasen la mas humillante sumision aquellos desgraciados pueblos.

Ya el sol habia estendido su dorada melena, bañada con las gotas del rocío, por la triste morada de los vivientes humanos. El lugar de la escena presentaba un aspecto terrible. La plataforma se elevaba á manera de un grandioso anfiteatro, en el cual tenia fijas sus miradas una muchedumbre inmensa. En medio de ella cuatro hombres se aprestaban á entrar en fiera y desigual batalla. Uno de ellos, de incomparable belleza y vestido con la mayor esplendidez; los tres restantes, de rústicas y salvages fisonomías, cubiertas sus carnes con pieles de carnero, y sus cabezas con el gorro nacional cruzados de brazos sobre el cañon de sus fusiles, dirigian torvas miradas al primero. Las tropas del pachá estaban á los costados formadas en batalla.

—Alí, coloreadas sus facciones por el fuego de la inspiracion, dirigiéndose á sus adversarios, les dijo por la última vez:

«Dichosos vosotros, hijos de Demir-Dost, porque vais á morir á manos de Alí el predestinado! Dirigid una postrera mirada á vuestras montañas, á vuestras casas y á vuestras mugeres; porque, asi como esa águila que se cierne en los aires sobre nuestras cabezas, vais á dormir el sueño eterno bajo el florido césped; y apuntando al águila disparó: el pobre animal dió tres aletazos convulsivos y cayó redondo al suelo. Todos los espectadores arrojaron un grito sordo de espanto, presintiendo el triste fin de los desgraciados klephtas; los palikaros prorumpieron en triunfantes esclamaciones.

Pero de repente, todos guardaron el mas profundo silencio. Alí con voz clara y penetrante esclamó «Hijos de Demir-Dost! preparaos al combate!»

Los tres klephtas, sacudiendo de rabia y de impaciencia las grandes pieles que cubrian sus robustas espaldas, asi como una fiera al echarse sobre su presa eriza la aspera melena que cubre su dorso, se separaron para coger en medio al pachá.

Alí que lo observó, arrojó al suelo el fusil, y en voz baja dijo: *asistidme, madre mia*! palabras que él tenia por un talisman infalible, y único ser á quien invocaba en sus tribulaciones.

Despues, con rápidos movimientos impedia que los klephtas pudieran apuntarle; estos creian que se les tendia un lazo, y que la tierra que pisaban estaba minada para tragarlos; sin embargo se prepararon á hacer fuego, entonces Alí apoyó en el antebrazo izquierdo el cañon de una pistola; tres tiros sonaron á un mismo tiempo; dos balas perdidas silvaron á los oidos del pachá: uno de los klephtas herido en el pecho cayó al suelo; levantó al cielo los ojos, estendió los brazos, como queriendo abrazar el espacio, y espiró.

El pueblo bajaba los ojos al suelo, por no ver aquel espectáculo sangriento; los dos hermanos quedaron como petrificados de dolor y de rabia. Alí, sin perder un instante, aprovechándose de esta favorable coyuntura que podia darle la victoria, con el hacha empuñada, de un brinco se puso junto á los Demir-Dost, y cruzados los brazos

sobre el pecho, les dijo con voz estentórea: ¿quién puede resistir al leon de Tebelen?

Los klephtas, al ver aquella accion temeraria, quedaron mudos de asombro.

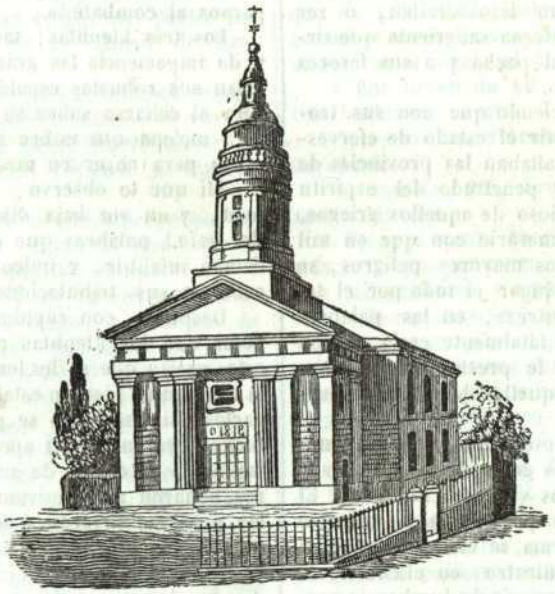
Entonces Alí de un hachazo le hendió á uno las sienes; y de un revés derribó al tercero sobre los sangrientos cadáveres de sus hermanos.

Contempló por un instante aquellos tristes despojos con risa irónica y espresion feroz; y volviéndose hácia sus soldados esclamó con la mayor serenidad: «¡Mi caballo!»

Uno de los soldados se lo llevó, y montó en él; mandó que se apoderaran de la jóven que debia ser esposa del mayor de los klephtas, cuya órden fue al momento ejecutada; y poniéndose á la cabeza de sus tropas, desapareció al galope de aquella entristecida ciudad.

La poblacion de Levtochor quedó consternada; la noticia de este suceso se propagó bien pronto por toda la Albania, y desde entonces fue mirado Alí como un ser sobrenatural. Sus desgraciados habitantes esclamaban con las lágrimas en los ojos y la tristeza en el corazon: *La mano invisible de Dios ha criado á Alí de Tebelen sobre la tierra para que sea el azote de la humanidad.*

D. L. I.



COSTUMBRES JUDICIALES EN EL JAPON.

UN ERROR JUDICIAL.-CASTIGO DE UN JUEZ.



as circunstancias del suceso que vamos á referir están sacadas de un periódico que se publicaba en Calcuta.

Un usurero llamado Femoya Kiongero, que hace años vivia en Osaka, cerca del puente de Kosca-Basi, echó de ver un dia que le faltaba la cantidad de 400 kobanes, y no habiendo visto entrar á nadie en la casa se persuadió que ninguno podia habérselos robado sino uno de sus criados. Sus sospechas recayeron particularmente sobre el llamado Fehoudets. Le interrogó pues detenidamente, sin conseguir que declarase nada. Hízole presente en vano que si no queria confesar á buenas, pasaria el negocio al gobernador Matsoura-Kavatchi-Mo-Kami, y que seria castigado con el mayor rigor si resultaba culpado; el criado respondió á todas las reflexiones con una negativa terminante.

No habiendo suministrado ilustracion alguna las diligencias practicadas en la casa, Femoya se presentó en casa del gobernador y acusó á Fehoudets del robo de los 400 kobanes, pidiendo que se le aplicase el tormento, y que si no confesaba su delito fuese castigado de muerte como lo merecia.

El gobernador admitió la querella, y envió en busca de Fehoudets para examinarle con la mayor severidad; mas como continuase este en asegurar que estaba inocente, el gobernador hizo que compareciera otra vez ante sí el usurero, el cual obedeció al requerimiento, y se presentó en el tribunal acompañado de todas las personas que componian su familia.—«El que acusais, le dijo el juez, pretende que está inocente del delito que le atribuis: ¿podeis presentar alguna prueba en apoyo de la acusacion?—Ninguna puedo presentar, respondió Femoya; pero conozco bien á Fehoudets: es un hombre endurecido en el crímen, y no le arrancarán una declaracion los mas insufribles tormentos.—Pero ¿persistis en asegurar que es un criminal? ¿Estais pronto vos y los individuos que os acompañan de vuestra familia á formular vuestra acusacion y firmarla? En este caso os prometo el castigo del culpado.

Estamos prontos, respondió el usurero; y él y los que le acompañaban firmaron la declaracion siguiente:

«Nosotros los parientes y criados de Fe»moya Kiongero atestiguamos por la presen»te declaracion que firmamos que Fehoudets, »criado de Femoya, ha robado á su amo la »cantidad de 400 kobanes, y en consecuen»cia pedimos que el culpado sea castigado »con pena capital para que sirva de escar-

»miento á criados infieles» El 2.° mes del »primer año gen-boun (1836). »

El gobernador tomó la declaracion de manos de Femoya, y le dijo: «Ahora que no «tengo responsabilidad voy á dar orden de que Fehoudets sea degollado » ¿Estais satisfecho? El usurero respondió que sí, y dando las gracias á Kavatchi, se retiró con los de su familia,

A los pocos dias del suplicio de Fehoudets fue cojido un ladron junto al Templo de Fen-Ma, y habiéndosele dado tormento, se declaró autor del robo hecho al usurero. El gobernador quedó consternado con tal noticia, é hizo llamar á Femoya y su familia. «Segun vuestra declaracion, les dijo, he hecho ejecutar á un hombre inocente del delito que le imputábais. Para expiar este asesinato sereis condenados todos á muerte! y yo mismo me abriré el vientre para castigarme de mi negligencia en la averiguacion del hecho. »

El usurero quedó aterrorizado al escuchar estas palabras, y en vano los oficiales que se hallaban presentes solicitaron gracia para los criminales. Kavatchi se mantuvo inflexible. «Inútiles son los ruegos, esclamó, y cuanto mas procureis atenuar el delito, tanto mas le agravais. Sin embargo, añadió al ver la desesperacion de la familia de Femoya, dilataré la ejecucion de esta sentencia hasta que se deje conocer la voluntad suprema del Djogoun, (Emperador). Él es la fuente de la sabiduria; le manifestaré todas las circunstancias de tan deplorable suceso, y nos someteremos con religioso respeto á las órdenes que no tardará en darnos.

Fiel á su promesa, el gobernador envió inmediatamente á Jedo, en donde residia el Djogoun una relacion de todos los pormenodel caso. Nada ocultó ni disfrazó, y ni aun procuró paliar la ligereza con que se habia procedido; se confesó culpado, declarando que se someteria humildemente á la pena que quisiese imponerle la sabiduría infalible del Djogoun.

La contestacion que en breve recibió estaba concebida en estos términos:

«El Djogoun, protector de la religion, cuya fama es universal, que aventaja en escelencia al sol, á la luna y á la flor del jazmin próxima á abrirse, etc, etc, etc, cuyos pies exhalan un olor grato al olfato de los reyes, como lo es el perfume de las flores á las abejas.

«A *Matsoura-Kavatchi-Mo-Kami*, gobernador de Osaka.

«Al delegaros una parte de nuestro poder confiándoos el gobierno de una parte del imperio del Japon, debimos creer que jamás perderiais de vista la sabiduria infinita que preside á todos nuestros juicios, y que esta os serviría de antorcha, cuyo refulgente brillo penetrando vuestro entendimiento, disipára las espesas nubes de la ignorancia que ocultan la verdad á los del vulgo. Vemos con dolor que la divinidad que adoran los japonenses se ha retirado de vos. Preciso es que por haber sucedido tal desgracia háyais cometido alguna gran falta, para cuya expiacion debeis morir con el género de muerte reservado á los dignatarios de este feliz imperio. Es pues nuestra voluntad que al recibo de la presente os abrais el vientre con todas las ceremonias acostumbradas en este caso, y que dejeis todos vuestros bienes y empleos al mayor de vuestros hijos, á quien recomendamos una conducta sábia y prudente en el egercicio de las funciones, en que entrará despues de vuestra muerte. En cuanto á Femoya, queda bastante castigado con la pérdida de su dinero, y es nuestra voluntad que no se le inquiete por esto. No esperábamos de él las luces ni la sagacidad que deben ser prendas propias de un gran dignatario del imperio, y que pudieran haberos conducido al descubrimiento de la inocencia de Fehoudets.

«Jedo, el 2.° mes del primer año geaboun. »

Todos los personages distinguidos del Japon condenados á ser sus propios verdugos, dan la mayor importancia al decoro con que debe verificarse el suicidio legal, y no se esmeran tanto nuestros elegantes para brillar en un baile ó sobresalir en la equitacion, como un noble japonés para adquirir desde la edad mas tierna la gracia en las movimientos, y la nobleza en las actitudes que deben caracterizar aquel último acto de la vida. A este efecto tienen siempre á su lado un profesor hábil que les ensaye debidamente para tal solemnidad.

Cuando el gobernador recibió la órden del Djogoun hizo llamar á su maestro de ceremonias, y despues de haber conferenciado con él por espacio de dos horas en una pieza retirada, convidó para el dia inmediato á todos sus parientes y amigos mas íntimos á un suntuoso banquete.

Recibió Kavatchi á los convidados con

la mayor calma y serenidad, haciendo con la misma los obsequios de amo de casa. Concluida la comida mandó llevar el zakki (licor fermentado), y se retiró á un aposento inmediato para mudarse, volviendo á presentarse á los pocos minutos con un vestido de forma particular, hecho espresamente para aquella ocasion, y sobre él un manto blanco de cáñamo, sin escudos. Entonces hizo que en presencia de sus amigos le leyese el secretario la órden del Djogoun, dirijió un largo discurso á sus convidados, é inclinando despues la cabeza en señal de sumision á la voluntad soberana, sacó el sable y se abrió el vientre haciéndose una incision cruzada, con grandes aplausos de los espectadores, encantados de la nobleza y gracia con que habia desempeñado su deber.

P. E.

UNA EJECUCION.

EPISODIOS DEL IMPERIO.



El dia 1.° de Julio salió Napoleon del real sitio de Schoenbrun para ir á ocupar la tienda de campaña que le habian preparado en la isla de Lobau en medio de los vivaques de sus soldados. Estableciόse en el mismo punto su cuartel general, y todo presagiaba grandes sucesos, y anunciaba que iban á decidirse los destinos de la monarquía austriaca.

Al instante comenzaron los movimientos de las posiciones. Desde el dia 1.° hasta el 4 se vieron reunir con las tropas que ya rodeaban al Emperador otros cuerpos de ejército, y otras divisiones que venian de arrollar al enemigo, y las cuales, con las bandas de música á su cabeza, y banderas desplegadas, llegaban al punto de asamblea general del grande ejército.

Las divisiones del de Italia, cuyos estandartes ondean rasgados por las balas austriacas, desfilan saludando á los regimientos franceses con vivas á la Francia y al Emperador, y reciben en cambio los de «¡Viva el valiente ejército de Italia! ¡Viva el príncipe Eugenio!

En menos de dos meses el ejército de Italia, al mando de su bizarro y modesto caudillo, el virey, desde las orillas del Adige hasta las del Danubio, habia atravesado numerosos rios, dado tres batallas y muchos combates célebres, y destruido completamente en San Miguel el formidable cuerpo que tenia á sus órdenes Jellachich. Treinta y siete mil prisioneros, doce banderas, ciento noventa y ocho piezas de artilleria, cuarenta y cinco mil fusiles, y repuestos considerables de municiones de boca y de guerra fueron los trofeos con los cuales los soldados del ejército de Italia habian conquistado su *derecho de ciudadanía* en las filas del grande ejército.

Las tropas, escalonadas en diversos puntos, fueron verificando su reunion sucesivamente.

Cerraban esta marcha triunfal las divisiones de Marmont y Brousier, y aclamaciones entusiastas saludaron á su paso el aguila del regimiento 84, en la cual se leia el lema *uno contra diez*, bello título de nobleza á que lo habia hecho acreedor su reciente ha-

zaña. A su paso todos los semblantes se muestran risueños, todas las manos señalan la enseña caballeresca que ostenta su atractiva divisa.

El Emperador, á caballo, y enmedio de su brillante y numeroso estado mayor, permanece con la cabeza descubierta, mientras que por delante de él desfila el 84, saludándole con frenéticos vítores.

Es imposible describir el efecto que produjo en las tropas este homenage tan lleno de dignidad.

Poseía el Emperador en grado eminente la ciencia de conocer al hombre; sabia que la educacion penetra hasta lo íntimo del alma, llegando allá por el conducto de los ojos, y asi no descuidaba medio, quien tanto lo entendia como él mismo, para llegar al corazon de sus soldados.

Apenas llegaba el ejército frances en aquella época á ciento cuarenta mil hombres, mientras el austriaco con su *landicher* ó milicia, y sus insurreccionados de Hungría y del Tirol iba á desplegar en batalla una fuerza de doscientos mil combatientes. ¿Mas, qué le importaban estos á Napoleon? el plan de la batalla de Wagram está en su cabeza; la certidumbre de la victoria en su convencimiento de la ciega adhesion que ha sabido inspirar á los suyos.

En los dias 2, 3, y 4, mientras se reunian nuestras fuerzas, se trabaron varias acciones parciales, aunque reñidas, en diversos puntos con el archiduque Cárlos; que se hallaba acampado sobre la orilla izquierda del Danubio, y procuraba impedir se verificasen las diferentes incorporaciones del ejército frances.

Las ventajas que conseguian en estos encuentros, ó llamémoslos si se quiere preludios, alentaban el ardor de nuestros valientes, y tanto oficiales como soldados ansiaban el momento de una accion decisiva. Dichoso el Emperador con semejante impaciencia, de que veia por todas partes pruebas inequívocas, estaba de escelente humor mientras respiraba el campamento esperanzas y júbilo. Cierto incidente dramático tuvo lugar entónces, que aguó por algunos momentos la disposicion festiva de los ánimos.

Me ha referido los pormenores del suceso un oficial del gran cuartel general; cuyas propias palabras transcribiré á fin de conservar todo lo pintoresco de la descripcion.

«Nunca habia estado mas alegre el Emperador ni de un humor mas complaciente que en la víspera de la batalla de Wagram. Se me figura que lo estoy viendo todavia, paseándose al principio de la noche al rededor de su tienda, talareando entre dientes la mareha tártara, sin sombrero, ni espada, y con las manos enlazadas detras de la espalda como tenia de costumbre.

«Por lo demas le he visto en mil ocasiones, tal como acabo de describirlo, recorrer dia y noche los vivaques, hablar con los soldados, detenerse delante de las hogueras, preguntar qué contenian los calderos de rancho, y soltar la carcajada á las respuestas socarronas que algunas veces recibia. Divertíanle las ocurrencias y dicharachos de la tropa, y al volver á su tienda se complacia en repetirlos en toda su originalidad. Le oí decir riéndose cierto dia al duque de Bassano, que era miembro de la Academia: «El lenguage vulgar de mis soldados, espresa mayor número de ideas que cuantas ha emitido nunca la fraseologia retumbante de todos los académicos del mundo.

«El dia de la isla de Lobau estuvo paseándose en el campamento mas de tres cuartos de hora, haciendo preguntas aqui y acullá segun su costumbre.—«¿Cuando es la batalla, mi Emperador?» le preguntaban por todas partes.—Muy pronto, amigos mios, no tengan VV. cuidado que no se les escapará de las manos;» respondia él; y á otros: VV. son muy curiosos y tienen demasiada ambicion, les contestaba riéndose.

«Al pasear de este modo se detuvo delante de un grupo de granaderos de la guardia que estaban comiendo el rancho, y sériamente ocupados en agotar la marmita.»

—¿Está buena la sopa, hijos mios? les preguntó.

—«Legítimo caldo de ranas, mi Emperador, escurriduras de piltrafas; ¡vaya que no!''..... contestó uno de los que estaban en el corro, sin dejar por eso de llenar la cuchara.

—«¿Pero no te hace perder el turno, charlatan?... ¡Me pareces muy descontentadizo para tener esos bigotes veteranos! dijo el Emperador tirándole de la oreja...—y el vino ¿qué tal te parece?

—«¡No se nos subirá á la cabeza el dichoso vino! ahi está nuestra bodega... replicó amohinado el granadero, señalando hácia el Danubio.

«Es preciso advertir que habia mandado el Emperador se distribuyesen raciones de vino á su guardia, á razon de botella por plaza, pues que como hacia algun tiempo que se hallaban acampados los cuerpos que la formaban, no les era fácil procurárselo. Volvió la espalda el Emperador, y entróse bruscamente en su tienda, y no hallando al príncipe de Neufchatel, me dijo con voz alterada: «Vaya V. á Berthier: tráigamelo V. aqui al instante!"

«Corrí en busca del mayor general, y como yo habia oido la respuesta del granadero, le puse al corriente de lo que el Emperador queria decirle con tanta premura.—«¡Buenas cosas vamos á ver!—dijo el príncipe siguiéndome á toda priesa. Los enfados del Emperador ponian siempre en espinas al mayor general.

—«Por qué no se han ejecutado mis órdenes? le preguntó enfurecido Napoleon; ¿qué se ha hecho del vino de mi guardia? quiero que la distribucion se haga ahora mismo: y al decir esto daba con los pies violentos golpes el suelo. Asustado el príncipe echó á correr para practicar averiguaciones, mientras se quedó el Emperador paseando arriba y abajo, y preguntando á todo el que entraba en la tienda ¿bien y qué tenemos? ¿qué tenemos? Su mal humor habia puesto en movimiento á todo el mundo, tras las botellas de vino que se habian estraviado. Súpose en fin, que unos empleados en provisiones habian vendido en propio provecho las 40,000 botellas de vino que debian distribuirse á las tropas acampadas en la isla.

«Púsose el Emperador espantosamente encolerizado: sus ojos lanzaban centellas, y las palabras le salian de la boca en sílabas trémulas y cortadas. ¡Miserables! ¡infames pillos! ¡saquear de ese modo á mis tropas!..... ¡robar al infeliz soldado, sobre quien recae todo el peso de la fatiga y de los calores! Es preciso no tener corazon ni entrañas! bribones! viles!

«Reúnase una comision militar, mandó el Emperador con voz de trueno..... al momento, ¡Berthier! y hágase un ejemplar terrible con esos tunantes sin vergüenza! Es menester que sepan los empleados de la administracion militar que seré inflexible para con los robos que se cometan en perjuicio del ejército.

«Se les juzgó y sentenció á muerte.

«Cuando vinieron á comunicarle el fallo del consejo, ya se le habia calmado su exasperacion; y á sangre fria, le costaba mucho trabajo al Emperador decidirse á castigar. Su corazon naturalmente bueno le inclinaba á la clemencia, sin que haya uno de cuantos tenian acceso á él grande ni pequeño, que se atreva á desmentirme. Estuvo vacilante con la sentencia en la mano, miéntras las arrugas que sus sienes fruncian, dában indicios penosos de hallarse discutiendo entre sí las exigencias del deber... En fin, arrojando el papel sobre la mesa, esclamó con voz alterada: «¡Es imposible!..... Solo á la casualidad debo la denuncia de este hecho!.... ¡Cuántas infamias de igual clase se cometerán todos los dias, sin que yo las sepa!..... no puedo .... Berthier, haga V. que la sentencia se ejecute con presteza.

«Fueron pasados por las armas una hora despues, á diez pasos del campamento. Yo los ví fusilar; eran dos jóvenes de gallarda presencia, y marcharon á la muerte con admirable ánimo.»

—Eso es horrible, esclamé yo consternada del triste desenlace de una anécdota que me habia sido divertida al principio: ¡fusilar á dos hombres por unas cuantas botellas de vino!..... Esto me parece abominable por parte de Napoleon, cuyo *buen corazon* alababa V. ahora poco: » díje con toda sinceridad á su ardiente panegirista.» Con una buena tunda de palos se hubiera compuesto todo: pero la muerte..... ¡Valgame Dios!

—Señora, tenia mucha razon el Emperador, contestó con viveza el oficial; esa severidad, que le perece á V. tan chocante, aquí al lado de la chimenea, es una necesidad, una necesidad absoluta, si se la considera bajo el punto de vista que corresponde. El Emperador podia haberles perdonado fácilmente el robo de uno de sus propios baules, como estoy seguro que lo hubiera hecho, ¿pero el hurto de una sola botella de vino perteneciente á sus soldados? qué disparate, ni por pienso: se trataba en aquel caso de atemorizar, haciendo un escarmiento á esa canalla de largas uñas, á esas *sanguijuelas* de la pobre tropa, mucho mas interesante que esa gavilla de menguados logreros, que se hacian los remolones á retaguardia, mientras nosotros nos estábamos batiendo! ¡No fue mala leccioncilla!"

No pude menos de reirme con la brusca respuesta del oficial del gran cuartel ge-

neral, quien se figuraba hallarse todavia en él. A pesar de todo, siempre se me ha quedado la tal *leccioncilla* sobre el corazon.

Mas, por otra parte, la triste escena que he referido, es justo se pierda en los grandes sucesos que con su recuerdo se borraron, pues al fin no es otra cosa que un punto oscuro en un espacio inmenso de resplandor.

«A las once de la noche, continuó el oficial, se empeñó un terrible cañoneo en la orilla izquierda del rio por la parte de Enzersdorf, donde intentaba tomar posicion el archiduque Cárlos, que mandaba en gefe todas las fuerzas austriacas. No tardaron nuestros obuses en prender fuego á la ciudad, de donde el enemigo nos contestaba vigorosamente. En aquel instante estalló con la mayor fuerza una tormenta, que habia estado amagando desde la mañana anterior; todos los vientos parecian haberse soltado, y casi llovia á torrentes. Sucedianse sin intermision los cañonazos, dominando el conjunto de aquella barahunda infernal el poderoso bramido de los truenos, que nos tenian medio sordos. A los diez minutos estaba inundado todo el campamento, cubriéndonos el agua los tobillos.

A pesar del diluvio, á pesar de los truenos que rebentaban con estrépito sobre nuestras cabezas á cada instante, se veian numerosos grupos en la orilla del Danubio, dirigiendo con ansiedad sus miradas al rio, iluminado con los relámpagos, y los reflejos del incendio de Enzersdorf, en cuyas aguas azotadas por la tempestad, se mecía con violencia una frágil barquilla, la cual apenas podian traer á la ribera los vigorosos esfuerzos de los marinos que la tripulaban.

"Esclamaciones de interés, murmullos de cólera, imprecaciones enérgicas contra el temporal, salian de todas las bocas, y todas aquellas caras espresaban la inquietud: el Emperador, antes de que empezara la tormenta, habia ido á reconocer en persona, y con la ayuda de su anteojo, las posiciones que el enemigo iba formando, las cuales se indicaban por sus fuegos. Puede V. hacerse cargo de cuáles serian las ardientes emociones de aquella multitud, donde no habia uno solo de cuantos las formaban que no hubiese dado su propia vida cien veces para salvar la suya.

«En fin la barca toca ya la ribera; todas las manos palmotean á su arribo; y al pisar la tierra el Emperador se ve rodeado por la turba, ensordecido con los vivas que hasta desgañitarse le prodiga por todos lados la soldadesca. y llevado como en triunfo de vuelta á su tienda de campaña, donde no llega sino despues de haber oido hartas reprehensiones y sendas palabrotas. Me parece que estoy viendo todavia á un granadero de la guardia vieja, con bigote canoso, cuyos ojos brillaban como carbunclos debajo de su gorra de pelo, toda chorreando agua, decirle con tono mohino: —¿No es una locura esponeros de ese modo? ¡mil millones de rayos..... vaya! si señor, es á vos á quien se lo pregunto, mi Emperador. Contestóle este con el tono de cariño familiar que empleaba siempre hablando con su guardia:

—«Por vida de sanes: ¿si lo habré hecho por gusto? ¡tontuelo!... No me habria perdido, hijos mios.»

«La guardia vieja tenia el privilegio de decir al Emperador cuanto se le ponia en la cabeza; nunca le he visto impaciente ni de mal humor con sus soldados; para nosotros reservaba sus regaños. ¡Bonito hubiera quedado cualquiera de nosotros que se hubiese atrevido á hacerle la mas ligera observacion!

«Al entrar en su tienda, y antes de mudarse la ropa, que estaba completamente mojada, me dió órden de pasar el Danubio.» Vaya V..... V. está oyendo los cañonazos, dijo S. M.; esto debe ser hácia la vista *del Molino*..... donde se encuentra con su division el general Legrand. Digale V. que es preciso se sostenga hasta mañana á las nueve... Examine V. bien las posiciones que haya tomado, y el modo con que estén dispuestos sus tiradores; vuelva V. á darme cuenta de todo con prontitud, y en persona.

«El Emperador estaba dando un ataque falso por aquella parte, con el objeto de llamar la atencion del enemigo sobre aquel punto, mientras que nuestras tropas, desfilando durante la noche, se dirigian á Wittean y Wagram. Asi fue que á las tres de la mañana todo el ejército francés habia verificado el movimiento, y ocupaba sus posiciones en el campo de batalla. El Emperador que nunca se confiaba de nadie para la ejecucion de los detalles del plan que habia adoptado, no cesaba de enviar órdenes, recibiendo todas las respuestas por sí mis-

mo, de suerte que no sé cómo tenia cabeza para tanto.

«Volé al campamento á eso de las dos de la madrugada, y hallé al príncipe Berthier, Duroc y otros muchos generales en conversacion delante de la tienda. Vacilaban en despertar al Emperador:» Acaba de echarse sobre la cama, me dijeron, y á las cuatro va á montar á caballo: le hace tanta falta un poco de reposo!»

—«Tampoco quisiera yo turbar el descanso de S. M., les respondí; pero me ha dado órden de darle parte con prontitud y en persona.

—«Entre V., pues, «dijo el general Duroc. Sobre su mesa ardian dos bugías, y estendidos alrededor estaban muchos planes de batalla.

»Hallé al Emperador echado, completamente vestido, sobre su catre de campaña, donde dormia con la mayor tranquilidad. No podia decidirme á despertarle, pues que la jornada iba á ser tan recia! Era preciso hacerlo, á pesar de todo, y así acercándome á su lecho:—Señor, dije en voz alta, vengo á dar parte á V. M. de la mision que me ha encargado.

«¿Cuál es? reclamó bruscamente, ¿qué mision es esa? pero en seguida trayéndola á la memoria: ¿Y bien? me dijo.

—«Señor, el general Legrand me encarga diga á V. M. que cree poder sostenerse hasta las nueve de la mañana.

¿Qué quiere decir? ¿que cree? ¿qué? Es pereciso que lo haga..... añadió con impaciencia ¿está el fuego vivamente empeñado?

—Sí señor; bien puede oirle V. M. (las descargas de fusilería no cesaban, como tampoco el cañoneo). Incorporóse el Emperador y se puso á escuchar.

En efecto, está caliente el negocio... ¿Sabe V. si ha colocado en el bosque bastante número de tiradores? ¿Cuántos habrá?

—Unos mil y quinientos.

—Está muy bien..... ¿Ha encontrado V. muchos heridos?

—Sí señor.

—Con que..... hasta mañana á las nueve, ¿eh?... ¿se lo ha dicho á V. asi?— y volvió á quedarse dormido.

Permanecí por un buen rato indeciso, sin saber si debia retirarme ó no. ¡Aquel sueño me parecia tan precioso! me quedé aun otro poco de tiempo, saliéndome por fin de puntillas.

—«¡Debe estar rendido de fatiga! me dijo Duroc, encogiéndose de hombros: ha hecho V. perfectamente, mas no se vaya muy léjos.»

«Teníamos órden de entrar á ver al Emperador á cualquier hora de la noche ó del dia, cuando llegásemos de una mision en que nos hubiese encargado, que *le diéramos parte con prontitud y en persona.* Era hombre que poseia la facultad de dormirse y despertar á su antojo; estraño privilegio de domar ó provocar voluntariamente el sueño, y cosa que no he visto en otro ninguno. Hacia de su persona cuanto le daba gana! me dijo, con afectada voz, el oficial del gran cuartel imperial, al concluir su relacion, siempre entusiasmado cuando traia á su memoria las ocurrencias de aquellos tiempos!... .

Algunas horas despues se levantaba el sol para iluminar el imponente espectáculo que ofrecian las llanuras de Wagram, en el momento en que cuatrocientos mil hombres en batalla, formando masas compactas sobre dos estensas líneas, se miraban frente á frente, con el ardor en los pechos, el reto en los labios, la amenaza en los ojos, y ansiando medir sus brios esperaban con febril impaciencia la señal para lanzarse unos contra otros, y disputarse, entre arroyos de sangre, la victoria!.....

T. P.

SOCIEDAD DEL SPLEEN EN INGLATERRA.

En el año de 1786 á varios ciudadanos de Lóndres que se encontraban acometidos de esta enfermedad, se les ocurrió el proyecto de formar una reunion, y constituirse en sociedad. Apenas salió de sus labios esta idea, cuando fue aprobada, y miles de individuos quisieron tomar parte en ella. Mas sus fundadores, lejos de admitir á cuantos se presentasen, fueron muy severos en punto á eleccion. Solo fueron abiertas sus puertas al spleen mas aristocrático. Al pretendiente le exigian que gozase en el mundo de una fortuna brillante, y que hubiese adquirido el spleen á fuerza de desgracias elegantes, enojos de galantería, y desengaños opulentos. Debian probar ademas que su enfermedad era incurable, y que habia resistido á los remedios mas eficaces y al método mas recomendado. Cada pretendiente á su entrada en la sociedad debia entregar una suma considerable.

La dificultad de llenar estas condiciones hizo que fuesen admitidos pocos candidatos, y que el número de asociados fuese el de treinta.

Apenas se constituyó la sociedad, cuando su primer cuidado fue reunirse en sesion solemne para deliberar sobre el objeto de su mision. Cada cual á su vez tomó la palabra en un tono tan melancólico, que despues de una discusion, que si no era viva y animada, al menos fue grave y profunda, se acordó antes de todo vencer el spleen, buscando cuantos medios fuesen posibles para libertar á la sociedad de esta enfermedad moral. Se ofrecieron grandes premios á los médicos y fisiologos que escribiesen tratados sobre tan importante materia, estableciendo métodos desconocidos, é inventando remedios eficaces. De todo esto se echó mano: placeres, diversiones, cuanto pudiese halagar la imaginacion; pero todo fue en vano: los filósofos y los doctores no hallaron nada nuevo, y esta enfermedad resistió á todas las pruebas.

En otra sesion solemne manifestaron sus individuos haber llegado el mal á su último periodo, y que la vida les era insoportable; que no quedando otro partido que tomar, su deseo era privarse de la existencia del mejor modo posible. Propusieron un suicidio general, arrojándose todos en un mismo dia al rio, ó en una comida. Los mas moderados reclamaron contra esta violenta proposicion: semejante medida, decian, se atribuirá á un orgullo insensato, sin que se vea en ella mas que el deseo de llamar la atencion y dar que decir á los ociosos. Sin embargo, ninguno entre los presentes habló en contra del suicidio; todos le consideraban como un asilo adonde podrian refugiarse cuando se sintiesen abrumados del peso de la vida. Se convino, sin oposicion, en que el suicidio debia ser permitido á los individuos de la sociedad; no ya un suicidio precipitado y ordinario que pudiera ser considerado como un acto irreflexivo de enojo ó desesperacion, sino un suicidio regular, metódico, razonado, acompañado de todas las seguridades de premeditacion, y sancionado con asentimiento de toda la sociedad. En su consecuencia se acordó que ningun individuo podria quitarse la vida sin el beneplácito y permiso oficial de sus cólegas. El número de suicidios se limitó á dos por

año, y debian verificarse en épocas determinadas, distando seis meses uno de otro. Y como era probable que muchos á la vez solicitasen este permiso, se decidió que tres jurados, sacados por suerte, formasen un tribunal, ante el cual los solicitadores á esta gracia manifestasen las razones que tenian para privarse de la vida. El tribunal debia decidir, y su fallo era un consentimiento de muerte.

Llegado el término prefijado por el tribunal, se introdujeron dentro de una urna los nombres de los candidatos; y estraida la primera cédula, el nombre á quien correspondia espuso sus cuitas del modo siguiente:

«Me llamo sir Humphrey D....; tengo treinta y cinco años, aunque parezco mas jóven. Pero si la edad pudiera contarse por los padecimientos, pudiera decir que tengo mas de un siglo, y que soy el decano de la sociedad. Para atormentarme la desgracia se ha valido de un modo ingenioso y cruel; prodigándome la fortuna sus pretendidos favores, ha hecho que probase los sinsabores de la vida.

Habiendo nacido en una clase elevada, niño todavía, heredé una renta que ascendia á veinte mil libras esterlinas. Mi tutor fue tan honrado, manejó tan bien mis intereses, que me entregó fielmente sus cuentas cuando llegué á la mayor edad. Cuanto queria, cuanto apetecia lo conseguia sin el menor inconveniente, bastando solo solicitar una cosa para poseerla. La fortuna se sonreia en pos de mí, y me encontraba en el auge de la felicidad. Las imprudencias que cometia en mi juventud siempre resultaban en provecho mio, y todas mis calaveradas tenian un fin que pudiera envidiarle la misma prudencia. Una noche en el teatro tuve algunas palabras con un mayor irlandés, duelista formidable, que se batía frecuentemente, y que tenia la gran fortuna de enviar sus adversarios al otro barrio. El mayor se figuró ser el ofendido, y por consiguiente le correspondia elegir armas; escogió la pistola. Jamás habia yo tirado con semejante arma, y el mayor por el contrario tenia una puntería admirable. Mis amigos me preparaban la oracion fúnebre, y yo por el contrario me reia de su credulidad. La suerte, que hasta entonces le habia sido favorable, hizo que el señor mayor fuese á la fosa, y que mi bala, entrándole por el ojo derecho, vengase á tanta víctima como habia sido sacrificada.

Esta es la historia de mi primer desafío. Nada os diré de mi buena suerte; os asombrariais. Jamás se me ha mostrado adversa en ninguna cosa. En el juego he ganado siempre sumas inmensas: cuando he querido ver hasta dónde llegaba mi poder, he concluido siempre por desbancar. En Epson y en Newmarket no he dejado nunca de obtener la victoria á favor del caballo por quien he hecho alguna apuesta; en las mas estravagantes que hago me sucede siempre lo mismo. Como soy hombre de bien, he dejado de jugar y de apostar: la misma probidad me obliga á abstenerme del duelo, y me impone mucha circunspeccion en punto á aventuras galantes. Por otra parte, todos estos triunfos, lejos de halagar mi vanidad y de entusiasmar mi espíritu, no han servido sino para hacerme ver la vida como un peso insoportable. Quise que mudase de pais una suerte tan constante, y á todas partes me ha seguido la misma felicidad. En Francia, en Italia, en Alemania, en América, he conseguido nuevos laureles, y mi fortuna se ha esmerado en prepararme los mas felices sucesos. Ahora el spleen me ha dominado en tales términos, que cuento como una felicidad el que me concedais la gracia de poder quitarme la vida.

En efecto, la decision del tribunal recayó sobre Humphrey, que contestó con amarga sonrisa: «¡Ya estaba yo seguro!" Saludó á los concurrentes; y dando gracias á los jueces, sacó del bolsillo una pistola, y se saltó la tapa de los sesos. Un proceder tan repentino fue objeto de algunas críticas.

Al segundo plazo prefijado por la sociedad; el nuevo candidato a quien tocó la suerte se espresó de esta manera: «Soy hijo de un librero que se ha arruinado imprimiendo las obras de las damas de su tiempo. Mi padre profesaba tal cariño al bello sexo; que no podia desechar un manuscrito presentado por una mano blanca. Se declaró en quiebra cuando aun no habia yo cumplido los diez y ocho años. Una mañana me ocurrió la idea de hacer fortuna: me embarqué para América, y me hice rico. Hará unos diez años que vine á Lóndres, y cometí la imprudencia de casarme con una muger literata. ¡Ah, por qué me olvidé tan presto de lo pasado!

Apenas me casé, mi nuevo estado me causó un fastidio increible. Mi casa no es

un infierno, sino el purgatorio, sembrado de pruebas de imprenta, de manchas de tinta y capitulos de novela. El carácter de mi muger me abruma, y tengo que sufrirla en sus inspiraciones, en sus tareas y en sus afanes. Siempre soñando con espectros, con cadalsos, con sombras ensangrentadas, me persigue en frases sueltas y en obras compactas, y tengo que sufrirla en pagina, en pliego y en volúmen. Tal es el orígen de una melancolía que me devora. Hace tres meses que mi muger partió para el continente con motivo de que su librero le habia encargado un libro sobre París y los parisienses. Desgraciadamente mi muger trabaja con mucha viveza, y mañana á mas tardar estará de vuelta."

Era imposible no sentir las penas de este desgraciado marido. ¿Quién no compadeceria su desgracia? El suicidio semestre se cumplió con tanta puntualidad que en breve un nuevo puesto quedó vacante en la sociedad. Con las riquezas de esta habian construido en las orillas del Támesis una magnífica casa, conteniendo cuanto pudiera ser agradable al suicidio. A la orilla del rio habia un elegante terrado que dominaba las olas, el cual estaba destinado para los que tuviesen el capricho de tirarse al rio. Habia una sala de baños reservada para los que quisiesen abrirse las venas en agua templada, como los filósofos de Roma y Atenas. Un Belvedere elevado en el aire convidaba á los que fuesen aficionados á arrojarse desde una altura de veinticinco toesas. Cuerdas nuevas y dadas de sebo, sujetas de fuertes argollas, y pendientes de los mas frondosos árboles del bosque; un arsenal lleno de pistolas, fusiles y puñales, estaba abierto delante de una oficina de farmacia, en que se suministraban toda clase de venenos. Pero todos estos medios, como vulgares, fueron despreciados por algunos sibaritas.

Un rico Nabab (príncipe del Mogol), individuo de la sociedad, hacia treinta años que estaba afligido del spleen. Era un anciano de setenta y dos años. Sus parientes esperaban ansiosos su muerte para verse dueños de los infinitos millones que poseia. En las varias visitas que le hicieron sus sobrinos llegaron á formar un inventario de sus muebles. El Nabab les tenia tanto odio, que á cada uno de ellos les dió el nombre de uno de sus achaques, como catarro, reumatismo, gota, etc. Habitaba en Lóndres un palacio lleno de riquezas, y cada dia se le ocurrian nuevos caprichos! Un dia se hizo anticuario, y empleó dos millones en antigüedades; otro dia le acometió la bibliomanía, y compró los libros mas raros y los manuscritos mas esquisitos. Despues de esto quiso ser artista, y llenó sus salones de cuadros magníficos y admirables estátuas.

Cuando el Nabab creyó haber vivido bastante, su spleen, compuesto de enfermedades y de odio á sus parientes, lo llevó al último estremo, discurrió un fin espléndido y digno de él. En una alta colina de los jardines de la sociedad hizo construir un brillante pabellon, en el que mandó colocar sus ricos muebles y tapices, sus libros mas raros, sus cuadros y estátuas preciosas. Delante de la puerta hizo colocar una estátua de Venus, que los inteligentes atribuian á Praxiteles, y por la que no habia querido recibir veinte mil guineas. Cuando todo estaba arreglado, realizó toda su fortuna en bonos al portador, letras de cambio, obligaciones, billetes del banco y otros títulos tomados de otras naciones. Este papel representaba la suma de cuarenta millones. De él hizo construir un colchon; y llegado el dia destinado para su plan, comió tranquilamente y se dirigió hácia su pabellon fumando un cigarro. Al entrar por la puerta quebró la nariz á la Venus, y la hizo otras varias mutilaciones; y recostándose sobre el colchon, le pegó fuego con su cigarro, habiendo antes dejado escrita una carta para sus compañeros en el salon de la sociedad. Nuevo Sardanápalo, en breve se vió consumido por las llamas con todas sus riquezas. Sus hermanos respetaron su voluntad, y no turbaron sus últimos instantes.

Mas noble fue el fin que tuvo el valiente David-Krock-gert-Wilis, verdadero lobo marino, el cual se vió acosado del spleen desde que la edad le obligó á dejar el mar. Su único placer era hablar de sus campañas con Drill, antiguo marino, que le estimaba mucho. Queriendo poner término á su existencia, discurrió proporcionarse una muerte como siempre la habia deseado. Mandó construir un pequeño yacht en forma de navío de guerra, que se botó al agua en el Támesis. El capitan se hizo conducir á bordo, y figuró un combate con Drill que desde tierra le tiraba con pólvora. El bizarro David, envuelto en una nube de humo, animaba á los suyos á que se defendiesen y vendieran caras sus vidas. Despues de una lucha gloriosa, viendo que todo era perdi-

do, se cubre con su pabellon, pega fuego á la Santa Bárbara, y vuela con su embarcacion.

A los doce años de su fundacion solo quedaban á la sociedad cinco individuos. El secreto de esta institucion era conocido del público, y se llamaba sociedad del suicidio. Algunos solicitaron ser admitidos en ella, pero se les habia negado. No se queria nuevos semblantes que aumentasen la tristeza general. La sociedad formaba una familia que debia disminuirse diariamente, y no hacerse mas numerosa. Los cinco que quedaban, que poseian, además de su fortuna particular, la herencia de catorce compañeros difuntos, fijaron por suerte el órden en que habian de suicidarse. Lo verificaron los cuatro primeros; pero el quinto, llamado Beouwills, flaqueó. Quiso sobrevivir á sus veintinueve hermanos, de cuya melancolía habia participado durante quince años. No era por culpa cuya: el amor á las riquezas le habia curado el *spleen*.

Pero el público se constituyo su juez, y lo condenó. Si salia á la calle, el pueblo le seguia con gritos y amenazas, y le rompian los vidrios de su casa: fue desafiado, le obligaron á batirse, le dirigieron insultos; pero nada pudo hacerle que se quitase la vida. Por huir de tan importunas pretensiones resolvió pasar al continente. Se embarcó en Douvres una hermosa mañana de Abril. Durante la travesía se levantó una tempestad, naufragó el navío, y pereció Beouwills con toda la tripulacion.

E. F.





MOROS DE CAMINO.



Cuando el Emperador de Marruecos cambia de residencia suele llevar consigo algunas de sus odaliscas. En este caso el ceremonial y las costumbres musulmanas exigen que las mugeres vayan enteramente á cubierto de las miradas de los profanos; para ello van metidas dentro de una especie de jaulas cubiertas, que se colocan encima de los mulos que las conducen, y otras veces son transportadas en literas enteramente cerradas, se hace saber al pueblo el dia en que debe efectuarse el cambio de domicilio, y desgraciado el imprudente que se halle en el camino que lleva el cortejo. Estas mugeres van siempre perfectamente custodiadas, pues ademas del destacamento de soldados que las precede, van escoltadas por una comitiva de eunucos negros muy poco inteligentes. Cuando uno de estos cortejos pasa por delante de un cuerpo de guardia moro, verificase una evolucion que no deja de ser curiosa para cualquier europeo: luego que las literas ó jaulas en que van conducidas las mugeres del soberano se acercan al cuerpo de guardia, los soldados que se hallan formados en él, á una voz de su gefe hacen un cuarto de conversion volviendo la espalda; de modo que lo que se creeria en Europa un insulto atroz, es entre esta gente una señal de respeto.

D. U.

LOS DOS PLANTADORES.

I.



Rivers y Savigne eran dos jóvenes naturales de uno de los estados meridionales de la Union-Americana que fueron á establecerse en Tejas, nuevamente constituida en república. Una tierna intimidad los habia unido desde su infancia, y despues de haber disfrutado de unos mismos juegos, y compartido los mismos trabajos, sin que nunca hubiese entre ellos el menor disgusto, acababa de asociarse con el objeto de intentar una empresa de la mas alta importancia para ambos. Compraron un terreno de bastante estension cerca del rio Guadalupe, construyeron en él una casa, le desmontaron, y cultivando su propiedad vivian juntos como hermanos. Llenos de confianza en su amistad, se contentaron con estipular que si alguno de ellos desease mas adelante romper la asociacion para irse á habitar á otro paraje, no podria vender su parte á un estraño, sino que deberia cedérsela á su compañero por un precio módico, que este pudiese poder pagar.

Tres años á lo mas habian transcurrido, y ya un establecimiento floreciente, una plantacion fértil, probaban su actividad, y los triunfos que la inteligencia ayudada de un capital pequeño puede obtener sobre la naturaleza. Nuestros dos plantadores tenian diez esclavos; pero estos podian afirmar que su esclavitud era solo en el nombre, puesto que sus dueños les trataban con dulzura y bondad, no ecsigiendo jamás de ellos trabajos superiores á sus fuerzas.

Era el mes de Agosto de 1831, y los negros habian suspendido su faena en el campo para pasar á la sombra las horas mas ardientes del dia. La azada se habia quedado en la tierra, el azadon en el surco, y las plantas se inclinaban marchitas por un sol abrasador. Sentados en un aposento espacioso, cuyas puertas y ventanas estaban abiertas de par en par, Rivers y Savigne conversaban con calor; ambos estaban vestidos con telas lijeras, y á sus pies se veian dos sombreros de paja de anchas alas. Encima de una mesa, colocada delante de ellos, habia una botella de vino de Burdeos, un frasco de aguardiente, y algunos de esos deliciosos melones, cuya frescura es tan grata á los pobladores de los habitantes de los paises tropicales.

—Bien mirado, Savigne, dijo Rivers, llenando su vaso, no veo cómo zanjar la dificultad: igual derecho tenemos uno y otro, somos igualmente dueños de disponer de nuestro corazon y de nuestra vida; nuestros bienes son unos, ambos queremos unirnos á la misma muger, ambos la amamos demasiado para renunciar á ella... La posicion es terrible, y no puede haber entre nosotros ningun arreglo.

—Esto no puede continuar como hasta aquí, añadió Savigne, y es indispensable que tomemos un partido. Si las jóvenes casaderas no escaseasen tanto en Tejas, seria mas fácil resolver.

—Oh! lo que es yo, repuso Rivers, solo amo á Luisa, y ella y no otra ninguna será mi esposa.

—Si puedes conseguirla.

—Dices bien: si puedo conseguirla. Pero ¿sabes lo que haré si no me caso con ella? Me apresuraré á partir para Kentucky.

—Qué disparate! replicó Savigne. No pienses en semejante locura. Escoje otra muger, la que mas te agrade traer aquí, á nuestra plantacion y vivirémos como buenos vecinos, tú con tu nuevo amor, y yo con Luisa.

—Te repito, gritó Rivers, que no renunciaré á ella, á menos que se niegue á casarse conmigo.

—Pues ni yo tampoco, añadió su amigo en el mismo tono:

Ambos permanecieron durante algunos instantes mudos y pensativos, sirviéndose maquinalmente en sus platos, tajadas de melon, y llevando de vez en cuando los vasos á los labios, como para probarse mútuamente que no eran del todo autómatas. Rivers fue el primero que rompió el silencio.

—Suceda lo que suceda, dijo, debemos continuar abandonándonos al destino. Nos conocemos toda nuestra vida, y sabemos que ninguno de los dos somos capaces de recurrir á medios innobles para suplantarnos el uno al otro: que cada uno se dirija á Luisa; ella decidirá, pues ella sola debe ser juez en esta causa.

Savigne no contestó en algunos segundos; mas luego esclamó de pronto:

—Vamos, está visto que los dos somos unos necios.

—Es esa tu opinion? le preguntó tranquilamente Rivers.

—Si por cierto. Digo, repito, y lo juraria, que hemos perdido la cabeza. Cómo! dos amigos como nosotros, que hemos vivido constantemente juntos hasta la edad de veintisiete años, sin que ni un asomo de disgusto haya turbado nuestro cariño, vamos á separarnos, á declararnos la guerra por una muger?

—Pero una muger, contestó Rivers con fuego, puede ser para el hombre objeto de mayor interés que cualquiera otra cosa del mundo: una muger puede ser tan necesaria á su vida como el pan que le alimenta y el aire que respira. Tal es al menos mi opinion, y declaro que una muger no es seguramente una causa fútil de rivalidad. Yo puedo afirmar por mi parte que daria de buena voluntad cuanto poseo, por que nuestras contestaciones versasen sobre cualquier otro objeto.

—Y tienes razon, dijo Savigne, pero seriamos mas que locos, si nos obstinásemos en disputarnos á Luisa, en oponernos el uno á los deseos del otro, como dos enemigos: ¿quien sabe si no acabariamos por serlo verdaderamente...?

—No es eso fácil, replicó Rivers con frialdad.

—Pero si posible, añadió su compañero. Nada temo al presente; pero el porvenir me aterra, y por consiguiente deseo que sin pérdida de tiempo se ponga remedio al mal, terminando para siempre nuestra reyerta.

—Yo lo deseo tambien; ¿pero quién nos pondrá de acuerdo?

—Tú y yo.

—De qué manera?

—Acepta la proposicion que voy á hacerte, y antes de un cuarto de hora no existirá rivalidad entre los dos.

—Esplícate; mas no vayas á hablarme de un duelo, pues esa sola idea me horroriza.

—Antes de llegar á ese estremo preferiria sacrificarte mi amor.

—Cuyo sacrificio no aceptaria yo... No quiero recibir lo que no puedo dar.

—Escucha lo que voy á proponerte: soy de opinion que antes de apartarnos de esta mesa hagamos que la suerte arregle nuestra desavenencia; es decir, que juguemos á los dados nuestra felicidad, despues de darnos palabra de honor de que el que pierda abandonará para siempre toda pretension á la mano de Luisa, y dejará el campo libre á su rival, á no ser, sin embargo, que ella misma rechaze positiva y terminantemente la mano del que gane, en cuyo caso quedará el primero libre de su compromiso con el segundo, despues que este se dé por vencido.

—Imposible! esclamo Rivers, no puedo consentir.....

—Prefieres el que nos degollemos el uno al otro? preguntó Savigne.

—Es verdad! ¡es verdad! añadió Rivers con voz ahogada y lastimera. Bien mirado, si yo pierdo, sé lo que me resta hacer. Acepto tu proposicion... Démonos prisa á concluir.

Savigne tomó un cubilete y dos dados, y dijo:

—Cada uno echará tres veces los dados, y el punto mas alto ganará.

—Corriente, repondió Rivers; pero antes de empezar arreglemos del todo este asunto.

Si la suerte no me es propicia, estoy resuelto á marcharme acto continuo; pero como para esto tendré que venderte mi parte de la plantacion, y como no estaré para ocuparme de negocios pecuniarios, prefiero que los dados decidan tambien quien ha de quedar solo poseedor de nuestras tierras. ¿Te conviene esto?

—Consiento, respondió Savigne; mas con la condicion de que el que pierda conservará sus derechos á la mitad de la cosecha de este año, podrá continuar viviendo aquí diez meses mas, y gozará mientras tanto las mismas ventajas que hasta aquí.

—Convenido.

Tocóle á Savigne ser el primero en echar los dados: tomó el cubilete, le volcó sobre la mesa, y vió que habia sido afortunado, pues contó doce puntos: repitió en seguida la misma operacion, y sacó otros doce.

—Luisa es mia! gritó con acento de triunfo: otra tercer tirada tan feliz como esta, y nada temo.

Púsose pálido Rivers, y de un solo trago apuró el contenido de un vaso grande, que habia llenado de aguardiente hasta la mitad.

—Date prisa á acabar, dijo, pues estoy fuera de mí.

Savigne meneó tercera vez los dados, los arrojó en seguida, y sacó dos puntos. Una sonrisa convulsiva desfiguró la boca de Rivers, y sus ojos brillaron de una manera singular. Arrancó el cubilete de manos de su compañero, permaneció un instante mirando al cielo, como si hubiese sentido que su valor le abandonaba, y luego tiró las piezas.

—Cinco y cuatro, gritó.

La segunda vez logró sacar dos seises.

—Tengo veintiuna por veintiseis, dijo, y aun me falta una tirada.

Despues de enjugarse la frente ajitó Rivers el cubilete, y su trémula mano le volcó en seguida. La suerte acabada de decidir...

—Seis y tres! esclamó con voz fuerte; he ganado!

Y se dejó caer pesadamente en la silla.

Siguióse un silencio de algunos minutos, durante el cual los dos jóvenes, inmóviles, anonadados, y mas parecidos á estátuas que á hombres, ni siquiera trocaron una mirada. Tal vez se preguntaban ambos si su amistad habia ganado alguna cosa en aquella decision de los dados, y si eran verdaderamente mas amigos que lo habrian sido sin semejantes medianeros.

En fin, Savigne se levantó maquinalmente, y dijo con voz seca:

—No está aun todo concluido: veamos ahora quien queda dueño de la plantacion.

—No fuera mejor que esperásemos á otro momento? preguntó Rivers con timidez.

—Has olvidado ya lo convenido? gritó Savigne ¿te negarás á dar cumplimiento á lo que tú mismo propusiste? Ya supongo que habrás quedado satisfecho y querrás dejar las cosas en el mismo estado en que se encuentran... pero yo quiero el desquite.

—Sea como gustes, contestó Rivers, pues tienes derecho á exijirlo.

Y tomando el cubilete, sacó tres y blanco. Savigne echó un cuatro y un as, y su rostro recobró su espresion de júbilo.

—Estamos pagados, dijo: tuya es Luisa y la plantacion es mia. Pero supongo que no habrás olvidado una de las claúsulas de nuestro convenio. ¿Qué dirias tú, Rivers, si ahora, que nada posees, se negase Luisa á dar su mano? Entonces me llegaria la vez á mí, y á fe, querido, que podria suceder muy bien que ganase la muger como he ganado la hacienda.

Los celos pusieron encendidas las mejillas de Rivers, y á un observador le hubiera sido fácil conocer que espresaban sus palabras mas confianza de la que realmente sentia su corazon cuando repuso:

—Tengo demasiada fe en Luisa para creerla ni un solo instante capaz de tanta bajeza.

—La fe proclama milagros con mucha facilidad, replicó Savigne; pero muchos mentis suele recibir.

II.

En la opuesta orilla del rio Guadalupe, á dos ó tres millas de la plantacion de Rivers y Savigne, se hallaba una casa de bastante estension, en la que habia residido un tal Nicolás Lamar, descendiente de una de las familias españolas establecidas en Méjico antes de su separacion de la España. Habia ya bastantes años que Lamar habia muerto, y salvo los recuerdos que de él ecsistian en los corazones de su viuda y su hija Luisa, la bella criolla, como la llamaban

generalmente, nada quedaba que señalase su paso por la tierra, á no ser un rústico sepulcro de madera, construido en el jardin, en el que fue enterrado, segun la costumbre de los colonos de la frontera. Algunos árboles de la China, cuyas ramas inclinadas ofrecen un aspecto lúgubre, habian sido plantados al rededor de su última morada, y á pocos pasos de la tumba se veia un banco, formado con raices y ramas, en el cual la viuda y su hija pasaban por lo comun las horas mas ardorosas del dia. La casa y sus dependencias eran conocidas con el nombre de la Barca, en razon á que Lamar tenia una lancha, con la que pasaba de una á otra orilla del rio á los viajeros que lo deseaban.

En una escursion que hicieron Rivers y Savigne á las praderas del Oeste, se detuvieron en la Barca algunas horas, y habiendo visto allí á la bella criolla, ambos se enamoraron de ella perdidamente. Despues de esta primer entrevista, uno y otro volvieron con frecuencia á la casa de la viuda: ya eran algunos asuntos urgentes, ya la casualidad ó cualquier otro motivo lo que les hacia atravesar el rio; pero, cosa rara, ninguno de ellos tuvo nunca necesidad de servirse de la lancha sino cuando su amigo no le acompañaba.

Hasta el dia en que empieza esta historia no habian pronunciado nuestros jóvenes palabra alguna que pudiese ser considerada como una declaracion de amor; pero las mugeres adivinan lo que les pertenece, y Luisa sabia muy bien á qué atribuir las visitas de los dos amigos.

El mismo dia en que tuvieron lugar los sucesos que dejamos referidos, Rivers montó á caballo á la caida de la tarde, se dirijió á la Barca, y pasó algunas horas debajo de aquel techo, mucho mas querido para él que el que por la mañana era suyo aun; pero que ya no le pertenecia. Sin embargo, nada dijo de esto y, lo que es mas, ni aun pensó en ello: el porvenir estaba abierto delante él, y tenia mas probabilidad que nunca de conquistar el mas precioso tesoro del mundo.

Dos meses transcurrieron, y durante este tiempo declaró su amor y fue aceptado. Savigne, respetando lo convenido, ni siquiera atravesó una sola vez el rio; mas los celos y la desesperacion habian cambiado totalmente su carácter: estaba taciturno, mal humorado, y huia de todos los que le rodeaban. Segun le manifestó á Rivers, habia abrigado la esperanza de que no dando oidos Luisa al amor de su amigo, romperia de este modo sus compromisos con él; pero como diariamente recibia pruebas de su error, se exasperaba mas y mas, y la pérdida de su ilusion le dejaba á merced de sus pasiones, como un buque sin timon lo está á la de las olas. Hasta entonces habia obedecido Savigne á los preceptos de la mas estricta delicadeza; si no hubiese conocido á Luisa, ó si hubiera sido amado de ella, indudablemente habria alcanzado puro y sin mancha el término de su vida; pero ahora, dominado por la influencia de una idea fija, todos sus nobles sentimientos parecian haberse desvanecido como el humo, y poco á poco llegó á habituarse á abrigar pensamientos que dias antes habria desechado con horror.

Sospechando Rivers lo que pasaba en el corazon de su amigo, quiso abandonar la casa, para evitar de este modo una lucha abierta, ó tal vez peligros ocultos. Sin embargo, aunque tenia la suficiente esperiencia para saber hasta qué estremo arrastra la pasion á los hombres, sobre todo cuando se vive en un desierto y se carece de distracciones, el afecto, y la estimacion que le habian inspirado durante tantos años el carácter de Savigne, le hicieron casi avergonzarse de sus sospechas, y combatieron largo tiempo en su pecho con el deseo de poner en práctica una separacion tan vergonzosa para su compañero.

Mientras que era presa de esta incertidumbre, un suceso, que estaba lejos de esperar, le hizo conocer la necesidad que tenia de poner término sin pérdida de tiempo á una posicion que ya no podia creer esenta de peligro. Habiendo ido una mañana á cazar á la pradera, le ocurrió, sin saber por qué, meter la baqueta en el cañon de su arma; á pesar de que él mismo la cargó el dia anterior, vió con horror que habian introducido en él una gran cantidad de pólvora: por consiguiente, si hubiese hecho fuego, indudablemente se habria reventado. Un estremecimiento glacial recorrió todos sus miembros, y al mismo tiempo le decia una voz secreta que su amigo era el autor de semejante maldad. Sin embargo, no volvió á la plantacion hasta la hora que acostumbraba, y á nadie participó su descubrimiento.

—Has matado algo? le preguntó Savigne

sentándose frente á él para almorzar.

—Mi primer tiro no hubiera dejado de matar algo, respondió Rivers; pero no salió.

—Eso no es estraño, añadió su compañero con voz trémula.

Rivers notó su turbacion y la palidez de su rostro; mas guardó silencio.

Luego que terminó el desayuno, montó á caballo y se dirijió á la Barca. Por el camino fue pensando en que ya era tiempo de participar á su amada lo que hasta entonces no se habia atrevido á comunicarle, y resolvió hacerlo; pero al llegar á la casa de la viuda, encontró á la jóven tan alegre, tan contenta, tan poco preparada á escuchar tristes noticias, que de hora en hora fue retardando el cumplir con el penoso deber que se habia impuesto, y llegó la noche sin hacerlo.

Despues de cenar, y cuando ya la luna alumbraba las flores y los árboles del jardin, los dos amantes fueron á sentarse en el banco rústico cercano al sepulcro. Sola con el que amaba y en medio de la tranquilidad y del silencio de la noche, la jóven criolla estaba seria y pensativa, aunque tal vez era mas feliz en aquel momento que en los anteriores.

—Luisa, le dijo Rivers, antes de separarnos tengo que participaros cosas muy tristes.

—Como! esclamó la criolla, entremeciéndose, os ha sucedido alguna desgracia?... Hablad... Bien sabia yo que no acabaria el dia de hoy sin que esperimentase algun pesar, pues he estado antes muy alegre.

—Me veo obligado á dejar al instante este pais y volver á mi patria.

—Qué oigo! dijo Luisa, retirando apresuradamente una de sus manos, que el amante apretaba entre las suyas. ¿Qué causa motiva ausencia tan repentina? Preciso es que esa resolucion sea de hoy mismo, pues nada me dijisteis ayer de semejante cosa.

—No he tenido valor para ello antes de ahora. Era tan feliz, que para decidirme á hablar he esperado á cuando ya no podia pasar por otro punto... Además, he temido afligiros.

—Os suplico que os espliqueis y no me tengais en esta ansiedad... Ay! ¡era yo demasiado dichosa para que lo fuera largo tiempo!

El abatimiento y la trémula voz de la jóven, mas elocuentes aun que sus palabras, descubrieron á Rivers lo muy amado que era.

—Luisa, repuso, no dudo que me bareis la justicia de creer que mi amor es sincero, franco y leal, como debe serlo el de un hombre honrado.

Los ojos de la jóven se bañaron en lágrimas.

—Seré siempre fiel á los principios que me han guiado, añadió el amante; no quiero ocultaros nada, no quiero engañaros en lo mas mínimo.

Rivers contó á la bella criolla cuanto le habia ocurrido con su amigo, afirmándola que estaba resuelto á quitarse la vida si los dados le hubiesen sido fatales, y que esto le hizo consentir en que la suerte decidiese quien de ellos quedaria dueño absoluto de la plantacion, concluyendo por referir las sospechas que le inspiraban los celos de Savigne, y la circunstancia que le obligaba á ausentarse sin demora. Disponiase en seguida á pedir á su amada la respuesta que debia decidir de su felicidad y de su porvenir, cuando se detuvo de pronto al escuchar moverse detrás de él las ramas de un grupo de arbustos. Luisa se estremeció; pero acostumbrada, por decirlo asi, á vivir en medio de las fieras de los bosques, no se abandonó al terror. En cuanto á Rivers, sacó una pistola, la amartilló, y despues de haber preguntado por dos veces sin recibir respuesta, hizo fuego á los arbustos. Casi al mismo tiempo partieron dos detonaciones de estos: una bala pasó á dos dedos del rostro del plantador, y su amada se dejó caer en el banco, exhalando un grito. Rivers no dudó que estaba herida, y cojiéndola en sus brazos, corrió hácia la casa, la depositó en una hamaca, y dejándola confiada á los cuidados de su madre, tomó una escopeta de cuatro tiros que habia traido consigo, y se precipitó de nuevo en el jardin para perseguir al cobarde asesino, dispuesto á inmolarle en el acto á su venganza si conseguia encontrarle. Sin inquietarse por los peligros á que se esponia, registró todos los arbustos; pero sin conseguir su objeto. Era evidente que el culpable se habia aprovechado de su corta ausencia para fugarse.

III.

La luna iluminaba la pradera y los grupos de árboles, sembrados acá y allá y se-

mejantes á las islas de un archipiélago; los plañideros gritos de millares de insectos resonaban en el aire; escuchábanse á lo lejos ahullidos de lobos, á los que de cuando en cuando respondian los gruñidos casi humanos de los caimanes; mas allá se descubrian algunos centenares de búfalos montaraces, pastando ó echados en las altas yerbas, y en el recinto de la plantacion dormitaban tranquilamente los rebaños de la viuda. Despues de recorrer el jardin inutilmente, saltó Rivers el vallado que le rodeaba; pero á pesar de que dirijió la vista en todas direcciones, ninguna forma humana pudo ver en la superficie de la vasta llanura. No dudando que el asesino se habria dirijido á la espesura mas cercana, se dirigió corriendo á un encinar de poca estension, que coronaba un montecillo situado á la orilla del rio. Al penetrar en él creyó ver deslizarse un bulto por entre las ramas, cubiertas de hojas á la sazon; aumentó entonces la velocidad de su carrera, siguiendo una estrecha senda que serpenteaba por entre los árboles, y por tres ó cuatro veces se presentó á su vista, desapareciendo en seguida, el mismo objeto. Por último, al llegar al estremo de la vereda, le descubrió de nuevo en la cima del montecillo; pero antes de que hubiese tenido tiempo de apuntarle, se arrojó al rio. Fijó entonces el jóven la vista en este, y vió que un hombre, dentro de un botecillo, procuraba ganar á fuerza de remos la ribera opuesta.

—Detente, le gritó, detente, ó te hago fuego.

Pero solo los sordos ecos del rio le contestaron. El desconocido procuró que el bote se deslizara con mayor velocidad. Una detonacion resonó en el espacio y una bala atravesó el costado de la barquilla; siguióse otro tiro y luego otro: ajitóse el agua á pocas pulgadas del bote; mas el que se alejaba en él, aunque soltó los remos permaneció un instante parado, muy pronto continuó alejándose. Entonces, descargó Rivers el cuarto cañon de su escopeta, y esta vez vió al fujitivo caer sobre la borda del botecillo, hacerle casi zozobrar y desaparecer en el agua, mientras que este, arrastrado por la corriente, se dirijia hácia la costa de la bahia del Espíritu-Santo.

Cuando regresó el jóven á la casa de su amada tuvo el consuelo de saber que la herida de esta, aunque grave, no era peligrosa, pues la bala solo le habia atravesado la parte carnosa del brazo izquierdo.

—Cuan pusilánime sois, le dijo la bella criolla al notar su ajitacion y su palidez. Vais á asustaros por un arañazo? A la verdad que parece que estais mas enfermo que yo. Vamos, qué habeis hecho! ¿qué tiros son esos que he oido á lo lejos?

Rivers refirió lo que acabamos de narrar, y luego que concluyó, añadió Luisa:

—¿Con que habeis matado á un hombre por causa tan pequeña?... Muy severo habeis sido. Pero no, no: ha estado bien hecho, porque sin duda alguna fue su intencion asesinaros, y ha llevado su merecido.

—Teneis razon: es con efecto un acto loable el purgar la tierra de tales monstruos.

—Pero, sabeis quién es? ¿le habeis conocido?

—No me ha sido posible; pero presumo que será mi amigo Savigne.

—Dios mio! esclamó la jóven, ojalá os equivoqueis, pues de lo contrario pronto recibiriamos la visita de los reguladores.

—Oh! nada temo, replicó Rivers; tengo confianza en la justicia de mi causa.

Despidióse, en seguida de las dos señoras, atravesó el rio con la ayuda de Juan el barquero, montó á caballo, y llevando la escopeta apoyada en el arzon delantero de la silla, tomó al galope el camino de su casa, á la que llegó en menos de media hora.

Cuando penetró en las habitaciones interiores, recibió gran placer al descubrir á su amigo recostado en un sofá, y envuelto en las nubes de humo que se escapaban de una de esas largas pipas consagradas por los indios al genio de la paz.

Al siguiente dia notó Rivers que faltaba uno de los negros; y como hablase de ello á Savigne, le contestó este con la mayor tranquilidad é indiferencia que la víspera le envió á pescar al rio, y que su larga ausencia le hacia presumir que sin duda habria zozobrado el bote en que iba, ahogándose el infeliz.

—Tal vez no habrá cumplido bien tus órdenes, repuso Rivers.

Savigne se puso encendido; pero nada contestó.

IV.

Luisa estaba enteramente curada tres se-

manas despues de haber recibido la herida, y la viuda de Lamar habia fijado el dia en que su hija y Rivers debian hacer un viaje á la ciudad inmediata para recibir en ella las bendiciones. Tambien estaba ya decidido que la jóven pareja habitaria la hacienda de la Barca, que necesitaba ser dirijida por un hombre, y mucho mas cuando la anciana madre de la criolla no dudaba que estaba cercana la hora en que iba á reunirse con su esposo en la tumba. No solo, como se puede suponer, el afortunado amante habia desistido de su proyecto de abandonar á Tejas, sino es que tambien acababa de comprar mil fanegas de tierra en las inmediaciones de la plantacion que iba á hacer suyo su casamiento.

Savigne no dejaba escapar entretanto ninguna ocasion de herir el amor propio y provocar al que fue su amigo, para obligarle de este modo á batirse con él, y que con la vida de uno de los dos terminase su rivalidad; pero la firmeza y la sensatez de Rivers fueron mas poderosas durante algun tiempo que los hóstiles deseos del primero. Sin embargo, este se propasó mas que nunca la víspera del dia fijado para el casamiento, y despues de una conversacion muy acalorada juró por su alma qué, hiciese lo que hiciese su compañero, Luisa le habia de pertenecer antes de morir. No pudiendo Rivers contenerse por mas tiempo, desenvainó un largo cuchillo y se lanzó sobre su adversario; pero este se habia armado con prontitud y principió un encarnizado combate entre ellos en la misma estancia donde durante tanto tiempo habian habitado juntos como hermanos, y donde sentados el uno al lado del otro habian recordado los dias de su vida pasada, y formado proyectos para el porvenir. No tardó en brotar la sangre por las heridas que mútuamente se causaron, y habria sido fácil predecir á cualquiera que se hubiese hallado presente que uno de los dos, ó tal vez ambos, no tardarian en ser cadáveres. El ruido de la terrible riña atrajo muy pronto á los esclavos de la plantacion, que arrojaron esclamaciones de horror al descubrir á sus amos pugnando por terminar el uno con la vida del otro; pero los que se batian eran blancos, y ninguno de los negros osó intervenir en su contienda.

En fin, Rivers cayó al suelo y Savigne quiso entonces acercarse á él para rematarle; pero sus fuerzas no pudieron secundar su odio, y despues de algunos vanos esfuerzos para mantenerse de pie, cayó á su vez sin conocimiento. Los esclavos se llevaron á los adversarios á sus respectivos cuartos, donde les hicieron la primera cura.

Aunque con varias heridas graves, Rivers no habia muerto, y al volver en sí, mandó que le trasportasen aquella misma noche á la casa de la viuda de Lamar, á pesar de que el movimiento podia serle fatal; pero antes de dejar la plantacion envió un mensajero á la Barca para que noticiase á las dos señoras que le habia ocurrido una desgracia, y que dentro de una ó dos horas le verian llegar. Mucho trabajo les costó á los negros satisfacer el deseo del jóven plantador, y los que le llevaban en una camilla caminaron tan despacio por temor de molestarle con algun movimiento fuerte, que era mas de media noche cuando llegaron á la hacienda de la viuda. Al ver la criolla á su amante pálido y moribundo, exhaló un grito de dolor y permaneció largo rato anonadada; mas no perdió el conocimiento, y prorumpiendo al fin en lágrimas y sollozos, cubrió de besos las manos del que amaba.

La juventud de Rivers y los cuidados que le prodigaron fueron mas poderosos que sus heridas; y apenas le vió fuera de peligro la bella criolla, anunció á su madre que deseaba ausentarse dos ó tres dias, para visitar á algunas de las familias establecidas en las inmediaciones de la plantacion. La viuda, admirada de semejante proyecto, trató de combatirlo; pero su hija le hizo prepresente que necesitaba distraerse, desechar las penosas impresiones que habia dejado en su corazon la enfermedad de su futuro; y con tantas instancias solicitó, que al fin obtuvo lo que deseaba.

Una mañana salió, de la hacienda, en compañía de una esclava negra y de Juan el barquero, que era blanco, habia servido á su padre y la amaba á ella como á hija suya; y solo volvió al cabo de tres dias, pero seguida de mas numeroso séquito, pues á los que primero la acompañaban se habian agregado cinco ginetes perfectamente armados y cubiertos los rostros con caretas. La viuda adivinó el objeto de la visita de aquellos desconocidos: tan pronto como los vió conoció que eran los reguladores, los representantes de la justicia casi bárbara de las praderas de Tejas, y el aspecto de aquellos nuevos jueces-francos le llenó de hor-

ror. Luisa habia contado la historia de Rivers en todas las haciendas de la comarca; los plantadores se habian conmovido, y reuniéndose sin dilacion, instruyeron el proceso de Savigne sin citar á este á su estraño tribunal. Tomáronse informes, pronunciése una sentencia, y los cinco enmascarados, respetables colonos ó hijos de colonos, eran los encargados de su ejecucion. Pasaron estos el resto del dia en la Barca, tomaron parte en la cena de la familia, bebieron y comieron alegremente, pero ninguno de ellos se descubrió el rostro ni se dió á conocer. Al dia siguiente, hora y media antes de amanecer, ya estaban levantados y dispuestos á ponerse en camino. Sin llevarse los caballos, pero sí las armas, atravesaron el rio, y cuando aparecieron los primeros albores de la mañana, ya habian tomado posesion de uno de los establos de la plantacion de Savigne. Un negrillo, encargado de sacar á pastar las reses, fue el primero que los descubrió, y aterrado con su presencia, volvió á dirigirse á la casa con toda la presteza que le permitieron sus piernas.

—Detente, ó eres muerto, le gritó uno de los desconocidos.

El muchacho no quiso obedecer, y una bala le dejó cadáver. Como una media hora despues se presentó otro esclavo en el establo, maldiciendo entre dientes la pereza del pastorcillo. El miedo que esperimentó al descubrir á los cinco hombres enmascarados estuvo á punto de hacerle caer de espaldas; pero reponiéndose pronto, entornó la puerta que acababa de abrir y huyó hácia la casa. Una segunda detonacion resonó, y otro cadáver quedó tendido en el suelo.

El ruido del tiro despertó á Savigne, que estaba ya casi completamente curado, y á medio vestir salió de la casa para informarse de lo que ocurria. Uno de los cinco reguladores, que se habia ocultado detrás de una esquina, se le presentó repentinamente, y apuntándole con la escopeta, le gritó que si no permanecia inmóvil, le haria fuego. El jóven plantador, conociendo que toda resistencia seria inútil, permaneció en el sitio que ocupaba, mas temblando, pues no dudaba que era llegada su última hora.

—Estoy seguro de que adivinareis lo que aquí nos trae, añadió el desconocido, adelantándose algunos pasos; pero sin bajar el arma. Rivers tiene todavía amigos, aunque os habeis declarado enemigo suyo. En vano intentariais resistir, pues somos cinco hombres perfectamente armados y resueltos á llevar á cabo nuestro propósito: dos de vuestros esclavos han sucumbido ya, y si pronunciais una sola palabra, la bala que encierra este arma os cerrará la boca. Se os va á dar vuestra escopeta, pues no queremos matar á un hombre indefenso.

Savigne pidió con grandes instancias que se le permitiese subir á su cuarto para acabar de vestirse; pero el jefe de los reguladores no quiso consentírselo.

—No, le dijo, porque ahora estáis enteramente á merced nuestra, y si os dejásemos entrar en la casa, es mas que probable que nos jugariais alguna mala pasada.

Volvióse en seguida hácia sus compañeros, les hizo señas de que cercasen al plantador, y penetrando él en la casa, tomó una de las escopetas que encontró en ella, la cargó y fue á presentársela á la víctima, diciéndole:

—Os concedemos el que podais apartaros sesenta pasos, y llegado á esta distancia sois dueño de huir y hacer de este arma el uso que querais, pero si intentais dispararla antes, cinco balas os atravesarán el cuerpo. Dad, pues, sesenta pasos, y al sesenta y uno os haremos fuego

Resistir á esta disposicion era imposible, y por lo tanto Savigne se resignó á contar los sesenta pasos que se le designaban. Apenas los hubo dado, disparó apresuradamente la escopeta sin herir á nadie, la tiró en seguida, y dió á huir con toda la velocidad que pueden prestar el terror y un cuerpo naturamente ágil. Tres detonaciones se dejaron oir; pero solo una bala alcanzó al fugitivo, causándole una herida tan leve en una pantorrilla, que no le impidió continuar la carrera con igual rapidez que antes. Seguido de cerca por sus cinco perseguidores, y oyendo resonar sus pasos muy inmediatos y silbar las balas á derecha é izquierda suya, conocia que cada momento que le robaba á su destino, solo era una prolongacion de las agonias de la muerte á que no podia escapar.

Sin saber casi por donde caminaba, ganó instintivamente un matorral que costeaba el rio, asemejándose á un ciervo herido, que, perseguido por los cazadores, se oculta en la espesura; pero las matas, lejos de serle de alguna utilidad, no hacian mas que entorpecer su fuga, y los numerosos nopa-

les que allí habia, desgarraron tan cruelmente sus pies con sus mil puas, que vencido por el dolor y descubriendo cercano el rio, se precipitó en él de cabeza. Mas de un minuto permaneció debajo del agua, calando con vigor para apartarse de la orilla; pero cuando su cabeza apareció en la superficie, los reguladores, que le buscaban con la vista desde la orilla, no tardaron en descubrirla: una descarga de cinco tiros resonó en el espacio, y cuatro balas rompieron el cráneo del desgraciado jóven, á quien el amor enloqueció haciéndole asesino y casi fratricida.

Los cinco enmascarados, á un tiempo jueces y verdugos, se hallaban de vuelta en la Barca para la hora del desayuno; y terminado que fue este, uno de ellos le dirijió la palabra al amante de Luisa, hablándole en estos términos:

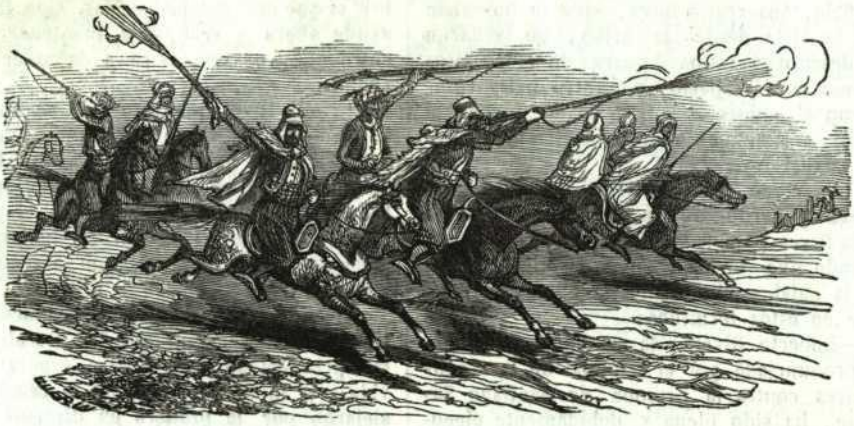
—Roberto Rivers, la sentencia de muerte pronunciada por el tribunal de los reguladores contra la persona de Santiago Savigne, ha sido plena y debidamente ejecutada: el reo ha espirado en la mañana de hoy, arrepentido sin duda de sus crímenes, y convencido de lo justo del fallo de sus compatriotas. Si su cuerpo llega á ser descubierto en el rio, es deber vuestro el darle honrosa sepultura, pues la ley, a pesar de su severidad, ordena que toda animosidad se estinga con la vida, y que la zizaña sea arrancada y sepultada en la misma tumba que el que la sembró. Todas las faltas de Santiago Savigne están ya purgadas, y hoy solo debeis acordaros de que fue largo tiempo vuestro amigo. Tambien el tribunal ha dispuesto de los bienes del difunto, ordenando que la totalidad de la plantacion se os entregue sin cargas, gastos ni formalidades, y que vuestros hijos y herederos la disfruten perpetuamente como sus únicos y verdaderos propietarios, por ser esta la voluntad del tribunal, cuyas decisiones son irrevocables, y atraen un inevitable castigo sobre el que osa desobedecerlas. Que Dios nos ayude ahora y siempre á mantener la paz entre nuestros vecinos, y á defender sus derechos.

Rivers tuvo que jurar en seguida con la mano puesta sobre una Biblia que jamás haria traicion á los reguladores ni levantaria la mano sobre ellos, antes bien les prestaria ayuda y proteccion ínterin el pais necesitase sus servicios, por no hallarse establecidas leyes regulares que arreglasen el curso y la ejecucion de la justicia.

Hecho esto, los cinco desconocidos manifestaron á los novios que les deseaban toda las prosperidad que podian esperar de la vida, y montando despues á caballo, se alejaron por la pradera en diversas direcciones.

Rivers envió varios negros á buscar el cadáver del que fue su amigo; pero no lograron encontrarle, sin duda porque los caimanes lo habrian devorado. Algunos dias despues tomó posesion de la hacienda de Savigne, y luego que se restableció completamente, se unió á la bella criolla. En el banquete de boda, cinco colonos, que entre otros muchos habian sido convidados con sus familias, propusieron al mismo tiempo un brindis *al honor y á la justicia*; mas ninguno hizo alusion á los reguladores.

T. M.



SIMULACRO DE COMBATE.



Uno de los ejercicios que mas gusta á los árabes es el simulacro de combate ó *correr la pólvora*, como se dice entre los berberiscos vecinos á nuestras posesiones de Africa. Grandes bandadas de ginetes armados de pistolas y fusiles, y montados sobre corceles ricamente enjaezados se abalanzan á rienda suelta, los unos al encuentro de los otros, disparando sus escopetas cargadas de pólvora y blandiéndolas en el aire. Las filas no tardan en mezclarse y confundirse, los justadores se persiguen, se cruzan, se atacan, y se vuelven, con una presteza y agilidad que hacen tanto honor á los caballos como á sus diestros ginetes. Las evoluciones mas sorprendentes de la gimnástica ecuestre solo son un juego para ellos. A traves de la nube de humo y polvo que los envuelve, se les ve despues de haber hecho fuego tirar su fusil al aire y volverle á tomar con mano firme sin parar en la carrera. Algunos hay que despues de haber disparado, dejan caer el arma sobre la arena, retroceden repentinamente, la cogen, siempre al galope, la vuelven á cargar, y repiten este juego de fuerza y destreza en medio de los estrepitosos aplausos del gentio que los contempla. Concluido aquel simulacro de combate se dan mil parabienes al que ha alcanzado el honor de la jornada: las felicitaciones le llueven por todas partes, y su tribu se regocija de contarle en el número de sus hijos.

V. U.

Á UNA ROSA.

Permite, flor, que al instante
Llore tu belleza suma,
Pues desgraciada y hermosa,
Son frases que el mundo aduna.
ORELLANA.

Eres emblema de amor,
¡Oh rosa fragrante y bella!
Y tu purpúreo color,
Es semejante al rubor
De la tímida doncella.
Cabe la parlera fuente
Que monotona murmura,
Bebes su clara corriente,
Y embalsamas el ambiente
Con tu aroma y tu frescura.
En tu lecho reclinada
Ostentas tu lozanía,
Y del rocío bañada,
Con sus perlas coronada
Ves llegar el nuevo dia.
Tú inspiras al ruiseñor
Melancólicas canciones,
Y ante tí, divina flor,
Plañe su perdido amor,
Sus placeres é ilusiones.
En el pensil te adormece
El arrullo de la brisa,
Que juguetona te mece,
Y tu corola parece
Que refleja una sonrisa.
Pero, escucha; desconfía
De tu naciente esplendor,
Que tal vez no dure un dia,
Mira que la suerte impía
Faláz te sonríe, flor.
Teme verte deshojada
Y marchita tu ilusion,
Pues en tu tallo tronchada
Serás, rosa, arrebatada
A impulso del aquilon,
E impelida en la corriente
De aquella parlera fuente
Que amorosa te arrullaba,
Y que tus hojas besaba
Con su linfa trasparente.
. . . . . .
Por lo mismo, bella rosa,
Que cual tú no hay flor ninguna,
Será tu suerte horrorosa,
Pues desgraciada y hermosa
Son frases que el mundo aduna.

J. T. Y RODRIGUEZ.



DON MELCHOR DE MACANAZ.



Nació este ilustre y sabio español en Hellin, villa del reyno de Murcia, en 16 de Febrero de 1670. Fueron sus padres don Melchor y doña Ana Ribera, ambos de ilustre nacimiento. Estudió en Valencia y en Salamanca, y despues pasó á la córte donde adquirió sumo crédito con el buen desempeño de varios encargos que le cometieron el cardenal Portocarrero, el conde de San Estevan de Gormas en las jornadas de Portugal y Cataluña, y el marqués de Aitona en la toma de Castel-David, y sobre todo en la direccion de las obras esteriores de Monjui. Cárlos II le nombró su secretario, y Felipe V, cuyo ejército siguió hasta la rendicion de Elche y Cuenca, le distinguió con su estimacion; y era tal el buen concepto que se habia grangeado de parte de este monarca que, necesitando el presidente de Castilla don Francisco Ronquillo de una persona de consejo, Felipe depositó la confianza en Macanaz, quien desempeñó sus obligaciones con el mayor celo, y con particular acierto en tan críticas circunstancias. En seguida le fue encargada la planta y nueva forma de gobierno para el reyno de Aragon, y despues de la batalla de Almansa y conquista de Valencia, la comision de bienes confiscados de aquel reyno y la fundacion de San Felipe, premiándole el monarca sus servicios con bastante largueza. Acompañó al duque de Orleans en la toma de Tortosa, y fueron tan acertados sus consejos que el duque confesó al Rey que debia la conquista á Macanaz: y por lo mismo á propuesta del príncipe se le confió el arreglo de su gobierno político. Lo hizo asi, y á pesar de que el modo de pensar del presidente Ronquillo le causó bastantes disgustos, no por esto dejó de trabajar incesantemente por el

bien de la patria. La supresion de los consejos de Italia, Aragon, Flandes, y la de la junta del real erario formada en Aragon fue obra de Macanaz. Se le confió la intendencia de este reyno, en cuyo destino trabajó constantemente para restablecer el órden preciso en aquellas circunstancias, siendo de notar que para desempeñar su destino con todo el esmero que se requeria, renunció varios empleos elevados, y aun el de enviado estraordinario al congreso y ciudad de Utrech. Cuando el Papa Clemente XI propuso á Felipe V, por mediacion de Luis XIV, la paz y la reconciliacion de las dos cortes, Macanaz tuvo órden de pasar á Paris para ajustarla; sin embargo no habia marchado aun, y creyéndose que era necesaria su permanencia en Madrid, se le confió el difícil destino de fiscal general del reyno. Entonces desplegó todo el fondo de sus vastos conocimientos y todo su celo y amor al Rey y á la patria, abriendo las puertas á la ilustracion y al bien general, hasta que por falta de salud tuvo que hacer dimision y pedir permiso para pasar á Francia. A pesar de los grandes servicios que habia prestado á la monarquia, y del desinterés con que habia siempre trabajado por el bien público, se habia creado varios enemigos cuyo número aumentaban la envidia y los celos, y hubo quien no pudo mirar con indiferencia la estimacion que hacian de su mérito los Reyes y los buenos españoles, y la envidia fue la que le ocasionó una persecucion, cuya notoriedad nos dispensa de entrar en sus pormenores. Permitiósele quedar por entonces en Francia, donde si bien no cobraba la pension que el Rey le habia concedido, no quiso aceptar la que se le ofrecia en Francia, aunque se le dió licencia por el ministro mismo que le perseguia. Macanaz conoció sin duda la intencion de su adversario, y supo prevenir el golpe dando al mismo tiempo una prueba de su desinterés. Algun tiempo despues nombrósele enviado al congreso de Cambray que se disolvió por la paz de Viena; entonces se le mandó pasar á Bruselas y á Lieja, y en esta ciudad desatendió obstinadamente las sugestiones del príncipe Eugenio de Saboya, que habia proyectado hacerlo pasar á Viena ofreciéndole ventajas considerables capaces de seducir á otro que no fuese Macanaz. Se le envió á Paris para arreglar los intereses de España con el Cardenal de Fleuri, para cuyo negocio llevaba un poder tan absoluto, que el Cardenal admirado dijo, que jamas se habia dado otro igual, ni él lo tenia en Francia, añadiendo con esclamacion: *¡Dichoso el Rey que tiene tales ministros!* A pesar de la grande confianza que se le dispensaba crecian sus urgencias, de lo que noticioso el Rey Fernando VI, siendo aun príncipe, le socorrió de su propio bolsillo, todo lo cual daba mayores ocasiones á sus enemigos para que no cesasen de urdir tramas á fin de derribarlo. Hasta entonces sus esfuerzos habian sido en parte inútiles, los Reyes continuaban prodigando á Macanaz toda su confianza, y la Reyna, primera muger de Felipe V, poco antes de morir le encargó encarecidamente la conservacion del Rey, de sus tiernos hijos y de sus amados vasallos, y el mismo Felipe mantuvo con él una especie de correspondencia epistolar. Subió Fernando VI al trono, y quiso valerse de Macanaz, pero sus contrarios supieron persuadir al monarca que solo Macanaz podia asistir á la paz general que se habia de ajustar en Breda, y que despues se concluyó en Aquisgram. En efecto, pasó á Breda, y cuando tenia preparada en Febrero de 1747 una paz mas ventajosa que todas las que se habian hecho desde el reynado de los Reyes católicos hasta aquel tiempo, segun la opinion de muchos, recibió la órden para retirarse á España precipitadamente; y en Vitoria fue preso y conducido al castillo de Pamplona, y despues al de San Anton de la Coruña. Allí le pusieron incomunicado privándole de sus libros, y apoderándose tambien de sus escritos que pasaban de doscientos volúmenes en fólio; y es de admirar que mientras sufria todos estos males otorgó su testamento legando sus escritos á la biblioteca real, y todos los libros que poseia y no existian en dicha biblioteca. Se resignó de tal modo á su suerte, que mientras estuvo en aquella injusta prision, jamás se le notó alteracion alguna. Por fin, el bondadoso Cárlos III luego que subió al trono, le concedió libertad y permiso para retirarse á su casa, donde murió seis meses despues á los 90 años de su edad. Macanaz durante el curso de su vida manifestó un carácter dulce y apacible; era afable de costumbres y estaba dotado de superiores conocimientos, de los cuales, como hemos dicho, habia dado eminentes pruebas en los varios empleos que habia desempe-

ñado. Era incansable en el trabajo, y su laboriosidad y sus desvelos crecian á la par de los bienes que meditaba prodigar á sus semejantes. Dispuesto siempre al servicio de SS. MM., jamás desmintió ni su fidelidad ni su delicadeza. Otra prueba de su asombrosa instruccion fueron sus escritos, que aunque en parte adolecen, segun dice un escritor, del gusto de su tiempo, tienen mérito esencial, y sobre todo el de la universalidad de materias, varias de ellas tratadas con estrema delicadeza; en una palabra, Macanaz fue sabio político, escritor profundo, ministro tan celoso como perseguido, y ejemplo de conformidad en la desgracia.

B. U.

UN HOMBRE DE PARTIDO.

I.



La derrota de Culloden, la fuga del pretendiente, y la inaccion en que permanecia este desde su regreso á Francia, eran para los partidarios de los Estuardos, otros tantos motivos de pesar, pero no de desesperacion. Doce años trascurridos sin tentativas de ninguna especie, y en cuyo tiempo la casa de Brunswick se habia afirmado mas y mas en el trono, no habian bastado aun para destruir enteramente sus ilusiones. Solamente que en las baterías asestadas contra la raza usurpadora, á falta de cañones, hacian uso de la intriga: á pesar de no ser mortífera esta manera de combatir no dejaba de producir malos resultados, y mas de una vez habia entorpecido gravemente la marcha del gobierno. Jorge, á quien no se le proporcionaba la ocasion de una batalla campal para concluir de una vez con la agresion de sus enemigos, trató de vencerlos separadamente, y para conseguirlo recurrió á las armas de la seduccion.

Pero lo mismo que todos los partidos, el de los Estuardos se componia de algunos gefes honrados y fieles á sus principios, y de una gran porcion de ambiciosos oscuros, de intrigantes subalternos, de hombres perdidos y llenos de deudas, de descontentos de todas clases, de hombres, en fin, que no teniendo nada que perder, podian ganar mucho en un cambio de situacion. Los primeros no eran hombres que sacrificaban sus convicciones por recompensas de ninguna especie: todas las caricias y halagos que se les hacian eran perdidos é infructuosos. En cuanto á los últimos, prontos siempre á entregarse á el que mas diera, hubiera bastado hacerles muchas promesas y cumplir algunas para atraerlos á cualquier partido; pero su número era harto considerable, y su valor individual demasiado ínfimo para que este medio fuera puesto en práctica por un gobierno celoso de su honor.

Sir Eduardo Melvil era uno de los gefes mas jóvenes y caballerescos del partido de los Estuardos. Su importancia, justificada por cualidades brillantes, habia llamado frecuentemente la atencion de los hombres que

empuñaban las riendas del estado, pero todos los manejos seductores de la coqueteria gubernamental se habian estrellado ante la firmeza y lealtad de su carácter. No se le podia acusar de ser un conspirador oculto y tenebroso: sus conferencias eran partidas de caza, sus luchas carreras de caballos, sus indicaciones políticas brindis mas ó menos simbólicos; cifraba su orgullo por ejemplo en matar la mejor res en una cacería, en sostener la apuesta mas enorme, en dar el banquete mas espléndido; los periódicos *torys* estaban llenos de noticias que referian la certera punteria de sus tiros, las cantidades que habia perdido ó ganado, la calidad fastuosa de los manjares y vinos prodigados en sus fiestas gastronómicas. Esta manera de manejar la política tenia muchos atractivos y le habia valido una corte numerosa, compuesta de *gentlemen* arruinados, á quien sus liberalidades consolaban de los rigores del juego ó de la devoradora avidez de las mugeres; habia tambien en ella algunos poetas oscuros por el poco éxito y celebridad de sus obras, quienes hallaban mucho mas natural atribuir la indiferencia del público á su propia ignorancia que al *poco mérito* de sus versos.

Eduardo se paseaba un dia á caballo en los alrededores de Lóndres, con uno de sus inseparables. El tiempo era magnífico; la atmósfera se hallaba completamente despejada de niebla; el cielo estaba puro y sereno, y los rayos del sol aumentaban el brillo y hermosura de aquellas praderas que son el orgullo del cultivador inglés. Imposible hubiera sido al hombre mas melancólico sustraerse á la influencia benéfica de aquella fisonomía risueña y animada que tenia la naturaleza. Una idea loca cruzó la imaginacion de Eduardo.

—Jaime, le dijo á su compañero, te propongo una *carrera de campanario*.

—Acepto.

—Apuesto cien libras.

—Las sostengo. ¿Cuál ha de ser el término?

Eduardo estendió el brazo derecho y señaló la veleta de una torre que se destacaba en el horizonte en el color azul del cielo, detrás de una espesura de árboles.

—¡Diablo! dijo Jaime, la torre que me enseñas nos anuncia algun castillo cuyo dueño podrá tener tal vez la osadía de decirte que no estás aquí en tus posesiones.

—No aceptas, cobarde?

—Nunca lo soy: acepto.

Y los dos ginetes, asegurándose en las sillas, se abandonaron al ardor de los caballos, cuya emulacion contenida hasta entonces, no necesitaba estímulo de ningun género.

Jaime aceptó pues; pero esto no era suficiente para ganar la apuesta: era menester que no se parase en el camino. Pero un malhadado barranco se cruzó en su carrera, y habiendo tenido á bien su caballo desembarazarse de su peso al saltarle, tuvo que hacer un alto forzoso en la alfombra de yerba mas suave y blanda que puede imaginarse. El fogoso bruto, á quien esta primera escapada habia agradado sobremanera, empezó entonces á dar coces y saltos por la pradera, de una manera muy graciosa y divertida, tanto que Jaime, despues de haberse asegurado de no haber recibido lesion alguna, quiso cogerle, pero fue en balde, y durante un cuarto de hora caballo y ginete parecieron estar jugando.

Mientras esto pasaba, Eduardo, que no habia reparado en la aventura de su competidor, seguia victoriosamente su carrera, y saltaba con la mayor gracia y soltura los barrancos, barreras y demás obstáculos que se le oponian en los accidentes del terreno. Se aproximaba rápidamente al término que habian fijado, y se desarrollaba magestuosamente la fachada del castillo á la distancia de media milla.

Dos hombres, el amo y un criado, montaban á caballo en aquel momento delante de la puerta principal; sus miradas se fijaron con sorpresa sobre aquel desconocido que parecia no tener ni la mas mínima idea del respeto debido á la propiedad agena. Pero si la primera impresion fue de cólera, la segunda fue de admiracion. Habia efectivamente en el aire del caballo y en la sangre fria del ginete, motivos suficientes para escitar el entusiasmo de un inteligente.

Eduardo llegó sin obstáculo al término, y volviéndose para medir con la vista la distancia que habia atravesado y que le separaba de su competidor, vió al infortunado Jaime entregándose al ejercicio saludable y recreativo que hemos descrito arriba. Este espectáculo promovió en el vencedor un acceso de hilaridad tan franco y contagioso, que los dos ginetes correspondieron con una carcajada no menos ruidosa y prolongada. Eduardo vió entonces que no estaba solo, y

aproximándose al dueño del castillo le saludó con la mayor cortesanía, y le rogó que le dispensara su proceder imprudente.

—Yo soy, caballero, contestó este, quien os debe dar las gracias por el placer que me habeis proporcionado. No habia visto aun reunidas en un ginete tanto atrevimiento y sangre fria, y si no temiera cometer una indiscrecion, manifestaria el deseo que tengo de saber el nombre del apuesto caballero que ha sabido grangearse en un momento todas mis simpatías.

—Me llamo Melvil, dijo Eduardo inclinándose.

Hubo entonces un momento de silencio; el nombre de Melvil parecia haber hecho mucha impresion en el dueño del castillo; pero pronto sucedió que su fisonomía tomó un aspecto mas franco y abierto, y que á la ceremoniosa política se unió la afabilidad propia de un hombre que quiere ganar un partidario ó un amigo.

Despues de varios cumplimientos, dichos por ambas partes con tanta finura como buen gusto, el dueño del castillo propuso un paseo que fue aceptado por Eduardo con el mayor placer, y convinieron en que entretanto iria el criado á prestar ayuda al pobre Jaime, que apuraba sin ningun resultado todos los recursos de la sábia teoría de las marchas y contramarchas, para capturar á su jovial y burlona montura.

El dueño del castillo tenia próximamente la edad de Eduardo, y contaba aun al parecer dos ó tres años menos; pero habia en su conversacion una delicadeza esquisita, nada ofensivo en lo concerniente á la política; un espíritu dominante de conciliacion cuando no estaba de acuerdo con su interlocutor; ni una palabra que pudiera ser desfavorablemente interpretada; y un deseo evidente de complacer. Eduardo estaba contentísimo, y á pocas palabras que hubiera adelantado su amable *Cicerone*, hubiera cambiado con él de muy buena gana un juramento inviolable de amistad.

—Por muy incansable que seais, dijo al fin este, supongo, Sir Melvil, que una proposicion de mi parte no os parecería completamente desprovista del mérito de la oportunidad, siempre que tuviera por objeto el proporcionaros, al abrigo del sol, un asiento mas blando que la silla de vuestro caballo; aceptad hasta la tarde la hospitalidad que os ofrezco cordialmente.

—Confieso francamente, contestó Eduardo, que esa proposicion no merece una acogida desdeñosa; sin embargo, aprovecharé gustoso esta ocasion para averiguar el nombre del que me dirije un convite tan amable.

—Me llamo Jorge, príncipe de Gales.

Eduardo paró su caballo al momento; su fisonomía, de franca y risueña que era, se tornó grave, y su ademan cortado manifestaba bien á las claras la embarazosa situacion en que se hallaba.

—Sir Melvil, prosiguió el príncipe con la sonrisa en los lábios, en el terreno de la política somos enemigos: pero aquí solo hay dos caballeros amigos de placeres, que disfrutan juntos de algunos momentos de distraccion, y que conservan la libertad, despues de ser de nuevo enemigos irreconciliables.

—Señor, tanta bondad y finura me confunden, pero me debo todo á mi partido; aceptando el convite que V. A. se ha dignado hacerme, me desacreditaba en el concepto de los mios; permítame pues V. A. que no acepte, pues en mi lugar hariais lo mismo.

—Sir Melvil, vuestros escrúpulos me parecen algo exagerados, sin embargo, toman su orígen en un principio muy noble, y temeria yo ser importuno insistiendo en mi proposicion. Admitid la sincera espresion del sentimiento que me causa el que no podais aceptarla, y de la verdadera estimacion que tributo á vuestro carácter noble y caballeresco.

El príncipe le saludó afectuosamente y se alejó.

Entonces llegó Jaime; habia conseguido por fin apoderarse de su rebelde bucéfalo, gracias al auxilio eficaz que le prestara el criado del príncipe.

—¿Con quién hablabas? le preguntó á Eduardo.

—Con el propietario de ese castillo.

—Se puede alabar de tener una posesion que pudiera muy bien llamarse Real.

—Y lo es, Jaime; si nuestra carrera al través de campos y vallados no nos hubiera desorientado un poco, hubiéramos evitado la torpeza de no conocer el dominio del que lleva el título de heredero de la corona de Inglaterra.

—¿Es posible?... Ese jóven...

—Era el príncipe de Gales.

—¿Y te ha dirigido la palabra?

—Ha hecho mas aun; me ha convidado á comer.

—¿Sabiendo quién eres?

—Sabiendo quien soy.

—¿Y has aceptado?

—He rehusado.

—Bien, Melvil, muy bien; ese rasgo de delicadeza hará honor á nuestro partido; es menester que todo Lóndres lo sepa esta noche, y yo me encargo de darle publicidad.

II.

La fortuna de sir Eduardo Melvil hubiera permitido á un simple particular que hiciera un papel asaz brillante en el mundo, pero insuficiente para un gefe de partido, dotado de un carácter esencialmente generoso y desprendido. De aquí resultó que aumentando diariamente los gastos, las rentas disminuian gradualmente, hasta que los inflexibles y frios razonamientos de los números le probaron, por el órgano de su mayordomo, que, si no adquiria garantías nuevas, sus recursos se verian reducidos á la nada dentro de un breve plazo.

Eduardo pensó entonces en recurrir á un medio que no suele ser eficaz, porque se suele echar mano de él cuando ya es tarde para que produzca efectos saludables: intentó introducir la reforma en su casa y en sus costumbres. Todo lo mas que esto podia producir seria retrasar algunos meses la catástrofe. Sin embargo, la planteó concienzudamente y de buena fe.

¿Hay alguien que quiera ver amostazarse á sus amigos y á sus queridas? Que pronuncie la palabra *reforma*. Que lleve la prueba mas adelante; que les muestre que principia á ejecutarla; entonces los verá parodiar con la mayor exactitud á las golondrinas, huir á la aproximacion del viento glacial de su miseria, despues de haberse calentado á su gusto, á los rayos bienhechores del sol de su prosperidad. Esta esperiencia triste fue la que adquirió Eduardo á los primeros embates de la adversidad.

En pocos dias vió desaparecer el enjambre de aduladores y parasitos que se titulaban *amigos suyos*, que solo veian las perfecciones de su carácter al través del prisma deslumbrador y brillante de un banquete ó de una liberalidad. Algunos alegaron la escusa de una ocupacion, un viage ó una enfermedad; estos eran los menos ingratos. Los demas no se tomaron siquiera este trabajo. Verdaderos traficantes de amistad, cuya política concluye con la última moneda del comprador.—¿Teneis dinero? tomad mi mercancía: ¿se os ha concluido? mi almacen se cierra desde hoy para vosotros.

Jaime permanecia á su lado aun, pero no era por cariño; Jaime era uno de esos hombres, esclavos de sus costumbres, que no tardan en tomar una resolucion enérgica por mera pereza; pero en cambio hacia soportar diariamente á Eduardo todo el peso de su mal humor, alimentado por las luchas contínuas de su indesicion.

—Qué locura! qué ceguedad! le dijo un dia á Eduardo. Si la Providencia fuera justa, ¿concederia fortunas considerables á los hombres locos y aturdidos que son incapaces de administrarlas bien?

—Respetemos á la Providencia siempre justa, contestó Eduardo; pero, qué quieres? el mal está hecho; de qué sirve eternizar estériles remordimientos? Ademas, es malgastar el tiempo el hablar de economías rígidas á quien no puede aprovechar ya esas lecciones.

—Seguramente. mas te valia haber seguido mis consejos cuando estabas aun á tiempo de haber evitado este golpe.

—O te chanceas, ó yo carezco de memoria: qué consejos me has dado?

—Muchos y muy sanos. Por ejemplo: ¿no te hice observaciones muy justas cuando fundaste aquel colegio para educar á los huérfanos de los oficiales muertos en la batalla de Culloden?

—Pagaba una parte muy pequeña de la deuda contraida por los Estuardos, y no me arrepiento de haberlo hecho.

—Perfectamente! pero nunca he visto que se paguen las deudas agenas, esponiéndose á hallarse algun dia en la imposibilidad de pagar las propias. ¿Era tambien para pagar las deudas de los Estuardos lo que hiciste el invierno pasado, de distribuir cuotidianamente en tu parroquia víveres y ropas durante tres meses consecutivos?

—La estacion era rigorosa, y los jornaleros carecian de trabajo. ¿Qué seria del pobre si al rico no le ocurriera á veces la idea de darle una pequeña parte de su bienestar?

—Fue una idea feliz, por cierto, que te costó mas de 5000 libras.

—Y cuyo recuerdo me consuela un poco en mi desgracia.

—Bonito consuelo!

—Pero Jaime, ¿por qué acriminas cabalmente las dos ó tres buenas acciones con que cuento para compensar las muchas malas que atormentan mi conciencia? Lo que debes reconvenirme son los gastos que hacia para sostener un lujo innecesario, las apuestas estravagantes, las diversiones tan costosas cuanto estériles, y sobre todo las prodigalidades injustas en beneficio de amigos frívolos, que no tienen hoy mas sentimiento que el de no haber visto redundar en beneficio de su inaccion inútil la limosna arrojada al ciudadano activo y laborioso.

—Sir Melvil, ¿debo considerarme aludido personalmente por las palabras que acabais de pronunciar?

—Cuestion es esa, Jaime, que podreis resolver mejor aun que yo.

—La respuesta es muy amable: comprendo muy bien que las desgracias hayan agriado vuestro carácter; pero como no creo ser la causa de vuestro mal humor, ni estar obligado á aguantarle, no os estrañará que me vaya á buscar á otra parte un semblante mas amable, y palabras mas afectuosas.

—Miserable! dijo Eduardo al verle marchar, no es mi semblante el que ha dejado de hallar amable, sino mi estrella que no es hoy tan brillante como cuando él se plegaba á mis exigencias mas ridículas; y mis palabras él las ha provocado para cubrir su vergonzosa retirada con un pretesto pueril, con un simulacro débil de susceptibilidad!

Abandonado por sus *amigos íntimos*, no halló Eduardo simpatías vivas entre los hombres con quienes habia participado del honor de hallarse á la cabeza del partido. Estos últimos fueron mas lejos aun: no pudieron disimular cierta satisfaccion al verse realzados en toda la estension del descenso que habia hecho su rival brillante, que tantas veces los habia eclipsado. El egoismo de los ambiciosos es á veces mas inexorable y cruel que el de las personas que solo se dejan llevar por un interes mezquino. Qué terreno tan fértil en reflexiones para el pobre Eduardo, que en su aislamiento y soledad no tenia mas recurso que el de meditar! Qué estudio tan terrible de los hombres y las cosas! Hé aqui la razon de haberse desecado tantos corazones generosos, de haber concluido tantas naturalezas privilegiadas, por apagar en el disgusto y la apatía el fuego sagrado que ardia en ellas!

Felizmente, Eduardo tenia una alma de un temple muy fuerte; la esperiencia podia ilustrarle, pero no abatirle.

Un dia le entregaron un pliego, en cuyo sello se veian las armas del príncipe de Gales. Despues de haberlo leido, se quedó sepultado en honda meditacion, de la que salió bruscamente dándose una palmada en la frente: una inspiracion, noble como todas las suyas, habia surgido de su imaginacion.

Transcurrió una semana; una noche fueron entrando sucesivamente todos los *amigos* antiguos de Eduardo en aquella sala donde tantas veces se habian reunido alrededor de una mesa opípara. Tambien á la sazon resplandecia aquella sala bajo la tibia luz de cien bujias perfumadas, y cubrian su mesa suculentos manjares. Los convidados se miraban unos á otros y hablaban en voz baja.

—Habeis oido decir que Eduardo haya tenido alguna herencia?

—No, pero tal vez vaya á contraer algun enlace brillante, y nos habrá convidado sin duda para anunciarnos tan feliz nueva.

Estas conjeturas y otras muchas eran sostenidas, discutidas, admitidas ó rechazadas, segun la opinion de cada uno; pero todos veian dos cosas demostradas hasta la evidencia, que el anfitrion habia vuelto de nuevo á estar en su apogeo, y que por consiguiente se habian apresurado demasiado á volverle la espalda.

Eduardo hizo esperar la esplicacion del enigma hasta los postres; entonces se levantó, y paseando una mirada de lástima y desprecio por aquellas ovejas descarriadas, vueltas ya al redil, les dijo:

—Estais en este momento contentos y felices, mis fieles amigos, y vuestras palabras son inagotables para celebrar la vuelta de mi fortuna. Desengañaos sin embargo, pues nunca he sido menos rico que hoy. Mirad esta cartera: está vacía. Para pagar los gastos de esta fiesta, la última á que sereis convidados en mi casa, he tenido que sacar de ella el último billete de 100 libras.

Murmullos prolongados acogieron este exordio inesperado.

—Ha perdido el juicio, decia uno.

—¿A dónde va á parar? preguntaba otro.

—Con tal que no nos haya hecho venir aquí para presenciar un suicidio. ... decia otro.

Eduardo, en pie y con los brazos cruzados sobre el pecho, esperó con paciencia

á que se restableciera el silencio; despues continuó:

—Quereis saber, amigos mios, cual ha sido mi objeto al reuniros aquí? Es el de poner en conocimiento vuestro este despacho: está firmado por S. A. R. el príncipe de Gales.

Nueva interrupcion causada por la sorpresa, pero de menos duracion por la curiosidad que reinaba en todos los ánimos.

—Escuchad lo que dice; á mí es á quien está dirigido: Hay una cosa de mas interés que los partidos, que es la nacion. Todo ciudadano, sea cual fuere su opinion, la debe el tributo de su talento y de sus servicios. En este concepto pongo á la disposicion de Sir Eduardo Melvil el mando de un regimiento.

Al terminar esta lectura se levantaron todos los convidados por un movimiento unánime y espontáneo; la indignacion se manifestaba en sus miradas en sus gestos y en el metal de su voz.

—¡Es un traidor!

—¡Es un renegado!

—¡Vergüenza en él! ¡vergüenza y anatema!

Eduardo, siempre tranquilo y sosegado, los miró fijamente á uno despues de otro, con la sonrisa mas desdeñosa y despreciativa, y dominando el tumulto con una voz enérgica y bien acentuada, les dijo:

—¡Traidor y renegado!... en mi lugar ni uno de vosotros hubiera dejado de serlo... y para compraros quizás no hubiera sido necesario tanto; pero yo he rehusado.

Cesó el ruido, y se sentaron los convidados, avergonzados de su precipitacion. Eduardo prosiguió:

—He rehusado, pero no os hagais ilusiones sobre el motivo de mi repulsa. No es odio á los whigs, que han esperado para tenderme la mano el dia en que me hallé sin recursos ni influencia para servirles; no es cariño á los torys, que unos me han abandonado cobardemente, al paso que otros han celebrado mi ruina. No; he rehusado porque me ofrecian un grado harto elevado, y cada uno, en un partido ó en otro, tendria derecho para considerarle como el premio de una desercion. Pero he dado el brazo que reclamaban en nombre de la patria; y si en el regimiento á que soy llamado no ejerzo el mando de un coronel, obedeceré con el grado de subteniente que he comprado con los restos de mi fortuna. Llamadme traidor ahora, llamadme renegado, si os atreveis á hacerlo.

¡Todos callaron!

—Recibid ahora la espresion de mi gratitud, porque me habeis dado á conocer lo que valen los hombres y los partidos. Mañana seré soldado: que sea un Estuardo ó un Brunswich el que ocupe el trono ¿qué me importa? Yo combatiré por la nacion, y esta no es *tory* ni *whig*.

L. I.



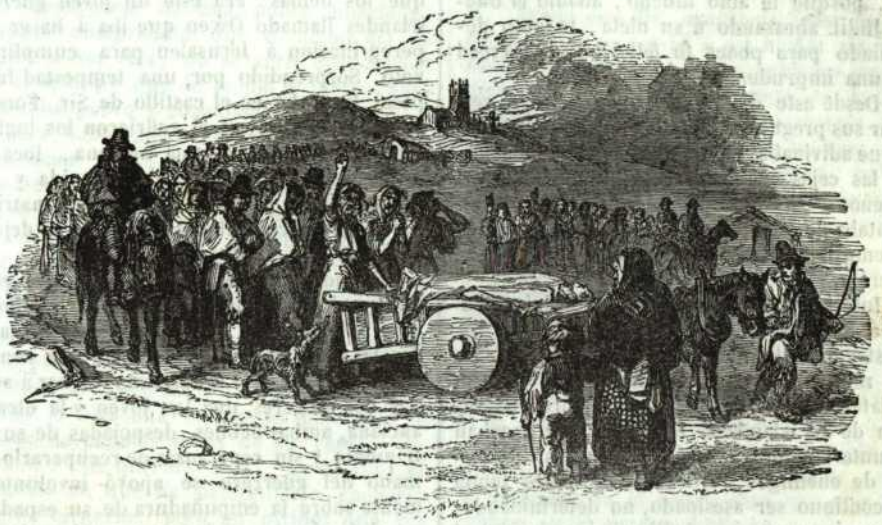
LA DESPOSADA DE IRLANDA.

La Irlanda, como se sabe, es una isla situada al oeste de la Gran-Bretaña. Desde los mas remotos tiempos la habita un pueblo belicoso, y fue asolada sin cesar por guerras civiles ó estrangeras: hállase erizada de fuertes castillos, cuya construccion data de distintas épocas; los mas antiguos son á semejanza de torres de una hechura particular, y construidas de mamposteria. Estos antiguos monumentos de la arquitectura irlandesa, subsisten aun en ciertos sitios del pais, á pesar de las injurias del tiempo. Su elevacion varía desde 50 á 150 pies de altura.

Una de estas antiguas torres dominaba en otros tiempos la morada de la familia Mac-Allam que reynaba como soberana en la mas formidable tribu de Irlanda. Cuando fueron los ingleses á establecerse allí, hizo todos sus esfuerzos la tribu de los Mac-Allam para oponerse á sus conquistas; cerca de medio siglo duró una guerra encarnizada entre los antiguos dueños y los nuevos conquistadores, terminando esta lucha con un combate decisivo en que los últimos descendientes varones de los Mac-Allam murieron en el campo de batalla. De esta antigua y poderosa estirpe solo quedaba ya una niña en la cuna, que la anciana Judit, su abuela, corrió á ocultar en la cabaña de uno de sus fieles vasallos. Esta niña se llamaba Sara.

El caballero inglés vencedor de los Mac-Allam, tomó al punto posesion de sus estados. Sir Forster, que era su nombre, quiso desde luego demoler esta torre que parecia eternizar el recuerdo de sus enemigos; pero aunque ofreció sumas considerables á los trabajadores, no halló un solo obrero que osara poner la mano sobre este antiguo monumento, que se distinguia á diez leguas de circunferencia, y cerca del cual acostumbraban los pobres buscar los socorros que jamas se les rehusaron. Corrian estraños rumores á cerca de esta torre, inhabitada mucho tiempo hacia y cuya puerta jamás se vió abierta, escepto cuando se iba á enterrar á alguno de los miembros de la familia Mac-Allam, en la bóveda que les servia de sepultura. Y el pueblo de esta comarca supersticioso por naturaleza, se figuraba que si los vivientes se alejaban de la torre era porque estaba habitada por los espíritus de aquellos ilustres muertos. Algunos ancianos aseguraban tambien haber visto luz en ella durante la noche, pero hacia muchos años que no se renovaba este prodigio. En fin, recordaban tambien una prediccion, en la que los Mac-Allam debian continuar en la posesion de sus estados ínterin permaneciese de pie el edificio.

Instruido Sir Forster de esta profecia, que lo inquietaba mucho aunque afectaba burlarse de ella, resolvió edificar ya que no podia destruir; hizo amurallar la puerta de la torre, y la encerró en el dilatado recinto de un muro de seis pies de espesor y veinte de elevacion. Un foso ancho y profundo rodeaba la muralla cuya guarnicion siempre armada parecia decir á los moradores de aquel pais, que su nuevo dueño, solo queria reynar por medio del terror.



Funeral irlandes.

Transcurrieron despues muchos años sin cambiar en nada la posicion respectiva de Sir Forster y de la anciana Judit; la que pasaba dias enteros con los ojos fijos sobre la torre que habia visto nacer y morir á toda su familia; entonces recordaba su antiguo esplendor, y con los ojos arrasados de lágrimas estrechaba entre sus brazos á su querida nieta, la cual no comprendia el dolor de su abuela. Sara confundida con los niños de la aldea, vestida como ellos y como ellos libre, ignoraba lo que el destino de la guerra le habia arrebatado: así nada faltaba á su felicidad.

Entretanto la antigua torre de los Mac-Allam se elevaba aun al cielo derecha y altiva, pero cada dia se encorbaba mas y mas la pobre Judit, tornábanse mas blancos sus cabellos, y aun se principiaba á dudar de su juicio, por que acostumbraba decir á los que encontraba. ¿«Conoceis á alguien que sea digno de casarse un dia con mi pequeña Sara la hija de los Mac-Allam; yo le daría por dote este hermoso castillo que los ingleses han construido espresamente para ella, y dilatados dominios; pero si alguno quiere obtener todo esto es necesario que sea valiente y osado, para defender sus bienes y proteger á mi pequeña Sara cuando yo deje de ecsistir!"

He aquí lo que decía Judit, he aquí lo que repetía á los caballeros ingleses y normandos que iban á visitar el castillo, pero todos continuaban su camino diciendo: «Está loca; la pobre vieja ha perdido el juicio."

En cuanto á los antiguos vasallos de Judit la compadecían oyéndola hablar así, y se preguntaban cómo una anciana y una niña podrian apoderarse de aquel fuerte castillo, defendido por su numerosa guarnicion.

Colocada Sara entre los que sostenían que Judit estaba loca, y su abuela que prometía sin cesar á su futuro esposo un hermoso castillo y vastos dominios, no sabía á cual creer. Un dia que estaban sentadas al pie de una colina, vuelta la anciana como de costumbre hácia la torre, le ecsigió por primera vez su nieta la esplicacion de sus misteriosas promesas.

Entonces Judit tomó entre sus manos las de Sara que se había colocado de rodillas delante de ella y le dijo: «Sois curiosa, hija mia, lo que no me admira, pero á la curiosidad debe unirse la discrecion; acabais de cumplir once años y no he esperado hasta ahora para saber si erais capaz de guardar un secreto; mas de una vez me habeis prometido no revelar á nadie los pequeños secretos que he querido comunicaros, y siempre habeis faltado á vuestra palabra. ¿Qué confianza puedo tener en vos, y cómo os diré un secreto del que depende todo vuestro porvenir? Cesa pues de interrogar-

me, porque te amo mucho, añadió la buena Judit abrazando á su nieta, te amo demasiado para poner tu felicidad á merced de una imprudencia.

Desde este dia no se atrevió Sara á reiterar sus preguntas, porque la anciana abuela que adivinaba todos sus pensamientos fruncia las cejas cuando previa que su nieta iba á renovar sus instancias. Entretanto esperimentaba de tiempo en tiempo su discrecion, y siempre la hallaba tan curiosa, pero no mas discreta.

Interin la pobre abuela, se afligia viendo á Sara tan indiscreta, tenia tambien Sir Forster mas de una incomodidad y mas de un motivo para echar menos su antigua Inglaterra. Solo á fuerza de rigores conseguia de los irlandeses el tributo que pagaban voluntariamente á sus predecesores. Rodeado de enemigos, el caballero ingles temia de continuo ser asesinado, no determinándose ya á pasear á caballo ni á recurrir al al placer de la caza, mas apesar de esto no quería renunciar al fruto que sacaba todos los años de su conquista.

Despues de haber luchado largo tiempo, entre el temor y la avaricia, buscó un dia á la anciana Judit. «Buena muger, le dijo, las gentes de este pais te aman y respetan, ve á habitar si quieres el castillo que he edificado y en el que voy á dejar mis compañeros de armas; recibirás por mi cuenta el tributo que me es debido, y será tu recompensa habitar con tu hija el castillo como si te perteneciese aun, yo vuelvo á mi pais, y de este modo ambos tendremos el gusto de morir en nuestra casa."

Despues se embarcó Sir Forster para el pais de Gales, de donde había venido pobre y al que tornaba rico y poderoso. El mismo dia de su partida se instaló la buena anciana en el castillo. Ya era tiempo, por que poco despues le acometió un acceso de paralisis que la privó para siempre del uso de sus piernas, y la condenó á permanecer en la cama ó en su sillon; pero todos sus males no le impedian acoger con generosidad á los viageros que reclamaban hospitalidad y ofrecerles la mano de Sara con hermosos estados.

Creyéndola loca los soldados ingleses no le inquietaban sus discursos, y los viageros que opinaban del mismo modo se guardaban bien de preguntarla cómo haría para cumplir sus ofertas.

En fin presentose uno mas emprendedor que los demas: era este un jóven guerrero irlandes llamado Owen que iba á hacer una peregrinacion á Jerusalen para cumplir un voto. Sorprendido por una tempestad fue á pasar la noche en el castillo de Sir Forster. Mientras cenaba en él refirieron los ingleses que habitaba en él una anciana, loca, á quien quedaban pocos dias de vida y que no dejaría de proponerle un buen matrimonio y magnificos estados; despues lo dejaron solo.

Cuando concluyó su comida entró en la sala que habitaba Judit: estaba en su sillon, y Sara hilaba á sus pies. Owen que sabia todas las desgracias de esta familia, se conmovió hasta saltársele las lágrimas al ver á aquellas dos mugeres, una tan jóven y la otra tan anciana, ambas débiles, despojadas de su patrimonio y sin esperanzas de recuperarlo. La mano del guerrero se apoyó involuntariamente sobre la empuñadura de su espada, y en el fondo de su alma prometió convertirse en su sosten y protector.

Asi apenas Judit le dirigió su fórmula ordinaria: «Conoceis á alguien digno de desposarse con Sara? Yo le daria hermosos estados." «Yo soy, esclamó Owen, yo el que ha de ser su esposo, si quieres concederme tu hija; despues añadió sonriéndose maliciosamente: ¿«Pero, quien me garantiza esos estados que prometeis?»

Y á mí, replicó la anciana, cuando repose entre los sepulcros de mis ascendientes, que no debe tardar mucho tiempo, ¿quien me garantiza que mi pobre hija hallará en ti un amigo, un defensor? Juramento por juramento, me determino á decir sin injuriarte que nada hay mas sagrado que el mio; ahora en tí consiste contentarte con él.

Sorprendido y enagenado Owen con aquella arrogancia, tendió la mano á Judit en signo de aprobacion; esta por su parte tomó la de Sara que tenia entonces 15 años cumplidos, y la colocó entre las de Owen. Al mismo tiempo se convino en que los esponsales (especie de ceremonia que precedia al matrimonio) se celebraran al siguiente dia; despues de lo cual iria Owen á cumplir su peregrinacion á la Tierra Santa, que debia durar cuatro años, y volvería entonces á casarse con Sara. Cuando se hubo retirado el jóven irlandes y se encontró esta sola con su abuela, principió á reflecsionar en lo que acababa de suceder, y comprendió que Judit no estaba tan loca como se suponía, pues sabia descubrir un corazon magnánimo

para encargarse de una pobre huerfana: tambien comprendió que si algun dia se llegaba á ver rica, no se vería abandonada por el hombre que le tendió la mano cuando estaba pobre y abandonada.

Sara habia adivinado perfectamente las intenciones de la prudente Judit; debiera haberse contenido; pero la devoraba el deseo de saber el secreto de su abuela, cuando un triste incidente vino por desgracia á escitar aun mas su funesta curiosidad.

En esta misma noche que precedió á los esponsales, la anciana Judit fue acometida de una debilidad tan estraordinaria que se creyó prócsima á la muerte; pero no quiso manifestarle esto á Sara, temiendo asustarla, y solo le hizo una indicacion para que se pusiese de rodillas cerca de su cama, diciéndole: «Mi querida Sara, ha llegado el momento en que he determinado confiarte un gran misterio, pero no olvides esta vez que si no sabes contener la lengua y no me obedeces en todo y por todo, serás maldecida por tu abuela. «En la inmediata habitacion, añadió, hay un banco de piedra, y bajo este una cifra grabada en la pared; encendiendo una luz é inclinándote verás esta cifra, he aquí todo lo que debes saber por hoy; pero acuérdate al mismo tiempo que te prohibo inspeccionar este sitio antes de mi muerte, y ante todo hablar á nadie de la confianza que acabo de hacerte.

Cuando acabó de pronunciar estas pocas palabras, cayó en un profundo silencio, y durante el resto de la noche estuvo luchando con la muerte. Pero aun no habia llegado su hora y triunfó de esta prueba cruel.

Al amanecer del siguiente dia se celebraron los esponsales de Sara y Owen, sin pompa y casi sin otros testigos que la anciana Judit y el cielo que parecía sonreir á los futuros esposos.

Pero bien pronto se esparció la noticia en la comarca, y aunque el jóven irlandés ya habia partido, los vecinos en señal de alegría fueron á cantar y bailar bajo los muros del castillo. Sara corrió á reunirse con las jóvenes, y durante el dia pudo Judit escuchar sus gritos de alegría: los juegos se dilataron hasta bien entrada la noche.

Al retirarse las jóvenes quisieron todas abrazar á Sara, pero ninguna comprendia la mutacion que aquella habia esperimentado, y cuando cada una pedia esplicaciones á su vecina, ésta les contestaba al oido. «Sé un gran secreto, sé el secreto de mi abuela.» Desde este dia, apesar de todas las pesquizas, no se volvió á oir hablar de Sara. Desde este dia tambien los soldados ingleses deseosos de conocer el secreto de Judit le repetian sin cesar. «Dinos tu secreto y en cambio te diremos donde está tu hija.» Pero la pobre anciana no respondia; habiase vuelto macilenta y silenciosa como la muerte, y sin embargo no moría, aun cuando se hallaba prócsima á los cien años.

Desde que perdió á su querida Sara, solo le quedaba una esperanza á la pobre Judit; esta era ver á Owen y decirle: «Owen, devuélveme mi hija, que yo la vea antes de morir.»

Pera Owen habia prometido estar de vuelta al cabo de cuatro años, y ya habian transcurrido mas de diez desde su partida. No obstante, Judit no dejaba de esperar, pues la esperanza es el sentimiento que vive mas tiempo en el corazon humano.

Sin embargo, hallábase condenada al suplicio de verse rodeada de enemigos, no pudiéndose fiar de nadie, y la atormentaba el recuerdo del secreto que debia descender con ella á la tumba, si el dia de la libertad no debia lucir para ella antes del de su muerte.

En una de estas noches de agonía ó de insomnio en que la anciana Judit, estendida sobre el lecho del dolor, invocaba á todos los santos del cielo, y pasaba entre sus dedos las cuentas del rosario vió de repente acercarse á ella una luz..... y á su claridad reconoció á Owen, pálido y ensangrentado. Al pronto creyó ser juguete de un sueño, pero Owen se arrodilló delante de ella y le dijo: «¿Donde está tu hija? estoy dispuesto á casarme con ella si aun quieres dármela; no he vuelto en el término prefijado por haber sido detenido y preso por los infieles, cuyas cadenas acabo de romper; soy pobre, pero digno de tí, pues he sorprendido la guarnicion de tu castillo auxiliado por mis fieles guerreros; de todos los ingleses que te han ultrajado durante tantos años, ni uno solo verá amanecer el dia de mañana; todos han muerto, y la antigua enseña de los Mac-Allam ondea sobre la muralla. Pero, respóndeme, donde está tu hija?

Judit respondió llorando que su hija habia desaparecido muchos años hacia; despues se apresuró á decir: «Has cumplido tu palabra, ahora me corresponde á mí cumplir la mia.» Entonces se apresuró á indicarle la piedra y la cifra misteriosa que en otro tiempo habia confiado á Sara, y le su-

plicó que volviese á darle cuenta de sus pesquisas.

Owen obedeció, y seguido de sus compañeros de armas llega al lugar designado; detrás de la piedra encuentra un pergamino que indica la ruta que debe seguir, se arroja al campo; no lejos de los muros de la fortaleza, al pie de la colina sobre la que está construido el castillo se encuentra una gruta pequeña donde brota un manantial de agua pura, en el que van á apagar su sed los pastores y rebaños, y en el que ecsiste tambien un camino subterráneo desconocido de aquellos moradores y que conduce á la torre. En este momento principiaba á rayar el dia y ya se hallaban jóvenes en la fuente; las mas atrevidas se mezclaron con el séquito de Owen, el que marchaba entretanto con una antorcha en la mano, bajo una bóveda húmeda y sombría. Despues de mil rodeos llegan á una caverna que encierra un cofre estraordinario en el que está depositado el tesoro de los Mac-Allam y el importante secreto que la anciana Judit solo ha revelado á un amigo. ..

Apenas se abre el cofre..... todos lo miran con avidez.... Oh sorpresa! Oh terror!

Sara, la pobre Sara estaba tendida en el cofre como en su sepulcro, sobre un lecho de monedas de oro y de piedras preciosas: aun se veía cerca de ella la corona de desposada y el ramillete, y se hallaba vestida con su trage de fiesta.

Sara no habia podido resistir su curiosidad; quiso conocer el secreto de su abuela, fue á aquel sitio formidable, y mientras se ocupaba en ecsaminar el oro y las joyas reunidas por la prevision de sus ascendientes, se cerró sobre ella el cofre. Demasiado debil para abrirlo quedó enterrada viva.

Así se cumplió la maldicion de su abuela.

T. J. y *R.*

CUENTO INDIO.



Un fakir iba andando por el campo, entretenido en mirar las yerbecillas de que estaba sembrado. De pronto oyó resonar la tierra bajo sus pasos, y dijo: «Este sitio está hueco, y quizá encierre algun tesoro. Si le encuentro me haré hombre de bienes.»

El fakir cabó en la tierra é hizo una zanja considerable, pero despues de haberse cansado estraordinariamente, solo halló la boca de un pozo que quizás habria estado cegado durante muchos siglos.

Estaba considerando con tristeza el poco fruto de su trabajo, cuando vió salir del pozo una muger mojada, transida de frio y desnuda; pero como tenia una belleza deslumbradora, el fakir la miraba con embriaguez, sin pensar en taparla con su capa.

«Oh, tú que eres mas hermosa que las hijas de Brahma, la dijo, díme ¿quién eres y por qué te bañas en un pozo? «La jóven contestó: «Soy la Verdad.» El fakir perdió el color y echó á correr con toda la velocidad posible, como si un fakir y la Verdad no pudieran existir juntos.

La doncella al verse abandonada se dirigió tranquilamente hácia la ciudad. El ver á una muger que viaja desnuda no parece tan estraño en la India como en otros climas menos favorecidos por los ardientes rayos del sol. Pasaron por su lado poetas, mercaderes, sultanas y eunucos.

Al verla, decian los poetas: ¡Qué flaca está! los mercaderes: ¡Qué tonta parece! las sultanas: ¡Que indiscreta es! y los eunucos: ¡qué triste está!

Nadie, sin embargo, se ocupó mas de ella.

Un cortesano voluptuoso pasó tambien por su lado; era un ricacho hastiado de placeres, á quien solo le quedaban ya algunos caprichos. Se dignó reparar en que la Verdad tenia el cutis terso y blanco, y la hizo montar en su palanquin.

Apenas se halló sentada la Verdad, cuando vió á la favorita del Emperador que se paseaba sobre un dromedario por órden de los médicos de cámara. «¡Qué cosa mas rara, esclamó la Verdad, la sultana favorita tiene la nariz torcida!»

El cortesano tembló al oir estas palabras, y se creyó perdido, porque habia una ley que prohibia que se hablara ni bien ni mal de la nariz de la favorita. Arrojó á la Verdad del palanquin diciendo: «¡Qué loco he sido al cargar con esa charlatana!»

Llegó la Verdad á la puerta de la ciudad, y viendo á un individuo de las castas inferiores, le preguntó dónde podria pasar la noche. Este hombre se la llevó á su casa, figurándose que el hallazgo de aquella jóven tan hermosa iba á hacer su fortuna.

El hombre en cuya casa se habia alojado la Verdad, habia imaginado ganar su vida escribiendo un periódico, en el cual todas las mañanas leian los personages de la córte elogios de sus mínimas acciones; asi es que cuando iba á la córte, los esclavos tenian la órden de entregarle los mejores restos de los banquetes.

La residencia de la viagera en su casa trastornó bastante los negocios del pobre diablo. Tenia solo el redactor el tiempo preciso para escribir su boletin de adulaciones. La Verdad le veia trabajar sin decir una pala-

bra, y despues borraba precisamente todo lo que el redactor habia escrito. El boletin faltó dos dias seguidos. El visir, picado con estas faltas, llamó al periodista, y despues de haberle hecho administrar cincuenta palos; le permitió que se justificara. Lo hizo con elocuencia, y logró convencer al visir de las razones que le habian hecho cometer una falta involuntaria, y el visir, dándose por satisfecho, le dejó marchar despues de haberle mandado aplicar otros cien palos.

Este suplemento de palos parecerá estraordinario á los que ignoren lo recto y justo que era el visir. Obró de esta manera, porque necesitaba aprovechar el tiempo que durara esta última ejecucion para hacer sacar la Verdad de casa del periodista. Si hubiera creido que bastaba el tiempo que habian tardado en darle noventa palos, le hubiera perdonado los diez restantes, porque respetaba mucho á sus semejantes. Cuando el visir se halló él solo en posesion de la Verdad, esperó sacar partido de ella contra sus enemigos; pero le anunciaron que el Emperador iba á visitarle aquel mismo dia en su propio palacio, y temiendo que viera la Verdad, mandó que para bien del público se la diera muerte en el momento mismo.

Cuatro emires la colocaron cuidadosamente entre dos cogines de seda ricamente bordados, y muy perfumados, y la ahogaron con las mayores precauciones. Despues arrojaron su cuerpo inanimado al paraje mas solitario del jardin.

Los hombres poderosos creen que la Verdad ha muerto, porque llegan á sofocarla algun tiempo; pero esto no es cierto; el aire libre la vuelve la vida, y la nuestra resucitó y aprovechó las tinieblas de la noche para evadirse del jardin.

Se refugió en una biblioteca vastísima, en la cual amontonaban los brahminas el talento humano hacia mas de 5,000 años. Como la noche estaba algo fria, encendió fuego con algunas hojas de ciertos libros, pero habia allí tantas materias inflamables que se prendió fuego á todos los libros, y la Verdad apenas tuvo el tiempo preciso para salvarse con algunos volúmenes pequeños.

La biblioteca se quemó, y tambien los bibliotecarios. El Emperador fue á admirar el incendio, y esclamó con ingénua sonrisa: «A fé mia que es divertido el ver arder una biblioteca.» Su alegría pareció tanto mas sincera, cuanto que siempre ha existido en la India una rivalidad secreta entre aquellos Emperadores y los libros.

Sin embargo, el visir se apresuró á poner fuera de la ley á su víctima fujitiva. La aurora vió el bando fijado en las esquinas. No debe sorprender esta celeridad, porque en todas las cancillerías del universo hay fórmulas de proscripcion prontas siempre contra la desgraciada Verdad.

Al amanecer, la desventurada prófuga se hallaba fuera de la ciudad, cerca de una casita modesta y limpia, rodeada de un jardincito: era la residencia del juez Pilpay. Entró en ella sin temor, dijo quién era y pidió asilo.

Me agrada esa franqueza, dijo el juez, pero me hace temblar por tu suerte. Si fueras descubierta, nadie seria capaz de salvarte. Ven, sígueme. Subieron juntos á una especie de galería que formaba el piso segundo de la casa.

Allí se hallaban colocadas por su órden pieles de toda clase de animales, cortezas de toda clase de plantas, las cubiertas, en fin, de toda clase de objetos animados é inanimados. Parecia aquello á primera vista el almacen de un fabulista. Pilpay se lo enseñó todo á la Verdad, y la dijo: Puesto que no sabes ocultarte ni callarte, bueno será que te disfraces al menos. Puedo hacerte tomar la forma de cualquiera de los objetos que tienes á la vista, y que tú elijas, y al instante se animará. Hablarás bajo cualquiera de esas formas, é irás impunemente á echar en cara sus crímenes al mismo visir.

Aceptado, la Verdad no fue ingrata. El genio de su libertador, inflamado por sus inspiraciones, derramó sábias luces en todo el Indostan. El visir fue destituido, y Pilpay ocupó su lugar. Llegó á una edad muy avanzada, en medio de las bendiciones del pueblo, porque en Asia, el bálsamo mas poderoso para prolongar la vida, es el hábito de la beneficencia.

El ejemplo de su fortuna suscitó una multitud de imitadores, y los ambiciosos quisieron participar con los filósofos los trabajos del apólogo y la herencia de Pilpay; pero la Verdad, que penetró sus designios, continuó ocultándose en las obras de los sábios, y entregó los otros al delirio de su imaginacion.

L. I.

JUANA GREY,

O LA REYNA DE QUINCE AÑOS.



Una hermosa mañana de Julio de 1553, corrían con toda la velocidad de sus caballos, hácia el castillo de Sion-House, residencia de Juana Grey (en las inmediaciones de Lóndres) una veintena de hombres, que en la riqueza de sus trages, se reconocian á casi todos por pares del reyno de Inglaterra. La prisa de que parecian animados, y la magnificencia de sus trages, indicaban hallarse encargados de alguna mision importante, y el placer mas vivo irradiaba en el rostro de uno de ellos que parecia conducir á los demas. Este era el anciano duque de Suffolk, padre de Juana Grey.

Cuando llegaron al patio del castillo, echaron pie á tierra: ¿Donde está mi hija? preguntó al instante y con viveza el anciano duque al mayordomo que salió á recibirlos. En el jardin, monseñor, respondió este.

Juana Grey era ya célebre por su belleza, por sus virtudes y por su instruccion nada comun: griego, latin, filosofía, historia, todo esto habia aprendido, y manifestaba la mayor indiferencia á las puerilidades que encantan á la mayor parte de las jóvenes de su edad. Su figura, tan graciosa como bella, admiraba ademas por una espresion de profunda melancolía, que anunciaba en ella una especie de predestinacion á la desgracia. Ya habia reflecsion, pensamiento en su mirada pura y tranquila; su vista imponía respeto, en tanto que inspiraba sorpresa: porque parecia leerse sobre su frente de 15 años, que aquella niña prometía mas que una muger vulgar.

Cuando llegó su padre, se hallaba en su jardin ocupada en leer con profunda atencion una obra relativa á la historia de su pais; admirada del ruido que oia, iba á indagar la causa, y ya se dirigia hácia el patio, cuando vió de repente al duque de Suffolk que corria hácia ella.

«¡Mi padre!» esclamó precipitándose en sus brazos; y un placer puramente filial hizo brillar sus ojos y palpitar su corazon, en tanto que le prodigaba sus mudas caricias.

Pero al mismo tiempo el duque de Northumberland y todos los demas lores ingleses que acompañaban á Suffolk, entraron en el jardin é inclinaron la cabeza delante de Juana, afectando una actitud no acostumbrada, que la sorprendió y la hizo estremecer.

«Hija mia, dijo entonces el duque, Eduardo VI ha muerto."

—«Que! ha muerto el Rey! esclamó Juana palideciendo. ¡tan jóven! á la edad de

16 añoa!» Y lloró por la muerte del jóven príncipe, con el que habia dividido en su primera edad, sus juegos y estudios.

—«Si hija mia, ha muerto en Greenwich; pero antes de morir, ha desheredado á sus dos hermanas Maria é Isabel, y á tí te lega su corona, ó mas bien la deja á tu madre, que te cede sus derechos: Juana Grey, en tí saludamos á la Reyna de Inglaterra."

A estas palabras, el duque de Suffolk, el de Northumberland y los demas señores hincaron la rodilla ante Juana; pero deteniéndolos ella:

«No, señores, les dijo; no, para mí no se ha hecho la corona. Bien sé, padre mio, que corren por las venas de vuestra hija algunas gotas de sangre real, pero María la hermana de Eduardo es la que por derecho de nacimiento debe ascender al trono antes que yo! que suba á él! ella es la que debe reynar.»

El duque de Suffolk frunció las cejas al escuchar estas palabras, y los demas señores admirados de tan noble é inesperada respuesta, se miraban con asombro; cuando el padre de Juana Grey les rogó que saliesen y lo dejasen solo con *la Reyna.*

Entonces se esforzó el anciano duque en probar á su hija que el testamento de Eduardo, al crear sus derechos, habia destruido los de María; que la Inglaterra tenia en aquel momento la vista fija en ella, y que era necesario aceptar. Juana le preguntó llorando si pensaba que su felicidad dependia de una corona. «Ya hace tiempo, dijo, que vagos presentimientos me amenazaban la desgracia que me hiere; hace mucho tiempo que soy Reyna en mis ensueños; pero estos sueños horrorosos nunca terminan como principian. Ayer mismo recibí en ellos los homenages de los grandes en la solemnidad de mi coronacion, oí las aclamaciones del júbilo popular; cuando colocándome sobre el trono, ví salir un cadalzo de la tierra, ante mí, que se elevaba con lentitud, y despues un hombre que me llamaba con ademanes, miradas y sonrisas malignas, mostrándome sucesivamente un tajo y mi cabeza. Oh! padre mio! yo no quiero ser Reyna, añadió ocultando la cabeza entre sus manos, pues el horroroso espectáculo, al que asistió la víspera en su sueño, acababa de presentarse á su vista. Pero el duque de Suffolk rebatió tan bien sus temores, y la suplicó tanto, que Juana mas obediente que vencida, ahogó su disgustos y con aire de resignacion dijo: «Bien, consiento en ello, seré Reyna de Inglaterra, tal vez por quince dias..... marchemos."

Una hora despues partia para Londres, acompañada de su padre y de los demas señores, que durante el camino, la trataron como soberana; al punto que llegó, entró en la Torre, siguiendo la costumbre del pais, y se espidieron órdenes para que se proclamase en toda Inglaterra el advenimiento de Juana Grey al trono británico.

Cuando ya fue Reyna, casi se arrepintió de su obediencia. Desde el dia de su coronacion, la tranquilidad y el sueño huyeron de la jóven soberana; á cada ruido que oia, pareciale siempre que María, la hermana de Eduardo, entraba en Londres, cual Reyna amenazante, como irritada rival; que pedia su cabeza al furor del pueblo, y despues, que la sedicion armada invadía la Torre de Lóndres y amenazaba su vida. Entonces hubiera deseado retroceder y revocar el fatal sacrificio que acababa de hacer; pero ya era tarde. Inundaba con sus lágrimas la diadema y el manto real, importunas insignias de su triste grandeza. Con cuánta desesperacion recordaba entonces la feliz oscuridad que habia cambiado por un trono! Principalmente en los últimos dias de su reinado, cuando su padre oprimido de dolor iba á darle noticias de hora en hora de los progresos de María, que afiliaba á cada momento en su bandera los moradores de algun nuevo condado, cuando la inquietud y los temores torturaban á entrambos, oh! en estos momentos cuanto echaba de menos la tranquilidad inalterable de su pasada vida, sus estudios, sus inocentes placeres, y la tranquila morada del castillo de su padre; pero ¡ay! eran pérdidas irreparables; la mano de hierro de la fatalidad la impelía hácia adelante, en tanto que ella solo miraba á lo pasado, con el corazon lleno de recuerdos: si en aquellos dias le hubiera ofrecido una mendiga sus harapos y su miseria en cambio de la corona de Inglaterra, y hubiera sido posible hacerlo, la pobre Reyna lo habria aceptado con mucho gusto!.... Pero era forzoso que llenase su destino!.....

María llegó en efecto; el pueblo de Lóndres, que á pesar suyo saludó el reynado de Juana aplaudió el regreso de la hermana de Eduardo.

El primer uso que esta hizo de su nuevo poder fue, en lugar de perdonar, ha-

cer encerrar en la Torre á la que llamaba la usurpadora de su trono, al duque de Suffolk y á todos sus partidarios.

La desgraciada cautiva esperó mucho tiempo en prision, con la incertidumbre de la suerte que la esperaba. Maria aunque muger sin corazon y reyna sin clemencia, no se determinó á hacer morir en el acto á una muger tan jóven é interesante: era casi una niña! La hermana de Eduardo temia los rumores del pueblo que desde la caida de Juana olvidó su usurpacion y solo pensaba en sus desgracias; pero una ocasion favorable se le presentó en breve, y pudo satisfacer sin temor y sin obstáculos el deseo de venganza que desde su regreso alimentaba en su alma, sin que el tiempo pudiese arrancárselo. Estalló una conspiracion en favor de la desgraciada cautiva; se frustró el complót: Maria contra toda razon acusó á la prisionera de haberlo provocado, y Juana Grey fue condenada á muerte.

Para aumentar su agonia hicieron enlutar mucho tiempo antes del dia fatal su lecho y las paredes de la prision: todo cuanto la rodeaba parecia llevar con anticipacion el luto por la jóven víctima en su presencia. Pobre Reyna! cercada de objetos lúgubres, de símbolos de muerte, y sin embargo tan triste aspecto no turbaba su alma. El dia que adquirió la certeza de su prócsima muerte, la tranquilidad tornó á su corazon, y gozó por la primera vez desde su coronacion un sueño tranquilo y sin terrores. El dia de su muerte se adornó con todo esmero cual si fuese á una fiesta; su bella figura tomó un caracter de resignacion y de dulzura celestial que la embellecia mucho mas.

Entre tanto que algunos espectadores de sus últimos momentos lloraban sus desgracias, miró con tranquilidad los preparativos de su muerte, se acusó públicamente de la falta que habia cometido usurpando el trono, y murió de 16 años con la sonrisa en sus puros lábios.

. . . . . .

J. T. y Rodriguez.



DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Pocos serán los aficionados á las letras que no conozcan el nombre de esta célebre poetisa, y que hayan dejado de estasiarse al leer algunas de las producciones de su ingenio. El Parnaso español se ha enriquecido con ellas, y la fama ha señalado á su autora un puesto distinguido entre los poetas contemporáneos. Creemos, pues, que no disgustará á nuestros lectores tener algunas noticias biográficas acerca de esta distinguida escritora, y para proporcionárselas nos tomamos la libertad de estractar las siguientes, que la misma Señora facilitára á los redactores de la *Ilustracion*, y que han visto la luz en dicho periódico.

Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, nació en 1816 en la ciudad de Puerto Príncipe, de padres distinguidos, y desde muy niña la animó el deseo de trasladarse al antiguo mundo, en cuyo suelo habia nacido su padre, y al que ansiaba volver. La muerte se lo impidió, pero la tierna niña seguia alhagando en su mente las bellas descripciones de Andalucia, con que el autor de sus dias habia arrullado sus sueños infantiles. Aun no

tenia nueve años, y ya escribia versos que tenian por objeto las risueñas riberas del Guadalquivir y las hazañas de los antiguos españoles. Por este mismo ardiente deseo de venir á España rehusó un casamiento ventajoso, resistiéndose á los ruegos de las personas que le eran mas queridas, y hasta á los impulsos de su corazon. Tal es la energia de caracter de la distinguida escritora que nos ocupa.

Segun la misma dice, su pasion por el teatro en aquella época era estremada, y cifraba todo su placer en representar tragedias, en hacer versos, y aun novelas que tenian por protagonistas gigantes y vampiros. Toda otra ocupacion, todo otro estudio le cansaba, á escepcion del idioma frances que estudiaba con gusto para declamar escenas de Racine y de Corneille. Una circunstancia contribuyó á llevar hasta el delirio su entusiasmo por el teatro. Habiéndose tratado en Puerto-Príncipe de establecer un colegio gratuito para enseñanza de los huérfanos pobres, se trató de comenzar á reunir los fondos necesarios por medio de comedias y operetas, representadas por jóvenes de las primeras familias en el teatro público. La jóven Gomez de Avellaneda ocupó el puesto de primera actriz, y fue tan grande el éxito que alcanzó en su desempeño, que la fama de *artista trágica* fue unida á su nombre. Desde entonces su amor al teatro se hizo su pasion absoluta; tanto que su madre se vió obligada á prohibirla severamente tomase en las manos ninguna obra dramática.

Ya habia cumplido la señorita de Avellaneda 18 años, cuando vió satisfecho su deseo de regresar á España, en el año de 1836. Al darse á la vela de la bahía de Santiago de Cuba el buque que debia transportarla á Francia, improvisó un soneto á Cuba con el que encabezó el primer volúmen de sus poesias, publicadas en Madrid cinco años despues, y el cual alcanzó la honra de que don Juan Nicasio Gallego, no menos buen poeta que crítico, lo calificase como uno de los mejores de nuestro Parnaso.

Durante su permanencia en Francia escribió algunas páginas sobre Montesquieu, y en sus ratos de ocio empezó su novelita *Sab*. De Francia pasó á la Coruña donde escribió algunas composiciones poéticas. Habiéndose trasladado posteriormente á Sevilla, residió unas veces en esta ciudad, y otras en la villa de Constantina, hasta el año de 1840 que pasó á Madrid. Mientras residió en Andalucia hizo varias composiciones que le valieron muchos elogios de concienzudos literatos, concluyó su novela *Sab*, y un drama titulado *Leoncia*, que representado en Sevilla obtuvo un éxito brillante.

En Madrid contrajo relaciones con las notabilidades literarias, y todas á porfia se apresuraron á rendir un justo tributo de homenage al genio de la jóven americana que tan brillantemente habia hecho su aparicion en el mundo de las letras. El Liceo de Madrid, como ya lo habian hecho los de Granada, Málaga, Sevilla y otras ciudades, la acogió entre sus sócios literarios; y al verse tan alentada, y con el conocimiento de su fuerza, tomó denodadamente su puesto que jamas ha abandonado, como ella misma ha dicho.

Desde entonces acá, su talento se ha ido desarrollando de un modo suficiente á hacerla ocupar un puesto aventajado entre los primeros poetas. Ha aumentado su coleccion poética con composiciones notables, por algunas de las cuales ha merecido premios en certámenes públicos; ha escrito las novelas tituladas: *Dos mugeres*, *La baronesa de Youx*, *Espatolino*, *Guatimozin*, *la Velada del helecho*, y un devocionario en verso, que aun no se ha publicado. Actualmente se ocupa en escribir una novela titulada *La Ondina del lago azul*, *ó los Merodeadores del siglo XV*. El teatro se ha visto enriquecido por esta Autora con producciones tan notables como *Alfonso Munio*, *el Príncipe de Viana*, *Egilona*, *Saul*, y *Recaredo*.

En 1846 contrajo matrimonio con el Excmo. Sr. D. Pedro Sabater, gefe político de Madrid, teniendo á poco el sentimiento de perderlo.

No somos jueces competentes para entrar en el analisis de las producciones de tan distinguida escritora, ni hemos tratado de escribir una biografia, tan completa como se merece, trabajo que emprenderán sin duda otros escritores de mas talento. Pero sí podremos decir que está destinada á adquirir un nombre duradero, y á dar dias de gloria á las letras y al Parnaso español.

S. C.

EL CASTILLO DE LOS APENINOS.



La noche era oscura y tempestuosa, el trueno rodaba con espantoso ruido su carro de fuego sobre el firmamento ennegrecido; los precursores relámpagos serpenteaban en todas direcciones, seguidos de cuando en cuando por violentos estallidos que hacian temblar los elevados peñascos de los Apeninos, y parecian quererlos arrancar de sus bases. Gruesas gotas empezaban á caer, y el impetuoso Scíroco hacia doblar los antiguos abetos, ondeando sus cimas sobre las cabezas de dos viageros que atravesaban á caballo uno de los bosques que bordan la falda de aquellos montes.

—Bien os lo decia, señor, dijo con un suspiro el que iba á la izquierda, que la noche nos alcanzaria antes que llegásemos al castillo, ¡y á fe mia que la que se presenta es propia para viajar en un parage ya de sí tan espantoso! el glorioso san Genaro nos proteja, pero dudo de que salgamos de aquí con el cuello en su lugar.

—Calla, Pietro, replicó el otro, da mas bien gracias al santo de tu devocion por habernos preservado hasta aquí de los peligros del camino; el castillo no puede estar ya muy lejos, y el mensagero que he despachado á mi padre le habrá ya avisado mi llegada; sin duda encontraremos luego los criados que no puede menos de haber enviado á mi encuentro.

Satisfecho con estas palabras Pietro no replicó, pero siguió apresurado al lado de su amo, y encomendándose á todos los santos que pudo recordar su memoria.

La lluvia caia á torrentes, y la tempestad rugía en toda su fuerza, cuando un vivo relámpago les hizo ver que se encontraban ya á la salida del bosque, á cuya estremidad en el alto de una roca se hallaba el antiguo castillo de Capella. A esta vista el conde Alberto (este era el nombre del único hijo, del marqués de Capella) sintió latir su corazon, y mil recuerdos se presentaron á su imaginacion. Allí habia pasado los años de su infancia, allí se habia despedido hacia tres años de un padre amado y de su prometida esposa Emilia. ¡Oh! ¡cuán bella debe estar ahora! se decia á sí mismo: ¡sus gracias nacientes, aun cuando la dejé, se habrán desplegado, y estará en toda la lozanía de su hermosura! ¡Con qué impaciencia me estará esperando! ¡con qué placer la estrecharé en mis brazos á la vista de un tierno padre que nos dará su bendicion! ¡Ah! Alberto no calculaba los acontecimientos que podian haber tenido lugar durante tres años de ausencia, en los que nada habia oido de su casa. Ocupado en las guerras de Alemania, mudando á cada instante de lugar, las comunicaciones, casi siempre dificultosas, habian sido muchas veces imposibles. Apenas llegado á Nápoles habia

despachado un mensagero avisando á su padre de su venida; pero éste habia sido detenido en la ruta, y Alberto llegaba primero.

Calados por la lluvia, y tiritando de frio, habian pasado ya la avenida que conducia al castillo, y se hallaban en la puerta esterior; pero con admiracion suya la encontraron abierta. El patio estaba cubierto de altas yerbas, sobreabundantes por el descuido: ninguna luz aparecia en las ventanas, el mas profundo silencio reinaba en el interior. Un buho horrible pasó sobre sus cabezas, y fue á colocarse sobre la cornisa de la puerta principal.

—¿Qué es esto? dijo Alberto sintiendo su corazon oprimido por un triste presentimiento. Apéate, Pietro, llama á esa puerta y salgamos de dudas.

Dos golpes dados con la pesada aldaba resonaron en el pórtico, el buho dió un bufido, estendió sus siniestras alas, y voló sobre la torre.

Fue menester repetir los golpes, pues nadie respondia. Pietro no acertaba ya á levantar el brazo, temblaba, no solo del frio sino del pavor que le habia causado la monstruosa ave, que miraba como de funesto presagio: al mismo tiempo que deseaba ver abrir la puerta, le parecia que habia de salir de ella alguna vision horrible, asi es que á cada martillada que daba se retiraba hácia atrás y fijaba los ojos espantados sobre el umbral. Alberto no sabia ya qué pensar, se habia apeado tambien, y se sostenia apenas. Al fin, una claridad que se hacia ver á intervalos por las aberturas de las ventanas de la torre indicó que alguno bajaba á abrir. En efecto, una persona se asomó á una ventanilla y preguntó quién era: Alberto reconoció la voz de un antiguo criado llamado Bertran, pero viendo que no le esperaban, y temiendo causar demasiada impresion, calló su nombre, y dijo que eran dos viageros que se habian estraviado; pero sabiendo que aquel castillo era la hospitalaria mansion del marqués de Capella, se habian acercado para pedir un asilo.

Un momento despues la maciza puerta crugió sobre sus goznes, y un anciano venerable les invitó á entrar.

—Señores, les dijo, sed bien venidos á este abrigo que el castillo puede proporcionar, pero nadie habita ahora aquí mas que mi vieja Teresa y yo. ¡Ah! añadió tristemente, ¡las cosas han mudado mucho de algun tiempo acá! Mas, ¡san Benito nos proteja! señor, vos estais malo; aquí, aquí dentro, sentaos en este sillon, y vos, buen hombre, ayudadme á sostenerlo. ¿Es sin duda vuestro amo? cuidad de él, voy corriendo á traer algun refresco.

Pietro sostenia con trabajo á su amo, cuyos ojos medio estraviados se paraban con afan sobre los objetos que le rodeaban, y que anunciaban la desolacion y el abandono: la sala baja antes tan espléndida, que no habia muchos años resonaba de dia y de noche con las voces alegres de los convidados, se caia casi en ruinas, las paredes estaban húmedas y abiertas en muchas partes, las sillas y bancos cubiertos de polvo, los cortinages desgarrados y roidos, y las fastosas banderas de la familia de Capella tiradas por el suelo. Las memorias de lo pasado comparadas con lo presente, y el negro presentimiento de la desgracia, aterraron el ánimo de Alberto, y sus sentidos le abandonaron enteramente.

En esto llegó Bertran con algunos refrescos y leña, seguido de una muger que llevaba un jarro con agua; ésta se acercó á los viageros mientras su marido procuraba encender fuego; pero en esta ocupacion fue interrumpido por los gritos de la misma: Pietro habia desembozado al conde y quitádole el sombrero.

—¡Santa María! esclamaba Teresa, ¡es él mismo, es nuestro joven señor que todos creimos muertos! ¡Bertran, Bertran, nuestro jóven señor!

Con estúpida admiracion marido y muger se quedaron contemplando á Alberto, hasta que les sacó de su inaccion la voz de Pietro gritándoles:

—¡Viejos locos, creeis que mi amo volverá en sí con solo plantaros delante de él como dos espantajos: echadle un poco de agua en la cara y dadme aquella botella: yo procuraré hacerle caer unas gotas de licor en la boca.

Un suspiro de Alberto les advirtió que volvia en sí. Abrió poco á poco los ojos y echó una mirada escudriñadora al rededor. Bertran y Teresa cayeron á sus pies, y abrazaron sus rodillas gritando:

—¡Oh, querido señorito nuestro! no esperábamos volveros á ver: ¡bendito san Francisco, que os ha traido aquí en salvo. Tristes acontecimientos han tenido lugar, y desde que el conde Cavigni ha entrado en posesion de estos bienes, el castillo ha quedado siempre desierto.

—¡El conde Cavigni! ¡mi tio! esclamó Alberto, ¿qué significa esto?

—¡Ah! señor, dijo Bertran, esta es una triste historia, pero venid, escusad la libertad de un antiguo siervo, y en otra estancia, vamos, os contaré lo que ha sucedido desde vuestra partida.

El conde accedió, y con los brazos cruzados sobre el pecho siguió al anciano que los condujo á un cuarto que habia sido la librería de su padre. Se estremeció al entrar en él, y se preparó á oir la narracion. Bertran encendió un gran fuego, y arrimó á él una pesada mesa de nogal, sobre la que puso frutas secas, unas tortas y un frasco de vino. El conde le dió gracias por su atencion. Pietro, habiendo mirado primero por los rincones del cuarto, se acercó al fuego, y el anciano empezó así:

—Os acordareis, señor, que antes de vuestro partida para la guerra de Alemania, la jóven señorita Emilia, despues de una permanencia de algunos meses cerca de su tia, la buena abadesa de santa Cecilia, en Toscana, volvió al castillo: todo eran fiestas entonces, ¡ah! ¡y cómo se han mudado las cosas! Sabeis sin duda, de qué modo vino á parar bajo la tutela del señor marques, mi antiguo amo.

—Sí, dijo Alberto. Cuando descubrí á mi padre mi pasion por la amable Emilia, me manifestó que ella era hija del conde Bernadoto di Rossi, un antiguo amigo suyo que á la hora de la muerte le habia confiado este precioso depósito; me habia indicado al mismo tiempo que esta confianza habia dispertado los celos y envidia de mi tio Cavigni.

Cierto es, señor, prosiguió Bertran bajando la voz, y temo que esta circunstancia haya sido la causa de los males que han acontecido despues. El conde Cavigni no habia podido mirar con indiferencia las gracias de la jóven condesita; su pasion se aumentó viendo el cariño que mediaba entre vos y el objeto de sus deseos, y poco tiempo despues que vos os marchárais, cuando aun la tierna señorita no habia enjugado las lágrimas ocasionadas por vuestra ausencia, se echó á sus pies y la hizo una franca declaracion de su amor. Su respuesta fue una completa repulsa, que no se dignó siquiera mitigar con palabras de consuelo. El conde Cavigni, arrebatado por el despecho, se dirigió inmediatamente al aposento del marqués, le refirió lo que habia pasado, y en términos precisos le exigió el apoyo de sus pretensiones. Vuestro padre, aunque de un carácter pacífico y tranquilo, no pudo menos de resentirse al ver el modo poco atento con que le hacia esta demanda; no obstante, se contuvo y contestó con dulzura á su hermano: que la señorita Emilia di Rossi estaba prometida á su hijo Alberto, quien la amaba y se hallaba correspondido, y que bajo este supuesto creia que la pretension de cualquiera otra persona no podia ser admisible. Picado en estremo, y con el corazon lleno de rabia, dejó el aposento sin hablar mas palabra. Le encontré casualmente mientras atravesaba á grandes pasos el salon, tenia el sombrero calado sobre la frente, su pluma negra le cubria casi los ojos, y en su cara se pintaba el desacierto y mal humor echándome al pasar una mirada maligna que me hizo estremecer. Con admiracion del marqués y de cuantos habian presenciado su enojo compareció aquel mismo dia á la hora de comer con semblante sereno, y siguió asi durante cuatro dias, al cabo de los cuales tomó de repente la resolucion de partir para Nápoles. Se marchó acompañado de un solo criado llamado Bernardo á quien confiaba todos sus secretos.

Un mes habia pasado con tranquilidad, cuando en una noche de Setiembre se oyó llamar con fuerza al portal: era un correo montado en un fogoso caballo todo cubierto de espuma y de sudor; traia un pliego con órden de entregarle en manos del marqués; y asi que hubo evacuado su comision se marchó inmediatamente sin tomar ningun descanso. Vuestro padre, despues de haber leido algunas cartas, pareció muy agitado, y mandó preparar su coche diciendo que tenia que partir al instante para Roma. En el trascurso de una hora todo estuvo pronto, y mi querido amo con la señorita Emilia, acompañados de dos criados salieron seguidamente. Cuando cerré las puertas tras ellos, mi viejo corazon quedó frio, y esperimenté una sensacion como si no tuviera que verlos mas. ¡Ah! asi fue, mi querido señorito; mis temores no tardaron en realizarse. No se oyó hablar mas, ni del marqués, ni de la señorita Emilia, ni de los criados que fueron con ellos.

Alberto anegado en lágrimas preguntó si se habian hecho suficientes pesquisas.

—Si señor, replicó Bertran, todas cuantas pudieron hacerse en el espacio de ocho dias; pero pasados estos, el conde Cavigni

llegó al castillo y nos dijo que el marqués habia sido asesinado en el camino de Roma por una cuadrilla de bandidos, y que en consecuencia venia á tomar posesion del castillo y tierras hasta vuestra vuelta de Alemania, añadiendo con fingido disgusto, que temia mucho que esta no se verificaria nunca, pues todas las noticias que se tenian afirmaban de que hubieseis muerto.

Una espantosa sospecha penetró el alma de Alberto; viniéronle á la memoria los varios contratiempos que le habian obligado á detenerse en Alemania, y las secretas tentativas que se habian puesto en juego contra su vida: estos hechos unidos á las nuevas circunstancias, podian hacerle creer que todo procedia de una misma mano.

Bertran continuó contándole, que habiendo preguntado al conde Cavigni si se sabia la suerte que habia cabido á la señorita Emilia, éste les contestó con ceño que no habiéndose encontrado indicios de su muerte, se suponia hubiese sido robada por los bandidos, y que hacia practicar todas las diligencias posibles para encontrarla. Despues de pocos dias de residencia en el castillo, despidió á todos los criados, escepto á mí y á Teresa, y marchó con direccion á Nápoles.

Tres años han pasado desde entonces, y ésta antes tan espléndida mansion, parece desde aquel tiempo un desierto.

Así que Bertran hubo concluido su narracion, Alberto le manifestó el deseo de tomar algun reposo, y el anciano le apretó la mano con respetuoso afecto y se retiró con Teresa que no habia en todo este tiempo quitado su delantal de los ojos.

Alberto, habiendo quedado solo con Pietro, le dijo que podia descansar; esta insinuacion le pareció á éste muy justa; pero creyó deber recordar á su amo que no habian tomado todavía ningun alimento, suplicándole admitiesen algun refrigerio. Alberto solo quiso un vaso de agua con vino, y arrimando al fuego el pesado sillon en que se hallaba sentado, quedó enteramente solo.

El movimiento de las mandíbulas de Pietro dieron pronto á conocer, que si bien tomaba parte en las penas de su amo, hallaba no obstante que su estómago era su primer prógimo, y así, lo cuidaba siempre que tenia ocasion; saludó varias veces al enorme frasco, y despues de haber cerrado bien las puertas por dentro y mirado bajo la cama, se echó á descansar. De allí á poco dormia profundamente. Alberto mientras tanto, con la cabeza apoyada sobre una de sus manos, miraba tristemente las paredes del cuarto, cubiertas por un lado por la vasta librería, y por otros con grandes cuadros que representaban varios individuos de su familia. Uno de estos era el retrato de su padre y se levantó para observarlo mas de cerca. Las facciones eran tan idénticas y la ilusion tan perfecta, que creyó por un instante ver el verdadero objeto de su veneracion, y le pareció que este le dirigia una mirada melancólica. El misterio que envolvia el triste fin del autor de sus dias le presentó entonces á su tio bañándose en la sangre de su padre, y á la desolada Emilia que le tendia en vano los brazos. Pasó la mano por delante los ojos y fue á sentarse de nuevo en el sillon, firmemente resuelto á emplear todos los medios posibles para cerciorarse de la verdad.

Rendido de cansancio y abatimiento tuvo en fin que ceder al sueño, y descansó por un instante de sus penas. No tardó mucho, empero, en despertarlo un violento estallido que hizo temblar el castillo sobre sus fundamentos: una exhalacion habia caido sobre la torre, y derribado parte de su chapitel. Llamó entonces á Pietro, pero este no respondia mas que con sus ronquidos; su sueño parecia efecto de un encantamiento. En esto le pareciò percibir á su lado una cosa semejante á la frotacion de una ropa de seda, y pensó desde luego que era Pietro que se habia levantado, pero volviendo la vista hácia él vió que seguia inmóvil en la cama. El reloj del castillo dió en aquel momento la una; la tempestad habia casi cesado, las espirantes ascuas y la vacilante luz de la lámpara daban en el espacioso aposento una claridad pálida y triste. El mismo ruido se hizo sentir de nuevo, acompañado esta vez de un profundo suspiro. Alberto, sobresaltado, cogió la lámpara y registró todos los rincones del cuarto, mas no encontrando nada que le pudiese causar recelo, viendo que Pietro seguia durmiendo, se rió de su aprehension y se volvió á sentar, teniendo, no obstante la precaucion de desenvainar su espada y ponerla sobre la mesa al lado de sus pistolas. Para distraer su imaginacion sacó su cartera con intencion de leer algunos apuntes; pero no bien la habia abierto, cuando le pareció que alguno respiraba á su lado;

alzó la vista y vió distintamente dos ojos que se fijaban en los suyos. Quiso levantarse, y sintió que sus movimientos estaban embargados; quiso llamar á Pietro, y la voz espiró sobre los labios. En esto el cuadro de su padre se movió lentamente, se apartó de la pared y dejó ver una ancha abertura. A esta vista, lejos de aumentársele el pavor, se sintió animado como de un valor sobrenatural; puso sus pistolas en la cintura, cogió con una mano la espada y con la otra la lámpara, y con pasos intrépidos penetró por el vacío.

Encontróse desde luego en un estrecho tránsito que lo condujo despues de algunas vueltas á una escalerilla muy empinada que bajó con bastante pena; al cabo de esta halló una puertecita de hierro cerrada por dentro con fuertes cerrojos, los que tuvo mucha dificultad en hacer correr, por estar enmohecidos por la humedad y trascurso del tiempo; al fin consiguió abrirla y penetró en otra galería mas ancha y abovedada, en la que el aire pesado y vaporoso embebia la débil claridad de su lámpara y la dejaba apenas arder. No se desanimó por eso el atrevido Alberto, y resuelto á todo trance á ver el fin de esta aventura, siguió marchando casi á tientas y llegó á otra escalerilla que lo condujo á una ancha bóveda, en que hirió su olfato un hedor cadavérico y pestilencial. Se paró un instante y oyó el rumor de varios reptiles que se deslizaban, y otro semejante al salto de gruesos sapos que su presencia habia asustado. No permitiéndole su lámpara ver sino á corta distancia, le ocurrió encender su pañuelo, y á este momentáneo resplandor vió que varios anchos corredores venian á terminar al sitio donde se hallaba; se dirigió por el que tenia mas cerca; pero no bien habia dado algunos pasos cuando tropezó con un bulto y cayó de bruces. Pero ¡cuál fue su horror al apoyar su mano para levantarse y sentir que la tenia puesta sobre una cabeza humana! Su lámpara se habia apagado y se hallaba en la mas profunda oscuridad: ¿qué hacer, cómo encontrar ya el camino por donde habia venido? ¿cómo seguir adelante sin poder distinguir ningun objeto, y sintiendo sus fuerzas desfallecidas? En otra circunstancia Alberto podia haber titubeado; pero reflexionó que habia algo de sobrenatural en su aventura, y como su conciencia se hallaba tranquila, confortó su ánimo con la idea de un poder superior, y puso su confianza en el mismo. Siguió pues á tientas por el espacioso corredor, y aunque al principio caminaba con mucho trabajo, poco á poco sus ojos se fueron acostumbrando á la oscuridad y sus pasos se hicieron mas firmes; animándose del todo cuando distinguió á lo lejos una claridad. Así que se hubo acercado á ella oyó una confusion de voces que haciéndose mas distintas á medida que adelantaba, daban á conocer que provenian de varias personas que comian alegremente; y siendo esto en un parage de esta naturaleza, era fácil comprender qué especie de gente podria ser. Dudó un instante Alberto de lo que debia hacer; pero resuelto ya á todo, dobló una galería que le separaba de ellos, y vió una porcion de hombres mal carados, sentados á una mesa cubierta de manjares y de botellas. Su aparicion les sorprendió de tal modo, que unos se pusieron pálidos, otros se santiguaron, pero la mayor parte echaron mano á la cintura. Alberto les dijo entonces con tranquilidad:

«Señores, yo no vengo á interrumpiros, la casualidad sola me ha hecho penetrar aquí, ignoro lo que sois; pero de ninguna utilidad os puede ser mi muerte, aunque esté dispuesto á vender cara mi vida. Os pido únicamente me enseñeis el camino que conduce fuera de estos subterráneos, y os prometo una buena recompensa.

—¡Muera! gritaron algunos, y eran precisamente los que mas miedo habian tenido; ¡muera! este será algun traidor que ha venido á espiar nuestro asilo.

—No, dijo un jóven de aspecto menos feróz; conducidle á nuestro capitan, éste decidirá de su suerte.

Alberto fue entonces conducido á otra parte del subterráneo, hasta llegar á una puerta cuidadosamente guardada por un centinela.

—Antonio, dijo uno de la comitiva, haz saber á nuestro capitan que hemos cogido un hombre espiándonos mientras comíamos, y que estamos aquí esperando sus órdenes.

El centinela dió tres golpes distintos á la puerta, la abrieron con cautela, y habiendo pasado el recado, Alberto fue introducido delante de un hombre de noble presencia, vestido con elegancia, y cuya cara estaba tapada con una máscara negra. Luego que vió á Alberto hizo un movimiento de sorpresa, mas luego con tono imperioso, aunque agitado, le preguntó quién era.

—El conde Alberto de Capella, respondió éste. Perdido por estos subterráneos he llegado hasta aquí, y creo no teneis ningun motivo justo para detenerme.

El gefe habló al oido de uno que parecia ser su segundo, y á una señal de éste, antes que Alberto pudiese hacer ninguna resistencia fue desarmado y arrastrado hácia una puertecita de hierro, que cerraron tras él. Abandonado allí á sí mismo, pudiendo apenas sostenerse, se dejó caer sobre el escalon de la puerta, que era una larga piedra medio destacada de la pared y el único sitio donde podia estar algo preservado de la humedad del piso. Mientras se hallaba en libertad nada habia podido alterar su ánimo; pero prisionero de una banda fiera y sanguinaria, su corazon perdió su energía, y la desesperacion se apoderó de él. Encontrábase entregado á las mas tristes reflexiones, cuando le pareció que la piedra sobre la cual estaba recostado, se movia y se alzaba del suelo; un sudor frio corrió sobre su frente y no se atrevió á respirar; la piedra siguió moviéndose, y de repente Alberto se sintió abrazar fuertemente por el cuerpo, sus piernas y sus brazos estaban sujetos al mismo tiempo como por encanto, y se encontró privado de todo medio de defensa. La presion se aumentó sensiblemente; sus huesos empezaron á crugir, faltóle el aliento y el infeliz comprendió el fin cruel que le esperaba. En esto oyó un suspiro semejante al que habia oido en la librería, y una llama azulada se levantó del piso, y á su resplandor Alberto vió una horrible serpiente que se desenroscó de su cuerpo, huyó y se escondió; al mismo tiempo una puerta se abrió en el interior de la bóveda y dió entrada á una alta figura envuelta en una capa, la que con marcados y lentos pasos vino á ponerse delante de él, y le hizo seña de seguirle.

Alberto con silenciosa admiracion bajó la cabeza en prueba de consentimiento, y con pasos vacilantes siguió al estraño conductor. Despues de muchas vueltas y revueltas alumbrados siempre por la misma llama azul, llegaron á una cueva, en medio de la cual se paró su libertador y volviéndose hácia él, señaló un esqueleto que estaba á sus pies, se desembozó en seguida, y dejó ver las formas del marqués de Capella. El jóven conde dió un grito, y esclamando: «¿Padre mio?" cayó de rodillas. No se puede esplicar cuál fue el verdadero sentimiento que en este instante se apoderó de él. El horror, el espanto, la veneracion, mezclados con un tanto de esperanza y aun de alegría, tuvieron su alma en suspenso. El costado izquierdo de su padre parecía manar una sangre coagulada y negra, su cara lívida y estirada indicaba el sufrimiento de la muerte: todo su aspecto era la imágen del sepulcro; pero esta sombra, esta vision del otro mundo, era un objeto sagrado para Alberto, porque acababa de salvarle milagrosamente la vida, y no solo nada debia temer de él, sino que podia esperar una aclaracion que tanto le importaba.

Iba, pues, á interrogarle; pero la aparicion, como penetrando su pensamiento, le impuso silencio, y señalándole, como hemos dicho, el esqueleto, con voz profunda le dijo estas palabras.

—Alberto, estos son los restos de tu padre; no me era permitido hablarte sin traerte primero aquí; era preciso tambien que el bandido enmascarado te conociera: ha sido el instrumento de mi muerte, debe ser el de mi venganza; perdona, pues, los sufrimientos que en parte te he ocasionado esta noche.

Alberto iba á replicar, pero la sombra se lo impidió y prosiguió diciendo:

—Tu feróz tio es el que atravesó mi pecho: el ponzoñoso reptil de la envidia, que roia su seno sobre las centellas del amor, abrasó su corazon. El mónstruo me sacrificó á sus perversos designios. Emilia, la inocente Emilia, se halla en su poder, sálvala y véngame. No te permito dar antes sepultura á mis huesos, ni puede antes estar mi sombra aplacada, ni permitido á mis cenizas el reposo.

Iba á decir mas, pero las palabras se desvanecieron entre sus labios, la llama azul fue oscureciéndose poco á poco, y la vision desapareció.

Alberto vió entonces una débil claridad en el fondo de la caverna, se dirigió hácia ella, y se halló próximo á una salida cubierta de zarzales, que daba á la entrada del bosque, al E. del castillo

Todo sonreia en la naturaleza: la aurora empezaba á dorar el firmamento con sus apacibles rayos, los pajarillos alegres voleteaban de rama en rama saludando con su canto la llegada del dia, las gotas que colgaban sobre las plantas y flores brillaban como joyas preciosas, y el mas dulce aroma embalsamaba la atmósfera. Por un lado los

magestuosos Apeninos elevaban con orgullo sus monstruosas cabezas, dejando ver con rústica magnificencia rocas sobre rocas amontonadas, y entre éstas una blanca catarata saltando de risco en risco, y estrellando su caudal espumoso con ruido amenazador, pero placentero. Mas abajo, á continuacion del bosque, sobre una plataforma elevada, teniendo á sus pies un valle ameno y delicioso, aparecia el castillo de Capella, ostentando sus antiguos muros y sus torreones cubiertos de musgo y yedra. El corazon de Alberto se dilató con el esplendor de la escena; nunca habia esperimentado una sensacion mas agradable, nunca habia sentido tanto el placer de la existencia; acababa de presenciar los horrores del sepulcro, y habia escapado á la muerte mas cruel y espantosa. Agradecido al Autor de la naturaleza, elevó hácia él su alma entusiasmada y le rindió el mas fervoroso homenage. Quiso en seguida dirigirse al castillo, pero sus fuerzas estaban de tal modo agotadas que le fue imposible dar un paso sin reposar primero un poco; y así, no considerando si el terreno estaba enteramente mojado, se dejó caer sobre el verde césped que le cubria, y se hubiese abandonado al sueño, á no ser por el ruido de una esquila que le anunció el paso de un ganado que se dirigia precisamente donde él estaba. El pastor tendió su capote en el suelo invitándole á que se sentara encima, y ordeñando algunas cabras le dió leche y un poco de pan moreno, que restauraron sus fuerzas. El mismo pastor le enseñó despues una senda que conducia al castillo, adonde llegó estando el sol elevado sobre el horizonte.

Encontró todo en confusion: la vieja Teresa daba grandes gritos, Bertran y Prieto pronunciaban su nombre á voces, y así que vieron que llamaba á la puerta de fuera hicieron mil cruces dudando que fuese verdaderamente él. Serian largas de esplicar las preguntas de aquella buena gente, y de decir las congeturas que habian formado. Pietro, como dijimos, habia tenido la precaucion de cerrar el cuarto por dentro, cuando se habian quedado solos, y así, al despertarse por la mañana, viéndola cerrada tambien, no pudo comprender por dónde habia salido su amo, pues las ventanas estaban cerradas por dentro, y en cuanto al cuadro estaba perfectamente en su lugar. Habia llamado entonces á Bertran, y éste á Teresa, y los tres corrian como locos por la casa registrando todos los rincones, hasta que la llegada del conde por la parte de afuera les puso en nueva confusion. Se tranquilizaron al fin viéndolo sano y salvo, aunque su semblante indicaba bastante que habia padecido mucho.

Alberto mismo no podia hacerse cargo de todo lo que le habia pasado, le parecia que se despertaba de un largo sueño, y así se contentó con decirles que un suceso estraordinario le habia sacado fuera del castillo, y que era preciso además de que partiese inmediatamente para Nápoles. Mientras Pietro preparaba los caballos tomó algun alimento y descansó un breve rato, no sin haber examinado primero el retrato de su padre; lo apartó de la pared por ver si reconocia la apertura por donde habia pasado; ésta no estaba patente, pero vió en su lugar una especie de trampa muy bien disimulada que debia abrirse por algun resorte. Dejó para otra vez mayor indagacion, y colocó el cuadro en su puesto. Seria sobre el mediodia cuando emprendió su marcha acompañado de su fiel Pietro, y para divertir el tedio del camino fue contando entonces á éste los sucesos de la noche. Pietro en algun encuentro hubiese defendido á su amo con valor, pero esa relacion le hacia erizar el pelo, y esclamaba de cuando en cuando: San Genaro bendito, rogad por nosotros. Al anochecer Alberto estaba tan abatido que viendo á poca distancia del camino la choza de un pastor, se acercaron á ella para pedir un abrigo; el dueño hacia precisamente entrar su ganado en un pequeño corral, y su muger se hallaba á la puerta; esta era una jóven muy aseada, que los recibió con agrado y los albergó lo mejor que pudo. Alberto durmió tranquilamente aquella noche, soñó que estaba al lado de su Emilia, pero la veia pálida y macilenta, y no cual su imaginacion se la habia representado tantas veces. Al rayar el dia llamó á Pietro, éste habia ya ensillado los caballos, y el pastor y su muger le tenian preparado el almuerzo; al tiempo de partir observó que esta última llevaba al cuello una cinta de terciopelo con un medallon de oro; llamó esto su atencion por no ser costumbre en aquella gente, y la preguntó por qué poseia aquella joya. La pastora le contestó cándidamente que su marido se la habia encontrado cerca de una casa de campo al otro lado de la colina. Picada la curiosidad de Alberto, que creyó conocer ese medallon, lo

miró mas de cerca y vió que en efecto habia pertenecido á Emilia; ofreció inmediatamente á la pastora doble de su valor, suplicando al mismo tiempo al marido á que los guiara á la casa de campo donde lo habia encontrado; éste consintió gustoso y partieron hácia aquella parte. Por el camino el pastor les refirió que aquella casa era poco habitada, pues las ventanas estaban siempre cerradas, que el que era al parecer su dueño venia de cuando en cuando y solia marcharse al otro dia, quedando solo el jardinero que la tenia cerrada con mucha precaucion; añadió que hallándose un dia con su ganado á las inmediaciones, cuando acababa de llegar aquel sugeto, que era un hombre alto y de buena presencia, y al parecer de unos cincuenta años, habia tenido la curiosidad de acercarse á la casa y oyó como unos gemidos y llanto de una muger, lo que le hacia pensar que allí ocurria alguna desgracia: ¡pensad cuál serian las ansias de Alberto al oir esta relacion, pues casi no podia ya dudar de que fuese su Emilia la que estaba allí encerrada! Apretó el paso todo lo que pudo, y cuando llegaron á corta distancia de la casa se apearon y dejaron los caballos atados á un árbol, acercándose con precaucion á una puertecita del jardin. Alberto y Pietro se arrimaron en silencio á un lado de la misma mientras el pastor llamaba. Poco despues un hombre preguntó por la parte de dentro, quién era; el pastor le dijo su nombre, pidiéndole un poco de agua, y como el jardinero le conocia no tuvo dificultad en abrir, mas luego se echaron sobre él Alberto y Prieto, y empujándole hácia dentro cerraron la puerta, intimándole, á peligro de su vida, les condujese adonde se hallaba la muger que tenia custodiada; quiso escusarse, pero asustado por las amenazas, ó mas bien ganado por las promesas de Alberto que le dijo quién era, les condujo á una parte retirada de la casa donde, despues de haber abierto varias puertas, hallaron en un aposento algo oscuro á una muger recostada sobre un gergon; ésta, creyendo que fuese su perseguidor que entraba, se cubrió la cara y empezó á sollozar. La voz de Alberto la hizo pronto reconocer su error, se levanta, y fijando en él los ojos medio desencajados, da un grito y cae desmayada en sus brazos.

Con muda é inesplicable alegría, Alberto la aprieta sobre su seno; no piensa si su amante ha perdido los sentidos, no se asusta de su estado, ni teme por su vida, solo siente el placer de haberla encontrado y tenerla en sus brazos; los latidos de su corazon y las lágrimas que deja caer sobre su pálida frente son los únicos remedios que la llaman á la vida. Ella abre lánguidamente los párpados, reconoce el tan deseado y llorado objeto de su amor, lo mira y vuelve á mirar de nuevo, lo estrecha en sus blancos brazos, y vierte copioso llanto.

Pasado este primer momento de tierna efervescencia, Alberto conduce á su amada á otro aposento mas cómodo y la hace tomar un ligero refrigerio; en seguida despacha al pastor al pueblo mas cercano para traer un carruage, y sentado al lado de su Emilia escucha de sus labios la siguiente narracion de su triste historia.

—Habeis sin duda oido, dijo con un suspiro, como vuestro padre, en consecuencia de cierto aviso que recibió á deshora de la noche, creyó deber partir súbitamente del castillo. En ese viage melancólico, siendo yo su único consuelo, procuré con mis atenciones mitigar en lo posible su espíritu visiblemente agitado; pero poco pude adelantar, pues su tétrico humor se aumentaba á cada paso. Teníamos que atravesar inevitablemente por el bosque, y la oscuridad de la noche se hallaba aumentada por la espesura de los árboles; los criados guardaban un profundo silencio, y no se oia otro ruido que el rodar del carruge y el pisar de los caballos. De repente estos se paran y retroceden, y nos vemos rodeados de una banda de malhechores que se echaron sobre nosotros, el cochero fue el primero que cayó muerto entre las riendas, y oí los gemidos de los otros dos criados que pedian misericordia. Vuestro padre pudo descargar sus pistolas sobre los primeros que se presentaron, pero fue luego arrancado fuera del coche y cayó bañado en su propia sangre. Sobrecogida de horror quedé enteramente privada de sentido, y cuando volví en mí me hallé á caballo entre los brazos de uno de la banda, cuya cara estaba celada en un crespon negro; inexorable á mis ruegos y lágrimas no quiso contestar á mis preguntas, y en vano fueron mis esfuerzos para desasirme de él; miré con desesperacion al rededor, y volví á perder el conocimiento.

Ignoro cuánto tiempo pemanecí en este estado, pues me encontré en un suntuoso apartamento echada en una magnífica cama;

una muger velaba á mi lado, y dió gracias al cielo cuando abrí los ojos; pero á mis preguntas de dónde me hallaba, solo quiso contestar que en parte segura. Pasé el resto de la noche y el dia siguiente en un estado deplorable, la imágen de mi querido tutor fluctuaba delante de mis ojos, y el recuerdo de sus asesinos me tenia en continua pesadilla: el resultado fue una fuerte calentura acompañada de largos delirios. Mi naturaleza luchó muchos dias con la muerte, pero al fin recobré mis fuerzas, y al cabo de un mes pude levantarme. La únicas personas que habia visto durante este tiempo eran, el médico y Lucía, la muger que me cuidaba; ésta entró un dia al anochecer en mi cuarto y me anunció que su amo venia á congratularme por mi recobro; pregunté quién era, pero antes que tuviese tiempo de contestarme, ¡juzgad, ó mi Alberto, de mi indignacion! vuestro aborrecido tio Cavigni estaba á mis pies. No sé cómo fue, mas en aquel momento mil sospechas se presentaron á mi imaginacion, y creí ver en él la causa de nuestra desgracia; lo rechacé con horror, y sin considerar la fuerza de mis palabras, ¡asesino! le dije, ¿cómo os atreveis á presentaros delante de mí cubierto todavía con la sangre de vuestro hermano? Hizo un movimiento de sorpresa, se levantó de repente y echó una mirada sobre su ropa. Este estremecimiento de su conciencia hubiera podido servir á un juez para penetrar la verdad y juzgarle, pero vuestra débil Emilia no pudo sacar otro fruto que el convencimiento de las nuevas penas que se le preparaban. Pronto se serenó, y me dijo con descaro:

—Estais muy equivocada, Emilia, es á mí al contrario á quien debeis vuestra salvacion, yo os he libertado de las manos de los bandidos, y no sin mucho riesgo os he podido conducir aquí. Siento infinito el desgraciado fin de mi hermano, pero por otro lado bendigo la suerte que me ha proporcionado los medios de seros útil, y que os ha puesto al mismo tiempo bajo mi proteccion. Ningun obstáculo podeis poner ahora á mi felicidad, pues Alberto no existe ya tampoco, y espero no estará muy lejos el dia en que recompesareis el tierno afecto que os profeso.

Le contesté con desprecio que no creia en vuestra muerte, pero que de cualquier modo nunca seria su esposa, y así, que lo único que deseaba era volver á Toscana cerca de mi tia la abadesa.

—Jamás, replicó entonces mudando de tono, estais en mi poder, y de grado ó por fuerza habeis de ser mia; veinticuatro horas de tiempo os doy para reflexionar.

Diciendo esto se retiró, dejándome llena de agonía y de aprehension.

El resto de la noche y el dia siguiente lo pasé meditando mil medios para escaparme, y probando todos los que estaban á mi alcance, pero las puertas estaban cerradas y las ventanas con rejas, y Lucía no se dejó ganar por grandes que fueron mis promesas. Llegó pues el terrible momento, y Cavigni, sin tomar siquiera la pena de hacerse anunciar, penetró en mi cuarto como quien no necesita ya tener ningun miramiento. Con voz medio balbuciente me preguntó cuál era mi determinacion.

—Morir, le contesté resueltamente, si dais un paso hácia mí; pero mas veloz que un tigre se echó sobre mi mano, y antes que pudiese herirme me arrancó unas tigeras, única arma que habia podido proporcionarme. Conoceis su fuerza prodigiosa; mi lucha fue la de una débil oveja que quiere huir de las garras de un lobo hambriento.

Alberto aquí se puso pálido, y mirando tristemente á Emilia, no pudo menos de interrumpirla.

—¡Ah! Emilia, la dijo, ¿habeis sido pues la presa de ese monstruo execrable?

Emilia se sonrió comprendiendo lo que pasaba en el alma de su amante, y prosiguió:

—No, Alberto, el cielo vino á tiempo en mi socorro.

De repente una luz azulada se esparce por el aposento.

—¡Cavigni! gritó una voz atronadora, y la sombra de mi venerado tutor aparece delante de nosotros. Echó una mirada terrible sobre vuestro tio, y levantando una mano al cielo con aire amenazador, señaló con la otra la profunda herida de su costado. El inicuo Cavigni no pudo resistir al fluido eléctrico que en forma de sangre surtia de la lívida apertura y parecia salpicarle, cayó en el suelo, dando un suspiro semejante al rugido de una fiera.

La aparicion se desvaneció entonces; yo me retiré á mi gabinete, y aunque asustada por la agonía de mi perseguidor, daba gracias al cielo por el modo milagroso con que me habia libertado de un mortal in-

sulto. Lucia llegó poco despues y me dijo que me preparara para partir inmediatamente, pues su amo habia determinado que fuese conducida á otra parte. Fuí en efecto trasladada aquí, donde vuestro tio viene algunas veces á ver si los sufrimientos y el deseo de recobrar la libertad han podido mudar mi resolucion, pero nunca se ha atrevido á poner otra vez la mano sobre mí.

Con irresistible impulso Alberto apretó de nuevo á su amada sobre su corazon: estaba seguro de su posesion, y la contemplaba mas digna que nunca de su amor. ¡Ah! ¡cuánta felicidad le esperaba!

Luego que llegó el carruage se pusieron en marcha, y el pastor fue ámpliamente recompensado. Pietro siguió á caballo con el jardinero á quien no perdia de vista, aunque no se necesitaba tener ya con él ninguna precaucion, pues su propio interés y aun su mismo corazon le impelia á dedicarse enteramente al servicio de su nuevo señor.

Llegados á Nápoles, Alberto puso á Emilia bajo la proteccion de una parienta de su madre, y su segundo cuidado fue informarse del paradero de su tio Cavigni. Habiendo sabido que este se hallaba habia algunos dias en una casa de campo de un amigo suyo á pocas horas de la ciudad, se procuró sin perder tiempo, una órden para arrestarle, y seguido de los oficiales de justicia se dirigió al paraje que le habian indicado. Cavigni iba á sentarse á la mesa cuando le intimaron la órden de prision; su alma culpable se sobresaltó, siendo aun mayor su asombro al ver que su sobrino era su acusador; un sudor frio cubrió su cuerpo, y sin atreverse á contestar siguió lleno de confusion á sus guardias.

Algunos dias despues, todo Nápoles estaba en agitacion: se esperaba con impaciencia el resultado de una acusacion terrible, que recaia sobre una persona de alta clase. La sala estaba llena, los jueces tomaron sus asientos, y Cavigni fue conducido delante del tribunal.

Los malvados solo tienen amigos mientras están en auge; Cavigni no tenia ya á nadie que pudiera interesarse á su favor; su reputacion nunca habia sido buena, y su aspecto en ese momento no inspiraba simpatía. Cuando entró en la sala, la curiosidad era el único sentimiento que movia el corazon de los espectadores; pero cuando Alberto con espresivo acento hubo referido los varios puntos de la acusacion; un murmullo prolongado dió á conocer la indignacion general.

Cavigni negó los hechos, y pidió que Alberto substanciase su asercion.

El jóven marqués presentó entonces al jardinero para probar el injusto encierro de Emilia, pero ninguna prueba pudo dar del asesinato.

Una sonrisa de exaltacion se esparció sobre las facciones de Cavigni: los jueces se veian en el caso de deberle absolver de esa parte de la acusacion. En aquel instante un individuo embozado en su capa atraviesa la muchedumbre y dice á los jueces:

—Escuchad, el acusado es culpable, traigo las pruebas.

Volviéndose en seguida hácia Cavigni, le dijo con voz de trueno:

—¿Me conoces, villano? ¡Ah! bien puedes ponerte pálido; mírame.

Dejó caer su capa, pero su cara estaba cubierta con una máscara.

Alberto reconoció al instante al gefe de los bandidos del subterráneo.

Cavigni temblaba de terror y de rabia, mientras su nuevo acusador, con una voz firme y sonora, declaró que era el gefe de una cuadrilla de malhechores, á quien el acusado habia empleado en asistirle en dar la muerte al marqués de Capella.

—Yo vengo á entregarme en manos de la justicia, y por consecuencia á la muerte, no me es posible mentir. Declaro que el conde Cavigni es el miserable que clavó su daga en el corazon de su hermano. Mirad en mí los efectos de unas pasiones mal gobernadas (se quitó la máscara): yo soy el conde Montaldo.

La asamblea quedó admirada al reconocerle. Montaldo pertenecia á una de las familias mas distinguidas de Nápoles; la disipacion lo habia reducido á la pobreza, y se habia visto inducido á asociarse á unos bandidos, que le escogieron por gefe. Cuando mandó encerrar á Alberto, era con la intencion de sacar gruesas sumas de Cavigni, mas su desaparicion estraordinaria de la bóveda, que no pudo comprender, y una especie de vision que habia tenido, movieron su corazon al arrepentimiento. Así, pues, cuando supo la acusacion que pesaba sobre el conde se determinó á servir á su castigo, así como habia servido á su crimen.

Un criado que habia sido confidente de Cavigni vino á corroborar las pruebas, y la sentencia de su muerte fue irremisible.

A Montaldo se le permitió retirarse á un convento á espiar sus faltas.

Alberto entró en posesion de todos sus bienes, y fue en persona á retirar los restos de su padre, que fueron conducidos con solemnidad al sepulcro de sus mayores. Al mismo tiempo dió órdenes para reparar el castillo, prometiendo á Bertran y Teresa que le verian pronto en compañia de su amable Emilia.

Esta le esperaba con impaciencia en Nápoles, donde fueron unidos sin dilacion alguna. Tuvieron varios hijos, y en el curso de una vida tranquila y placentera dieron una prueba, de que la verdadera felicidad solo se encuentra en el egercicio de la virtud.

E. F.



MÚSICOS ASIÁTICOS.



Uno de los privilegios mas apreciados del Rey de Persia es el tener una compañia de músicos, la cual hace algunos años era una verdadera desgracia tener que oir. La instrumentacion de esta orquesta estaba reducida á unas cuantas trompetas largas y cortas, y de voz mas ó menos chillona ó ronca, y de algunos timbales que se tocaban con los nudillos. Los músicos sentados sobre sus piernas en una postura que solo la costumbre podia hacerles soportar, tañia cada cual el instrumento que le estaba encomendado, formando entre todos un discordante estrépito.

V. N.

Á ANDALUCÍA.

«En cuya perfectísima belleza,
Sus términos pasó naturaleza.»
LOPE DE VEGA.

«Toda cubierta de verdor fecundo,
Poblada toda de olorosas flores,
Acariciada de airecillos suaves,
Y albergue dulce de amorosas aves.»
ARRIAZA.

No de la luna los hechizos canto,
Cuando al ganar de Febo el regio asiento,
Tiende la noche su apacible manto,
De estrellas recamando el firmamento:
No elogiaré del iris el encanto,
Ni del mar ancho el mágico portento,
Que al pulsar esta vez mi ruda lira,
Otro asunto mejor mi mente inspira.

Quiero cantar á la region que adora
Mi alma con delirio asaz profundo,
A la tierra mas bella y seductora
Que en su estension abarca el vasto mundo;
Donde vierte oro el sol, perlas la aurora,
Al lugar en delicias mas fecundo,
Al mas rico pais en lozanía,
En fin, á la sin par Andalucía...

¡Celeste inspiracion! ven á mi mente,
De tu fuego un destello me ilumine,
Y haz que en el alma, en mi entusiasmo ardiente,
De pensamientos un raudal germine;
Que pueda con tu influjo prepotente,
Antes que de mi vida el dia decline,
Auxiliado del Númen sacrosanto,
A la Bética alzar un digno canto.

¡Salud, vergel de la opulenta España,
Salve, region de esplendorosa gloria,
Pais que no ha rival en cuanto baña
El dilatado mar, grande en la historia;
En que cada ciudad marca una hazaña
O recuerda indeleble una victoria,
Que en los sitios gloriosos en que abunda,
Cuenta al par de BAILEN la antigua MUNDA!

¡Suelo feliz de mágicos primores,
Joya de Iberia la de mas valia,
Eden ornado de fragantes flores
Donde aspiran las auras su ambrosía;
Donde moran arpados ruiseñores,
Que pueblan el espacio de armonía:
Tierra en goces feraz, rica y amena,
De atractivos sin fin, de encantos llena...!

Aqui del Bétis á la undosa orilla,
En campo matizado de esmeralda,
Se asienta ufana la oriental Sevilla,
Cual atalaya irguiendo su Giralda;
Con su corriente, que argentada brilla,
El rio en su girar baña la falda
De esta ciudad, que al sarraceno bando,
Audaz arrebatara San Fernando.

Aqui tendida en floreciente vega,
Que al aire con su aliento aromatiza,
Se halla Granada, que armonioso riega,
Cristalino el Genil, y fecundiza.
En ella el alma de ilusion se anega,
Sin pesar la ecsistencia se desliza,
Que al contemplar su Alhambra, en grato pasmo,
Ahógase el pesar en entusiasmo.

LÚNES 9 DE DICIEMBRE.

Por luengos siglos ominoso yugo,
Del alarbe sufrió bajo el dominio,
Despues que en Guadalete al cielo plugo
Del godo decretar el esterminio:
Desde entonces, del fiel ese verdugo,
Solo baldon la dió en su predominio,
Y á sus ínclitos hijos, siempre bravos,
De señores trocólos en esclavos.

Pero al fin, por su afrenta, el fiero moro
En Fernando é Isabel halló el castigo,
Pues en ella Boabdil perdió el tesoro
Que arrancara Tarif á Don Rodrigo.
Sus muros al dejar vertió cruel lloro,
A que díjole Aixa, de él testigo:
«Si, cual muger el reyno llora triste,
Que defender cual hombre no supiste...»

Mas si es bella Sevilla que al murmullo
Del Bétis se adormece sosegada,
Si hermosa, de las auras al arrullo,
Su palacio arabesco alza Granada;
Málaga la sin par es con orgullo
De Andalucía la gala mas preciada:
Neréida que por ver tal maravilla,
Salió del mar y se quedó en la orilla.

En esta tierra fértil, bendecida,
Donde todo es belleza y galanura,
De la nada surgí, salí á la vida,
Por favor singular de la Ventura.
Aquí nace el placer, la paz se anida,
Aqui fijó su corte la Hermosura,
Que habitan ninfas su encantado suelo,
Con formas de ángel, con mirar de cielo...

Todo en Andalucía, magnificencia,
Delicia, gloria, amor, do quier proclama;
Paraiso siempre fue por escelencia;
De polo á polo la ensalzó la Fama;
En ella ostenta Dios su omnipotencia,
Y sus dones espléndidos derrama;
Que de sus privilegios como cima,
La dió tranquilo mar, benigno clima.

. . . . . .

¡Salve, emporio de encantos seductores,
Joya de España la de mas valía,
Pensil de gayas y odorantes flores,
Donde beben las auras su ambrosía;
Donde moran canoros ruiseñores
Que pueblan el espacio de armonía:
Del poder del Eterno cantor mudo,
Venturoso pais, yo te saludo!

JOAQUIN MORENO DEL CID.

EL BANQUERO DE CERA.

I.



A principio del verano de 1824 estaba acostado un hombre en una magnífica cama de la fonda Maurice en Paris; su respiracion, acompasada y tranquila, demostraba la falta de cuidados que turbasen su sueño; sus facciones en estremo delicadas, al par que regulares, ofrecian á la vista el tipo de la belleza inglesa, que seria el de la perfeccion si esta no fuese inseparable de la gracia. Erguíanse sobre la frente sus rubios cabellos, entre los cuales asomaba algun punto gris, y una barba espesa y bien redondeada completaba el adorno natural de su semblante. Era, á no dudarlo, un inglés ó la estátua de un inglés; solo entre estos dos estremos cabia duda.

Era en realidad un hijo de Albion en carne y hueso, y se llamaba Peter Lowter. Hacia un año que residia en Paris, y los que le conocian le tenian por un hombre muy particular; he aquí el motivo: así que se abrian los salones de Frascati se instalaba en ellos hasta el momento en que se cerraban: jugaba fuerte y perdía siempre; nadie se acordaba de haberle visto ganar; por consiguiente, en un año que duraba semejante régimen de vida, debia haber perdido sumas enormes; de lo cual deducian unos mirones que era un miembro del parlamento que viajaba de incógnito, y otros que era pariente del célebre banquero de Lóndres, de su mismo nombre. Los jugadores no deducian nada, y se contentaban con esplotar el rico filon que habian encontrado.

Dieron las once; un despertador hizo oir su discordante ruido; M. Lowter abrió los ojos y echó en derredor una mirada fria y apática; un rayo de sol brillaba por entre las cortinas de la ventana.

—¡Tampoco hace hoy niebla! esclamó apesadumbrado.

Se levantó con grave lentitud, se puso una bata, y despues de haberse atusado el pelo y la barba sacó dos pistolas, introdujo en cada una de ellas dos balas, y pidió el almuerzo.

Cuando hubo saboreado las delicias de un *confortable* almuerzo, frecuentemente rociado con los mejores vinos del pais y del estrangero, alargó el brazo y cogió las pistolas, armólas con minuciosa atencion sin que su semblante variase de espresion en lo mas mínimo, volvió la espalda al sol, y empuñando una en cada mano las aplicó á su frente; pero al ir á tirar de los gatillos se detuvo.

—Ese bribonzuelo de Dick siempre se olvida los mondadientes, esclamó, ¡Dick!

Un muchacho feo y enano entreabrió la puerta y asomó su cara de garduña. Peter Lowter le dijo con mucha gravedad:

—Satanás cargue contigo: ¡los mondadientes!

Mientras que Dick egecutaba la segunda parte de esta órden, se arrellanó el inglés en el sillon y clavó la vista en el techo. Pensaba en sus adentros que las cuatro balas que iba á sepultar en su cuerpo eran mas que suficientes para reemplazar los mondadientes, y que era indigno de un *gentleman* suspender por tan fútiles motivos un acto tan serio y tan importante como el que iba á egecutar. A pesar de esto, esperaba: para un inglés pierde muchos de sus atractivos el suicidio cuando el sol brilla y reverbera en el azulado espacio.

Los que decian que M. Lowter era pariente del célebre banquero de Lóndres, se engañaban; M. Lowter era el mismo banquero que en quince años, sin mas ausilios que su inteligencia é industria, habia adquirido tal crédito que en 1825 hacia él solo mas negocios que todos los comerciantes de Lóndres. La opinion general le hacia dueño de un tesoro inmenso, fabuloso, y sus rivales que contaban con capitales de ocho ó diez millones á lo sumo morian de envidia y de despecho.

Sin embargo, Peter Lowter no era feliz; habia conocido la miseria antes de llegar á la opulencia; su muger le adoraba, y su hija, encantadora jóven, hubiera sido el orgullo de cualquier padre; todo, en fin, le sonreia; pero esta misma felicidad tan constante le fastidió y dió entrada al *spleen*: para disiparlo imaginó vencer á fuerza de locuras á todos los calaveras de Lóndres; podia hacerlo muy bien, pues su caja era inagotable; mas para ello debia agitarse, trabajar, y su carácter frio é indolente, que solo la sed del oro habia podido galvanizar, se lo impedia: por otra parte, á pesar de la aversion que le inspiraba todo lo de su casa, queria merecer el aprecio de mistress Lowter, y no queria perder la reputacion de escelente padre de familia de que durante largos años habia gozado con gran ventaja para el crédito de su casa.

Entre tanto el *spleen* iba en aumento; era preciso esterminarle á toda costa. Peter Lowter se hizo jugador; pero la fortuna se le mostró tan adversa en el juego como favorable le habia sido en los negocios. Las emociones, nuevas para él, que le causaban tales pérdidas, convirtieron este capricho en una pasion. En el juego, lo mismo que en el amor, el remedio mas poderoso es el buen éxito, los percances de la suerte producen el mismo efecto que los calculados desdenes de una coqueta, avivan el fuego y encadenan al que en tales aras rinde adoracion. Si Peter Lowter hubiera ganado, nuestra historia concluiria en el primer capítulo. No fue así, y bien pronto no conoció freno su pasion; jugó cuanto tenia en caja, luego los depósitos, y por fin se vió reducido á perder solo diariamente las enormes ganancias que le producia el comercio. Esta sujecion volvió á fastidiarle.

Y no era en los clubs fashionables ni tan siquiera en las casas toleradas donde Peter Lowter vaciaba su cartera todas las noches. Habia elegido un garito donde nadie podia reconocerle; así es que todos ignoraban que era presa del vicio, y mientras se estaba arruinando creian que trabajaba en su gabinete: su misma esposa, no solo ignoraba que pasaba la noche fuera de casa, sino que estaba segura de que le tenia muy cerca, pues le *veia*; luego esplicaremos este misterio.

Solo un confidente poseia el secreto del banquero. El viejo Toby, charlatan como todo criado, pero dotado de una discrecion á toda prueba en lo concerniente á su amo, favorecia sus escursiones. Todos los demás sirvientes y empleados creian al banquero un modelo de laboriosidad y de paciencia.

Hay en la nebulosa atmósfera de Lóndres una *mania* de suicidio que los linfáticos *gentleman* han importado á otros paises con demasiado éxito por desgracia. Peter Lowter, al volver á su casa, atravesaba el Támesis: una vez se apoyó en la barandilla del puente, y sus miradas estuvieron largo rato clavadas en el rio; desde aquel momento no pensó en el Támesis sin tener una sensacion voluptuosa parecida á la que hormiguea en el paladar de un gastrónomo al pensar en un pavo relleno de trufas ó un pastel de Strasburgo rociado con Champagne. Como su corazon era demasiado estrecho para contener dos pasiones, se vió desalojada la del juego por el suicidio; pero no ese suicidio triste á que recurre un cajero que ha malversado los fondos puestos á su cuidado, sino á una muerte tranquila y gloriosa, por largo tiempo meditada, y egecutada con plena voluntad, despues de haber dormido tranquilamente, y haber llenado el estómago con un opíparo almuerzo. Lóndres no era á propósito para el caso; se necesitaba completa libertad, y Lowter, decidido ante todo á obtenerla, escribió á su esposa un billete mortuorio en forma de testamento que empezaba con las sacramentales palabras:

«Cuando leereis estos renglones habré dejado de existir; no querais saber, &c. &c.»

Esto bien mirado no era una falsedad, sino un anacronismo. El banquero predecia los acontecimientos; y como para aquella escapatoria no necesitaba de nadie, no dijo nada á Toby, y partió, muerto para el mundo.

Desembarcó en Francia. Un inglés no hace las cosas á medias: Peter Lowter habia tenido cuidado de recoger una gran suma,

y de proveer su cartera con letras de crédito y billetes de banco: jugó para distraerse, y perdió segun costumbre; la pérdida diaria no podia compensarse con los empréstitos de la caja como en Londres; por consiguiente el tesoro se fue disminuyendo rápidamente; la muerte se le apareció próxima, inevitable, y bajo este nuevo aspecto le pareció bastante seductora.

Sin embargo continuó perdiendo, pero con método y con moderacion. De este modo, dividiendo el contenido de su cartera por el importe de la cantidad que diariamente arriesgaba y perdia, podia calcular cuando quisiese los dias que le quedaban de vida. Así pasó un año.

La víspera del dia en que le hemos presentado al lector habia hecho su última division, y por cociente habia resultado cero.

Peter Lowter queria morir y no tenia otro recurso; pero se hubiera alegrado de encontrar un pretesto para vivir; en sus últimos momentos se le habia aparecido la imágen de su esposa y de su linda Ana, y sentia haberlas dejado.

Presentóse Dick con los mondadientes, y tras él entró un jóven que miró todo el cuarto muy asombrado · al ver á M. Lowter soltó un ¡oh! modulado á la inglesa con tres inflexiones de voz igualmente cacofónicas; Dick se volvió y repitió esta esclamacion exactamente como un eco.

—¡Cosa singular! esclamó el recienvenido.

—Caballero, dijo Lowter señalando la puerta, no os conozco.

El recienvenido bajó los ojos pero no se retiró.

—Me llamo Roberto Stevenson, dijo saludando respetuosamente.

M. Lowter no contestó.

—¿No conoceis mi nombre á lo menos? añadió Roberto.

—Supongo que será alguna equivocacion, dijo el banquero; acabemos.

¡Cosa singular! repitió Roberto estupefacto. ¿No sois M. Peter Lowter, baquero de Lóndres?

El interpelado hizo señal á Dick para que saliese.

—¿Por qué me lo preguntais? dijo despues de cerrar la puerta.

—¿Por qué? esclamó el jóven. Vamos, comienzo á creer que me he equivocado. Es cierto que vos no acostumbrais... quiero decir, que M. Lowter no acostumbra tratar á sus dependientes, pero no puede ignorar el nombre de su factor principal.

—¡Ah! esclamó el banquero estupefacto: ¿pues qué? ¿no ha muerto?

—Vamos, repuso Stevenson sonriendo, no os burleis de mí, sois vos, ¿no es cierto?

El banquero hizo una señal negativa.

—¿Que no?... Pues maldito sea yo si calienta el sol dos hombres mas parecidos. ¿Mas cómo habeis de ser vos M. Lowter, si hace tres dias estaba en Lóndres y estoy seguro de que no ha venido en el mismo barco que yo?

Peter Lowter recorria el cuarto á grandes pasos haciendo mil conjeturas. Stevenson aprovechó aquel momento é hizo ademan de retirarse.

—M. Stevenson, dijo de repente el banquero, hace mucho tiempo que conocí á ese M. Lowter de Lóndres cuyo apellido tengo; me alegro mucho de que no haya muerto, y..... ¿Habeis almorzado M. Stevenson?

Poco despues se encontraban los dos ingleses frente á frente con un almuerzo digno de la fonda Maurice. Merced á la prodigiosa facultad de dilatacion con que están dotados los estómagos ingleses, pudo el banquero competir dignamente con su huésped. Este era jóven, sencillo y bastante espansivo. Comenzada la conversacion pudo saber M. Lowter que era hijo de M. Stevenson, banquero de Edimburgo y corresponsal de la casa de Lowter. Hacia seis meses que estaba en ella, en cuyo tiempo se habia enamorado de miss Ana. Mistress Lowter miraba este amor con benevolencia y la linda Ana tambien, á lo menos lo esperaba así Roberto, pero se le oponia un grande obstáculo; estaba de por medio Tomás Bage.

Acerca del banquero no sabia qué pensar; era un sugeto muy singular. Cuando acababa de llegar, encargado de cobrar algunos créditos, habia oido pronunciar su nombre y habia pedido sus señas.

—La semejanza era completa, añadió Stevenson; la pintura que me hacian era el retrato de mi principal..... y á fe mia que cuanto mas os miro..... Pero dejémoslo esto. No me ocurrió al pronto que era imposible hallarle aquí, y lo deseaba tanto mas cuanto que aun no he tenido ese honor.

—¡Cómo! esclamó Peter Lowter, ¿en seis meses que estais en su casa?...

Stevenson hacia saltar en aquel momento el tapon de la tercera botella de Oporto.

Concluida esta importante operacion apoyó los codos sobre la mesa, y guiñando el ojo, dijo á su compañero:

—Ya veis que ahí hay gato encerrado. Por Lóndres corren ciertas voces...

—Ya sabia yo que mi memoria no me engañaba, dijo el banquero; recordaba yo haber oido que habia muerto.

—¿Muerto? no sé. Ahora dicen que está loco.

Peter Lowter hizo un ademan de incredulidad.

—No lo dudeis, repuso Stevenson; así se dice, y la casa no gana nada en ello.

—¿Pero qué motivos hay?...

—El principal es que hace mas de un año se ha hecho poner entre cristales.

—¿Entre cristales?

—Me esplicaré; ha hecho cerrar su gabinete con un atajado de cristales enrejado, á través del cual se le ve sentado de espaldas y vestido lo mismo en invierno que en verano con una bata aforrada.

—¿Y qué hace allí?

—Dios y Tomás Bage lo saben. A menudo impide verlo una tupida cortina de sarga, pero todo nos hace creer que pasa los dias enteros trabajando. Por la noche, Tomás Bage, que es el único que tiene la llave del santuario, entra con luces y la comida para el principal.

—¿Ese Bage no es el primer dependiente? preguntó M. Lowter.

—Ha ascendido; está asociado, ó cosa por el estilo.

—Ya comprendo; tiene la firma...

—No; M. Lowter solo...

—Pardiez, esclamó el banquero, me alegraria mucho de ver cualquier cosa firmada por M. Lowter.

Stevenson habia honrado el almuerzo y habia acariciado mas de lo regular á las botellas; así es que no vió la repentina animacion que tomaron las miradas de su compatriota.

—No hay cosa mas fácil, le dijo.

Y sacó de la cartera una carta de crédito fechada en Lóndres cuatro dias antes. M. Lowter se apoderó de ella y la examinó rápidamente.

—Ya lo veo, dijo entre dientes, esta es mi rúbrica muy bien contrahecha; esto es fácil; ¿pero quién es el otro yo? ¿quién representa mi papel en Lóndres de modo que engaña á todos mis dependientes?.. Mi querido Stevenson, continuó echándole un vaso de Champagne, tened la bondad de proseguir.

—¿En qué estábamos? preguntó Roberto; creo que os decia que miss Ana es la muchacha mas linda que hay en el mundo: figuraos....

—Hablábamos de su padre. Deciais que cuando anochecia....

—Al anochecer se le sirve la comida.

—¿Y come?

—Yo creo que sí.

—¿Lo habeis visto?

—No, porque Bage corre la cortina. Habeis de saber que ese Bage es un miserable que quiere á miss Ana, pero antes moriré yo que se casará él con miss Lowter.

El banquero no atendia; se frotaba rápidamente las manos, y una ligera sonrisa animaba sus marmóreas facciones.

—Eso es, decia para sí, no puede ser otra cosa..... Aunque tenga que vivir seis meses, he de saber si lo he acertado.

Se habia hallado el pretesto, y bien mirado era mas que suficiente. ¿Qué hombre pensaria en morir antes de quitar la máscara al insolente que se apropiaba su nombre?

Entre tanto Stevenson vaciaba un vaso tras otro y hacia una elegíaca descripcion de miss Ana Lowter, pero ya hablaba con dificultad; por fin, recostó la cabeza en el respaldo del sillon y comenzó á roncar.

M. Lowter llamó á Dick, y entre los dos depositaron á Stevenson en la cama, donde continuó tranquilamente su sueño. Al anochecer se despertó y se encontró solo: el cuarto presentaba el aspecto de desórden que deja tras sí una marcha precipitada. Todos los cajones de los muebles estaban abiertos y vacios; sobre la mesa en que habia almorzado habia un billete dirijido á él; lo abrió rápidamente y lo leyó; decia así:

«He recibido de M. Stevenson trescientas libras esterlinas en una carta de crédito de igual cantidad, y dos billetes de banco de doscientas lib. est. cada uno; total setecientas lib. est.—*P. Lowter.*"

Roberto echó mano inmediatamente á la cartera: estaba vacía; volvió á coger el recibo, se frotó los ojos repetidas veces y lo leyó de nuevo.

—¡Era él! esclamó por fin, esta es su firma. ¡Habrá querido darme una leccion; ¿pero, cómo ha podido llegar antes que yo?...

Un mozo pasaba por el corredor.

—¿A qué hora ha llegado el *gentleman* que ocupaba este cuarto? le preguntó Stevenson.

El mozo le miró asombrado. Stevenson repitió la pregunta.

—Si hablais de M. Lowter, dijo por fin el mozo, hace mas de un año que habita aquí.

Roberto quedó atónito.

—¡No es él! murmuró despues de un largo silencio, solo puede ser el diablo.

Algo tranquilizado por tan ingeniosa conclusion, examinó el estado de sus bolsillos: le quedaba lo puramente necesario para volver á Inglaterra.

II.

La casa de Peter Lowter, en Lóndres, era todo un palacio. Ocupaban el piso bajo las oficinas, lujosamente adornadas y pobladas por un ejército de empleados. En el primer piso estaba el gabinete de M. Lowter, cuya descripcion nos ha hecho Stevenson; este gabinete comunicaba por un lado con las oficinas de los principales dependientes, y por otro con la habitacion ocupada antiguamente por mistress Lowter, y ahora por Tomás Bage. Mistress Lowter se habia retirado al segundo piso con la familia.

Algunos dias despues de la escena que hemos referido estaba la esposa del banquero reclinada en un sillon; su hija Ana sentada á sus pies en un taburete hojeaba un album. El mueblage del gabinete que ocupaban era un portento de lujo y magnificencia; el palacio real no hubiera podido ostentar quizá adornos semejantes, que á fuerza de riqueza hubieran parecido estravagantes, si no estuviese allí el cándido y encantador semblante de miss Ana para armonizar el conjunto.

Mistress Lowter manifestaba tener unos cuarenta años, y en sus delicadas facciones se veia marcado el sello del sufrimiento: de vez en cuando echaba una furtiva mirada sobre su hija y asomaba á sus ojos una lágrima.

—Me parece, dijo Ana cerrando de golpe el album, que M. Stevenson tarda mucho en escribirnos.

—Solo hace ocho dias que partió; dijo mistress Lowter.

—¡Ocho dias, añadió la jóven, os parece poco!

Y como si se avergonzase de haber pronunciado semejante palabra abrió de nuevo el album y se cubrió la cara con él.

—Le ama, murmuró mistress Lowter, ¡pobre niña!

Un criado entreabrió la puerta y anunció á M. Bage. Este nombre produjo igual efecto en los dos: mistress Lowter arrugó la frente, y miss Ana soltó una esclamacion poco lisonjera en verdad para el anunciado, que asomaba á la sazon su cara sobrado fea, adornada con una espresion de avaricia que le favorecia bien poco: sus modales iban acompañados de esa brutal llaneza que solo procede de la mala educacion. Hizo un ligero saludo y dejó caer sobre la mesa una gran cartera.

—Que el diablo me lleve, esclamó, si miss Lowter no se hace cada dia mas hermosa.

Este cumplimiento propio de la galantería británica no obtuvo contestacion. Ana se levantó y dejó al osado dependiente solo con su madre.

Tomás Bage abrió la cartera y puso sobre la mesa una porcion de letras y cartas sin firmar. Mistress Lowter tomó una pluma y firmó.

—Si Stevenson no escribe pronto, dijo Bage, nos falta el último recurso.

Mistress Lowter se estremeció.

—¿No queda ninguna esperanza? esclamó.

—Ninguna, contestó Bage con glacial indiferencia.

—No puede ser; el inmenso crédito que tenia la casa...

—Todo se acaba... escepto mi amor: miss Ana me tiene hechizado.

Y al decir esto se frotaba las manos con satisfaccion. Mistress Lowter hizo un ademan de indignacion, y replicó:

—Pero Roberto es un jóven honrado que habrá cumplido su comision, y dentro de poco recibiremos...

—Algunos miles de libras, algunos dias de vida para la casa... ¿Habeis meditado mi proposicion?

—Es decir, que estamos arruinados.

—Sobre poco mas ó menos.

Mistress Lowter se levantó, tiñéronse sus megillas de vivísimo encarnado, y brilló en sus ojos una mirada de odio y profundo desprecio.

—¿Y venis á pedirme la mano de mi hija? esclamó. Hace algun tiempo era grande nuestra fortuna, tan grande que escitaba la

envidia en todos, vos érais un simple dependiente. ¡Ahora vos sois millonario, y nosotras no tenemos nada! Habeis abusado de vuestra posicion para decirle á una débil muger, á quien amenazaba la justicia humana por un delito que le habiais inducido á cometer: voy á robarte tu opulencia, á enriquecerme con tu ruina: no te quejes, escoge entre la miseria ó la infamia. He callado porque sabia hasta donde podia llegar vuestra vileza; ¡pero no contento con esto venis á pedirme mi hija!

Y se detuvo aquí como si no encontrase palabras para espresar el profundo desprecio que le causaba tal proposicion. Tomás Bage aguardó un momento, y luego soltando la carcajada; dijo:

—A fe mia, mistress, que teneis razon en cuanto habeis dicho. Me he apoderado de vuestra fortuna, de lo cual resulta que soy dueño de ella; en esto estamos acordes; por lo tocante á miss Ana os pido su mano con toda la formalidad de que soy capaz.

—Nunca; he sido débil, culpable, pero lo he sido por mi hija, y Dios me perdonará; si la entregase á un hombre como vos.....

—Disfrutaria de una bonita posicion y aseguraria á su madre una pension que no está en el caso de despreciar.

—¡Nunca! repitió mistress Lowter con energia.

—Mi querida mistress, dijo Bage, me obligais á recordaros ciertas cosillas... Si yo revelase ciertos misterios...

—¡Oh! no, no, seria una infamia.

—Que sea infamia ó no, puedo hacerlo.

—No lo hareis.

—Me inclino á creer que sí. Amo á vuestra hija; la amo mucho; vos me la negais; puedo perderos con una sola palabra; muy necio seria si no pronunciase esta palabra que dejará á la jóven miss á la disposicion de cualquiera.

Mistress Lowter quedó aterrada. Aprovechando Bage aquel momento, tomó la cartera y se levantó.

—Os doy de tiempo hasta mañana para reflexionar, le dijo.

Y haciendo una profunda inclinacion se retiró.

Como ya hemos dicho, el crédito de Peter Lowter era inmenso, pero puramente personal: estaba fundado en la grande habilidad del banquero, en su conocida honradez y la suerte que tenian todas sus operaciones, circunstancias que le hacian considerar en Lóndres como un modelo á cuya perfeccion era imposible aspirar. Su muger participaba de la opinion general, y le miraba como un ser infalible, como una providencia; por consiguiente le hizo doble sensacion la carta en que le anunciaba su futuro suicidio; esto es, la pérdida de su esposo y de su fortuna. Aquella carta destruia las esperanzas que tenia fundadas para el porvenir de Ana, su hija idolatrada, el objeto de todo su cariño. Habia conocido la necesidad en algun tiempo la buena mistress, y la idea de la desgracia la afligió, pero al pensar que Ana participaria de su suerte no conoció límites su desconsuelo.

Estaba sola en la habitacion del primer piso que ocupaba en aquel tiempo cuando le entregó Toby el billete mortuorio. Así que lo leyó cayó desmayada; Toby al socorrerla echó una mirada al papel y se enteró de su contenido.

—¡Dios nos ampare! esclamó; ¿qué va á ser de la casa?

En efecto, la situacion de la casa Lowter era conocida de todos. Con su gefe al frente, la primera de Lóndres, del mundo quizá; sin él, un cuerpo sin alma, nada.

Mistress Lowter permaneció largo rato desmayada. Toby le hacia respirar esencias y se calentaba los cascos para encontrar un medio de salvacion. En el momento en que su señora recobraba los sentidos se dió una palmada en la frente, y con grandes muestras de júbilo, esclamó:

—¡La salvaremos!

Esto no se referia á mistress Lowter sino á la casa; lo cual, para un criado de comercio debe anteponerse á todo. Y como mistress Lowter le miraba asombrada, añadió por via de esplicacion:

—Su Honor M. Lowter ha muerto, es verdad, pero yo lo resucitaré..... yo lo resucitaré.

Y cogiendo de la mano á la viuda la hizo entrar en el gabinete del banquero. Tomás Bage entraba cuando ellos salian; vió la carta en el suelo, la cogió y se enteró de su contenido.

Toby abrió un armario y corrió una larga cortina. Mistress Lowter dió un grito; Tomás Bage entreabrió la puerta y miró.

—Es él, no es verdad, esclamó Toby. ¡Oh! es una obra maestra: cien guineas le costó á Su Honor.

En verdad, no era caro. Contenia el armario un maniquí de cera que representaba al banquero, y se le parecia maravillosamente, á lo cual se prestaba mucho la absoluta inamovilidad de sus facciones. Solo una cosa podia criticarse al autor, el haber dado á su obra demasiada animacion. Peter Lowter tenia mas de maniquí.

Al verlo se llenaron de lágrimas los ojos de la viuda; Toby tomó una actitud humilde y suplicante.

—La señora, dijo, perdonará á un infeliz que ha contribuido á engañarla. Pero Su Honor era mi amo, y yo debia obedecerle. Todas las noches salia de casa por esa puerta secreta, cuya existencia ignoraban todos, y se iba á las casas de juego. Yo colocaba ese maniquí en el sillon y encendia la lámpara: vos mirábais al través de los cristales, y le creiais ocupado en sus negocios.

—Basta, esclamó la viuda, ¿por qué me lo decis ahora?

—¿Por qué? ¿no me habeis comprendido aun?... ¿Lo que ha engañado á su muger no puede engañar á todos?

Mistress inclinó la cabeza sobre sus manos: mil dolorosas reflexiones acudieron en tropel á su imaginacion: todas le hacian ver su triste situacion, y el desgraciado porvenir que esperaba a su querida Ana. Sin embargo, se negó á la proposicion de Toby.

—Seria una falsedad tan culpable como inútil, dijo desalentada.

—Culpable quizá; inútil, no; dijo Tomás Bage entrando en el gabinete.

—No temais nada, sé lo que hay, añadió enseñando la carta del banquero, podeis contar conmigo.

Dicho esto flechó el lente al maniquí y lo examinó detenidamente.

—Por mi honor os juro, esclamó por fin, que yo no seria el primero á quien engaña la invencion de M. Lowter.... ¡Qué diablo de hombre! ¡no le hacia yo de tanta travesura! Mi querido Toby, habeis tenido una idea luminosa; sois la flor y nata de los criados..... Retiraos.

Tomás Bage poseia el arte de hacerse odiar de todos. Toby estuvo tentado de desobedecer esta órden; pero quince años de servidumbre doman al hombre mas rebelde; no se atrevió, y tomó el camino de la puerta. Mistress Lowter, abismada en sus reflexiones, no prestó atencion á la entrada de Bage ni á la insolencia con que daba órdenes á sus criados en su presencia.

Bage se habia formado ya un plan; así que se desembarazó de Toby echó el resto de su elocuencia para convencer á mistress Lowter: le dijo que cuanto mas estravagante parecia la idea, tanto mas difícil seria dar lugar á sospechas: Toby guardaria fielmente el secreto; él se enteraria de la contabilidad secreta del banquero y dirigiria la casa, y mistress Lowter se encargaria de la firma. — ¡Alguna cosa habia de hacer! — Y bien mirado no cometia ningun delito falsificando la firma de su marido, puesto que tenia la seguridad de cumplir las obligaciones que firmaba con el nombre de Lowter, que era tambien el suyo: finalmente, no se trataba mas que de ampliar un poco el sentido de la palabra *sucesion*.

Todas estas razones alegó Bage y otras varias á cual mas decisivas; porque era tal su deseo de realizar aquel plan que llegó á hablar con afluencia. Sin embargo, mistress Lowter no se daba por convencida. Por fin, Bage, apurado ya, pronunció el nombre de miss Ana, y la pobre madre cedió.

De este modo se encontraron reunidos los tres ingredientes de que se compone un banquero; su cuerpo, sus libros y su firma; ¡completa resurreccion!

Al dia siguiente se le puso al maniquí una lujosa bata aforrada, y se le colocó en un sillon. Luego, para que se le viese desde fuera, fue derribado el tabique que separaba el gabinete del despacho de los gefes de seccion, y se le reemplazó con un atajado de cristales rayados, á través de los cuales se veia confusamente el perfil del banquero sentado en actitud de profunda meditacion.

Bage habia calculado bien; la estravagancia de semejante sustitucion alejó toda sospecha: cuando se empezó á notar el prolongado encierro del banquero, á nadie le ocurrió la idea de su muerte: los que peor pensaron, creyeron que se habia vuelto loco; lo cual hizo perder algo de su crédito á la casa.

A esto contribuyeron tambien las enormes y continuas defraudaciones de Bage. La debilidad de mistress Lowter tuvo un pronto y terrible castigo. Tomás Bage, como gefe supremo de la casa, se hacia cargo de todas las cantidades que habia; empleaba una mínima parte para cubrir las necesidades

mas urgentes y se reservaba lo demás, retrasando los pagos y destruyendo lentamente el crédito inmenso fundado por la provindad é inteligencia del banquero. Este habia hecho en algun tiempo fuertes sangrias á la caja, pero siempre se habia detenido donde empezaba el peligro; Bage se habia propuesto hacerse millonario en seis meses, y poco le importaba lo demas. El banquero habia tratado su casa como un bosque; hacia cortes escesivos pero arreglados; de modo que cubriendo las entradas el déficit, debia retardarse su ruina mientras siguiera esta marcha. El antiguo dependiente, cuando se vió al frente de los negocios cortó ciegamente cuanto se le puso por delante, haciendo caer al golpe de su hacha, oquedales, talleres, y hasta los planteles; aquello fue una estúpida devastacion: Bage, mezquino y miserable en sus concepciones, habia soñado que tenia un millon; poco le importaba tener que desperdiciar para adquirirlo el cuadruplo de esta suma.

Cuando le vió en su poder quiso otro millon; se pegó como un pólipo al corazon de la casa, y decidió no soltar la presa hasta dar con ella en tierra.

Mistress Lowter se habia visto obligada á presenciar esta carnicería pecuniaria, y aun á coadyuvar á ella firmando las letras cuyo producto se embolsaba Bage. Si alguna vez estimulada por el recuerdo de su hija osaba hacerle algunas observaciones, el infame le enumeraba detenidamente las penas señaladas por el código inglés contra los falsarios.

—Ya veis, señora, decia por conclusion, que no teneis motivo para quejaros, puesto que podia ser infinitamente peor vuestra situacion.

Seis meses despues de la muerte del banquero llevó su imprudencia hasta el estremo de desalojar á mistress Lowter para ocupar él la habitacion contigua al misterioso gabinete. De este modo podia cuidar por sí mismo de aquella prenda de su poder, y encerraba el producto de sus robos en la misma caja de M. Lowter, en lo cual tenia un placer maligno.

Esta caja que no desdecia del mueblage del gabinete tenia una cerradura mecánica con multitud de secretos, lo cual era muy raro en aquella época. Cuando se arregló el gabinete no se pudo encontrar la llave, como tampoco la de la puerta secreta que favorecia las escursiones nocturnas del banquero: de esta no se hizo mencion, pero sí de la otra que fue hecha de nuevo por el constructor de la caja, y quedó en poder de Bage para su uso particular. Al fin y al cabo la casa no la necesitaba para nada.

A este sentimiento de avaricia y depredacion reunia Bage otro, que si no era el amor tenia todo su fuego: queria á miss Ana, pero léjos de favorecer por este motivo á la familia del banquero, redoblaba su afan para arruinarla. Se hacia justicia conociendo que no poseia los atractivos suficientes para llamar la atencion de la hermosa jóven; y para llegar á obtener su mano ponia todos sus conatos en arruinarla, equilibrando así en cuanto era posible su posicion. Cuando se encontró millonario hizo su proposicion: mistress Lowter la rechazó con desden.

—Todavía tienen ellas mucho, pensó Bage, y yo poco.

Dedicóse entonces con mas ardor á su obra, y continuó atestando la caja de oro y de billetes; el crédito de la casa se resintió á fuerza de tan repetidos golpes: Bage renovó su proposicion sin mejor éxito que la vez primera; pero se consoló porque tenia la venganza bajo llave.

Como si la casa no tuviese en sí bastantes elementos de ruina, se difundió la voz de que el banquero estaba loco: aquel fue el golpe mortal; todos los que tenian fondos en la casa quisieron retirarlos y hubo que suspender los pagos; entonces se echó mano de todos los recursos, y Stevenson fue enviado á París para cobrar deudas olvidadas en tiempos mas felices.

Bage aprovechó aquellos momentos críticos para insistir en su demanda: aquella vez tenia esperanzas de salirse con ella; pero ya hemos visto cuál fue la contestacion de mistress Lowter, y debemos añadir que le enfureció la negativa: quiso vengarse de la pobre madre que se atrevia á defender el bienestar de su hija, y una completa ruina le pareció poco: esta fue la causa de aquellas infames amenazas que era capaz de llevar á cabo.

—Tengo tres millones, esclamó al salir de aquella entrevista; tengo mas aun. ¡Que el diablo me lleve si sufro un desaire semejante!

Cuando entraba en su habitacion creyó oir un ruido estraño en el gabinete del banquero: dirigióse allí rápidamente, pero no

encontró nada. Sin embargo, cuando quiso reconocer la caja como lo tenia de costumbre, no pudo abrir por mas esfuerzos que hizo.

—¡Qué es esto! esclamó palideciendo. ¿Habrá entrado alguno?... Pero no, no puede ser. Habré descompuesto la cerradura. Mañana lo veremos.

Al dia siguiente se habia olvidado Bage de la cerradura; infames proyectos de venganza habian ocupado su imaginacion toda la noche, y, deseoso de ponerlos en práctica, su primera operacion fue dirigirse al gabinete de mistress Lowter para hacerle la última intimacion.

—Si se obstina, dijo para sí, tendrá que intervenir el *coroner* en el desenlace de esta comedia, y veremos si cuando mistress Lowter esté en la cárcel se hace de rogar su hija para entregarme su blanca mano.

Antes de salir dió una mirada al gabinete del banquero. Allí estaba el maniquí, terrible testimonio contra la viuda si no se conformaba con los deseos de Bage. Dió dos vueltas á la llave y se dirigió hácia el cuarto de su ama.

Casi al mismo tiempo, crugió imperceptiblemente uno de los tabiques del gabinete, rechinó la puerta secreta sobre sus enmohecidos goznes y dió paso á dos hombres.

—No me atrevo á creer lo que veo, dijo uno de ellos con apagada y balbuciente voz; ¡será posible que haya resucitado Vuestro Honor!

M. Lowter—era él—aplicó un dedo á sus lábios y el viejo Toby tuvo que guardar para mejor ocasion las prolijas demostraciones de su asombro. El banquero reconoció el cuarto de Bage y luego se dirigió á él.

—Esto lo comprendo, dijo señalando al maniquí; esplícame lo demás.

Toby estaba enterado á fondo de cuanto pasaba en la casa: esplicó detenidamente las manipulaciones de Bage y su deplorable resultado: cuando llegó á la suspension de pagos, no pudo contener el banquero una furiosa esclamacion.

—¡Aquí está el remedio! añadió Toby poniendo la mano sobre la caja.

Lowter meneó la cabeza.

—¡Tres millones! dijo. Sin crédito, ¿qué son tres millones?

Sacó una llave y probó á introducirla en la cerradura, pero se lo impidió la llave de Bage que habia quedado allí rota y torcida. Una imperceptible sonrisa desarrugó la frente del banquero.

—El tunante ha venido, esclamó; bien habia hecho yo en tomar mis precauciones.

Luego dirigiéndose á Toby, continuó:

—Ese Bage es un pícaro; será castigado..... ¿Quién contrahacia mi firma?

Toby pronunció en voz baja el nombre de mistress Lowter. Si la fisonomía del banquero no hubiese sido una especie de máscara inmóvil y muda, se hubiera conocido en su semblante la fuerte sensacion que le causó esta noticia. Despues de algunos momentos de silencio hizo una señal á Toby para que saliera.

Aquella era la segunda visita que hacia el banquero á su antiguo gabinete. Cuando aconteció su evasion se habia llevado consigo impremeditadamente la llave de la puerta secreta y la de la caja. A su regreso, que habia sido el dia antes, se valió de ellas para entrar en el gabinete: por las conversaciones que habia tenido con los viageros en el camino de Douvres á Lóndres se habia convencido de que eran ciertas las noticias de Stevenson: la casa estaba desacreditada, y á él se le tenia por loco. A pesar de esto, cuando encontró la caja llena, recobró las esperanzas, y por lo que pudiera suceder, mudó la combinacion de la cerradura, lo cual impidió á Bage el abrirla.

En tan crítica situacion se despertó en él su carácter vivo y emprendedor: propúsose sostener el edificio de su crédito por arruinado que estuviese, y este proyecto, volviéndole su antigua energía, hizo desaparecer al hombre del spleen y del suicidio, para dejar obrar al inteligente especulador que con su osadía y cálculo habia domado en algun tiempo á la fortuna.

Pero la narracion de Toby cambió su esperanza en desaliento. Ya no se trataba de robustecer el crédito vacilante; era preciso levantar una casa arruinada; lo cual era tanto mas imposible cuanto que á proporcion que habia sido rica y poderosa habia sido estrepitosa su ruina. La rabia y la indignacion que le inspiraba su impotencia hacia chispear las miradas del banquero.

—¡Y no es el falsario Tomas Bage! esclamaba: hasta la venganza me es imposible; el infame está al abrigo de las leyes humanas.

Oyóse ruido en la pieza contigua; el banquero empuñó las pistolas y se lanzó hácia la puerta dispuesto á todo: ya levantaba el

pie para romper el atajado, cuando llegó á sus oidos la voz de mistress Lowter.

—Piedad, decia con acento suplicante; en nombre de Dios tened piedad de nosotros.

—Os pido por última vez la mano de miss Ana, respondió Bage.

Peter Lowter aplicó el oido á la cerradura.

—La cosa es muy sencilla, continuó Bage; ó haceis inmediatamente lo que os pido ú os denuncio como culpable de falsificacion: elegid; y tened presente que tengo ahí una prueba irrecusable.

—¡El maniquí! dijo entre dientes Lowter, y al punto desaparecieron las arrugas que cubrian su frente.

Mistress Lowter detenia á Bage, y le decia sollozando:

—No puedo..... ¡Oh! escuchadme, Tomás, no puedo. Fortuna, crédito, todo os lo he abandonado; ¡pero mi Ana, mi pobre hija! ¡sacrificar su ventura!..... no puedo.

—Entonces, dejadme ir á llamar un magistrado.

El ruido cesó; Bage habia partido: Peter Lowter se levantó, conteniendo dificilmente la alegria.

—Está visto, esclamó; solo soy desgraciado en el juego.

Toby, siempre en acecho, acudió á tiempo para socorrer á mistress Lowter que sucumbia al terror. Cuando la hubo dejado en su cuarto fue á reunirse con su amo, pero encontró cerrada la puerta secreta; temiéndose algo volvió al cuarto de Bage, y por la cerradura vió el gabinete vacio y el maniquí sentado en su sitio.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! esclamó. ¡El único hombre que podia remediarlo todo, nos abandona!

Mistress Lowter entre tanto estaba en su cuarto con Ana, y Stevenson que acababa de llegar. La pobre muger, sofocada por el llanto, no podia pronunciar una sola palabra. Ana no sabia nada, y no se atrevia tampoco á preguntar; Stevenson hacia cuanto podia para consolar á la viuda, y calculando que Bage era el causante de todo, ofrecia matarle en un desafio ó de cualquier otro modo que pluguiera á mistress Lowter. El viejo Toby contemplaba tristemente esta escena, y repetia sin cesar:

—¡Dios tenga piedad de nosotros!... ¡Si Su Honor hubiera querido!...

Gran conmocion causó en Oxfort Street ver al *coroner* entrando en casa del Peter Lowter. La ruina de una casa respetable produce siempre gran sensacion en Inglaterra, donde las simpatías comerciales están desarrolladas en un grado que nosotros no conocemos; pero cuando esta ruina va acompañada de síntomas violentos es un acontecimiento de interés general: reúnese la gente al dintel de la puerta, y al ver su tristeza y la compasion con que miran la casa donde ha acaecido la desgracia, cualquiera diria que aguardan ver salir clavado en un ataud el cadáver de ese ser tan respetable como fantástico, el crédito.

En esta ocasion, la ruina de la casa Lowter tomaba un giro dramático. Conocidos eran los síntomas que la anunciaban; era notorio que el banquero estaba loco; pero á nadie le hubiera ocurrido dudar de su honradez. ¿Qué iban, pues, á hacer allí los magistrados y constables? ¿No hubiera sido mejor dejar exhalar tranquilamente al moribundo su último aliento?

Estas y otras reflexiones hacian los muchos curiosos que se habian agrupado á la puerta de la casa. Entretanto Bage introdujo á la justicia, llegó con ella al piso principal é hizo salir á todos los dependientes que fueron á aumentar los grupos de la calle.

—Vuestra acusacion es grave, dijo el magistrado; reflexionadlo bien; ¿persistís en sostenerla?

Bage en lugar de responder fue á abrir la puerta de comunicacion del gabinete con las oficinas; encontrándola cerrada rompió un vidrio y levantó la cortina.

—Mirad, dijo.

Todos se acercaron; el maniquí estaba enfrente. El magistrado y los constables conocian personalmente á Peter Lowter, así es que quedaron asombrados al ver tan exacta semejanza, y necesario les fue observar la inmovilidad de aquella masa inerte para convencerse de que no era Peter Lowter en persona el que á la vista tenian.

—¡Mirad! repitió Bage. Eso es lo que encubre hace un año la firma de la casa. Esa estratagema culpable inventada por la viuda.....

—Las apariencias están contra ella efectivamente, interrumpió el magistrado; pero la justicia exige la evidencia. Introducidnos en ese gabinete.

El viejo Toby no habia podido reprimir su curiosidad y habia bajado. Bage le vió á la puerta de las oficinas.

—Una hacha, le dijo.

Toby obedeció de mala gana. Bage se apoderó de ella y echó abajo parte del atajado. El *coroner* penetró por aquella brecha seguido de Bage y los constables. Una lágrima asomó á los ojos de Toby y murmuró desalentado:

—¡Si Su Honor hubiera querido!...

—¿Ahora, dijo Bage, está convencida la justicia? ¿Este testimonio deja alguna duda?

Y como para dar mas fuerza á sus palabras dió un golpe sobre la espalda del maniquí que se enderezó lentamente hasta ponerse en pie.

Bage dió un salto atrás y vino á caer medio muerto de espanto junto al viejo Toby.

—¡Viva mil años Su Honor! esclamó este entusiasmado.

—¿Qué se os ofrece? preguntó friamente Peter Lowter al magistrado.

Este, turbado se volvió hácia los constables: los constables se miraron asombrados.

—¿Me hareis el favor de decirme qué se os ofrece? repitió el banquero.

—Amigo mio... balbuceó el magistrado sin saber qué decir.

—Me llamo Lowter y no me gusta la familiaridad.

—M. Lowter, á instancias de este hombre.....

—Ese hombre es un malvado ó un loco. Ya me lo presumia yo; sus palabras acaban de hacérmelo ver... ¿Qué mas?

—Nada mas.

El coroner hizo una profunda revereucia y se dirigió hácia la puerta. Bage estaba como petrificado. Toby le miraba con una sonrisa irónica. El banquero reflexionaba. La escena que acababa de representar era una pueril comedia; al ponerse en lugar del maniquí habia seguido un plan rápido é ingeniosamente combinado. Si sucedia todo como él esperaba, iba á levantar en algunos minutos el crédito arruinado de la casa, y destruir el desastroso resultado de un año de ausencia.

—Caballero, dijo al *coroner* que ya salia, ahora tened la bondad de escucharme dos palabras.

—Atrás, gritaron algunas voces en la calle.

Peter Lowter se asomó á la ventana y vió á sus criados que con dificultad podian contener á la muchedumbre que se agolpaba á la puerta.

—Dejad entrar á todo el mundo, dijo asomándose.

La turba se lanzó á la escalera.

—Ya imaginareis, repuso Lowter dirigiéndose al magistrado, que con algun objeto particular os habré dejado violar mi domicilio y tomar por asalto mi retiro. Vuestra presencia me es muy del caso; voy á deciros por qué.

Las oficinas se habian llenado de gente: algunos, mas curiosos, y empujados por los de detrás asomaban las cabezas por la brecha.

—Necesitaba la presencia de todos, continuó el banquero levantando la voz. Cuanto mayor sea el escándalo, mas provechoso me será. Un hombre, un ingrato, al cual por largo tiempo he colmado de beneficios... de vos hablo, Tomas Bage... un malvado se habia propuesto arruinar mi casa. He visto con dolor que se disminuia la confianza, el crédito que me habian valido quince años de probidad; me asombraba de ello; ignoraba entonces que tenia á mi lado un enemigo activo, encarnizado, infatigable. Primero me ha hecho pasar por loco, luego..... pero en verdad que esta última suposicion es una prueba de completa demencia... ¡luego ha hecho correr la voz de que habia muerto! ¿Qué esperaba de tan necia impostura? Lo ignoro, y solo veo en ella un indicio seguro de incurable locura..... Por esta razon, aunque me veo obligado á denunciarle, imploro para él la misericordia de la ley.

El auditorio se habia aumentado considerablemente. Todos los semblantes manifestaron la mas pronunciada admiracion hácia tanta nobleza y tanta generosidad.

—Esos sentimientos os honran mucho, dijo el magistrado.

—Y ese testimonio me es muy agradable, repuso Lowter con dignidad; tanto mas cuanto que creo merecerle, porque aun no lo he dicho todo. La calumnia no hubiera bastado á destruir mi crédito: ese hombre ha empleado el fraude. Su osadia ha llegado hasta el estremo de retardar y suspender los pagos sin mi noticia, cuando la caja estaba llena.

Un murmullo de indignacion interrumpió al banquero: éste, impaciente por dar el golpe maestro, fingió equivocarse y mirarlo con una muestra de incredulidad.

—¡No me creeis! dijo con amargura. Ya lo veo, de la calumnia siempre queda algo, y este hombre no ha trabajado en vano.

Al decir esto se adelantó hácia la caja y la abrió, todos quedaron como deslumbrados al ver su contenido.

—¡Eso es mio! ¡mio! esclamó Bage desesperado.

Quiso hablar, pero un prolongado murmullo le impuso silencio.

Lowter le miró con espresion de lástima y compasion.

—¡Suyo! dijo en voz baja, pero bastante clara para que todos lo oyesen. ¡Infeliz! ¡su locura no admite duda! Si fuese cierto, pesaria sobre él una terrible acusacion. ¿Cómo habian de ascender los ahorros de un simple dependiente á la cantidad de tres millones?

—¡Tres millones! esclamó el coroner.

—¡Tres millones! repitieron los constables y la multitud.

—Eso es lo que contiene la caja ahora, dijo Lowter modestamente, pero es la existencia regular; en veinticuatro horas puedo triplicar esa suma; en ocho dias puedo....

Una aclamacion unánime, entusiasta, le impidió proseguir; hasta el mismo magistrado gritaba y aplaudia. Los constables tuvieron que proteger á Bage, á quien la multitud trataba de ahorcar en el acto.

Conducido ante el jurado, quiso Bage defenderse. ¡El banquero Lowter en una casa de juego! Esta idea pareció á todos soberanamente burlesca,—y Bage fue encerrado en una casa de locos.

Todo Lóndres supo la historia, los periódicos la contaron con variantes mas ó menos graciosos bajo el mismo título que va al frente de esta verídica narracion. En la bolso dió pábulo á la conversacion por espacio de muchos dias. El crédito de la casa recobró y adelantó mucho sus antiguos límites; la misma reclusion á que se habia condenado el banquero, aumentó su popularidad; de modo que desde entonces fue mirado no solo como un hombre fabulosamente rico, sino como un *exentric man*, lo cual en Lóndres vale mas aun.

Roberto pidió y obtuvo la mano de miss Ana. Los debates del proceso de Bage le demostraron hasta la evidencia que el diablo en persona se habia burlado de él en Paris; por consiguiente tuvo buen cuidado de callar su aventura.

Peter Lowter era el mas feliz de los hombres: la vista de su familia, á quien habia salvado de una terrible desgracia, fue para él un manantial de puros y tiernos placeres: durante un mes se dió una vida de patriarca.

A los treinta y un dias vió una magnífica cortina de niebla suspendida detrás de su ventana. Bostezó largamente y se levantó. Todo le pareció fastidioso é insípido. El viejo Toby hablaba mucho, mistress Lowter poco, Ana se hacia pedante; solo Stevenson le pareció el mismo, en lo cual no ganaba nada. En todo el dia no cesó el banquero de bostezar, por la noche se acostó temprano y se durmió bostezando: luego soñó que bostezaba.

Al ver estos sintomas reconoció el *spleen* y tomó una resolucion digna de un *gentleman*. El dia siguiente recibió mistress Lowter por mano de Toby una segunda edicion del billete mortuorio que hemos copiado mas arriba.

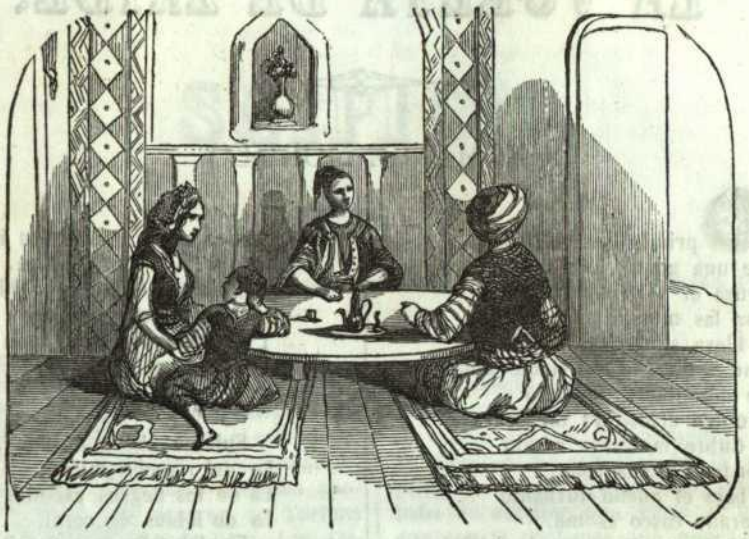
Ocho dias despues resonaron en la fonda Maurice dos detonaciones. En el cuarto que ya conocemos fue encontrado Peter Lowter tendido en el suelo. Sobre una mesa estaban los restos de un opíparo almuerzo y un paquete de mondadientes.—Una espesa niebla cubria el horizonte.

Mistress Lowter no se desesperó cuando leyó el billete; el viejo Toby guiñó el ojo, y dijo:

—El volverá.

Miss Ana Stevenson es madre de dos hijos y cuatro hijas, de las cuales la mayor es casada. Entre tanto la casa de P. Lowter, R. Stevenson y compañía, prospera y no tiene rival en todo el mundo.

R. F. M.



LA COMIDA ARABE.



os árabes se deben contar sin duda entre los pueblos menos gastrónomos de la tierra. Semejante al camello, el árabe con cualquier cosa se contenta. Sin embargo, este pueblo tiene como casi todos los otros un plato nacional que prefiere á los manjares mas delicados de las cocinas civilizadas. Este plato es el *kuskusu*. No hay cosa cuya preparacion sea mas sencilla, se compone tan solo de harina de trigo, formando unos pequeños granos separados unos de otros, cocida con agua, caldo ó leche, pero sin que los granitos pierdan su forma ni se junten. A este manjar se le agregan algunos pedazos de carne de carnero ó de ave cocidos con legumbres, y presentan el aspecto de una olla podrida. Una vigorosa salza de canela y de pimienta hace resaltar este manjar enteramente africano. Pero cuando el *kuskusu* se quiere hacer mas delicado, se hace derretir en él manteca fresca, se le ponen algunas pasas y se le polvorea con azúcar; entonces pasa á ser una golosina digna de los paladares mas exigentes. El *kuskusu* se sirve siempre en un inmenso plato colocado encima de una mesa redonda sumamente baja, y á cuyo alrededor se sientan los convidados en un tapiz segun la costumbre oriental.

D. U.

LA VUELTA DE ZAIDE.

ROMANCE MORISCO.

Oprimiendo los hijares
De una gentil jaca torda,
Cruza el valeroso Zaide
Por las montañas de Ronda.
Lleva suelto el alquicel
Que á merced del viento flota,
En descubierto dejando
Bruñida armadura mora.
Cubre la férrea coraza
Bordada túnica roja,
Y bajo el ancho turbante
Acerado casco asoma.
Medio oculta entre la faja
Un yagatan de hoja corba,
Cuya rica guarnicion
Esmaltan piedras preciosas.
De una cadena de plata
Pende damasquina hoja,
Tan querida de su dueño,
Como Zoraida la hermosa.
Verde y negra es una banda
Que el pecho cruza y adorna,
Y tambien verdes y negras
Las plumas de la garzota.
Empuña en la diestra mano
Fuerte lanza, y con la otra
Sostiene ligero escudo
Y rije la jaca torda.
Gallarda y fuerte es la bestia,
Nacida en tierra de Córdoba,
Y en la dehesa llamada,
Por su correr, Voladora.
A trote largo camina,
Mas al llegar á una loma,
Pára al animal brioso,
Que de espuma el freno moja;
Y allá á lo lejos distingue
Por encima de una roca,
Los esbeltos minaretes
Y las murallas de Ronda.
¡Ronda! su querida patria,
Y donde Zoraida mora,
¡Zoraida! la hourí mas bella
De las hijas de Mahoma.
A tan queridos recuerdos
Lágrimas sus ojos brotan,
Y apoyándose en la lanza
Sentida cancion entona.

Sultana, bella Sultana,
La del risueño mirar,
La de los negros cabellos,
La de labios de coral.
La del talle mas flecsible
Que la palmera oriental,
La de colores tan frescos
Que envidia á las rosas da.
Cuando la noche su manto
Tienda sobre la ciudad,
En tu calado ajiméz
Dulce troba escucharás.
Tú no me esperas, Zoraida,
Mas mi fortuna y Alá,
Con mensaje me ha traido
Del poderoso Aliatar.
Vela, vela, mi Sultana,
Vela, la hourí celestial,
Que desde que el sol oculte
Su rojiza claridad,
Hasta que asome la Aurora
Su nacarado cendal,
A tu enamorado Zaide
Bajo tu ajiméz verás.

Así dijo, y con la espuela
Hiriendo á la Voladora,
A todo escape tomó
Por una escarpada trocha.
Y poco tiempo despues
Pasaba bajo la bóveda
Que da entrada á la Alcazaba
Del Gobernador de Ronda.

R. DE MEDINA É ISASI.

SCIPION.

(Estracto de las memorias ineditas de un oficial del ejército frances.)

Dueño ya de Turin, de Alejandria y de Mántua el célebre general ruso Suwarow, quiso tambien apoderarse de Tortona y de Coní. Las desgracias de nuestras tropas justamente atribuidas á los malos planes del Directorio, eran para la Francia el preludio de nuevas desgracias. Las potencias coligadas contra nosotros contaban con unos 500,000 combatientes, sin comprender en este número un nuevo ejército ruso destinado á servir de refuerzo donde fuese necesario, á Italia ó á Alemania. Los peligros de la república francesa eran urgentes. Mudose de ministro de la guerra y de generales en gefe, y el nuevo Directorio publicó oficialmente que 565,000 hombres estarian organizados para el mes de Octubre. En fin, llamó á Joubert al mando del ejército de Italia, y á Moreau á la cabeza del del bajo Rhin, pero todo esto no era suficiente para resucitar la fortuna de la Francia: la estrella de Bonaparte aun no habia lucido!...

Para obligar á Sowarow á abandonar el sitio de Tortona, resolvió el general Joubert darle una batalla. Moreau en aquella circunstancia quiso secundarlo y servir bajo sus órdenes.

El dia 14 de Agosto de 1799, víspera de la batalla de Novi, se observaban los dos ejércitos. Los generales Bellegrade y Kray mandaban el ala derecha, la izquierda compuesta de las divisiones austriacas estaba á las órdenes del general Melas; las divisiones rusas formaban el centro, teniendo á su cabeza al general Rosemberg.

Siempre me acordaré de la noche que precedió á aquella memorable jornada. Acababa de escribir una carta á mi madre, que con la confianza que nunca abandona á la juventud, creia enviársela al siguiente dia de la batalla, añadiendo á ella la nueva de una completa victoria, cuando divisé en la sombra un corpulento negro apoyado contra un árbol y que fijaba en mí sus penetrantes miradas. Hallábase envuelto en una capa de color oscuro; una de sus manos que salia de los pliegues del embozo, me parecia tan negra como su cabeza, y al incierto fulgor de un fuego de vibac prócsimo á estinguirse, que ya alumbraba á aquella gran figura, ya la hacia desaparecer á mi vista, le daba el aspecto de una aparicion fantástica.

Así continuamos observándonos largo tiempo; en aquel instante me vino involuntariamente á la memoria aquella tradicion de la antigüedad que refiere haber sido visitados muchos hombres célebres por su buen génio la víspera de su muerte. Por mi parte ningun derecho tenia á aquel honor, y nada me importaba dejar la vida; pero estaba decidido á saber quien era el hombre negro que me observaba con tanta atencion, me levanté pues al punto y me dirigí hacia él, casi resuelto á armar quimera si tenia que habérmelas con un viviente.

El negro me dejó tranquilamente aproximarme sin cambiar de actitud ni de aspecto: solo distaba ya algunos pasos de él cuando la llama que nos iluminaba á ambos se encendió de repente con brillo, devorando

una paja que un soldado acababa de arrojar en él. Entonces el negro me tendió la mano sonriéndose; sus ojos llenos de energia, y una doble fila de dientes blancos como el marfil, principiaron á recordarme facciones que no me eran desconocidas. Mi corazon agitado por un vago recuerdo de la infancia, latió con viveza; por último esclamé: No me engaño; es Scipion!

A estas palabras Scipion que hasta entonces no me habia reconocido de un todo, se arrojó á mis brazos.

—Si, es Scipion, dijo despues de haberme apretado muchas veces la mano como en un tornillo. Dios mio, quien nos hubiera dicho que estábamos tan cerca, y que debiamos encontrarnos aquí por primera vez desde nuestra última entrevista en el jardin del Palacio Real! Mucho tiempo hace de esto á fe mia! En aquella época no era yo mas alto que tu bota, cuando me jacto en la actualidad de tener cinco pies y ocho pulgadas cumplidas. Creo verte todavia cuando ibas á jugar conmigo al jardin particular del duque de Orleans en el Palacio Real, y que en nuestros juegos reñiamos algunas veces tan acaloradamente con el jóven príncipe (el último Rey de los franceses).

—Vamos, mi querido Scipion, veo que tienes buena memoria.

—Como que aun puedo referirte una escena que me admiró mucho y de la que fuiste el héroe. Un dia despues de haber dado al príncipe un paseo en un carricoche suyo, lo hiciste bajar de él sin cumplimiento, y te colocaste dentro en su lugar, diciéndole: Ahora á tí te toca tirar. El gobernador escandalizado de la libertad que te tomabas quiso hacerte salir de él, pero el pequeño príncipe se opuso á ello, y poniéndose á tirar del cochecillo respondió con gravedad: «Es muy justo, á mí me toca ahora.» (*) Ya ves que nada he olvidado.

—Asi es, mi querido Scipion, tú debias referirme cómo es que un negro ha sido compañero de niñez del duque de Chartres, y por qué casualidad te encuentro aqui en el ejército de la república la víspera de una batalla.

—Ah! replicó Scipion con un profundo suspiro, nunca tendré valor para contarte toda mi historia, á menos que tú no encuentres el medio de darme de comer; porque he almorzado muy mal, y segun todas las apariencias no cenaré mejor.

—Veo que pudiera obligártese á hacer grandes cosas por un plato de lentejas, pero á Dios gracias nada pagarás por tu escote, tengo una cena que ofrecerte que no es de despreciar, pues nunca me embarco sin galletas. Al concluir estas palabras conduje á Scipion á un tonel vacio que me habia servido de mesa, y despues que hubo devorado las tres cuartas partes de un ave fiambre, y bebido una botella de añejo Burdeos, principió su narracion poco mas ó menos en estos términos.

—Aunque me envanezco de no haber olvidado nada, mentiria si pretendiese referir los primeros dias de mi vida antes de mis propios recuerdos. Me han dicho que nací en la Jamaica, y allí hubiera permanecido hasta mi muerte, como todos los negros empleados en el cultivo de las Colonias, si no hubiese adquirido pronto un talento muy útil para hacer mi negocio, y que por consiguiente decidió de mi destino. De edad de cinco años nadaba como un pez, y no habia en Jamaica buzo mas atrevido que yo.

Un mercader de esclavos que limitaba su comercio á los únicos esclavos ya instruidos é inteligentes en agricultura, llegó en aquella época á comprar un cargamento. Encontrándome muy pequeño para encargarse de mí, me separó de mi madre, embarcada á pesar de su desesperacion, en el buque que debia trasportarla á otra colonia inglesa. Este comerciante de esclavos nada amaba en el mundo á no ser á su perro, que á decir verdad era admirable y el mas hermoso perro de Terranova.

Me parece que aun veo á aquel cruel mercader, con el baston en la mano, en su buque prócsimo á darse á la vela y que sin yo saberlo iba á llevarse lo que mas amaba en el mundo, pues me habian ocultado cuidadosamente la ida de mi madre. Yo me hallaba jugando tranquilamente en la playa cuando se alejó el navio á todo trapo magestuosamente de la orilla. En el mismo instante se lanza mi madre sobre cubierta arrojando gritos y agita su pañuelo tendiéndome los brazos. Acababa de escaparse.

Al ver esto, adiviné que iba á perder á mi madre para siempre, ó mas bien solo

(*) Habiendo poco tiempo despues obtenido por sus negocios, el que hacia un papel en esta escena, una audiencia del duque de Orleans, le recordó esta anecdota y le dijo sonriéndose: «Ya veis, Monseñor, que desde temprano os gustó la igualdad.»

ví las lágrimas y besos que me enviaba en medio de una lluvia de golpes con que la abrumaba su nuevo amo, para obligarla á bajar bajo el puente.

Al punto me arrojo al mar y me dirijo á la huella del buque que cubria las olas con un dilatado surco de blanca espuma... En el mismo instante, gritos de sorpresa y terror parten á la vez del buque y de la orilla, y los ingleses espectadores de esta escena principian á apostar siguiendo su costumbre, unos que yo ganaria y otros que no alcanzaría al buque que se alejaba siempre.

Despues supe que el capitan propuso amainar las velas y recogerme en una lancha, pero el propietario respondió con aspereza que hacia buen viento y que era forzoso aprovecharlo, llevando su crueldad mas lejos. Veamos, dijo con indiferencia sacando su relox, cuantos minutos puede nadar este bellaco antes de sumergirse; al paso que llevamos ciertamente no sostendria la lucha media hora mi hermoso perro de Terranova. Interin aquel bárbaro tenia fijos en mí sus ojos, felizmente no se apercibió de que sin su conocimiento los marineros que hubieran deseado salvarme, maniobraban algunas velas de la embarcacion de modo que retardase su marcha, no obstante siempre andaba y principiaban á abandonarme las fuerzas..... ni aun me quedaba la de gritar; con todo, estaba muy cerca para oir las súplicas que de todas partes dirigian al cruel mercader, pero éste con su relox siempre en la mano se contentaba con responder: ¿Qué diablos quereis que haga de ese chico? No me bastará impedir que se ahogue, sino que será necesario mantenerlo durante la travesia, que será larga sin duda, y ¿con qué provecho? os pregunto. Entretanto que todos derramaban lágrimas, él era el único que no abandonaba su pipa.

De repente se oyó un gran ruido: era mi madre, que reuniendo todas sus fuerzas acababa de evadirse, toda ensangrentada, de sus verdugos, seguida del perro de Terranova, que en su desesperacion habia buscado para salvarme, esperando hallar en él mas piedad que entre aquellos traficantes de carne humana.

No se habia engañado: apenas me vió el noble animal se precipita al mar, me coje por la cintura en el momento en que iba á perecer, y une sus fuerzas á las mias para luchar contra las olas.

Esta vez fue vencido el mercader; como se trataba de perder su hermoso perro, hizo botar al agua una lancha; el perro se salvó, y yo, gracias á su proteccion; lo que prueba al mismo tiempo que por todas partes es bueno tener amigos.

Ignoro por cuantas manos he pasado antes de llegar á Francia; lo único que sé es que despues de la muerte del comerciante, que casi no sobrevivió á la travesia, fuí vendido con el perro que me salvó.

Habiendo sabido mi historia mi nuevo propietario, no quiso separarnos, y me condujo primero al Havre y despues á Paris, refiriendo por todas partes nuestra aventura, que hacia derramar muchas lágrimas y me ha valido bastantes anises. Tambien supongo que aquel virtuoso filántropo hizo de mi desgracia una especie de especulacion, porque si no me engaño le daban dinero para mí al mismo tiempo que los confites que únicamente me daba y cuya particion me seducia. En fin hizo tanto furor esta anécdota que llegó á oidos de la duquesa de Orleans, á la que parecí encantador, y me compró con el perro. Este fue mi último acomodo, y durante mucho tiempo lo encontré delicioso. Decidieron que serviria de profesor de natacion al jóven príncipe, á quien jamás he dado una leccion, y bajo este pretesto héme aquí convertido en compañero de juegos y placeres de Monseñor el duque de Chartres. Como hasta entonces habia recibido menos rosquillas que bastonazos, estaba en un principio muy tímido; pero concluí por cobrar ánimo, viendo todas las deferencias que me prodigaban. Siempre estaba en las rodillas de la duquesa y de sus damas de honor, que me comian á besos y me consentian á cual mas, de tal manera que un dia me tomé la gran libertad de subirme sobre las espaldas de Monseñor, rizado y empolvado, que daba la vuelta al rededor de la cámara en cuatro pies, interin yo lo llevaba, ya por las orejas ó bien por la cinta de la coleta á guisa de brida. Una anciana dama de honor se puso entonces á gritar, pero la duquesa se echó á reir; deduce por esto el exceso de mi favor. Edad feliz! ay! porque no dura siempre!

Quien me hubiera á mi dicho, pobre negrillo, esclavo y compañero de un perro cuya compasion me salvó la vida, que llegaria á ser un dia el comensal y compañero de un príncipe; que seria servido en vajilla de plata sobredorada; paseado en coches

magníficos, de castillo en castillo y de palacio en palacio? Los cuentos de hadas están enriquecidos con estraordinarias aventuras, pero, aquí entre nosotros, ofrecen nada mas maravilloso? Pues bien, esto me parecia natural entonces, y nada absolutamente me admiraba mi fortuna. Sin embargo, aun no habia llegado al término de las pruebas de la vida.

Sea que me considerasen ya demasiado grande para continuar mi papel de príncipe, sea en atencion á mi salud desarreglada por el cambio de clima, concluyeron por desterrarme á uno de los innumerables estados de la casa de Orleans, que llenan todas las provincias de Francia. Allí permanecí muchos años en una libertad completa y en una indolencia aun mayor. Desde que dejé á Paris y Versalles, desde que no iba á la corte, me llevaba la vida de un caballero de lugar. Como llegué en el coche del príncipe, y éste se dignaba escribirme alguna vez, se me guardaban las mayores consideraciones, y yo no dejaba de aprovecharlas para hacer las mayores tonterias.

Me volví insolente como un page, y poderoso como un propietario; todos los criados, guardas y perros del castillo estaban á mi disposicion, pasaba los dias en la caza, y no me inquietaba mas mi porvenir que á un hijo de buena casa que está en la seguridad de tener un dia 50,000 libras de renta. En fin, cuando nada me faltaba para ser de hecho insoportable, cuando me hice un jóven de 15 años, turbulento, irascible, y sobre todo ignorantísimo, me sometió la Providencia á una de esas lecciones crueles que tiene reservadas frecuentemente para los que han abusado de sus favores.

Recibí la órden de volver á Paris. Partí lleno de placer despues de haberme puesto mi mejor traje, y al siguiente dia llegué al Palacio Real. Hiciéronme en él un recibimiento mas frio que el que yo esperaba, y por primera vez me encontré turbado por mi posicion. Todas las bellas damas que pocos años antes me sentaban sobre sus rodillas, miraban con un gesto de admiracion á este corpulento muchacho á quien habian visto tan pequeño; algunas se sonreian al ver tal metamorfosis; otras conferenciaban entre sí y aumentaban mi turbacion.

Mucho peor fue cuando fui destinado á una pequeña habitacion vecina á la de los lacayos, los que parecian encantados con mi decadencia y desventura. La única persona que me manifestó alguna compasion fue una camarera de la duquesa. Pobre niño, me dijo al pasar, has comido primero el pan blanco. He aqui las únicas palabras algo amistosas que se me dirigieron.

Mi primera comida en el Palacio Real, sufrí cruelmente, porque ay! es preciso decirlo, en la repostería y no en la mesa del príncipe era donde estaba convidado, y no podia habituarme á mi nueva situacion.

Tal es el efecto de la fortuna; gozamos de ella interin dura, y sus rigores nos hacen imposible la felicidad.

Poco tiempo despues de mi regreso, tuvieron consejo en casa de la princesa sobre el empleo que me convendria mejor. Vista mi talla esbelta y elevada, y mis costumbres de cazador, que me habian hecho casi tan rápido como mis perros, decidieron por unanimidad que haria un magnífico volante, y al punto me mandaron hacer trage.

Este consistia en una casaca galoneada por todas las costuras, mi sombrero estaba adornado con un magnífico penacho, ademas tenia un ceñidor enriquecido con franjas y galones; pero ni este uniforme recamado, ni las medias de seda blanca me consolaban del rango que habia perdido.

Una noche que abandonado á mis tristes reflecsiones, me paseaba bajo la dilatada sombra de los árboles del jardin de Palacio, un hombre igualmente vestido con un uniforme galoneado, se me aprocsimó con aire de amistad; pero aun no habia acabado de ver la clase del mio, cuando me volvió la espalda con un gesto de desprecio.

Mi corazon era grande, con poco se desbordaba, y aquel gesto me hizo derretir en lágrimas. Entonces el oficial, se acercó á mí y me preguntó lo que me hacia llorar con un tono tan lastimero. Animado por su afecto, y mas aun por la profunda oscuridad que le ocultaba mi rostro, le conté toda mi historia, y como me creia desgraciado con lo que hubiera hecho la felicidad de otros muchos.

Este oficial pareció conmoverse con mi confianza, diome sus señas y me invitó tambien á ir á verlo siempre que gustase. Como hablaba aun, nos aprocsimamos á una tienda muy alumbrada, y entonces advirtió que hablaba con un negro. Este descubrimiento que segun mis cálculos debia enfriar su interés, lo animó aun mas. Pobre amigo, me dijo, ay! tú no sabes todos los obstáculos que te esperan, no sabes que eres de una raza

maldita, y que era preferible la muerte á soportar la vida que te estaba reservada si hubieses permanecido en las colonias. Pero juro por ese Dios que nos ha criado á ambos á su imágen, por ese Dios que te ha dado una inteligencia y un corazon semejantes á los mios, que me serviré de tí para combatir la mas cruel de las preocupaciones; tú serás el instrumento de que ha de servirse la Providencia para libertar tu raza, ó al menos para acelerar el dia de su emancipacion; y si tienes valor podrás ser oficial. Entonces, hijo mio, entonces llevarás galones que todo el mundo respeta, y una librea de que se envanecen los mas valientes y nobles señores.

Acepté con alegria su oferta, pero confieso que no conocia entonces toda la estension del sacrificio que me habia impuesto. Ignoraba cuan negro parece el pan de municion, cuan duro el catre de campaña al que ha gozado de todas las comodidades de la vida. Ignoraba lo rigorosa que es la disciplina militar, sobre todo para el que no ha conocido jamás otras leyes que sus caprichos. Pero en medio de todas estas privaciones estaba sostenido por la idea consoladora de que solo deberia á mí mismo mi fortuna. Mi madre habia muerto muchos años ántes de haber podido gozar de mi corta prosperidad. Solo me quedaba sobre la tierra una esperanza; llegar á oficial, y dar al mundo por la vez primera el espectáculo de un negro mandando à blancos.

Qué mas te diré? la república, la guerra y mi valor, han concluido lo que mi paciencia principió. Aquel digno hombre que me puso un sable en la mano, me sirvió de instructor y de padre; gracias á él, sé todo cuanto debe saber un oficial distinguido; mi valor ha hecho lo demas; héme aqui capitan, y si Dios me concede la vida cuento llegar á coronel antes de poco tiempo, y aun tal vez á general. Entonces procuraré hacer por mis semejantes lo que por milagro hace un blanco por un negro. Y cuando se vea que un negro puede ganar batallas, tal vez ganaré la causa de los desgraciados que su color condena á una eterna y vergonzosa esclavitud!—

Al decir Scipion estas palabras con una mano apoyada en su sable y la otra estendida hácia el cielo, parecia tomarlo por testigo para cumplir su juramento.

Entretanto el cañon austriaco vino á poner término á esta tierna narracion, y abrazándonos afectuosamente cada uno corrió á su puesto.

Como todos saben, el resultado de la batalla de Novi no nos fue favorable. Desde el primer choque y en el momento en que Joubert grita: ¡Adelante, cae herido en el corazon, y con voz moribunda esclama: Marchad, avanzad siempre!

De esta batalla es de la que Sowarow, buen juez en esta materia, ha dicho, que *jamás habia visto ninguna tan feroz ni tan obstinada.*

Muy inferiores en número los franceses, vendieron cara la victoria á los aliados, y un general austriaco esclamó despues de haber visitado el campo de batalla: «Solo veo en los rostros de los alemanes y rusos la tranquila imágen de la muerte, pero en las inanimadas facciones de los franceses, leo la espresion del furor y de la rábia; sus cadáveres parecen querer aun lanzarse sobre sus enemigos para despedazarlos.”

Entre estos cadáveres reconocí el de Scipion atravesado con veinte heridas, de las que una sola bastaba para dar la muerte. Pobre Scipion que no ha visto la gloria de la Francia y de Bonaparte! A cuantos he visto caer como él! Cuantos he visto morir como él, llenos de juventud, de esperanza y de porvenir!

T. por J. T. y R.



SEPARACION.

La posicion del soldado egipcio no es á la verdad nada lisonjera ni envidiable, siendo en particular sumamente lastimosa la de los que están casados. Estos infelices fabrican á poca distancia de su campo con barro y piedras unas casuchas que unen entre sí, y en estas viviendas bajas, estrechas y sucias, alojan á sus mugeres, sus hijos, y algunas veces á sus padres enfermos y demasiado ancianos para ganarse el sustento. Despues del ejercicio van presurosos á aquellas zahurdas á partir con sus famélicos seres su modesta racion. Si tienen algun dinerillo, sus mugeres venden frutas, legumbres ó tienen una cantina en las inmediaciones del campamento. No describiremos esas escenas de desolacion, como la que representa el grabado que va á la cabeza, que tienen lugar cada vez que un regimiento marcha á la guerra ó á lejanas comarcas; no hablaremos de esa multitud de mugeres que no pudiéndole seguir, exhalan terribles gritos de desesperacion teniendo sus hijos en sus brazos. Estas escenas son indudablemente tristísimas y desoladoras.

D. U.

HAYDN.



José Haydn, nació en una pequeña aldea de Austria llamada Rohrau el 31 de Marzo de 1732; y fue el último de los veinte hijos que tuvieron sus padres. Su madre era cocinera del conde de Harrach, y su padre fue un personage notable por los diversos destinos que desempeñó; porque era á un tiempo organista, sacristan, fiel de fechos, y con frecuencia maestro de primeras letras, Gozaba además de mucho prestigio en las aldeas comarcanas por su habilidad en tañer el arpa, y por su escelente voz de tenor; sin que debiera estos conocimientos á una instruccion positiva, y sí solo á la aficion á la música que tan general es en Alemania. Matias Haydn no quiso, sin embargo, encargarse de la educacion del futuro autor de la *Creacion*, y reservó este honor á un pariente llamado Frank, maestro de escuela de Haimbourg. Ya desde sus primeros años habia concurrido Haydn á los sencillos conciertos que celebraban los aldeanos de Rohrau en las tardes de los dias festivos, consiguiendo formar parte de esta rústica orquesta á la edad de cinco años, sin mas instrumento que un grosero violin, resto de otro que en algun tiempo habia sido mediano, y que el niño figuraba tocar con una gravedad sorprendente. Frank, que seria un músico regular, observó la precision con que Haydn acompañaba á los cantantes, y ya no dudó en admitir el encargo de su educacion. Enseñóle, con efecto, á leer y escribir; y á los tres años de estudio sabia Haydn un poco de latin, otro poco de solfeo, algunos principios de canto, de violin, y algunos otros instrumentos. Tal era el estado de su principiante carrera cuando, segun costumbre, llegó á Haimbourg el profesor Renter, hábil artista y maestro de capilla de la catedral de Viena. Frank se apresuró á aprovechar esta ocasion para presentarle al tierno Haydn, como uno de sus mas distinguidos discípulos, y Renter quiso tener en el acto una prueba de su habilidad, haciéndole solfear de repente un trozo de música, que el niño leyó, digámoslo así, de corrido. En recompensa se lo llevó Renter á Viena, y continuó Haydn los estudios, bajo su direccion, por espacio de ocho años; hasta que á los trece se aventuró á componer una misa, que inmediatamente presentó á la censura de su maestro. Renter se burló de su jóven discípulo, á pesar de que el pobre Haydn habia sacrificado los pocos recursos que le diera su padre al despedirse, para adquirir algunas obras teóricas de Fux y de Mattheson. Fuera rivalidad ó intolerancia, Renter indignado arrojó á Haydn de su casa en una de las frias noches de Noviembre, dejándole en la calle casi desnudo y sin un maravedí. El jóven músico pasó la noche en aquel abandono, pero al dia siguiente encontró por fortuna un asilo en casa de un peluquero infeliz llamado Keller, *grande admirador* de la escelente voz del jóven desamparado. A

cada paso ofrece la historia de los profesores alemanes la aficion que tiene á la música aquel pueblo. Así es que el artesano dilettante concedió al jóven ingenio, perseguido por una suerte desventurada, cuanto se hallaba al alcance de su mezquina fortuna, dándole lugar en su mesa. Precisamente encima de esta misma casa vivia el célebre Metastasio, y queriendo dar á una sobrina suya alguna mas instruccion en la música, á la que parecia muy inclinada, hizo conocimiento con Haydn, á quien procuró el poeta poner en relacion con el viejo Pérpora y otras notabilidades filarmónicas, cuyo trato le proporcionó mas rápidos progresos en la carrera musical. Alentado de este modo por el *poeta de la Corte*, comenzó Haydn á componer, obteniendo sus primeros ensayos un éxito completo. En cierta ocasion le ocurrió la idea de dar una serenata á Curtz, célebre autor, segun *Bernadone*, y director de un teatro. Curtz hacia mucho aprecio de la música, y al oir la serenata, que le pareció original, bajó á la calle y preguntó por el autor.

—Soy yo, contestó Haydn.

—¡Tú! preguntó Curtz admirado: ¡tan jóven!

—Algun dia es preciso comenzar, replicó Haydn.

—Pues me sorprendes, concluyó el director. Sube conmigo.

Haydn le siguió, y Curtz le dió el libreto de una ópera.

Los Haydn son raros, sin duda; pero tambien es necesario confesar que tampoco abundan los hombres como Curtz.

Este no se contentó con entregar á Haydn el libreto, sino que le encargó además la egecucion de una partitura, que le pagó religiosamente. A pesar de que esta composicion mereció ser aplaudida, no fue el teatro, sin embargo, donde Haydn buscó un campo á su gloria filarmónica. Su genio brilló en la música instrumental.

Por esta misma época se habian hecho notables muchos altos personages por su aficion á la música, y aun habia algunos que sostenian diversas orquestas á sus espensas. Estas orquestas hacian parte de su familia, y pagaban para dirigirlas un maestro de capilla. La obligacion de estos músicos domésticos se reducia á celebrar todos los dias conciertos privados, que de tiempo en tiempo se hacian públicos, al que eran convidados los amigos del opulento personage que los pagaba; contribuyendo sin duda por este medio á fomentar la perfeccion maravillosa á que ha llegado en Alemania la música instrumental. Haydn, pues, entró como segundo maestro de capilla al servicio del conde de Motzin, y allí compuso su primera sinfonía. En el año siguiente, y cuando contaba veinte de edad, pasó al servicio del príncipe Esterhazy por una circunstancia digna de referirse.

El príncipe tenia como gefe de su orquesta á un músico de mérito, llamado Freidberg, el cual conocia á Haydn y le apreciaba estraordinariamente. Deseoso, pues, de prestarle por su parte una decidida proteccion, le impulsó á componer una sinfonía, haciéndola luego egecutar delante de S. A. « Apenas concluido el primer *allegro*, dice Carpani, el príncipe interrumpió á los artistas y preguntó por el nombre del autor."

—He aquí el autor, contestó Freidberg, presentando á Haydn que permanecia retirado en un rincon de la sala.

—¡Cómo! ¿ese harrapiezo? contestó el príncipe; ¿cómo te llamas?

—José Haydn.

—Quedas admitido á mi servicio: anda, pues, y viste otro trage cual corresponde á un maestro de capilla. ¡Que no te vea mas con esos harapos! cambia de vestido; pero procura que los tacones de los zapatos sean bien altos, para que tu estatura corresponda cuanto sea posible á la magnitud de tu talento.

Haydn permaneció en el servicio del príncipe Esterhazy y de su sucesor por espacio de treinta años; y aunque nada necesitaba, era, sin embargo, escaso y mal pagado su honorario. A pesar de esto, poseia en 1790 una suma de cinco mil francos, fruto de la mas severa economía; en tanto que sus cuartetos y sinfonías, publicadas en Viena, y aplaudidas en toda Europa, le habian grangeado una inmensa reputacion. Solo Haydn retirado, ora en el castillo de Esterhazy, ora en la pequeña aldea de Eisenstadt, ó en el palacio del príncipe en Viena, pasaba su existencia aislada, silenciosa y tranquila. Levantábase todos los dias á las seis, y despues de pasar largo rato en su tocador (siguiendo la misma mania de Buffon) se dedicaba al trabajo y componia hasta el mediodia, gastando diariamente cinco horas, ni mas ni menos, en este trabajo: de modo que sumadas estas horas producen al cabo

de treinta años cincuenta y cuatro mil setecientas cincuenta horas de trabajo. Este cálculo no es sorprendente sino en cuanto se pone en comparacion con la inmensa multitud de sus producciones.

En 1784 comenzó Haydn á disfrutar por fin de la celebridad que tan justamente habia adquirido, y á la que el genio tiene un derecho, segun la espresion de Boileau. Los artistas que dirigian en Paris los principales conciertos le pidieron seis sinfonías, dándole por ellas tres mil seiscientas libras. Un canónigo de Cádiz le mandó componer en el año siguiente las *Siete Palabras*; y en fin, un músico de Lóndres, que se llamaba Salomon, le propuso la direccion de veinte conciertos, ofreciéndole cincuenta libras esterlinas por cada uno. Haydn aceptó este encargo, y se dirigió á Lóndres en el año 1791, donde permaneció hasta 1795, durante cuyo tiempo escribió doce sinfonías que sin duda son sus mejores obras. Vuelto despues á Eisenstadt con sesenta y seis mil francos de ahorros, suplicó al príncipe Esterhazy le concediese su retiro para pasar sus últimos años en la tranquilidad de la independencia que le habia proporcionado su rígida economía.

Entonces fue cuando en 1796 emprendió su grande obra de la *Creacion*, tan conocida en el mundo filarmónico, y trabajada á los setenta años de edad. Haydn murió en 1809, durante la dominacion francesa en Viena, y era tal su pasion por la música, que en 1800 trató de componer una gran partitura, titulada *Las Estaciones*, pero abrumado por el peso de la edad no la pudo corregir. Tal es el gran maestro, que despues ha servido de modelo á Mozart, Beethoven y Weber, que han procurado seguir sus huellas con tanto aplauso y celebridad.

D. F.

EL ERMITAÑO DE LA ROCA.



Hallábame sirviendo en la marina inglesa poco despues de la batalla del Nilo, de cuyas glorias y peligros fui participante, cuando el buque, á que pertenecia, recibió la órden de observar una falúa que estaba cruzando cerca de San Juan de Acre. Llevaba la falúa bandera turca, libre para todos los buques de las naciones que surcaban aquellos mares: pero habia motivos para creer que era un pirata, que no respetaba nada mas que una fuerza superior, que hasta entonces habia tenido la fortuna de evitar la buena estrella del capitan, ya por efecto de lo velero de su buque, como por la buena direccion que le daba. Varias veces la falúa habia estado á nuestro alcance, pero la celeridad de sus movimientos nos la hacia perder de vista tan luego como creiamos que íbamos á alcanzarla. Mil historias se esparcian en nuestra tripulacion: se referian cosas prodigiosas del pirata, que se habia hecho célebre en aquellas aguas y que no se dudaba ya que era el enemigo que buscábamos. Aumentábalas la larga persecucion que tuvimos que hacer, y el espíritu naturalmente supersticioso de los marineros, que daba como cierta la existencia de los hechos fabulosos que el rumor por sí mismo iba de hora en hora haciendo mayores. Llegó por último el dia ó por mejor decir la noche en que logramos enseñorearnos de la falúa, despues de un combate sostenido, en que la tripulacion vencida dió pruebas de un valor extraordinario, y su capitan acudiendo á todo y manifestando una decision heróica y casi sobrenatural justificó ser digno del renombre, que á fuerza de hechos repetidos habia conseguido.

Desde el momento en que el pirata se dió por rendido, no existió ya animosidad entre él y el gefe de mi buque. En verdad habia en su porte y maneras alguna cosa superior que impedia tenerle por un hombre comun, y un dia en conversacion familiar le contó la siguiente relacion que tuve ocasion de oir:

«Señor, yo soy vuestro prisionero rendido mas por vuestra generosidad que por el amor á la vida. Nací en Génova con derechos á un título, y á una fortuna considerable; fuí criado y educado en ostentacion y lujo; conforme iba creciendo mi espíritu se iba llenando de ideas varoniles, y de aficion á aventuras caballerescas; mi corazon no podia tolerar una existencia inactiva, deseaba con vehemencia como mis antiguos compatriotas descubrir y explorar nuevos paises. Apenas tenia diez y ocho años y ya habia hecho diferentes viajes, y entre otras partes de la Europa habia visitado la Inglaterra y aprendido á amar á vuestra nacion. Habia tambien cruzado la Francia, y sido testigo de muchos de los horrores y atrocidades de su revolucion. La libertad era mi ídolo, encontré á vuestro pais gobernado por la razon y por las leyes, mientras que en Francia bajo el nombre de libertad el pueblo era esclavo, pretendiendo rendirle homenaje cuando aherrojaban al hombre en las cadenas forjadas por sus pasiones desenfrenadas y salvajes, y ofrecian sacrificios humanos en las aras de la libertad, que anegaban con la sangre de sus conciudadanos.

« Continuando mi carrera, llegué á ser experto y hábil marinero: era para mí un deleite desafiar á la tempestad en su furia, y hender las olas del Océano cuando estaban encrespadas. Habia dejado mi casa con todas sus muelles comodidades para buscar una vida de trabajos y privaciones, y me gloriaba de ello. Mis viajes á otros paises me habian dado conocimientos prácticos, que jamás hubiera podido obtener permaneciendo en la indolencia de mi palacio, y habia adquirido atrevimiento y arrojo, lo que me conciliaba honor y respeto entre mis conciudadanos. Era á la verdad bien raro espectáculo el ver á uno de sus nobles, que voluntariamente abrazaba los peligros del mar para ganar noticias y echar los cimientos de su futura fama. Estaba proyectando otro viaje de mayor duracion, y mas distante que ninguno de los que habia emprendido, cuando supe que el ejército francés cruzando los Alpes habia invadido la Italia, y que amenazaba á nuestro territorio. Esto era bastante para detener mi proyecto: tomé las armas en tierra en lugar de cruzar el Océano, pero poco despues señalándome mi disposicion activa como á propósito para el mando, fue puesta á mis órdenes la pequeña escuadra de la República. No tardé en levantar una banda de marineros; pero entonces mas habia que hacer por tierra, que por mar, y así con mis bravos compañeros estuve unido al ejército austriaco, y despues serví á las órdenes de vuestro intrépido almirante Nélson, vigilando la costa occidental del golfo de Génova.

« Me avergüenzo de la abyeccion de mis paisanos entregados á la Francia: en sus puertos han permitido corsarios franceses, que han salido de ellos para ejercer sus depredaciones sobre nuestros propios amigos, y han vuelto sin ser molestados por las autoridades, que fáciles al soborno han recibido dádivas para no ver lo que su deber les prescribia. Pero esto no duró mucho tiempo; los austriacos faltaron á una causa que jamas habian abrazado con buena voluntad, y hasta con cobardia doblaron sus rodillas en el momento que vieron á los franceses: miles de hombres hubo que jamas los encontraron, y que solo el terror los derrotó. Yo estaba adherido á la causa de mi pais, y peleé hasta que Génova se sujetó al yugo francés: fuí entonces denunciado como opuesto á la coyunda, mis bienes fueron confiscados, y mi cabeza puesta á precio, viéndome así expatriado por los mismos, en cuyo beneficio tan generosamente habia derramado mi sangre.

« En esta situacion reuní todo el dinero, que pude: compré una falúa en la isla de Capraja, la equipé y proveí de armas y municiones, y sin dependencia alguna cruzé continuamente las costas de Francia, visité los puertos de Génova, hize presas, pagué perfectamente mi tripulacion, y cuidé de estar siempre pertrechado de cuanto conviniese al ataque y á la defensa. El éxito de mis empresas correspondió á mis esperanzas, y cuando la España se coligó con la Francia y declaró la guerra á la Inglaterra, yo declaré tambien la guerra á la España, cayendo en mis manos muchas de las riquezas que sus buques mercantes conducian del Nuevo Mundo. A pesar de todo, mi riqueza no aumentó, porque siempre cuidé de dividir grandes cantidades entre mis gentes para alentarlos á las empresas que yo ideaba, que en verdad no fueron pocas.

« Ahora si vuestra paciencia no está exhausta hablaré del objeto que á un tiempo mismo llena de pena y placer mi corazon. Ardiente por temperamento no he podido ser insensible al amor, y amé con tanta pasion, que puede decirse que fue una segunda naturaleza. Mi querida era jóven, amable, llena tambien de pasion, y pertenecia á una de las primeras familias de Génova; ella me amaba á mí con el mismo extremo, teniamos una confianza recíproca tan grande, que en medio de la proscripcion ni una sola vez me asaltó la idea de que pudiese serme infiel. Mas conociendo el carácter de nuestros conquistadores debia temer que extendiesen su venganza sobre un ser desamparado: resolví por lo tanto sacarla de la ciudad á un lugar mas seguro; gracias á mi perseverancia y á mis recompensas pude lograrlo; todo lo abandonó para participar de mi suerte, y tuve la de obtener para ella un asilo en la isla de Chipre. Era excelente el lugar de su residencia: yo hubiera podido vivir allí tranquilo y feliz, si no me agitará de contínuo el deseo de recobrar mi nombre, mi rango y mi fortuna; pero habiendo ya provisto á la seguridad y conveniencia de la que tanto amaba, me lanzé otra vez en el Océano, continué mis azarosas empresas, y gané una reputacion infernal, que á la vez afligia mi espíritu y satisfacia mi orgullo; yo estaba constantemente en guerra con toda bandera que no fuera la

inglesa, y sin embargo he venido á ser su prisionero Esta es la suerte del pirata; pero no temo por mi vida, si es que Nélson aun se acuerda de mí, y la relacion de mis aventuras excitan su simpatia."

Asi concluyó su narracion el pirata, y no puedo negar que excitó en mí, jóven entonces, profunda impresion.

Despues de este acontecimiento nos dirigimos á Nápoles cuya bahía presenta el panorama mas bello que puede fijar la vista con su cielo claro, esplendente, encantador, que excita la mas ardiente admiracion: allí fue condenada la falúa, y nosotros partimos para Alejandria.

Habian pasado ya muchos años, yo habia ascendido en mi carrera, la paz se hallaba restablecida, y Napoleon habia dejado su corona imperial y estaba confinado en la isla de Elba, vigilándole una escuadra de fragatas inglesas cruzando en aquellas aguas. Me hallaba yo en esta escuadra visitando las costas occidentales de la Italia gozando, todos los deleites del clima y la alegria de los lugares en que entrábamos. Permanecimos algunos dias en Nápoles porque era el carnaval.

Desde mi juventud he sido muy aficionado á la lectura de libros antiguos de viajes tanto para adquirir conocimiento de sucesos pasados, como para enterarme de las opiniones de los antiguos escritores. Especialmente me agradaban las descripciones de la Italia y Tierra Santa, y con mas particularidad las de las inmediaciones del pais, en que nos hallábamos: esto me movió á pedir permiso para llevar una balandra, con objeto de examinar la gruta de Pausilippo, con otros lugares dignos de atencion. Obtuve mis deseos; el viento nos fue favorable, y así pocas horas bastaron para llegar á nuestro destino, que exploré en todas direcciones. Desde alli marchamos á Puteoli, y dando vuelta á la punta que forma el extremo oriental de la bahia, me quedé maravillado al ver una hermosa figura de mármol, que con el cuerpo inclinado y la mano extendida señalaba á Pausilippo En una roca que estaba á corta distancia de la base de la eminencia en que se hallaba colocada la estátua, habia un grosero tronco fijo teniendo pendiente en su extremidad una cesta.

Ocasion habia aqui para investigaciones románticas; asi saltando en tierra con un guardia-marina que me acompañaba observamos la estátua, entramos en unas antiguas ruinas, y descubrimos á un venerable anciano vestido de blanco con la barba y el cabello encanecidos.

«Qué quereis con el ermitaño de la roca, nos dijo en una voz que yo creí haber oido antes."

«Os pido perdon por haber entrado," contesté, «pero os puedo asegurar que lo hice creyendo que no existia en esta caverna ningun ser humano."

«Sois ingleses," replicó, «y ellos siempre son aqui bien recibidos; yo he amado á vuestros paisanos á pesar de que ellos me han hecho mal; mas un gusano, como yo, no debe quejarse."

«Habeis elegido," le dije, «una mansion muy solitaria: espero que me hagais el favor de informarme de su historia."

«Antiguamente podia hacerlo," respondió, «pero por lo que respeta á mí está unida á una historia bien triste que prueba cuan deleznable es la felicidad humana. ¿Quereis oirla?"

Este era nuestro deseo, y como puede presumirse no se hizo esperar nuestra respuesta.

Empezó el ermitaño su historia en los mismos términos que lo habia hecho el pirata. «Detente, detente," le dije, «tengo perfectamente en la memoria que asi tambien empezaba la historia del comandante de una falúa, que apresamos." Le miré atentamente, y á pesar de que su cabeza estaba blanca y le bajaba al pecho la barba, no pude desconocer sus facciones. «Vos sois," le dije, «el hombre, de que estoy hablando, capturado por un buque inglés cerca de la isla de Chipre."

Apareció muy agitado el ermitaño por mas de un minuto y despues replicó: «Teneis razon, ese hombre desgraciado es el que teneis á la vista."

No tardé en traerle á la memoria la identidad de mi persona, recordándole aquel jóven que habia tomado parte en la empresa, y le supliqué que me contase sus sucesos despues de nuestra separacion. Prestóse voluntariamente á ello y dijo:

«Cuando yo desembarqué en Nápoles como prisionero, pedí y obtuve una entrevista con Nélson, al cual le referí mis aventuras, y el juramento que habia hecho de vengarme de los franceses. Prestó el héroe atento oido á cuanto le decia, y no solo me otorgó la libertad, sino que tambien me confió unas lanchas coñoneras para hacer la guerra á

los enemigos. Mas todas las afecciones de mi corazon estaban en Chipre; mi apresamiento era allí conocido, y ¡qué agonias sufriria la infeliz en la incertidumbre de mi suerte! Conforme los dias sucedian á los dias se aumentaba mi ansiedad y el deseo de estar á su lado; me hallaba atormentado constantemente pensando en su seguridad, hasta que al fin conseguí licencia para ir á la isla, en donde la encontré fiel y llorando mi pérdida.

« Los efectos que tenia acumulados allí eran de gran valor: tardé dos dias en embarcarlos y salí de Chipre con la que amaba proponiéndome ir á la bahia de Nápoles. La fortuna parecia propicia á nuestros proyectos, un tiempo delicioso, una mar bonancible nos hacian esperar un viaje pronto y feliz, pero una tempestad, que repentinamente sobrevino, lo cambió todo; los esfuerzos de la tripulacion fueron inútiles, mi pericia náutica lo fue tambien, y nuestro buque estrellado contra una roca pereció, todas mis riquezas se sepultaron allí, y en aquel dia terrible traté de librar lo único, que me quedaba y era lo que mas apreciaba en el mundo, á mi Imogene, á la que con todas mis fuerzas procuraba conducir hácia la costa. No me acuerdo de mas, porque privado de mis sentidos los recobré en este mismo lugar para ver á Imogene muerta á mi lado. Estábamos solos, porque las almas piadosas que aqui nos habian traido, nos abandonaron creyéndonos muertos á los dos, para auxiliar á otros desgraciados náufragos y aprovechar las reliquias del buque. Imposible es que conozcais la extension de mis padecimientos; perdí todo lo que poseia en el mundo, y quedé en el aislamiento y la miseria.

« Resolví que este ruinoso edificio fuese mi morada por el resto de mis dias; allí yace Imogene; todas las noches hago mi cama junto á su sepulcro. Ha llegado á mi noticia que los franceses habian marchado de Génova, y que mis estados me pertenecian otra vez, pero mi alma está demasiado quebrantada y desengañada de las grandezas de la tierra; tengo ya tomada mi resolucion, y no la cambiaré. A gran costa compré del gobernador de Capri la estátua que veis: la mano extendida señala la oculta roca, y en las tinieblas de la noche arde una brillante lámpara al pie de la figura para avisar el peligro al marinero: yo cuido esta lámpara, y protejo asi á los buques contra la desgracia. Los pescadores y los barqueros no son ingratos: la cesta que está pendiente del palo recibe sus ofrendas, y cuando pasan por mi morada hacen al mismo tiempo una plegaria por Imogene, y una accion de gracias *al ermitaño de la roca.*

D. L. C.

LA PALMERA.

. . . . . .

En mitad del desierto umbrosa palma
Que templa su calor calenturiento,
Y á cuyo pie el viajero se reposa,
En paz de amor y languidez sabrosa.

ESPRONCEDA.

En vano con tus brazos colosales
Quiere luchar el viento de contino:
En vano de los yermos arenales
Se alzará abrasador el remolino.
Tú desprecias los fieros vendabales,
Cual la vírgen, que en medio el torbellino
De las pasiones lucha con violencia,
Y queda victoriosa su inocencia.

—

En la noche callada y silenciosa,
Agitas tu penacho amenazante,
Y te elevas al cielo magestuosa,
Como ideal, fantástico gigante.
Leve rumor, el aura misteriosa
Exala junto á tí, que agonizante
En el espacio muere su ruido,
La inmensidad tragando su sonido.

—

Tú saludas la cándida mañana
Inclinando tus palmas blandamente;
Tú eres de los desiertos la sultana,
Y reyna de los valles de Occidente.
Tú te elevas al cielo pura, ufana,
Gozando en los perfumes del ambiente;
Y ante tí cien y cien generaciones,
Pasan entre esperanzas é ilusiones.

El águila al cruzar en raudo vuelo,
Cual reyna de las aves orgullosa,
Se detiene, te mira desde el cielo,
Y desciende al momento presurosa.
Recompensado encuentra su desvelo
Al verte, pues buscaba cuidadosa,
Un trono en el desierto do posarse,
Y reyna del espacio contemplarse.

—

En Nazaret, Damasco, Alejandria,
Jaffa, Tiro, Sidon, Joppe, Medina,
Y junto á la ciudad que oyera un dia
Del vate rey la inspiracion divina.
En toda esa region de la poesia,
En esa encantadora Palestina,
Te encuentra el caminante por do quiera,
Hermosa, bella, sin igual, Palmera.

—

Tú brindas con tu sombra dulcemente
En el Yémen al árabe cansado,
Lo preservas del sol de Arabia ardiente,
Y le ofreces tu fruto sazonado.
Si alguna vez de mi pais ausente,
Exánime, sediento, estenuado,
Llego á tí en la estacion abrasadora,
No me niegues tu sombra protectora.

J. TEJON Y RODRIGUEZ.



INDICE POR MATERIAS.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

El Castor. Página 76.
Emigracion de las aves. 100.
El Tigre. 205.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Prision de Motezuma. 35.
Ultima noche de una Reyna. 85
Incendio de Moscow, descrito por Alejandro Dumas. 313.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

El Conde de Toreno. 30.
Garcia de Paredes. 224.
D. Agustin Argüelles. 245.
Federico II de Prusia. 261.
Luis Felipe de Orleans. 310.
D. Melchor de Macanaz. 354.
D.ª Gertrudis de Avellaneda. 372.
Haydn. 407.

VIAJES.

Jalisco. 20.
Túnez. 66.
Tánger. 90.
Tepic. 102.
Tiendas árabes. 127.
Los Andes. 142.
Ciudad del Real de las Palmas en la Gran Canaria. 155.
Oajaca. 196.
Santiago de Cuba. 227.
Bóston. 279.
Lo que queda de Babilonia. 295
Albany. 324.

COSTUMBRES.

Trajes árabes. 84.
Príncipe árabe á caballo. 187.
Tribunal doméstico de justicia de los Montenegrinos. 241.
Una procesion en Murcia. 254.
El Dervis. 265.
Bailarinas árabes. 287.
Trajes de judias. 318.
Costumbres judiciales en el Japon. Un error judicial. Castigo de un juez. 331.
Moros en camino. 342.
Simulacro de combate entre los árabes. 352.
Músicos asiáticos. 384.
Separacion. 406.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

El príncipe por un dia. 69.
El caballero del Cisne. 135.
El triunfo del Ave Maria. 297.
Las hijas de Guillermo de Abanak. 305.
Vannina de Urnano. 319.
Los Demir-dost. 327.
Una ejecucion. 333.
Juana Grey, ó la Reyna de quince años. 369.

NOVELAS, CUENTOS Y ANÉCDOTAS.

Cric. 15.
Efectos de una mentira. 23.
La hija de un bracma. 33.
Las obleas. 39.
El soldado de Irlanda. 48.
Un mal pensamiento. 53.
Una sorpresa á tiempo. 63.
El Vibac. 79.
Nápoles y Sicilia. 92.
El arco del violinista Fiorello. 96.
Las dos mugeres del marinero. 109.
Un capítulo inedito. 113.
La condesa de Chantal. 119.
La Hospitalidad. 123.
El prestigio del teatro. 128.
El lenguaje de las flores. 146.
Un vaso de agua. 151.
Noche negra. 157.
Historia de la sultana Zahara y del príncipe Abul-ben-said-ben-allá. Leyenda morisca. 165.
Un párroco con dos conciencias. 178.
Lo que vale un buen padrino. 188.
El cazador de piedras preciosas. 198.
El desafio y el flageolit. 207.
El pintor. 209.
El duende de la quinta. 221.
Cárlos Seymur, ó el amor filial. 228.
Harri Spalding. 248.
John Landen. 256.
Un imposible. 267.
Historia de un puñal. 281.
La linda criolla. 289.
El cuadro del fraile. 303.
Sociedad del spleen en Inglaterra. 338.
Los dos plantadores. 343.
Un hombre de partido. 356.
La desposada de Irlanda. 362.
Cuento indio. 367.
El castillo de los Apeninos. 374
El banquero de cera. 387.
Scipion. 401.
El ermitaño de la roca. 410.

POESÍAS.

A D. M. R. de B., Elegía. 12.
El Carnaval, romance. 42.
La Noche, romance. 60.
A Cristobal Colon. 98.
La Golondrina. Traduccion de Lamartine. 204.
En el aniversario de la muerte de la Sra. D.ª Rafaela Rosado. 259.
El Arroyo, romance. 275.
A una rosa. 353.
A Andalucía. 385.
La Palmera. 414.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

Iglesia de la Vera-Cruz, fundada por los templarios en

Segovia. 14.
La Universidad de Santiago. 51
La Catedral de Bourges. 61.
Baños árabes de Córdoba. 117.
Estátua de Enrique IV en Paris. 133.
Claustro de la Catedral de Zamora. 164.
La casa de Jacome-Trezzo. 220.
Academia de dibujo de la ciudad de Vitoria. 294.

MISCELANEA.

El Orbe. 7.
Fac-simile de las firmas de varias personas célebres. 150.
Figura hecha de varios metales por el Sr. Arana. 203.

LÁMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN.

Adorno de plana. 7.
Iglesia de la Vera-Cruz en Segovia. 14.
Iglesia y pueblo de Jalisco. 20.
El conde de Toreno. 31.
Prision de Motezuma. 36.
Alegoria del Carnaval. 42.
El demonio del amor. 43.
Encuentro amoroso. 44.
El solteron. 45.
El marido. 45.
El baile. 45.
El jóven raposo. 46.
El cesante. 47.
Ultimo cumplido. 47.
La Universidad de Santiago. 52
La Catedral de Bourges. 62.
Vista de Túnez. 67.
El Vibac. 79.
Trajes árabes. 84.
Vista de Tánger. 91.
Vista de Tepic. 103.
Capilla del Campo-Santo en Tepic. 105.
Convento de la Cruz en Tepic. 106.
Interior de una casa en Tepic. 108.
Baños árabes de Córdoba vista 1.ª 118.
Id. id. vista 2.ª 118.
Tiendas árabes. 127.
Estátua de Enrique IV en Paris. 134.
Vista de los Andes. 143.
Fac-simile de las firmas de varias personas célebres. 150.
Cuidad del Real de las Palmas en la Gran Canaria. 156.
Claustro de la Catedral de Zamora. 164.
Vista campestre. 179.
Príncipe árabe á caballo. 187.
Vista de Oajaca. 196.
Figura hecha en metales por el Sr. Arana. 203.
El Tigre. 205.
Raymundo y Teresa. 216.
La casa de Jacome-Trezzo. 220
Los españoles preparan su expedicion contra Méjico. 227.
Cárlos Seymur en San Petersburgo. 239.
D. Agustin Argüelles. 246.
Una procesion en Murcia. 255.
Federico II de Prusia, en la batalla de Hohenkirchen. 263.
Dervis ó Santon egipcio. 266.
Una vista de Boston. 278.
Bailarina árabe. 288.
Academia de dibujo de la sociedad de Vitoria. 294.
Combate de Garcilaso. 301.
Luis Felipe de Orleans. 310.
Trajes de judias. 318.
Vista de la ciudad de Albany. 325.
Moros en camino. 342.
Simulacro de combate. 352.
D. Melchor de Macanaz. 354.
Funeral irlandés. 363.
D.ª Gertrudis de Avellaneda. 372.
Músicos asiáticos. 384.
Separacion. 406.

Segovia. 14.
La Universidad de Santiago. 52.
La Catedral de Bourges. 68.
Baños árabes de Córdoba. 117.
Estátua de Enrique IV en Rouen. 135.
Claustro de la Catedral de Zamora. 161.
La casa de Jacome-Trezzo. 220.
Academia de dibujo de la ciudad de Vitoria. 294.
MISCELÁNEA.
El Orbe. 71.
Fac-símile de las firmas de varias personas célebres. 150.
Figuras hechas de varios metales por el Sr. Arana. 205.

NOTICIAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE

ESTE VOLUMEN.

Adorno de plata. 7.
Iglesia de la Vera-Cruz en Segovia. 14.
Iglesia y pueblo de Jalisco. 20.
El castillo de Torozos. 31.
Arcos de Salamanca. 56.
Interior de una casa en Tepic. 106.
Baños árabes de Córdoba vista 1.ª 116.
Id. id. vista 2.ª 118.
Vista campestre. 179.
Friso árabe á caballo. 187.
Vista de Oajaca. 196.
Figuras hechas en yeso por el Sr. Arana. 205.
Los españoles preparan su expedicion contra Méjico. 227.
Carlos Seymour en San Petersburgo. 257.
D. Agustin Alcayrdes. 240.
Una procesion en Murcia. 253.
Federico II de Prusia, en la batalla de Hohenkirchen. 265.
Puerta egipcia. 268.
Vista de Boston. 228.
Cabalgata Real en las Palmas en la Gran Canaria. 156.
Claustro de la Catedral de Zamora. 161.
Trajes de pobres. 325.
Vista de la ciudad de Toledo. 325.
Moros en camino. 342.
Simulacro de combate. 352.
D. Melchor de Macanaz. 353.
Funeral irlandés. 365.
D.ª Gertrudis de Avellaneda. 372.
Musicos asiáticos. 384.
Separacion. 405.

REVISTA

PINTORESCA

1145

19
B3
1-7